

**Miriam
Lewin**

**Olga
Wornat**

Putas y guerrilleras

**Crímenes sexuales en los centros
clandestinos de detención.**


**La perversión de los represores
y la controversia en la militancia.**

Las historias silenciadas.

El debate pendiente

**“Es un libro complejo, valiente, explícito y desgarrador;
un libro que cuenta lo que jamás debe repetirse.”**

GIOCONDA BELLI

Espejo de la Argentina  Planeta

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Dedicatoria

Cita

Introducción

Uno. Un mundo perverso 1

Dos. El Vesubio: la doble cruz de Elena

Tres. La Cueva: Marta, la señora del doctor

Cuatro. De madres y fantasmas: los otros hijos perdidos

Cinco. Santiago del Estero: tierra de nadie

Seis. Hombres vencedores, hombres vencidos

Siete. Un mundo perverso 2

Ocho. Cavallo: el teniente exquisito

Nueve. Silvia Suppo: ¿un crimen perfecto?

Diez. Reconquista: una familia descuartizada

Once. La Perla: el infierno cordobés

Doce. El marco legal: transformación y ambigüedad

Trece. Un mundo perverso 3

Catorce. Zárate-Campana: la nave del horror

Quince. Bahía Blanca: un nombre de guerra

Dieciséis. Tucumán: el Tuerto y la Esclava

Diecisiete. Escribir lo atroz

Dieciocho. Un mundo perverso 4

Diecinueve. Jujuy: reuniones para no llorar

Veinte. Represión y diversidad sexual

Veintiuno. Mendoza: una victoria contra el dolor

Veintidós. El amor entre nosotros

Veintitrés. Virrey Cevallos: la casa de la CIA

Bibliografía

Agradecimientos

Putas y guerrilleras

Miriam Lewin
Olga Wornat

Putas y guerrilleras

*Crímenes sexuales en los centros clandestinos de
detención. La perversión de los represores y la
controversia en la militancia. Las historias
silenciadas. El debate pendiente.*

Wornat, Olga

Putas y guerrilleras / Olga Wornat y Miriam Lewin. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2014.

E-Book.

ISBN 978-950-49-3967-2

1. Historia Argentina. Investigación.Periodística. I. Lewin, Miriam
CDD 070.4

© 2014, Olga Wornat y Miriam Lewin

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2014, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: mayo de 2014

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-3967-2

*A los hijos que mis amigas Norma y Patricia esperaban en abril y octubre de
1977.*

A mis hijos Juan Luis y Diego. A Daniel.

M. L.

*A mis hijos y a mi nieta, luces de mi vida.
A Jorge Giacobone, allí donde estés, con amor.
A las mujeres de este libro, por todo.*

O. W.

Empecé a brutalizarme, me empezó a gustar de verdad verdad. Se convierte en un juego. Te asalta una curiosidad entre morbosa y científica. ¿Cuánto aguantará esta? ¿Aguantará más que la otra? ¿Cómo tendrá el sexo? ¿Tendrá seco el sexo? ¿Es capaz de tener un orgasmo en estas condiciones? Puedes hacer lo que quieras con ella, está enteramente bajo tu poder, puedes llevar a cabo todas las fantasías. Todo lo que te han prohibido desde siempre, todo lo que tu madre te susurraba que nunca hicieras, empiezas a soñar con ella, con ellas de noche. Vamos, doctor, me decían, no va a rehusar carne gratis ¿no? Les gusta, doctor..., si a todas estas putas les gusta...

ARIEL DORFMAN, *La muerte y la doncella*

INTRODUCCIÓN

Mártires y prostitutas

Miriam Lewin

Era un 24 de marzo, aniversario del golpe, y me habían invitado a *Almorzando con Mirtha Legrand*. Aceptar estar ahí significaba para mí renunciar a ir a la ESMA, ahora a un acto multitudinario, el día de su conversión en espacio para la Memoria. Decidí ir al programa de la ex diva del cine argentino devenida entrevistadora, sobre todo porque iban también Estela de Carlotto, presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo y Mariana Pérez, cuyos padres, desaparecidos, habían militado conmigo. Mariana había buscado incansablemente a su hermano Rodolfo, nacido en la Escuela. Yo había estado presente en el parto. Había visto a ese bebé sobre el pecho de su madre, sabía que había sido arrebatado después, y había declarado en tribunales sobre el tema. La mesa la completaban dos jueces del Juicio a las Juntas y un periodista. Seguramente el programa iba a ser visto desde sus casas por mucha gente que aún no sabía o no reconocía la verdadera dimensión de lo que había pasado en los dominios del grupo de tareas 3. 3. 2. Otros miles de personas se reunirían a la misma hora en Avenida del Libertador, frente al campo de concentración, donde el presidente Néstor Kirchner iba a compartir el escenario con Juan Cabandié, otro recién nacido a quien yo había visto en noviembre de 1977 en un pasillo del campo, en brazos de su mamá, una chica de dieciséis años, después asesinada.

Llegué temprano. Un productor veterano, que conocía sólo de vista, me atajó en la entrada. Me llevó a un costado y, consternado, me advirtió que «la vieja» tenía planeado hacerme algunas preguntas inconvenientes y que quería que yo estuviera prevenida.

—¿Qué preguntas inconvenientes? —indagué, con la seguridad de que no iba a ir más allá de lo que alguna vez me habían preguntado los defensores de los militares en algún proceso al que había ido como testigo. Por lo general, me atribuían, para descalificarme, hechos armados, atentados o secuestros en los que no había participado.

El productor tosió, nervioso.

—No sé, me imagino que algo tendrá que ver con la colaboración, con la delación. Te lo adelanto para que no te sientas incómoda.

—No te preocupes, estoy acostumbrada. Te lo agradezco mucho.

Tenía en claro para qué estaba ahí y las intrigas no me importaban. El día de la recuperación del espacio del campo de concentración para la sociedad civil, yo le iba a hablar a una parte de ella que tal vez nunca había prestado atención al tema. Tal vez si lo decía sentada a la mesa de Mirtha todos comprenderían. Me vinieron a buscar y me arrearon al estudio.

Detrás de unos paneles me colocaron el micrófono, casi invisible, un

cable que trepaba por debajo de mis ropas hasta el escote y un receptor colgando de la cintura. En pocos minutos estaba en el centro de la escena, rodeada por cristales, jarrones con flores, brocados, caireles, alfombras y cortinados. Ya había concluido el rito acostumbrado de la descripción del vestuario, zapatos y joyas de la conductora, y las risitas y aplausos del enjambre de asistentes y empleados que la acompañaba detrás de cámaras.

Era una jornada especial. No hubo almuerzo servido por mucamas de uniforme. Tampoco se distribuyó el regalo acostumbrado para cada invitado, un reloj pulsera. «No es un día para festejar» dijo Mirtha, y todos asintieron, admirando su sensibilidad.

No sé cómo ocurrió. No me acuerdo si ella tenía la pregunta anotada en un papel «ayuda-memoria». Tampoco recuerdo si en ese momento estábamos solas, todo lo solas que se puede estar frente a una audiencia de cientos de miles de personas... Pero después de hacerme una observación sobre lo bien que me quedaba mi nuevo color de pelo, me disparó: «¿Es verdad que vos salías con el Tigre Acosta?» Hubo un silencio sólido, un contener la respiración de todos los que estaban en el estudio.

—¿Cómo que «salía»?

—Bueno... —reculó—. Si es verdad que salían a cenar, eso es lo que dice la gente...

Inhalé profundamente, como reuniendo fuerzas. Podría haberme levantado y salido del estudio, podría haberme ofendido. Seguramente, la escena habría sido reproducida decenas de veces en los programas de chismes del espectáculo. «Periodista de Puntodoc le hace un desplante a Mirtha cuando le pregunta si tuvo un amorío (nadie diría “fue abusada sexualmente”, por supuesto) con el jefe del grupo de tareas de la ESMA». Pero no lo hice. Le respondí.

—Es verdad, nosotras mismas lo relatamos en el libro *Ese Infierno* que escribimos sobre lo que vivimos en el campo. Nos sacaban a cenar. No salíamos por nuestros propios medios. No teníamos derecho a negarnos. Éramos prisioneras. Nos venían a buscar los guardias en plena noche y nos llevaban. A una compañera, Cristina Aldini, el Tigre Acosta la llevó a bailar a Mau Mau después del asesinato de su marido. Que a una mujer la lleven a bailar a un lugar de moda los asesinos de su compañero, me pregunto si no es una forma refinada de tortura. A Cristina un oficial de la ESMA le llevó la alianza de su esposo, Alejo Mallea, a su cucheta en Capucha, adonde estaba engrillada, para demostrarle que lo habían asesinado. Le pregunté si ella quería ver el cadáver. Cristina al principio dudó, pero después aceptó porque pensó que de lo contrario, siempre se iba a quedar con la incertidumbre. Cuando lo vio, tenía dos tiros en la cara. Uno era el de gracia, entre ceja y ceja. Lo habían ejecutado.

Mirtha se sintió en falta. Miró detrás de cámaras, como buscando apoyo.

—Bueno, yo tengo que preguntar... —Nadie contestó. —¿O está mal que pregunte? —dijo, al borde del lloriqueo, ensayando un mohín angelical.

Cuando todo terminó, me acompañó a la puerta una productora.

—No sé cómo pedirte disculpas —me dijo, resoplando y sacudiendo la cabeza. Me dio la impresión de que a ella también le había dolido. Era una

mujer de mi edad. Parecía abatida, indignada, avergonzada. Tal vez tenía algún pariente o amigo desaparecido, pensé.

Ese «salías» de Mirtha encerraba un significado concreto. Tenía razón en sorprenderse por la reprobación de su *claque*. Probablemente Mirtha encarnaba el pensamiento de miles de personas, esas que hubieran querido preguntar como ella, así, elípticamente, si me había salvado por acostarme con el jefe del grupo de tareas. Porque alguna explicación tenía que tener que yo hubiera pasado de encapuchada en el campo de concentración a invitada a la mesa de la diva. Y su pregunta implicaba una condena, una sentencia que en ese momento no supe desarticular dando vuelta el argumento, provocándola como ella me provocaba, desde su pretendida ingenuidad informada. Diciendo, por ejemplo, «No, no me acosté con el Tigre Acosta, pero si lo hubiera hecho para salvar mi vida, ¿qué? ¿Quién podría juzgarme? ¿Quiénes pueden asegurar qué es lo que habrían hecho si hubieran estado en mis zapatos?»

Ninguna de nosotras tenía posibilidad de resistirse, estábamos bajo amenaza constante de muerte en un campo de concentración. Estábamos desaparecidas, sin derechos, inermes, arrasada nuestra subjetividad. Su dominio sobre nosotras era absoluto. No podíamos tomar ninguna decisión, eso era absolutamente inimaginable. De ellos dependía que comiéramos, que durmiéramos, que respiráramos. Ellos eran nuestros dueños absolutos. No quedaba resquicio alguno para nuestro libre albedrío. Pero si hubiera existido? Si la mirada lasciva de ellos sobre nuestros cuerpos hubiera sido usada por nosotras como un arma en su contra, un resquicio de fortaleza en nuestra extrema indefensión, ¿hubiera sido correcto condenarnos socialmente?

Como mujeres, la utilización de nuestros cuerpos o el deseo que despertamos en el otro como instrumento de manipulación o de salvación es condenable. No pasa lo mismo con los hombres.

En la película *Pascualino Sietebellezas*, de Lina Wertmüller, el protagonista, un genial Giancarlo Giannini, preso en un campo de concentración, se embarca en una relación sexual con una enorme comandante del *lager*. Aunque la escena es patética, a nadie se le ocurre condenarlo. Satisfacer a la mujerona uniformada, aunque repugnante, no constituye una afrenta a su virilidad. En cambio, cuando Pascualino descubre que una de sus hermanas en medio de las necesidades de una Italia empobrecida por la posguerra, se acuesta con hombres por dinero, se desespera y mata al proxeneta. Eso es lo que lo lleva primero a un manicomio para escapar de la pena de muerte, a alistarse en el ejército, desertar y, finalmente, a un campo de concentración nazi.

El prisionero es obligado por la comandante a ser alimentado por ella antes de llegar al clímax. «Primero comer, después, sexo. Si no hay sexo, kaput». Después, le dice «Me das asco. Tu ansia de vivir me da asco. No tienes ideales. Has encontrado la fuerza para tener una erección, por eso vas a sobrevivir». La mujer lo denigra todavía más. Lo pone a cargo de su pabellón en el campo y le ordena que elija seis hombres entre sus compañeros para ser ejecutados. Si no lo hace, matarán a todos.

En medio de la matanza, su amigo Francesco no soporta más, y grita: «¡Cerdos, asesinos!» Los guardias van a asesinarlo, pero la comandante los

detiene, y le ordena a Pascualino que le dispare. Francesco lo alienta a hacerlo. «Es mejor que lo hagas vos, que sos un amigo». Francesco elige morir, Pascualino, sobrevivir a cualquier costo.

Wertmüller, en un tono tragicómico magistral, muestra la degradación de Pascualino, cuyo sistema de valores entra en caída libre a partir de un hecho anclado paradójicamente en su concepto del honor: el asesinato del explotador de su hermana.

Pascualino se hunde al extremo. Wertmüller pone en boca de la comandante germana las palabras clave. Es real, su instinto de supervivencia no conoce límites. Y por eso lo condena, haciéndolo llegar al extremo de matar a un amigo para seguir con vida.

A pesar de la profundidad del film, la escena del prisionero, enclenque, trepando por el inabarcable corpachón de la mujer que tiene que satisfacer sexualmente a cambio de su vida, quedó en el imaginario social machista como una «picardía». La escena, podría decirse, se «comió» la película. Perduró en la memoria la habilidad del buscavidas Pascualino que se las ingenia para vivir usando su virilidad. Es un hecho simpático, un acto de viveza envidiable. Merece un aplauso. Aun desnutrido, consumido, ¡puede montar sobre la comandante alemana con su miembro erecto! ¡Es un verdadero macho!

Casi nadie recuerda su proceso de degradación, la escena en la que le dispara a su amigo...

Nadie reflexiona qué quiso decir la Wertmüller cuando muestra que al volver a su casa, Pascualino, el que se decía un «hombre de honor», descubre que todas las mujeres de la comarca se han prostituido para sobrevivir. Pero ya no importa, él también se ha corrompido.

Toda la sociedad europea quedó marcada por la experiencia concentracionaria, pero no resulta tan pregnante ese mensaje, porque nos reímos de la alemana y Pascualino...

Si entre los represores argentinos hubiera habido más mujeres, y algún detenido-desaparecido varón hubiera mantenido relaciones sexuales con sus captoras, la reacción social hubiera sido: «¡Qué pillo, cómo sedujo a su guardiana para obtener una mejor situación!» Pero la cultura machista predomina, y la mujer, en una situación similar hipotética, es condenada.

El peso de esa probable condena operó entre nosotras, las detenidas desaparecidas, que guardamos silencio demasiado tiempo. Ni siquiera pudimos hablar del tema abiertamente entre nosotras, porque no comprendíamos lo que nos había ocurrido, ni después ni durante nuestro cautiverio. Todavía hoy no lo entendemos, y por eso no podemos explicarlo adecuadamente. No discerníamos que no había en ese contexto posibilidad alguna del ejercicio de una sexualidad libre, sin condicionamientos ni coerciones. Aún ahora escuchamos una voz, interna o exterior, que nos dice que había elección, que había margen para la resistencia o el consentimiento dentro del campo. Que había opción, que no éramos presas inermes de nuestros captores en el marco de un sistema de terror, dentro de una sociedad donde el poder lo detentaban los varones. Y donde, por añadidura, nuestros pares, hombres y mujeres, tanto en prisión como fuera de ella, en el país y en el exilio, seguramente nos calificarían de prostitutas y de traidoras si habláramos.

Si es difícil entender lo que pasó habiéndolo vivido, más difícil, si no imposible, resulta hacerlo desde afuera. No puedo culpar a Mirtha sobre todo porque en las antípodas en cuanto a ideología, en los años del desastre, yo tenía los mismos prejuicios, idéntica falta de comprensión de las relaciones de poder y levanté mi dedo acusador contra mis pares en desgracia. Y no estaba sola en esa ceguera.

* * *

«Ella es la amante de un milico ahí adentro, en el chupadero. ¿Te imaginás eso?» Pensé que no había escuchado bien esa voz susurrante y angustiada. El ruido del tránsito, los escapes de los autos y el traqueteo, en hora pico, de los colectivos de la avenida Rivadavia cerca de Liniers, a las puertas de Buenos Aires, era ensordecedor. Por eso, precisamente, habíamos elegido ese punto de encuentro. Era un buen lugar para que se uniera por primera vez un grupo de militantes con su responsable, en plena represión. La cita fue en la zona de Ciudadela, muy cerca de la Avenida General Paz, una zona muy transitada donde el encuentro de varias personas, en medio de una época donde los operativos de identificación en la calles, las pinzas, eran cosa de todos los días, no llamaría la atención. Yo ya conocía a los otros miembros del equipo, pero no a J.

Era diciembre de 1976, algunos meses antes de que me secuestraran. Me habían trasladado de la Juventud Universitaria Peronista de Ciencias Económicas en la universidad —donde ya era demasiado conocida por haber arengado a los estudiantes en los cursos, convocado y participado en asambleas y repartido volantes a la vista de todos y corría peligro— a la zona Oeste, para cubrir el vacío dejado por las innumerables caídas. Mi destino era La Matanza, un conglomerado de decenas de barrios obreros, donde iba a reemplazar a una miliciana desaparecida que se ocupaba de los superpoblados monoblocks de la rotonda de Tablada.

—La compañera de J. está chupada —dijo la Petisa bajando los párpados sobre sus enormes ojos celestes—. La hijita de dos años quedó con los suegros. Él no la puede ir a buscar para tenerla porque la patota lo está buscando. Ni siquiera tiene la posibilidad de verla. . . Sólo habla por teléfono, cuando puede. Ahí se enteró de que la mujer también llama a los padres.

—Pero entonces, ¿ella está viva?

—Sí, pero porque se acuesta con un milico. Comparte la cama con él. Qué asco, qué vergüenza —me dijo la Petisa con voz grave y sacudiendo la cabeza.

No podía tolerar la idea. Hizo una mueca de disgusto. Nadie lo sabía entonces, pero esa chica menuda y rubiona, a sus veintisiete años, tenía a su marido preso y no respondía sino con una sonrisa tímida a nuestras propuestas de presentarle «candidatos». En esa realidad macabra, la aparición de viudos y viudas jóvenes producto de las desapariciones hacía que las relaciones, vertiginosas, intensas, se sucedieran unas a otras y terminaran muchas veces en nuevas pérdidas. Pero eso no se daba con la Petisa, la hija de un médico judío del barrio de Liniers. Nunca traicionó a su

hombre. Siguió militando sola y como correspondía a los códigos a los que nos ateníamos, sin buscar nuevo compañero. Fiel, inmaculada. Murió así, tomándose la pastilla de cianuro después de resistirse todo lo que pudo a su secuestro, una noche, poco tiempo después, en el centro de Ramos Mejía.

—¿Vos creés que ella trabajaba para los milicos desde antes, que era una de ellos? —aventuré una hipótesis conspirativa. A mí me parecía inconcebible que una de nosotras pudiera tener sexo con un militar.

La única explicación era que había sido una agente infiltrada, una espía. No era tan descabellado. De hecho, me resultaba más comprensible. El sexo entre un miembro de la patota y una militante era una escena de una película de terror. Ya había perdido a tantos amigos de manera horrible que la idea del mero contacto físico con un asesino me repugnaba.

De hecho, una forma de aferrarnos a la vida que habíamos encontrado con Juan, mi novio, mi compañero, era hacernos el amor cada vez que podíamos, cruzados de una causa perdida, como si fuera a terminarse el mundo, como siuviéramos que reafirmarnos que todavía respirábamos, exorcizando la amenaza de la Parca, abrazándonos, desesperanzados, en la piecita de techo de chapa de Villa Madero adonde nos había empujado la persecución.

J. todavía no había llegado a la cita en Liniers. Cuando lo vi acercarse, cruzando la avenida en diagonal, con su pelo lacio y rubio, sus ojos verdes, alto como un junco, desgarrado y ojeroso, apenas me animé a mirarlo de frente. Nunca había escuchado algo como lo que le había pasado. No sabía cómo era capaz de soportar tanto dolor, tanto agravio. ¿Cómo sería ella? ¿Qué la había hecho caer tan bajo? ¿No le resultaba abominable que la tocara un torturador? ¿Cómo se volvía de una degradación semejante? ¡La amante de un milico!

La desgracia de J. era algo totalmente intolerable. Tenía ganas de abrazarlo, de protegerlo, de decirle que no todas las compañeras éramos así, que algunas mujeres estábamos dispuestas a que nos mataran antes de que nos pusieran una mano encima los torturadores. A tomarnos la cápsula letal que llevábamos en el bolsillo antes de quedar a merced de esos monstruos.

Me refugié en el silencio. El relato sobre el destino de la mujer de J. me dejó muda. A mis diecinueve años, esa situación me parecía lo más horroroso que podía imaginar. Nunca puse en duda que fuera verdad, nunca pregunté cómo y de dónde se había obtenido la información sobre ese maridaje que se me aparecía tan ignominioso. Seguramente no era algo que la secuestrada les había contado a sus padres durante la conversación telefónica. A duras penas pude disimular la compasión frente a J. Esa noche, él no tenía dónde dormir. Todas las opciones de casas eran peligrosas o no estaban disponibles. Eran pocas ya las familias con habitaciones seguras que estaban dispuestas a abrirnos las puertas en medio de la cacería. Decidimos que yo lo acompañaría a un hotel para parejas. Juan, mi novio, estuvo por supuesto de acuerdo. Era una solución que no levantaría sospechas. Dos enamorados jóvenes, con aspecto inofensivo, adolescente. Viajamos en un colectivo casi vacío desde Liniers a Caballito. Las chapas vibraban tanto que podíamos hablar de cosas de la militancia sin problemas. Nadie nos escuchaba. Yo no podía dejar de mirarlo, de pensar cómo se sentiría

sabiendo que su compañera, como decíamos, la madre de su hija, estaba en la cama con un hijo de puta. Llegamos al alojamiento en la calle Río de Janeiro, el mismo al que yo había ido tantas veces con Juan, el Waikiki. Quedaba muy cerca de la casa de sus padres y a unas veinte cuadras de la de mi abuela, adonde pasaba los fines de semana. Apenas llegamos a la habitación, en penumbras, por un pasillo zigzagueante que se abría al salir de un ascensor estrecho, J. tiró la campera en el piso para acostarse encima. «Yo duermo acá», me dijo. Y se acomodó sobre los mosaicos de granito.

Le contesté que ni lo pensara, que necesitaba descansar bien y que en la cama había lugar para los dos. Sobre el colchón de goma espuma estrecho, con el velador encendido que dejaba en penumbras las paredes verde agua, me habló de su nena, de cómo la extrañaba, de los llamados de su mujer a sus suegros. De sus planes de llevar a su hija a vivir con él, de alquilar una casita sencilla, barata, como la que habían tenido, en las afueras, y de anotar a la niña en un jardín de infantes. No quise preguntarle más. Estaba muy solo y, ante mis ojos, había sufrido el peor de los golpes, de los vejámenes. La más humillante de las derrotas. El enemigo había tomado a su mujer. Y ella era una puta y una traidora.

* * *

«¿Y vos, por qué te salvaste?»

La pregunta, repetida, acompañó mi *reaparición con vida* después de haber pasado dos años secuestrada en dos centros clandestinos de detención. La escuché una y otra vez, en boca de personas que de manera manifiesta me expresaban su alegría por tenerme allí de nuevo. Seguramente algunos, sobre todo los familiares de quienes no habían sobrevivido, lamentaban no haber tenido la posibilidad de volver a abrazar a quienes esperaban. Era lógico. Había quienes me hacían la pregunta casi con vergüenza, con pudor, como presintiendo que me ponían en una situación incómoda. Otros la formulaban con un gesto duro, rencoroso. Yo no me sentía amenazada, porque con sinceridad, no conocía la respuesta.

Yo reaparecí con vida, sí. Contra todos los pronósticos.

La reaparición de los desaparecidos era durante la dictadura y hasta bien entrados los años 80, paradójicamente, una consigna que los organismos de derechos humanos levantaron en reclamos, marchas y entrevistas de prensa. «Con vida los llevaron, con vida los queremos», decían. Una consigna que seguramente algunos de ellos entendían que era utópica a pesar de ser justa. Encerraba la denuncia de la perversión de la desaparición forzosa: no saber nada, no tener certezas, no poder disponer siquiera del cadáver de la persona buscada. Uno necesita ver para creer. Por eso, siete años después de su desaparición, la madre de un compañero me preguntaba insistentemente si yo había *visto* el cuerpo de su hijo muerto para atreverme a afirmarle que lo habían matado.

La probabilidad de que los secuestrados que los grupos de tareas militares se habían llevado de la calle, de sus casas, de sus lugares de trabajo o de estudio, regresaran era una entre miles.

Y aun cuando se diera, cuando las fuerzas del terrorismo de Estado lo liberaran, le perdonaran la vida, el desaparecido no volvía tal como lo habían arrebatado. No era el mismo. Después del paso por lo desconocido, de una temporada en el infierno, ya no se trataba de la misma persona. Algo había cambiado dentro de él o ella, y no consistía solamente en sus heridas visibles o invisibles, sino en un halo ominoso. Estaba contaminado. Quien sobrevivía había visto, había experimentado —se intuía— cosas intransmisibles. Cosas que nadie quería escuchar, seguramente. Había negociado, a cambio de su vida, lo innegociable. Había descendido a lo más profundo de la abyección. Y el silencio de la víctima, que estaba convencida de que lo vivido en aquel mundo oculto era intolerable a los oídos de los otros, acrecentaba la desconfianza que inspiraba.

El deseo de quienes lo habían conocido, de los que habían peregrinado por comisarías, hospitales, cuarteles y despachos oficiales preguntando por su paradero, de los que habían arriesgado sus propias vidas en tareas de denuncia y movilizaciones, de que el desaparecido reapareciera tal y como había sido antes de su secuestro era imposible. Al reaparecido, al sobreviviente, lo envolvía la sospecha. Volvía, sí, como tanto lo habían reclamado, pero lo hacía modificado, envuelto por una neblina monstruosa, aniquilado su espíritu de militante puro por la intuición de que el precio que había pagado por seguir respirando le había quitado toda dignidad.

En el cuento *La pata de mono*, de W. W. Jacobs, una madre le pide a un talismán que le devuelva a su hijo muerto. Víctima de un accidente de trabajo, el joven golpea la puerta, diez días después de haber sido enterrado, seguramente desfigurado, corrompido. Es el padre quien, antes de que la mujer pueda abrir la puerta, le pide a la pata de mono que vuelva a hacerlo desaparecer, restableciendo la tranquilidad aun en medio del dolor por la pérdida.

Los que reaparecimos, como pedía la consigna, no volvimos igual. Tuvimos miedo de hablar, de revelar lo que habíamos visto. Sentíamos culpa, y llegamos a creer que realmente habíamos hecho cosas horribles para conseguir la libertad. Pero la verdad es que no teníamos una contestación para la pregunta que escuchábamos sobre la razón de nuestra sobrevida, y únicamente podíamos encogernos de hombros y bajar la vista. Muchos habían hecho lo mismo que nosotros y estaban muertos. Otros habían hecho lo contrario y también habían sido asesinados. No teníamos una explicación para el caos, la locura del campo de concentración.

Sobrevivir no tenía que ver con la delación, con el quiebre en la tortura, con la entrega de información. Es más, la mayor parte de los que no soportaron los tormentos y proporcionaron datos que condujeron al secuestro de otros y a su posterior asesinato están muertos. No había una relación entre la selección para la sobrevida y la cooperación que los torturadores pedían en la mesa de tortura. Todos los que caíamos en manos de los grupos de tareas estábamos condenados a muerte, soportáramos o no los dolores penetrantes de la picana eléctrica, la asfixia del submarino, el terror de los simulacros de fusilamiento.

En los campos de exterminio nazi había un proceso de selección de

prisioneros apenas llegados de los *shtetls* (aldeas judías), de los *ghettos*, generalmente en camiones o vagones de ferrocarril. Si el hacinamiento o la asfixia no habían hecho su trabajo de selección natural y el prisionero no llegaba ya cadáver, había una fila al final de la cual se decidía el destino.

O la muerte casi inmediata, o la inclusión en algún grupo de trabajo que permitía una debilísima esperanza de sobrevivida, o por lo menos un poco más de tiempo. Pero, ¿cómo saber qué tipo de habilidad, experiencia o característica física iba a determinar el lado correcto, el ansiado? Si un día se precisaban hombres fuertes para el *sonderkommando* que se ocupaba de los cuerpos exánimes, otro día dentistas para quitar los dientes de oro de los cadáveres o tal vez músicos para entretener a la oficialidad o tocar marchas mientras los condenados marchaban a la cámara de gas.

De la misma manera, en los centros clandestinos argentinos, los secuestrados ignoraban qué tenían que decir, qué podían hacer o dejar de hacer para seguir respirando algunos días, semanas, meses más. A veces la obsecuencia generaba el desprecio de los represores, a veces el beneplácito. Un desplante, la resistencia en la tortura o un insulto podían provocar admiración y respeto hacia un enemigo digno, un trato «de combatiente a combatiente».

Una noche, el teniente Alfredo Astiz volvió a la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) después de un enfrentamiento que se produjo cuando fueron a allanar una casa cuya dirección había dado un secuestrado. Cuando este secuestrado se cruzó con Astiz, le dijo: «Rubio, me enteré que casi te dieron. Estaba preocupado por vos». El comentario no le agradó. «Lo hubiera aplastado como a un gusano. Hace dos horas que cayó y me quiere hacer creer que tenía miedo de que me hirieran», le comentó el marino a otros desaparecidos. Astiz, el hombre que sugería que de buen grado hubiera matado al delator, por el contrario, se embarcaba en largas charlas con una compañera que no había delatado en la tortura.

Nadie sabía qué hacer o qué no hacer para seguir con vida.

Fuera del campo, las acusaciones más o menos explícitas a los sobrevivientes fueron la regla, así como la idealización de quienes no sobrevivieron. Los militantes que salieron de los campos con vida y que se volvieron a conectar con sus compañeros en el exterior fueron sometidos a cuestionarios y cuestionamientos de todo tipo, obligados a someterse a pruebas de lealtad que en muchos casos terminaron con su vuelta al país en una misión de imposible éxito, su nuevo secuestro y su muerte, tal vez una condena encubierta. Gran paradoja, reclamar la aparición de los desaparecidos y revictimizarlos con el aislamiento, la desconfianza y, a veces, con una misión suicida.

Las mujeres sobrevivientes sufrimos doblemente el estigma.

La hipótesis general era que si estábamos vivas, éramos deladoras y, además, prostitutas. La única posibilidad de que las sobrevivientes hubiéramos conseguido salir de un campo de concentración era a través de la entrega de datos en la tortura y, aún más, por medio de una transacción que se consideraba todavía más infame y que involucraba nuestro cuerpo.

Nos habíamos acostado con los represores. Y no éramos víctimas, sino que había existido una alta cuota de voluntad propia: nos habíamos entregado de buen grado a la lascivia de nuestros captores cuando habíamos podido

elegir no hacerlo. Habíamos traicionado doblemente nuestro mandato como mujeres: el de la sociedad en general y el de la organización en la que militábamos. No se nos veía como víctimas sino como dueñas de un libre albedrío en verdad improbable.

Resulta imposible explicar por qué quienes nos juzgaban sin haber vivido las condiciones que se sufrían en un centro clandestino de detención suponían que las mujeres teníamos el poder de resistirnos a la violencia sexual, a los avances de los represores y podíamos preservar «el altar» de nuestros cuerpos impoluto.

Las mujeres teníamos un tesoro que guardar, una pureza que resguardar, un mandato que obedecer. Nos habían convencido de que así era.

Yo no escapaba a ese mandato. Por eso, lo abrumador del rechazo que me provocaba la conducta de la mujer de mi responsable. Nunca se me ocurrió que podía usar la atracción que provocaba en su captor para conseguir el precioso tesoro del contacto telefónico con su hijita, para aliviar su dolor de madre separada de su cachorra. Tampoco que no había tenido el poder de resistirse a los avances sexuales de su secuestrador, desaparecida y privada de todos sus derechos, en manos de un grupo de ilegales que disponía de su vida y de su cuerpo. Del mismo modo que no había podido preservarse de las laceraciones de la picana. Para mí, para la Petisa, para todos, esa muchacha era la encarnación de lo peor, de lo más repulsivo. Sentíamos más miedo de convertirnos en eso que de inmolarlos. Queríamos ser mártires y no prostitutas.

No me era posible terminar este libro, que ideé con mi amiga y compañera Olga, sin incluir un pasaje de mi propia historia que me atribuló durante años. No podía, no hubiera sido honesto, exponer las experiencias de otras mujeres y callar la mía. Es en realidad parte de una novela autobiográfica que empecé a escribir hace un tiempo, precisamente para clarificar dentro de mi mente lo que había atravesado. Por eso, al final de *Putas y guerrilleras*, relato lo vivido en La Casa de la CIA.

Vivir con culpa

Olga Wornat

«Cuando la conocí a Anita (Dvantman) en la Escuela, me enamoré perdidamente. Estaba en la sala de torturas, cuando la vi por primera vez. Me gustaba esa forma que tenía de enfrentarnos, de desafiarnos. Era brava y eso me rompió la cabeza. Ahora, lo único que quiero es olvidarme de todo y que se olviden de mí. En esa época, todos estábamos muy locos, los Montoneros y nosotros. Acá, ninguno fue una carmelita descalza. Pero es difícil olvidarse... estoy casado y tengo dos hijos con una ex montonera. La verdad que esta historia vivirá siempre conmigo...»

Jorge Radice, ex teniente de fragata e integrante del GT 3. 3. 2, de la ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada). Parte de una conversación que tuvimos una noche de 1997, en el living de su departamento de Barrio Norte.

«Las mujeres a las que yo les salvé la vida en la ESMA son unas desagradecidas. ¿De qué me acusan? ¿Usted sabe lo que les hubiera pasado si caían en manos del Ejército? Esos tipos las violaban y después las mataban. Averigüé lo que pasó en La Perla y en Campo de Mayo o en Tucumán. Ahí no se salvó nadie. En cambio, en la ESMA, yo las rescaté y pagaron denunciándome. Yo no soy un asesino como ellas dijeron y algunos piensan. Nunca di la orden de matar a nadie, nunca torturé. Jamás vi una picana ni sé cómo se maneja ese aparato. No ando armado, porque no me gustan las armas. Nadie pudo probar jamás mi participación directa en un asesinato. Tampoco me hago el tonto. Seguramente algunos torturaron y unos cuantos desaparecieron. Pero a un terrorista o a una terrorista no se lo podía tratar como a un niño, ¿no? Y aunque los marinos somos muy machistas porque no aceptamos que las mujeres tomen decisiones, a las terroristas las tratamos como caballeros, ninguna fue violada como en el Ejército. Es más, ¿sabía que algunas formaron pareja con hombres de la Marina?»

Ex almirante Emilio Eduardo Massera. Fragmento de una larga entrevista que me dio para la revista *Gente*, en invierno de 1995, en sus oficinas de la calle Corrientes.

Este libro no está escrito con sentimientos de venganza, morbo o masoquismo. Son historias de mujeres que pasaron por el infierno más atroz de los campos de concentración de la dictadura militar y sobrevivieron. Rehicieron su vida, se enamoraron, algunas tuvieron hijos, construyeron una familia, estudiaron, trabajan en lo que les gusta, y aunque no olvidan el

calvario por el que pasaron, son un canto a la vida, un ejemplo inspirador. En cada confesión, en cada retazo de recuerdo, hay más nobleza que rabia, más dignidad que rencor.

Todas fueron víctimas de abusos sexuales o mantuvieron relaciones tortuosas con sus victimarios, y durante mucho tiempo —y aún hoy— y desde distintos ángulos —mayoritariamente masculinos—, se las trató de «traidoras», «quebradas», y se definió a estas relaciones como «amorosas». Casi todos los que hablaron de ellas, se quedaron en el detalle morboso, en el amarillismo, y desde ahí, sacaron conclusiones distorsionadas. Por ignorancia, banalidad o machismo.

Hay libros célebres, y muchos artículos periodísticos que tocaron este tema bajo este enfoque «atractivo», casi de película, pero profundamente errado. *Recuerdos de la muerte*, de Miguel Bonasso, es un ejemplo, y *Noche de lobos*, de Abel Posse, es otro.

Yo misma, cuando conocí estas historias por primera vez, y hablé con alguna de sus protagonistas, creí equivocadamente, durante mucho tiempo, que no era imposible que una mujer se «enamorara» de su secuestrador o al revés. Las definía como «amores perversos» o «malos amores», como si los mismos hubieran surgido en un contexto normal, y no en medio del horror de un campo de cautiverio, donde la vida de las mujeres secuestradas no valía nada, y su supervivencia, la de sus hijos y su familia, dependía de sus torturadores; aquellos siniestros apropiadores de su cuerpo y de su mente.

No fue fácil. Algunas no quisieron hablar o pidieron que su nombre no fuera mencionado en el libro. Otras nunca devolvieron la llamada, ni respondieron nuestros correos. Muchas nunca denunciaron a sus abusadores. Lo que vivieron adentro de ese infierno es tan fuerte, complejo y doloroso, y dejó heridas tan hondas, que optaron por el silencio por razones que tienen que ver con la vergüenza y la humillación, y porque el tema continúa siendo un tabú para quienes venimos de la militancia política. Y también, por el temor de ser discriminadas o estigmatizadas por una sociedad, que a 38 años de la dictadura, todavía se rige por esquemas machistas y retrógrados con respecto a los abusos sexuales a las mujeres; un obstáculo difícil de vencer para muchas.

El tema que trata este libro no ocurrió sólo en la Argentina.

Desde los orígenes del mundo, el abuso hacia las mujeres, en todas sus formas, es una realidad que aterra, abrume y avergüenza. Desde los más lejanos conflictos bélicos, las mujeres fueron consideradas un botín de guerra. De un lado y del otro. Incluso, los ejércitos aliados aplicaron este método aberrante en la Segunda Guerra Mundial. Anthony Beevor, historiador británico que buceó en los archivos soviéticos, relató en *La caída de Berlín* las brutales violaciones y abusos físicos y psicológicos a los que fueron sometidas miles de mujeres alemanas durante la avanzada del Ejército Rojo. Según Beevor, los testimonios encontrados revelan que se violó a mujeres desde 10 a 75 años, incluidas víctimas de los campos de concentración nazi, sobrevivientes esqueléticas, que apenas podían tenerse en pie.

Por otra parte, según dijo el representante del Vaticano en Alemania, en 1945, seis meses después de finalizada la guerra, muchas de ellas permanecieron ocultas en los tejados y en los sótanos de sus casas, aterradas

por las violaciones de los soldados. Por su parte, durante la operación «Barbarrosa» que lanzó Hitler contra Rusia, «sin normas y sin códigos», miles de soldados nazis borrarón de la faz de la tierra más de 7 mil aldeas de campesinos. A los hombres y a los niños los asesinaron, y a las mujeres las violaron y las llevaron a trabajar como esclavas en fábricas o directamente a los campos de exterminio.

Durante la Segunda Guerra Mundial, más de 200 mil mujeres —niñas y jóvenes— fueron sometidas a la esclavitud sexual en los territorios conquistados por Japón. Mujeres de Corea, China y Filipinas fueron secuestradas e internadas en «comforts stations» como les llamaban a los centros de esclavitud sexual o prostíbulos, donde eran sometidas a terribles abusos. En 1991, la sobreviviente coreana Kim Haak Soon, entonces con 63 años, reveló esta historia al mundo. Se las llamaba con cinismo las «comfort woman» (mujeres consuelo), y el vil argumento que utilizaron para explotarlas fue que servían para «el levantamiento moral de la tropa» y que, de esta manera, evitaban que los soldados del ejército imperial japonés contrajeran enfermedades de transmisión sexual. Japón nunca reconoció estos crímenes, y las sobrevivientes —ancianas de más de 80 años— se reúnen cada año para recordar y exorcizar, y para exigir justicia y reparación.

La idea fue y es: «Yo soy el vencedor y yo soy el dueño de tus mujeres y hago lo que quiero con ellas».

Como periodista, viajé en 1994 a cubrir para la revista *Gente* la guerra de la ex Yugoslavia. No hubo un sitio de los que estuvimos —con Jorge Bosh, el fotógrafo y Goga, la traductora— en el que no se mencionaran las violaciones masivas a mujeres cautivas por parte de soldados serbios, de croatas y de musulmanes bosnios. Con Goga teníamos miedo. Ella me habló de la existencia de campos de esclavitud sexual de mujeres, historias que, como fantasmas, sobrevolaron nuestra travesía. Si en ese momento hubiera accedido a los testimonios de lo que estaba ocurriendo con las mujeres en esa guerra, y que años después escandalizaron al mundo, me hubiera paralizado por el espanto.

Durante la larga y cruenta conflagración que azotó la zona desde 1992 hasta 1995, miles de mujeres y niñas fueron objeto de las peores atrocidades.

Una mujer de Mostar, que nunca quiso dar su nombre real, porque sus dos hijos no saben de los horrores que ella padeció, relató su historia a una de las más importantes ONG, la Asociación de Sobrevivientes de la Tortura en Campos de Concentración. Atrapada en la guerra entre serbios y croatas, esta mujer tuvo que huir de su casa luego del secuestro de su marido. Un día regresó y como habían cortado el suministro de agua, salió a buscarla. «Tuve que salir a buscar agua a la cisterna. Al regresar, me interceptaron tres soldados, que me ordenaron dejar el balde de agua y acompañarlos. Me torturaron y me violaron durante horas y horas. Yo era una esclava para ellos, no valía nada. Lo continuaron durante días, semanas y meses. Un día les imploré que me mataran, en esa época tenía 50 años. Les rogué que me mataran y no lo hicieron».

Cuando la guerra terminó, recién en el 2006, ella se animó a revelar sus padecimientos a otra mujer que pasó por lo mismo. «Tengo graves problemas renales y de hipertensión por las torturas y las violaciones. Ahora ya tengo 70 años, y aunque trato de olvidar, no puedo. Mis hijos nunca se

enteraron de lo que me hicieron, y prefiero que no sepan, no tiene sentido. Hago terapia y trato de sobrevivir, de olvidar, pero es muy difícil. No hablé antes, porque tenía miedo de que me estigmatizaran, de que mis vecinos no me hablaran y de que me echaran la culpa por lo que me pasó».

Atrocidades como estas, que ocurrieron con las mujeres de Bosnia y Herzegovina, y de Rwanda —durante la guerra civil de 1990—, fueron tomadas por la Corte Penal Internacional, a través de la resolución 1325, para tipificar los abusos sexuales como «crímenes de lesa humanidad». Sin embargo, a 19 años de la finalización de la guerra en la ex Yugoslavia, muchas sobrevivientes continúan sumergidas en el más profundo de los silencios, destruidas física y emocionalmente. Por vergüenza y miedo, nunca denuncian a sus abusadores. La mayoría, cuando regresó a sus hogares, fue abandonada por su familia y repudiada por amigos y vecinos. A través de un programa implementado por el gobierno, las que se animaron a destapar sus infiernos privados reciben una pensión mensual de 280 euros. Una suma inferior a la que perciben los veteranos de la guerra, y que no soluciona el problema de fondo que soportan las sobrevivientes.

Durante las dictaduras y las guerras civiles que sucedieron en distintos países de América Latina, las mujeres prisioneras fueron víctimas de innumerables abusos sexuales y psicológicos por parte de las fuerzas represivas. Más tarde, cuando los regímenes dictatoriales y los conflictos bélicos dejaron de existir, a la mayoría también le resultó difícil insertarse en la sociedad. Fueron discriminadas, incluso por sus compañeros de cautiverio y de militancia. La incompreensión, la vergüenza y la estigmatización son la constante.

A la trágica situación que se vivió en la Argentina entre 1976 y 1983, se suman similares experiencias en Chile, Perú, Brasil, Uruguay, México y gran parte de Centroamérica, especialmente Guatemala, El Salvador y Nicaragua. En todos estos países, podemos observar que la utilización del terror en todas sus formas —desde la tortura física y psicológica, hasta las violaciones, asesinatos y desapariciones masivas—, fue el mecanismo aplicado por el Estado, no sólo hacia la insurgencia armada, sino hacia la población, considerada «base de apoyo y cómplice» de la guerrilla.

Guatemala fue escenario de una larguísima y cruenta guerra civil que se extendió desde 1960 hasta 1996, y dejó más de 200 mil muertos y alrededor de 45 mil desaparecidos. Comunidades enteras de campesinos y etnias indígenas fueron arrasadas por miembros del ejército que, como «Atilas», se ensañaron hasta extremos inverosímiles con ancianos, niños y mujeres. Las mujeres —el objetivo principal— eran arrastradas a la plaza pública donde se las violaba y luego eran asesinadas frente a los ojos de la comunidad. Frente a la posibilidad de caer en manos de sus represores, los miembros de la guerrilla guatemalteca se movían a todas partes con una cápsula de cianuro, lo mismo que sucedió durante los primeros años de la dictadura militar argentina, con los integrantes de Montoneros.

Era preferible morir antes de caer en manos de los militares y atravesar por las más atroces torturas y violaciones sexuales.

Catarina Caal, miembro de la etnia Q'eqchi, prestó declaración judicial frente a un tribunal de justicia de Guatemala, el 15 de septiembre del 2012. Lo hizo en su idioma, una de las 22 etnias que existen en el país, y con un

velo que le cubría el rostro. Enfrente, entre los 37 militares juzgados por abusos sexuales contra 15 mujeres, estaban sus victimarios. El terror y la vergüenza de los años que pasó secuestrada en un cuartel militar del noroeste de Guatemala, nunca la abandonó. El pañuelo que con el que cubrió su rostro fue el único mecanismo que encontró Catarina para demostrarles a los jueces que el dolor y la humillación convivían con ella.

Su valiente testimonio produce escalofríos.

«Primero secuestraron y mataron a mi esposo. Luego quemaron mi casa. Cuando llegaron, yo tenía a mi hijo menor en brazos, me lo quitaron y lo tiraron lejos. Me colocaron una pistola en la boca y otra en el pecho y en el suelo, me violaron entre varios. Después de perder todo, yo creí que podía salvar a mis otros hijos y los llevé a la montaña, pero se murieron de hambre, porque yo no conseguía con que alimentarlos. Una de mis hijas estaba embarazada, y un día llegaron los soldados, la violaron y luego la despedazaron a machetazos.»

Catarina relató que juntó las pocas fuerzas que tenía y regresó a su pueblo. Pero los militares volvieron a buscarla y la llevaron al cuartel, donde durante años fue obligada a trabajar como esclava. Lavó la ropa y cocinó para los soldados, y por las noches, ellos se turnaban para violarla.

Valentina Rosendo Cantu es una valiente indígena mexicana de la comunidad tlapaneca de Caxitepec, del estado de Guerrero. Tenía 17 años cuando fue violada por dos soldados del Ejército mexicano. El 16 de febrero del 2002, Valentina se encontraba lavando ropa en un arroyo Barranca Bejuco, su pueblo, cuando ocho soldados la sorprendieron y le preguntaron por unos hombres «encapuchados», que según ellos, eran narcotraficantes. Le mostraron unas fotografías y ella no reconoció a nadie, y por esta razón, fue salvajemente golpeada y violada por dos militares del grupo, mientras los demás se burlaban, fumaban y leían. Yo vivía en México cuando ocurrió este episodio aberrante, y la historia de Valentina me indignó. Investigué y seguí su caso durante los 10 años que ella batalló hasta encontrar justicia. Valentina denunció a sus violadores y enfrentó todo el poder del Ejército mexicano y del gobierno nacional, que comenzó a amenazarla —a ella y a su familia— para que desistiera. Incluso fue golpeada nuevamente por los mismos que la violaron, y hasta intentaron secuestrar a su única hija de tres años.

«Valentina miente», decían todos. Fue tanta la presión y las amenazas que recibía, que un día se marchó de Guerrero con su niña, decidida a encontrar justicia y tranquilidad. Vivió mucho tiempo en una especie de clandestinidad, por temor a las represalias. Perdió en todas las instancias judiciales, pero siguió adelante. Como una guerrera enfrentó y superó las barreras de acero de una sociedad machista y discriminadora, que afirmaba que ella mentía por ser mujer, y además, indígena. Al principio, los habitantes de su comunidad y su esposo la apoyaron en sus reclamos. Pero después, le echaron la culpa y la abandonaron a su suerte. Su familia, sus padres, fueron los únicos que la acompañaron. Ella nunca desistió y continuó. Y su historia, con el apoyo de varias ONGs, llegó a la Corte Interamericana de DD.HH.

El 5 de octubre del 2010, llegó la recompensa. La CIDH condenó al Estado mexicano a pedirle perdón y exigió que los responsables de las violaciones, los dos militares, fueran juzgados por la justicia civil. Esta fue la primera vez que la Corte señaló que una «violación sexual es un acto de tortura».

Valentina marcó un camino, un antes y un después en la historia de los abusos sexuales a mujeres en México. «Lloré mucho cuando me dieron la noticia. Comencé a recordar todo lo que me había pasado. Recordé a la Valentina que era maltratada por su esposo y la que fue humillada por su comunidad. No creían en mí y decían que me violaron porque yo los había provocado. La gente del pueblo me señalaba como la amante, como a la mujer de los militares. Perdí a parte de familia, mi esposo me abandonó, y mi comunidad me pidió que me fuera. Lloré mucho recordando la soledad de estos años. Tenía que demostrar a todos que los que mentían eran ellos, no yo. Estudié y aprendí castellano, y trabajé en lo que pude. Ahora, sólo quiero que el gobierno cumpla con la condena y que esos militares vayan presos. Quiero vivir tranquila y ayudar a otras mujeres para que denuncien los abusos y luchen por sus derechos. Porque no soy la única».

Valentina Rosendo Catu experimentó el terror, la vergüenza y la discriminación, y venció. Es un ejemplo de dignidad y una inspiración de vida.

Miriam, mi amiga y hermana del alma, fue militante política, igual que yo. Ella fue secuestrada y es una sobreviviente de la Escuela de Mecánica de la Armada, uno de los centros de cautiverio más perversos de la dictadura militar. Yo me salvé de pasar por ese infierno pero afuera, sobrevivir tampoco fue fácil.

Cuando nos decidimos a escribir este libro, hace más de tres años, lo hicimos bajo la consigna de que era absolutamente necesario que esta historia dejara atrás la opacidad. Creíamos necesario mostrarla con sus miserias y virtudes. Con todas sus contradicciones, que son las de cualquier ser humano sometido y obligado a elegir entre la vida y la muerte.

No pocas veces recordé durante este tiempo un libro que me marcó en mi adolescencia, y que leímos con el Negro (Jorge Jacobone), mi compañero y padre de mis hijos, en 1976: *La condición humana*, de André Malraux, que sobrevivió milagrosamente a los años infames en un escondite ubicado bajo tierra en el jardín de la casa de mis padres. «Los hombres son generosos y monstruosos, magníficos y ridículos, prepotentes e impotentes, racionales e irracionales», dice Malraux en uno de sus tramos.

Con Miriam, debatimos días y meses. Nos preocupaba lograr un enfoque respetuoso hacia las víctimas. Sin señalamientos, ni análisis personales sobre nadie. Buceamos en lo que sucedió en los campos de exterminio del Holocausto y en las guerras posteriores. Nos empapamos con los relatos de las sobrevivientes de los campos de trabajo forzado adonde Stalin enviaba a sus opositores. Hechos históricos que desconocíamos surgieron frente a nuestro asombro, para confirmarnos que, desde muy lejos, las mujeres siempre fueron las principales damnificadas por los abusos más aberrantes en los tiempos de guerra. Leímos todo lo que se escribió y miramos todas las

películas que trataron esta compleja y traumática problemática.

A veces, nos entusiasábamos y otras, nos ganaba el abatimiento, porque en sus inicios, casi todas las puertas de las sobrevivientes —salvo excepciones— se nos cerraban, y no le encontrábamos claridad a la hora de escribir sobre un tema que había sido manoseado hasta extremos degradantes. Nos negábamos a caer en el relato amarillista y superficial de los detalles de las relaciones «íntimas» entre víctimas y victimarios, y menos aún, a avalar la teoría de los «dos demonios», muy en boga en los últimos años a través de infinidad de libros que hablan de los 70, donde el horror por el que pasaron miles de mujeres y hombres en los campos de concentración, es «justificado» de una y otra manera, por haber sido integrantes de alguna organización guerrillera. Los ejemplos más notorios de esta teoría, son los periodistas Juan Bautista Yofre y Ceferino Reato. En su libro *Viva la sangre*, Reato, con una banalidad y una ignorancia del tema que impacta y espanta, desliza sospechas sobre los sobrevivientes que testimoniaron en los juicios de la verdad, por la causa La Perla, en Córdoba, las mismas que curiosamente argumentan los torturadores de los campos: «Es el criterio del Gobierno Nacional y de la mayoría de los organismos de derechos humanos para, por un lado, utilizar como testigos en los juicios a personas controvertidas que han sido acusadas de haber colaborado con la represión ilegal y que, por lo tanto, bien podrían exagerar los hechos o directamente inventarlos para limpiar su pasado y reconciliarse con sus ex compañeros, y por el otro, impedir que esos hombres y esas mujeres sean condenados en esos procesos por los delitos en los que confiesan haber participado. “El que entra víctima, sale víctima”, es decir —dice Reato—, que quien fue detenido o secuestrado y sometido o no a torturas no debe ser sancionado por haber formado parte de la represión ilegal: no podía elegir otra opción, salvo la muerte».

La elección de este título, que para algunos puede sonar escandaloso o provocador, al principio nos generó dudas por el impacto negativo que podría tener sobre las víctimas. Pero nos convencimos a medida que fuimos avanzando. «Putas y guerrilleras» les decían los represores a todas las mujeres apenas eran secuestradas, y luego, durante los feroces interrogatorios, las torturas y las violaciones. Ser mujeres que se atrevieron a ingresar en un territorio netamente masculino, rebelarse y pelear contra las injusticias, tener una militancia activa o superficial en alguna organización política, estudiar una carrera, no ser sumisas, ni obedientes, significaba para ellos ser «puta» —que además era sinónimo de guerrillera— entre otras calificaciones más o menos vulgares.

Fue un trabajo extenuante y doloroso.

En lo personal, pensé en abandonarlo varias veces. Tenía temor de dar a conocer parte de mi historia personal, mis contradicciones íntimas y una etapa de mi vida de la que nunca hablé. Temor a ser señalada o cuestionada. Sentía —o me perseguía— que algunas de las entrevistadas me miraban raro, porque yo, con una intensa historia de militancia política, nunca había caído y nunca había sido torturada, ni violada. La culpa por estar viva que me persiguió por años, y que había logrado superar, regresó de nuevo una y otra vez. No fueron pocas las veces que me sentí excluida de lo que para mí era un «ghetto» de sobrevivientes de los campos, que —según mi imaginación—

a veces no me hacían partícipe de sus pesadillas, porque no confiaban en mí.

Miriam, con su sabiduría y su infinita paciencia, logró traerme al redil varias veces, y consiguió convencerme de que lo que mis demonios internos me susurraban nada tenía que ver con la realidad. Y que mi aporte desde afuera era tan importante como los testimonios de mis compañeras y hermanas que pasaron por el infierno.

Este trabajo nos removió las entrañas y el alma, pero creemos humildemente que lo logramos. Ojalá que este libro sirva para el debate honesto, ese que aún no se dio, y quiebre el relato machista y frívolo desde el que se revelaron algunas de estas historias. Después de lo que ambas vivimos —adentro y afuera—, estamos convencidas de que la única manera de construir un mundo más justo e igualitario es caminar en el barro de nuestro pasado y darle un baño de luz; de mucha luz, aunque el alumbramiento duela, enoje y perturbe.

No pasé por un campo de concentración, ni tengo familiares que hayan sido víctimas, a pesar de que tuve una intensa militancia en Montoneros, desde 1972 hasta la llegada de la democracia, en 1983, con un período de inactividad que se dio entre el 77 y fines del 79, año en el que con el Negro tomé contacto con los organismos de Derechos Humanos (Comisión de Familiares de Detenidos y Desaparecidos por razones políticas) y, a través de ellos, con los compañeros de la organización, que habían ingresado al país para participar de la trágica y absurda operación conocida como la Contraofensiva, y a la que nosotros nos sumamos inmediatamente.

Jorge y yo fuimos parte de las Tropas Especiales de Agitación (TEA) de Montoneros, en la zona sur del conurbano, desde 1980 hasta mediados de 1982, cuando nos diluimos en Intransigencia y Movilización, una agrupación política que tenía como líder a Vicente Saadi. Pero esto es parte de otra historia.

No estuve en una cárcel de la dictadura, ni pasé por el horror de sus chupaderos. Y aún hoy, después de tantos años, no le encuentro una explicación razonable a tanta bendición del destino. Traigo al presente algo que viví una noche de julio de 1974, en Posadas, Misiones, porque tiene que ver con los sentimientos femeninos que surgen en situaciones de peligro y que sobrevuelan los relatos de este libro, con los que me identifico plenamente. Salvando, por supuesto, las inmensas distancias.

En julio de 1974, en Posadas, Misiones, y mientras regresábamos de un acto relámpago por la muerte de Eva Perón, una patota de la Triple A (nos enteramos porque la policía nos dijo que los tipos «trabajaban» en el Ministerio de Bienestar Social de la provincia) nos levantó en la calle con Luis «Colorado» Franzen —amigo y compañero que dos años después, en diciembre de 1976, fue fusilado en el Chaco junto a 22 presos políticos, en lo que se conoció como la masacre de Margarita Belén. Mi recuerdo de aquella noche de julio de hace 40 años es como si hubiera ocurrido ayer. Tres tipos de civil —y una mujer— que se movían en un Falcon gris, comenzaron a seguirnos por una de las avenidas principales de Posadas. Apenas lo advertimos, el Colorado me dijo en voz baja, con cierta ingenuidad: «Nos siguen, si nos agarran y nos torturan, vos no sabés nada de mí y yo no sé

nada de vos. Deciles que recién nos conocimos».

Digo ingenuidad, porque en una ciudad donde todos sabíamos quién era quién, era difícil decir que estábamos juntos, y que ninguno de los dos sabía quién era el otro. Nos conocíamos desde el colegio secundario, él venía a mi casa y yo visitaba la suya. Tratamos de escapar, pero nos tiraron el auto encima, sacaron y amartillaron sus armas, y comenzaron a golpearnos. A mí, me arrastraron de los cabellos y me lanzaron varias veces contra el auto, mientras al Colorado, lo tiraron al piso entre dos, lo inmovilizaron y lo molieron a culatazos y patadas, frente a la mirada aterrada de transeúntes y algunos autos que se detenían un segundo y se alejaban. Nos metieron en el asiento de atrás del Falcon y nos colocaron los sweaters que teníamos en la cabeza, sin dejar de insultarnos, golpearnos con las culatas de las pistolas y amenazarnos de muerte. Mientras daban vueltas, estábamos seguros de que terminaríamos acribillados en un descampado, como otros compañeros, en un tiempo en que la Triple A y los grupos de la ultraderecha peronista sembraban el terror en la Argentina. Pero no, de golpe, el auto frenó en la puerta de una comisaría, y nos arrastraron con violencia hasta el mismísimo despacho del comisario y se fueron dando órdenes a los policías. Una actitud que demostraba el poder que ya tenían estos grupos parapoliciales sobre las demás fuerzas de seguridad, todavía, en plena democracia.

Luego de un largo y tenso interrogatorio por separado, pasamos la noche en una cárcel, y al día siguiente, fuimos liberados, gracias a la gestión de los abogados de la Juventud Peronista de la provincia. Aquella noche, mientras dos tipos de inteligencia de la Policía Federal me interrogaban sobre los documentos y los volantes que llevaba en mi bolso; sobre lo que yo hacía en La Plata (donde ya estaba estudiando y militando) y sobre mi relación con el Colorado, uno de ellos —el más joven y el que hacía de «bueno»— se insinuó inequívocamente cuando se quedó a solas conmigo. Recuerdo que era joven, vestía jeans y un sweater gastado de lana, tenía una barba incipiente y ojos azules. Varias veces, se acercó a mí de forma seductora y me decía al oído: «Qué lástima que una chica como vos, joven y linda, esté metida en esto. ¿Sabés? yo sé mucho de ustedes, porque estubo en la universidad de Misiones, y en muchas cosas estoy de acuerdo». Frente a mi asombro y mi confusión, agregó: «Participo de las asambleas, porque soy peronista, pero no me gusta la violencia, y a ustedes, sus jefes los están enviando al matadero. Si me das información, si me contás lo que hacés en La Plata, y por qué estás acá, no te va a pasar nada. Hablemos como amigos. Yo voy a cuidarte, pero el otro —refiriéndose a su compañero que hacía de «malo»— es jodido, es un loco inmanejable».

Durante el tiempo que este tipo estuvo conmigo, tirado en una colchoneta a mi lado, en aquella habitación helada, en lo único que pensaba era en la tortura física. ¿Iba a aguantar sin decir nada? ¿Podría proteger a mis compañeros? ¿Cómo sería el dolor de la electricidad recorriendo mi cuerpo? En La Plata, había compañeras que habían caído y habían sido torturadas. Yo conocía los detalles y me preguntaba cómo sería cuando me tocara a mí. Y también sabía cuál era la condena de la organización para el que delataba, aun bajo la tortura.

Mientras sentía que el miedo me invadía, hubo un momento en que me convencí de que lo mejor sería que me violaran o me mataran. Cualquier

cosa, antes que me llevaran a la picana. Después de todo, las mujeres teníamos esa ventaja inmensa. Eso creía. Una cierra los ojos y aguanta todo. Nada más.

Hacía frío —raro en Misiones— y el tipo me trajo una frazada y una jarra de mate cocido. Yo lo miraba confundida por su aspecto y su lenguaje, que no era el de un monstruo horrible como nosotros creíamos, el típico cana de cabello corto, traje gris y lenguaje soez, sino que se mimetizaba con cualquier compañero de militancia. En la calle, en una movilización, era uno más, y no hubiera sido nada fácil detectarlo. Se expresaba bien, era amable, parecía inteligente, estudiaba en la universidad y leía los mismos libros que nosotros.

A partir de ese año, todo se desmoronaba. Veníamos a los saltos y a los tropiezos, pero aún faltaba lo peor. Quedaban por delante 24 meses para el golpe militar que desencadenaría la dictadura más sangrienta de la historia, cuando las mujeres fueron utilizadas como trofeos de guerra, y fueron víctimas de brutales abusos sexuales y psicológicos, muchos de ellos, por parte de tipos con las características del que aquí menciono.

Pero no sería esta la última vez que me cruzaría con él.

En noviembre de 1976, vivíamos «refugiados» en una casita que tenía mi padre, en pleno centro de Posadas, atrás de su taller de tornería. Un sitio precario, muy venido abajo. Era una locura, pero allí estábamos, entregados a nuestra suerte. Allí se realizaban las reuniones de ámbito (cada día éramos menos), y allí se refugiaban compañeros que estaban en la clandestinidad. Habíamos llegado a Posadas desde La Plata, en junio de 1976. Estábamos recién casados —por civil y por iglesia—, porque eso fue lo que nos aconsejaron nuestros jefes «para no despertar sospechas». Nuestra jefa, la Petisa Lilita (1), en un intento de salvataje de la militancia, nos reunió en un descampado de la localidad de Abasto, en las afueras de la ciudad. Allí se decidió que viajáramos a un lugar seguro y alejado del ojo de la tormenta. Un compañero recogía los papelitos donde anotábamos el sitio adonde iríamos, con nuestros nombres de guerra. El del Negro era Martín y el mío, Claudia. Gran parte de la conducción de Montoneros ya estaba a salvo, fuera del país.

Toda la Argentina era un incendio. Los militantes caían como moscas y la fragilidad de la estructura de la organización, en la que todavía confiábamos a ciegas, desnudaba frente a nuestros ojos la locura en la que nos encontrábamos atrapados. En ese contexto, ningún sitio de la Argentina era seguro.

El Negro era guardiamarina de la reserva del Liceo Naval Almirante Brown, de Río Santiago, y había recibido un pedido de la Marina para presentarse en el Edificio Libertad. El telegrama llegó a casa de mis suegros, en Chascomús, poco después del golpe, y no decía los motivos. Nosotros sospechábamos que tenía que ver con su militancia política en el Liceo. Consultamos con un amigo muy querido, el Pepe Noriega (José), capitán de navío retirado de la Marina, compañero de promoción de Massera (Emilio Eduardo), y padre del Pato (Mario Luis Noriega), amigo y compañero del Liceo de Jorge, que había muerto en un enfrentamiento con la policía, el 17 de noviembre de 1975, en La Plata. El Pepe le aconsejó que no se presentara,

porque podía quedar detenido, y nos pidió que nos fuéramos lejos, porque estábamos en peligro.

Esos días están fijos en mi memoria como una película en tiempo acelerado. Todo pasaba tan rápido y todo lo que sucedía era sombrío. Días antes del golpe, una patota de la Triple A al mando de Aníbal Gordon y Raúl Guglielminetti llegó una madrugada a Chascomús con un listado de diez personas, entre amigos, simpatizantes y militantes de Montoneros, entre los que estaba el Negro. Se llevaron a dos compañeros: Norberto Fernandino y Marcelo Sallenave. Luego de ser interrogados con violencia en Automotores Orletti —que ya funcionaba como centro clandestino de detención— fueron liberados gracias a las gestiones de Raúl Alfonsín. Nosotros nos escondimos durante varios días en La Plata, y cuando creíamos que la situación se había calmado, regresamos. Pero la muerte, ese lugar común, había llegado para quedarse mucho tiempo.

El 17 de mayo, asesinaron en una cárcel de Córdoba a Eduardo Hernández, el «Guacho», el mejor amigo del Negro desde el jardín de infantes —en Chascomús—, y luego en el Liceo Naval. Hacía poco que él le había enviado una carta, donde le contaba que estaba casi ciego por las torturas. Mi memoria registra con la claridad del agua la imagen del Negro dándole una trompada a la puerta de su dormitorio en la casa paterna apenas mi suegra le dio la noticia. Esa fue una de las poquísimas veces que lo vi llorar. Le habían arrancado un pedazo de su cuerpo, de su niñez, de su adolescencia. El «Guacho» era más que un amigo: era un hermano.

En medio de esta oscuridad, el 21 de mayo, nos casamos. Fue un día helado, por fuera y por dentro. El Negro se puso un traje azul marino que le compró mi suegra y llevaba una corbata roja de su padre. Una modista de Misiones me confeccionó un trajecito de gabardina de pollera y chaqueta color manteca y una compañera me prestó una blusa de color fucsia. Los anillos nos lo regaló mi madre y esa noche cenamos con la familia en un club de Chascomús. Antes de partir a Misiones, vivimos unos días de «luna de miel» en Buenos Aires, en el departamento de Roberto «Negro» Gamonet, amigo y compañero de Jorge en el Liceo Naval, y fundador del MAS (Movimiento de Acción Secundarios) de La Plata. En el departamento vivían la petisa Sonia (Sonia Mabel Rossi), compañera del Negro (Gamonet) y Sergio Puiggrós, al que conocimos como Federico, oficial del Área Federal de Montoneros, quien ya se encontraba en la clandestinidad.

Analizo esto en perspectiva y pienso en lo estúpidos e ingenuos que éramos. La casa estaba a nombre del Negro Gamonet, él siempre había vivido allí, y no era difícil que el Ejército o la Policía llegaran al lugar. Era una cuestión de días o de horas. Y no necesariamente sería por una delación. Era simple sentido común. El departamento estaba en un tercer piso de un edificio antiguo que quedaba en la calle Sarmiento, atrás del teatro San Martín. Todas las noches, antes de ir a dormir, Federico (Sergio Puiggrós) sacaba las armas y las granadas, y nos distribuía las responsabilidades, en el caso de que llegaran los militares. Él era quien tenía mayor nivel orgánico de todos. Con la Petisa, trataríamos de escapar por la ventana del tercer piso —un disparate— que daba a un patio interno, y ellos cubrirían nuestra retirada y «resistirían hasta morir».

Así fue nuestra «luna de miel». Éramos muy jóvenes, y a pesar de todo,

pasamos momentos muy lindos, muy intensos, como si no fuéramos conscientes de que algo terrible podía sucedernos en cualquier momento. Durante esos días fuimos a comer pizza a Los Inmortales de la calle Corrientes, otras cocinábamos en la casa —el Negro Gamonet tenía «pasta de chef»—, escuchábamos música, conversábamos mucho, y fuimos al cine a ver *Contacto en Francia*.

En esta casa, en el dormitorio que daba al patio interno, sé que una noche concebimos a Mario, nuestro primer hijo. Cuando nos fuimos el 10 de junio, el Negro (Gamonet) y la petisa Sonia nos acompañaron hasta la terminal de micros de Retiro. Nos abrazamos muy fuerte y nos deseamos suerte. Cuando el Negro le preguntó a Jorge si teníamos cómo defendernos, este le respondió que llevaba un revólver 38, y que si nos paraban en el camino, no íbamos a entregarnos con vida. En ese instante, no sabíamos que sería la última vez que los veríamos.

El 22 de junio —doce días después de nuestra partida—, a la noche, la Policía y el Ejército intentaron ingresar al departamento del Negro Gamonet. Él y Sergio Puiggrós resistieron con las armas y granadas que tenían y murieron en el enfrentamiento. La petisa Sonia se lanzó por la ventana del tercer piso —como habíamos planificado mientras estábamos allí— cayó muy herida y se la llevaron en una ambulancia al hospital militar. Nunca más apareció.

En condiciones de total desprotección, escapando de la muerte que nos rozaba los talones minuto a minuto, llegamos a Misiones. Con el agravante de que a mí me conocían como militante, y que el Negro era alguien «raro» en la provincia. Su aspecto y su tonada despertaban sospechas, en un lugar donde ya reinaba la paranoia y la violencia. Y donde se sabía quién era quién. Pero nada de esto impidió que continuáramos militando a full. Un mes después, confirmé que estaba embarazada de mi primer hijo.

El año 76 fue el peor año de mi vida.

Me pasaba días y días sin dormir. No recuerdo haber sentido tanto miedo como en ese momento. Muchas veces, en aquellas eternas noches de insomnio del 76 —y parte del 77—, los años más devastadores para la militancia política, pensaba obsesivamente que en cualquier momento vendrían por nosotros. Y me paralizaba. Parecía una autómatas. No podía pensar, no tenía apetito, no tenía ánimo para bromas, menos para reuniones políticas. Creía que nos encontrábamos en algún círculo del infierno del Dante, y ningún análisis político de nuestros jefes que sostenían que estábamos «ganando», me convencía. Siempre había sido muy intuitiva y el olfato me decía que estábamos derrotados, y que nos iban a masacrar a todos. Además, el embarazo había trastocado mi vida y mis sentimientos. Los tenía a flor de piel. Quería vivir y quería que mi hijo viviera. Me pasaba días imaginando cómo hacer un pozo en la tierra y meterme allí, hasta que pasara el tsunami. Llegué a consultar con un albañil amigo de mi padre cómo revestirlo, cómo ventilarlo, cómo colocarle una tapa de cemento y cómo hacer para que esta se mimetizara con la vegetación. Tanto que, en un momento, pensé que me estaba volviendo loca.

Una noche, agobiada por el estrés y el cansancio, le confesé al Negro lo que me pasaba.

—¿Vos te estás quebrando? —me preguntó.

Yo me puse a llorar.

—No entendés nada —le dije en la oscuridad—. Esto se fue a la mierda, nos van a matar a todos. Todos los días cae un compañero, y lo matan o no aparece más. Esto se terminó. Si me llevan, me van a hacer mierda, me van a violar, y voy a perder a mi bebé, ¿es tan difícil de entender? El Negro no me respondió.

No podía dejar de llorar, me sentía tan sola. Al otro día, enterados, los compañeros me separaron del ámbito, porque ya «no era confiable». No los culpo, los entiendo en ese contexto. Y también entiendo la reacción del Negro. Así eran las cosas en esa época.

La madrugada anterior a cruzarme con mi antiguo interrogador, había escuchado disparos de ametralladoras y gritos. Retumbaban en la habitación donde estábamos, como si sucediera al lado de la casa. Diana, la perra ovejero alemán que teníamos, ladraba como una loca. «Negro, ¡¡despertate!! ¡Hay tiros! ¡Están disparando!» El Negro me miró y me dijo: «Vos estás mal, estás delirando». Sin embargo se levantó y vio que todo estaba rodeado por la gendarmería. Yo no estaba loca. Los vecinos le dijeron que el tiroteo había sido en la otra cuadra de la casa, y que se habían llevado a una pareja y había muertos. Nos quedamos escondidos, sin poder salir. No teníamos a dónde ir y todo estaba rodeado. Jorge puso la pistola debajo de la almohada y me dijo: «Si entran, vos escapate, que yo te cubro». Nos quedamos abrazados durante horas, esperando lo peor. En el fondo del inconsciente, deseando lo peor. El final de una pesadilla. El vacío.

A la mañana, en una acción temeraria, salí a comprar comida al supermercado. No teníamos para comer. Toda la zona estaba llena de policías y camiones de Gendarmería. Mientras caminaba y pensaba que había sido un error salir, me lo crucé. Estaba igualito, la misma vestimenta, los jeans gastados, el cabello largo y la barba incipiente. ¿Había participado del tiroteo en aquella casa? Fijó sus ojos en mí y me reconoció. Yo no podía dar marcha atrás y regresar porque iba a ser peor. Bajé la cabeza y pasé a su lado temblando con mi panza a cuestras. Recé porque se compadeciera de mí. Invoqué a todas mis vírgenes y mis santos. Estaba armado con pistolas, tenía un fusil, y estaba parado justo frente a la casa del tiroteo. Y aunque durante estos años, rastree su rostro entre los acusados en los Juicios de la Verdad en Misiones, no pude reconocerlo en ninguna de las imágenes de los represores. Hasta hoy, me pregunto por qué no me detuvo o no me siguió. Por qué no me denunció. ¿Porque estaba embarazada? No lo sé. Sí sé que si lo hubiera hecho, mi historia sería distinta.

Nunca me torturaron, ni me violaron. No tengo idea de lo que se siente estar encapuchada y atada a una mesa o una cama turca, mientras esa maldita máquina te destroza los pechos, la vagina, los ojos y las encías; desnuda e indefensa, frente a monstruos que te humillan y te degradan.

No tengo conocimiento personal, y no se cuál hubiera sido mi reacción frente a esta situación, tal como confieso al inicio de este prólogo. Le tengo

miedo al dolor físico, y no tengo mucha tolerancia al mismo. Mis umbrales siempre fueron bajos y por eso no olvido cómo el miedo me dominaba durante aquella noche del invierno de 1974, en la que estuve detenida en Misiones, y, luego, cuando se desató la locura. Y a pesar de que fui una militante entregada, obediente, y siempre dispuesta a correr los riesgos más extremos —y bastante esquemática—, mi pensamiento hacia las víctimas de la dictadura y, en especial hacia las sobrevivientes de los campos, se contradecía con lo que manifestaban mis jefes en Montoneros hacia ellas. Al contrario, mi actitud siempre fue de una inmensa y profunda compasión.

Nunca juzgué ni señalé con el dedito inquisidor —como algunos de mis ex compañeros de militancia— a nadie. No importa cuál haya sido su comportamiento en la tortura, en la cárcel o en los chupaderos. Ni si habían tenido relaciones íntimas con sus victimarios. Nunca estuve de acuerdo con los fusilamientos a los que habían delatado bajo la tortura. Eso me espantaba. Siempre me interesó entender el contexto, conocer los detalles, los sentimientos más contradictorios, y los porqués de cada historia que escuchaba.

Con cada relato del horror, hacía catarsis de mis miedos más oscuros y una culpa que durante largos años no me abandonó. Mejor dicho, no nos abandonó al Negro y a mí, por haber sobrevivido. Por haber tenido la suerte de salvarnos, mientras todos se morían. Nuestros amigos más queridos están muertos o desaparecidos. Algunos, en circunstancias estúpidas, casi ilógicas. Pero no están. Y la culpa nos carcomía. Parece absurdo si lo miramos a la distancia, pero no lo es para los que vivimos aquellos años tan intensos, de mística y de entrega total por un ideal y una sociedad más justa.

Sentíamos culpa y no fue fácil desprendernos de ella.

«¿Por qué ellos se mueren y nosotros seguimos vivos? ¿Por qué ellos sí, y nosotros no?», era la pregunta que nos atormentaba día y noche, a pesar de que yo tenía un hijo creciendo en mi panza, y sentía sus latidos y sus movimientos. Un hijo que anhelábamos, un hijo que esperábamos con ansiedad. Y hasta de este embarazo, de esta explosión de vida que nos envolvía en medio de tanta muerte, en el fondo nos sentíamos culpables. Como si en realidad sintiéramos que no teníamos ningún derecho a disfrutar ese instante como cualquier pareja. Una culpa que años después fue la que nos arrastró a buscar desesperadamente un contacto con la organización, que nos permitiera exculparla y aplastarla. Y por la maldita culpa terminamos participando del dislate que fue la Contraofensiva de Montoneros.

Pilar Calveiro, una ex sobreviviente de la ESMA, lo explica muy bien en una frase en la que me sentí reflejada, cuando años más tarde leí su libro:

«El sobreviviente siente que él vivió, mientras la mayoría murieron. Sabe que no permaneció porque fuera mejor y en muchos casos tiende a pensar que precisamente los mejores murieron. En efecto, muchos de sus compañeros de militancia más queridos, perdieron la vida. De manera que se siente usurpando una existencia que no le pertenece del todo, que tal vez debía estar viviendo otro, como si él estuviera vivo a cambio de la vida de otro.»

Mi historia no es diferente a la de cualquier militante de los años 70.

Comencé mi militancia en plena adolescencia, en Posadas, Misiones, mientras iba a un colegio de monjas. Y la misma no se dio por tener una comprensión real de lo que significaba la lucha política en esos años de dictaduras, y tampoco era lectora de Marx, Lenin o Mao. Esto se fue dando de a poco y con el tiempo. Desde niña, fui solitaria y retraída, tenía pocas amigas y un inmenso sentimiento de baja autoestima, que me provocaba aislamiento, y me refugiaba en la lectura. Devoraba todos los libros que caían en mis manos y soñaba con ser periodista cuando me sumergía en las crónicas y reportajes sobre la guerra de Vietnam que se publicaban en las revistas que compraba mi madre. No me sentía linda, no era popular, ni formaba parte de ningún grupo. Era muy flaca, usaba zapatos ortopédicos, que los llevé casi hasta mis 15 años, aparato en los dientes y anteojos para corregir un pequeño estrabismo. Se agregaba además que la relación entre mis padres era tormentosa y violenta, y eso me afectaba terriblemente. Papá era rumano y había llegado a América —a San Pablo— desde un pueblito que hoy es parte de Ucrania. Mamá era criolla, nacida en la Colonia Carlos Pellegrini, en Corrientes, y no hablaba una palabra en alemán. Nunca fueron muy cariñosos y nos daban afecto a mí y a mi hermano, a su manera. Aplicaron con nosotros lo mismo que ellos vivieron en su niñez. No conocían otra forma de relación familiar. Lo entendí mucho más tarde, aunque durante años me costó superarlo y dejó profundas huellas en mí. Y sé que esto fue lo que me llevó a tomar la decisión de irme lejos de casa cuando terminé el secundario. Así, llegué a La Plata, a 1500 kilómetros de Misiones.

La persona que me llevó a militar fue un novio que tuve en la adolescencia y por el que tenía un admiración profunda. Se llamaba Oscar Alberto Wurm (fue asesinado en diciembre de 1975, en Buenos Aires), era del ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), y a mí me fascinaba porque escribía unos poemas maravillosos, y era brillante intelectualmente. Tenía siete años más que yo y fue detenido en la dictadura de Lanusse y liberado en 1973, durante el gobierno de Cámpora. «Ahí viene el comunista a buscarte», me decía papá cuando él llegaba a la casa. Jeans gastados, campera de cuero marrón y siempre armado con una pistola 45. Con dos amigas muy queridas, Inés y Marisa, comenzamos en una agrupación secundaria del PCR (Partido Comunista Revolucionario), luego, ya en La Plata, comencé a coquetear con el ERP, por influencia de Oscar, que me visitaba regularmente, y a finales del 72, ingresé al FAEP (Frente de Agrupaciones Eva Perón) de la Facultad de Derecho, agrupación política que dependía de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias), y que luego, en 1974, terminaría fusionada con Montoneros.

Desde que lo conocí al Negro y nos enamoramos en noviembre de 1975, en una reunión política que se realizó en Chascomús con los compañeros de la conducción de La Plata, nuestro mundo giró casi exclusivamente en torno a la militancia.

El Negro era un tipo brillante intelectualmente, lleno de vida, le gustaba la poesía rusa de Maiakovsky, el cine, Bob Dylan, Moris y Almendra; tocaba la armónica; amaba el deporte, y tenía el cabello enrulado al estilo Jimmy Hendrix. Nuestro corto noviazgo de seis meses estuvo lleno de luz, de ideales, de amor. Congeniábamos perfecto y nos reíamos mucho juntos. Trabajaba como obrero en Fadecya, una fábrica metalúrgica de Chascomús.

Todos los días yo lo esperaba en la puerta de la casa de mi suegra y puedo recordar cómo mi corazón latía con fuerza cuando divisaba a lo lejos su bicicleta y a él con su uniforme azul. Estaba muy enamorada y lo admiraba intensamente. Soñábamos con tener una familia, pero en ese entonces, no estaba en nuestros planes ver crecer a nuestros hijos o llegar a viejos, sino morir luchando por lograr un país mejor, y que nuestros hijos se sintieran orgullosos de los padres que habían tenido.

Hablar de la muerte era tan cotidiano y trivial como hacer las compras o preparar la comida. Cuando nos quedamos solos y desenganchados de la organización, en diciembre del 76, en Misiones, yo tenía un embarazo de seis meses y Mario nació el 8 de marzo del 77, en una clínica de la ciudad.

Muchos años más tarde, cuando nos reencontramos con los compañeros de ámbito que habían caído en Misiones, y que conocían la casa donde vivíamos y no nos delataron, supe que nos salvamos por poco, por azar y porque no tenía que ser. Ellos ya tenían nuestros nombres de guerra y sabían que habíamos llegado de La Plata. Preguntaron mucho por nosotros. Sabían casi todo. Si Ricardo «Pelo» Escobar, compañero y hermano a quien le debemos la vida, que cayó herido, y fue muy torturado, hubiera dado un dato mínimo, un detalle, por ejemplo, el olor a madera que tenía la casa donde estábamos, porque adelante estaba la tornería de mi padre, nos encontraban en dos segundos. Vivió el horror y no dijo nada. Y si lo hubiera hecho, sé que nunca le hubiera reprochado.

Nos fuimos de Misiones luego del nacimiento de Mario.

Estábamos solos, ya no quedaba nadie. Los compañeros estaban muertos, presos o desaparecidos. Nos trasladamos a una casa en medio del campo, en General Pirán, un pueblito de cinco mil habitantes, muy cerca de Mar del Plata, donde pasamos el tiempo en una especie de clandestinidad. Luego de un tiempo de una especie de clandestinidad que pasamos en una casita en medio del campo en General Pirán, un pueblito de 5 mil habitantes, muy cerca de Mar Del Plata. Vivíamos con lo justo, con mucha austeridad, y sólo nos teníamos el uno al otro y a nuestro hijo. No teníamos amigos, no podíamos hablar abiertamente con nadie. Hacia fuera, teníamos que fingir una vida que no habíamos vivido, y conversar de temas superficiales para no despertar sospechas. El año más duro fue el 78, cuando se realizó el mundial de fútbol. Sabíamos lo que pasaba en la entrañas del régimen, aunque no en su dimensión más brutal. Salir y celebrar el triunfo de Argentina por las calles del pueblo fue algo difícil de digerir. Por dentro sentíamos rabia, impotencia y dolor.

En 1979, regresamos a Chascomús. Yo estaba embarazada de mi segundo hijo. Nicolás nació el 23 de junio de 1979 en el hospital público de la ciudad. «¡Por fin un Negrito!», exclamó el Negro apenas lo vio. Nicolás tenía el cabello como el padre y los ojos oscuros como la noche. A finales del 79, tomamos contacto con la organización, y en los 80 nos trasladamos a vivir a Buenos Aires. Vivimos en Capital Federal, Lanús y en Avellaneda, y nos integramos a las TEA (Tropas Especiales de Agitación), a una célula de la zona sur, una de las pocas que habían sobrevivido, porque la mayoría de los que ingresaron del exilio a participar de la operación de la Contraofensiva de

Montoneros, habían sido capturados o asesinados. En octubre de 1979, en la zona oeste del conurbano, Horacio Mendizábal, miembro de la conducción de Montoneros y jefe de las TEA, y Armando Croatto, ex diputado nacional por la Juventud Peronista, murieron en un enfrentamiento con el Ejército. Este episodio impulsó a los pocos sobrevivientes de la operación de Contraofensiva que quedaban a tomar medidas extremas de seguridad, como por ejemplo, la ruptura total de comunicación con la organización en el exterior, que se realizaba a través de casillas de correo, y cada célula comenzó a autoabastecerse en todos los sentidos.

Yo me encargaba de ayudar a las familias de los presos políticos peronistas, desde enviarles dinero, conseguirles alojamiento cuando venían de las provincias a visitarlos, y entregarles material informativo de la organización que nos llegaba desde algún lugar de Europa o México, a una casilla postal. Cada noche, transcribía sobre papel de arroz y con letra diminuta documentos de varias páginas. Luego, los doblaba y los envolvía con papel de caramelo, y los entregaba a las esposas que tenían contacto directo con su pareja. A través de un beso o un abrazo, el «caramelo» con la información llegaba al compañero que se lo colocaba en la boca o en la nariz, y así la información llegaba al interior de la cárcel.

La responsabilidad principal que teníamos dentro de las TEA eran las interferencias televisivas que se realizaban durante los partidos de fútbol, donde pasábamos la marcha peronista y mensajes de Firmenich que nos llegaban del exterior, y que armábamos en la cocina de mi casa. «Atención, atención, aquí radio Liberación, voz del peronismo montonero», era la consigna que yo tenía que grabar, y que mis hijos se la sabían de memoria cuando venían a visitarnos.

Nuestras casas fueron refugio de los cuadros de conducción de Montoneros clandestinos, que comenzaron a ingresar a Argentina. Llegaban desde Europa, México y el Líbano. Sentimos que la situación de riesgo en la que estábamos inmersos y aunque la represión había disminuido, los militares estaban en estado de alerta por las operaciones militares de la Contraofensiva del 79 y el 80. Por consejo de la organización y decisión nuestra, una mañana llamé a mi madre y ella vino a buscar a mis hijos. Fue muy duro ver cuando se fueron. Aún hoy, tengo la sensación espantosa de aquel puñal clavado en mi estómago. Mario tenía tres años y Nicolás era un bebé de un poco más de un año. Dolió mucho, demasiado. Y ellos nunca dejaron de reclamarnos por esa ausencia y tampoco entendieron las razones de esa separación. Y sé que la misma los marcó de muchas maneras. Si pudiera dar marcha atrás el tiempo, sé que nada ni nadie me impediría estar con mis hijos. Pero, es imposible. También soy consciente de que en ese momento, con compañeros clandestinos en la casa, con armas en todas partes, el riesgo para mis hijos era monstruoso.

Esta es una etapa que recuerdo con pudor, no con orgullo o alegría.

Me cuesta hablar de ella, y sólo la menciono ahora, porque fue en este momento donde supe de las sobrevivientes de los campos. Aquí fue donde conocí algunas historias, pero desde adentro de la organización, porque las mismas estaban ligadas a miembros de la conducción. Aquí supe qué

pensaba Hugo «Chilo» Ramos de su ex esposa y madre de sus hijos, Ana María Martí, que había estado secuestrada en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), y había sobrevivido. Una noche, el Chilo, que había ingresado a la Argentina clandestino, se quedó a dormir en la casita que alquilábamos en Villa Caraza, Lanús. Esa noche me contó de Chiche y de su historia con ella, antes y después de que fuera secuestrada. Del padecimiento de sus hijos secuestrados por el Ejército, mientras él escapaba al exterior. Me hablaba desde la habitación de mis hijos, separada de la mía por una salita comedor. Mientras lo escuchaba, mi confusión y mi curiosidad aumentaban. Trataba de colocarme en lugar de la Chiche, aunque no la conocía. Aquí escuché que se las trataba de «traidoras», de «quebradas» y de «colaboradoras».

Estaban estigmatizadas, señaladas con el dedo.

En esta época, conocí las peores miserias de los que yo creía mis héroes de la adolescencia. El costado más oscuro de los jefes de la organización en la que milité muchos años de mi vida. El esquematismo, el delirio militarista, la cerrazón mental, la manipulación constante con la culpa que cada uno cargaba en la mochila y la extorsión psicológica con nuestros muertos.

Aquí fui testigo de que podían sentarse en la misma mesa de los carapintadas o de ex integrantes de los grupos de tareas, como Jorge Radice, a cambio de que un gobierno peronista, el que ganara, firmara el indulto a la conducción de Montoneros. Todo se justificaba bajo este argumento, que no era otra cosa que el de los «dos demonios». Al final, lo que en ese momento se llamaba el Peronismo Revolucionario, un minúsculo grupo resabio de lo que había quedado de Montoneros, se juntaron para pedir perdón al Papa y a Dios por los pecados cometidos, en una misa que se realizó en la Basílica de Luján en agosto de 1989, con el exponente de la ultraderecha de la jerarquía eclesiástica, y cómplice de la dictadura militar, monseñor Emilio Ogñenovich.

Frente a este panorama repugnante y tan alejado de lo que yo siempre había reivindicado, y de los motivos que me impulsaron a militar a inicios del 72, me fui, en pleno embarazo de mi hija Flavia, que nació el 13 de mayo de 1984, en plena democracia. El Negro me siguió meses más tarde. Sin embargo, en mi lejanía y ya inmersa en mi profesión, mantuve relaciones con personas por las que tenía —y tengo— un inmenso respeto y cariño.

Juanita Bettanin fue amiga, confidente y casi una madre para mí.

Tenía dos hijos muertos y uno desaparecido; sus únicos hijos. Secuestrada en la Jefatura de Policía de Rosario —junto a su nuera Nené, viuda de Leonardo Bettanin, y sus nietas— fue salvajemente torturada y violada.

En el exilio, mientras Nené (María Inés Luchetti, madrina de bautismo de mi hija Flavia) rehízo su vida amorosa con Hugo «Chilo» Ramos, el ex marido de Ana María Martí —la Chiche—, Juanita se ocupó de cuidar y criar a sus tres nietas. Vivió con ellas en Europa y en Cuba, donde las nenas iban a la guardería que tenía Montoneros en la isla para cuidado de los hijos de los militantes que regresaron a la Argentina con la fatídica Contraofensiva.

Con Juani teníamos extensas y descarnadas conversaciones sobre lo que había padecido durante el exilio montonero en Europa. Conocía mejor que

nadie la historia y sus personajes. Juanita detestaba a la conducción, especialmente a Mario Firmenich, por las mismas razones que nos empujaron a Jorge y a mí a alejarnos.

A pesar de sus dolores y pesadillas, Juanita era una mujer fuerte, divertida, inteligente, abierta y alejada de todos los esquematismos. Yo la miraba y no podía creer que tuviera fuerzas para levantarse cada mañana después de la muerte de sus únicos hijos. A veces, mientras hablábamos de ellos, se quebraba y lloraba rememorando detalles de cada uno. De los días felices, cuando estaban juntos, y el horror y la muerte estaban muy lejos de su vida.

Una noche, a principio de los 90, nos quedamos conversando en mi dormitorio de mi casa de San Telmo —donde ella estaba viviendo, porque no tenía casa—, y me contó de la «Chiche». Juanita la conocía y la quería mucho. «Cuando la Chiche llegó a Europa, nos vimos y hablamos mucho. Ella estaba con la Quica (Osatinsky) y yo estuve un tiempo en casa de ellas. Conversamos sobre lo que habían pasado adentro de la ESMA, y lo que pensaban de Montoneros. Yo sabía que para la organización la Chiche y la Quica eran “traidoras”. Apenas llegaron a Europa, el Chilo (Hugo Ramos) fue a verla —en nombre de la conducción— y le dijo que si quería regresar a Montoneros, si quería recuperar su nivel orgánico, tenía que volver a la Argentina como parte de la Contraofensiva, para demostrar que no se había “quebrado”. Ella lo miró y le dijo más o menos así: “Están locos. ¿Quién te dijo que yo quiero volver? Lo único que yo quiero es vivir en paz el resto de mi vida y disfrutar de mis hijos, pero con ustedes no quiero saber nada nunca más”. El Chilo se sorprendió, y después se fue furioso.»

Juanita me relató esta anécdota con espanto.

«¿Podés creer que después de lo que la Chiche había pasado, de que estaba destruida por lo que había vivido en la ESMA, ella y sus hijos, estos hijos de puta la querían mandar a la Argentina para la Contraofensiva? ¡Querían matarla!»

En el invierno de 1995, conseguí una entrevista con el ex almirante Massera, que se publicó en la revista *Gente*, y generó un gran debate. No fue fácil acceder a su entorno y que aceptara. Hacía una década que no hablaba con ningún periodista. Le insistí durante un año, hasta que un día dijo que sí, pero con la condición de que no se publicara hasta que él lo decidiera. Nos reuníamos en una oficina que tenía en Corrientes casi Suipacha. Un departamento amplio, decorado con muebles antiguos y originales de Alonso y Berni en las paredes, y una biblioteca repleta de libros. En ese entonces, el hombre que sintetizaba los tiempos más oscuros de la Argentina, tenía 70 años, y me dijo que se dedicaba a las relaciones públicas. Parecía una ironía de la historia. En este sitio con grandes ventanales que daban a la calle Corrientes, recibía la visita de marinos, militares y políticos que lo consultaban sobre los temas de la coyuntura. Allí tejía y destejía sus espectros y sus vanas conjuras con viejos amigos, ex camaradas de armas o algún cliente furtivo con buenos contactos con el menemismo y con el que trazaba «negocios fructíferos». Grabé toda la conversación en un minigrabador, muy común en aquellos años, y todavía conservo los

minicassettes. «Esta sociedad es como un camaleón. Cuando las cosas andan bien te acompañan. Y cuando andan mal se borran. Es una sociedad hipócrita. Los mismos que hoy protestan y se horrorizan por las cosas que pasaron son los mismos que en aquellos años venían y me decían: “Almirante, mátelos a todos. Persígales hasta sus guaridas y destrócelos”. ¿Y qué creían que era eso? Era una guerra. Y en la guerra —y que me perdone Jesucito— hay que matar para sobrevivir. ¿Y entonces por qué solamente nueve tipos tenemos que arrepentirnos? Nos persiguen como si fuéramos los únicos responsables de lo que pasó. Y hay 30 millones que no tienen nada que ver, que duermen con la conciencia tranquila. ¡Qué injusticia!» Cuando me había agotado física y mentalmente, cuando las toxinas que había absorbido durante esos días me estaban enfermando literalmente, cuando le dije que no iba a ir más porque si no quería que se publicara no tenía sentido mi presencia, una mañana me mandó llamar, luego de que vio que en la revista *Noticias* había salido Astiz en la tapa. «Ahora sí voy a hablar yo. ¿Astiz? Un pobre muchacho. Aquí el único y el más importante soy yo».

Durante aquellas conversaciones, Massera volvía, una y otra vez, sobre las sobrevivientes de la ESMA. Las tenía clavadas como una daga en el estómago. Recordaba nombres reales y nombres de guerra. Como si en esa burbuja en la que vivía, aún fuera el amo y señor de la ESMA. Las sobrevivientes eran su obsesión.

«Las mujeres a las que yo les salvé la vida en la ESMA son unas desagradecidas. ¿De qué me acusan? ¿Usted sabe lo que les hubiera pasado si caían en manos del Ejército? Esos tipos las violaban y después las mataban. Averigüe lo que pasó en La Perla y en Campo de Mayo o en Tucumán. Ahí no se salvó nadie. En cambio, en la ESMA, yo las rescaté y pagaron denunciándome. Yo no soy un asesino como ellas dijeron y algunos piensan. Nunca di la orden de matar a nadie, nunca torturé. Jamás vi una picana ni sé cómo se maneja ese aparato. No ando armado, porque no me gustan las armas. Nadie pudo probar jamás mi participación directa en un asesinato. Tampoco me hago el tonto. Seguramente algunos torturaron y unos cuantos desaparecieron. Pero a un terrorista o a una terrorista no se lo podía tratar como a un niño, ¿no? Y aunque los marinos somos muy machistas porque no aceptamos que las mujeres tomen decisiones, a las terroristas las tratamos como caballeros, ninguna fue violada como en el Ejército. Es más, ¿sabía que algunas formaron pareja con hombres de la Marina?», repetía, como una cantinela, mientras me mostraba cartas o tarjetas de agradecimiento, que supuestamente ellas le habían enviado desde el exilio en Europa. Guardaba todo prolijamente en cajas que tenía en una caja fuerte. «Yo tengo documentación, tengo todo guardado. Tengo pruebas», decía.

«Mire esa chica, Miriam Lewin, que ahora se la da de periodista. Yo la salvé y la llevé a trabajar conmigo. Y así me pagó. Vino para el Juicio a las Juntas y dijo barbaridades de mí», se lamentaba.

Lo observaba y no podía creer que ese tipo, avejentado, decrepito, derrotado, que, por momentos, lagrimeaba por la muerte de su hija, cargado de resentimientos, fuera el mismo que había llevado a la Argentina a un abismo de sangre y muerte. Todo el tiempo hacía chistes misóginos sobre las mujeres. Sobre las sobrevivientes, sobre su esposa, y sobre las mujeres

famosas que había conocido, y con las que supuestamente había tenido «romances». A todas las mencionó con tono despectivo. Tampoco habló bien de sus hombres, a los que responsabilizó por los «excesos» que sucedieron en la ESMA. Todo era culpa de ellos, él no sabía nada, al contrario, él era el «salvador de las mujeres», frente a los «monstruos» del Ejército.

«El Tigre era un loco, tenía una bomba atómica en la cabeza, y Astiz, un pobre tipo, un infeliz. Y mire Radice, otro, al final terminó casado con una montonera y tiene dos hijos. Todos son unos hipócritas. Venían a pedirme que los “matara a todos los guerrilleros”, por ejemplo, los grandes empresarios de este país. Yo hice el trabajo sucio, yo soy la peste, y ellos andan por la calle como señores. Todos, hipócritas. Los que yo salvé de la muerte en la ESMA y después me acusaron y la sociedad de este país...»

A mediados del 95, y también por razones profesionales, tomé contacto con Jorge Radice, uno de los protagonistas de la relación más extrema entre un torturador y su víctima. Una de las más perturbadoras y la que más lejos llegó.

Jorge Radice —Gabriel o Ruger— era un capitán de Fragata de la ESMA, hoy detenido en la cárcel de Marcos Paz, y desde 1978, casado con Anita Dvantman, una ex militante de Montoneros, a la que conoció en la ESMA, y con la que tuvo dos hijos. Yo estaba realizando una investigación sobre un asalto a un camión blindado, de la empresa transportadora de caudales Tab Torres, que ocurrió en 1994, y en el que habían sido detenidos dos ex militantes montoneros, Máximo «Alfredo» Nicoletti y Daniel Rafatelli, entre ex carapintadas y policías.

El primero había sido un alto cuadro político de Montoneros, buzo táctico que participó en operaciones militares de gran trascendencia pública, como la voladura del buque de la armada *Santísima Trinidad*. Nicoletti había estado secuestrado en la ESMA, y una vez allí, fue destinado a trabajar en áreas de Inteligencia. Cuando salió en libertad, se unió a los grupos de militares carapintadas que se rebelaron contra el gobierno de Raúl Alfonsín.

El segundo, al que conocía personalmente de La Plata, había sido el jefe de la JTP (Juventud Trabajadora Peronista) de la Regional 8, y visitaba la casa donde yo vivía con otras compañeras. En una acción turbia, ligada a integrantes de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, especialmente al ex comisario Mario «Chorizo» Rodríguez —ex jefe de la Policía de La Matanza—, habían sido detenidos por el violento asalto al camión, de donde se llevaron un millón ochocientos mil dólares.

Máximo «Alfredo» Nicoletti había tenido una estrecha relación de negocios con Jorge Radice, al que conoció en la ESMA y con el que entabló amistad.

Llamé a Radice y aceptó una entrevista.

Nos vimos por primera vez en un bar de la avenida Callao, muy cerca de unas oficinas que él tenía en sociedad con Miguel Ángel Egea —hombre muy ligado a Alberto Kohan, ex funcionario de Carlos Menem—, y ese fue el inicio de varias conversaciones que mantuvimos a solas, y a las que después se sumó su mujer, Anita Dvantman.

Personalmente, las veces que lo vi a Jorge Radice, me pareció un tipo

amable, aunque su mirada esquiva y su postura corporal, eran las de un hombre derrotado y atormentado por sus fantasmas. Su vocabulario era elemental, no se advertía que tuviera una sólida formación intelectual y a veces, se entrecortaba, como si algo le impidiera hablar con seguridad. Antes de encontrarnos, fui al café donde me citó con una idea suya tomada de los testimonios del Juicio a las Juntas, y de lo que Miriam Lewin y otras sobrevivientes, me relataron sobre sus actividades en la ESMA. «Era un pesado, un cínico», me decían.

Sin embargo, cuando entró al bar, nada en él me indicó que fuera aquel personaje siniestro. El que sembraba de terror las calles durante los años más duros de la dictadura con su buena puntería —de la que se jactaba— y el que, con total frialdad, se apropiaba y comercializaba los bienes de los desaparecidos desde su puesto a cargo de las finanzas del grupo de tareas de la ESMA.

Espalda encorvada, tez pálida, voz titubeante. Siempre de traje y corbata, por lo general, en tonos azules o grises. Eso sí, de buena calidad, de marca. Era la representación de aquello que Hanna Arendt denominó la «banalidad del mal», aludiendo al criminal de guerra nazi, Adolf Eichmann. Un tipo como cualquier otro, al que nadie sospecharía capaz de hacer sufrir a otro ser humano.

«Mi vida es una mierda, lo sé. No me siento orgulloso de ella. Cuando terminó todo (lo de la ESMA) con Alfredito Nicoletti comenzamos a hacer negocios. Necesitaba plata y necesitaba insertarme en la sociedad, ya estaba casado con Anita. Un día, en el 89, le dije a Alfredito (Nicoletti) que me quería blanquear, que no quería hacer más cosas por izquierda, no sé si me entendés, ¿no? Alfredito me dijo que no, que su vida era una mierda y que ya no podía ni quería cambiar. En ese tiempo, él ya estaba en negocios sucios con la cana de la provincia, y yo ahí ni loco me metía. Y así conocí a Miguel Ángel Egea, que me presentó con Kohan, y empecé a asesorarlo. Después de todo, yo siempre fui peronista de Guardia de Hierro. Eso fue durante la campaña de Menem. Después, cuando ganaron, Kohan me dio una oficina en la Casa Rosada, con secretarías y todo. Y comenzamos a hacer negocios. Todo por derecha, claro. No quería saber más nada de locos y de marginales, ni de tipos como Massera o el Tigre Acosta, que si lo veo por la calle lo piso con el auto, que viven en el pasado».

—¿Y qué negocios tenía con Kohan, en qué lo asesoraba? —le pregunté.

—Yo había trabajado con Massera en la oficina de la calle Cerrito, sabía de armas, de varias cosas... Lo asesoraba en muchas cosas...

—¿Y qué piensa de sus ex compañeros de la ESMA? ¿Hace negocios con ellos?

—Trabajé un tiempo con Massera, pero es un pobre tipo que vive del pasado y me fui. Con Donda (Miguel Ángel) nunca nos llevamos bien, Astiz es demasiado público y Acosta (el Tigre) es un enfermo mental. Si lo veo en la calle lo aplasto con el auto. En la Escuela me psicopateaba mucho con mi relación con Anita. Me decía: si no hacés lo que te digo, ella se va para «arriba». ¿Y yo qué podía hacer? Tenía que protegerla a ella. Con el único que me llevo bien y con el que ahora hacemos negocios juntos es con Cavallo, que siempre fue un buen tipo, muy fino, y caballero. Bajo perfil, inteligente, si lo ves, nunca te vas a imaginar que él estuvo allá adentro. Con

él estamos haciendo negocios con el gobierno. Por derecha y muy buena plata».

Un día me llamó para invitarme a cenar a un restaurante chino con su mujer. Acepté, porque me interesaba mucho conocerla. La relación de esta pareja, verlos juntos, me intrigaba. Me costaba entender el vínculo entre una víctima y su torturador. Eran la representación más emblemática de las perversiones en las relaciones personales que sufrieron las sobrevivientes de los campos. La más brutal, quizás.

Pasaron a buscarme por mi casa y fuimos a un restaurante chino del barrio de Congreso. Amable, Jorge Radice se bajó del auto y abrió la puerta, para que Anita y yo bajáramos. Nos sentamos a cenar y él dijo: «Yo ordeno la comida». Yo no respondí y Anita tampoco. En realidad, casi toda la noche fue un diálogo entre él y yo, porque Anita se mantuvo callada y asintiendo lo que él decía. Desde afuera, parecían una pareja como cualquier otra, un matrimonio de clase media normal. Nadie podía imaginar la oscuridad que los rodeaba. Tocamos todos los temas y la militancia de los 70, los Montoneros y la ESMA fueron el eje.

En un momento, sentí que me estaba desestructurando en esa irrealidad.

Cada vez que se mencionaba a Montoneros, Anita decía «nosotros esto o nosotros lo otro». Y él le respondía sonriendo: «Anita, ¡ustedes fueron unos boludos! ¡Tus jefes se fueron a la mierda y los dejaron solos! Si no fuera por nosotros, quién sabe dónde estarían». Ella hablaba como si todavía estuviera en la organización, y como si el hombre que tenía enfrente, y con el que estaba casada y era padre de sus hijos, no fuera el más célebre integrante de los Grupos de Tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada, el campo donde pasaron más de 8 mil secuestrados, ella incluida, y la mayoría de ellos continúan desaparecidos.

La última vez que los vi juntos fue en una comida que realizaron en su departamento de Barrio Norte, en 1997, donde estuvimos solos y participaron sus hijos, adolescentes en ese momento. De esta última vez, recuerdo que la casa me resultó fría e impersonal. Paredes blancas, muebles de estilo, retratos con marco de plata en los rincones; un típico departamento paquete de la zona de Recoleta. Nos sirvieron ensalada y de segundo plato, pastas. Él se sentó en la cabecera y hablaba de sus fructíferos negocios con el gobierno menemista. Ella casi no abrió la boca, salvo en un momento cuando me comentó que era de origen rumano, que viajaba mucho a Rumania porque tenía familia. Y que sus antepasados fueron sobrevivientes de los campos de concentración del nazismo.

A mí se me erizó la piel mientras la escuchaba.

Inmediatamente recordé *Portero de noche*, una película de Liliana Cavani, que despertó muchas polémicas cuando se estrenó en 1974, y que a mí me había estremecido con la misma intensidad las tres veces que la vi. En ella se relata la historia de Lucía, una sobreviviente de un campo nazi de concentración, y de Max, un ex integrante de las SS, su torturador. Los dos se encuentran 12 años después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, en un hotel donde él trabajaba de portero y trataba de permanecer alejado de los juicios a los integrantes del nazismo. Se reconocen y reinician una historia

íntima, apasionada, y sexualmente brutal, que ambos creyeron enterrada en los campos.

«Por fin puedo decir que me va bien económicamente y que estoy en otra cosa. Estamos haciendo mucha plata. Con Ricardo (Cavallo) viajamos mucho a Europa, a Centroamérica y a México con las tarjetas inteligentes y los microship, ahí está el futuro. Lo único que quiero es olvidar y que se olviden de mí. Que se olviden de mi historia y de lo que pasó en la Escuela. Sé que va a ser difícil, pero aquí no se salva nadie, ni nosotros ni los Montoneros. Ninguno fue una carmelita descalza. Cuando conocí a Anita, me enamoré perdidamente. Fue en una sala de torturas de la Escuela. Ella era brava, altiva, nos desafiaba. Y eso me volvió loco, me rompió la cabeza. Sé que es difícil olvidarme y que me olviden. Me casé con una ex montonera y tenemos hijos. Pero aquello fue una locura y todos estábamos muy locos, ¿no? (dice, mirándola a Anita y ella asiente con la cabeza). Menos mal que yo me abrí de todos esos tipos. Lo veo a Massera diciendo estupideces y me parece un pobre infeliz. Por eso, con Ricardo (Cavallo) estamos en otra cosa y miramos al futuro», dijo Radice, sentado en un sillón de pana de su casa, luego de la cena y mientras Anita lo miraba callada. Antes de que lo detuvieran, antes de su primera condena a prisión perpetua, grupos de derechos humanos «escracharon» la casa en la que vivía con Anita y sus hijos. Una acción desacetada, a mi entender, porque los hijos —entonces adolescentes— nada tenían que ver con el pasado de su padre. Muchos años después, supe por gente que los conoce que se habían separado.

Traté de contactarla a ella y a él para este libro, pero fue imposible.

Miriam, a la que conocí a mediados de los 80 en el Sindicato de Prensa de Buenos Aires, mientras se realizaba el homenaje de cuerpo presente del hijo de Rodolfo Walsh —recién recuperado por el Equipo de Antropología Forense— fue, además de pilar fundamental para la construcción de este libro, la amiga que no solo me abrió las ventanas de su corazón, sino también las de ese mundo de horrores y perversión que fue la Escuela de Mecánica de la Armada, que ella conoció muy bien. Gracias a Miriam, dejé de lado algunos esquematismos sobre estos temas, que arrastraba de mis largos años de militancia en Montoneros. Sobre todo, durante los últimos tiempos, cuando mis responsables se referían a los sobrevivientes como si fueran la «peste», aquellos de los que teníamos que mantenernos alejados «por las dudas», porque podían ser «infiltrados» de alguna fuerza militar o policial. Los que sí se «salvaron» fue porque «algo» habían hecho. Nunca llegué a pensar que fueran «traidoras», pero las historias me confundían y removían mis miedos y mis contradicciones.

Muchas noches, en el departamento de Parque Patricios donde Miriam vivía con sus hijos, y yo llegaba con los míos, recuerdo que después de cenar, nos quedábamos conversando hasta muy tarde sobre las historias de «amor» en la ESMA. Me veo impávida escuchando sus relatos. No podía parar de preguntar, de bucear en los abismos del dolor y la locura que ella había vivido y había sido testigo. Todo me parecía irreal. Lucy, la Chiche, la Quica, la Negrita, Munu, Jorgelina, Anita, y tantas... Eran horas y horas hablando de lo mismo. Era imposible sustraerse, además, en los 80, no había

pasado tanto tiempo. A veces, salíamos a cenar con Munu y era casi obligado recordar una y otra anécdota del campo. A medida que pasaba el tiempo, yo trataba de entender qué nos había pasado a todos y a todas. Cómo fue que todo terminó así. Tenían un plan espantoso y las mujeres fuimos las más afectadas. Como mujer, como ex militante y como periodista, indagué mucho tiempo. Y continué haciéndolo. En ese entonces, faltaba mucho para que los abusos sexuales a mujeres en cautiverio fueran considerados crímenes de lesa humanidad.

Una vez en la redacción de *Noticias*, donde trabajé un tiempo, surgió el tema de las relaciones «íntimas» entre algunas sobrevivientes con sus secuestradores. Y fue la portada: «El amor en la ESMA». Lo hicimos con Darío Gallo y conversamos con algunas víctimas en la Argentina, y con otras que vivían en el exterior. Ese reportaje tuvo mucha repercusión. Algunas se negaron, otras pidieron que su nombre permaneciera en el anonimato, y muy pocas accedieron. Familiares de organismos de Derechos Humanos — recuerdo ahora— llamaron a la redacción para pedir que no se publicara el reportaje. El tema era prohibido, estaba hundido en la más profunda oscuridad. De eso, no se podía hablar.

Entrevistamos a una psicoanalista que le dio el marco adecuado a nuestra historia. Recién ahora, y gracias a este libro, me vine a enterar que después de leer ese reportaje, que me había generado tanta culpa, por este reportaje, la Negrita (Graciela García) había tomado la decisión de hacer terapia y de darle un giro de 180 grados a lo que había sido su vida en cautiverio. Tanto que hoy es una de las pocas que se animó y denunció al Tigre Acosta por abusos sexuales durante el tiempo que ella permaneció secuestrada en la ESMA.

Sin dudas, una mujer valiente y digna.

Mientras pasaron los años y yo me comprometía más y más en estas historias, dejé de creer que estas relaciones eran «amores perversos» o un «síndrome de Estocolmo», para asumir con total convicción que son crímenes aberrantes, delitos de lesa humanidad, y que había estado equivocada durante largos años. Sé que los abusos brutales que sufrieron todas —aquí y en muchos países del mundo— eran lo que a mí me esperaba, si la suerte o Dios no me hubieran acompañado.

1. Liliana Amalia Galarza fue detenida el 20 de noviembre de 1976 embarazada de cuatro meses. La vieron en la Brigada de Investigaciones de la policía de la provincia de Buenos Aires, donde dio a luz a una niña, que fue entregada a sus abuelos. El 30 de noviembre fue asesinada junto a siete militantes a los que se les prometió la salida del país a cambio de «colaboración». Están desaparecidos .

UNO

Un mundo perverso 1

La captura

El día anterior había llegado tarde. Era necesario que no volviera a suceder. Una militante no podía fallar, aun en medio de la sensación de derrota que campeaba en ese 1976 tan oscuro. Un descuido podía resultar fatal, una distracción tener resultados trágicos.

La avenida Córdoba se extendía delante de sus ojos tan anodina como siempre. De un lado, el edificio de los ferrocarriles; del lado de enfrente, las tiendas Harrods que habían dejado atrás ya hacía algunos años su época dorada y el afrancesado edificio del Círculo Naval en la esquina de la peatonal Florida. Esa Buenos Aires señorial por la que deambulaban los empleados de la «city» como elementos de una escenografía ajena. Esa ciudad y esa multitud por la que dos mujeres jóvenes avanzaban caminando.

Esta vez Graciela García Romero, la Negrita, no había ido con la nena, la hija más chica de la compañera con la que vivía en Zona Norte. A pesar del peligro, la llevaba a algunas citas, como la malograda de la tarde previa, porque no siempre había con quién dejar a los hijos. O, tal vez, precisamente, la acompañaba a causa del peligro, con la intención de no levantar sospechas. Porque ¿quién iba a sospechar de una madre con su criatura?

La militante con la que tenía que encontrarse ese día era parte de un grupo nuevo. Casi no se conocían. Cuando se juntaron, empezaron a caminar a la par hacia el teatro Payró, sobre la calle San Martín. De pronto, un brazo la tomó con fuerza.

Se desesperó, pensó que ya nunca más vería a los suyos, a la gente que quería. Tuvo en claro que le había llegado el final. Se despidió mentalmente de sus padres, de sus hermanas, de los compañeros más cercanos. Tenía una cápsula de cianuro en la cartera pero se la arrebataron. De todas maneras, la orden de usarla, de envenenarse para no caer viva, siempre le había generado contradicciones. Las fueron empujando contra la pared. La otra chica corrió, y gritó su nombre: «Diana García».

¡Tenían el mismo apellido!

«Nos están secuestrando», escuchó la Negrita mientras le quitaban la cartera, la tiraban al piso y le rompían la camisa. Diana logró con ese grito que alguien llevara la información al diario *La Opinión*, que publicó al día siguiente la noticia del secuestro de dos muchachas.

Diana se tomó la pastilla, pero la revivieron a puro lavaje de estómago con un sifón disparado en la garganta, no supo cuándo. Mientras tanto, la Negrita pedía, insólitamente, desesperada, que le cerraran la camisa.

Fue una reacción ridícula, sí. Pero inerme, indefensa, inmovilizada en el piso, semidesnuda en una de las esquinas más transitadas de la ciudad, ese pedido le surgió como una demanda de que le devolvieran un poco de su dignidad. Los secuestradores deben haber sentido que le debían esa suerte de

última gracia, y le concedieron ese deseo, como a una condenada a muerte.

El grupo de tareas, una jauría desenfrenada, empezó a avanzar por la vereda sur de la avenida, hasta llegar a mitad de cuadra, donde comenzó a cruzar. La Negrita se arrojó sobre el asfalto y los desconocidos la arrastraron. Eran las tres y media de la tarde. Autos y colectivos detenidos le servían para aferrarse como podía con sus pies, para darle la ilusión de que todavía tenía una esperanza de escapar. Así, a los tirones, los secuestradores llegaron hasta la otra vereda, donde intentaron ponerla de pie. La cabeza de la Negrita funcionaba a toda velocidad, tratando de imaginar escenarios de huida. Vio una vidriera enorme y reluciente, la de la tienda Harrods, se liberó de los brazos de sus captores y le dio un golpe con la cabeza al cristal. Si no provocaba un estrépito inesperado que los distrajera, por lo menos tendría la chance de herirse de muerte con los vidrios. Estaban ya a pasos del Círculo Naval, en el cruce con Florida. Todo ocurría a una velocidad desenfrenada, pero a ella se le figuraba en cámara lenta. En medio del efecto de atontamiento del impacto, con el que no logró nada, vio cómo se acercaba una mujer policía con un arma en la mano, gritando «¿Qué pasa?!» El salvoconducto «Fuerzas de Seguridad» la hizo esfumarse a pesar de las súplicas de Graciela que decía «¡Por favor, me están secuestrando!» Finalmente, la macabra comitiva cruzó Florida y la subió a un auto estacionado sobre Córdoba, ante la mirada de decenas de peatones. Le colocaron un antifaz que la cegó, pero antes logró ver en el mismo móvil a uno de los compañeros de su grupo, mirándola con un gesto que nunca más podría olvidar. Era el que la había *marcado*. No sintió bronca, sólo una pena terrible. Le colocaron esposas en la espalda, trabaron la puerta y el auto arrancó.

Graciela notó que las esposas no le ajustaban, y sintió la seguridad de que con un movimiento certero podría quitárselas. A los pocos metros, en una operación relámpago, se liberó de las esposas, se quitó el antifaz, abrió la puerta del auto y se tiró de rodillas nuevamente sobre el pavimento. Ya habían avanzado prácticamente cinco cuadras, hasta la esquina de la anchísima Avenida 9 de julio y Paraguay. Fueron cuatro cuadras y media, en las que el auto avanzaba a toda velocidad por los carriles del medio. Escuchó el chirrido de las frenadas de los colectivos y autos que inundaban la zona. Corrió enloquecida hacia el Bajo cruzando la avenida. Después, siguió por Paraguay. Antes de llegar a Suipacha, sintió que la levantaban en vilo. Vio a otra mujer, una señora mayor. Se aferró a ella al pasar a su lado y le pidió que la salvara. La mujer la miró con espanto, como a una aparición. ¿Qué podría haber hecho?

El regreso al auto en el que la estaban secuestrando fue morder la derrota. La ahogaron vendándole los ojos con su propio pulóver. La esposaron de nuevo, pero esta vez la tiraron al piso. Hablaban por radio, o tal vez fueran *walkie talkies*. Usaban una clave: «¡Selenio, Selenio, historia violeta termina con dos!»

El trayecto no fue demasiado largo. Cuando la bajaron del coche, una voz le dio el recibimiento con un golpe brutal.

Se dio cuenta de que estaba en un lugar cerrado, que la bajaban por una escalera. Inmediatamente supo que estaba en la Escuela de Mecánica de la Armada. Ya había escuchado la descripción del lugar por boca de una

militante que había sido liberada. Todo coincidía: los escalones, el ruido del cerrojo, hasta algunos nombres que pudo escuchar.

—Ay, Negrita, por fin llegaste. Mirá que sos impuntual, siempre impuntual.

Y entonces sintió la segunda trompada.

La recepción le dio escalofríos. No sólo sabían su nombre de guerra, sino que también se daban el lujo de demostrar que conocían uno de sus principales defectos: llegar tarde a todos lados.

La entraron a una habitación donde le descubrieron los ojos sólo lo suficiente como para que viera un organigrama donde casi todos los nombres estaban tachados. «Mirá, acá estás vos», le dijo alguien, señalándole con deleite un recuadro. ¿Habría llegado el momento de que también su nombre estuviera cruzado?

Le volvieron a cubrir los ojos. El que la conducía a ciegas, el Rata, la golpeó durante todo el trayecto que la acercaba a un camastro, en una de las habitaciones dedicadas a las torturas.

Graciela tiembla, desfallece de terror.

El Rata

El Rata, Antonio Pernías, el que parece el encargado de interrogarla, es uno de los más salvajes torturadores del lugar, y está dispuesto a picanearla hasta sacarle toda la información que necesita y aún más. Así lo ha hecho desde el comienzo. Parece haber nacido para eso. Graciela siente cómo ese hombre empieza a quitarle la ropa, cómo va venciendo todas las barreras que la separan del tormento, del dolor.

Entonces, tiene una idea. Antes de caer, su tarea en la militancia era entrevistarse con familiares de presos y sistematizar toda la información sobre las detenciones. El propósito era tratar de establecer por qué eran tantas, por qué el aniquilamiento total parecía tan próximo e irrefrenable. El número de bajas era tan alto que se necesitaba una explicación. En una de esas reuniones, conoció a una compañera que había sido liberada de la ESMA. Con todo lo que ella había visto y escuchado, con su descripción minuciosa, la Negrita había elaborado un informe que ahora quería negociar con los *milicos* a cambio de tiempo. Sólo un poco más de tiempo, y no mucho más. Ni la vida, ni la libertad, únicamente tiempo.

«Yo tengo un material que habla de ustedes», se oye decir en voz alta mientras el Rata la desnuda. Esas palabras tienen un efecto mágico. La picana se detiene en el aire, y Graciela escucha: «Queremos ese documento».

«Sí, se los voy a dar, pero no podemos ir a mi casa hasta después de las nueve de la noche. Ahí vive una mujer que no tiene nada que ver, y además hay cuatro chicos», se atreve a explicar.

Ese era el acuerdo que Graciela tenía con la compañera con la que vivía. Si alguna de las dos no llegaba, la otra la esperaría hasta las nueve antes de irse de la casa, de «levantarse».

Graciela no entiende por qué los marinos estuvieron de acuerdo y respetaron sus condiciones.

Mientras tanto, la dejan sola. Algunos de ellos entran a la habitación. El Gato González Menotti, el Duque Francis Whamond, el Rata Pernías. En ese momento, eran desconocidos para ella. Tenía una tormenta en la cabeza.

El Rata estaba tenso. Le pareció que estaba enyesado, porque actuaba como si estuviera atrapado en un corset. Sus movimientos eran rígidos, combinados con algo monstruoso en su cara. Pero, sin embargo, el Rata habló.

—Tengo que dejarte, ¿sabés? Me tengo que ir a una reunión de ámbito en San Martín. No puedo demorarme.

Graciela sintió que la partían al medio. Pernías, el torturador, estaba infiltrado. Parecía creíble. Todo era probable. Si no, ¿cómo sabían su nombre, cómo conocían su impuntualidad? Habían conseguido introducirse en un ámbito de militantes paralelo al suyo.

Todo eso tenía un efecto sobre ella, contribuía a hacerla sentir vulnerable. El mensaje era: «Nada se nos escapa. Ustedes son títeres en nuestras manos, nosotros movemos los hilos como y cuando queremos».

En ese marco, no sabía cómo los había convencido del valor de ese documento misterioso con información valiosa como el oro, esa promesa que la había salvado de las descargas eléctricas y la desnudez.

La casa donde vivía la Negrita había sido elegida por ella especialmente por sus vías de escape. Cuando la prepararon para llevarla, a las nueve pasadas, rogó que su compañera hubiera podido huir. Que hubiera obedecido las normas de seguridad. Les dio la dirección ya sobre el auto. Cuando llegaron, contra todo lo esperado, había todavía gente adentro. Pero Graciela estaba tranquila. La casa, en el puerto de Olivos, tenía un balcón que daba a un patio y ese patio a una calle trasera. Por eso la habían alquilado. Cuando los milicos entraron, efectivamente ya no había nadie. El documento que encontraron, el informe que presuntamente contenía información clasificada sobre ellos en manos del enemigo, los desilusionó. Lo leyeron de un tirón. No había allí nada interesante para ellos. Nada los amenazaba, seguían amparados por el secreto. Pero la estrategia de la Negrita resultó exitosa. Había ganado un día.

Contra lo que había imaginado, el fraude que había inventado para salvarse de la picana no les despertó ira alguna, simplemente un poco de fastidio e indiferencia. Cuando retomaron el interrogatorio, dejaron de pedirle que cantara una cita de inmediato.

En lugar de destinarla al infierno de los tormentos —picana, asfixia y simulacros de fusilamiento— la lanzaron al limbo de la Capucha, un espacio oscuro en el tercer piso del Casino de Oficiales, con techo inclinado a dos aguas y cabreadas metálicas, donde por algunos días parecieron haberse olvidado de ella.

El primer fin de semana la ESMA quedó casi vacía de oficiales. Habían salido todos porque era el Día de la Madre. Algunos iban a pasarlo con sus familias. Otros, por el contrario, encabezaban operativos de secuestro: muchos militantes perseguidos relajaban las normas de seguridad para encontrarse con sus mamás.

Uno de los Pedros, como llamaban a todos los suboficiales encargados del edificio y de los guardias, le ofreció un curioso privilegio: le dio a elegir si quería estar esposada a la espalda o a la cama metálica. Graciela prefirió la

espalda, y así pasó todo el fin de semana.

En algún momento la llevaron a un baño. Pudo verse al espejo por primera vez desde la caída. Se permitió llorar. Mientras se arreglaba el pelo, sólo para despejarse la cara, se quedó con un mechón en la mano.

La barraca que llamaban Capucha estaba jalonada por tabiques de madera bajos que separaban colchonetas. Había allí cuerpos esposados, engrillados, encapuchados o con antifaces. Se escuchaban sollozos, o música a un nivel insoportable. De repente, se percibía afuera el ruido de los motores de algún avión que llegaba o se iba del Aeroparque.

La comida era pan, seguramente roído por las ratas, y mate cocido. El lugar donde se orinaba era por lo general un balde que despedía un olor intolerable.

Una vez, Graciela sintió que le arrancaban la Capucha mientras le ordenaban que cerrara los ojos. Percibió el fogonazo de un flash y se dio cuenta de que le habían sacado una foto.

Los guardias patrullaban Capucha y de cuando en cuando, pateaban con sus borceguíes, porque sí, a los prisioneros postrados, desprevenidos. Por eso, el terror y la tensión eran constantes. Los días y las noches pasaban entre tinieblas.

Graciela estaba sentada y tenía los ojos cubiertos. Alguien que se arrodillaba a su lado le tomaba una mano y la llevaba a su cara, obligándola a acariciarlo, como en un raro reconocimiento. Después supo que era uno de los oficiales.

«Además del miedo, de la humillación, en la ESMA se sentía la amenaza de la desintegración de la personalidad. Uno estaba ahí, tirado, sin bañarse, sin poder hablar, privado de toda vinculación con otro ser humano», recuerda Graciela. ¿Quería ese extraño remediar eso, demostrarle que era un semejante?

A Diana García la vio días después de la caída. Le habían hecho un lavaje de estómago y estaba en cama, en la Enfermería, supuestamente recuperándose. No estaban solas. En un rincón, sentado, observándolas, había un hombre calvo que les dijo que era médico. En realidad, lo supo después, era el director de la escuela, el Delfín, el contralmirante Rubén Jacinto Chamorro.

La primera vez que la sacaron de Capucha, ese lugar tenebroso, alrededor de diez días después de la caída, fue a una quinta, una suerte de sucursal de la ESMA. Todo le resultaba extraño, discordante. Era una casa elegante, con un living enorme al que daba una balconada de maderas torneadas. Había llegado tabicada y en auto, custodiada por un oficial. Por suerte, ya la habían llevado a bañarse a un baño mugroso y amplio, con duchas abiertas apenas cubiertas con cortinas plásticas andrajosas y transparentes. Los guardias, chicos de 16 a 18 años a los que llamaban verdes, reclutados de entre los alumnos de la Escuela de Mécanica, le habían alcanzado un vestido enorme, espantoso, que le quedaba horrible.

La sentaron a una mesa tendida y bien provisionada, después de haberla tenido a mate cocido y pan en Capucha. Una detenida que estaba allí, Pilar, Laura Di Doménico, se levantó para poner en un grabador la canción del Che, por Los Olimareños. «*Y aquí se queda la clara, la divina transparencia, de tu querida presencia, comandante Che Guevara*». Laura, decidida,

caminaba de nuevo hacia la mesa entre los verdes. Graciela pensó que se estaba volviendo loca. No comprendía las reglas de ese lugar, no entendía el comportamiento desafiante de Pilar, la tolerancia de los guardias.

Fueron llegando los convidados. Pernías, el torturador; Dante, el que la había conducido hasta ese lugar, y otros secuestrados a los que veía por primera vez: el Gordo Alfredo y Marta. Se sentaron, como ella, a la mesa. Graciela no abría la boca. Los mismos verdes que se transformaban en verdugos en la ESMA, allí la servían como camareros obedientes.

Por la tarde, después de comer, apareció por primera vez el capitán Jorge Eduardo Acosta, el Tigre. Bajó de la planta superior de la casa y se presentó como «capitán Arriaga».

Graciela presume que cuando la estaban interrogando, el primer día, también pasó para verla, pero en ese momento no se identificó, ni siquiera con su nombre falso. «Se puso a hablar, como siempre, de filosofía». Al Tigre le gustaba hacer alarde de sus presuntos conocimientos. «Eran disquitos, lugares comunes que siempre repetía. Que Santo Tomás de Aquino, que el aristotélico término medio, que Jesucito..., repetía y repetía, hablaba y hablaba. Y yo me mantenía callada».

Después de la comida en la quinta con los represores y otros prisioneros, la tabicaron, la subieron a un auto y volvieron a llevarla a la ESMA.

Los días en Capucha

La estadía de la Negrita en Capucha duró aproximadamente treinta oscuros, angustiantes y larguísimos días, jalonada por experiencias que le parecieron absurdas.

Una noche, la bajaron al sótano, adonde estaban los cuartos de tortura. La sentaron en un banco y le quitaron el antifaz para que viera una película que estaban proyectando. Se llamaba *Juan Lamaqlia y Señora*, dirigida por Raúl de la Torre. Graciela creyó que se trataba de una prueba. Que le iban a preguntar sus impresiones sobre la película y que ella tendría que contestar del modo que resultara menos irritante para ellos, pero eso no sucedió. Y fue una ventaja, porque no habría sabido qué decir de ese hombre interpretado por Pepe Soriano, que tenía una mujer y una amante y llevaba una vida anodina.

Poco después, la llevaron a pasar el día con una chica en un cubículo que ellos llamaban camarote. Tenía dos ventanas cubiertas por cortinas cerradas, pero se veía a través de las rendijas cierta tonalidad azulina. Así podían percibir cuándo estaba amaneciendo.

Su nueva compañera se llamaba Nora Oppenheimer, y tenía 21 años. Era rubia, menuda, de sonrisa amplísima, hija de un judío alemán que había escapado de los nazis. Nora estudiaba derecho laboral y militaba en villas. Graciela no puede olvidarla:

«Norita fue el primer apoyo que tuve allí. Yo sufría mucho. De repente sentía que me ahogaba, que no era capaz de respirar y ella me tranquilizaba. Yo creí que me moría... ella fue la primera contención. Ella tenía una alegría a pesar de todo... Se reía. Los verdes la llamaban por su nombre. Ella les

pedía agua para el mate, y si no, ellos mismos se la ofrecían. Norita conocía a un compañero que era subordinado mío».

Entre Nora y Graciela se dio una comunicación muy profunda. Ella le contó que estaba enamorada de ese compañero, que se llamaba José, pero que sabía que José estaba a su vez enamorado de Graciela. «Para mí fue una enorme sorpresa», dice Graciela. Las dos mujeres hablaban de amores cruzados y desengaños, allí, en el campo...

«A Norita se la llevaron porque era judía». Graciela está segura de eso. «Si uno era judío, tenía muchísimas menos posibilidades de sobrevivir. Después de un mes y pico, creo, porque allí perdí la noción del tiempo, se la llevaron. Y no la vi nunca más»

Después de Norita, Graciela pasó a dormir en el mismo cubículo con Laura Di Doménico, *la Gallega* o *Pilar*, la muchacha desafiante que había puesto la canción del Che delante de los marinos en la quinta aquella noche. Era una mujer bella, que había querido ser religiosa. Había abrazado la militancia desde el cristianismo, y cuando estaba en libertad, se la veía sin maquillaje, con el cabello sencillo y ropas amplias. Era una asceta. Sin embargo, allí Pilar parecía haber sufrido una transformación absoluta. Llevaba las uñas bien pintadas de color uva, remeras ajustadas y todo en ella revelaba sensualidad. A Graciela la pasaban a buscar los guardias por la noche, la llevaban al sótano y la dejaban, sola y en la oscuridad, sin aclararle por qué. «Ahí vos empezabas a sufrir, porque no te explicaban para qué lo hacían... Entonces yo me doy cuenta de que cada vez que me bajaban era para que Whamond estuviera con ella, para que abusara de ella. Alguna vez, incluso, me lo crucé». Whamond era el capitán Francis Whamond, conocido como Duque, integrante de la patota naval. «Nunca me lo pudo decir, la pobre debe haber sufrido mucho, debe haber padecido todo, pero jamás habló conmigo.»

Pilar sí pudo hablar con un prisionero varón, Miguel Ángel Lauletta, «Caín». Cuando cayó, Pilar estaba dentro del auto en el que lo metieron a los empujones. Miguel la vio allí, sentada, con grilletes en los pies. El Duque Francis Whamond, que participaba en el operativo, la miró y le dijo: «Laura, mostrale que no es verdad que les cortamos los dedos». Ella eligió a Caín para consultarle qué tenía que hacer frente a los avances sexuales del Duque. Lauletta le contestó que no se resistiera, que no había forma de hacerlo.

A pesar de la violencia sexual de la que era víctima, Pilar sabía que la iban a matar. Que todo su sexo arrebatado por Whamond no iba a poder salvarla. La acusaban de haber participado en un atentado mortal con explosivos contra la embarcación del comisario general Alberto Villar, jefe de la Policía Federal, dos años antes, el 1 de noviembre de 1974, Día de Todos los Santos. El policía había reprimido el velatorio de los guerrilleros fusilados en Trelew y celebrado la muerte del intelectual Rodolfo Ortega Peña a manos de la Triple A (la Alianza Anticomunista Argentina) en plena Avenida 9 de julio. Era un héroe, un referente de la fuerza.

A Pilar la habían detenido en Santa Fe y la Federal se la reclamaba constantemente a los marinos.

«Yo creo que por eso un día, cuando estábamos solas en el camarote, me dijo que teníamos que escaparnos. Yo no sabía si me lo decía en serio o no, pero el plan que proponía era impracticable», evoca la Negrita. «Teníamos

que reducir a dos tipos en un auto que nos llevaba. En medio de la confusión, ella iba a tomar el volante. Era un completo delirio. ¿Cómo lo íbamos a hacer? Estaba el Bicho, que era enorme. ¿Cómo íbamos a arrebatarnos las armas? ¿Sería verdad lo que me proponía, realmente pretendía escaparse o quería simplemente entregarme, ver mi reacción, ponerme a prueba?», se pregunta inútilmente. En el campo de concentración era imposible confiar.

¿Pilar se habría vuelto loca? Cuando hablaba, había un brillo raro en su mirada. Era una persona totalmente diferente de la que habían conocido sus compañeros. Era difícil decir si estaba fingiendo o no. Decía que había que hacer caer a la conducción de Montoneros porque de ese modo los militantes quedarían «desenganchados» de la organización y se salvarían muchas vidas. Lo afirmaba con vehemencia, con una convicción absurda.

«Cuando Pernías me preguntó si ella me había propuesto algo, yo creí que él lo sabía y quería atraparme en esa contradicción. Dije que sí», concluye la Negrita.

A Pilar la entregaron en diciembre. De la ESMA, la llevaron al Club Atlético, el centro clandestino de detención de la Policía, desde donde se perdió su rastro.

Algunas prisioneras creen que Pilar utilizaba deliberadamente la atracción que sabía que tenía sobre Whamond para obtener oportunidades de que la sacaran de la ESMA porque su objetivo era escaparse. Quizás, dicen, pensaba en generar una situación en la que estuviera afuera, a solas con él, en un hotel, en un departamento, y pudiera desarmarlo para fugarse. Pero eso nunca sucedió.

A partir de la entrega de Pilar a la Policía, Whamond cambió totalmente su actitud hacia los prisioneros. Se hizo más distante, taciturno, y casi no volvió a tener contacto con los detenidos.

«De todos modos, creo que Whamond era uno de los ideólogos del campo», opina Graciela. Fue el creador de la capucha como instrumento de aislamiento y tortura. Él contó que, antes de que llegaran prisioneros a la ESMA, los represores probaron su efecto en ellos mismos. Whamond decía que se la había puesto, y que él estaba convencido de que cuando se ponía la capucha «se iba la luz, pero se encendía una lucecita» adentro de la persona que la usaba, que la ayudaba a hacer una introspección, a elaborar, a recapacitar.

«Terrible. Eso era Whamond», se espanta Graciela. «Él se metía con tu familia, te hacía preguntas, tenía una actitud activa que te iba conduciendo hacia el quiebre psicológico...»

El Tigre

En el camarote, ese cuartucho construido con maderas del tercer piso del Casino de Oficiales, Graciela recibía la visita de su oficial interrogador, como le decían allí adentro. Era Antonio Pernías, «Rata» o «Trueno». Al principio, sólo pasaba a hacerle preguntas y se iba.

Una noche, en uno de esos sueños frágiles que podía conciliar, Graciela se dio vuelta en la cama y tuvo la sensación de que la observaban. Sentado en el

borde, totalmente borracho, Pernías la miraba fijamente, con las pupilas dilatadas, en silencio, con una medialuna en la mano. Se la ofreció. «Para nosotros, los presos, era un regalo del cielo», explica Graciela, que la devoró enseguida. Pernías se fue después de hablar de cosas sin importancia. Pero el peso de esa presencia silenciosa en la celda le provocaba desasosiego.

El torturador volvió otra noche, cuando Graciela todavía no se había acostado. Se sentó a su lado en la cama, y empezó a besarla. De pronto, trató de bajarle la cabeza hacia su bragueta. «Yo hice mucha fuerza, fuerza hacia arriba, e intenté ponerle un límite».

La resistencia de Graciela tuvo éxito, y provocó inesperados movimientos en el plantel de los represores.

Pernías dejó de ser responsable de sus interrogatorios y comenzó a aparecer más frecuentemente en su camarote el Tigre Acosta.

Acosta era —más allá de los grados militares— el responsable y cerebro del campo de concentración. Tenía una relación estrecha y de profunda identificación con el comandante en jefe de la Armada, el almirante Emilio Eduardo Massera, un moreno mujeriego y ávido de poder al que el Tigre admiraba y obedecía con abyección. Acosta le copiaba hasta los gestos, y citaba con frecuencia sus discursos. Cuando lo convocaba a una reunión en su oficina, entraba en un estado de excitación que le duraba hasta el día siguiente.

El Tigre, conocido también como Aníbal o Santiago, decidía semanalmente en una junta con otros oficiales quiénes se «iban para arriba», quiénes eran ejecutados en los entonces enigmáticos *vuelos de la muerte* y quiénes tenían derecho a vivir. Sin embargo, decía sin ruborizarse que todas las noches hablaba con Jesucristo, que le dictaba qué debía hacer, sentado en su hombro izquierdo.

El marino comandaba todas las operaciones del grupo de tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada, por encima del director de la escuela, su superior, el contralmirante Chamorro, el Delfín.

El cuerpo de Acosta, que todavía era joven, estaba siempre encorvado, con el pecho hundido. Dicen que encaneció en pocas semanas cuando su antecesor, «Capital», Salvio Menéndez, tuvo que dejar su puesto porque fue herido en un tiroteo y él lo reemplazó. Tenía entradas, ojos claros con ojeras amarillentas orladas por formaciones verrugosas y de grasa en un rostro triangular y una boca con un labio inferior siempre adelantado y algo flácido. Le gustaba cruzar los brazos y hacer un raro y juguetón movimiento de pinzas con los dedos mayor, índice y pulgar, levantando el meñique en un ademán amanerado. Tenía una voz muy particular, aflautada y a lo que decía le impartía una entonación muy característica que los prisioneros remedaban en privado para burlarse de él, aunque en realidad les helaba la sangre. Al Tigre le gustaba también juntar en el aire los tacos de sus zapatos, dando saltitos, mientras hacía sus discursos delirantes, pronunciaba sus frases pseudofilosóficas trilladas o amenazaba a los secuestrados.

Las visitas de Acosta al camarote de Graciela se hicieron diarias.

«Caminaba de un lado al otro, hablaba de tonterías, daba vueltas», recuerda la Negrita. «Me llamó mucho la atención que se pusiera una peluca que había allí, colgada, porque la usaban para despistar cuando sacaban a alguien a un “paseo”, a intentar que marcara a alguien para secuestrarlo. Se

la colocó y me pareció que se sentía a gusto así, con esa peluca rubia. Se tocaba el pelo, se miraba al espejo, sacudía la cabeza. No se la quitaba. Estuvo así un rato largo. Fue muy extraño... También me pidió crema para manos. Había algo ambiguo allí».

Una noche, en lugar de subir al tercer piso, al camarote de Capucha, el Tigre dio la orden de que bajaran a Graciela a su oficina, al pasillo conocido como los Jorges. Con el «tabique» de tela negra cubriéndole los ojos, ella percibió que en lugar de bajar hacia el sótano, después de recorrer las escaleras de granito beige amarillento, el guardia la condujo bordeando el Dorado, el área de operaciones e inteligencia, hacia adelante.

En la pequeña oficina había una iluminación especial, enceguecedora, como la de un interrogatorio. Todo lo demás estaba en penumbras. El Tigre podía ver la cara de Graciela, pero ella no podía distinguirlo. Entonces, Acosta empezó a hacerle preguntas. «No recuerdo lo que dijo, pero sí que me ofreció una porción de torta». Mientras la comía, ella, que venía de ser alimentada casi siempre con pan duro y el desagradable «bife naval», un trozo de carne delgado y con mal olor, escuchó el anuncio: «Mañana yo te voy a sacar de acá. Vamos a ir a algún lugar».

Graciela escuchó esa frase como una sentencia.

«Me quedó totalmente claro lo que me estaba diciendo. Yo sabía lo que me iba a pasar, no tuve que preguntarle nada», aclara.

El momento llegó. Al día siguiente, el Tigre la llevó en un auto hasta la entrada de un edificio en la calle Olleros, en Belgrano, a poca distancia de Avenida del Libertador. No recuerda si durante el viaje había además un guardia, un verde, sólo que cuando entraron al hall, estaban ella y él, y nadie más. Ni bien llegaron se dieron cuenta de que se había cortado la luz. Había que subir por lo tanto ocho pisos por la escalera. A Graciela, además, le había venido la menstruación, a la que le dio la bienvenida como nunca antes, pensando que le iba a servir de escudo. Se lo dijo a Acosta, poniendo cara de contrariada. Tenía la esperanza de que el Tigre desistiera de su objetivo, ante tanta adversidad. Lo recuerda con una valijita donde llevaba sábanas limpias, parado ahí, diciéndole, ordenándole, condenándola a pesar de todos los contratiempos: «Subamos por las escaleras».

El departamento era uno de los que usaban los marinos para sus encuentros sexuales. Tomaban turnos para hacerlos. Lo llamaban Guadalcanal, haciendo alusión al nombre de una batalla naval heroica de las fuerzas aliadas en la Segunda Guerra. Estaba prácticamente vacío, había pocos muebles y, por supuesto, una cama matrimonial. Fue en esa cama, con las sábanas que había llevado especialmente, donde Jorge Eduardo Acosta, alias el Tigre, Santiago o Aníbal, teniente de navío de la Armada Argentina, de treinta y cinco años, violó por primera vez a la Negrita.

Ella no recuerda detalles. «Supongo que para protegerme», calcula muchos años más tarde. «Me imagino que si recordara sus manos encima de mi cuerpo me daría mucho asco, no podría soportarlo». No se acuerda tampoco de que su victimario tuviera rasgos de ninguna perversión sexual, ni que fuera violento. «Fue todo normal, como un trámite». No hubo violencia física porque era prescindible. «Yo estaba secuestrada y la situación de violencia la vivía cotidianamente», explica.

De Guadalcanal, ese departamento en una zona elegante de Buenos Aires

elegida como residencia por muchas familias de militares, volvieron a la ESMA, que no quedaba demasiado lejos.

El Tigre, a planificar y ejecutar secuestros y torturas, robar propiedades e hijos de prisioneros y a enviar a la muerte en aviones a los habitantes cautivos de Capucha. Y la Negrita asqueada, abatida, a su camastro, al tabique, a la oscuridad.

La locura

Algunos secuestrados en la ESMA fueron instalados en dos o tres cuartos del tercer piso, que daban a la fachada de Avenida del Libertador del edificio del Casino de Oficiales. Eran los seleccionados por el Tigre Acosta para integrar un grupo que llamaría el *ministaff*.

Los primeros fueron María; Marta Bazán, a quien llamaban Coca; Miriam Anita Dvantman, Barbarella. En otra habitación, Marta Álvarez, Peti, y Alfredo Buzzalino, alias Gordo.

Los planes de Acosta no estaban claros en ese momento. Ninguno de los miembros de ese grupo percibía entonces lo que muchos años después puntualiza Graciela: «El *ministaff* fue una creación perversa para generar divisiones entre los secuestrados. No había homogeneidad. Yo no me siento igual que el Gordo Alfredo, ni que Anita».

Desde afuera, a los ojos de los demás prisioneros, sin embargo, el *ministaff* era un grupo de colaboradores de los represores, incluso de «traidores», algunos de los cuales eran temidos por ellos más aún que los marinos. Se rumoreaba que eran los que más compañeros habían entregado, los que aún muchos meses después de su caída salían en los «paseos» en autos a señalar militantes por la calle, los que convencían a los recién secuestrados de que entregaran información porque había que destruir a la «monta», como llamaba Acosta a la organización Montoneros. Incluso se decía que algunos habían salido a operar con los marinos, armados. Esos rumores eran difundidos en voz baja por los represores que daban detalles truculentos con la advertencia de no divulgarlos. Todo contribuía a agrandar la brecha, a desunir, a segregar. Ellos gozaban, además, a cambio de lo que ofrecían, de beneficios imprecisos. Más visita y contacto con la familia, mejores comidas, regalos, viajes.

Los límites del *ministaff* eran difusos. Fue creciendo con el tiempo, con la incorporación de nuevos prisioneros, pero a la distancia, entre los mismos sobrevivientes, empezó a haber desacuerdo y contradicciones en cuanto a quiénes eran los miembros.

La visión de un *ministaff* temible y privilegiado era alentada por el Tigre, que se empeñaba, en los dichos y en los hechos, en aumentar las diferencias y en garantizar la divisoria de aguas entre los «elegidos» y los demás. El quiebre, la desconfianza, la sospecha de las peores traiciones.

En el caso de la Negrita, se esforzó en demonizarla a los ojos de todos, para debilitarla y hacerla más vulnerable. Si percibía que construía un puente con los demás detenidos, se mostraba violento.

«En Norte, a los chicos los asustan diciéndoles: “Ahí viene la Negrita”

para que tomen la sopa», le diría a la propia Graciela uno de los oficiales meses después de su caída.

El aislamiento le garantizaba al abusador sexual su impunidad, y la sensación de culpa y parálisis de su presa.

El Tigre merodeaba el tercer piso, vigilante. En La Pecera, un espacio armado con separadores transparentes en el otro extremo de Capucha, del lado norte del edificio, trabajaban produciendo documentos, artículos periodísticos y traducciones los desaparecidos elegidos para formar el *staff*. Algunos eran dirigentes de la organización Montoneros, altos oficiales. A ellos se les requería la producción de monografías, estudios y programas políticos teñidos por la formación peronista que el Cero, el almirante Massera, el jefe máximo de la estructura represiva, intentaba usar para constituirse en heredero de Juan Domingo Perón, en una suerte de líder populista de derechas. Otros tenían un saber técnico que proveía apoyo a los demás: redactores, tipeadores, traductores, bibliotecarios, archivistas. Todos bajo el control de Juan Rolón, un marino que se jactaba de descender de una familia tradicional y que tenía su despacho vidriado a la entrada de La Pecera, siempre a medialuz, con un velador sobre un escritorio señorial que desentonaba.

Frente a su oficina, en un espacio abierto y vigilado por Rolón, los muebles de caña robados de la casa de una de las secuestradas, Ana María Martí, la Chiche, servían para los momentos de esparcimiento, de relax, en que los militantes esclavizados se permitían cantar, hacer algún chiste, reunirse.

Graciela casi nunca entró a La Pecera. Intuía que le estaba vedada por alguna razón que no conocía. El apoyo, la solidaridad o el afecto que habría podido lograr, venciendo las barreras que naturalmente la campaña en su contra generaba, amenazaban los intereses de su abusador. Por eso se atrevió en una sola oportunidad. Atravesó el Pañol (lleno de televisores, lavarropas, heladeras y muebles apilados, robados en procedimientos, donde vio el tocadiscos que se habían llevado de su casa). Abrió la puerta del espacio prohibido y traspasó el umbral.

Le pareció que se respiraba otra atmósfera allí. A la derecha, había una oficinita donde pudo ver estanterías con libros. Creyó reconocer algunos de los suyos. En los sillones de caña, una chica tocaba la guitarra. Por un momento, se abstraigo del encierro cantando con ella. Sonreían. Las dos se sintieron unidas, aunque casi no se habían visto antes. El tiempo se detuvo.

De repente, la sorprendió un sacudón brutal en el brazo por parte de Acosta. La arrastró afuera y le dijo mirándola fijamente: «Que sea la última vez que hacés esto, Negrita. Que sea la última vez que te encuentre acá, ¿me entendés?» Graciela lo comprendió cabalmente. La quería sola, sin vínculos fuera de los autorizados, sin respaldo.

Las idas a Guadalcanal con Acosta se hicieron sistemáticas. Había dos departamentos. El de Olleros, usado por los demás oficiales para llevar mujeres, y otro, en Ecuador casi Avenida Santa Fe. Al de Ecuador empezó a llevarla un suboficial, que estaba perfectamente al tanto de qué era lo que iba a pasar entre esas cuatro paredes entre las que la dejaba encerrada con llave. Graciela se quedaba sola, esperando que pasara el Tigre, en algún rato libre, para abusar de ella. A veces, no llegaba.

No tenía nada para hacer, ni podía salir. Era imposible pedir ayuda, creer que alguien podría rescatarla. Estaba a merced de su atacante. Era un cuerpo encadenado, una prisionera disponible para que un cruzado, supuestamente defensor de los valores de Occidente, llegara y la poseyera sin que pudiera resistirse. Y sin embargo disfrutaba de ese aislamiento en algo que no era el camarote y se parecía más a una vivienda normal. Se sentía curiosamente libre. Porque después de pasar usualmente como máximo dos días allí, volvía a la ESMA, al antifaz, las esposas y los grilletes.

Después del traslado de Norita, que le produjo un desgarró insoportable, Graciela sufrió la separación de otra compañera. Inés Cobo estaba embarazada de muy pocas semanas cuando la secuestraron, en septiembre de 1976, a los 22 años, e intuía que su situación le garantizaba por lo menos mantenerse viva hasta el parto. Por eso se desesperó cuando empezó a tener sangrado: sin el embarazo, su vida no valía nada.

Marta Álvarez estaba embarazada como ella, y por eso los guardias más flexibles, de cuando en cuando, las juntaban en uno de los camarotes para que se hicieran compañía. Una vez, Inés le dijo: «Estoy indispuesta y me van a matar».

Marta enmudeció. «Deciles que tenés una pérdida», le aconsejó. Inés le hizo caso.

El Tigre, que la visitaba todas las noches, dio la orden de que hiciera reposo y se la atendiera especialmente. La frecuencia con la que la veía y las circunstancias de los encuentros despertaban sospechas: no se trataba de interrogatorios. Marta recuerda claramente una conversación que podría ser una clave en el destino final de Inés.

—El Tigre me violó.

—¿Y que pensás hacer, Inés? —le preguntó Marta—. ¿Se lo vas a contar a alguien?

—No, no puedo.

La pregunta de Marta era ingenua. Era imposible que Inés denunciara que el jefe máximo del grupo de tareas la había violado. No podía decírselo a ningún oficial y menos aún a algún prisionero. Marta cree que la revelación de Inés fue producto de una angustia incontrolable, porque era imposible confiar en alguien allí adentro.

¿Hubo un segundo embarazo, producto de la violación? Tal vez el primer embarazo, el que Inés traía cuando fue capturada no fuese tal, sino producto de su imaginación o de su convicción de que así sobreviviría por lo menos un poco más.

A partir de entonces, Inés fue enloqueciendo. Estaba desesperada. Poco a poco fue perdiendo la conciencia. Se la veía con la mirada en el vacío, riendo a carcajadas o llorando, cantando canciones evangélicas metodistas, la Iglesia a la que pertenecía. Un día, en la quinta de la familia del Rata Pernías, adonde habían llevado como otras veces a un grupo de detenidas, la insistencia de sus compañeras que trataban de retenerla no la frenó, y saltó completamente vestida a nadar a la pileta. Simplemente tomó impulso y se sumergió. «¡No!» le gritó Marta, en un último intento, pero de nada valió. Nadó un rato y salió, chorreando, ausente, con una mueca extraña en la cara. Los marinos no podían permitir semejante signo de descontrol y locura. Ese salto selló su suerte. «La van a matar», pensó Marta.

La rutina del *ministaff* para la Negrita comenzó con trabajos de oficina. La bajaban a las 6 de la mañana con María, a una habitación desde donde se escuchaban las torturas. Las dos trataban de arrancarles a los marinos información acerca de cuál sería su futuro. «Una granja de recuperación en el sur», era la respuesta más frecuente. Por la noche, cuando las llevaban nuevamente al camarote, las chicas intercambiaban las piezas de un rompecabezas que no terminaba de encajar.

Los días miércoles, la actividad cambiaba: las subían al mediodía al tercer piso. Se escuchaban los gritos de los verdes que convocaban secuestrados en Capucha por números de caso. La Negrita temía escuchar el suyo, 544. Los prisioneros seleccionados se paraban en sus cuchetas y eran acomodados en un trencito, uno detrás de otro. Los ruidos de los grilletes marcaban un ritmo truculento cuando empezaban a caminar. Alguien comentó que después de estos operativos, se encontraban pilas de zapatos.

Un día, una orden de que bajaran al sótano a los prisioneros porque había una supuesta epidemia de gripe aterrizó a todos. La excusa dada por el médico naval Carmelo Spatocco era la de vacunarlos, pero mientras esperaban, los separaron. Acosta entró a un cuartito adonde Graciela esperaba sola y la levantó en vilo. Así, la llevó hasta otro cubículo, adonde vio a otro prisionero, el cura Pablo María Gazarri. La tensión era insoportable. Los dos sabían que les estaba por ocurrir algo grave, irreversible. Y sin embargo, hablaron sobre tonterías. Era la segunda vez que el Tigre la llevaba a charlar con Gazarri. Tal vez porque sabía que su ex pareja, Ignacio, había sido jesuita. Pablo no era el único religioso que había pasado por ahí en 1976. La patota de la ESMA había secuestrado también a los sacerdotes Orlando Yorio y Francisco Jalics, y se rumoreaba que antes de liberarlos los habían tenido en aquella quinta de las balconadas de madera.

Mientras esperaba el final, allí en el sótano, la Negrita pensaba en Ignacio, en sus ojos buenos; en Sisi, su último amor; en sus viejos; sus hermanas; sus compañeros de militancia.

De repente, Acosta volvió a entrar al cuarto, y la colocó en una fila con los ojos mal cubiertos. Ella pudo ver entonces que era parte de una serie larga de sombras dolientes, que se dirigía hacia la puerta del sótano. Vio cómo un médico le bajaba el pantalón y le inyectaba algo en la cola, después de tocarla de manera obscena. Pudo verle bien la cara por debajo del antifaz. Ni siquiera en los umbrales de la muerte podía evitar ser vejada. Pensó que iba a perder la conciencia, a desmayarse. Sin embargo, no ocurrió.

Después de unos minutos, la llevaron a una pieza pequeña adonde se reencontró con María, su compañera de camarote. Estaba convencida de que eran sus últimos momentos. Le tomó la mano y le dijo «Si nos vamos a morir, yo estoy contenta de irme con vos».

Pero no fue el fin para ellas. De repente, sin explicaciones, los guardias volvieron a subir al grupo que habían bajado al tercer piso y lo llevaron a un camarote. Graciela supo, allí, hablando con los demás, que ella había sido la única que habían colocado en la fila. Pero hubo un descubrimiento mucho más inquietante. De ese grupo que habían bajado al sótano con Graciela, no habían regresado a Inés Cobo.

Un suboficial entró: preguntó si estaban todos, y los contó. «Falta Inés», dijeron, a modo de reclamo. El hombre contestó con evasivas. Nunca

volvieron a saber de ella.

Después, abrió la puerta el Duque Francis Whamond. A una pregunta de Marta sobre Inés dijo cortante: «Inés se fue a otro lado. Y no se habla más de ella». Y efectivamente, no se habló de ella nunca más.

Faltaban también otros, los convocados por número de caso. El cura Pablo, Alejandro Calabria, Irene Bergman. Inés fue vista por sobrevivientes en un centro clandestino de la Policía Federal.

Esa tarde, aunque no lo sabía con seguridad, Graciela había sobrevivido a un traslado. Al adormecimiento con una inyección, al transporte al aeroparque en camiones, al vuelo final y a la caída sobre las aguas.

El golpe de la ausencia de Inés fue muy duro para las chicas del *ministaff*.

«Inesita era mansa, su principal característica era su mansedumbre. Tal vez por eso no pudo soportar lo que le pasaba», dice Graciela.

Los represores enunciaban por lo bajo la razón de la ausencia que a María, Marta y Graciela les pesaba tanto.

«Inesita enloqueció», repetían.

Nadie podrá saber cuánto influyó la violación en el quiebre final de Inés Cobo.

Porque lo dice Jesucito

«Bajen al *ministaff*», resonó la orden en Capucha. Era la primera vez que Graciela escuchaba esa palabra, y desconocía aún su significado.

Corría enero de 1977. Era probablemente el día de Reyes. Los llevaron a sentarse en un banco y un cura naval ofició misa. Les preguntaron si querían confesarse. Asesinaban a un sacerdote, pero otro oficiaba misa y estaba dispuesto a escuchar y perdonar pecados antes del final.

¿Qué pasaría con los prisioneros a los que llamaban por su número de caso aquellos miércoles? ¿Qué era lo que les daban para adormecerlos en el subsuelo? ¿Existían las granjas de recuperación de las que hablaban?

Graciela cree que aquel día en el que la colocaron en la fila de los condenados no le inyectaron nada porque no sintió malestares ni mareos, sólo miedo. Tal vez la intención fue la de disciplinar al *ministaff*, demostrarles a los elegidos para integrarlo que no tenían privilegios ni garantías, que el hilo que los unía con la vida podía cortarse en cualquier momento.

Un día, mientras Graciela estaba sola en un camarote, entró de improvisto el Tigre.

Ella se sobresaltó. Nunca sabía cuándo venía en son de paz o cuándo era presa de un ataque de ira y la empujaba y gritaba acusándola de las peores cosas.

La Negrita tenía al lado de su cama una radio chiquita que alguien le había traído adonde sintonizaba un programa para pescadores que solía escuchar su abuela. Le daba paz y le recordaba a su familia. La devolvía a su tiempo de infancia en Avellaneda. En ese momento, en el receptor sonaba folklore. «¡Qué linda zamba», dijo el Tigre, como intentando tranquilizarla antes de revelarle una verdad terrible.

«Vos sabés, Negrita, que esta es una guerra de exterminio. Vos tenés que saber que los traslados son el aniquilamiento. No hay vuelta que darle, es una orden de arriba. Después de eso, viene la muerte». Hizo un silencio sádico que helaba la sangre. El tiempo se detuvo. «Y vos te vas a salvar», concluyó.

«¿Por qué?», le preguntó la Negrita, como pudo. «¿Por qué ellos no se van a salvar y yo sí?»

«Porque lo dice Jesucito», le contestó el Tigre. Y esa fue toda la explicación que creyó necesaria.

Mucho después, casi un año y medio o dos, Gonzalo Sánchez, Chispa, un prefecto integrante del grupo de tareas, le contó a Graciela que durante un vuelo de la muerte, a una mujer judía que yacía inconsciente y sin ropas, esperando su turno de ser arrojada al vacío, le dibujaron una svástica en el pecho. «¿Vos sabés cómo es?», le preguntó Chispa, antes de entrar en detalles: la selección, las inyecciones, el transporte, el avión, el mar.

Graciela no podía soportar la urgencia de la necesidad de regresar al tercer piso para contárselo todo a Marta y a María.

Otra día un marino, Yon, entró al camarote y empezó a llorar frente a ella y las otras secuestradas del *ministaff*. Dijo que volvía de un vuelo. Nadie se animó a preguntarle nada más. Seguramente la visión de un montón de cuerpos desnudos amontonados en la cabina de un avión, empujados a la muerte, era suficientemente aterradora aun para los verdugos.

DOS

El Vesubio: la doble cruz de Elena

Junio de 2006, París. Una anciana pequeña, con manos temblorosas, prende la cruz de la Legión de Honor al pecho de una mujer. Es Lucie Aubrac, heroína de la resistencia anti-nazi. La distinguida es una argentina, Elena Alfaro, sobreviviente del centro clandestino de detención El Vesubio. Le dedica la condecoración a su marido desaparecido, Luis Fabbri, y a todos los que, como él, no salieron vivos de ese campo de concentración.

Elena fue secuestrada en camión en 1977, cuando, con dos meses de embarazo, guardaba reposo en su departamento del barrio de Boedo, en Buenos Aires. En 1982, dejó la Argentina para viajar a Europa. Buscó refugio en Francia, donde se convirtió en una destacada científica.

Tres años después, durante el juicio a las Juntas, con una valentía singular, declaró ante la Cámara Federal.

En la década del 90, la vedette y actriz Moria Casán popularizó la frase *Si querés llorar, llorá* en un show televisivo donde grupos de personas que estaban atravesando crisis o conflictos familiares los exponían ante las cámaras y ella oficiaba de árbitro. Si alguno de los invitados se quebraba relatando una situación traumática, la diva le daba permiso para la catarsis con esas palabras. Era el drama personal como espectáculo, la exposición de las miserias privadas en público. La breve catarata de lágrimas que aliviaba al declarante formaba parte del show.

Salvando las distancias, las mujeres que durante el juicio a las Juntas en 1985 se atrevieron a denunciar que habían sido víctimas de violencia sexual durante su cautiverio, venciendo las barreras de la vergüenza y la culpa, ante el tribunal formado por seis jueces de la Cámara Federal, recibieron como respuesta una autorización tácita para exteriorizar su dolor en la imponente sala de audiencias del Palacio de Tribunales pero ninguna posibilidad de reparación a través de la justicia. La enunciación o descripción de los vejámenes por parte de mujeres no aportaba nada en ese momento desde el punto de vista de la construcción de la prueba, no era útil para el objeto del tribunal. ¿Por qué? La violación estaba incluida en la tortura. Era natural que hubiera ocurrido. No se consideraba un delito de género. La normativa jurídica de la época, además, que luego cambiaría, determinaba que la violación era una afrenta al «honor privado». Los delitos de este tipo son aún de instancia privada, es decir, sólo se investigan si media la voluntad de la víctima. En esta clase de casos, por encima de su gravedad, el delito no puede ser investigado de oficio, espontáneamente por los poderes públicos (es decir policía, jueces o fiscales) porque para la mujer violada el proceso penal puede suponer una nueva vejación. Por eso es necesaria la intervención activa de la víctima como impulsora de la acción de la justicia y como parte en el proceso judicial. Esa intervención es voluntaria. Es decir que, si en el caso de una violación, por alguna razón (presión familiar o social, vergüenza, o un injustificado sentimiento de culpa) la mujer decidiera guardar silencio,

el agresor quedaría impune. Y el Estado, aunque se temiera que el violador volviera a atacar, no tiene atribuciones para intervenir, porque prevalece un supuesto respeto al honor y la intimidad de la sometida, que tiene derecho a callar. Por otro lado, por el contrario en los delitos de acción pública, el Estado, anoticiado de un crimen, actúa sin necesidad de intervención o solicitud de persona alguna, ni siquiera de la víctima para resguardo de la sociedad.

Los jueces, fiscales e incluso las mismas mujeres, consideraban a mediados de los años 80 los crímenes sexuales como algo secundario, poco importante frente a la figura de la desaparición forzosa y el homicidio y, por supuesto, el robo de bebés. La apropiación de bienes materiales tampoco fue materia del juicio a las Juntas. La mayor parte de los testigos consideraba impúdico mencionar más que al pasar pérdidas materiales: muebles, electrodomésticos, automóviles, departamentos, tierras, en medio de tantas pérdidas de vidas. Y aun así, merece ser tema de reflexión que fueran iniciadas mucho antes las causas judiciales por apropiación de bienes de los desaparecidos por parte de los miembros de los grupos de tareas que aquellas por delitos sexuales contra las mujeres secuestradas.

El siguiente intercambio entre Elena Isabel Alfaro y el presidente del tribunal, Jorge Valerga Aráoz, da cuenta de la falta de escucha para quienes estaban dispuestas a denunciar los vejámenes que habían sufrido.

Dr. Valerga Aráoz: Tanto los oficiales como el resto del personal del lugar, ¿mantenían un trato respetuoso hacia las mujeres?

Alfaro: Hacia las mujeres para nada, absolutamente. Nosotras, como mujeres, estábamos en una situación a merced de cualquier fuerza o cualquier hombre que estuviera ahí, salvo, por supuesto, los detenidos que no harían una cosa por el estilo. Yo sé del caso de Graciela Moreno, una de las detenidas, que fue violada mientras estaba en las duchas. De Elsa, de María del Pilar García, que también fue violada. El ser violada ahí era muy corriente.

Elena continúa revelando que, al bañarse, las secuestradas eran colocadas en fila y desnudadas y vejadas por los guardias. Menciona también a tres detenidas desaparecidas: Silvia, Elena y Tana, a las que el represor Durán Sáenz lleva a vivir con él y señala que Silvia era obligada a hacer «vida en común» con él.

Y por último, denuncia que durante una mudanza de oficinas al regimiento de Infantería de La Tablada, Durán Saéenz le ordena que prepare sus cosas, algunas ropas.

«Bueno, me meten en un auto atrás, yo ya estaba embarazada de 4 meses, así que mi embarazo era notorio, y me lleva a su pieza donde soy sometida, en su pieza», dice Elena.

El violador dejó a Elena desnuda y amarrada. Permaneció así hasta que, al día siguiente, unos guardias la desataron.

La inmediata intervención del presidente del tribunal resulta insólita.

Dr. Valerga Aráoz: ¿Pudo notar la presencia de alguna persona extranjera en el lugar, como detenida?

Después de escuchar la descripción de por lo menos siete crímenes contra

la integridad sexual con múltiples perpetradores y víctimas incluyendo a la declarante, que evidentemente tenía la voluntad firme de denunciar, el juez cambia de tema. ¿No estaba interesado el tribunal en el relato de la testigo? No, porque los delitos que enumera (los vejámenes en el baño, las violaciones a seis mujeres incluyendo a la propia declarante, la reducción a servidumbre sexual) no contribuyen a la construcción del corpus de la prueba contra los nueve comandantes en jefe sentados en el banquillo de los acusados. No constituye materia de ese proceso, porque lo que relata la testigo no trata en ese momento histórico de crímenes de lesa humanidad. Valerga Aráoz no indaga, no profundiza. Simplemente, en medio del shock emocional que el relato pudo haber producido en Elena, introduce una pregunta, que conduce a la testigo a otro tema, seguramente importante, pero para nada vinculado con su descarnada narración: «¿Pudo notar la presencia de alguna persona extranjera en el lugar, como detenida?»

El juez quiere, en verdad, que mencione que ha visto en el campo a la ciudadana alemana Elizabeth Kasemann, que fue eliminada con el esposo de Elena, Luis Fabbri, en un falso enfrentamiento en Monte Grande en mayo de 1977, y a la francesa Françoise Marie Dauthier y a sus dos pequeñas hijas de tres años y 18 meses, que ella cuidó mientras torturaban a la madre.

Elena, diligente testigo, continúa aportando minuciosamente los datos que le requiere el tribunal. Su propio drama y el de las demás compañeras que sufrieron violaciones y abusos sexuales queda en un segundo plano, como una nota más de color oscuro, una descripción ambiental en su larguísima declaración.

No es extraño. Por lo general, educadas en el sacrificio, las mujeres tienden siempre a describir el sufrimiento de otros. El de sus compañeros, sus maridos, sus hijos, incluso el de otras mujeres. No consideran su dolor como lo más importante.

Si el presidente del tribunal hubiera indagado sólo sobre uno de los casos mencionados por Elena, se habría enterado de que Graciela Moreno, una embarazada, era especialmente maltratada dentro del centro clandestino. La razón era que su marido, Juan Marcelo Soler Guinard, Negro o Raúl, había sido cura durante diez años. A todas las mujeres encintas las amenazaban con matar a sus bebés. No tenían en El Vesubio un tratamiento especial, y las mantenían en las mismas condiciones insalubres que al resto de los detenidos, salvo excepciones, hasta que eran llevadas a dar a luz al Hospital Militar de Campo de Mayo. Pero a Graciela la insultaban especialmente diciéndole que el bebé que llevaba en su vientre era «hijo del diablo» por ser producto, según creían, de su relación con un sacerdote. A él, dos guardias del Servicio Penitenciario lo obligaban a comer sus propios excrementos para castigarlo cuando, por no llevarlo al baño, tenía que hacer sus necesidades en su cubículo.

La historia de Graciela es especialmente contradictoria. Según la información que dispone Abuelas de Plaza de Mayo, Graciela tuvo dos embarazos en cautiverio. La familia de su marido denunció ante la CONADEP (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas) que al ser detenida en abril de 1977, llevaba unos seis meses de gestación. Es decir, que su parto, producto de su pareja con el Negro, tendría que haberse producido en julio o agosto de ese año, pero no hay evidencia de que haya

tenido lugar. Se trata de una confusión producto seguramente de la falta de información y contacto en aquellos tiempos de clandestinidad. Su hijo Esteban Soler declaró en el juicio por El Vesubio que Graciela y su marido habían decidido interrumpir ese embarazo antes de ser secuestrados. O sea que Graciela no estaba embarazada al llegar al centro de detención. Sin embargo, dos sobrevivientes relatan que Graciela fue violada por el represor Ramón Erlan alias «Pancho» o «Don Pancho», guardia de El Vesubio y suboficial del Servicio Penitenciario Bonaerense, y que a raíz de esa violación quedó nuevamente encinta. En septiembre de 1977, cuando se la llevaron, tenía una panza de cuatro meses. Pudo haber dado a luz en febrero de 1978. No hay testimonios sobre su parto, aunque tampoco sobre un aborto. Durán Sáenz, alias Delta, le dijo a Elena que Graciela era una mujer demoníaca, porque había inducido a un sacerdote a dejar los hábitos, y además, había «seducido» a un guardia (Pancho) en el campo. Es decir, para el jefe de El Vesubio, la violación de Graciela, como seguramente todas las demás, se habían producido por culpa de las víctimas. «Delta, cuando se enteraba de una relación sexual o de que alguno de los guardias violaba a alguna de las detenidas, lo sancionaba, pero claro, nadie podía sancionarlo a él», reflexiona Elena cuando recuerda la cruel hipocresía del jefe del chupadero.

Si el juez Valerga Aráoz hubiera continuado preguntando, Elena le habría dicho que María del Pilar García, conocida como Elsa, había llegado desde otro centro, probablemente de la Fuerza Aérea. Solidaria, se preocupaba por las otras compañeras. Era farmacéutica o bioquímica de profesión, según creen los sobrevivientes. Una vez, uno de los represores, se la llevó y estuvo con ella unas seis horas. Al volver, ante la inquietud de las mujeres, dijo que estaba borracho, y que no le había hecho nada. Sin embargo, Elena sabe que María del Pilar fue violada y que mientras sucedía, rezaba el Padrenuestro.

Nada de eso pudo declarar Elena, porque no hubo escucha para ella. Faltaba casi un cuarto de siglo para que los crímenes contra la integridad sexual fueran visualizados como delitos contra la humanidad, y tuvo que guardar gran parte de aquello que había sufrido —pese a su inquebrantable voluntad de testimoniar— para sí misma.

Las vejaciones en El Vesubio se iniciaron antes y continuaron después del paso de Elena por ese centro clandestino de detención. Alicia Endolz de Luciani denunció que a lo largo de su secuestro por lo menos seis veces fue retirada de las cuchas por los guardias y llevada a la Enfermería para que la violaran todos los hombres que estaban allí, y que su caso no era una excepción. Particularmente doloroso es el caso de Violeta, Irma Beatriz Márquez Sayago, una mujer que Elena recuerda como «entera». Ya en el juicio a las Juntas, Hugo Luciani, marido de Alicia, dice que un guardia «se hacía chupar el pene por la pobre Violeta y que el hijo tenía que estar mirando eso. Eso es cruel».

El hijo de Violeta se llamaba Pablo, y no tenía más que trece años. Hay pruebas de que fue transferido. Fue visto por última vez en la ESMA por la sobreviviente Lila Pastoriza, que relata que cuando le contaba que había sido torturado, para aliviarla, le aclaraba que «no le había dolido tanto»...

Alejandra Naftal era estudiante secundaria en el colegio Carlos Pellegrini cuando la secuestraron en 1978. Tenía 17 años cuando la llevaron a El

Vesubio vestida con el uniforme escolar. Un hombre le robó el reloj, la cadena y los anillos que llevaba que llevaba y mugió y se fue riendo: dijo llamarse La Vaca. «Ya te voy a agarrar», escuchó Alejandra. Poco después, estando sola en una habitación, La Vaca entró y empezó a hacerle preguntas sobre su familia, especialmente sobre su sobrina de 2 años. En un momento dado, empezó a manosearla y a decirle que la iba a violar. Le ordenó que no dijera nada, amenazándola: «Si vos abris la boca, yo voy y mato a tu sobrina». Después de violarla y eyacular sobre el uniforme que todavía la cubría la desató y le dijo que fuera a lavarse en el baño.

Jorge Watts, sobreviviente y fundador de la Asociación de ex Detenidos Desaparecidos, quiso reflejar la psicología de los torturadores. «En El Vesubio, aparte de las cosas tradicionales que hubo, como el submarino, la picana y los golpes, en la época en que yo estaba... habían cazado un cuis. Y de algún lado habían traído una jaula con un pajarito que después murió. En esa jaula metieron al cuis y lo tenían allí en una de las casas, la casa 2, que era donde torturaban a los detenidos. A varias personas, en el momento en que estábamos estaqueados, desnudos en lo que ellos llamaban la parrilla, además de pasarle la picana eléctrica le metían el cuis entre las piernas a las mujeres. El pobre animal estaba tal vez más asustado que nosotros. En un momento dado —no sé por qué razón— se pusieron a picanear al cuis adentro de la jaula hasta que lo mataron, eso habla un poco de la bestialidad que tenía esta gente que nos gobernaba.»

El Vesubio había llevado antes el nombre de La Ponderosa. Lo utilizó, antes del golpe militar de marzo de 1976, la Alianza Anticomunista Argentina, la organización terrorista paraestatal de ultraderecha que asesinó cientos de militantes entre 1974 y 1975. Para un transeúnte desinformado, su apariencia era la de una quinta. Era un predio propiedad del Servicio Penitenciario Federal, ubicado en el cruce de la Autopista Ricchieri con el Camino de Cintura, en La Tablada, Partido de la Matanza. Tres chalets de tejas rojizas y paredes blancas, con arquitectura colonial, se levantaban donde ahora sólo quedan ruinas y restos en el suelo y la arboleda de eucaliptus, que le daba un aire de quinta señorial. Había también una pileta de natación revestida de azulejos. En la Casa 1, había tres dormitorios, cocina, dos baños y un gran comedor con una enorme mesa oval adonde se recibía la visita frecuente del general Carlos Guillermo «Pajarito» Suárez Mason, jefe de la Zona 1 del Primer Cuerpo de Ejército, del que dependía el chupadero. También había un sótano, adonde eventualmente se alojaba a prisioneros. En una de las habitaciones vivía de lunes a viernes el mencionado mayor Pedro Durán Sáenz, alias Delta, jefe del centro clandestino. Los fines de semana, viajaba a Azul para convivir con su mujer y sus hijos. Como buen católico practicante, nunca faltaba a misa.

La Casa 2 era el escenario de las torturas. Las ventanas estaban tapiadas con la intención de evitar que del exterior se escucharan los alaridos de dolor que provocaban los tormentos. Frente a este chalet estaba la parada del colectivo 86. Un cartel con sádico humor advertía: «Si lo sabe cante, si no aguante». También le decían la Enfermería. Allí, sin embargo, el único remedio era la picana eléctrica.

En la Casa 3 mantenían a la mayor parte de los secuestrados. Allí estaban las «cuchas», cubículos con paredes de ladrillo adonde pasaban los días y las

noches con esposas en las manos y los pies, enganchados a un aro fijado a la altura de los zócalos. Tenían prohibido comunicarse entre ellos, aunque a veces la superpoblación hacía que hubiera hasta tres por cubículo. Estaban vestidos con andrajos: si los guardias veían que traían ropa adecuada, se la hacían sacar con la excusa de que iban a lavarla y les daban prendas más deterioradas. Recibían comida en mal estado, con gorgojos o gusanos. Cuando había arroz con trocitos de carne, les decían que se trataba del cuero cabelludo de los prisioneros. Había cierta separación por sexo. Mujeres en una habitación hacia la derecha, varones a la izquierda, aunque en uno de los tres espacios los detenidos estaban mezclados. Un ámbito, denominado Q, la sala de los llamados *quebrados*, tenía un régimen menos duro. Allí los prisioneros podían hablar entre ellos, y algunos habían recibido como encargo ciertos trabajos teniendo en cuenta su experiencia. En esa sala fue visto Héctor Oesterheld, autor del guión de *El Eternauta*, cuya familia sería devastada por la represión. Abatido, golpeado malamente en la cabeza, Oesterheld, el Viejo, como le decían, se dedicaba a escribir una historieta sobre la vida de San Martín. También estuvieron secuestrados allí el escritor Haroldo Conti y el cineasta Raymundo Gleyzer, todavía desaparecidos.

El clima en El Vesubio era de locura y presiones constantes. La secuestrada Ana María Di Salvo recibió de Durán Sáenz el grotesco pedido de hacer un Diagnóstico de Situación del centro. Para eso, fue llevada a la Jefatura, es decir a la Casa 1. Ana María presintió que eso era el fin. No sabía cómo hacer una evaluación de ese ámbito de perversión y locura sin despertar la ira de Delta. Hizo una suerte de informe respecto del estado anímico de las personas que llegaban a ese lugar, de noche, engrilladas, encapuchadas, torturadas.

Ponía el acento en que los que llegaban como prisioneros no sabían por qué estaban allí. Incluyó una caracterización del jefe, Delta. Por supuesto que eligió incluir todas sus supuestas cualidades positivas y ningún defecto. No se le escapaba que cualquier crítica podía desatar la ira incontrolable del jefe.

Fue así como un día, Ana María, temblando, entró al despacho de Durán Sáenz, que sostenía las hojas producto de su trabajo.

—Adelante, psicóloga. Esto está muy bien. Pero, ¿qué le agregaría? —le preguntó Delta, escrutándola por sobre sus anteojos.

La «psicóloga» contestó aterrorizada. Imaginó, en pocos segundos, qué podría decir que no irritara al monstruo.

—Creo que falta lugar para la iniciativa individual, aquí no hay delegación de funciones. Todo pasa por sus manos.

Durán Sáenz se le acercó y la miró intensamente.

—Está bien, tiene razón. No hay cosa que no decida yo. Es como dice.

Ana María pensó que allí terminaba todo. Que la dejarían en paz. Pero no fue así. El segundo trabajo encargado fue más difícil. Sucedió luego de que el régimen se endureciera y desaparecieran los momentos en los que algunos guardias les permitían, sobre todo de noche, encender las luces, cebar mate en las cuchas y sacarse las capuchas. Fue un punto de inflexión, en abril de 1977, después del traslado de Silvia, la Tana y Elena, las prisioneras que Delta había mantenido, como un harén, en sus aposentos. La psicóloga fue llevada nuevamente a la jefatura y escuchó otro pedido delirante. Tenía que escribir un «Perfil del delator». Los represores querían precisar qué

características personales tendría el detenido que los ayudaría a conseguir más secuestros. Ana María estaba devastada. Esta vez no tenía que trabajar en la jefatura, como anteriormente, sino en su cucha, adonde le llevarían lápiz y papel. Se descargó con Martha Brea, una colega detenida que se ofreció a ayudarla. Habían trabajado juntas en el Policlínico de Lanús: «¿Qué es este disparate que quieren que haga? ¿Qué tengo que hacer?», preguntó. «Tenés que mentir, no te queda otra. No podés retratar el horror. Si no, te matan», le aconsejó su compañera. Marta tenía una memoria prodigiosa, y poco a poco, le fue recordando a Ana María artículos teóricos que iban a ayudarla a construir la evaluación de la que dependía su supervivencia. Sin embargo, la desesperación de Ana María y la convicción de que hiciera lo que hiciese no iba a salir nunca más de allí, de modo que no valía la pena darles armas a sus captores para conseguir información que condujera a más muertes, la llevaron a negarse. «No lo puedo hacer. No me siento capaz. No es para mí, sino para alguien que sea un especialista», se excusó.

Poco después, se plantó frente a su cucha el teniente coronel Luque, el Indio, uno de los represores que más tenía fama de mujerigo y bebedor: «¿Estás aburrida?» «No tengo motivos aquí para divertirme», le dijo, en un equilibrio entre firmeza y desazón. «A lo mejor te hubieras divertido más si hubieras aceptado escribir lo que te pidieron, ¿no?»

Algo en la voz del Indio la hizo estremecerse, como si fuera hálito de muerte. Ana María no pudo parar de llorar. Así se mantuvo durante dos días. En una actitud contradictoria con el avasallamiento que vivían las mujeres allí dentro, un represor de nombre Epsilon se acercó para preguntarle si algún guardia se había «propasado» con ella. En ese contexto, la frase sonaba hasta ridícula...

Poco después, fue liberada junto a su marido. Se llevó con ella del campo una pollera de lana que le había dado María del Pilar García y una bufanda verde y anaranjada que con sus propios dedos y restos de lana le había tejido Martha Brea una noche que tenía frío. Ana María nunca abandonó esa bufanda. La llevó al cuello el día en que enfrentó a un tribunal para relatar lo vivido, poco antes de morir de cáncer, en 2011. En un rincón, el acusado Durán Sáenz, treinta y cinco años después de su reinado en El Vesubio, dormitaba y acariciaba las cuentas de madera de un rosario. Tal vez en esa duermevela que usaba para evadirse, Delta recordaba los días en que usaba a las prisioneras como esclavas. Les ordenaba servir la mesa en la casa que ocupaba, pero antes las hacía bañarse en su ducha, dejar sus harapos, y les daba un vestuario que por lo general incluía faldas muy cortas, para solaz del represor, que debían devolver cuando volvían a las cuchas. Para las mujeres, que eran obligadas por los guardias a lavarse desnudas frente a ellos, frotándose con jabón en polvo y secándose del baldazo que les tiraban para enjuagarlas todas con la misma toalla, diminuta, empapada y hecha jirones, la experiencia esclavizante en los dominios de Delta resultaba, en comparación, un bálsamo. Una vez, Martha Brea escuchó de su boca lo que el represor creyó un elogio: «Se nota que usted viene de buena familia, porque me puso un platito para el pan». Un elogio del amo a la sierva. El «buen concepto» del jefe no le salvó la vida.

Como bien recordó Elena en su testimonio, Durán Sáenz había seleccionado a tres prisioneras para mantenerlas casi permanentemente a su

lado. A Silvia de Rafaelli la había elegido para «hacer vida en común con él». Tenía ojos almendrados, piel blanca, labios carnosos, cabellos largos y castaños. Las otras dos, la Tana (Ángela Donatella Rude) y Cuqui (Elena Rinaldi de Nocetti), una maestra de Quilmes, tenían como Silvia acceso a todas las áreas de la casa que usaba Delta para vivir, vestían mejor, comían con él. Un día, en ausencia del jefe, se escucharon gritos. Los guardias se habían ensañado por alguna razón con Silvia y la Tana. Les arrancaron sus vestidos, las hicieron vestir nuevamente con andrajos, las insultaron y las devolvieron a las cuchas, salvajemente torturadas, lastimadas, llorando. Pocas horas después, se las llevaron del lugar y nunca más supieron de ellas. En un descuido, aprovechando sus «privilegios» las chicas habían intentado comunicarse por teléfono, probablemente con su familia. Silvia tenía dos hijos pequeños y seguramente estaba desesperada por saber de ellos. Silvia y la Tana habían sido traídas por Durán Sáenz del centro clandestino El Infierno que funcionaba en una comisaría de Avellaneda, de donde habían llegado muy flacas, en un estado casi animal. Allí el régimen era tan inhumano que los prisioneros se turnaban para respirar, acercándose a la hendidura de la puerta de la celda donde los apiñaban. Comían cada dos semanas algo sólido, y cada cuatro o cinco días les pasaban por la mirilla una manguera para que tomaran agua. Delta las había hecho participar de varios operativos de robo de camiones de transporte de automotores, con la intención de que fueran confundidos con operativos de la guerrilla por la participación de las mujeres.

Las presas eran trofeos de los represores. «Cuando me pusieron la letra P, pasé a ser parte de la propiedad de Durán Sáenz», dice Elena Alfaro, más de treinta años después. P quería decir Perejil, O Poder Obrero; M Montoneros. Antes había sido el caso O8. Y en un momento, para su desconcierto, le cambiaron el apellido, y le ordenaron que respondiera al de Martínez.

Elena vive ahora en París, y se expresa intercalando de cuando en cuando palabras en francés. Por momentos, titubea buscando la expresión en español que se le escapa. Tiene ambas nacionalidades, y milita activamente por los derechos de la mujer. Relata que en El Vesubio fue usada para tareas de limpieza en la jefatura, que durante un tiempo corto la obligaron a pasar a máquina nombres de secuestrados, y que lo hacía muy lentamente porque en ese lugar le daban de comer mejor. Como la consideraron mala mecanógrafa, la sustituyeron. Trata de recordar esos listados que tal vez se conserven todavía en algún archivo oculto.

Elena fue elegida Reina del Trigo en su pueblo de Rolón, La Pampa, antes de la dictadura. A pesar de los años —tiene poco más de sesenta—, conserva una belleza refinada, una melena ondulada, la mirada amplia. Es apasionada y categórica, precisa y enfática.

Cuando la secuestraron el 19 de abril de 1977, la llevaron al Vesubio, la golpearon, la insultaron y la picanearon a pesar de que gritaba que estaba embarazada. Pedía que pararan, que iban a matar a su bebé. El horror del campo la invade pero no la paraliza mientras declara en la sede parisina de una ONG por videoconferencia, ante el tribunal oral número 4 que juzga a los represores de El Vesubio. Vuelve a contar una vez más su violación, como ya lo hizo una y otra vez. «Era feriado, 20 de junio, y Durán Sáenz no se había ido a Azul, como lo hacía todos los fines de semana. Yo estaba con

Elsa, y me dijo que preparara algunas ropas que me iba a llevar a la sala Q». Elena lo obedeció. al Regimiento de La Tablada, adonde se estaba mudando el Comando Regional de Inteligencia. Allí, en su cuarto, me violó. Me dejó encerrada en su pieza, desnuda, atada a la cama, sin comer ni beber. A la noche siguiente dos hombres me desataron y me devolvieron a la sala Q. Allí dos presos más antiguos, Lucho y Daniel, con quienes yo tenía mucha relación, se dieron cuenta de que algo raro había pasado, y pude hablar con ellos y contarles todo».

«Mi embarazo era notorio, yo estaba de cuatro meses. Pero el sadismo era violarse mujeres embarazadas». Elena hace un largo silencio. «Fue más terrible mi violación que las de las otras mujeres».

El embarazo de Elena progresó a pesar de las privaciones dentro del campo y de una pérdida que tuvo en septiembre de 1977 por la que la atendieron en el Hospital Militar de Campo de Mayo.

«Las mujeres servíamos nada más que para el rito bárbaro del coito de ellos, para su placer. Éramos para ellos el pecado».

Varias de las sobrevivientes del Vesubio describieron en sus testimonios los manoseos y observaciones obscenas. «¡Qué buenas tetas!» dice una que exclamaban a la vez que la golpeaban y picaneaban.

En su declaración, Elena pidió a los jueces: «Yo pido por favor que esto sea considerado crimen contra la humanidad. Hay que salir de esa vergüenza, no podemos estar presas del pudor».

Elena sufrió en carne propia el rechazo al salir del campo. Recuerda la reacción de quienes encontraba, y la sintetiza en frases que la golpean como un látigo. «Ah, ¿sobrevivientes? ¿Mujeres? Ah... ¡amantes de los militares!»

Muchos de los testigos ex prisioneros de los centros clandestinos que declararon en el Juicio a las Juntas tuvieron que soportar una andanada de acusaciones por parte de los abogados defensores de los ex comandantes miembros de las juntas. En general, intentaban descalificarlos apuntando que habían participado de acciones armadas y una y otra vez pedían precisiones acerca de su compromiso militante con organizaciones guerrilleras. Esto tenía un doble riesgo, porque en ese contexto histórico, a poco más de un año de democracia, en un país en el que el movimiento pendular entre dictadura y democracia era costumbre, la aceptación de la vinculación con organizaciones armadas implicaba no sólo la posibilidad de ser sometido a juicio, sino riesgo de muerte. En algunos casos puntuales, se «armaron» causas judiciales a partir de anónimos enviados a juzgados en los meses posteriores a las declaraciones de los sobrevivientes ante la CONADEP y anteriores a su citación ante la Cámara Federal. Secuestros extorsivos, intentos de homicidio, homicidios, disparaban las acusaciones. El objetivo era descalificar, quitarle peso a la declaración del testigo. Por fortuna, el tribunal en muchos casos impidió la revictimización de los sobrevivientes obstaculizando los interrogatorios que los convertían en acusados, dando vuelta la lógica de la escena.

En el caso de Elena Alfaro, la estrategia de las defensas de los jefes militares fue todavía más cruel, porque calaba en su vida sexual y en sus relaciones familiares. Por eso, la decisión de Elena, su voluntad de declarar, revelaba una solidez admirable.

«A los que sobrevivimos, los represores nos dieron su liberación, que fue

ponernos afuera, en el exterior del campo, en la sociedad. Pero no fue nuestra libertad, esa fue la liberación de ellos. Después, cada uno siguió su camino particular hacia la libertad. Algunos todavía no la alcanzaron. Yo seguí ese proceso individual hasta liberarme, y quizás poder liberar a otras, mientras las difamaciones se encendían. Yo nunca bajé los brazos».

Cuando Elena habla de difamaciones, se refiere también a las que sufrió por parte de organismos de derechos humanos. Ella fue para ellos «la amante» de Durán Sáenz, el torturador, el jefe del centro clandestino. Una indeseable que era mirada con desconfianza. «Todos los sobrevivientes son traidores» era la acusación velada cuando llegaban al exilio salidos de los campos. Y las mujeres que sobrevivían, además de traidoras, eran putas. «Eso —dice Elena— está extraído directamente de la ideología de los propios genocidas, que en los campos de concentración crearon la figura del traidor. Fue una construcción deliberada de ellos».

«Nuestra vida dentro del campo estaba totalmente desarticulada», dice Elena en una de sus muchas declaraciones. «Eran ellos, los represores, los que creaban situaciones de privilegio. Promovían que estuviéramos llenos de odio. Cuando alguien caía, era común que llevaran a la sala de torturas a un preso más antiguo para que le dijera al nuevo: “No te hagas torturar, por favor”. Entonces, el que estaba allí, siendo torturado y veía a su compañero de militancia o a su responsable en esa situación, decía “Por Dios, sos un traidor, ¿por qué estás trabajando con los milicos?” “¡No era verdad, no era así, señor!” —clamaba Elena—.» Pero así creaban la figura del traidor, la crearon, la fabricaron, con total conciencia, de manera arbitraria. Si dejamos a alguien vivo, pensaron, podrá contar este horror, pero no contará lo suficiente, siempre se guardará algo porque nosotros tendremos la manera de destruirlo frente a las organizaciones político-militares y los organismos de derechos humanos. Tendría que enfrentarse en los juicios a la acusación de «Vos cantaste, sos un traidor, tal persona cayó por tu culpa».

Los vaticinios de los militares se cumplieron. Muchos sobrevivientes guardaron silencio durante largos años porque eran señalados precisamente como traidores, colaboradores del genocidio. Los hechos de los que fueron testigos, muchas veces en soledad, demoraron décadas en ser usados como prueba o elemento para reconstruir la historia. Pasó mucho tiempo hasta que dentro de los organismos y los colectivos de sobrevivientes se comprendió que las víctimas son víctimas en cualquier circunstancia. Y que los responsables de los centros clandestinos de detención tenían precisamente como objetivo fracturar los lazos, sembrar la desconfianza, aislar. Los argumentos de los defensores en los juicios se basaban en la idea de que los sobrevivientes colaboraron con los represores y cometieron los mismos delitos que ellos, y por lo tanto, no pueden ser aceptados como testigos de cargo.

Cuando Elena salió después de declarar en el consulado argentino en París, en 2006, poco después de haber sido distinguida con la Legión de Honor, descubrió que «alguien» había dañado su automóvil. Nadie había visto nada, ni siquiera el personal de vigilancia del consulado. El sentimiento de desprotección que la invadió y la falta de respuestas por parte de las autoridades, sumados a una experiencia desafortunada cuando viajó a la Argentina años después y sufrió un robo que la despojó de toda su

documentación, hicieron que decidiera no volver a declarar en suelo argentino ni en representaciones diplomáticas. Por eso, en el 2010, cuando se desarrollaba el primer juicio por El Vesubio, pidió hacerlo en la sede parisina de una ONG francesa Terre Solidaire por videoconferencia. Y para eso contó con la aceptación del tribunal.

«Pero nunca bajé los brazos con este tema, dice, ¡hasta que me escucharan! Y así fue en este último testimonio en el juicio de El Vesubio, en el 2011... Ese tiempo, para mí, no fue inútil, porque seguí el proceso individual hasta liberarme y quizás poder liberar a otras... mientras las difamaciones se encendían.»

En el caso de Elena Alfaro los ataques fueron dolorosos, demoledores, y apuntaban a evidenciar que había mantenido relaciones íntimas voluntariamente con por lo menos dos de los genocidas, Delta y el Indio. La intención era devaluar su testimonio. Siendo mujer, era promiscua. Y siendo militante, traidora. El colmo era que habría designado padrino de bautismo de su hijo a uno de sus torturadores. Ese hecho puntual fue relatado por Elena *motu proprio* en el cuerpo de su declaración con la intención de revelar la estrecha relación de la Iglesia Católica con los represores, que estaban consustanciados con sus ritos e ideología, a pesar de sus prácticas crueles. Su actitud revelaba una gran valentía, porque su denuncia era hecha ante una sociedad en la que prevalece la fe católica y que aún no comprendía la perversión de los integrantes del aparato terrorista estatal y la sujeción de los secuestrados.

Elena fue forzada por su abusador, el coronel Franco Luque, a bautizar a su hijo. «Yo voy a ser el padrino», le dijo, durante una de las visitas de control que hacía a su casa familiar, en La Pampa. Ella misma mostró como prueba el certificado de bautismo de la Parroquia Nuestra señora del Rosario, en Macachín, donde figura el nombre del militar y fotos donde aparece su parentela.

Elena, secuestrada en plena gestación, despojada de su marido por los represores del Vesubio en un falso enfrentamiento, violada en medio de su embarazo, sometida sexualmente, es presionada mientras dependía aún de los militares para bautizar a su bebé. El padrino impuesto, un buen ¿católico?, es responsable de la tortura a Elena mientras el niño por cuya protección celestial ahora se preocupaba estaba en el vientre de su madre. La misma Elena es la que revela que, una vez fuera del campo, es sometida a una rutina de libertad vigilada, que incluía la obligación de tener relaciones con Durán Sáenz primero, luego con su hermano, un civil, durante un viaje de Delta a los Estados Unidos, y por último con el entonces coronel Franco Luque.

Después de El Vesubio, Elena vivió en casa de una tía en la ciudad de La Plata con su hijo. Durán Sáenz la visitaba, y ella estaba obligada a llamarlo por teléfono al regimiento 7. Delta viajó a los Estados Unidos a fines del 78 y dejó en su reemplazo a su hermano, un civil que había visitado el campo de concentración. Esas Navidades, Elena viajó desde La Plata a La Pampa, a su

pueblo. Llegó agotada por el viaje, y estaba descansando, cuando irrumpieron en su casa tres hombres uniformados. Eran miembros del Primer Cuerpo de Ejército, desplazado a Santa Rosa por el conflicto del Beagle con Chile. Se trata del Indio Luque, de su hijo y su sobrino. Le comunicaron que pasarían Navidades allí. El ambiente hogareño era mucho más amable que el del cuartel y las tiendas de campaña de modo que Elena tuvo que soportar que se aparecieran para quedarse sin invitación.

La declaración de Elena fue valiente. Sabía a lo que se exponía, pero tenía ya allí por 1985 la claridad de su condición irrenunciable de víctima. La convicción de que no había tenido otra salida para salvar su vida y la de su hijo que someterse a la tortura continua del contacto con los miembros de El Vesubio. Las preguntas de los defensores de los ex comandantes en el juicio a las Juntas a Elena fueron un verdadero asedio. Por más que la actitud del presidente del tribunal, Valerga Aráoz, fue la de bloquear constantemente las intenciones de los abogados de indagar en supuestas contradicciones, pidiéndole a la testigo precisiones que no podía dar, la sola enunciación de los requerimientos constituía una acusación. O mejor dicho, una sucesión de acusaciones.

Dr. Rosales: Señor presidente, para que se le pregunte a la testigo si mantuvo relaciones íntimas con el teniente coronel Luque...

Dr. Valerga Aráoz: Es absolutamente impropio esa pregunta.

Dr. Rosales: Para que se le pregunte a la testigo si vivió con el teniente...

Dr. Valerga Aráoz: Es absolutamente impropio esa pregunta, doctor.

Este pasaje es probablemente el más brutal de todo el interrogatorio al que Elena fue sometida, buscando trocar la violenta situación de sometimiento sexual de la secuestrada por una relación consentida, de convivencia.

Los abogados quisieron saber en qué circunstancias había sido Elena liberada, quién la había acompañado a La Pampa, cuántas veces los represores habían dormido en casa de sus padres, si se había encontrado con Luque para ir a visitar a su hermano que estaba haciendo la conscripción, si habían pasado la noche allí, si era en Otamendi o en Campana, si era ella la que le había pedido a Luque que la llevara. Insistieron incluso en que especificara si era invierno o verano.

La testigo, agotada por su extensísima declaración, que se daba en presencia de una cohorte de letrados bien preparados para desestabilizarla y los nueve comandantes en jefe de las tres juntas militares entre los que estaban Videla, Massera y Agosti, resistió exhausta. Fue bienintencionado Valerga Aráoz, el presidente, cuando intentó que relatar que había sido obligada a trabajar en la empresa de una familia que tenía un integrante desaparecido. La pregunta, sin embargo —«¿Fue usted obligada a mantener relaciones con determinadas personas?»— fue interpretada por Elena en ese contexto como un nuevo intento de indagar sobre los abusos sexuales a los que había sido sometida.

En realidad, el presidente del tribunal quería que Elena relatar cómo fue obligada a trabajar en el comercio de la familia platense Montequin, que ante la desaparición de su hijo Mariano estaba siendo extorsionada. Diana, una hermana de Mariano, un rugbier del La Plata Rugby Club, que también estuvo detenida y tiene a su marido desaparecido, recuerda en su testimonio que sus padres le habían contado que Elena estaba trabajando allí por

exigencia de Durán Sáenz, y que «la llevaban y la pasaban a buscar». Es decir, que Elena no gozaba ni siquiera de libertad ambulatoria. Que a su papá lo habían obligado a poner en su negocio un afiche que decía «Yo apoyo al Ejército Argentino» o algo así. Que su madre le había ofrecido a Elena ayudarla a escaparse y que Elena le había dicho que le era imposible porque tenían a su hijo como reaseguro. «Que la tenían sometida en todo aspecto, inclusive sexualmente».

Contra lo que intentaban demostrar las defensas de los ex comandantes, Elena no tenía garantizada su vida ni había gozado de una situación real de privilegio dentro de El Vesubio. Es más, estaba sentenciada a muerte. Sus captores la sometieron a una brutal situación extorsiva.

El grupo que secuestró a Elena y a su marido, el cordobés Luis Fabbri, pertenecía al GT4, de la Fuerza Aérea, con sede en Córdoba. Fue ese grupo el que se llevó a Luis el día en que Elena lo vio por última vez. Martha Brea, la psicóloga que oficiaba en ese momento de mucama en la jefatura, le contó que había sido testigo de una conversación telefónica de Delta que a Elena le heló la sangre. Según lo escuchado por Martha, Durán Sáenz tuvo una discusión acerca del destino de Elena con sus captores de Fuerza Aérea, que reclamaban que se la eliminara antes de dar a luz. «Esta está embarazada, ¿ustedes cómo la consideran?» Sus interlocutores planteaban la necesidad de matarla aunque no tuviera mayores responsabilidades dentro de la actividad militante, ya que hacía un mes que estaba allí. «Es testigo, incluso lo ha visto a él. Ahora hay que matarla, la orden es la de matarlos a todos».

Durán Sáenz dice: «Déjenmela a mí, esperen a que tenga el hijo. Después la mato yo».

Elena conoce su sentencia de muerte por boca de una espantada Martha, y luego por los mismos Durán Sáenz y Luque, que cuando es puesta en el exterior del campo en situación de libertad vigilada le advierten: «Tenés la libertad, pero estás absolutamente a nuestra disposición, tenés que responder a nosotros si te movés, si viajás, hagas lo que hagas tenés que pedirnos autorización. Dependés totalmente de nosotros.»

Que Elena sobreviviera y que su hijo Luis creciera junto a ella se produjo de manera fortuita.

En octubre de 1977, cuando su embarazo llegaba ya a término, en El Vesubio se registraron movimientos que preanunciaban la visita de un jefe. Los ajetreos, la limpieza y el nerviosismo hacían notar que alguien importante iba a ser recibido. Se trataba del general Suárez Mason. Los guardias le dijeron: «Bueno piba, si te salvás, te salvás ahora, porque llega el patrón». Suárez Mason era entonces la máxima autoridad de los centros clandestinos de detención de la zona.

La llevaron a una cocina improvisada en la jefatura, desde donde detrás de unos tabiques de aglomerado, podía escuchar las voces de los represores. Leyerón una lista de nombres hasta que llegaron al suyo. Suarez Máson pidió que la llevaran a su presencia, y lo hicieron de inmediato. «Ni hace falta que la traigan tabicada, ¡quiero verle la cara!», dijo.

Elena era consciente de que su vida y el futuro de su hijo dependían de lo que sucediera en esa entrevista.

—Decime, ¿tus padres saben de tu estado? —le preguntó, fingiendo un tono paternal.

—Sí, señor, están enterados —dijo Elena.

—¿Estarías de acuerdo en dejar tu hijo en manos de una buena familia de militares?

Elena se estremeció. Echó mano a toda su formación en manos de las monjas del colegio allá en La Pampa y tuvo la lucidez de decir con firmeza:

—No, señor, yo fui educada en el colegio de María Auxiliadora, y me han enseñado que cada uno que tenga una cruz tiene que llevarla.

Suarez Máson la miró fijo, giró y dio la orden: «Inmediata libertad».

Elena sintió que el corazón se le salía del pecho. Pocos días después, Elena recibió la orden de que preparara su ropa. La subieron a un Peugeot, uno de los autos del chupadero. Antes, su padre había sido notificado y uno de los hombres de El Vesubio y dos efectivos del servicio penitenciario habían ido a buscarlo a su pueblo en La Pampa. Con él se encontró luego del viaje en la esquina de San Juan y avenida La Plata. Según Elena, no hubieran podido dejarla en la calle, ya que iba a «tener familia en la vereda» y generar un verdadero escándalo público. Hasta esa esquina, a entregarla a su padre, la había llevado el Indio, el coronel Luque. Nunca se le hubiera ocurrido refugiarse en el departamento de Boedo de donde había sido secuestrada. Esa propiedad no había podido escriturarse nunca por la ausencia forzada de Elena y su marido y además, ella estaba convencida de que la gente de la Fuerza Aérea de Córdoba y de Benjamín Menéndez podían secuestrarla otra vez si sabían que estaba con vida.

Así se lo dejaron en claro una vez más Luque y Durán Sáenz. Incluso cuando Elena quiso contactar a la familia de Luis Fabbri, la familia de su hijo, se lo negaron alegando que mientras el general Benjamín Menéndez, jefe de la represión en Córdoba y responsable de su detención ilegal había ordenado que la mataran, Suárez Mason había desobedecido y le había dado la libertad. Y que ella, viva, era la prueba de que no se había cumplido una orden, una orden de muy alto grado. Era un argumento que no se podía discutir, que aseguraba la sumisión más extrema. El terror que esto generaba en Elena hacía que se aviniera a todas las exigencias, aun a las más aberrantes.

Se sabía vigilada. Los primeros tiempos vivió con una tía en la ciudad de La Plata. Allí fue que trabajó, de junio a septiembre del 78, para los Montequin. Estaba vigilada por los militares, pero también por sus padres. Durán Sáenz recibió una vez a su madre. La mujer le había pedido: «Si esta se mete en algo, reviéntela». Según Elena, sus padres siempre «adhirieron a los valores de la dictadura y apoyaron la política económica de Martínez de Hoz». Su padre, ex diputado y subsecretario de gobierno, declaró como testigo a favor de los ex comandantes en jefe en el juicio a las Juntas, y dos cartas personales que le envió al coronel Luque constituyeron un as de espadas que sacaron de la manga los defensores. Las proveyó el defensor del ex dictador Roberto Viola, José María Orgeira. Elena tuvo que reconocer la firma y la letra de su padres, antes de que el secretario del Tribunal, Juan Carlos López, las leyera en voz alta, después de que el fiscal Julio César Strassera intentara evitarlo con argumentos jurídicos. Fue en vano.

Las cartas tenían un tono amable, aunque formal. En la primera los padres de Elena aseguraban a Luque que si bien ella y su hijito se habían ido del país hacía diez días para radicarse en Europa, se trataba de un viaje para

«probar fortuna» como técnica anestesista, carrera que había completado en La Plata. «Aparentemente, no existe ninguna connotación política en este viaje, ya que sus amistades de aquí y de Europa no tienen nada que ver con esa actividad, por lo que esperamos que no se busque complicaciones», dicen los Alfaro, que le prometen a Luque visitarlo en Formosa.

La segunda carta merece ser reproducida textualmente y se refiere a una entrevista que Elena había dado al diario *La Voz*:

Estimado amigo:

Después de un tiempo que no tengo noticias tuyas siento necesidad de comunicarme con Ud. para comentarle un artículo periodístico que salió en *La Voz* de Buenos Aires, el 7 de mayo próximo pasado, y cuya protagonista es mi hija Elena.

A pesar del tiempo transcurrido desde que Ud. me la entregó sana y salva, no puedo olvidar todo lo que hizo por ella, hasta el punto que fue elegido por Elena para que sea el padrino de su hijo Luis Felipe.

¿Fue Luque libremente «elegido» por Elena como padrino de su hijo?
¿Tenía otra opción una Elena con una amenaza doble de muerte, la de sus «libertadores» Durán Sáenz y Luque y la de las fuerzas represivas cordobesas que según aquellos dos la perseguirían porque estaba viva producto de la desobediencia de un alto jefe? Elena estuvo a punto de ser una más de las embarazadas que después de dar a luz eran asesinadas y sus bebés entregados, como le dijo frontalmente Suárez Mason, a una familia de militares. ¿Podía resistirse a la imposición de un bautismo con padrino incluido en esas condiciones?

Alfaro padre continúa escribiendo. Es posible que su hija haya querido dispensarle el dolor de conocer las torturas y violaciones a las que había sido sometida por Durán Sáenz y Luque, con quien toda la familia era obligada a interactuar ante el período de libertad vigilada. ¿Cómo hubiera reaccionado Alfaro al saber que era Durán Sáenz el que había violado a su hija con su nieto en el vientre?

«Me llenan de espanto las declaraciones vertidas por ella, al menos eso supongo, ya que lo involucran a usted y al teniente coronel Durán Sáenz, en malos tratos y otras atrocidades que mejor no entrar en detalles». Tomás Alfaro ni siquiera se atreve a repetirlas. «Nunca nos dijo a nosotros que la habían maltratado». Esto nos introduce en otra cuestión. ¿Había voluntad de escuchar la verdad en las familias que recibían a sus hijos después de haber pasado por la desaparición forzosa? ¿Había espacio para relatos de torturas, vejaciones, ejecuciones? Varios años después de su liberación, la madre de una ex desaparecida, viendo por televisión un reportaje sobre aquellos años, le dijo sorprendida: «¡Pero nunca me dijiste que te habían torturado!» La capacidad de escucha era nula, los familiares muchas veces elegían «bajar la persiana» para evitarse el saber qué «atrocidades» habían sufrido sus hijos y en los casos similares al de Elena en los que los familiares eran obligados a mantener contacto con los victimarios, continuar ignorando la barbarie de la que esos hombres eran capaces. Para evitar, como dice Alfaro padre,

«llenarse de espanto».

Es verdad, es probable que Elena nunca haya transmitido a sus padres lo que decía en el diario. «Precisamente ahora que hemos recuperado la democracia junto con la República, es lamentable que se usen los medios de comunicación masivos para difundir noticias que sólo sirven para sembrar dudas y enfrentamientos entre hermanos». Alfaro padre habla en su carta al represor de «democracia» y «república». ¿Conocía la verdadera naturaleza del destinatario de su carta? ¿Sabía a qué tipo de servidumbre había sometido a su hija?

Elena ya tiene la respuesta. Nunca volvió a tener contacto con sus padres.

Pedro Alberto Durán Sáenz esquivó a la Justicia hasta el final. En 1984 fue nombrado agregado militar en la embajada argentina en México. Había sido promovido al grado de coronel ya en democracia, durante el gobierno de Raúl Alfonsín. Elena lo denunció y fue separado de ese cargo. Sin embargo, luego trabajó como asesor de la Secretaría de Producción del municipio de General Alvear, en la provincia de Buenos Aires. En el 2001 fue citado por el tribunal del Juicio de la Verdad, en La Plata, y guardó silencio cuando se le leyeron las declaraciones de Ana María Di Salvo y de Elena. A pesar de los testimonios, que ponían en evidencia su responsabilidad en secuestros, asesinatos y torturas, por las características del proceso que sólo tenía como objetivo la reconstrucción de los hechos, y la vigencia de las leyes de perdón, pudo levantarse del banquillo para irse a su casa. En el 2010, ya sin vigencia la impunidad, cuando Elena, que declaraba desde París, lo vio en la pantalla, le apuntó, con desprecio: «No te escondas detrás de otro represor». Con las secuelas psicológicas y físicas de la tortura y el cautiverio a cuestas —sufrió varias operaciones en un brazo—, Elena Alfaro no tuvo la satisfacción de verlo cumplir condena. Durán Sáenz, Delta, el violador, el que mantenía en servidumbre sexual a las desaparecidas en El Vesubio murió antes de la finalización del juicio, en junio del 2011, de una afección respiratoria. El Tribunal Oral en lo Federal 4 integrado por los jueces Leopoldo Oscar Bruglia, Jorge Luciano Gorini y Pablo Bertuzzi recibió la historia clínica de Durán Sáenz que da cuenta de que el represor padecía EPOC (enfermedad pulmonar obstructiva crónica), insuficiencia coronaria y un tumor maligno.

Paradójicamente, Durán Sáenz murió gozando del «principio de inocencia» ya que, en esta causa, aún no había escuchado la sentencia del Tribunal que debió declarar «extinguida la acción por fallecimiento» y dictar el consecuente sobreseimiento del ex militar para quien el fiscal Félix Crous había pedido condena a prisión perpetua.

Desde París, Elena envía un correo electrónico donde recuerda que el 20 de junio del 2012 se cumplieron treinta y cinco años. ¿De su secuestro? ¿De su liberación? No. En esa fecha, en 1977, Durán Sáenz la sacó del chupadero en un auto para violarla en el Regimiento de La Tablada y dejarla allí, atada, desnuda, con su vientre de cuatro meses de embarazo...

Elena se indigna cuando alguien dice que ella «tuvo relaciones sexuales» con sus captores. Acentúa la necesidad de usar las palabras con propiedad. «Esa frase es una aberración. La manera de expresarse en este tema cuenta mucho», advierte. «Tener sexo con alguien implica consentimiento.»

«Haber sido abusada, en cambio, en el contexto del terrorismo de Estado es un crimen contra la humanidad».

El clamor de Elena fue escuchado. En la sentencia de la causa Vesubio 1, el tribunal aceptó que los delitos sexuales denunciados constituyen crímenes de lesa humanidad y ordenó que fueran investigados.

Dijo: «Entendemos que estos delitos denunciados no corresponde considerarlos incluidos dentro de las agravantes de las privaciones ilegítimas de la libertad que fueran traídas a juicio, adquiriendo por su relevancia y gravedad autonomía propia, con conexión directa con los *delitos de lesa humanidad* aquí juzgados. Corresponde, en consecuencia, hacer lugar a lo solicitado por las querellas y, en consecuencia, extraer testimonios de la presente sentencia y del acta de debate para su posterior remisión al Juzgado Nacional en lo Criminal y Correccional Federal Nro. 3, Secretaría Nro. 6 a efectos de que *se investiguen las violaciones y otros graves delitos de abuso sexual* que —de acuerdo a lo manifestado por distintos testigos durante la audiencia de debate— tuvieron como víctimas a Elena Isabel Alfaro, Graciela Moreno, Irma Beatriz Márquez Sayago, Alicia Ramona Endolz y Alejandra Naftal».

Los jueces lo hicieron después de escuchar a Elena. «Felicito a las mujeres sobrevivientes que tuvieron el coraje de seguir contando que fuimos violadas», había dicho cuando declaró en el juicio, casi en un grito. «Y que lo digan con toda la boca, sin vergüenza», continuó sin poder controlar su llanto, «que fuimos víctimas y nos vamos a aliar para que esto sea considerado crimen contra la humanidad».

TRES

La Cueva: Marta, la señoradel doctor

En un barrio descampado de Mar del Plata, a pocos metros de un arroyo, una viuda joven construye con sus manos la casa de ladrillos y madera con techo a dos aguas donde vive con sus hijos. La habitación de uno de ellos, en el primer piso, necesita luz. Ella es psicóloga, pero la necesidad la empuja a hacer de constructora y arquitecta. Consulta con algunos amigos la conveniencia de colocar un ojo de buey sobre una de las paredes. Y se decide. Pero cuando el pico perfora el ladrillo, Marta, que así se llama, queda petrificada. Ante sus ojos se levanta la imagen tenebrosa de la torre del viejo radar de la base aérea, el lugar donde mataron a su marido, el sitio donde pasó los tres peores meses de su vida.

Marta creyó que era una alucinación. No había advertido cuando compró el terreno en El Grosellar que estaba tan cerca del centro clandestino de detención La Cueva. Es que siempre llegaba desde la costa, y la antigua torre sólo se le aparecía cuando salía de la ciudad por la ruta 2, sobre la derecha.

Muchos años más tarde, sentada en el living de su casa, que parece una cabaña de cuentos, rodeada de un jardín con frutales y flores algo dañadas por las heladas recientes, con tapices y tallas con imágenes de mujeres, ella recuerda. Vigila también un puchero humeante en la cocina y le sirve un plato a su nieto, el hijo de Juan Marco, el varón que pretendió proteger guardando silencio sobre lo peor de su historia durante muchos años. Paradójicamente, ahora Juan Marco, periodista, hace informes especiales sobre los juicios por crímenes de lesa humanidad para Nizkor, una agencia especializada, incluyendo por supuesto aquellos donde su madre declara acusando, entera, a sus victimarios.

Antes de que llegara el terror, Mar del Plata había sido verdaderamente para Marta la Ciudad Feliz. Había crecido allí, en una familia formada por un padre anarquista y sastre, actor vocacional y una madre algo monárquica y muy católica, pero enamorada. El amor hizo que él, ateo, tolerara que los hijos fueran bautizados y que el varón fuera a un colegio de curas. Marta era la niña de los ojos claros de su padre, que la llevaba a la Biblioteca Juventud Moderna, un enclave libertario donde ella, ya adolescente, llegó a ser la primera mujer miembro de la Comisión Directiva. En los veranos trabajaba de bibliotecaria, y así abrevó en Proudhon, Bakunin y Kropotkin.

Sus recuerdos de infancia con su padre incluyen haber sido pequeña testigo de impresiones clandestinas de volantes, con la luz apagada, iluminada por las velas, con un mimeógrafo que luego fue enterrado en los fondos de su casa. También compartió volantes en la recova del Hotel Provincial, a la vera del mar. Las andanzas de Marta con su papá eran un secreto entre los dos. Una vez, cuando llegó la policía a una reunión del grupo anarquista, él le dijo «¿Vamos a correr y a saltar?» y se la llevó jugando, por los fondos. Le hizo prometer, por supuesto, que no le contaría nada a su madre, para no preocuparla. Los ojos celestes y los rulos rubios de

su padre, con una chalina al cuello, saludan a Marta desde un retrato cada vez que entra a su dormitorio hoy, al lado de una fotografía del día en que ella declaró en el juicio a las Juntas, en 1985.

Resultó lógico que Marta se convirtiera a los quince años en la presidenta del centro de estudiantes del Colegio Normal donde se hablaba no solamente de conquistas estudiantiles sino del amor libre. Cuando se fue a estudiar a La Plata, conoció de lejos a Jorge Candeloro. Pero sólo de lejos, por prejuicios ideológicos. Marta era anarquista y él, que venía de una familia radical, formaba parte del grupo del Partido Comunista que luego se pasó al maoísmo para formar el Partido Comunista Revolucionario. Se lo encontraba en las asambleas, a las que iba cuando le quedaba tiempo entre los cursos y las suplencias como maestra en escuelas de la zona. Ya de vuelta en Mar del Plata, unos amigos los presentaron. Salieron ocho meses, y decidieron casarse. Su padre lo aprobó. «Es marxista, pero es un buen muchacho», decía. A Marta le gusta pensar que la relación entre ella y su marido se parecía a la de sus padres. Pensaban distinto, pero hablaban todo el tiempo. Jorge tenía una sólida formación teórica, e intereses amplios. En la casa se leía literatura, se hablaba de arte y se discutía a Yrigoyen y a Antonio Gramsci. Él se convirtió pronto en el secretario político del PCR.

Antes de terminar la facultad, Jorge había viajado a Mar del Plata para tener una charla franca con Norberto Centeno, abogado de la CGT. «Quiero hacer laboral», le dijo. «Recibite y volvé», le había dicho Centeno. Jorge demostró ser tan capaz y tener tanto empuje que, al poco tiempo, lo convirtió en su socio.

Jorge amaba su profesión. Marta recuerda un estudio que hizo sobre la silicosis, una enfermedad que afectaba a los obreros de las canteras de Loma Negra. Y el día en que ganó un millonario juicio laboral a la Coca-Cola, y ella lo acompañó a cobrar el dinero que le dieron para los 250 trabajadores que representaba, todo junto en una valija.

Centeno y Jorge no estaban de acuerdo políticamente, y discutían a menudo. Por eso, Jorge terminó yéndose del estudio y abriendo su propio bufete.

Marta García fue detenida en Neuquén en junio de 1977. Llevaba dos años viviendo en esa ciudad con Jorge. La violencia desatada por la Concentración Nacional Universitaria, CNU, en Mar del Plata los había empujado a tomar la decisión. La CNU había nacido como una organización peronista de ultraderecha, que en realidad era una fuerza de choque. En el seno de la Universidad Católica, el profesor Bernardino Montejano era el mentor ideológico de un grupo de jóvenes de la Facultad de Derecho que asistían a sus charlas. Leían a Nietzsche y a Jean Larteguy y odiaban a los judíos y a los cristianos progresistas, además de los marxistas. Entraron a la universidad en 1971 para disolver una asamblea, y terminaron asesinando de un tiro en la frente a la estudiante Silvia Filler. Con la llegada del camporismo al gobierno en 1973, en la Universidad Provincial predominaron los docentes que adherían a la tendencia revolucionaria de la Juventud Peronista, simpatizante de Montoneros. Y en la Universidad Católica, asumió el rectorado un abogado defensor de presos políticos, Hugo Amílcar Grimberg.

La idea de que las dos universidades, la Católica y la Provincial, debían

fusionarse desencadenó una era de luchas por el dominio de la nueva casa de estudios. Con el desplazamiento de Oscar Bidegain de la gobernación y la asunción del peronista de derecha Victorio Calabró, la Universidad Provincial fue avasallada. «Es una cueva de subversivos», decían. Los docentes progresistas fueron desplazados, y los alumnos con más compromiso político empezaron a ser señalados y perseguidos.

Siendo abogado de sindicatos, de listas gremiales de izquierda y de presos políticos y de guerrilleros, Jorge era un objetivo para la derecha. Primero entraron en la casa de los Caneloro y pintaron en las paredes: «Te vamos a matar. CNU». En 1974, otra vez, Jorge y Marta recibieron un anónimo con una amenaza de muerte. En noviembre de ese año, el estudio de Jorge fue allanado ilegalmente. Después del asesinato de un conspicuo abogado y miembro de la CNU, Ernesto Piantoni, el 22 de marzo de 1975, los juramentos de venganza hechos frente a su ataúd se concretaron en cinco ejecuciones. En los operativos participaron cuadros llegados de La Plata y de Buenos Aires. A Jorge lo fueron a buscar a la casa de sus padres, donde la pareja había vivido un tiempo luego de casarse. Por todo eso decidieron dejar Mar del Plata.

Las cuentas pendientes con Jorge eran muchas, pero una irritaba especialmente a la derecha violenta. Había representado a algunos de los heridos en el juicio contra los asesinos de Silvia Filler, y conseguido que dieciséis integrantes de la CNU fueran condenados. Era un blanco móvil. En el 74, la organización terrorista ya se había convertido en el brazo armado del Estado para la represión ilegal en colaboración con la Policía Bonaerense. Hacía listas. Era un instrumento mortífero.

Neuquén parecía en ese entonces un buen destino para el exilio interior. Había allí emigrados de todo el país, y se presentaba como un refugio seguro para una familia con hijos pequeños. De hecho, Caneloro, dedicado al derecho laboral, después de trabajar un tiempo en un hospital, desarrolló en pocos meses una clientela nutrida. Por eso a Marta no le extrañó cuando un día en junio de 1977, al salir del estudio con su pequeña hija, a la que había ido a buscar al jardín de infantes, notó que un grupo numeroso de personas entraba a las oficinas. Pero desde el auto, cuando estaba por partir, vio que se llevaban a Jorge esposado y escuchó que gritaba: «¡Marta, me secuestran!» Les gritó que lo dejaran y recibió como respuesta «es por averiguación de antecedentes, estamos en la Policía Federal». De allí fue con una amiga a buscar a su hijo varón que había quedado en su casa, con una mujer que lo cuidaba. Ya de lejos, distinguió a dos de las personas que se habían llevado a Jorge.

La dejaron entrar, y lo que vio fue un desastre. Habían revuelto y destruido todo. Su hijito lloraba. Le pusieron una Itaka en la cabeza y le dijeron: «Lo calla usted o lo callamos nosotros». Fueron cuatro horas en las que robaron todo lo que pudieron. Cuando ya se iban en una camioneta, un oficial le dijo que debía acompañarlos. Marta quiso saber qué pasaría, porque debía asegurarse de que sus hijos quedaran al cuidado de alguien. Le dijeron que sólo demoraría una hora en volver. Ya en la sede de la Policía Federal le tomaron las huellas digitales y la llevaron a un sótano, donde tenían a su marido.

Su amiga avisó a sus familiares, y estos pidieron que interviniera el

obispo Jaime de Nevares. Fue gracias a él que pudieron entregar y recibir ropa y otros objetos. En el bolsillo de una de las ropas, el padre de Jorge — que había sido apresado el 24 de marzo del 76, en Mar del Plata, y liberado cuando se percataron de que lo habían confundido con su hijo— encontró el certificado de detención de la Policía Federal. Gracias a eso pudo hacer denuncias a nivel nacional e internacional.

En la sede neuquina de la Federal golpearon a Jorge para que entregara los papeles de su auto y los datos de su cuenta del Banco Nacional de la provincia. Cuando Marta recuperó la libertad, seis meses más tarde, advirtió que la cuenta había sido vaciada.

«¡Cómo puede ser, usted sabía bien que mi marido y yo estábamos detenidos!», recriminó cuando fue a buscar sus únicos ahorros. «Lo sé, señora, pero no me comprometa», le dijo el gerente en voz queda, bajando la cabeza y desviando la mirada.

En la casa de los Caneloro también hubo un verdadero saqueo. Un grupo de represores se quedó allí, destrozó bibliotecas y muebles (e incluso jugó al tiro al blanco).

Marta estuvo ocho días detenida en Neuquén con Jorge. Escuchó que sus captores varias veces se comunicaban por radio a Mar del Plata, y consultaban por el destino de ella y su marido. Después, fue trasladada al aeropuerto.

Le cubrieron los ojos con una toalla y la alzaron para colocarla dentro de lo que le pareció un avión sin asientos. Ella y Jorge viajaron sentados en el suelo. Cada uno percibía la presencia del otro. El trayecto fue largo, hacia Bahía Blanca. «Si te movés, te tiramos», le decían. Entraron con el avión en un hangar. Era solamente una escala para un viaje macabro. Al bajar, los colocaron juntos en el baúl de un auto. Marta reconoció el pantalón de corderoy de Jorge y sólo por eso supo que iba con él. «Jorge, voy a viajar con vos», le susurró. Pasaron la noche en lo que después supo era La Escuelita, el centro clandestino de detención de Bahía Blanca. Le pareció que quedaba en medio del campo. En un momento, le quitaron la toalla de los ojos y se la cambiaron por una venda con desinfectante. Al día siguiente, la encerraron con Jorge en un coche. Él le contó que había pasado la noche a la intemperie, en un chiquero, sin camisa, con temperatura bajo cero. Luego, los subieron a un avión más grande. Dejaron de llamarla «señora» para referirse a ella como «Mar del Plata», el nombre de su destino. Había otra pareja a la que identificaban como «Buenos Aires». Se trataba, evidentemente, de una nave correo, que repartía su carga humana en distintos puntos a lo largo de una ruta cuidadosamente planeada. Una chica que compartía el traslado con ellos le contó a su novio que la habían violado. Los pilotos estaban tensos y alerta.

La llegada a Mar del Plata fue un anticipo de lo que le sucedería. La bajaron del avión entre dos. Había un gran alboroto en el lugar. «Fijate cómo miran esos colimbas», escuchó decir.

«¿Así que vos sos psicóloga? ¡Putá, como todas las psicólogas! ¡Acá vas a saber lo que es bueno!», escuchó. Y allí mismo sintió una trompada brutal en el estómago. Marta perdió el conocimiento. Estaba debilitada por la mala y poca comida y algo deshidratada. La colocaron una vez más en el baúl de un auto. Esta vez el trayecto fue muy corto.

Llegaron a La Cueva, un centro clandestino de detención que funcionaba en una estación de radar ya en desuso en la base aérea de Mar del Plata. Bajo un montículo de césped, como una herida en el terreno, se veía una puerta. Detrás de ella, una escalera de granito. Una vez que un secuestrado entraba allí, se lo tragaba la tierra. Literalmente.

Les colocaron a los dos una capucha oscura con un número identificatorio. A Jorge lo torturaron mucho y varias veces. A ella, la desnudaban y le aplicaban la picana, además de intentar asfixiarla usando una bolsa de nylon. Le preguntaban sobre las actividades de su marido, sobre los sindicatos a los que atendía como abogado y también sobre su ex socio, Norberto Centeno. Aparentemente, no estaban interesados en su propia actividad aunque Marta había tenido como pacientes a varios alumnos de la universidad que se habían unido a organizaciones armadas y habían tenido que pasar a la clandestinidad.

Pero si bien sus torturadores no se mostraban preocupados por su militancia, había uno que le resultaba especialmente temible. Tenía una voz gruesa y profunda, y le decían Charles o Charlie. Cuando pudo verle la cara, se dio cuenta de que tenía un notable parecido con el actor Charles Bronson. También lo llamaban Sapo, por cierta característica rugosa y repugnante de su piel. Un día, Charles la llevó a limpiar la mesa a la que ataban a los torturados para picanearlos. Con un balde y un trapo, con la capucha semilevantada, Marta quitó restos de sangre y de excrementos de la superficie bajo la mirada del verdugo. Pensó que podrían ser de Jorge... Se estremeció. Pero Charles no le dio tiempo a conmoverse. La empujó sobre un camastro que había en la habitación y la violó. ¿Cómo gritar? ¿Ante quién quejarse? ¿Cuándo llorar? Marta se mordió los labios mientras el monstruo la penetraba. Lo soportó en silencio, mientras sentía cómo el metal del elástico de la cama se le incrustaba en la carne.

No fue la única vez. Tampoco fue Marta la única víctima de ese suboficial de la Fuerza Aérea que se llamaba Gregorio Molina. Usaba un anillo cuadrado, de sello, con sus iniciales, y golpeaba a Marta con el borde en el brazo, como anticipándole que había llegado el turno de otro sometimiento. Sólo una vez, ella quebró el silencio para preguntarle: «¿Por qué?» Así, con esas dos palabras. «Porque vos sos una señora y afuera no me darías pelota», le contestó el violador.

Marta era la mujer de un abogado, además de universitaria. El día de su caída vestía un tapadito con cuello de piel, botas de cuero y una cartera. Una dama de aspecto distinguido en un entorno aberrante, un objeto para el resentimiento de clase de un suboficial como Molina.

En La Cueva, las mujeres eran precisamente el botín de los suboficiales. La recompensa por exponerse y delinquir, por ensuciarse las manos por un sueldo magro. Para ellos, los cuerpos de las mujeres de los vencidos. Los oficiales, en cambio, se ocupaban de quedarse con los bienes materiales.

Molina solía entrar al pasillo gritando: «¿Adónde están los Ángeles de Charlie?», en tono incomprensiblemente jocoso, aludiendo a una serie de televisión de éxito de aquella época que relataba las andanzas de tres mujeres detectives y su jefe, que les encargaba misiones sin mostrar su rostro jamás.

Marta no puede asegurar que en alguna de las violaciones Jorge no estuviera presente, con la capucha puesta, escuchando el ominoso silencio

quebrado por la respiración de la bestia.

«No te preocupes, que no vas a quedar embarazada, porque acá a las mujeres se les retira la menstruación con la parrilla», le dijo Molina.

No era verdad en todos los casos. Cuando llevaban a las secuestradas a ducharse, en fila, con agua fría y la capucha puesta, las mujeres que tenían el período mostraban las piernas manchadas por el flujo. Los guardias, mientras avanzaban, las golpeaban con palos: «Parecen perras, mirá cómo chorrean», decían. Sólo las dejaban lavarse la bombacha y volver a ponérsela, totalmente mojada.

Gregorio Rafael Molina había nacido en La Rioja el 2 de abril de 1944. A los 14 años, se trasladó a Córdoba para entrar en la Fuerza Aérea. Su foja de servicios está jalonada de sanciones relacionadas con su afición por el alcohol. Para sus superiores, era poco confiable. Lo sancionaban con frecuencia por olvidarse de sus obligaciones. Pero su vicio, que lo hacía violento e incontrolable, lo convirtió en una pieza fundamental para la represión ilegal. En 1975, ya revistaba en el área de inteligencia. A mediados de ese año, ya en la Base Aérea de Mar del Plata, adonde había llegado el año anterior, había recibido a un grupo de trabajadores de minas y canteras detenidos ilegalmente. Y después de marzo del 76 fue designado a «Carga Aérea», es decir al traslado de secuestrados de una ciudad a otra.

En La Cueva, las sesiones de tortura a Jorge se sucedían, día tras día, una después de otra, pero Marta recuerda una en especial. Fue la del 28 de junio. Se llevaron a Jorge para picarlo. Sus gritos era desgarradores. De pronto, dejó de oírlo y sintió claramente cómo arrastraban su cuerpo y este golpeaba pesadamente contra la puerta de su celda. «Ahora nos llevamos a tu marido, después te vamos a llevar a vos, así que más vale que te acuerdes de lo que sabés», le dijeron.

Marta no sabe por qué, pero en ese momento tuvo una ensoñación. Vio que se llevaban a Jorge por el pasillo de un viejo hospital en una camilla, que en los ventanales flameaban cortinas de voile blanco, que había mucha luz y que él se estaba recuperando. Inmediatamente, tuvo la convicción de que no tenía que decir que sabía que su marido estaba muerto. Tiempo después, cuando ya estaba en la comisaría cuarta de Mar del Plata, un policía le preguntó si sabía dónde estaba Jorge. «No sé... estará en algún hospital», respondió.

Al día siguiente de la muerte de Jorge, volvieron a torturarla. Esa vez las preguntas estuvieron referidas a gente de la Universidad. Marta está convencida de que había allí alguien de la CNU. Su contestación fue siempre la misma: «No conozco, no conozco».

Los días transcurrieron, y Marta comenzó a conocer la rutina del lugar. La llegada de nuevos secuestrados era incesante. También los gritos de la sala de torturas, que se silenciaban sábados y domingos. Eran los días de franco, y los miembros de la patota no aplicaban tormentos.

Como el espacio era limitado, cuando traían nuevas víctimas, reunían a varias personas en la misma celda. Así fue como Marta pudo hablar con Mercedes Lohn, una mujer muy humilde, de su misma edad, habitante del barrio Belgrano. Mercedes era empleada doméstica y había trabajado para María del Carmen «Coca» Maggi secuestrada el 9 de mayo de 1975, probablemente como represalia a un explosivo colocado en la casa del

referente de la CNU y secretario general de la Universidad Provincial, Edgardo Cincotta. A pesar de las muchas gestiones que se hicieron para salvarla, Coca fue asesinada inmediatamente, pero su cadáver apareció semienterrado en Mar Chiquita, un día antes del golpe de Estado, el 23 de marzo de 1976, descompuesto y con las mismas ropas del día en que se la llevaron.

Mercedes le contó a Marta que distribuía material de prensa de Montoneros en su barrio. El primer contacto de las dos mujeres las unió profundamente. Había llegado un nuevo grupo de secuestrados, y Marta, como siempre, tenía terror de que volvieran a torturarla. Mercedes estaba en el suelo con ella, y la tocaba con los pies. Percibió claramente que temblaba. «No tengas miedo, no van a interrogarte otra vez», le dijo, con un tono calmo. Mercedes, según recuerda Marta, estaba reducida por Molina a una situación de total servidumbre. La obligaban, además de acostarse con él, a limpiar todos los sectores del lugar, salvo las celdas que estaban a cargo de cada uno de los prisioneros, que las aseaban con la capucha algo levantada. Una vez, Marta fue llevada a limpiar las escaleras con ella. No puede borrarse la visión de ella, de rodillas, siempre en camión, fregando los escalones. «Era muy dulce, me tranquilizaba. A veces la dejaban venir a verme». Tenía seis hijos.

Mercedes le dijo a Marta que la habían llevado tres veces a verlos. El sometimiento sexual era el precio que pagaba por mirarlos jugar de lejos, por saber que estaban bien. Marta cree que existía una cuestión de clase, cierta identificación. Molina era hijo de una madre soltera, que también se dedicaba a los quehaceres domésticos. Cuando se llevaron a Mercedes, ella pidió ver a Marta para despedirse.

—Me dicen que me van a llevar a La Plata, Marta. ¿Cómo voy a hacer para moverme, si no tengo dinero? —le preguntó.

—No te hagas problema, seguro te van a dar.

—¿Te acordás que siempre dijimos que la primera que saliera avisaba? Dame tu número para avisarles a tus hijos que estás bien.

—Bueno, ¿te lo vas a acordar?

—Sí, quedate tranquila, seguro. ¿Sabés? Estoy nerviosa, voy a volar. Como nunca antes viajé en avión, me van a dar un tranquilizante.

Fue la última vez que la vio. Marta aún no sabía nada sobre los vuelos de la muerte. Recién cuando fue a declarar ante la CONADEP supo su apellido. Sus hijos habían ido a hacer la denuncia sobre su desaparición.

Marta y Mercedes aún estaban en La Cueva cuando hubo una gran redada en la que trajeron a un gran grupo de abogados. A Marta se le confunden en la memoria los días en que fue secuestrado cada uno, pero todo sucedió entre el 6 y el 8 de julio. Cuando vio al doctor Salvador Arestín, su camisa estaba toda ensangrentada y ella fue la encargada de lavarla. Cree que fue el 6 de julio cuando Arestín se quejaba de dolor por su herida. «Vení, que te vamos a llevar con el médico», le decían los represores. En realidad, lo llevaban a una sesión de torturas. Finalmente, le cosieron las heridas, pero sin anestesia.

El mismo día secuestraron a los doctores Hugo Alais y Camilo Ricci. Entre el 7 y el 8, fue el turno del doctor Tomás Fresneda y su mujer Mercedes Argañaraz, embarazada. A Tomás lo conocía bien, de la biblioteca, donde hacía cerámica y artesanías en hierro con su hermano. También

llevaron a Carlos Bozzi y a Norberto Centeno. «Ahora los que administramos justicia somos nosotros», decían los represores. «Esta es la Noche de las Corbatas», se jactaban.

Todos los abogados sufrieron tormentos. Cuando percibió la presencia de la señora de Fresneda, Mercedes empezó a pedir desesperada que no la tocaran, que estaba embarazada. No se refería sólo a la tortura, de la que no se salvó, sino a la violación, a la que Molina sometía a todas.

La guardia empezó inexplicablemente a cantar tonadas revolucionarias, del cancionero montonero. Marta escuchó las terribles sesiones de picana que le aplicaron al ex socio de su marido, Centeno, mientras sonaban las voces de los represores. Fue testigo de la agonía de un Centeno desconcertado, que repetía en un delirio: «¿Quiénes son, quiénes son?» Un guardia le había dicho «Vení, dale agua al viejo». Marta sabía que el agua podía ser fatal después de la picana, de modo de solo le humedeció los labios e intentó tranquilizarlo, diciéndole: «Quédese tranquilo, ya vamos a salir». Centeno no resistiría otra sesión de tormentos más. Marta escuchó cuando el cuerpo de Centeno cayó como el de su marido y cómo lo arrastraban por el piso para arrojarlo contra una pared de madera. Días después, supo por la radio que usaban los integrantes de la patota que habían encontrado el cuerpo sin vida de Norberto Centeno en un camino vecinal «después de que lo secuestraran los Montoneros».

La intención de los miembros del grupo de tareas de hacerse pasar por guerrilleros se evidenció también en la liberación de Carlos Bozzi. Lo colocaron dentro del baúl de un auto a bordo del que pusieron a dos detenidos desaparecidos, identificados después como estudiantes de la ciudad de La Plata. Tirotearon el vehículo en Ruta 2 y el acceso a Santa Clara del Mar, llamaron a la prensa y fingieron que se había tratado de «un exitoso operativo de liberación de un abogado secuestrado por los Montoneros». El título catástrofe del diario *La Capital* fue el 21 de julio: «Confirmó el Ejército la liberación del doctor Bozzi y la muerte de 3 sediciosos». El mismo Bozzi estuvo convencido de la veracidad de esto durante largo tiempo.

El diario incluía el siguiente relato minucioso sobre la huida hacia el campo de uno de los «sediciosos» herido por un oficial, que alcanzó a tomarle declaración antes de morir. «Las declaraciones formuladas por el extremista herido y que en pocos minutos dejó de existir, harían renacer el optimismo en el Comando de la subzona 15 en cuanto a la prosecución de las operaciones emprendidas a partir de la desaparición de varias personas secuestradas en nuestra ciudad», decía el matutino marplatense, mostrando a las claras que la patota intentaba atribuirle las desapariciones a la guerrilla. Los guardias de La Cueva, cuando escuchaban las noticias, comentaban riéndose: «Se lo tragaron».

Charles no era el único que sometía a vejaciones a las mujeres: otro de los integrantes del grupo, conocido como El Chancho, llevaba a Marta a cebarle mate, le levantaba la capucha y la sentaba sobre sus rodillas. A otro, que subía el volumen de la radio, se acercaba a ella, que permanecía encapuchada, y se masturbaba a su lado, nunca pudo verle la cara. Marta se daba cuenta sólo porque escuchaba sus gemidos, asqueada.

Marta desarrolló una extraña relación con la capucha, ese trozo de tela

oscura que llevaba el número 13 y que la separaba del mundo. Allí abajo, desplegada su mundo interior, era ella misma. Construía de la capucha para adentro. Mentalmente, tejía tapices con hermosos dibujos y colores brillantes. Percibía que a los represores los inquietaba no saber qué pasaba detrás, no verles la cara, ser conscientes de que la dominación no podía ser completa. El espacio entre la capucha y ella le pertenecía.

Una vez, uno de los guardias, alterado seguramente por esa sensación que ella transmitía, le ordenó llanamente: «Sacate esa capucha».

Además de Mercedes, había en el centro clandestino otra mujer. El primer encuentro de Marta con ella no fue bueno. Ella fue la encargada a poco de su llegada de llevarle un plato de comida que Marta rechazó. «¡Comé, boluda!», le dijo, y le pateó el plato. Se llamaba Mirta y tenía 18 años. Después, la relación cambió. Mirta le dijo, conmovida, que le hacía recordar a su madre, que había muerto. La muchachita estaba siempre bien arreglada, usaba las uñas pintadas, tacos, y a veces se la veía con rulos. Era la única prisionera que dormía en una cama. Allí tenían a su hermano menor, de 16 años, por quien ella se desvivía. Los habían secuestrado juntos en una redada en un café del centro de la ciudad, en Córdoba y Avenida Luro. Marta escuchaba a Mirta angustiada pedir medicación para él cuando lo notaba resfriado y preocuparse por que comiera bien, por que estuviera abrigado: lo protegía como si fuera su hijo. El chico usaba una capucha blanca, por lo que Marta siempre pensó que lo liberarían. Estaba claro cuál era el precio que Mirta tenía que pagar por la vida de su hermano.

En el universo de perversión y sometimiento de La Cueva, Marta era la señora, Mercedes la sirvienta, y Mirta la prostituta. Las tres eran avasalladas y violadas, cada una encarnando un rol diferente en el imaginario perverso y machista de los represores, donde imperaba el Sapo Molina.

No sólo dentro del centro clandestino de detención se le temía a Molina. En la base aérea que ocupaba el mismo predio, sus incursiones provocaban terror. Lo relata un ex soldado, Daniel Tomás Molina (2), que en 1977 hacía el servicio militar. Daniel, como casi un centenar de otros «colimbas», tenía asignadas guardias de 24 horas, y durante esas extensas vigiliás en distintos sitios desde los que tenía un punto de observación privilegiado era testigo del incesante movimiento de automóviles y de hombres en torno a La Cueva. Daniel era un observador interesado, y a la vez inconsciente del peligro que corría. Su hermano Alfredo había hecho la colimba el año anterior en el mismo lugar y estaba desaparecido. Daniel no quitaba la vista de la puerta sinistral con la esperanza de dilucidar qué había pasado con su hermano, o incluso, de verlo. Marta recuerda que, por ese entonces, en 1977, había en aquel sótano maloliente un joven con ropas de conscripto y capucha blanca, pero nunca supo su nombre. Probablemente no se tratara de Alfredo. En 1984, ya en democracia, un compañero de Alfredo dijo que fue detenido con él y que ambos fueron trasladados desde Mar del Plata a Azul, donde sufrieron horribles torturas. Él fue liberado, Alfredo no.

Los soldados no participaban en las tareas represivas en la base aérea de Mar del Plata. Es más, tenían prohibido acercarse a más de cien metros del centro clandestino. Sin embargo, en arengas colectivas, recibían adoctrinamiento «antisubversivo», donde se describía al «enemigo» como peligroso, cruel y sin respeto por la vida.

Los comentarios entre los jóvenes, hechos en voz baja y a escondidas, coincidían. En ese lugar prohibido ocurrían cosas horribles, decían. Lo comentaban incluso los oficiales. Torturas de todo tipo y, sobre todo, violaciones incesantes a las mujeres. En sus visitas más allá del territorio que circundaba al viejo radar, Molina, ebrio, soltaba la lengua. Los horrores que relataba eran difíciles de soportar. Las vejaciones que cometía eran motivo de orgullo para él y adornaba sus relatos con comentarios procaces. Una vez llegó a decir que le había hecho a una joven prisionera un aborto con sus propias manos.

Mirta, su hermano menor y Mercedes fueron trasladados desde La Cueva el mismo día. Marta nunca podrá olvidar ese momento. Cuando fue a declarar ante la CONADEP, alguien le dijo que los hijos de Mercedes se habían acercado, pero no quiso darle el contacto. No fue sino hasta muchos años después que pudo abrazarlos y darles el mensaje de su madre. «Le pidió que nos dijera que nos amaba», dijo Raúl Leiva en Tribunales el mismo día en que pidió «que se haga justicia». Raúl tenía siete años la noche en que vio por última vez a su madre. Él y sus cinco hermanos quedaron marcados para siempre. Cuando se llevaron a Mercedes, estaban todos acostados en la cama de dos plazas. El padre no estaba en la casa, porque trabajaba en la Facultad de Ingeniería como sereno. Dos hombres armados patearon la puerta. Les hicieron tapar la cara a todos, le pegaron a Mercedes unos rodillazos en la espalda, le ataron las manos y la metieron en el baúl de un Ford Falcon verde con la cabeza cubierta. Uno de los chicos corrió el auto hasta que desapareció.

Marta cargó durante años con la promesa incumplida de contarles a los hijos de Mercedes que había visto a su madre. La reunión recién pudo hacerse después del Juicio de la Verdad. Los hermanos recibieron a Marta en su casa, prepararon tortas y la llevaron al jardín donde tienen un altar en homenaje a Mercedes. Todos lloraron y se abrazaron. Le tomaban las manos y les contaban entre lágrimas a los nietos: «Ella es la señora que vio a la abuela». La mayor de las hijas, Miriam, había cubierto el rol de mamá Mercedes, pero no pudo sanar las heridas. Uno de los hermanos se suicidó poco después de escuchar a Marta declarar sobre el destino de su madre. Fue sólo entonces que comprendió que nunca la volvería a ver. Era el hombre que cuando niño había corrido el Ford Falcon hasta quedar exhausto. Como si el dolor no hubiera sido suficiente para los Leiva, otro de los hijos de Mercedes, César Omar, un boxeador exitoso, fue asesinado de un balazo cuando trataba de mediar en una pelea barrial en el 2010.

La noche anterior a dejar el centro clandestino para ser trasladada a la comisaría cuarta, Marta durmió en la cama que antes ocupaba Mirta, la chica que protegía a su hermano. Llegó a la sede policial después de dar vueltas largamente en el baúl de un auto. Nunca se había sacado el vestido en La Cueva. Lavaba su bombacha y se la volvía a poner mojada. Cuando se quitó las botas tenía las medias adheridas a la piel. El pelo se le caía a mechones.

En la comisaría las condiciones de detención mejoraron un poco, a pesar de que estuvo tres días sin comer «por falta de plato». Además, en un momento trajeron un enfermo mental y lo colocaron en la celda de al lado, antes de trasladarlo a un hospital neuropsiquiátrico. El hombre estuvo toda la noche en estado de delirio golpeando la puerta hasta que la rompió. Diciendo

que mataría a todos, entró a la celda de Marta, que se abría del lado de afuera. Marta, un poco gracias a su profesión de psicóloga y otro poco por instinto, pudo meterse en el delirio de su compañero de cautiverio ocasional hasta que vinieron a auxiliarla.

En la 4ta., que reconoció perfectamente porque quedaba cerca del barrio donde había crecido, pudo ver por primera vez el cielo nuevamente, y recibió muestras de solidaridad de un grupo de prostitutas que estaban demoradas allí. Le hicieron llegar ropa interior «con plumas» recuerda Marta sonriendo. Y los presos comunes le pasaron jabón y un jean, lo que le permitió lavar el vestido que había usado durante los tres meses de su secuestro en La Cueva.

Un día, creyó que su suerte cambiaría radicalmente. Un hombre del Poder Judicial, el juez Pedro Hooft, llegó a la dependencia policial en visita de inspección. Escuchó cómo se detenía frente a su celda y preguntaba quién estaba allí. «Soy una mujer a disposición de las Fuerzas Armadas. ¡Soy la mujer del doctor Candeloro!», dijo Marta a modo de súplica. Después de un silencio, escuchó cómo Hooft se alejaba. «Eran los pasos de la Justicia que se marchaban», dice Marta. Hooft había sido nombrado juez por los militares. Nacido en Holanda, y naturalizado argentino, era nacionalista y militaba en la Concentración Nacional Universitaria. Su padre había sido alcalde de la ciudad de Utrecht bajo la ocupación de los nazis.

Hooft, que había recibido un pedido de hábeas corpus por Candeloro, lo conocía bien. Los militares le informaron de su muerte en un supuesto intento de fuga el 28 de junio de 1977. Hooft nunca pidió la exhibición del cadáver ni una autopsia. Tampoco indagó sobre el lugar donde habían sido enterrados sus restos ni informó a la familia. Marta dedicaría parte de sus energías a denunciar públicamente a Hooft, a pesar de que el magistrado tuvo muchos defensores. Llegó a presentarse en una charla pública para desenmascararlo.

Un día el comisario le dijo a Marta que vendría el médico a revisarla. «No me joda», contestó Marta. Tenía en el cuerpo huellas que se le manifestarían después, con los años. Artrosis, problemas en la columna y una distensión en los músculos del vientre provocada por el golpe de recibimiento en La Cueva. El médico efectivamente se presentó, pero dijo que no correspondía que la revisara porque «lo que tenía no se lo habían hecho allí».

Cuando llegó el momento de su liberación, el comisario le dijo que sólo podría dejarla ir si iba a buscarla su padre. Marta se indignó. «Mi padre es una persona mayor, y yo soy una mujer de 38 años», argumentó. «Son las reglas», le contestó el oficial. En realidad, Marta tenía miedo de la reacción de su padre, el militante anarquista. «Era capaz de decirles cualquier cosa». «Los policías sabían que él iba a la biblioteca. Y se burlaban, diciéndome que seguramente iba solamente a tomar el té».

Cuando su padre la vio al final de un pasillo se conmovió hasta las lágrimas. Eran lágrimas de alegría, pero también de bronca. «Estos milicos hijos de puta», le dijo, en voz baja, mientras la abrazaba. Él nunca supo todo lo que Marta había sufrido. Jamás le contó lo de la violación.

No hubiera podido soportarlo. Una vez, su madre, mirando televisión, llegó a desmayarse después de ver un informe sobre lo ocurrido en los campos con los desaparecidos.

Una tarde, paseando con sus hijos por el centro sobre una avenida, Marta

vio a Molina, el violador, caminando con un grupo de represores. No había pasado mucho tiempo de su liberación. Lo reconoció de inmediato, con su campera de cuero negra, sus pantalones lustrosos, y esa actitud corporal, siempre al acecho. Marta quedó paralizada por el miedo, amordazada por la impotencia.

El temor de Marta tenía sus fundamentos. La primera vez que salió sola de su trabajo en una escuela como psicóloga y se fue al cine, fue secuestrada de nuevo, durante 48 horas. No sabe adónde la llevaron, ni sabe qué fuerza fue responsable. La interrogaron a los golpes, hasta que dijo que no había vuelto a ver a Jorge desde su rapto en Neuquén. Acostada, le extendieron la mano hasta hacerle tocar algo. «¿Sabés lo que es esto? Esto es una picana». La hicieron limpiar los baños y le devolvieron sus cosas. «Si falta algo te lo mandamos por correo», le dijeron. De pronto, alguien hizo una llamada telefónica, y le comunicaron que todo había sido «un error». Entonces la dejaron nuevamente en la comisaría cuarta. «¿Qué hace usted acá de nuevo?», le preguntó el comisario. «Usted debe saberlo», replicó ella. Nuevamente tuvo que esperar que la viniera a buscar su padre, mientras bebía algo caliente en la oficina del jefe de la repartición. Fue entonces que Marta fue despedida del trabajo que había conseguido hacía seis meses en un colegio cuya directora estaba casada con un militar.

Volvió a Neuquén. Sólo para dejar sus cosas en orden. Vendió la casa y desarmó el estudio jurídico de su marido. Ordenó y devolvió todos los expedientes a los clientes. Uno de ellos, dueño de una metalúrgica, la amenazó por «subversiva». La persecución no cesó para ella ni para su familia cuando volvió a Mar del Plata. Se mudó al barrio El Grosellar. En la escuela de sus hijos, le sugirieron que les cambiara el apellido. Cuando estaba construyendo su casa, un joven albañil resultó ser un conscripto al que habían enviado para vigilarla. Marta abrió una agenda que llevaba el muchacho, y entonces supo que registraba todos sus movimientos.

Cuando llegó la democracia, Marta declaró en el Juicio a las Juntas. No se atrevió a denunciar los delitos sexuales. «Me imaginaba los titulares de los diarios: “Violaron a la mujer del doctor Candeloro”. Mis hijos eran chicos, sobre todo me preocupaba el varón, Juan Marco», explica.

Marta imaginaba que ella no había sido la única víctima sobreviviente. Molina también había violado a Leda Barreiro, de Abuelas de Plaza de Mayo y a otras desaparecidas.

A mediados de los 80, ya en democracia, a Marta le avisaron desde la casa de su suegra que había llegado un sobre a su nombre. Pasó a buscarlo, y al abrirlo, se estremeció, se encontró con una foto de su violador. «No era una intimidación, al contrario, debía tratarse de algún enemigo que quiso que yo supiera quién era. Allí estaba su cara, su nombre y todos sus datos, incluso su destino de aquel entonces.»

Marta quiso saber si su violación había prescripto. Se lo preguntó a un juez en épocas del Juicio por la Verdad, frente a su abogado, César Sivo.

César sonrió, satisfecho, porque Marta al fin había logrado tomar la decisión de accionar judicialmente contra su violador. «Yo sabía que algún día ibas a contar que te habían violado».

Llevar a Gregorio Molina al banquillo de los acusados por delitos sexuales no fue fácil. Implicó un esfuerzo personal para vencer los escollos

judiciales.

El abogado organizó una cita con los jueces de Cámara para que escucharan sus argumentos. Marta quiso ir. Por primera vez ante la justicia contó detalladamente todo lo que le habían hecho. «¿Estuve bien?» le preguntó a la salida a Sivo. «Mirá si habrás estado bien que lloramos todos», fue la contestación.

El día de su declaración en el juicio a Gregorio Molina, en el 2010, Marta se tomó todo el tiempo del mundo para hablar. Aclaró que lo que hacía, lo hacía por ella, mientras que en todas las demás declaraciones había denunciado por su responsabilidad como sobreviviente y testigo de tantas aberraciones. Elegante, lánguida, como salida de un cuadro de Modigliani, serena en apariencia, describió paso a paso cada episodio de violencia, cada vejación.

«Siempre que declaré di pistas de lo que me habían hecho. Por ejemplo, decía que todos habíamos sufrido, pero que las mujeres habíamos sufrido aún más».

Gregorio Molina no asistió a la declaración de Marta en el juicio que enfrentó sólo por homicidios, tortura y abuso sexual. En otras audiencias, cabeceaba dormitando, sentado en una suerte de almohadón especial semejante a un salvavidas. Tenía entonces 66 años. Tenía 32 cuando comenzó a cometer los delitos que se le imputaron.

Pero los testigos no se dejaron engañar por las apariencias. «Andaba todo el día armado, con granadas y pistolas. Nos hacía practicar porque decía que podía haber un ataque de la guerrilla», recordó un soldado que estuvo a sus órdenes en 1979.

A poco de iniciarse el juicio, su abogado defensor, Eduardo San Emeterio, de formación militar, el mismo que compartía con Luciano Benjamín Menéndez entre otros represores de fuste, renunció. Se dijo que no estaba dispuesto a defender a un violador.

Para indignación de Marta, la sucesora de San Emeterio fue una defensora oficial. Una mujer, Paula Muniagurria, autora de artículos sobre cuestiones de género y derecho. «No lo puedo entender», dice. «No puedo aceptar su dureza, su intransigencia, cómo no comprende lo que sufrimos nosotras». Muniagurria se basó en tecnicismos legales para intentar obtener el sobreseimiento de su defendido, aunque sin negar en general la existencia de los delitos. Otra sorpresa de Marta fue la respuesta de una de las mujeres víctimas de Molina cuando fue interrogada por el tribunal acerca de su voluntad de denunciarlo. «No», dijo. «Se trata de un hecho privado». Para Marta hacía mucho había dejado de serlo, a pesar de todos los escollos.

Marta habló durante tres horas ante el tribunal formado por Juan Leopoldo Velázquez, Beatriz Torterola y Juan Carlos Paris (conjuez), a puertas cerradas. Mientras desgranaba cada detalle, se miraba las manos, que descansaban sobre el pupitre de los testigos. Estaba impecablemente vestida y peinada. Más que nunca «una señora», como le había dicho Molina mientras la violaba. La imagen de Molina no había cambiado demasiado. Seguramente estaba más canoso, pero tenía la misma actitud alerta, como en «posición de tiro» como le gusta repetir a Marta imitándolo, arqueando el cuerpo, flexionando las rodillas, extendiendo los brazos unidos por las manos, al frente, y aguzando la vista, como buscando una presa varios años

después. No sólo la voz gruesa, como radial, no sólo la piel de batracio. No sólo el anillo cuadrado con iniciales con el que la tocaba en la cara para que supiera que tenía que levantarse la capucha, que era su turno de ser violada, sino también la sensación de que en cualquier momento podía volver a disparar, como disparaba a lo loco sin motivo alguno, en el pasillo de La Cueva.

Las marcas de aquellos disparos de Charles estaban ahí aún muchos años después cuando Marta participó de una inspección de la Justicia y encontró La Cueva transformada en un depósito de pertrechos militares, con muchas de sus paredes demolidas, seguramente para despistar.

Molina era el mismo hombre que, tantos años después, entraba a la sala de audiencias con esa almohadilla blanca para sentarse a escuchar una condena a prisión perpetua, la primera por un delito sexual como crimen de lesa humanidad en la Argentina.

Dos años después, a mediados del 2012, el Sapo murió de cáncer.

2. Sin parentesco con el represor.

CUATRO

De madres y fantasmas: los otros hijos perdidos

Un día, en los Tribunales de Mar del Plata, Marta Candeloro, sobreviviente de La Cueva, vio a una mujer llorar inconsolablemente sentada en las escaleras. Cuando preguntó la razón de ese llanto, alguien le contó una historia desgarradora. Nunca pudo hablar con ella, nunca pudo escuchar de su boca el vía crucis secreto que la mujer que no podía dejar de llorar había revelado ante los jueces en una sala de audiencias conmovida.

G. no quiere que se sepa cuál es su nombre. Dice que su familia no está preparada todavía para dar a conocer al mundo su tragedia. Tiene, sin embargo, una necesidad enorme de hablar, de contar lo que le pasó, o mejor dicho, lo que le hicieron. Lo hace a borbotones, con una emoción incontenible. Vivía en los 70 en un barrio de trabajadores, en Mar del Plata, con su marido y tres hijos todavía muy chicos. Cuidaba además a un bebé, el hijo de su hermano. Igual que su marido y su cuñada, él trabajaba en la industria del pescado. Ella no tenía entonces relación alguna con la militancia. Es más, ignoraba que tanto su hermano como su mujer eran activistas de la Juventud Trabajadora Peronista. Sí había sido testigo de cómo su cuñada se había desesperado con el arresto de su propio hermano, en Bahía Blanca. La había visto desgarrada, pero no comprendía del todo la gravedad de la situación. Todavía no sabía lo que era un desaparecido, aunque su mamá trabajaba en un centro sanitario policial y atendía a soldaditos que llegaban en crisis «por lo que les hacían hacer».

Una noche de septiembre de 1976, cuando ya estaban todos en la cama en su vivienda compuesta por un dormitorio y cocina, un grupo de hombres armados golpeó la puerta preguntando por su cuñada. Seguramente la habrían seguido a la salida de la planta donde trabajaba como secretaria hasta su casa. Era normal que pasara por ahí a buscar a su hijito, a juntarse con su marido para después irse a cenar. Los chicos de G. empezaron a llorar, la menor de ellos, desde la cuna. Los amenazaron con armas: «Si no los hacés callar vos los hacemos callar nosotros». Cualquier ruido, hasta los chistidos atemorizados con que ella intentaba calmar a los nenes, los irritaba. «No hagas nada que te limpiamos», le decían. «Revolvieron todo, se llevaron todo, entre esas cosas una foto de mi hermano y mi cuñada». «A este también lo vamos a hacer cagar, es el hijo de puta de tu hermano», decían. «¿Vos sabés dónde vive?» «Yo estaba desesperada, dije que sí y empecé a prepararme para acompañarlos», recuerda G. «Estaba en camión, y me puse una remera arriba para salir. En la confusión, me puse la de mi marido». Uno de ellos entonces dijo: «Ella que se quede, él sabe también dónde es». Y se llevaron a su esposo. G. no lo vio más hasta que apareció quince días después. No se lo llevaron solo. También fue secuestrado un vecino que en ese momento iba a la casa de G. para que le curara el empacho, un arte que había aprendido de chica, y del que todavía hoy se avergüenza un poco, como si fuera un delito. La comitiva que llegó poco después a la casa del

hermano de G. encontró a su cuñada. El bebé estaba durmiendo en lo de una vecina. El hermano todavía no había llegado. Los vecinos fueron a advertirle al trabajo que no fuera a su casa porque lo esperaba un grupo armado que tenía a su mujer, pero el hermano de G. decidió volver (lo que era sinónimo de entregarse, porque lo estaban esperando). «Yo voy, dijo». Y con esa decisión firmó su sentencia de muerte. «Y mi hijo, ¿dónde está el bebé?», preguntaba. «¿Qué pasó con G.?» Varios integrantes del grupo que secuestró a su marido, a su vecino, a su hermano y a su cuñada se quedaron en la casa. «Cuando se cansaron de robar todo lo que pudieron pensé que se habían ido y salí. Pero estaban en la puerta», cuenta G. «Entonces, dos de ellos me tomaron de los brazos, me acostaron sobre la mesa y me pusieron un arma en la cabeza. Uno de ellos me violó mientras los otros me sujetaban. Me dijo: “Quedate quieta porque si no te quemamos”. Hicieron lo que quisieron conmigo. Cuando terminaron, uno de ellos me dijo “No te atrevas a asomar la nariz hasta que amanezca porque te matamos”». G. llora de nuevo, no puede evitarlo. «Tuve que esperar a que saliera el sol para salir». Los vecinos estaban todos encerrados, los milicos andaban por los techos de toda la manzana. «¡Quién sabe lo que pensarían que había en mi casa! Fui a Tribunales, presenté un hábeas corpus por mi marido, por mi hermano, por mi cuñada. Recorría juzgado tras juzgado. Me agarró un ataque de nervios en un café de la zona. “¡¿Es que ninguno de ustedes puede hacer nada?!”, gritaba».

Hasta que un abogado, en voz baja, en un pasillo, le dijo:

«Señora, usted tiene que hacer todos los hábeas corpus que pueda porque eso los mantiene vivos». «Presenté muchísimos pero la respuesta siempre era la misma... No están, no están. La tía de mi cuñada recibía mensajes de su sobrina. Se los hacía llegar en papeles de revistas un soldadito de Corrientes, creo que era el encargado de darles de comer. Le tocaba el timbre en el edificio del centro de Mar del Plata donde vivía. Yo vi uno de esos papelitos con mis propios ojos. Era la letra de mi cuñada que decía “No se preocupen que vamos a salir, estamos bien”. Así sabíamos que ella y mi hermano seguían vivos. “Muévanse, apúrense, que los están por movilizar en aviones” dijo el soldadito en su último contacto. No sabíamos qué hacer. Nunca más supimos nada. Veíamos que nos seguían, que nos vigilaban desde autos. A mí, a mi familia».

La necesidad empezó a apretar a G. De noche, tejía mantillas para alimentar a sus hijos. Una noche, su esposo volvió. Lo dejaron en libertad, con los ojos vendados, sentado en un charco de agua. Corrió hasta su casa, esperando encontrarla desierta. «Qué bien que la pasamos con tu señora», le decían los represores. «Con tus hijos también, lástima que el menor de los varones, el negrito, no aguantó». Pensó que estarían muertos.

Poco tiempo después G. se dio cuenta de que estaba embarazada. Se lo dijo a su marido. «No quiero ese bebé, porque es el hijo de los milicos» fue la respuesta. G. a duras penas puede sobreponerse y contar lo que pasó entonces. Llevó hasta el final ese embarazo y dio al bebé en adopción. Supo que la pareja que se lo llevó no podía tener hijos. Se enteró también de que se habían mudado a Buenos Aires.

Ni siquiera pudo criar, como había querido su cuñada, a su sobrino. Ella se lo había dicho bien claro: «Si me pasa algo, quiero que se quede con vos».

Sin embargo, los abuelos maternos, que tenían otro hijo desaparecido, se lo pidieron: «Danos al nene, si no, no tenemos por qué seguir viviendo». Se enteró por otros prisioneros de lo que había sufrido su cuñada en La Cueva. «Estaba desnuda, la violaban cuantas veces querían». «Menos mal que ni mi madre ni la suya lo supieron. Se hubieran muerto del dolor».

Para G. dar el producto de su embarazo en adopción marcó el fin de su matrimonio, aunque pudo tener otro hijo. «Le pedí a Dios que no me dejara flaquear y entonces llegó otro bebé». Hace treinta años que vive con su marido bajo el mismo techo, pero no como pareja. «Es como si tuviéramos necesidad de estar cerca, de cuidarnos, pero no tenemos nada que ver como hombre y mujer». «No sabés lo que le hicieron a mi vida, a mi familia». G. les contó a sus hijos que tenían un hermano y todo lo sucedido ni bien tuvieron uso de razón. «Ellos me preguntaban: ¿cómo que tenemos un hermano?» La búsqueda del hermano perdido se convirtió entonces en una cruzada familiar. Su hijo también había empezado una búsqueda como pudo, desde que le dijeron que era adoptado, a los seis años.

Un día, muchos años después, una foto en Facebook le acercó a G. una imagen que tenía el sello de la familia, a tal punto, que lo confundió con su hijo menor. «¿Qué hace con ese perro, si nosotros nunca tuvimos uno así?», preguntó asombrada. Hubo una charla telefónica del muchacho buscado con su hermana, un chequeo de datos con sus adoptantes, que le preguntaron el apellido de G. y le confirmaron conmovidos que se trataba de quien lo había parido. Le habían prometido a G. contarle su historia real al chico cuando creciera y había llegado el momento de honrar esa palabra. No podían resistirse más. El chico tenía las heridas de varios intentos fallidos anteriores por encontrar su identidad, pero hizo esa vez un viaje en moto frenético a Mar del Plata para abrazar a su verdadera madre.

La levantó del piso con fuerza. Ella no podía dejar de llorar. «Mi hermano siempre decía “que no lllore G. que arrasa con todo”... y es así. La aparición del hijo perdido fue una fiesta en el barrio...» ¡Lo saludaban desde el balcón, como si fuera Perón! A su marido, al principio, le costó aceptarlo, pero eran tan parecidos que ni siquiera hubiera sido necesario el análisis de ADN para demostrar que no era hijo de la violación, como habían creído hacía 35 años. Era de los dos. Y compartía con el padre el amor por la pesca y por los autos.

La historia de G. tuvo un final feliz después de toda una vida de sufrimiento. Le robaron un hijo durante siete lustros, y la angustia se materializó en su cuerpo. «Me operaron de cáncer y me sacaron un ovario y medio. Pero yo no tuve dos ovarios, yo tuve seis huevos, soy de fierro», dice, por fin, riéndose.

Cuando le preguntaron durante el juicio si quería hacer la denuncia por la violación de la que fue víctima dijo: «¿A usted le parece que si usted hace un juicio a mí me sirve de algo?» «A mí lo que me sirve es que ahora tengo a mi hijo en mis brazos, nada más. Lo recuperé en abril. Así que para qué quiero juicio si ya tengo a mi hijo. El que lo hizo que se quede con su culpa, y la justicia divina, y la justicia de los hombres que es la que tienen ustedes».

G., por culpa de la violación, perdió a su hijo, aunque no definitivamente. En cambio, a miles de kilómetros de Mar del Plata, en Madrid, otra ex

detenida desaparecida violada trata todavía de superar su trauma.

Graciela Fainstein tenía veinte años y había terminado un curso de Técnica en Laboratorio para poder trabajar mientras avanzaba en sus estudios universitarios de Biología. Había sido, en el colegio prestigioso al que iba, el Nacional Buenos Aires, la más popular de las chicas de la sección secundaria de la Federación de Estudiantes Comunistas de la escuela, la Fede, envidiada por sus compañeras porque, a los trece, ya se la veía de la mano de uno de los muchachos grandes, un militante de quinto año. Todos la conocían como la Coca: su cuerpo delgado, el pelo largo castaño y muy lacio, pecas en la cara y gesto decidido aunque dulce, eran reconocidos en las asambleas estudiantiles allá por el 73. Coca era callada y cuando hablaba lo hacía en voz baja, serena.

Una noche de 1976, dormía en la cama de sus padres con su novio, Dani. Ellos estaban desde hacía días de viaje en Europa, y Graciela les reprochaba que no le hubieran permitido darle refugio a una pareja de compañeros vinculada a Montoneros que no tenía dónde dormir. El viaje de sus padres fue la circunstancia ideal para que Graciela le abriera la puerta a Pupi, Noemí Cobo, una amiga cuya hermana, Inés (3), había desaparecido. Era mejor que Pupi no estuviera en lo de sus padres: nadie sabía lo que podía pasar. No estaba claro por qué consideraron que la casa de Graciela era segura... Pupi eligió para dormir esa noche la habitación de servicio: quién sabe por qué se le ocurrió que estaba más a salvo ahí. Los timbres de la casa sonaron todos a la vez, y una marea de hombres uniformados de color verde oliva arrastró a los tres chicos. El destino fue un centro clandestino de detención de la Policía Federal, Garaje Azopardo, un lugar donde aún funcionan oficinas públicas, a pocos metros de la hoy sofisticada zona de Puerto Madero.

En ese momento ni Graciela ni Dani supieron adónde los habían llevado. Los tenían encadenados de un aro fijo en la pared, a la altura del zócalo, con los ojos vendados. La puerta se abría sólo para dejarles comida cada dos días y llevarlos al baño. Pasaron por la tortura, la lacerante picana eléctrica, los golpes, las preguntas insistentes, la oscuridad, y finalmente los liberaron. Como en casi todos los casos, las razones de su supervivencia les fueron desconocidas. Noemí, la amiga de Graciela, también sobrevivió.

Graciela fue recibida aterida, con nudos en el pelo y piojos, por la madre de Dani, que le dio abrigo. Sus padres y los compañeros del Partido Comunista, del que ella ya se había alejado, no le ofrecieron consuelo. Ella los sintió distantes, como si los perturbara su presencia, como si fuera ella la culpable de lo que le había ocurrido. Eran las épocas en que la conducción del comunismo en la Argentina sostenía que el del general Jorge Rafael Videla era un gobierno que encarnaba lo más «blando» de los militares argentinos. Dicen que la Unión Soviética tenía razones comerciales para ese apoyo político, que sin embargo no sirvió como moneda de cambio para proteger a Graciela, a Dani y a otros militantes.

Muchos años después, Graciela conserva ese gusto amargo, el resentimiento por la falta de apoyo y la sensación de lo fútil que fue haber entregado sus primeros años a una organización que la dejó sola cuando los tiempos se volvieron duros.

En España, luego de un larguísimo período en el que creyó que el silencio era un refugio inviolable, y la separación de Dani una forma de borrar lo que habían visto y vivido juntos, un tratamiento de acupuntura con impulsos eléctricos de baja intensidad la devolvió al pasado. Atravesó una crisis larga y profunda, y cuando pudo por fin respirar aire fresco, decidió escribir un libro. Cuando *Detrás de los ojos* vio la luz, fue una catarsis plasmada en un texto exquisito aunque algo moroso, como rumiado, donde los recuerdos y las reflexiones alternan con la explicación de sensaciones intransferibles, personalísimas.

Allí Graciela cuenta cómo al salir de la Argentina con Dani se dio cuenta de que estaba embarazada. No había forma de que tuviera ese niño. Si lo tenía, la sospecha de que había sido producto de una de las violaciones de las que fue víctima en Garaje Azopardo durante su secuestro la iba a perseguir toda la vida. En ese momento, en España, el aborto era ilegal. Era común que las mujeres viajaran a Londres para interrumpir los embarazos. Y así lo hizo Graciela: cruzó por agua el Canal de la Mancha para quitarse de encima — como había hecho la madre de Dani con sus nudos y los piojos en su cabellera aquella noche de su liberación— ese feto no deseado que infestaba su útero.

Su libro incluye relatos sobre los desencuentros y distanciamientos con su novio, entonces devenido un conocido profesional de la fotografía periodística en Buenos Aires, el nacimiento de sus hijas, la decadencia física y muerte de su madre. Y el momento crucial, la ruptura del dique que creyó lo suficientemente fuerte para contener el pasado.

«Comienzo a temblar y un frío glacial me envuelve todo el cuerpo. Siento un sudor frío, una náusea creciente que me invade y el corazón empieza a latir enloquecidamente. Estoy desesperada y sola ante la muerte. Quiero gritar, pedir socorro, pero no puedo. Estoy inmovilizada, como en coma».

Esto siente Graciela en su sesión de acupuntura. La sensación de la electricidad, de que las agujas hincadas en su piel la devuelven al campo de concentración que había tratado de negar.

Al contrario del libro, donde los recuerdos circunvalan las experiencias más violentas como si a la autora le diera pudor relatarlas con todas las letras y en todos sus detalles, varios años después una nota en la sección «Mundos Íntimos» del diario *Clarín* tiene una contundencia de la que nadie puede abstenerse. Allí, en la primera página del diario, se podría pensar que Graciela nos habla, nos interpela, que es casi obscena. Ella se extraña después del silencio guardado por personas cercanas que la han leído pero no le comentaron nada... Tiene la necesidad de saber lo que les ha producido. No hay palabras para describir lo que provoca el horror sufrido por alguien querido. Por eso muchos eligen el silencio, sin darse cuenta de que dejan solo a quien tiende la mano para contar su calvario. Después de tantos años de silencio, a Graciela le parece natural que todos hablen de lo que le ha ocurrido. Y por eso, con la misma exquisita prosa que vertió en su libro, pero mucho más explícita, más directa, Graciela escribe, tan políticamente incorrecta como antes, sin ninguna intención provocadora, solamente ejerciendo su agudeza y reflexividad naturales.

¿Será esa corrección política la que motivó algunos silencios? Nadie

puede dudar de su dolor, y aun no estando de acuerdo con sus ideas, ¿quién se atreve a cuestionarla? Nadie que no haya estado en sus zapatos puede arrogarse ese derecho. Ella es consciente de que su texto puede provocar extrañeza y hasta repudio. Pero se arriesga igual. Ya no tiene nada que perder, ya no teme más. Es valiente.

Graciela dice haber tenido «sensaciones extrañas e inquietantes» en relación con las «agresiones sexuales», en contraposición a la tortura, donde todo era llamar a su madre, odio, miedo, dolor... «El momento siempre presente que está clavado en su tiempo por toda la eternidad», escribe. Lo imperdonable.

Sin embargo, para recordar las violaciones, Graciela se sitúa en otro lugar.

«Cuando me llevaban al baño, una vez abiertas las esposas, empezaba un interminable recorrido por pasillos —la venda siempre puesta— y un montón de manos me tocaban, me manoseaban, me bajaban las bragas, me metían sus dedos y sus penes entre las piernas, en mi vagina y se frotaban contra mí, me echaban el aliento a la cara, me lamían y... ¡me hablaban! Cuerpos sin caras, manos sin cuerpos, penes sin identidad, sin ojos, sin rostros. Lo que esos cuerpos me transmitían en ese momento ya no era lo mismo que en la tortura, era algo distinto, algo como desesperación, como angustia, como soledad, como anhelo, como pedido de socorro. Me hablaban mientras me tocaban, mientras derramaban su semen en mí, susurraban con voces que parecían venir de un mundo de angustia, de soledad y de locura, una desesperación que buscaba sosiego en ese contacto fugaz, torpe absurdo, grotesco. «¡Sentime!», murmuró una voz mientras un cuerpo me apretaba contra su pecho y pasaba su pene por entre mis piernas. Parecía un ruego, una súplica de consuelo. Era horrible sentirse ciega y a merced de esas manos y de esos cuerpos, pero no había en esos momentos ni golpes, ni era el dolor de la tortura, era más bien agobio, asco lo que sentía, algo que me pesaba y al mismo tiempo me sorprendía: ¡aquellos hombres estaban desesperados y también sumergidos en el infierno! Parecía que buscaban alivio con esos torpes gestos sexuales. Sentí su propia angustia derramarse en mí, junto con su semen.»

Graciela sintió que a través de sus torpes gestos sexuales, esos hombres y ella se sentían parte de lo mismo. Ellos, como ella, sentían terror, desesperación, locura. Todos, como Graciela, buscaban salir a la luz desde la oscuridad. Las almas de los victimarios y la víctima, según Graciela, se contactaban en ese instante, y se reconocían semejantes.

Los africanos llaman a esto *Ubuntu*. Graciela lo supo mucho después. Es el principio en el cual se basa el Obispo Desmond Tutu para proponer el perdón en la Comisión por la Verdad y la Reconciliación. Los asesinos y torturadores confiesan sus crímenes y piden perdón. La reconstrucción de la historia oscura del *apartheid* impuesto por los blancos no se hace sobre la base de la Justicia como en la Argentina. Hubo una etapa, hasta la declaración de inconstitucionalidad de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, en el año 2003, por parte del juez federal Gabriel Cavallo, en que los Juicios de la Verdad permitían que los represores confesaran y describieran sus crímenes frente a un tribunal y luego se fueran a su casa, sin castigo. Como en Sudáfrica.

Graciela cierra su historia con un supuesto encuentro con el fantasma del hijo que abortó, que ahora tendría 35 años. Supo, dice, que era varón, que era

de su novio Dani y no de los militares, y en un imaginario y largo paseo de la mano por la Madrid donde vive le explicó cómo pudo superar lo vivido, como se había transformado en una mujer adulta y no en esa niña aterrorizada que tuvo que convencerse de que el feto que sacó de su vientre era de los militares y no de su novio para poder seguir viviendo y no volverse loca. «Yo era un cachorrillo asustado», le dijo. Abrazó al fantasma y se despidió de él para siempre.

3. Inés Cobo estuvo secuestrada en la Escuela de Mecánica de la Armada. (Ver Capítulo Uno .)

CINCO

Santiago del Estero: tierra de nadie

El recorrido desde la entrada del penal, sobre una calle polvorienta, la llevó primero a un patio y después a otro. No recuerda rejas ni demasiados cerrojos. Sí, las paredes pintadas a la cal, descascaradas, que le daban a todo el edificio un aire vetusto pero señorial.

La habitación dispuesta para el reportaje no tenía ventanas sino una puerta alta y vidriada, con una claraboya rectangular, de esas típicas de las casas chorizo. La sombra de adentro contrastaba con el resplandor intenso del sol santiagueño en el exterior, engeguecedor hasta en invierno.

Antonio Musa Azar Curi entró algo tenso, pero seguro. Lo acompañaba un uniformado, o tal vez dos. Llevaba puesta una camisa color salmón de vestir bien planchada y una campera de jean limpia. Dio la orden de que le sirvieran un café. «¿O tal vez quiere otra cosa, la señora?»

Parecía un anfitrión, y no un detenido. Tenía el dominio total de la situación. Se acomodó los pantalones. No en vano ese hombre con bigote y pelo ralos, cara rasurada y ojos vidriosos había detentado el poder sobre las vidas de todos los santiagueños hasta hacía muy poco. O tal vez todavía lo detentaba.

Estaba en la cárcel no por sus crímenes pasados, que comenzaron antes del golpe militar del 76 de la mano del matrimonio de Carlos y Nina Juárez —los caudillos que rigieron los destinos provinciales durante casi medio siglo— sino por los asesinatos recientes de dos mujeres jóvenes, Leyla Nazar y Patricia Villalba. Leyla era una morocha bonita de veintitrés años, con costumbres demasiado liberales para lo que la conservadora Santiago del Estero podía tolerar. Fue asesinada en el 2003 en una fiesta del poder y Patricia —una verdulera— acallada por saber más de la cuenta del crimen.

La periodista —una de las autoras de este libro (4)— empezó el reportaje interrogándolo acerca de ese caso, conocido como el doble crimen de la Dársena, por el paraje donde fueron descubiertos los cadáveres. Pero terminó la entrevista, como no podía ser de otra manera, preguntándole por su participación en la represión ilegal durante la dictadura. Musa Azar no la negó, pero alegó que había obedecido órdenes. Cuando ella indagó por qué lo había hecho, Musa Azar dijo: «Porque tuve miedo de que me mataran». Y la miró fijo, haciendo una pausa: «¿O usted no tiene miedo de que la maten?»

Desde 1952, Santiago del Estero estuvo bajo el dominio de los Juárez. Carlos y Mercedes Aragonés, conocida como Nina, fueron caudillos justicialistas, autoritarios y populistas. Y como en la Catamarca de María Soledad Morales, un crimen cometido por los hijos del poder en una orgía de sexo y drogas terminó con ellos. En una pueblada recordada como el Santiagazo, en 1993, una multitud había incendiado la Casa de Gobierno y hasta había entrado en la casona de la pareja gobernante, revoleando bombachas de la primera dama provincial. Pero dos años después, en

elecciones libres, los santiagueños los volvieron a elegir en las urnas.

El principio del final del juarismo se dio el 16 de enero de 2003 con el crimen de las dos chicas.

Musa Azar estuvo detenido, sospechado lo mismo que su hijo Musita, estudiante de medicina que habría estado en la fiesta donde mataron a Leyla. El hijo fue absuelto y el padre condenado a prisión perpetua.

No era la primera vez que el hombre fuerte de la inteligencia provincial ejercía violencia contra mujeres jóvenes. De hecho, ya antes de 1976, en la Santiago gobernada por el matrimonio Juárez, el hombre de confianza se encargaba de disciplinar jovencitas de la manera más brutal. Incluso cuando eran de su círculo más cercano.

Alcira Chávez, a quien todos llamaban la Gringa, no puede evitar que sus ojos claros se aneguen de lágrimas cuando recuerda que Musa Azar le pegó dos cachetadas que todavía le duelen. Estaba acostumbrada a ir a las reuniones del Partido Justicialista, porque su padre militaba allí y trabajaba como enfermero. Lo acompañaba desde chica. Conocía al gobernador, a su señora, a sus custodios. Conocía también a Musa Azar.

Alcira había salido temprano una noche calurosa a tomar un refresco con amigos en La Gallina Turuleca, un local de la costanera, sobre el río Dulce. A eso de la medianoche, volvía a su casa, cuando a pocos metros sintió que la retenían dos hombres. Gritó su nombre y pidió que avisaran a su familia. La arrojaron dentro de un Ford Falcon.

Alcira era ya una militante social. A los quince años, en el 74, después de una gran inundación que duró veintiún días, con un grupo de adolescentes ayudaba a la gente a salir de los barrios. En muchas casas se había perdido todo. Había que organizarse, conseguir ropas, muebles, y hasta libros para los estudiantes. Alcira había decidido tomar el camino del compromiso. Era una vida distinta a la que llevaba hasta el momento: dar vueltas a la plaza Libertad, cuando no podía evitar ir a misa hacerlo con las amigas, frecuentar alguna confitería.

En ese entonces empezaron a llegar amenazas de la Triple A. Algunos muchachos conocidos, que se alojaban para estudiar en la amplia casona que ocupaban los Chávez, salían a comprar cigarrillos y eran demorados por desconocidos.

El padre de Alcira, que trabajaba como enfermero de Musa Azar, quiso ponerle un límite a su hija. «Me llamó Musa Azar y me dijo que te dejés de joder», le advirtió.

Alcira lo miró extrañada. «Hija, yo quiero saber en qué andás», insistió él.

«Mire, papá, quédese tranquilo, yo estoy en esto de los centros de estudiantes, en ayudar a la gente que necesita», contestó la Gringa. «Musa me dijo que te dejés de joder porque te van a detener». Aunque Alcira quiso calmar a su padre, supo que se trataba de una amenaza. Una amenaza que se hizo realidad en aquel enero del 75.

Ni bien la bajaron del auto después de llevarla primero a la comisaría cuarta y después a la Escuela de Policía, Francisco «Pancho» Laitán, uno de sus secuestradores, empezó a manosearle los pechos. Alcira sintió que habían llegado a un lugar amplio, donde había otros prisioneros, varones y mujeres, todos de cara a una pared, con las manos en la espalda. Era el SIDE, como lo llamaban, en Belgrano 1160 de la Capital.

La condujeron a una habitación, desde donde se escuchaba una radio muy alta y mucho movimiento. Le pusieron un reflector sobre el rostro y un hombre la interrogaba mientras otro la sostenía fuertemente por los hombros.

En ese momento se estremeció de esperanza. Escuchó claramente la voz de su padre. ¡Su papá la había venido a buscar! Se terminaba el martirio. Musa Azar no podría negarse al pedido de su propio enfermero, de alguien de su confianza.

Alcira escuchó a su padre preguntando por ella. Y también la contestación de Musa Azar. Alcira no estaba ahí, le dijo, sin dudar. Ella quiso gritarle con todas sus fuerzas, que estaba allí a unos pasos, que la salvara, que le estaban mintiendo, pero alguien la apuntaba con un arma amenazándola con matarla si lo hacía. El enfermero Chávez se fue, y ella quedó a merced de sus carceleros.

El interrogatorio siguió. El propio Musa Azar se indignó cuando le preguntó por qué tenía en su habitación un afiche del Che Guevara. «Porque es buen mozo», ensayó Alcira. Las dos cachetadas que Musa le dio le dejaron la cara marcada. «Zorra, zorra...», repetía con odio. «¿Sos del PRT? ¿Leés *Estrella Roja, El Combatiente?*», le preguntaba Marino, un custodio de Juárez a quien ella conocía bien. Ella negaba absolutamente todo.

Después de un tiempo, la llevaron a una habitación en lo que parecía el sótano del edificio. Se escuchaban alaridos sofocados por ruidos y música a todo volumen.

Creyó que la dejarían tranquila, que ya había pasado lo peor, que estaba a salvo, pero allí fue precisamente donde Pancho Laitán la violó. Sintió su transpiración y su perfume barato y repugnante. No los olvidaría nunca más. Esos hombres en los que confiaba su padre la golpeaban, la violentaban, la vejaban. Ella había creído, al comienzo, que trataban de darle sólo un susto, un escarmiento. De hecho, pidió que le avisaran a su padre que necesitaba ropas, y preguntó cuánto tiempo se quedaría allí. La respuesta, falsa, le pareció lógica: «Unos dos o tres días».

Casi no le permitían ir al baño. De todos modos, Alcira no quería hacerlo porque le dejaban la puerta abierta para verla. Laitán entonces aprovechaba para manosearla y obligarla a poner sus manos sobre sus genitales. También intentaron asfixiarla sumergiéndole la cabeza en la taza del inodoro.

No sólo los cuerpos de las «subversivas» eran vejados. Delia Carreras, una agente que prestaba funciones en la Dirección de Informaciones Policiales, en el área de prensa, acreditó en sus testimonios las violaciones a las prisioneras pero también dijo que las mujeres policías eran continuamente acosadas por Musa y sus secuaces. Musa intentó invalidar sus declaraciones haciendo que su abogado defensor le preguntara en el juicio si ella había tenido una relación «sentimental» con él, cosa que Delia negó dos veces.

El Tribunal que juzgó en el año 2012 a Musa Azar, Laitán y otros represores escuchó otras declaraciones que corroboraban lo dicho por la prisionera Alcira y por la policía Delia.

Todos los varones que pasaron por allí como detenidos fueron testigos de la violencia sexual contra sus compañeras y algunos también víctimas de ella. Ramón Ledesma, un ex prisionero, sostuvo que era una práctica común que los guardias entraran y violaran a las chicas. Los varones, impotentes, las escuchaban gritar. «Era gente enferma que entraba a violar mujeres atadas y

vendadas», acusó Ledesma. «Una vez, el estudiante Cecilio Kamenetzky intentó pararlos y casi lo asesinan a patadas». Julio López, otro sobreviviente, recordó que Pancho Laitán tomó una noche una frazada, entró a una habitación y salió riéndose, diciendo que había violado a una mujer. Luis Garay testimonió que los represores se ensañaron en la tortura con sus testículos y, por la naturaleza de las amenazas de violación, los jueces consideraron que estaba configurado el delito de abuso deshonesto.

Cuando Alcira fue trasladada a la cárcel de mujeres, la siguiente estación de su vía crucis, le permitieron bañarse por primera vez. Pudo quitarse recién entonces los rastros del ataque sexual, los olores, las viscosidades que la habían acompañado hasta entonces.

Por fin la llevaron a un juzgado, gracias a las incansables gestiones de su padre.

Allí creyó que la escucharían cuando denunciara que su casa había sido allanada sin orden judicial, que se habían llevado cosas. Ella quería hablar de las torturas, de la violación... ¡Después de todo todavía se vivía en democracia! Pero su declaración ya estaba escrita y se la hicieron firmar sin derecho a discusión. El juez no estaba: sólo había un secretario, y Alcira no encontró espacio alguno para la protesta. Sobre todo porque en el juzgado vio a Pancho Laitán —nada menos que su violador— y a otro de los represores.

Alcira volvió al penal desolada. No tardó en darse cuenta de que Marta Cejas, una de las guardiacárceles más duras, a la que llamaban «La Maldita» era pareja de Musa Azar. Cejas era la encargada de vigilar las relaciones entre las presas políticas y entre estas y las agentes penitenciarias que tenían una actitud más blanda. Implacable y temida, era la designada para trasladar a las detenidas a la Dirección de Informaciones Policiales, DIP. Las mujeres se resistían a ir todo lo que podían. Habían tenido experiencias suficientes para entender que la Maldita las llevaba al interrogatorio y la tortura. Musa Azar les hacía llegar mensajes. Con Cristina Torres, llevada desde el penal a la DIP para ser torturada y violada, por ejemplo, envió al regreso una amenaza para Alcira y una compañera. «Ustedes son las próximas», resonaba en los oídos de las mujeres. Así era imposible descansar, dominadas por la tensión y el terror.

Musa se paseaba con el gobernador por el patio de la prisión. Alcira pudo verle a Juárez sólo los zapatos, bien lustrosos, pero escuchó bien cuando Musa le decía, señalando su celda: «Aquí esta la hija de Gigho». Así le decían a su papá.

Si Cejas era cruel, Alcira guarda un recuerdo aún peor de otra guardia, Marta Villalba. Un día, Alcira se descompuso. Sentía que no podía respirar y pidió ayuda, pero se desvaneció. Cuando recuperó la conciencia, tenía sobre su cuerpo a Villalba, que le frotaba los pechos con fruición. Alcira la empujó con fuerza y gritó... La guardiana le dijo que sólo trataba de reanimarla masajeándole el corazón...

Desde entonces, Alcira rechazó hasta la posibilidad de ir al recreo, donde podía charlar y acercarse a otras internas, además de tener contacto con el cielo y algo de sol. Cuando volvían a los pabellones, tenía que someterse a la requisita de Villalba, que de nuevo la vejaba.

Había en la oscuridad un alma buena que trataba de proteger a las chicas.

Era una monjita italiana de la Orden de las Doroteas, la hermana Aldina Bettoni, que las escuchaba y denunciaba las revisiones violentas e innecesarias y otros malos tratos. Pero las requisas no se detenían ni siquiera ante una religiosa. La hermana fue también objeto de humillaciones cuando visitaba como siempre, dos veces por semana, a las detenidas.

Había nacido en Parma, y en Santiago del Estero, ni bien supo que había niñas menores en la cárcel, quiso asistirles. Consiguió enseguida el permiso del obispo, pero un coronel le dijo que para hacerlo tenía que renunciar a su ciudadanía italiana y nacionalizarse argentina. La hermana Aldina no lo dudó, y lo hizo enseguida. Daba contención espiritual, pero también entraba y sacaba información de la cárcel para tranquilidad de las familias, y hacía gestiones a favor de las internas. Una vez, denunció ante el jefe del Batallón de Inteligencia, Virgilio Correa Aldana, la reclusión en celda de aislamiento de una de las presas. Cuando volvió al penal, la vejaron durante la requisa y Marta Cejas, la mujer de Musa, la mantuvo encerrada durante cinco largas horas en una habitación. Cada vez que la hermana dejaba el penal, su cara y su espíritu se ensombrecían.

Lo que colmó el vaso fue su protesta por el traslado a la DIP y la violación de Cristina Torres, una secuestrada con quien los represores y el gobierno juarista se habían ensañado especialmente. A partir de eso, Correa Aldana la amenazó. Y la religiosa notó que comenzaban a seguirla desconocidos, en actitudes intimidatorias. Querían que abandonara su labor.

Detrás de las rejas, las mujeres le contaban todo y ella escuchaba y atesoraba esos relatos. «Olvídense, hermana», le pedían después de desahogarse. «La comprometemos». Pero Aldina ya estaba comprometida. Una mujer valiente entre mujeres sometidas, algunas casi niñas, que la recuerdan como «la gotita dulce de esa amarga vida».

La indefensión dentro de la prisión era absoluta, y no únicamente para las presas por razones políticas. Cristina Torres recuerda que el ministro de Gobierno Robin Zaiek, que la había vejado retorciéndole los pezones, se hacía llevar menores de edad detenidas por contravenciones desde la cárcel para participar en fiestas sexuales los viernes por la noche y que las chicas regresaban los domingos en estado deplorable.

No todos los religiosos tenían el comportamiento de la monjita protectora. Un cura, capellán del Ejército, el padre Carlos, se acercaba a las presas cuando buscaban su ayuda para preguntarles primero si se habían acostado con sus novios, y después, para recomendarles que les dieran toda la información que tuvieran a los militares.

Ya desde Italia, años más tarde, la hermana Aldina envió una carta a Santiago del Estero recordando su trabajo en la cárcel. «Lo hice con tanto amor que me sentía feliz. Firme en mis propósitos y con ningún miedo», escribió poco antes de morir en el 2012.

Los orígenes y la hija del piloto

Las tareas de inteligencia sobre la población de Santiago del Estero formaban parte de la historia local. En 1952, durante el primer gobierno de Carlos Juárez, que se declaraba nacionalista y cristiano, había en la provincia una coordinación de informaciones, delegación de la SIDE nacional, que se

encargaba de monitorear las actividades de los santiagueños sospechados de marxistas.

A partir de 1972 el paisaje de Santiago se militarizó. Con el traslado del Batallón de Ingenieros 18 de Mendoza a la capital provincial, más de mil efectivos pasaron a revistar en el territorio. El año anterior el gobernador militar había creado la DIP o D2, el Departamento de Informaciones Policiales. Cuando asumió como gobernador democrático, Carlos Juárez no lo disolvió. Todo lo contrario, lo utilizó para dos fines por igual: castigar a los comunistas y vigilar a sus opositores políticos, tanto a los de partidos rivales como a los de la izquierda peronista.

Antonio Musa Azar entró a la Policía en 1956 y ya en 1972 formaba parte de la DIP. Juárez lo ungió hombre de confianza y lo envió a la Escuela de Guerra. A su regreso, fue promovido a comisario y tuvo a su cargo la DIP y la Dirección de Seguridad. Fue durante la dictadura que lo ascendieron a comisario general.

Las primeras épocas de la represión en la Santiago del Estero de los años 70 no fueron de vacas gordas para los represores. Si no fuera por lo tenebroso de sus consecuencias, algunas características de la sociedad provinciana hacen que parezca una comedia del absurdo. Los torturadores en aquellos años eran policías jóvenes, que al no tener adónde llevar a sus víctimas, recalaban en comisarías cuyos oficiales a veces no comulgaban con los métodos y los echaban de mala manera. Un integrante del grupo, de apellido Taratchuk, llegó entonces a prestarles el comedor de su departamento frente a la Estación Belgrano para que lo usaran de base. Epiléptico, solía caer al piso con convulsiones en medio de una sesión de tortura y sus compañeros trataban sin éxito de arrancarle la picana de entre sus dedos. Una picana casera que le encomendaron fabricar a un tal Soli, un poblador de La Banda al que apodaban el «Loco».

Francisco «Pancho» Laitán, el violador de Alcira y otras mujeres, también prestaba su finca cercana a Santiago para menesteres represivos. Su casa, de dos habitaciones, fue un verdadero centro clandestino de detención y torturas, luego reconocido por sobrevivientes.

Algunos de los integrantes de la patota tenían otras ocupaciones, que permitían que sus caras fueran reconocidas por los secuestrados. Noli García, uno de los que detuvo ilegalmente a Alcira, era cantante del conjunto de música melódica Las Sombras Azules. El grupo musical debía su nombre al color de los uniformes policiales y a la oscuridad de las tareas ilegales que realizaban. Las Sombras Azules tenían una rivalidad con Octubre, otra banda integrada por estudiantes del Partido Comunista. Uno de sus integrantes, Alfredo Bossi, llegó a estar por lo menos tres veces detenido por el grupo de cazadores de «zurdos».

Finalmente, el gobernador se avino a otorgar un presupuesto para represión y las cosas mejoraron para los policías. Obtuvieron sede, armas y carta libre para moverse. Los métodos incluían la detención sin orden judicial, la tortura y reclusión en centros de la DIP y los simulacros de fusilamiento. En los meses previos al golpe de Estado del 76, los hombres del juarismo tuvieron que someterse a la autoridad de facto de los militares del Operativo Independencia.

Hubo una continuidad entre las dictaduras y los gobiernos de los Juárez

en cuanto al sistema represivo, a pesar de que en cantidad de víctimas indudablemente el período del 76 al 83 supera ampliamente a los otros. Sin embargo, por ejemplo, algunos militantes secuestrados en el 76 ya habían sido detenidos en democracia, bajo el gobierno autoritario de Juárez y su mujer Nina. Paradójicamente, la primera dama terminó encarcelada después del 24 de marzo, vigilada por el que había sido la mano derecha de su marido, y volvería a serlo, Musa Azar. Juárez, entretanto, tuvo que exiliarse precipitadamente.

La llegada a Santiago del Estero de los militares del Operativo Independencia había generado contradicciones dentro de la estructura de seguridad. El general Antonio Domingo Bussi, que comandaba la represión en la zona desde Tucumán se quejó de que no había suficiente colaboración por parte de las fuerzas policiales santiagueñas. Durante los juicios por crímenes de lesa humanidad, este enfrentamiento soterrado se reveló cuando Musa Azar intentó descargar responsabilidades de homicidios y torturas sobre los mandos militares. «Si no obedecía, me volaban la cabeza», dijo.

Alcira no fue la única jovencita secuestrada en los 70 por Musa Azar y sus hombres a pesar de la pertenencia de su padre al círculo íntimo del poder provincial. De hecho, otra de las víctimas fue Margarita Urtubey, a la que todos llamaban la Magui. Era la hija del director de Aviación Civil de la gobernación, es decir, el piloto personal del gobernador y su mujer.

Magui era una estudiante secundaria que había abrazado, como Alcira, la militancia a partir de la pelea por reivindicaciones escolares. Después, se había enrolado en la Juventud Guevarista, rama juvenil del PRT ERP. La ayuda a los despojados de todo por las inundaciones del 74 llevó a la Magui a los barrios. Se daba cuenta de que no sólo había que conseguir ropa, muebles para toda esa gente, útiles y libros para que estudiaran sus hijos, sino más derechos. Por eso, quiso militar por una transformación social, aunque esa militancia tenía sus limitaciones. La misma Magui relata que su compromiso era entusiasta pero que, por su edad, no estaba dispuesta a asumir las medidas de seguridad que requería el auge de la represión. Por eso, decidió dejar de militar e irse de su casa. La clandestinidad duró un año. Cuando volvió, en diciembre de 1975, creyó con toda ingenuidad que nadie iría a molestarla porque ya no militaba. Y que ya había pasado lo peor.

Al padre de Magui Urtubey se lo llevaron de su casa después de su regreso del Operativo Independencia. Fue una noche de febrero de 1976, sin dar explicaciones. Después de un tiempo pudo saberse que lo acusaban de haber participado con un helicóptero en operaciones de la guerrilla, sólo porque había sido avistado un helicóptero y el único de la zona era el piloteado por Urtubey. Fue trasladado al epicentro de la represión en el noroeste, la provincia de Tucumán. Ahí lo torturaron e interrogaron. Casi no le daban de comer. Con treinta kilos menos, a los sesenta días, fue abandonado malamente herido en las proximidades del dique El Cadillal. Le costó mucho recuperarse, sobre todo porque tuvo que lidiar además con la detención de su hija, ocurrida al día siguiente de la suya.

«Cuando me llevaron de casa, delante de mi mamá, no sabíamos adónde se habían llevado a mi papá, ni quiénes lo habían secuestrado. No sabíamos si estaba vivo o muerto», explica Magui. La interrogaron en el SIDE, simplemente a la vuelta de su casa de la calle Alsina, que quedaba a cinco

cuadras del centro de Santiago. Fueron tres días de incomunicación total. Como Alcira, pensó que su paso por allí sería corto. No se imaginaba que su militancia juvenil pudiera merecer un castigo tan cruel.

Tanto su mamá, Hebe, como ella, reconocieron a Ramiro López y a Tomás Garbi, además de Musa Azar, entre los que irrumpieron en su casa. No era extraño, tratándose de la familia del director de Aviación Civil, el encargado de todos los traslados aéreos de funcionarios. Tal vez por la inconsciencia del peligro, porque no creía todavía que nada malo pudiera provenir para ellas de un gobierno del que formaban parte, Hebe tomó una decisión temeraria.

La mujer sospechó que su hija había sido llevada a la DIP «porque decían que a todos los llevaban allí» y se presentó simplemente en el chalet, tocando el timbre. La atendió Garbi, y le negó que Magui estuviera allí. De todos modos, ella insistió y le acercó ropa (se la habían llevado semidesnuda) y comida. «¿Qué quiere, que le entregue una bombacha con sangre?», le preguntó el represor. Aun en plena dictadura, en la DIP seguía funcionando una oficina de atención al público.

Cuando después de pasar por el juzgado, Magui fue trasladada a la cárcel de mujeres, Hebe recibía noticias de su estado a través de la hermana Aldina. En el penal, al principio sola y encerrada luego con otras adolescentes, Magui fue víctima y testigo de requisas vejatorias, manoseos y amenazas.

La redada en que se llevaron a un grupo de adolescentes como ella, de la Juventud Guevarista, es recordada como la Noche de los Lápices santiagueña. Gladys Domínguez, de 16 años, fue secuestrada con su hermana de 14 años y su primo de 13. Su novio Feliz López Saracco también fue secuestrado y nunca reapareció. Se llevaron a Susana Muxi, Silvia Gardella y Walter Bellido, lo que transcurrió en realidad entre el 15 de julio de 1975 y el 7 de febrero de 1976. En total, alrededor de veinte jóvenes, la mayor parte de entre 14 y 17 años fueron secuestrados y torturados entre el 15 de julio de 1975 y el 7 de febrero de 1976. ¿Cómo empezó todo?

Una carta anónima había llamado la atención de Musa Azar. «Señor Jefe de Policía, como buen ciudadano es mi deber informarle que como vecino de la plaza Independencia veo con frecuencia un grupo de jóvenes que se reúnen contando entre 3 o 4 personas, una vez que pasé al lado de ellos estaban leyendo la (revista del Ejército Revolucionario del Pueblo) *Estrella Roja*. Para mayor dato los mismos se reúnen por las tardes como a las 7 horas».

El traslado de Magui a la cárcel de Devoto se hizo en un avión donde la esposaron con otra prisionera que fue golpeada y perdió el conocimiento. Los insultos y las amenazas de arrojarlas al vacío las acompañaron todo el trayecto.

Cuando un juez determinó que cumpliera los últimos cuatro meses de una condena de tres años en el Hogar de Púberes de Santiago del Estero, Magui no se tranquilizó. Las cosas aún estaban difíciles en cuanto a la represión. Las condiciones de detención se habían endurecido con la llegada de los militares al poder, y llegaban noticias constantes de secuestros, desapariciones y muertes. A partir de marzo de 1976, las mujeres detenidas no tuvieron acceso a abogados ni defensa alguna. Los defensores oficiales solamente buscaban perjudicarlas.

Al salir en libertad, todavía en plena dictadura, en las navidades de 1977, eran «muertas civiles», dice Magui.

«Mucha gente de nuestras familias nos daba la espalda, y personas que nos habían visto crecer pensaban mal de nosotras. Se habían olvidado de que nos conocían desde siempre». Incluso su hermano sufrió discriminación en la escuela por su causa. Magui no entendía por qué. «En mi caso, me he sentido como una hoja al viento y a expensas de gente maligna». Era una paria. No había terminado el quinto año, y no la aceptaban en ninguna escuela. Pudo finalmente rendir libre en una escuela del Chaco y luego ser aceptada en la Universidad Católica donde estudió Ingeniería en Sistemas.

El conservadurismo cuasi feudal de Santiago del Estero ha causado que las mujeres sientan todavía como un estigma lo atravesado, con una intensidad que llevó a abogadas querellantes y al tribunal que juzgó a los responsables y ejecutores de la represión ilegal a instar a la prensa a no identificar a aquellas que denunciaron en las audiencias haber sido víctimas de violencia sexual. Uno de los querellantes llegó a pedirle al tribunal que prohibiera que la prensa publicara las declaraciones de los testigos. La abogada Julia Aignasse señaló que la publicación de las fotografías de mujeres vejadas «pone a la víctima en una situación de perniciosa exposición que podría perjudicarla a ella y a su familia». Y finalmente los jueces recomendaron evitar «detalles escabrosos y tratar con prudencia aquellas declaraciones de sobrevivientes mujeres donde se pudieran ver menoscabados aspectos de su vida personal».

La vergüenza y la culpa confunden. Y la estigmatización está dirigida a las víctimas y no a los violadores. Una testigo, cuando fue interrogada acerca de los vejámenes sufridos, dijo al presidente del Tribunal: «Doctor, yo tengo tres hijos».

Magui dice que la discriminación social para las ex detenidas duró hasta no hace tanto. «¡Qué manera de manipular la conciencia!», se indigna.

La reivindicación de las mujeres y niñas santiagueñas vejadas llegó en el 2012, cuando el Tribunal Oral Federal que ya había juzgado a miembros del grupo por el secuestro, tortura y secuestro de Cecilio Kamenetzky, condenó por los delitos de violación sexual y abuso deshonesto a Musa Azar, Miguel Tomás Garbi, Francisco Antonio Laitán y Ramiro de Valle López Veloso. El tribunal aceptó la ampliación de imputaciones, porque los delitos sexuales no estaban incluidos en el pedido de elevación a juicio.

El fallo es histórico en más de un sentido. Reciben condena por el abuso deshonesto, en perjuicio de un detenido varón, Ramiro del Valle López Veloso como autor directo de abuso sexual sin penetración y sus superiores Musa Azar y Tomás Garbi. En el caso de las mujeres, del mismo modo fueron considerados culpables los perpetradores y sus jefes. Merece la pena transcribir un párrafo de los fundamentos del fallo.

«Mercedes Cristina Torres y Alcira Chávez fueron accedidas carnalmente, conforme se acreditó en autos, y ese acceso carnal fue posible en tanto, no solamente se utilizó la violencia física sino que las condiciones clandestinas de detención, sometimiento y vejámenes a las que fueron sometidas hicieron imposible el ejercicio de algún tipo de resistencia. Tales circunstancias eran

plenamente conocidas por sus autores materiales y eventuales autores mediatos, en tanto eran los mismos sujetos que las mantenían en cautiverio. También se ha podido acreditar que en la ejecución de los asaltos sexuales, los autores materiales y mediatos se encontraban con relación a las víctimas en una relación desigual de poder, generada por el cautiverio prolongado y los tormentos sufridos y la amenaza latente de muerte o mayores sufrimientos.»

El violador Laitán intentó defenderse alegando que la descripción física que de él había hecho la víctima —en cuanto a que era gordito, petiso y con perfume— no coincidía con sus características ni con sus hábitos, y tampoco admitió que estuviera presente por la noche. Trató de culpar a Noli, un miembro de la patota ya fallecido.

Con los años, las cosas fueron ocupando su lugar...

Alcira Chávez se convirtió en una referente de las luchas populares santiagueñas. Magui Urtubey trabajó en la Universidad, en programas referidos a pueblos originarios. Luis Garay fue designado presidente del Instituto Espacio para la Memoria, y Cristina Torres, de la Asociación por la Memoria y la Justicia, además de delegada de la Secretaría de Derechos Humanos.

Musa Azar, en cambio, cumple sus tres condenas a prisión perpetua en una cárcel común. Canoso y enjuto, es la sombra de aquel personaje monstruoso que aterrorizó durante décadas a la provincia entera.

4. Miriam Lewin entrevistó a Musa Azar en prisión para el programa televisivo Puntodoc, en 2003 .

SEIS

Hombres vencedores, hombres vencidos

«El cuerpo de las mujeres es la arena donde los hombres dirimen quiénes entre ellos son los vencedores y quiénes los vencidos».

INÉS HERCOVICH socióloga

La violencia sexual contra las mujeres en los centros clandestinos de detención lleva implícito un mensaje no dirigido únicamente hacia ellas. La violación y el abuso en sus diferentes formas son actos terroristas cometidos desde el aparato estatal con el objeto de sembrar miedo indiscriminadamente.

No se trata sólo del mensaje brutal que las castiga por haberse salido de los moldes que la sociedad patriarcal les adjudica: hijas, esposas, madres y amantes. El terrorismo sexual es un arma de guerra con varias funciones.

En principio, el perpetrador le está diciendo a la mujer víctima: «Yo te castigo por haberte rebelado. Te someto, poseo tu cuerpo como y cuando quiero. Te vencí, sos mía».

El otro destinatario —sea testigo ocular, como en las más brutales de las guerras, donde las violaciones se ejecutan en público o no— es el varón, el enemigo a vencer y humillar. «Me apropio de tu hembra, de tu compañera. Mirá cómo la penetro y la someto. Te denigro, porque no tenés ninguna posibilidad de defenderla y de salvarla.»

Y por último, le dice a la mujer violada: «¿Ves cómo acá soy el único macho? ¿Ves cómo tu hombre no te garantiza la seguridad porque no es valiente, ni viril, y cómo lo reduzco a la abyección más absoluta?»

Cuanto esto sucede algo se quiebra en la imagen del macho protector y proveedor que es imposible vencer por más que se pretenda asumir ideologías liberadoras.

Del mensaje del enemigo victorioso, siempre algo queda. Y eso produce un resentimiento que en la mayoría de las veces, la mujer no puede superar. De hecho, los profesionales de la psicología refieren que cuando un hombre presencia una violación de su novia o su mujer, difícilmente la pareja subsista, aunque a veces la culpabilización parta del varón.

«No me pudo *perdonar*», explican las violadas abandonadas por sus parejas. O por el contrario, «Gracias a Dios, él me *pudo perdonar*», si el varón agraviado decide no disolver el vínculo.

Una militante del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) chileno relata que, veinticinco años después de haber estado detenida en el Estadio Nacional, en los días siguientes al golpe de septiembre de 1973, un compañero le dijo, después de abrazarla emocionado:

—¿Te acuerdas de cómo protestamos cuando esos *jueputas* de los milicos nos quisieron hacer comer ratones?

—Sí. Y me acuerdo también de cómo me violaron delante de ti y tú te

callaste —le respondió ella.

El hombre, que segundos antes le recordaba a la mujer una acción de valentía, se puso de rodillas y se abrazó a sus piernas. Le pidió perdón cinco lustros después, por su cobardía. La pregunta es si él habría podido rebelarse. ¿De qué manera esperaba la mujer que la defendiera? En esa recriminación de ella, también hay una victoria de la represión y un mandato cultural de siglos.

Las mujeres les piden a sus hombres que las defiendan como Laurencia, en su monólogo brutal de *Fuenteovejuna* (5), que después de haber sido violada, se dirige a los varones del pueblo y les dice:

«¿Qué hacéis aquí, maricones, hombres sólo en la apariencia, en conversación infame, que no sentís vuestra afrenta? ¡Que a vuestros ojos un hombre haga torpe y loca presa en una frágil mujer, en una vecina vuestra! ¡Que os lleve con ella la honra, y que no tengáis vergüenza de vivir y no vengaros!»

La Laurencia de Lope de Vega llega a denigrar a sus vecinos, instándolos a vestirse de mujeres y dedicarse a tareas domésticas, propias de «hembras», si no pueden vengarla. «El que hombre fuere, mis agravios sienta», concluye.

En una recorrida por un ex centro clandestino de torturas en Buenos Aires —acompañando a un juez— un ex detenido desaparecido se quebró cuando reconoció el lugar donde su esposa había sido violada tres veces.

No lloró cuando pasó por el recinto donde le aplicaron picana eléctrica, ni en el calabozo donde lo mantuvieron cautivo. Pero no pudo contenerse cuando recordó la más profunda de las humillaciones a la que fue sometido durante su secuestro: la violación de su compañera.

En su primera visita al Pozo de Banfield, el sobreviviente de la Noche de los Lápices, Pablo Díaz, explotó en un llanto incontenible cuando llegó a la celda donde estaba María Claudia Falcone, una de sus compañeras, con la que había iniciado en cautiverio una relación amorosa platónica. Antes de ser legalizado, había pedido a los guardias ver a María Claudia.

«Cuando me llevan a verla, ella me dice que ya no podía ser mi mujer, porque la habían violado. Que ya no podíamos estar juntos. Esto no me extrañó, porque cuando nos llevaban a bañarnos, María Clara Ciocchini (otra de las chicas secuestradas y desaparecidas) gritaba desde su celda: “No me toquen más”, y se golpeaba la cabeza contra la pared. Decía que quería suicidarse».

¿Qué hacer?

¿Qué sentían, qué postura adoptaban, cómo procesaban y sufrían los varones la violencia sexual desatada sobre las mujeres en los campos de concentración argentinos, especialmente en la ESMA, adonde tuvo características simbólicas tan singulares?

Miguel Ángel Lauletta es uno de los sobrevivientes de ese campo de concentración. Por sus tareas específicas que le generaban proximidad con

los represores, tuvo más oportunidades de ser testigo de los avances sexuales desembozados de los marinos sobre las prisioneras. Y a raíz de eso, fue receptor de consultas y confesiones por parte de ellas.

Miguel fue secuestrado en 1976 y fue destinado por los marinos a la falsificación de documentación en el sótano de la ESMA. «La primera que vino a verme con un planteo así fue Laura Di Doménico, la Gallega Pilar», dice. «Me preguntó qué hacer, porque tenía avances sexuales de parte de Whamond (Francis William Whamond, alias el Duque, uno de los jefes del centro clandestino). Yo le dije que hiciera lo que tenía que hacer. No había espacio para hacer otra cosa. “Mirá para el techo, para el costado, leé una revista”, le dije. Ella sabía que la iban a matar, estaba sospechada de haber participado en el atentado contra el comisario (Alberto) Villar. Era boleta».

¿Tuvo Lauletta alguna reacción en especial o una sensación de rechazo frente al relato de su compañera de cautiverio?

—A mí esto no me provocaba ninguna reacción. Las mujeres no podían hacer nada para resistirse —responde.

Lauletta era resistente —según él mismo dice— de que no había escapatoria para Pilar. Que una negativa podía significar que los milicos pensarán que la Gallega era «irrecuperable» y, por ende, la aceleración de su inmediata eliminación física. Transar y negociar, según él, le abría una remota posibilidad. Era una «estrategia» para minimizar los daños y quizás, en el mejor de los casos, sobrevivir.

El sexo con el represor, en un contexto de amenaza de muerte constante, era una violación, pero no había forma de eludir ese mal trago. ¿Hubo consentimiento? De ningún modo. La mujer cedió su sexo a cambio de no morir. No se necesita pensar demasiado. Se puede decir que sí hubo consentimiento si se considera como expresa el Diccionario Ideológico de la Lengua Española de Julio Casares, que *consentir* «es ceder a la voluntad de otro manteniendo cierta reserva, rechazo, distancia con el acto. *Consentir* implica una renuncia al propio deseo a cambio de algo más valorado en ese momento, que aquello a lo que se debe renunciar».

En este caso, la supervivencia era la razón fundamental.

Durante el juicio de la megacausa ESMA dos, Lauletta habló —como testigo— de Laura Di Doménico, aquella Pilar que le confiaba sus temores durante su cautiverio en la ESMA. Y sacó una conclusión —tranquilizadora para él— que se arriesgó a decir en público.

—Seguramente la compañera no se acostó con Whamond. De otra manera, hoy estaría aquí. Y no está.

Miguel Ángel Lauletta no pudo escapar a la expectativa machista que tiene la sociedad frente la violencia sexual contra las mujeres, aunque algunos no lo digan abiertamente. La mujer tiene el deber de resistirse al ataque sexual o al abuso con fuerza. Tiene que defender sus genitales y su honor, aunque en ello le vaya la vida. De otro modo, la justicia masculina o el imaginario del macho no considera que el hecho sea una violación. Lauletta debió sentir que así le rendía un homenaje *post mortem* a su compañera Pilar, que se encuentra desaparecida. Se resistió a tener relaciones sexuales y por eso la mataron, dijo.

Inés Hercovich es socióloga, docente de la Universidad de Buenos Aires y estudiosa de la violencia sexual. Según Hercovich —que entrevistó a un centenar de mujeres violadas para la realización de un esclarecedor análisis de las actitudes masculinas frente a la violación— a la mujer se le ha venido demandando resistencia, heroicidad ante la perspectiva de una agresión sexual. Para creerle a una mujer, los jueces pretenden que demuestre que fue lo suficientemente clara en la defensa de su «tesoro», de su «honor», de sus genitales, de la penetración. Con violencia, si es necesario, debe comunicarle de manera indiscutible al macho que lo rechaza. Si no lo hizo, entonces, no hubo violación. El varón pudo haber entendido que el suyo era un *no* histórico, por eso de que «las mujeres dicen no, cuando en verdad quieren decir sí».

Se le exige a la mujer que ponga en riesgo su vida para salvar su vagina. Si tiene marcas, moretones, si está gravemente lastimada, entonces sí se puede decir que fue violada.

¿Por qué no se le pide, por el contrario, incluso se le desaconseja, que se resista a un robo para salvar su vida y sí se espera que lo haga ante una violación? ¿Por qué se inviste de un valor supremo el sexo de la mujer, a tal punto que se le impone que arriesgue su supervivencia para defenderlo? ¿Será porque se trata de una propiedad de los varones de su tribu?

Inés Hercovich dice que en la sociedad hay un estereotipo de lo que se cree es una violación. Pocas veces, señala, la realidad se acomoda a este preconcepto. Casi nunca el violador es un desconocido que salta desde las sombras en un callejón y ataca. La mayoría de las violaciones las comete un familiar, un amigo, un vecino. Alguien que cierra con llave un departamento, que frena el auto en un lugar apartado y traba las puertas. La víctima percibe una amenaza que pone en riesgo su vida. Sabe que ese hombre puede tornarse incontrolablemente violento y no quiere saber hasta dónde puede llegar en el ejercicio de la fuerza. Y en general, ella negocia. Hace lo necesario para salvar su vida.

Laura, una colaboradora de Hercovich que fue violada a los 16 años por dos policías que la subieron a un Ford Falcon verde en 1975, en pleno auge de la Triple A, recuerda que lo único en lo que pensaba era en cómo hacer para que no la mataran.

Si la mujer negocia y no se resiste, si privilegia salvar su vida sobre su sexo, si desarrolla estrategias y calcula que es lo que le provocará menos daño de acuerdo a su subjetividad y experiencia (por ejemplo, lograr que la penetración sea sólo vaginal o en el caso de una virgen, lo contrario, que no la obliguen a practicar sexo oral, o a besar, o a reducir el número de violadores si los atacantes la abordaron en grupo), entonces, pesará la duda sobre la legitimidad de su denuncia.

Y para la sociedad, lo que le ocurrió no será una violación.

Hasta las mismas mujeres llevan dentro de sus mentes esa representación «clásica», plana, en blanco y negro de la violación: un desconocido, violento, que la ataca y la fuerza. Si la relación no se ajusta al modelo dominante, si el violador es como en un alto porcentaje de los casos reales un conocido, una cita, un familiar, ella misma —la víctima— se interroga: ¿Fui violada verdaderamente? Y llega a sentirse culpable.

«Una vez, nos pusieron a trabajar juntos en unas desgrabaciones a “Chito” (Lisandro Cubas), a Anita Dvantman y a mí», recuerda Lauletta. «Y ella me preguntó: “¿Cómo se hace para *coger* con grilletes?” Yo me quedé mudo y le contesté con sorna: “¿Querés que te enseñe?” Era claro lo que estaba pasando».

Anita, en ese momento, estaba iniciando un vínculo con el marino Jorge Radice, en un marco de amenaza de muerte permanente. La suya, una de las relaciones más duraderas fuera de las paredes del centro clandestino, se inició en condiciones tales de vulnerabilidad y disparidad, que Anita, reducida a la esclavitud en el sótano, era obligada a usar permanentemente grilletes.

El silencio de las mujeres asombra a Lauletta. «Yo no entiendo por qué las compañeras no hablan. Por eso, me provocó una gran admiración lo que hizo Quica (Sara Osatinsky), al denunciar que había sido abusada sexualmente por el gordo Selva (el prefecto Héctor Febres). Fue una lección para nosotros. Una lección de sabiduría. No niego que me sorprendió. Yo no lo esperaba. Pero ¿por qué callar? Mirá lo del libro de Miguel Bonasso. Todos sabemos quién es “Pelusa” y que las cosas no fueron como las cuenta en el libro».

Lauletta se refiere a la novela de Miguel Bonasso *Recuerdo de la muerte*, que marcó la primera difusión masiva en forma de ficción de lo que había ocurrido dentro de la ESMA, hasta ese momento el centro clandestino de detención más conocido, pero también el más misterioso, aquel sobre el que más leyendas negras habían circulado.

Bonasso se basó en el relato de Jaime Dri, un sobreviviente y militante de Montoneros, que se fugó cuando lo llevaron a la frontera con Paraguay, con la intención de que reconociera militantes que intentaran entrar o salir de la Argentina.

El libro, escrito en 1983, está atravesado por una visión machista, y algo maniquea, tal vez —hay que admitirlo— propia de la época.

Miguel Bonasso habla del amor del protagonista por Elena —Rosario Quiroga—, otra prisionera, a quien ve inmaculada, incontaminada por el entorno. Vierte apreciaciones impiadosas y desvalorizadoras por el contrario sobre Lucy —Mercedes Carazo— y de sus «amoríos» con el torturador —y ex agente de Inteligencia— Antonio Rata Pernías, y menciona al pasar a Nilda Actis, Munú, a quien supuestamente el grupo de tareas habría secuestrado por ser «amante» del dirigente montonero Norberto Habegger.

Munú dice que nunca conoció a Habegger. Pero Bonasso asegura en el libro que los marinos descubrieron, además, que esta había sido «una relación sin importancia». Y es esa misma cosmovisión la que lleva al autor a «proteger» la identidad del único personaje que no lleva su nombre o *nom de guerre* real en el libro: «Pelusa». Bonasso la protege, porque esa mujer, acosada largamente por el Tigre Acosta, finalmente cede a cambio del rescate y la libertad de sus dos hijos, que habían sido tomados como rehenes por el Ejército. En la novela, el autor los menciona como «un hermano menor», pero se trataba en realidad de sus hijos pequeños. Esa sobreviviente aún no ha podido declarar públicamente sobre el abuso sexual sufrido, y nunca lo denunció.

Miguel Bonasso, consultado para este libro, respondió de forma

terminante y escueta: «“Pelusa” es el único nombre de fantasía en *Recuerdo de la muerte*. Por una razón que niega precisamente mi presunto machismo: proteger una identidad. Así que no den por sentado que “Pelusa” es esta persona u otra, porque lo voy a desmentir». Se negó a responder más preguntas con el argumento de que estaba escribiendo un libro sobre la ESMA donde revelaría todo lo que no dijo en *Recuerdo de la muerte*.

La naturalización de la violencia sexual ejercida sobre las prisioneras no era general por parte de todos los miembros de las Fuerzas Armadas y de seguridad. Había algunos, sin embargo, que no la toleraban, y eran considerados por sus camaradas como «chapados a la antigua».

Miguel Ángel Lauletta pudo experimentarlo durante una de sus primeras visitas familiares.

«Un fin de semana me llevaron a la quinta de mis suegros para visitar a mi mujer. Me iba a quedar más de un día. Me llevó Chispa (el prefecto Gonzalo Sánchez) y con él iba una compañera secuestrada, como si fuera lo más natural del mundo. Cuando llegamos, repartieron las habitaciones. A mi mujer y a mí, una con baño. Y Chispa se iba a acomodar con la chica en un quincho cerrado, que tenía una cama. Pero mi suegro se indignó y le dijo: “Usted no puede mantener relaciones con una prisionera. ¡Y menos acá en mi casa!” Mi suegro era comisario mayor retirado de la Federal, y eso para él estaba fuera de toda ética y de toda moral. No podía aceptarlo. Chispa no reaccionó, bajó la cabeza, y me dijo en voz baja: “Te dejo acá, te paso a buscar el domingo”. Ojo, que mi suegro no era especialmente valiente como para enfrentarse a los del grupo de tareas, ¿eh? De hecho, cuando los marinos me llevaron a mí, a los pocos días él acompañó a mi mujer a la casa a buscar pañales para la nena. Vio todo destruido, las plantas fuera de las macetas, todo dado vuelta y le dijo “Vámonos, que si nos encuentran acá, nos matan”. La casa fue allanada de nuevo y zafaron por casualidad. Pero que un oficial se acostara con una prisionera en su casa, iba más allá de lo que podía soportar».

Este tipo de «moralina», no era compartida por los integrantes del grupo liderado por Jorge Acosta, el Tigre. «Una vez, el Tigre me dijo en la celebración de un cumpleaños en el Sótano: “Mirá qué buena que está esa morochita”. Yo me quedé mirándolo. Hablaba como si realmente estuviera en una fiesta...» ¿Qué pensaba Lauletta cuando los represores se llevaban de Capucha o del Sótano a las mujeres?

«Al principio ellos sacaban a las compañeras a cenar solos. Iban sólo con mujeres. Después, fueron ampliando la cosa a algunos varones. Pero al principio, a quintas y restaurantes, se llevaban mujeres solas. Harían sus cosas...», sospecha Lauletta.

«Aun cuando se haya revestido de consentimiento, aunque la compañera dijera que lo hacía voluntariamente, no tenía posibilidad de elegir. Ahí no intervenía la voluntad de tu parte. Hacías lo que ellos te proponían. Si el Tigre te hubiera tocado el culo, ¿qué ibas a hacer?»

Cuando Lauletta se decidió a testimoniar, buscó el amparo de la Iglesia, y dentro de ella, del sector que había sufrido en carne propia de manera sangrienta la represión en la iglesia San Patricio, la Orden de los Palotinos,

donde habían asesinado a tres sacerdotes y dos seminaristas. Esa orden lo contactó con un ex religioso que había estado también detenido, que lo acompañó en su peregrinaje por distintos organismos de derechos humanos.

«Una vez, el ex cura me dijo, hablando de este tema: “Que los compañeros no hayan resistido la tortura, se puede comprender. Pero las compañeras... son todas putas”. Yo traté de explicarle, de convencerlo de que no habían tenido otra salida, pero no fue posible».

Para este militante de los derechos humanos, ex integrante de una fraternidad religiosa que fue uno de los blancos favoritos de los militares por su compromiso social, era aceptable y comprensible que el ser humano no tolerara el dolor físico y diera información que condujera al secuestro y probablemente la muerte de compañeros, pero condenable que las mujeres entregaran sus cuerpos. Si lo hacían, eran prostitutas.

Juan Salinas, periodista y ex militante de Montoneros, exiliado durante varios años en Barcelona cuyo hermano Luis —periodista y poeta— sufrió en la Argentina largos años de prisión, tiene una opinión que *a priori* puede parecer distinta.

«Siempre dije que las mujeres tenían la posibilidad de entregar su cuerpo a cambio de no entregar compañeros y compañeras. Entiendo a quienes yacieron con su verdugo para salvar su vida o no tener que entregar la de otros».

Violación sí, delación nunca: en la posición de Salinas, sobresale la falta de comprensión del costo, del dolor, de la humillación y las heridas psicológicas que para una mujer puede implicar la entrega de su cuerpo.

Entrevistado para este libro, Juan Salinas explica su actitud amplia en general, pero rígida con respecto a la Negrita, Graciela García Romero:

«En cuanto a lo sexual, es absolutamente lógico transar, si con eso se salvan vidas, empezando por la propia. Pero en el caso de la Negrita, no sólo entregó su cuerpo (no discuto si Acosta la violó o no; en cautiverio, cualquier relación es técnicamente una violación, pero ella no dijo que Acosta le haya *pegado* para obligarla a tener sexo) sino que colaboró con entusiasmo con la represión. Ella fue una víctima, pero también fue verduga. Fue la mina del Tigre Acosta, que incluso la llevó a Europa (6). Yo no puedo aceptar esta operación de *blanqueo* de la Negrita, que es una impostura. Otros sobrevivientes tuvieron límites». En toda la entrevista, Juan Salinas evita referirse a la situación de cautiverio y de inmensa fragilidad física y emocional en la que se encontraba la Negrita en el infierno de la ESMA, y le exige de manera inquisitorial, que dé «explicaciones» de su vida adentro del campo y de su «relación» con el Tigre Acosta. La acusa de ser la «mina del Tigre», como si el vínculo se hubiera dado en un contexto normal. Y cae — como muchos — en la lógica machista de que el represor «no la golpeó» para tener sexo.

«La pretensión de que todas las víctimas son iguales, es absurda. No hago más que leer testimonios de quienes pasaron cosas más horribles que las que debe haber pasado Graciela, que se pasó de bando sin reservas. Y de golpe, aparece denunciando que Acosta la violó.»

«Hubo otras prisioneras de la ESMA, que tuvieron actitudes más coherentes. Mercedes Carazo, que tuvo una relación con Pernías, no lo acusó de haberla violado. Simplemente dijo que, en cualquier otra circunstancia, no

se hubiera relacionado con él».

Jaime Dri, protagonista esencial de *Recuerdo de la muerte* y sobreviviente de la ESMA y de Quinta de Funes, vive en Panamá desde hace casi tres décadas. Separado desde hace años de Olimpia, su primera compañera y madre de sus dos hijos mayores —quienes también sufrieron los embates de la violenta represión—, es abuelo y padre de un niño de cinco años, concebido con su nueva pareja, una profesora panameña de 36 años. Sonriente, cariñoso, y muy jovial, a pesar de los 72 años que no aparenta, se prestó a conversar en enero de 2014 sobre los temas que conforman este debate.

—¿Sabías que las sobrevivientes se pusieron muy mal con lo que escribió Miguel Bonasso?

—Sí, lo sé... una pena... —respondió, con un tono de resignación, frente a la mención del libro del que fue la fuente principal, como si tratara de marcar una diferencia entre su pensamiento y lo que escribió Bonasso.

«Siempre pensé lo mismo», dice Dri. «Antes y ahora. Para mí, todos los que estábamos allí fuimos víctimas. No hago, ni hice nunca distinciones con nadie. (Dri remarcó especialmente la palabra «nadie»). Ni siquiera con aquellos compañeros o compañeras que no aguantaron la tortura o salieron a operar con los marinos. Ni con aquellos a los que la organización condenó a muerte por “traición”, porque delataron bajo la tortura o fueron parte de los grupos de tareas, como Héctor Pedro Retamar, el Tío, de Rosario».

Frente a la pregunta acerca de cómo reaccionaba frente a las «relaciones» de algunas sobrevivientes con los marinos, Jaime hace unos minutos de silencio. Su rostro se ensombrece, y la sonrisa, un signo de su personalidad, se borra para dar paso a la memoria oscura de aquellos días. «Mirá, no es fácil hablar de este tema. El dolor está vivo como si hubiera ocurrido ayer. Sólo sé que después de mi experiencia en la ESMA, de lo que viví allí adentro, nada de lo que viví afuera me sorprende ni me espanta. Perdí la capacidad de asombro... ¡y pasaron más de 30 años! Sé que no entendía, no me podía explicar racionalmente cómo algunas compañeras concretaban “pareja” con los represores. Pero tampoco nunca juzgué esta conducta y siempre comprendí en qué lugar estaban, el hecho de hasta qué extremos llegaba la perversión y el ensañamiento en la ESMA. Especialmente con las mujeres. En esas circunstancias, todos estábamos secuestrados, pero también sospechábamos unos de otros. Había un clima de permanente desconfianza entre nosotros y también era lógico...»

Y aquí Jaime relata una anécdota que involucra a Ana María Martí y al Tigre Acosta, y que refleja claramente la relación victimario-víctima que se daba adentro del campo. Cuenta cómo Acosta en función de lograr su objetivo de macho y quebrar la voluntad de la sobreviviente deseada, le otorgó mínimos privilegios. «Cuando planifiqué mi fuga, las únicas que lo sabían fueron Elena (Rosario Quiroga) y Chiche (Ana María Martí), con quienes tenía una relación de amistad muy grande. Era una locura, porque los

tres estábamos en manos del enemigo. Si yo me fugaba, ¿hasta qué punto ellas podían protegerme si las amenazaban con sus familias o las torturaban? Sin embargo, en una actitud suicida, me jugué. Yo sabía que la Chiche tenía una gran influencia sobre el Tigre (Acosta) y le pedí que lo convenciera de que me mandara a la frontera con Paraguay a *marcar*, como enviaban a muchos en esos años. El Tigre estaba “enamorado” de Chiche, yo lo sabía, y ella logró que él le dijera que sí. Mi único objetivo era irme a la frontera para escaparme. Y fijate los niveles de fortaleza de las dos, que nunca me denunciaron, y pusieron en juego su vida, porque podían haberlas matado. Cuando después nos encontramos con Chiche en el exterior, yo creí que estaría molesta conmigo, pero sin embargo apenas nos vimos, nos abrazamos muy fuerte. Ella me abrazó con tanto cariño, con tanta fuerza (se le empañan los ojos) y me dijo: ¡“Qué suerte Jaime que pudiste escaparte! ¡Yo sabía que lo ibas a lograr!”».

Jaime Dri vuelve sobre sus pasos. Quiere dejar en claro lo que piensa de las víctimas y además, insiste, «que siempre pensó lo mismo».

«Nunca, ni en aquella época, condené ninguna conducta de las compañeras. Siempre comprendí que para ellas era mucho más complicado. También tuve la misma actitud con los compañeros, por ejemplo en el caso de Caín (Lauletta), que se manifestaba totalmente cambiado y vino a decirme a mí: “Mirá, Pelado, yo te puedo ayudar en lo que sea, pero si sospecho que seguís siendo montonero, te mando al frente, porque yo puse mucho aquí... yo entregué compañeros”. Ni siquiera a él lo juzgo».

En correos posteriores que intercambiamos, Dri hace más acotaciones sobre este tema. «Ahora, me viene a la memoria el caso de una chica de la que no recuerdo su nombre, que “salía” con el gordo Selva (prefecto Héctor Febres). Yo sentía una gran pena por ella. Era una muchacha sin formación política, que no sé ni por qué estaba allí. Y mis sentimientos, al verla con ese tipo, eran de muchísima pena por lo que estaba viviendo. De «Chiche» Martí, yo sabía que la acosaba el Tigre y que él estaba obsesionado con ella, pero sé que ella nunca aceptó sus propuestas, hasta lo que yo supe, hasta que yo me fugué en el 78».

¿Se hablaba entre los secuestrados esta cuestión estando dentro de los campos? «El tema de las violaciones, tanto en Funes (la Quinta de Funes, un campo clandestino que funcionó en Rosario) como en la ESMA no era un tema que se hablara entre los que estábamos allí. Se sabía de las violaciones y de las torturas, pero en los interrogatorios. Pero, fuera de allí, no se hablaba. Por otra parte, yo tampoco veía en ese entonces como una violación la relación que mantenía esta chica con el gordo Selva o la de Lucy con Antonio Pernías. Pero la soledad más absoluta, la indefensión y las ansias de supervivencia, te llevan a vivir, en algunos casos, situaciones como estas. A la distancia, por ejemplo, la relación de Chispa (Gonzalo Sánchez) con Laurita (Norma Burgos, viuda de Carlos Caride, mítico dirigente de Montoneros), no sé hasta qué punto fue un abuso o una violación. Lo que yo veía en ese momento, era una relación de afecto. Además, el Chispa se mostraba quebrado. Y no sé cuánto de simulación había en cada uno de ellos. En realidad, todo esto es muy complicado de analizar...»

Manuel Pedreira tiene 62 años y fue un alto oficial de Montoneros de La Plata. Vivió exiliado en México, y luego en Chile, país del que regresó apenas llegó Néstor Kirchner a la presidencia de la Nación. Su hermano y su primera esposa están desaparecidos. Actualmente, Pedreira es funcionario del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca del gobierno nacional, y vive con su compañera de hace 37 años en los suburbios de Buenos Aires. La pregunta sobre lo que sucedió en los campos de cautiverio con las sobrevivientes y la temática del libro, lo sorprendió. «Tu pedido quizás deberías hacérselo a un compañero psicólogo, psiquiatra o sociólogo», reacciona con cierta ironía, a la vez que agrega que responder, es meterse en «un brete».

Una reacción que muestra que a pesar de los años transcurridos desde el final de la dictadura, este tema continúa siendo tabú, no sólo para la sociedad, sino también para la militancia. Por una u otra razón. La opinión de Manuel Pedreira —que aclara que no le resulta fácil hablar de esto, porque significa regresar al dolor que tiene guardado muy adentro—, es interesante, porque muestra sin eufemismos la visión que se tenía desde adentro de Montoneros, acerca de los abusos sexuales a los que eran sometidas las sobrevivientes. Y también sobre las historias de «amor» entre víctimas y victimarios, cuya sola mención generaba en los integrantes de la organización sentimientos de negación, malestar, rechazo, discriminación y durísimas acusaciones de «traición», que en algunos casos llevaban al juicio o a la condena a muerte.

Aún hoy, a más de tres décadas de la tragedia de los campos de exterminio, hablar del tema con ex militantes varones es complejo.

«Hablar de esto me llega en un momento especial, cerca de un aniversario, porque el 7 de febrero del 77 es la fecha en que mi hermano zafó en un allanamiento y fue lo último que supimos de él. Y el 17 del mismo mes y año, se llevaron a Mabel, la madre de mi hija mayor, Victoria», explica Pedreira.

«La visión que tuve en el pasado sobre este tema, en pleno fragor de la lucha política y el enfrentamiento armado que la acompañó, es muy diferente de la que tengo hoy. Pero para explicar mi cambio de postura, necesito dar un marco político mínimo, que fue el que generó mi cambio posterior. No puedo hablar por todas las experiencias, sólo lo hago desde mi condición de ex militante de Montoneros. Construimos un aparato, que creímos era una organización poderosa, que lo fue, pero no en los términos que supusimos. El enfrentamiento con Perón fue el primer paso que dejó al pueblo como espectador de la lucha por el poder. Creamos la noción de una organización fuerte, numerosa y financiada, que podía disputar el poder a un gobierno deslegitimado primero —el de Isabelita—, y a una dictadura después, sólo con la capacidad de los aparatos político y militar. Pensamos que esto era posible y dejamos de mirar la capacidad y disposición para la lucha de los sectores populares, que ya desde el comienzo de nuestro enfrentamiento con Perón en 1974 comenzaron a replegarse. Y este es un momento clave, porque es aquí donde los militares activaron una estrategia de aniquilamiento hacia nosotros, y por lo tanto, los compañeros quedaron librados a sus propias capacidades, y la organización no tuvo nunca una respuesta, que no fuera el silencio, ante la tortura o la autoeliminación. Es más, la estructura militar y la

inteligencia de la dictadura tenían mayor capacidad, porque lograban quebrar rápidamente la voluntad de las víctimas, mostrando la ineficacia de las herramientas de defensa, como la pastilla de cianuro, que los compañeros utilizaban, aún después del combate armado.

—Durante el tiempo que estabas en Montoneros, ¿qué pensabas de las sobrevivientes, y de los abusos sexuales o las «relaciones» que algunas compañeras mantuvieron con sus secuestradores, y que sabíamos, llegaban a oídos de la conducción de Montoneros?

—Hasta 1979, creí que las compañeras y compañeros que daban información eran traidores, sin considerar ningún otro elemento. Creía que las violaciones y los abusos eran expresiones de la voluntad del enemigo de destruirnos, y que el silencio debía ser el único camino. Para mí, quien no soportara esto, era un traidor o una traidora. Y se fusiló gente por menos que eso... Todos teníamos noción de las violaciones y abusos, sabíamos que eran inevitables. En lo personal, las asimilé a las conductas de los conquistadores en la historia de la humanidad, que disponían de las mujeres como un botín de guerra. Compartí esa visión y creía que no había términos medios en la relación con el enemigo. En ese contexto, viví la experiencia de Tulio «Tucho» Valenzuela, y mucho tiempo después, ya afuera de Montoneros, conocí el desenlace de lo que interpreté era un acto ejemplar. Haber sacrificado su compañera embarazada prisionera, en acuerdo con ella, para desenmascarar lo que era en aquel momento la construcción más audaz de contrainteligencia que (el general Leopoldo) Galtieri llevó adelante, y que desnudó lo que hoy conocemos como la Quinta de Funes, fue una acción heroica. Por eso, nunca comprendí el final al que fue sometido Valenzuela, que fue castigado por Montoneros y enviado de regreso a la Argentina como parte de la operación de contraofensiva, después de haber escapado y denunciado públicamente a sus captores en Europa. Quienes convivimos con él cuando se desencadenó el drama, vimos un hombre destruido por las pérdidas que tuvo que aceptar. Después, me llegó el relato de Jaime Dri, que Bonasso recogió en *Recuerdo de la muerte*. Descifrar lo que fue la experiencia de la ESMA y la Quinta de Funes, con todas sus perversiones, fue parte del recorrido que hice para visualizar el cúmulo de errores políticos cometidos, que nos llevaron a la debacle, y que aún espera una autocrítica de quienes condujeron aquella lucha.

Sobre cómo fue que modificó su cerrada postura primaria sobre los abusos sexuales a las mujeres cautivas, Pedreira reflexiona con claridad:

«Ahora y con la perspectiva del tiempo transcurrido y los testimonios recogidos, para mí todos los compañeros que estuvieron en manos de los militares en los centros clandestinos, son víctimas. Un denominador común fue que todos los rehenes, y las mujeres que ellos mantuvieron con vida, fueron trofeos de guerra vivientes. Fue un claro intento de fracturarlos e inmovilizarlos, hasta el punto de quitarles la voluntad de reconocerse en su propia historia personal. “Vencer al enemigo, hasta lograr que piense como el vencedor”, fue el objetivo. Y en esta línea, incluyo las apropiaciones, los abusos sexuales a las mujeres, y la forma perversa en que se intentó romper todo vestigio de resistencia o de pensamiento crítico. En el caso de la compañera de Marcos Osatinsky (Quica), de Mercedes Carazo, y de las otras mujeres, de las que ahora no recuerdo sus nombres, tengo claro que fueron

parte del experimento más audaz y horroroso de los represores, para demostrar que nos habían derrotado. Y en cierta manera, lo lograron. Fue decirle a la sociedad que cualquier intento de modificar la realidad era imposible. La perversión y el ensañamiento de los militares hacia las mujeres no tuvieron límites, y nos muestran hasta dónde estaban dispuestos a llegar para sostener el poder, sometiendo y degradando la voluntad de las víctimas».

Frente a los ex militantes, que aún hoy, acusan a las sobrevivientes abusadas, Pedreira es contundente: «No es mi caso. Nunca discriminaría a quienes fueron víctimas del máximo nivel de horror y degradación personal. Y cualquier intento en este sentido, lo considero un exceso absurdo y desubicado. Como ser humano y como hombre, y desde mi sexualidad, aquellos fueron los actos más aberrantes a los que se puede someter a una mujer. El abuso sexual marca relaciones de poder. La sexualidad para muchos sigue siendo una relación de dominación, en lugar de ser un espacio de encuentro, que sirve para mostrar nuestros mejores valores humanos».

El dilema o la encerrona en que se debate la mujer militante capturada es el siguiente: se es puta o se es traidora. Si cede su sexo, se convierte en puta. Si da información, en traidora. Se trata de una pesada doble carga, que no es la misma que soporta el varón que atraviesa la situación de secuestro y de tortura.

Martín Gras, sobreviviente de la ESMA, analiza las distintas concepciones que tenían los represores sobre las mujeres. Unos las demonizaban por haber roto con el modelo tradicional y haberse convertido en militantes, e incluso haber tomado el camino de la lucha armada. Otros, en cambio, según escuchó Gras de sus secuestradores en la ESMA, las desculpabilizaban, reduciéndolas a un rol absolutamente subalterno.

«¿Qué podía hacer ella?», se preguntaban, recuerda Gras, sobre una militante que detenían con su compañero. «Las decisiones las tomaba el marido», decían los captores. «Si ella era una buena esposa, tenía que obedecerlo, era su obligación seguirlo. No podemos castigarla», argumentaban los marinos.

Es apoyándose en esta idea de la mujer como apéndice del hombre, que hubo casos en los que ella, sobre todo si tenía un grado de compromiso menor que el varón, era liberada después de algunos días. O se le ofrecía al marido que entregara información, a cambio de la promesa de no capturar a su pareja o de dejarla ir inmediatamente.

Algunas de estas negociaciones terminaron en tragedia, con el asesinato de la mujer, que no se avenía a entregarse sin combatir, como le pedía su hombre, ya detenido. O por el contrario, con el fusilamiento de la mujer por parte de la organización, porque había abandonado su casa por indicación de su marido en manos de los represores.

Un ejemplo de esto fue el de Federico Ramón Ibáñez, contador, y el de su mujer, que dejó la vivienda que compartían con Marcelo Kurlat —alto oficial de Montoneros y marido de Mercedes Carazo, secuestrada en la ESMA— y su hija Mariana.

Frente al Tribunal Oral Federal 5, en el 2014, Ibáñez reveló que su esposa

había sido asesinada por Montoneros en 1977, porque se ausentó de la casa por pedido suyo. «La vida de tu esposo depende de vos, andate con tus hijos ya, no digas nada, que en una hora estamos allí», le dijo la patota a la mujer por teléfono. Ella se fue. Entonces, el grupo de tareas sitió y mató a Kurlat —según el testimonio judicial de Ibáñez—. Días más tarde, ella fue a una cita con miembros de Montoneros, y fue «ejecutada» por «venganza».

* * *

Ángel Strazzeri estuvo secuestrado en la ESMA en 1979, y en su declaración, es uno de los hombres que con mayor claridad denuncia ante un tribunal la violación sistemática y el abuso sexual de prisioneras. «A las compañeras secuestradas en la ESMA les costó mencionar públicamente esta situación, pero sé que luego de 30 años, se animaron a contarlo en los estrados judiciales». «La metodología utilizada por los oficiales era sacarlas del campo de concentración, para concretar el abuso».

Esta metodología tuvo algunas excepciones.

Durante su declaración en la causa ESMA en los tribunales de Comodoro Py en noviembre del año 2010, Ángel señaló a Ricardo Miguel Cavallo, presente, como en todas las audiencias, con una notebook en la que escribía obsesivamente, sin levantar la vista del teclado. «Siempre me llamó la atención lo retraída que era Mariana, una chica que los marinos habían colocado en Capucha cerca de donde yo estaba. Después, supe que había sido violada y que el oficial Cavallo había abusado de ella en La Pecera».

Ángel también mencionó que los guardias jóvenes, los verdes, abusaban de una mujer uruguaya llamada Teresa.

«Teresa estaba ahí con su marido, José. Era muy flaquita, tanto que se podía sacar las esposas. Yo vi las secuencias de abusos a las que era sometida, con otras mujeres. El ensañamiento con ella era tal, que el marido se quejaba ante los guardias por las violaciones tan repetidas a su mujer».

Teresa y Mariana fueron trasladadas «o sea muertas», dice Strazzeri. «Era una metodología sistemática por parte de los represores, que hacían uso del derecho del abuso sexual. A los varones, nos tocaban las golpizas, y a las mujeres las violaciones».

«¿Te gusta la Rubia?»

Mario Villani, físico secuestrado a la salida de su casa en Parque Patricios el 18 de noviembre de 1977, estuvo prisionero en cinco campos de concentración. El primero fue el Club Atlético, una dependencia de la Policía Federal, ubicada en Azopardo entre Garay y Cochabamba, en la ciudad de Buenos Aires, donde lo mantuvieron hasta que desmantelaron el lugar, lo desarmaron, en diciembre de ese año.

Luego, en el Banco, en Autopista Ricchieri y Camino de Cintura que funcionó mientras estaban terminando de construir otro, conocido a partir de entonces como El Olimpo, en Ramón L. Falcón y Lacarra, adonde con un grupo de desaparecidos fue llevado en agosto de 1978. Posteriormente, estuvo cautivo en la División de Cuatrismo de Quilmes, y finalmente —ya

en 1979— en la Escuela de Mecánica de la Armada.

Villani es otro testigo de las violaciones realizadas a las mujeres.

Samuel Miara era el nombre de uno de los represores, pero se hacía llamar Cobani. «Voy a cometer una infidencia. En realidad, no se trata de una infidencia porque la víctima ya lo declaró en el juicio a las Juntas. “Cobani” violó a una detenida que estaba en proceso de tortura, en la sala de tortura del Banco, o sea en el “quirófano”, porque así lo llamaban. La habían dejado sola, y entró él... y la violó atada en la mesa de torturas», declaró Villani.

Una noche, en el Banco, en una época lluviosa, Mario, que formaba parte del grupo de prisioneros llamado el «Consejo» —obligados a participar en tareas de mantenimiento—, fue llamado por Miara para secar el agua que en celdas y pasillos provocaban las numerosas goteras.

Hacía calor, y frente a un corredor que él limpiaba, había una prisionera llamada Juanita. Tenía la puerta de su celda abierta. Cada vez que limpiaba, frente a esa celda, ella lloraba angustiada y Mario trataba de consolarla. Lo hacía con precaución, porque estaba prohibido el contacto entre ellos. Otras veces, era él quien no podía contener su bronca e insultaba en voz baja. Y entonces, era ella la que lo consolaba. «Juanita» era Juana Armelin, que había sido secuestrada una noche de 1978 en su casa de la calle Navarro, en el barrio Agronomía, cuando intentaba escapar con su marido y sus dos hijos.

Samuel Miara percibió que existía esta relación y llevó aparte a Mario. «Flaco, ¿te gusta la Rubia?», le preguntó, con un gesto de complicidad entre machos. Mario tragó saliva. «Sí, me gusta», respondió Mario.

—Bueno, ¿quierés que esta noche te la lleve a tu *tubo*?

El represor poseía a Juanita desde hacía tiempo y la entregaba como recompensa a Mario, considerándolo merecedor de un privilegio. Como los prisioneros de los campos nazis que recibían como «premio» una visita a los prostíbulos de los campos, donde las mujeres esclavizadas proveían servicios sexuales, el Cobani, apropiador además de dos bebés nacidos en cautiverio, los mellizos Gonzalo y Matías Reggiardo Tolosa, disponía del cuerpo de Juanita, para darlo en retribución por una supuesta «colaboración».

«Era una situación dura», recuerda Villani, «porque yo no podía, no quería enfrentarme en rebeldía. Eso para mí significaba la muerte. Pero tampoco quería claudicar en mis principios.»

Esa noche, Cobani llevó a Juanita a la celda de Mario.

«Mañana abro y la vengo a buscar», le dijo.

Cuando se cerró la puerta, Juanita se largó a llorar. Los dos lloraron. Se pasaron toda la noche hablando. Ella le contó de su familia, de su angustia por el destino de sus chicos, de cómo extrañaba a su marido. Él la escuchó y le confió sus miedos. Cada noche, durante varios días, Cobani, cada vez que estaba de guardia en el centro clandestino, le llevaba a Juanita a la celda.

Mario, a la distancia, reflexiona, confundido.

«Uno diría que se quería portar bien conmigo... ¿Me estaba queriendo sobornar? ¿Le estaba queriendo hacer un favor a Juanita? Pienso que no, que ya estaba decidido el traslado de Juanita, y era una forma de presionarme a mí. De buscar mi complicidad».

Después de que a ella la trasladaran, el esposo de Juanita cayó herido y fue llevado a la enfermería. Mario logró entrar al lugar, con la excusa de una

reparación de las tantas que le obligaban a hacer y le contó de ella. Fueron las últimas noticias que Mario tuvo de ese muchacho, antes de que lo trasladaran, como a su mujer.

Ladrones de mujeres

El sobreviviente Fernando Rule, del D2 de Mendoza, recuerda cómo le hicieron «manosear» a su mujer, desnuda y colgada de la puerta de un calabozo, mientras los represores le describían cómo la violaban.

«Todos éramos objetos», reflexiona.

«Querían que tuviésemos claro que podían hacer con nosotros lo que quisieran. Querían que colaboráramos, que les diéramos información, pero nos robaban las mujeres. Así como nos robaban la heladera y el televisor, nos robaban las mujeres». «Necesitaban dejar en claro que nos despojaban de todo, hasta de ellas».

—¿Podrían haber pensado lo mismo las mujeres, que las despojaban de todo, hasta de sus hombres? —le pregunta la entrevistadora del documental *Campo de Batalla, cuerpo de mujer*.

Rule no duda.

«No estaba en el ideario de ellos que los varones fueran propiedad de las mujeres», responde.

—¿Y qué ocurría con los padres y los hermanos de mujeres violadas?

—En la mayoría de los casos, no preguntaban. No querían saber. Ni siquiera se rendían ante indicios o evidencias. En otros, el *pater familias* se colocaba en el centro de la escena, y se sentía el principal agraviado.

Una ex desaparecida visitada en la cárcel por su padre, relata que él le preguntaba insistentemente si la habían violado. No estaba preocupado por otro tipo de torturas o padecimientos, sino sólo porque no la hubieran «deshonrado». Estaba convencido de que eso era lo más importante.

Otra, cuando le contaba a su hermano que había sido sometida sexualmente, recibía como respuesta un «no exageres, no habrá sido para tanto».

La escucha se hacía intolerable y el recurso era bloquear el relato, minimizándolo. A Inés Hercovich, autora de *El enigma sexual de la violación*, una mujer le dijo en una entrevista: «Yo no sé quién me dañó más, si el violador o mi papá». Cuando ella llegó a su casa lastimada, violada por varios hombres y le contó a su padre, él de inmediato la subió a su camioneta para buscar a los violadores. No la escuchó. No la ayudó ni siquiera a lavarse la cara. El padre se había convertido en la víctima principal, en el personaje central. Su hija violada y degradada ocupaba un lugar secundario.

5. *Fuenteovejuna, el mejor alcalde del rey*, de Lope de Vega, obra de teatro estrenada en Madrid en 1618 .

6. Graciela García Romero, Negrita, desmiente enérgicamente la existencia de ese viaje .

SIETE

Un mundo perverso 2

El enemigo en casa

Un par de veces el Rata Pernías le había permitido a Graciela, la Negrita, llamar por teléfono a su casa. Ella había presentado que se trataba de una garantía de supervivencia, porque ingenuamente creía que era imposible que la mataran después de haberle dado a sus padres una prueba de que la tenían con vida.

Una madrugada, a eso de las dos, el Tigre Acosta llevó por primera vez a Graciela a la casa de su familia en Avellaneda, sin previo aviso. Hacía cinco o seis meses que nadie sabía adónde estaba. Cuando tocó el timbre y la puerta se abrió, todos se abalanzaron sobre ella para abrazarla. Su hermana Susana estaba en *baby doll* y no le importó quedarse así delante de extraños. No quería perder un minuto del tiempo que tenía para estar con Graciela.

El padre preguntó si habían comido y salió a buscar unos churrascitos para cocinarles, a la casa de un vecino de confianza que era carnicero, el único lugar disponible a esa hora. Marta, su hermana que ya estaba casada, vivía a una cuadra: fueron a buscarla.

Mientras le servían, el Tigre demostró que sabía muy bien quién era quién. No preguntaba: cada vez que abría la boca, daba pruebas de que tenía información. Adónde trabajaba y estudiaba Susana, quién era su novio, que Marta estaba por recibirse de abogada. La familia estaba apabullada por la presencia de ese hombre que venía a otorgarles la gracia de recuperar a la Negrita, pero también a amenazarlos, controlarlos e imponerles condiciones. Prepotente, daba órdenes mientras explicaba que Graciela tenía que ser «recuperada», y que él tenía la determinación de «cambiarle la cabeza». Declaró que se había propuesto «contribuir a la rehabilitación» de jóvenes como ella.

Acosta desarrolló desde ese día una obsesión con Susana, una de las García. Decía que era una «zurdira» porque estudiaba en la Facultad de Filosofía y Letras y hostigaba psicológicamente a la Negrita con la posibilidad de que fuera secuestrada, a tal punto que una vez ella creyó ver la máquina de escribir de su hermana en el sótano de la ESMA y estuvo convencida de que la habían detenido, hasta que pudo llamar nuevamente a su casa para verificar que estaba bien.

Graciela, en aquella primera noche, se mantenía callada, con la mirada fija. «Como catatónica», le dirían después. Cuando todo terminó, y quedó claro que se sentía dueño y señor de todos los suyos, el Tigre la llevó al campo de concentración nuevamente.

La segunda visita fue más traumática para la familia. «Tiene que vender esto y mudarse», le dijo al padre de la Negrita, como si eso fuera fácil.

Los argumentos del papá de Graciela, sus pocos recursos como hombre de trabajo, su falta de ahorros, su angustia, no lo convencieron. Ella sintió

claramente a su padre humillado delante del represor, de su abusador. Su único consuelo fue la convicción de que nadie en su familia intuía nada sobre lo que estaba sufriendo como mujer a manos del Tigre.

El propósito de forzar a los García a mudarse era bloquear todo posible vínculo de Graciela y su hermana Susana —que había militado y mantenía una identificación política con la organización— con su círculo de pertenencia, potencialmente «subversivo». La Negrita experimentó la dolorosa sensación de que el poderío del Tigre había quebrado a su familia.

Las visitas a la casa de Avellaneda fueron gradualmente creciendo en extensión, hasta que a fines de 1977, Graciela se quedó un fin de semana entero.

En una charla, Marta, que para entonces ya se había graduado, le contó que había sido presionada por el Tigre para firmar unos documentos. «Si quiere que salgan las chicas, tiene que firmar», le había dicho. Era eso o la vida de su hermana menor, o quizás de las dos. La joven abogada no tenía opción.

Marta le dijo que había sido llevada a la ESMA. La Negrita se desesperó. No hubo ninguna razón especial, no tenía nada que hacer ahí. Sólo querían demostrarle que podían hacer con ella lo que quisieran. La fueron a buscar a su casa y la entraron por detrás. La mantuvieron sentada en el área de los Jorges, en alguna oficina. Marta no tuvo en ese momento real conciencia del peligro que estaba corriendo, ni del mensaje que querían transmitirle. En su inconsciencia, sólo trataba de estar atenta para capturar alguna imagen de su hermana, tal vez en el playón de estacionamiento, en un pasillo, a través de alguna ventana. «Es fácil entrar a este lugar», le dijeron, «lo difícil es salir.»

La intención de Acosta era clara. Quería que Marta, ya abogada, no pudiera negarse a trabajar para el grupo de tareas facilitando la apropiación de tierras valiosas —propiedad de desaparecidos— en Chacras de Coria, Mendoza. Los empresarios dueños de esas tierras, integrantes de la familia Cerrutti, fueron asesinados en la ESMA.

Marta Emilia García, forzada por Acosta, cumplió tareas en las oficinas de un escribano cercano al almirante Massera, Ariel Sosa Moliné. Esa escribanía era parte de una compleja estructura financiera montada por Massera y sus hombres para quedarse con los bienes de los secuestrados.

El Tigre instruyó a Marta. Le dijo que tenía que sentarse en un determinado lugar de la oficina y le ordenó que no hablara con nadie. Mientras trabajaba allí, tuvo que firmar como síndica de una sociedad creada por los represores Francis Whamond y Jorge Radice, que usaron para eso los nombres falsos de Federico Williams y Héctor Ríos. Los documentos de identidad necesarios les fueron confeccionados en el sótano de la ESMA, en la oficina de documentación que manejaba el prisionero Miguel Ángel Lauletta, conocido como Caín. Caín finalmente los identificó en un juzgado muchos años después, cuando se empezó a investigar la cuestión.

Un día, Marta fue llevada a una oficina donde además de Radice y Whamond, había otros dos hombres, Mazzola y Mario Cédola. Cédola, profesor de la Escuela Naval y ex marino, le dijo que iba a comprar unos campos pero que precisaba un socio minoritario, y que ella tenía que firmar unos papeles para facilitarlos. La obligaron a viajar a Mendoza acompañada por su marido con pasajes que les proporcionó el escribano Sosa Moliné. Allí

colocó su nombre, Marta Emilia García, en varias actas.

«Vivía en un estado de terror permanente, firmaba lo que me pedían», explicó Marta muchos años después. Fue cuando el juez federal Sergio Torres empezó a trabajar en el caso del desapoderamiento de bienes de desaparecidos y su nombre salió a la luz, con los de la «patota» que secuestró a su hermana Graciela.

En ese momento, Marta había hecho una carrera en Tribunales. Era jueza del fuero contencioso administrativo y había intervenido en algunas causas resonantes. Hubo un gran escándalo mediático: los diarios más progresistas la acusaron de formar parte del aparato de corrupción masserista integrado por represores y el Consejo de la Magistratura pidió un jury de enjuiciamiento. Marta fue supendida, se vio forzada a renunciar y resultó finalmente imputada junto con los victimarios de su hermana.

Hay que decir que las primeras declaraciones de Marta ante la justicia no habían sido claras. Dijo que nunca había sospechado nada, que su participación se limitaba al trabajo de notaria, y que no tenía nada que decir en contra de los nuevos propietarios del predio Chacras de Coria, que en ese momento eran el hijo y el hermano del almirante Massera. Las tierras se habían valorizado con la construcción de un barrio privado.

La sombra amenazante de Acosta entonces todavía perseguía a Marta. Una noche, cuando como era su costumbre se quedaba trabajando en Tribunales aprovechando que el edificio estaba vacío y silencioso, la silueta de Acosta se recortó de repente en la puerta de su oficina. Se sobresaltó. «¿Cómo le va, Marta?», escuchó la voz inconfundible del represor.

«Tenga cuidado con lo que va a declarar», le dijo. Ella había recibido la primera citación en un juzgado en Mendoza, y el marino se había enterado.

Marta siempre supo que Acosta era capaz de todo. Al contrario que Susana, que nunca había imaginado una situación tan perversa, había percibido desde el inicio que el Tigre, capaz de matar para quedarse con propiedades de secuestrados, había esclavizado sexualmente a su hermana. Y que cualquier acto de resistencia de su parte podía tener las peores consecuencias. La vida de Graciela dependía de ella.

Una actitud más firme de su parte, un no, y nunca más la vería. ¿Pero quién era Acosta, ese hombre que manejaba como un maquiavélico titiritero a los prisioneros pero también a sus pares y a sus superiores?

El ministaff

Algunos meses después de que el capitán Jorge Eduardo Acosta se hiciera cargo del mando del grupo de tareas, algunos de los secuestrados fueron organizados en dos habitaciones del pasillo del tercer piso. Eran amplias, y quedaban a mitad de camino entre Capucha y el Pañol, el depósito de los bienes rapiñados de las casas allanadas ilegalmente.

En una, dormía la Negrita con María y Anita Dvantman. En la otra, una curiosa pareja formada por Marta Álvarez y Alfredo Buzzalino. El Gordo Alfredo, como lo conocían, había sido dirigente del Sindicato de Publicidad. Bajo y algo obeso, tenía ojos protuberantes y una marca en la punta de la

nariz, como si alguien le hubiera cortado el extremo. Se reía cuando explicaba que no era verdad que se la hubieran arrancado en la tortura, y revoleaba los ojos hacia arriba adelantando la mandíbula en un gesto que quería ser gracioso y tranquilizador.

Marta no había sido secuestrada con Alfredo, sino con su marido, Adolfo. Había compartido la militancia algún tiempo con el Gordo, pero eso no hacía que confiara en él: de hecho no confiaba en casi nadie.

Adolfo Kilman y Marta Álvarez habían sido dos exponentes de lo mejor de lo que Juan Domingo Perón había bautizado esa «juventud maravillosa». Su entrega a la militancia no tenía límites. Marta había pasado de militar en un barrio a ser delegada del diario *La Razón* e integrar la Juventud Trabajadora Peronista. Adolfo había quedado huérfano siendo todavía adolescente. Despreocupado por su futuro individual, había vendido un departamento que había heredado y cedido todo el dinero producto de la venta a la organización. Entregó además un taller que era de su padre en la zona de Chacarita para que funcionara allí un depósito del área de comunicaciones. La fachada era la de un negocio de reparación de electrodomésticos, pero detrás se encontraban los artefactos que servían para interferir las comunicaciones de la Policía.

En junio de 1976, Adolfo y Marta esperaban su primer hijo, pero no tenían dónde vivir. Por eso, transitoriamente, se alojaron en la casa de otra pareja, Javier y Rita. Él estaba haciendo el servicio militar obligatorio en la ESMA y ella trabajaba en el diario *La Nación*. Los dos militaban.

En la madrugada del 26, un grupo armado de la ESMA los secuestró a los cuatro. Las chicas fueron llevadas en la cabina de un auto y los varones en el baúl. El departamento donde los habían capturado quedaba sobre la Av. General Paz. A los pocos metros, Marta escuchó una detonación muy fuerte. Después supo que habían colocado un explosivo en la casa.

El viaje fue corto. El Rata Pernías le dijo «Peti, te encontramos». «Yo no soy Peti, me llamo Marta», insistía ella, «no sé de qué me hablan».

Al llegar a destino, encapuchada, la llevaron al sótano y la encadenaron a una columna. Le tomaron los datos y le sacaron una foto con los ojos prácticamente cerrados por el efecto de la luz. Bromearon con la fecha: ese día, Marta cumplía 23 años. «Ahora te lo van a festejar», le dijeron.

Marta recuerda que pasó mucho tiempo allí, sola, hasta que sintió un golpe. Era el Rata nuevamente, que la llevó a un cuarto donde le quitó el camisón, lo único que tenía puesto. La ataron a un elástico de cama metálico y la interrogaron con picana. El Rata llevaba la voz cantante en los gritos y amenazas, pero había muchos otros que después pudo reconocer: el Gordo Juan Carlos Linares, Weber (alias 220), y el Duque Francis Whamond. El interrogatorio siguió hasta que se abrió la puerta y se escuchó algo inesperado: «Dice el marido que está embarazada».

Siguió una catarata de insultos. ¡Cómo se había atrevido a no avisarles! Marta no podía contestar. No se le había ocurrido qué decir. No había imaginado que ante tanta brutalidad les preocuparía un embarazo, ni que eso podía detenerlos.

La dejaron sola, hasta que entraron dos guardias jóvenes —dos verdes— a desatarla. Antes, la manosearon y le introdujeron una botella en la vagina. Marta gritó, se retorció, pero le taparon la boca. Nadie vino a ayudarla. La

vistieron con el camisón que había traído y volvieron a encapucharla y encadenarla a la columna. «Eran chicos, muy chicos. Dieciséis, diecisiete años. Eran primitivos, miserables. Les tenía mucho miedo. Eran demasiado jóvenes. Podían enloquecerse, andaban armados con FAL y nos tenían a su vez mucho miedo a nosotros... como si pudiéramos levantarnos, liberarnos y reducirlos».

El jefe del grupo de tareas por aquel entonces era el capitán Salvio Menéndez, alias Capital. Era compañero de promoción de Whamond. Durante su mandato en el grupo de tareas en los albores del centro clandestino, el trato era brutal para todos. Una noche, en el sótano, los verdes estuvieron hasta la madrugada pasando con una moto que habían secuestrado sobre los cuerpos que yacían en el piso. Nadie los detuvo. Capital era respetado y temido. Interrogaba, salía en los operativos, ponía el cuerpo al frente de sus hombres. Fue así que lo hirieron en un tiroteo poco después de la caída de Marta. Y ya no regresó. Entonces tomó la posta el Tigre Acosta. Y los métodos se tornaron no menos brutales, pero sí más perversos y refinados.

Con el tiempo, Marta vio caer uno a uno a todos los compañeros de su ámbito de militancia. Eduardo Suárez en agosto, Eduardo Said en noviembre. Percibió la cara de sorpresa que tenían cuando la veían viva después de varios meses de desaparecida. Algunos de ellos la habían «cantado», porque estaban seguros de que ya estaba muerta. Se dio cabal cuenta de que los represores iban construyendo sus métodos a partir de las reacciones de los secuestrados. Cuando los militantes capturados se enfrentaban con alguien que pensaban muerto, todas sus creencias sobre el destino inevitable de la muerte tambaleaban, y era así como se producía una grieta que les permitía a los interrogadores arrancarles información, a través de una falsa promesa de sobrevida.

El Duque William Francis Whamond fue probablemente el generador de la idea de que los secuestrados fueran puestos a trabajar. Las primeras veces simplemente colocaron a un grupo en el sótano, mirando en fila hacia la pared, con la intención tácita de que hablaran entre ellos. Pero las conversaciones no fueron más allá de las preguntas sobre nombres y circunstancias de caída, porque era evidente para todos que estaban siendo vigilados. Presentían ojos y armas a sus espaldas. Poco a poco, les fueron encomendando tareas. No significaba que fueran a salvarlos: algunos, como Quique, Alejandro, Nora y José, fueron después trasladados.

Un día, a esa fila enfrentada a un muro había sido llevado, por el Tigre, Sergio Tarnopolsky, con rastros de haber sido torturado. «Este puso una bomba», dijo. Al poco tiempo, Marta se encontró con su hermana Betina en el baño. Tenía quince años, era rubia y con apariencia infantil, y lloraba sin consuelo. Blanca y Hugo, los padres, y Laura, la mujer de Sergio Tarnopolsky, también habían sido secuestrados. Sergio era conscripto y asistente del Tigre Acosta y lo acusaban de haber puesto un explosivo dentro de la ESMA.

A uno de esos extraños encuentros de despojos, de condenados, fue llevado Adolfo. Marta pudo hablar ese día algunas palabras con él, y lo encontró muy débil y desmejorado.

Poco después, Whamond la condujo a ciegas hacia un cuarto, y la hizo

sentar en el regazo de alguien. Se dio cuenta de que era su marido. Los dos, Marta y Adolfo, encapuchados y esposados, sintiendo sus respiraciones, pudieron hablar a solas por primera vez desde la madrugada del secuestro.

Él le preguntó si la habían seguido golpeando. Acordaron que ella iba a pedir agua a los guardias cuando estuviera en Capucha, para que él pudiera escuchar su voz. Y que él iba a pedir que lo llevaran al baño, para que ella hiciera lo mismo. Les bastaba eso como consuelo: saber si estaban lejos o cerca en la topografía de aquella barraca siniestra.

La segunda vez que los juntaron fue en el tercer piso. Los condujeron a uno de los cuartos grandes con ventanas tapiadas que los marinos llamaban también camarotes. El lugar estaba vacío: sólo había una mesa y tres sillas. Una de un lado, dos del otro.

Habían dispuesto el escenario para una entrevista con el Rata. Pernías empezó preguntándole a ella cómo era que estaba en pareja con un judío. Y continuó pidiéndole a Adolfo que le explicara por qué los judíos hacían siempre cosas que provocaban que los persiguieran. El interrogatorio era ridículo y desnudaba las creencias de los represores. Ninguna de las dos preguntas tenía respuesta y se trataba sobre todo de un hostigamiento siniestro. Marta y Adolfo empezaron a contestar con evasivas, hasta que llegó una tercera pregunta, tal vez la más macabra de todas, porque Pernías sabía bien que Adolfo iba a ser ejecutado: «¿Y qué van a hacer cuando salgan?»

«Yo tengo parientes en Basavilbaso, Entre Ríos, y nos iríamos a vivir allá. Probablemente nos pongamos un negocio...», dijo Adolfo. «Bueno, me parece muy bien. Pero primero van a ir a una granja al sur, un lugar de recuperación. Los van a llevar allí y de acuerdo a su comportamiento se irá viendo si retoman una vida como corresponde», mintió Pernías.

La última vez que Marta vio a Adolfo, quien los reunió fue nuevamente Whamond. «Tu marido se va a la granja», le comunicó, «¿quieres despedirte?» «No, yo quiero irme con él» dijo Marta. Adolfo sabía claramente que esa granja no existía y que su destino era la muerte, de modo que dijo firmemente: «No. Yo prefiero que ella se quede acá. Yo voy primero a la granja, y después nos reunimos». Marta lo miró con odio. No podía comprender cómo se le ocurría separarse de ella, cómo podía decir una cosa semejante. Whamond tuvo el buen tino de dejarlos a solas «para que se despidan».

Adolfo la miró fijamente y le dijo: «Yo te pido que hagas lo que sea, no importa qué, para que nuestro hijo nazca. Nuestro hijo tiene que nacer». Marta se dio cuenta en ese momento de que Adolfo sabía que no había ninguna granja de recuperación, que iban a matarlo. Le hizo esa promesa póstuma a Adolfo y nunca volvió a verlo. Desde entonces no se enfermó, no se mostró débil. Nunca más lloró, salvo a veces en la ducha, donde el agua se confundía con sus lágrimas. «Mi hijo va a nacer», se juramentó. Y profundizó el papel de la «perejila», la muchachita sin conciencia política y algo tonta. Nadie conocía su real compromiso, pero el Tigre Acosta sospechaba de ella. Pasaba por su camarote, adonde ya recibía una ración de comida «especial» por su embarazo y le decía «¿Cómo estamos, Peti? Ay, Peti, Peti, yo a vos no te creo nada...» Marta ponía cara de no comprender a qué se refería, pero el Tigre insistía con su cantinela. «Ay Peti, cómo

mentimos...»

En medio del embarazo, Acosta le hizo una propuesta inesperada. «No puede ser que ese hijo nazca sin padre», le dijo. «Tiene que nacer en una familia».

Por supuesto, nadie le comunicó que habían matado a su compañero y ella tampoco lo preguntó. No hacía falta que le dijeran nada, la eliminación física de Adolfo era evidente. La decisión de Acosta era que Marta formara pareja con uno de los secuestrados en los que más confiaba, el gordo Alfredo, ex dirigente del Sindicato Único de Publicidad. ¿Por qué?

No era una casualidad que las claves usadas por los integrantes del grupo de tareas para abrir las puertas de la ESMA estuvieran ligadas al ajedrez. «Se abre la partida con dos peones y dos alfiles», había dicho el Tigre cuando Marta, su marido y sus compañeros llegaron al campo recién capturados.

Manejaba las vidas de los desaparecidos como las piezas de un tablero, eliminando a algunos, conjugando a otros en movimientos inesperados, maléficos y delirantes, tan delirantes como el armado de esa nueva «familia». El Tigre creía que borraba de un plumazo una pérdida irreparable —la de Marta— y que comprometía la cooperación incondicional del Gordo. Se creía un dios.

Acosta estaba convencido de que estaba siendo magnánimo con Marta: negociaba la vida de la madre y la conservación del bebé por su familia de sangre en un medio en el que la regla sería el asesinato de la parturienta y el robo del recién nacido.

Cuando recibió la propuesta, a Marta le resonaron las palabras de Adolfo: «Hacé lo que sea necesario para que nazca nuestro hijo». Y no titubeó.

No se resistió más, no protestó, no puso objeciones. Pero cuando el Gordo Alfredo se mudó de camarote para iniciar una vida de matrimonio con ella, fue clara: «Todo bien con esta parodia, Gordo, pero me ponés un dedo encima, y te juro que me mato».

Hay que decir que el Gordo respetó las reglas planteadas por Marta. De algún modo, el vientre que crecía y su nuevo rol de papá le garantizaban que lo mantendrían vivo todo el tiempo que durara el embarazo, y quién sabe si más. El bebé —había dicho el Tigre— precisaba un padre, y lo habían elegido para eso.

«Así continuamos con la comedia de la familia feliz», dice Marta. La «comedia» incluía que, como matrimonio, recibieran algún invitado en su camarote, generalmente uno de los oficiales o un secuestrado elegido *ad hoc*. Para eso, les preparaban una mesa pequeña con mantel, bien servida, y ellos jugaban a las visitas, a ser anfitriones hablando de trivialidades. Era la parodia de un hogar cualquiera, que escondía la decisión de Marta de que su hijo naciera a cualquier precio, como le había jurado a Adolfo.

Y su hijo nació. La llevaron a una sala de partos y la hicieron pasar por la terrible angustia de separarla del bebé, dejándolo en el Hospital Naval mientras a ella la regresaban a la ESMA. Uno de los médicos advirtió entonces que le habían dejado adentro la placenta, con gravísimo riesgo para su vida. Pero aun a eso se sobrepuso. Se había endurecido lo suficiente.

Cuando la Negrita llegó a la habitación de al lado de Marta y el Gordo, ya

estaba allí María. No recuerda bien si antes o después, trajeron a Anita Dvantsman. Y también a Marta Bazán, la Coca. Después de que se llevaran a Inés Cobo, quedaron ellas cuatro. Ese era el *ministaff*, con una conformación «absolutamente aluvional» sin ninguna lógica, dice la Negrita. «Ninguno de nosotros pidió estar ahí, no teníamos ninguna ocupación en particular, nada en común. Simplemente nos pusieron en ese lugar».

Coca Bazán era una mujer totalmente entera cuando llegó a la ESMA. No habían podido quebrarla en la parrilla. Morocha, con pómulos salientes, piel oscura, caderas anchas, provenía de una familia muy humilde. Su verdadero nombre era Marta. Había formado pareja con Bernardo, el hijo de un matrimonio de militantes históricos del Partido Comunista. Goyo y Lola Levenson, sus suegros, habían abrazado el peronismo porque no pudieron soportar que el PC argentino apoyara a la Unión Democrática y finalmente, acompañaron la militancia de dos de sus tres descendientes y asumieron compromisos. El mayor de los hermanos Levenson, Alejo Miguel, químico, había participado en el gobierno universitario en la gestión de Risieri Frondizi. Sus primeros pasos en la política los había dado, como sus padres, en el Partido Comunista, pero pronto se comprometió con la Revolución Cubana y se alejó. Fue fundador de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, que después se fusionarían con Montoneros. En diciembre de 1970, después de un operativo frustrado, logró huir pero tuvo una crisis de asma que terminó en un infarto mortal. Bernardo y su mujer Marta habían homenajeado con su nombre a su hijo, Alejito.

Bernardo había estudiado Medicina en la Universidad de La Plata. Después de un paso por el PC, también se unió a las FAR. Tuvo que pasar a la clandestinidad con Marta y su niño antes del golpe. En octubre de 1976, lo asesinaron la policía y el ejército en un departamento de la calle Yatay al 700, en el barrio de Almagro, donde funcionaba una central de comunicaciones de la organización Montoneros.

Con su cuñado y su marido muertos, los represores le estaban mordiendo los talones a Coca. Por eso, tomó la decisión de que Alejito pasara un tiempo al cuidado de su abuela Lola, con quien estaría más seguro. Era mejor para él y para todos. A los abuelos también les daba más tranquilidad que el nieto viviera con ellos mientras la madre trataba de salvarse del secuestro y la muerte. A Coca le resultaba natural que los abuelos militantes se hicieran cargo de la crianza de Alejito si le pasaba algo. Iban a educarlo como ella y Bernardo habían soñado, en los valores revolucionarios.

Cuando fue secuestrada por el grupo de tareas de la ESMA, Marta era un cuadro militar, una dura. Su suegro Goyo la definía como una «comebulones». Cuando desapareció, en octubre de 1976, en una cita, la prensa informó que una persona había tenido «un ataque de epilepsia». Goyo y Lola la dieron por muerta, porque imaginaron que había logrado tomarse la pastilla de cianuro.

Goyo acompañó a la madre de Marta a hacer las averiguaciones del caso. Pero —como era norma en esa época— no hubo respuesta a los hábeas corpus y pedidos de información sobre su paradero.

Alejito escuchó de boca de sus abuelos la noticia de la muerte de su

mamá, y Lola se lo llevó a vivir para protegerlo a la casa que los Levenson tenían en Mar del Plata.

Una madrugada, a fines de diciembre, en Buenos Aires, Lola recibió un llamado telefónico inesperado. Era Coca, que estaba viva, contra todas las previsiones. Les decía que quería hablar con su hijo. Que se quedaran tranquilos, que no iba a pasarles nada. Les pedía que sacaran a Alejo del país y lo mandaran a Venezuela. Ese llamado terminó de alterar la vida de la pareja, que ya había perdido a dos hijos y ahora recibía instrucciones de su nuera desaparecida, de quien no podía sino desconfiar.

A partir de entonces, los Levenson, atemorizados, abandonaban la casa por unos días cada vez que recibían un llamado de Coca desde la ESMA. Pronto se mudaron definitivamente a Mar del Plata para alejarse del peligro. Sin embargo, sin falta, una vez por mes, viajaban con Alejo a Buenos Aires para que visitara a su abuela materna. Aprovechaban el viaje para hacer arreglos y mantener reuniones relacionadas con la militancia. Por eso, y por razones de seguridad, la pareja se separó esa noche. Goyo se quedó a dormir en lo de un compañero y Lola, en la antigua casa. A la mañana siguiente, le entregó al nene a la otra abuela en la Plaza Flores. Tenía que recogerlo por la tarde, y habían planeado volver al día siguiente a Mar del Plata.

A las siete de la tarde, en la plaza, una patota trató de secuestrar a Lola. Ella se resistió y armó tal escándalo, que los represores tuvieron que retirarse. Agitada y nerviosa, cambió varias veces de colectivo para llegar a su casa. Pero esa misma noche, a las once, alguien golpeó la puerta del departamento.

«Señora, colabore. Le queremos llevar el chico a su mamá, Marta, que está con nosotros. Con usted no tenemos nada. Entréguenos al nene», escuchó.

«El chico no sale solo», contestó Lola, convencida.

«Entonces tráigalo usted y después se va. Si no, rompemos la puerta y nos llevamos a todos».

En la casa estaban su hermana y el único hijo sobreviviente de los tres Levenson, Alfredo, que no militaba. Lola salió con Alejo y jamás regresó.

Después del secuestro, Goyo trató de pensar con la cabeza fría. Calculó que por su edad avanzada, liberarían a Lola, porque tenía la esperanza de que la hubieran capturado solamente por ser la abuela de Alejo.

Pero después llegó a la conclusión de que los represores habían considerado también su historia militante de décadas: su colaboración con el Socorro Rojo Internacional durante la Guerra Civil Española, su participación en el Comité de Apoyo a Cuba, sus detenciones previas y para colmo, la crianza de dos hijos combatientes. Lola Levenson no era únicamente para el grupo de tareas de la ESMA una anciana protectora de su nieto.

Cuando a fines de 1976, Coca llegó al camarote que ocupaba la Negrita en la ESMA, era todavía una montonera convencida. A Graciela le sorprendió su entereza. En la habitación había un mazo de cartas españolas: «¿Alguien sabe jugar?», preguntó Coca. «¿En serio tenés ganas de que te enseñen a jugar al truco?», le respondió la Negrita.

La Negrita no podía creerlo. Habían pasado tres meses de su secuestro y se sentía todavía en shock, arrasada, sin energía para nada. «Lo que pasa es

que yo me preparé para esto muchos años», fue la explicación de Marta.

A la Coca le decían la Sargento. A los que la conocieron más tarde les resultaba difícil vincular a la montonera que había soportado la picana sin dar datos con la mujer que había «entregado» a su suegra, etiqueta con la que se la conocía ahí adentro en conversaciones entre los prisioneros. «Una mujer que hace eso es capaz de cualquier cosa», era el pensamiento de casi todos. El final para Lola Levenson dentro de la ESMA fue el traslado. El relato del sobreviviente Martín Gras describe sus últimos meses:

«La señora de Levenson, sesenta años de edad. Madre de un militante montonero muerto a mediados de 1976, fue secuestrada el 11 de febrero de 1977. Conducida a Capuchita, la tiraron en un cubículo encapuchada y engrilletada. Para agrandar su sufrimiento, a los grilletes le incorporaron un proyectil de cañón de unos 15 cm de diámetro y 40 cm de alto y 25 kilos de peso. La señora de Levenson adelgazaba cada día. Apenas comía. El peso de la bala la hacía tambalearse al ir al baño. Cuando en el mes de junio la llevaron a Capucha, le retiraron la bala, aunque conservó la cabeza cubierta y los grilletes. Estaba extremadamente débil. De a ratos deliraba. La oímos decir: “Si quiero puedo volar, pero no me iré de aquí porque están todos mis hijos”. A fines de agosto de 1977 fue llevada a un traslado».

Para Graciela, Coca nunca tuvo la intención entregar a Lola. Cree que solamente tenía la inquietud natural de una madre que quería recuperar el contacto con su hijo. Sabía que era imposible obtener un régimen de visitas estando dentro de la ESMA, convencer a Goyo y a Lola de que los marinos no le iban a hacer daño a Alejo y que tenían que dejar que la viera a pesar de que ella estaba en manos de los represores.

La Negrita fue testigo de los momentos más difíciles de Coca, de su depresión más profunda. Meses después de su secuestro, ya no le quedaba nada de la actitud con que la había conocido.

«La empezaron a sacar para llevarla a ver a Chamorro, el director de la escuela. La venían a buscar los guardias y se iba. Cuando volvía, se metía en la cama y dormía y dormía. Pobre Coca, la sacaban de noche para llevársela a Delfín. Dormir era una forma de evadirse, de superar el tema. Pasaba durmiendo todo el día, no había forma de despertarla. Para ella era un alivio. Yo, en cambio, cuando volvía de los departamentos adonde me abusaba el Tigre, tenía insomnio». La Negrita siente mucho dolor por la Coca. «Yo podía percibir el sufrimiento de ella, sabía que le era insoportable. Me daba mucha pena».

Una vez, cuando Coca volvió, les confesó a sus compañeras de camarote: «Me tuve que acostar con el Delfín».

El Tigre Acosta fue probablemente el entregador de Marta, porque tenía la intención de comprometer a Chamorro, un hombre casado y con una hija, de obtener recursos para presionarlo. «Hacerle poner los dedos», como solía decir. Chamorro no torturaba, no salía en operativos de secuestros, miraba todo desde una posición superior y algo ajena. Podía, sí, decidir a quién trasladaba en una reunión de oficiales. Pero para el Tigre eso era insuficiente. Por eso, la idea de involucrarlo en una «relación» sexual con una prisionera del campo resulta compatible con la naturaleza manipuladora de Acosta, que no reconocía al Delfín como su superior y se complacía en contrariar sus órdenes, jugando con sus debilidades, como hacía con todos.

El Delfín

En las penumbras de Capucha, un hombre bajo y calvo se dirige a un camarote ubicado al final de la primera hilera, justo donde la sucesión de cuerpos postrados y dolientes hace un ángulo.

Los verdes adquieren frente a él una postura algo marcial. No vuela una mosca. La visita del contralmirante Rubén Jacinto Chamorro, director de la ESMA, el Delfín, como le llaman en la nómina del grupo de tareas inspirada en el reino animal, se hizo costumbre desde que una mujer —una jefa montonera— fuera apresada por el grupo de tareas liderado por Acosta.

A veces, Chamorro pasaba antes por el camarote del *ministaff*. Así es como Graciela reconoció en él al falso galeno testigo de su último encuentro con Diana García, en la enfermería.

La ceremonia comenzó a repetirse, al principio con la rigidez propia del encuentro de un jefe militar vencedor con otro vencido pero poco a poco —dicen los testigos— con características más íntimas, más personales. El «petiso prepotente canchero y barrigón que sacaba pecho enfundado en su uniforme naval», como lo recuerdan algunos sobrevivientes, se conmovía de alguna manera en presencia de esa cautiva singular. Los secuestrados de Capucha aprendieron en las tinieblas a reconocer el ruido de las cadenas de la Gavi, que era diferente a los otros, y el perfume intenso que exudaba el Delfín.

La Gavi (por Gaviota) era Norma Esther Arrostito, y sabía que estaba condenada a muerte. De hecho, la primera vez que la «mataron» fue en los diarios, que reproducían el espíritu de un parte militar:

«El Comando de la Zona 1 informa que como resultado de las operaciones de lucha contra la subversión en desarrollo, fuerzas legales llevaron a cabo una operación el día 2 de diciembre, a las 21 horas, en (Manuel) Castro y Larrea, de la localidad de Lomas de Zamora. En esa oportunidad fue abatida la delincuente subversiva Esther Norma Arrostito de Roitvan, alias Norma, alias Gavi, una de las fundadoras y cabecillas de la banda autodenominada Montoneros».

La revista *Gente* tituló en tapa «MUERTA 2-12-76» en un sello, como si se tratara de un expediente, sobre una de las fotos con que se había empapelado el país cuando se la buscaba en relación con la ejecución del dictador Pedro Eugenio Aramburu.

Pero Norma no estaba muerta. Había querido suicidarse tomando tres cápsulas de cianuro que llevaba encima: una al momento del secuestro, otra que tenía escondida en el corpiño en la enfermería de la ESMA, y luego una tercera. Pero cada una de las veces le fue impedida por los marinos. Ella no podía permitirse caer viva, no sólo por la información de la que era portadora sino por lo que significaba en la historia de la organización. Los represores sabían que la comunicación de su muerte era un golpe a la moral de toda la militancia, por eso eligieron la manipulación y la mentira, que eran una herramienta constante en la «guerra sucia». Además, previendo que la prisionera manejaba datos vitales, buscaban con el engaño que la organización bajara la guardia y no «levantara» bases ni militantes para protegerlos de una posible delación.

Los vecinos del barrio donde la capturaron no recuerdan haber visto ni

quiera a una mujer herida: solamente unas manchas de sangre.

Según Elisa Tokar, sobreviviente, Norma fue torturada en los sótanos del Casino de Oficiales, pero no entregó ningún dato, salvo su nombre y su grado.

A pesar de que no pudieron quebrarla, el valor de la captura de Norma era de todos modos inconmensurable para el grupo de tareas. Norma era la mujer guerrillera más conocida, buscada y demonizada del país. Tenerla era no solamente una victoria sobre los Montoneros, sino también sobre las demás fuerzas que actuaban en la represión ilegal. Los marinos se ocuparon de organizar *tours* de oficiales para mostrar su trofeo, y empezó a hacerse habitual que se la mostraran a los recién caídos para demostrarles que era mentira que el destino de todos fuera la eliminación física e inducirlos a «colaborar».

Pero cada vez que Gavi era conducida a esos encuentros, se ocupaba de aclarar, firme, después de un beso cariñoso: «Yo no colaboro». A Elisa, una militante que no tenía un grado alto en la organización, le dijo: «Sos una perejila, no te hagas matar», cuando ella le consultó si estaba bien que hiciera algún tipo de trabajo en el campo que podía significar sobrevida. La habían traído a la sala de torturas, con los grilletes y el antifaz puestos. Elisa recuerda que les contestó mal a los represores, claramente fastidiada por esas exposiciones indeseadas.

El régimen al que tenían sometida a Gavi era de mayor aislamiento que el del resto de los secuestrados. Estuvo sujeta a una bala de cañón. «Grilletes, esposas y bala», recuerda Elisa. Era un mito viviente encadenado. Al comienzo, sólo podía ir al baño, llevada por los verdes, que empezaron a tratarla con cierta reverencia y admiración. Inclusive uno de ellos —dicen— muy joven, estaba perdidamente enamorado de ella. Elisa asegura que ese guardia le había confiado que estaba dispuesto a ayudarla a escapar con riesgo de su propia vida.

Norma hablaba con todos sin cuidarse de lo que decía, porque sabía a la perfección que no hacía ninguna diferencia, que hiciera lo que hiciese iban a matarla.

Con el tiempo, y a pesar de eso, la autorizaron a permanecer cierto tiempo en La Pecera, el espacio acondicionado en el tercer piso del Casino de Oficiales para que los prisioneros obligados a trabajar pasaran el día. Tenía la orden de no vincularse con el resto, pero era imposible. Todos aprovechaban el menor resquicio para acercársele y hablar. Gavi no fingía «recuperación» para conseguir sobrevivir como hacía la mayoría de los prisioneros en La Pecera, no tenía dudas de cuál sería su final. No se dejaba engañar con el paso de los meses. «Era la madre ideológica de todos», dice Elisa.

Uno de sus consuelos allí adentro era tirar el tarot. La hacía sentirse un poco dueña del destino. La ceremonia se desarrollaba a escondidas, pero no sólo les hablaba de su futuro a los prisioneros, sino también a los verdes. Nunca quiso hacerlo para los oficiales.

A Lydia Vieyra, a escondidas en el baño, le anticipó que se salvaría. «¡Zafás, Chinita, zafás! ¡Te salió la sacerdotisa!», le dijo, indiscutiblemente convencida de la validez del oráculo.

¿La tarotista era la militante de formación marxista, la hija de un anarquista? ¿La que a Ana María Soffiantini, una prisionera a la que iban a

llevar a visitar a sus hijos, le escribió en un diario de diciembre del 77 (premeditadamente tal vez, como una prueba de vida) una dedicatoria cariñosa de puño y letra donde le hablaba del nacimiento de Jesús? «A no estar triste y a prepararse para recibir al Niño Dios con alegría y esperanza. Norma Gavi Gaviota».

¿Y la secuestradora de Aramburu era la misma que en otra cartita —mujer al fin— le encargaba a su compañera crema nutritiva, una colonia en cajita de madera, medias rojas y otras cosas? Ana María salió de la ESMA, y conservó esas dos notas como una reliquia durante muchos años, como un tesoro familiar.

La relación de Norma con Chamorro creció hasta que el represor se permitió contarle cuestiones que lo atormentaban.

Ella —según lo investigado en un documental dirigido por María Seoane — se sintió con derecho a pedirle a su secuestrador tres cosas:

1) que no la violaran;

2) que la fusilaran porque quería una muerte digna, y

3) que el tiro se lo pegara él.

La petición se la hizo seguramente durante una de esas largas charlas que los dos mantenían a solas en el camarote del fondo de Capucha. Dicen que se escuchaban sus voces continuamente, que nunca había silencio.

Nadie sospechaba que hubiera algo de naturaleza sexual en el interés de Chamorro por Norma. Sólo reconocimiento, respeto.

Algunas ficciones escritas sobre ella la presentan como una suerte de *femme fatale* del peronismo revolucionario. Lo real es que estuvo casada con Rubén Roitvan, con quien había militado en el Partido Comunista y que viajó con él a Cuba para entrenarse. Luego formó pareja con Fernando Abal Medina, jefe montonero siete años menor que ella, de quien estaba perdidamente enamorada. En el momento de su secuestro, estaba con otro compañero, Alberto Vulcano.

¿Cómo era Norma? Una mujer suave, pulcra, con la apariencia de estar siempre recién salida del baño. Era callada y poco demostrativa. La foto de los afiches con los que se la buscaba por el secuestro de Aramburu la mostraba con un gesto duro, flequillo, cabello recogido, labios finos y mentón fuerte. En otra foto, probablemente aquella en la que se la ve más atractiva, tiene el pelo suelto, lleva una camisa de jersey y un reloj pulsera, muestra una sonrisa y tiene una mano sobre el cuello.

El lugar que Norma Arrostito ocupaba en el imaginario de la militancia está sintetizado en el siguiente texto publicado en la revista *El Descamisado*, una crónica de su aparición en un acto en el estadio de Atlanta en Buenos Aires en el primer aniversario de la victoria peronista del 73:

«Ayer, en Atlanta, la aparición de una figura femenina cerró el círculo de un grupo que supo de la época más dura. Norma Esther Arrostito. Un nombre poblado de misterio. La imagen más acabada de las hijas de Evita. La compañera que se coloca al lado del hombre y comparte con él todos los

aspectos de la militancia.

»Nacen los fierros organizados y la mujer peronista pelea su lugar. Supera prejuicios y esquemas falsos. Quiere pelear y pelea. Quiere ocupar el lugar que le corresponde. Si el peronismo pudo generar una compañera como Evita, qué menos se le puede pedir a una organización peronista que dar cabida en su seno a las compañeras».

Y sigue:

«Era un cacho de historia del Movimiento clavado ahí, en el medio del palco, dispuesta a emocionarse porque era justo hacerlo. Porque entre compañeros si hay ganas de llorar, hay que llorar. Donde no se llora es delante del enemigo».

Norma seguía esas instrucciones al pie de la letra dentro del centro clandestino. No lloraba delante de los marinos, pero se mostraba amorosa y humana frente a los secuestrados. Era un bronce: la expresión máxima de la lucha armada en figura de mujer, la viuda de Abal Medina, otro fundador de la organización y jefa moral indiscutida. No conservaba sin embargo su grado al momento de caer: había sido despromovida varias veces por la conducción, aunque tenía intacto el halo heroico que se había ganado.

Por esas cosas del azar, en enero de 1978, cuando deciden ejecutar finalmente a la Gavi, la que la acompaña en su muerte es Jorgelina, la hermana de Gustavo Ramus, el compañero que había caído con Fernando Abal Medina en un mítico tiroteo en una pizzería de William Morris, el 7 de septiembre de 1970. Ella había podido, como tantos otros prisioneros, hablar con la Gavi algunas veces en su camarote. Fue arrastrada por Acosta cuando Norma se descompuso y dispusieron trasladarla en una camioneta al Hospital Naval. La Gavi estaba casi inconsciente. Le tomaba la mano en el trayecto, y la miraba, pero no pudo hablarle ni decirle nada acerca de una inyección que le habían aplicado en su camarote antes del final. «Tenía problemas de circulación», «Se le veían las piernas muy hinchadas», se justificaban algunos de los represores. «Tanto tiempo con grilletes, sujeta a la bala...», decían los prisioneros. Norma murió en la camioneta.

Cuando llegaron al hospital, la bajaron y le golpearon el pecho como si intentaran hacerle maniobras de resucitación. A Jorgelina la llevaron de nuevo a la ESMA casi de inmediato. «Vos sabés que tuvimos que hacer esto porque Arrostito no quería cooperar», le dijo el Tigre. Todo había sido una farsa.

Chamorro no estaba ese día en la ESMA. Cuando regresó y encontró que habían eliminado a Gavi, dicen que armó un verdadero escándalo. Elisa no cree que su indignación fuera real, ni que la ejecución se haya realizado a sus espaldas. Otros sobrevivientes, en cambio, piensan que la eliminación de Norma fue un golpe del Tigre para dejarle bien en claro a Chamorro quién mandaba allí adentro. El delegado exclusivo de Massera no iba a permitir que el director de la escuela cumpliera con la promesa que le había arrancado la prisionera, la de morir con dignidad y con un disparo de su mano.

¿Chamorro pudo haber querido una muerte honrosa para la Gavi mientras abusaba sexualmente de Coca Bazán? Sí: las conductas de los hombres del grupo de tareas parecían contradictorias, inexplicables, pero tenían una

lógica secreta.

Modus operandi

La única que vio morir a Norma fue Jorgelina. Sabía que la habían matado, porque Acosta se lo había dicho. A otros secuestrados les explicaron que el Ejército había presionado para que la asesinaran. Como Gavi, Jorgelina también era un trofeo. Su apellido, Ramus, remitía a la gesta montonera primigenia. En la finca de su familia, en Timote, había sido aplicada la condena de muerte a Aramburu, en 1969. Al año siguiente, su hermano Gustavo y Fernando Abal Medina, el gran amor de la Gavi, caerían asesinados juntos en una esquina de un suburbio de Buenos Aires.

A Jorgelina la secuestraron con su suegra, la madre de Jorge Muneta, que ya había sido apresado el día anterior. Cuando llegó a la ESMA, le ofrecieron verlo. Estaba postrado en Capucha, porque se había arrojado de un segundo piso y tenía varias costillas fracturadas. Ni él ni su madre sobrevivieron. Y además, los represores se apropiaron del departamento de la familia.

Jorgelina era pequeña y tenía modales algo aniñados pero un cuerpo voluptuoso. «Los verdes estaban locos con ella», recuerdan algunas sobrevivientes. «Se les iban los ojos cuando pasaba, con un deshablé largo y rosa y el pelo rubio suelto por Capucha, emanando perfume francés».

La historia de Jorgelina fue contada por ella misma en su libro *Sueños sobrevivientes de una Montonera a pesar de la ESMA*, donde reivindica en un tono intimista los ideales más puros de su generación.

Allí, en una catarsis irrefrenable, revive la relación con su hermano Gustavo, a quien llama «Carli », muerto por la policía, un 7 de septiembre de 1970, en William Morris. «Se había ido la persona que más amaba en el mundo, mi consejero, mi amigo, mi hermano querido», escribe. «Ese día exactamente entró el dolor en mi vida... Quiero a mi hermano conmigo jugando a los cowboys y yo era Mat Rosen el malo y él But Rogers, el bueno, y era tan divertido y tan agradable ir con él a la isla que se formaba cuando llovía y luego hacíamos un picnic de sándwiches y Coca-Cola. Con él a mi lado nada malo podía pasarme, era mi única garantía de felicidad».

A los pocos días de su detención, un verde se acercó y le ofreció llevarla al baño. Para ella fue un alivio sentir el contacto con el agua, quitarse el antifaz, moverse, respirar. Pero la amabilidad del guardia se transformó en violencia cuando la arrinconó en un cuarto, la desvistió, le tapó la boca y la violó.

Jorgelina no dudó en denunciarlo, y su actitud tuvo consecuencias. Inmediatamente, apareció Chamorro, y la hizo acompañarlo en una reconstrucción de los hechos. Señaló los lugares por donde la había llevado su agresor, el punto exacto en el que la había forzado. El Delfín la miraba y escuchaba con atención. Parecía que la injusticia tenía límites allí adentro, pensaba Jorgelina, y que había ciertas cosas que sus captores no iban a permitir, valores que aún conservaban, a pesar de todo. El verde fue sancionado. No volvió a verlo. Jorgelina fue destinada a trabajar en el Dorado, el espacio de la planta baja del Casino donde funcionaban

Inteligencia y Operaciones.

Bajo el mando del capitán Raúl Scheller, conocido como Mariano o Pingüino, jefe de Inteligencia, la instalaron en un escritorio donde compartía con otras secuestradas tareas administrativas. Primero con la China Lydia Vieyra, cuyo padre, médico del Hospital Naval, era primo hermano de la mujer de Massera. Después, con la Chaqueña Liliana Gardella, secuestrada en Mar del Plata y estudiante de antropología.

Los secuestrados eran ajenos a ese espacio y rara vez se los conducía al lugar. El nombre de la sección sugería que allí se generaban iniciativas como la de la infiltración en la Iglesia de la Santa Cruz, donde el teniente Alfredo Astiz, alias Rubio, se hacía pasar por hermano de un desaparecido para apresar a un grupo de familiares que buscaban a sus seres queridos secuestrados. La impresión era que había que guardar silencio sobre lo que se hacía y que cualquier infidencia de los iniciados sobre lo que ahí pasaba sería pagada con la muerte.

Al contrario de los otros prisioneros, que sí hablaban de sus trabajos e incluso se hacían consultas o se pedían ayuda, Jorgelina y la Chaqueña nunca hablaban de eso con los demás.

«Yo nunca serví para nada ahí adentro», asegura mucho tiempo después la Chaqueña. «Me pasaba el día paveando con Jorgelina, lo que hacíamos era totalmente inconducente. Mirá que iban a ponernos a Jorgelina y a mí a hacer tareas de Inteligencia... ¡Tan idiotas no eran! Pasábamos cosas a máquina, papelitos que andaban dando vueltas por ahí. A lo mejor esté descalificando el trabajo que hacíamos Jorgelina y yo porque no me animo a decirme a mí misma que todo eso que pasábamos a máquina, en algún momento sirvió para hacer tareas de inteligencia en serio. Por ahí fue así y yo no me banco pensarlo», reflexiona mucho después la Chaqueña.

Las chicas eran bajadas de Capucha al Dorado por la guardia entre las nueve y las diez de la mañana. Para empezar la jornada, tomaban mate y limpiaban la oficina. Ordenaban y clasificaban papeles de interrogatorios que llegaban de otros centros clandestinos de detención y los ordenaban en biblioratos. También les hacían desgrabar intervenciones telefónicas, pinchaduras que tenían que ver no con inteligencia política, sino con negocios de los marinos, asuntos comerciales, incluso seguimiento de infidelidades. Durante semanas, recuerda Liliana, se pasaban desgrabando charlas de mujeres con sus amantes. En eso, los miembros del grupo de tareas iban a porcentaje con agencias de investigación privadas.

Escuchaban detrás de los tabiques que separaban Inteligencia de Operaciones el nervioso movimiento previo a los operativos de secuestro, el entrechocar de armas, los pasos apurados.

Lo más terrible era, después, transcribir el contenido de los interrogatorios bajo tormentos que se hacían allí abajo, en el sótano, en los cuartitos llamados «13». Scheller los examinaba y daba indicaciones.

Un suboficial del grupo de tareas, Mocho, se declaraba «enamorado» de Jorgelina y la visitaba todos los días. «Mi amor por usted me ha limpiado las manos manchadas de sangre», le decía. Pero ella nunca se sintió forzada a mantener relaciones sexuales con él.

Una tarde, a fines de 1978, una angustiada Jorgelina tocó la puerta de uno de los camarotes del tercer piso. Estaba agitada, desencajada. Adentro, dos

de sus compañeras hablaban y se mostraron algo molestas por la interrupción.

—Tengo que decirles algo —intentó captar la atención. La trataron como si fuera una nena, con algo de fastidio.

—A ver, Jorgelina, ¿qué pasó?

—Rolón me violó.

Las dos mujeres se miraron incrédulas. Parecía mentira que Juan Rolón, ese oficial tan compuesto, sentado en un despacho tan señorial a la entrada de La Pecera, el que discutía alta política con los jefes montoneros cautivos, hubiera cometido una brutalidad semejante.

—A ver —le dijo una de las chicas con fingida paciencia—. ¿Cómo fue? Contanos.

—Me sacó en un auto de acá, y me dijo que quería acostarse conmigo. Yo le dije que no. Entonces volvió a decírmelo, cuando paró en un semáforo. Yo volví a decirle que no. Después metió el auto en un hotel... y me violó.

Hubo un silencio incómodo.

—¿Cómo que te violó? ¿Te puso una pistola en la cabeza? ¿Te pegó? Jorgelina reaccionó con desconcierto.

—No... no fue así.

Enmudeció. Titubeó un poco, bajó la cabeza y salió del camarote.

Sola, indefensa, ¿a quién iba a contarle lo que le había pasado, si sus propias compañeras no la escuchaban, ni entendían?

Existía la idea equivocada de que había espacio para negarse, que había posibilidad de escapar al asedio sexual sin riesgo de la libertad y de la vida. Había una inconsciencia generalizada de que todas las mujeres estaban bajo amenaza permanente. De otro modo, no se explica que se le haya exigido una prueba de resistencia a Jorgelina, ni que su admisión de que no hubo violencia física era evidencia de que la violación no había existido. Un oficial del grupo de tareas, después de dos claras negativas, obliga a entrar a un hotel para parejas a una prisionera en su auto ¿y se espera que la víctima diga no, que se rehúse?

Rolón tenía un arma, pero no tuvo necesidad de usarla. La sombra del traslado de cada miércoles se cernía nítida en la mente de Jorgelina. Con su hermano, su suegra y su compañero asesinados... con el peso de una derrota indiscutida, ¿sus compañeras le demandaban oposición? Rolón podría haberla matado, diciendo que ella se había querido fugar lanzándose del auto en una esquina. Una sola bala podría haber terminado con todo.

Treinta años después, en un bar de Belgrano, Jorgelina, la víctima solitaria, recibió un tardío pedido de disculpas de una de aquellas dos mujeres indiferentes que la habían dejado sola e incluso —hay que decirlo— la habían culpabilizado por ser excesivamente sensual. La vieja historia de culpar a la víctima de una violación de haber incitado, agravada porque ocurrió todo dentro de un campo de concentración. Porque Jorgelina nunca sintió que estuviera afuera de la ESMA. Estaba en el auto de un torturador y bajo su dominación absoluta.

El intento ingenuo de repetir la denuncia de la primera violación no funcionó. Jorgelina le contó la agresión a Acosta, buscando protección. La respuesta fue inesperada para ella: «Con los oficiales, está todo bien... no hay ningún problema». No hubo castigo esta vez, sino al contrario un

permiso, un guiño, una aclaración. «Con los verdes y los prisioneros no, con los marinos todo está permitido. Ellos pueden —es más, deben— tomarlas todas las veces que quieran, y ustedes tienen que acceder» era el mensaje.

A Elisa Tokar, durante la tortura en el sótano de la ESMA, le gritaban insistentemente *puta montonera*. Ella se sentía profundamente mortificada. A partir de su integración al staff, el grupo destinado al trabajo esclavo en el centro clandestino de detención, Elisa trató de cubrir su cuerpo, de no llamar la atención como mujer, usando ropas amplias, que ocultaran sus curvas. Quiso afearse. Tuvo una infección en el cuero cabelludo que le provocó la caída del pelo, otro atributo femenino que podía haber provocado una atracción erótica. Algunas prisioneras incluso dejaron de menstruar, abandonando toda característica sexuada, que las hiciera vulnerables. Otras, como Jorgelina Ramus, sentían que el ejercicio de la sexualidad las conectaba con la vida dentro del campo de concentración. Pero pretendían sin éxito ejercer su dominio sobre su sexo, mantener su cuerpo libre de avasallamientos.

La creencia de que la belleza física era una causal de violencia sexual y que la fealdad amparaba aparece en los testimonios de las prisioneras de los campos de concentración nazi. Las figuras hambrientas y escuálidas y las cabezas rapadas a la navaja eran paradójicamente una protección. Voces femeninas y masculinas sobrevivientes relatan una y otra vez que nazis, colaboracionistas de distintas nacionalidades, kapós, miembros de los Judenrat (consejos de administración judía de los ghetto), supuestos proveedores de refugio gentiles y hasta otros prisioneros judíos durante la Segunda Guerra seleccionaban a las más agraciadas para violarlas.

Lya Cohen, una sobreviviente griega, dice refiriéndose a un alemán: «Elegía a las chicas más bonitas. Yo tenía 14 años, pero estaba muy bien desarrollada, desafortunadamente, en ese momento.» Y Ursula Schwadron, cuando explica por qué no fue elegida como otras mujeres prisioneras para servir en los prostíbulos diseñados para los soldados o prisioneros privilegiados en los campos, recuerda: «Les dijeron a todas las chicas que se pararan y les ordenaron que fueran, a todas excepto a mí. Porque estas chicas se veían muy femeninas... Yo estaba poco desarrollada. Era delgadita, parecía un chico de unos diez años, creo».

Adriana Marcus, secuestrada en la ESMA desde fines de 1978, que sufrió un intento de abuso por parte del Gato González Menotti, dice que después de su negativa el marino no volvió a intentarlo y que no experimentó otros acosos. «Los beneficios de ser un bagayo», argumenta sonriendo.

Por el contrario, los reiterados acosos a Silvia Labayru y las violaciones que padeció Jorgelina Ramus se explican en los testimonios por la belleza angelical de una y la sensualidad de la otra.

La idea de que sólo violaban a las mujeres bonitas va contra la experiencia histórica en situaciones bélicas, en que los soldados invaden el cuerpo de las mujeres vencidas del mismo modo que invaden sus países, sin importar edad ni apariencia.

Existe el mito de que todas las mujeres que sobrevivieron a los campos de concentración tuvieron relaciones sexuales con los perpetradores. En la conferencia «Mujeres sobrevivientes del Holocausto» donde por primera vez, en 1983, se trató abiertamente la cuestión de la violencia sexual, hubo un

grupo de sobrevivientes que fueron increpadas por los estudiosos participantes, que les demandaban que «admitieran» que habían sido violadas. Esto constituye el otro extremo de la actitud de entrevistadoras a prisioneras judías húngaras en la posguerra, que justificaron el no haber abordado el tema en absoluto en sus cuestionarios. «Hurgar demasiado en sus asuntos íntimos y sexuales habría sido una traición a su confianza», argumentan.

En una cama de un hospital penitenciario, ya casi anciano, el Pingüino Scheller le reveló a un joven estadounidense, que lo entrevistaba para un trabajo académico, que el Tigre Acosta había dado la orden expresa y clara a los oficiales de la ESMA de que tuvieran relaciones sexuales con las detenidas. «Yo nunca entendí por qué», dijo el marino, y se quedó pensativo.

Se trataba entonces, indudablemente, de un plan sistemático, de una intención de incluir dentro del terrorismo de estado la violencia sexual como instrumento. De someter a las prisioneras, a los varones secuestrados que resultaban testigos, a sus compañeros y familiares aún en libertad y a la sociedad toda a los efectos múltiples de lo que podría denominarse *terrorismo sexual* porque se utiliza el sexo para atemorizar, disciplinar y someter a las presas y presos ilegales pero también a toda la sociedad.

Jorgelina no sólo fue violada por el verde y por Rolón sino también por Jorge Radice, Gabriel o Ruger, el marino contador (*fourier*, en las categorías de la Armada) que se constituyó en la mano derecha del Tigre y que con el tiempo se convertiría también en el asistente privilegiado de Massera. Ruger fue arquitecto de las apropiaciones de bienes de desaparecidos en las que involucraron a Marta García, la hermana de la Negrita. La operatoria para violar a Jorgelina que usó Ruger fue la misma que Rolón: una salida en auto, la entrada forzada a un hotel, el sometimiento bajo amenaza.

La promiscuidad de los marinos había generado consecuencias que los amenazaban.

Una tarde, Jorgelina se embarcó en una angustiada recorrida por todos los camarotes de Capucha ocupados por mujeres. Su propósito era convencer a las compañeras de bajar al sótano para una revisión ginecológica. Los marinos habían armado allí una especie de camilla con mesas, y habían llevado instrumental médico. Las prisioneras pasaban de a una en fila al consultorio.

La causa de esta decisión de examinar a todas las mujeres era la posibilidad de una epidemia de una enfermedad venérea, la gonorrea, según se supo más tarde.

Jorgelina estaba preocupada, y a pesar de que la mayor parte de las compañeras trataban de evitar el mal trance de mostrar sus genitales a un miembro del grupo de tareas, el ginecólogo Jorge Luis Magnacco, ella insistía, convocando a todas una y otra vez. Estaba convencida de que era necesario, y tal vez lo fuese. Algunas bajaron sin resistirse. Otras dijeron que se sentían mal o fingieron que estaban dormidas. Ella repitió el llamado, hasta que se dio por vencida. A pesar de que no todas las prisioneras fueron a la revisión, el contagio temido no se dio.

Una tortura refinada

«Siempre pensé el sexo como una celebración. Como algo conectado con el disfrute, el beber, con la música... una fiesta. Pero ahí adentro no podía sentir nada de eso», dice Graciela. Le costó recuperar ese placer después de la ESMA, de los abusos del Tigre Acosta, de las visitas forzadas a Guadalcanal para convertirla en su esclava sexual, en un objeto guardado bajo llave para ser usado cuando y como quisiera, en una prueba viviente de la derrota.

El asedio de los marinos a las prisioneras había empezado tempranamente, mucho antes de los viajes y estadías solitarias en Guadalcanal, durante una visita a una quinta, una extensión del centro clandestino de torturas, en 1976.

Las desaparecidas viajaron en distintos autos, con antifaz, grilletes y esposas que les fueron retirados por los guardias cuando llegaron, como si con eso pudieran recuperar la ilusión de improbable libertad.

Como si fuera un inocente juego de púberes estimulados por las hormonas, el Tigre juntó a los oficiales y a las prisioneras y les preguntó a las mujeres «¿Cuál de los oficiales les gusta?» Antes, les había hecho la misma pregunta a sus hombres. Ninguna contestó. Graciela se sentía espantada. El Tigre la sentó al borde de la piletta con Dante García Velazco, uno de los oficiales, y tuvo que hablar con él de cualquier cosa, mientras rogaba que no intentara nada. Estaban por allí, con otros oficiales a los que les habían sido «adjudicadas» María, Coca, quién sabe quién más...

Pasado un tiempo, de nuevo esposadas, con cadenas en los pies y los ojos vendados, las mujeres volvieron a ser transportadas a la ESMA. Fue un ensayo, un juego preliminar al abuso que el Tigre seguramente orquestó como una tortura refinada.

Las viudas

Jorgelina era una rehén ilustre. Con el apellido Ramus, se trataba de una más de la colección de «viudas» que atesoraba como galardones el Tigre Acosta: Norma Arrostito, Norma Susana Burgos (Laurita, la viuda de Carlos Caride), Sara Osatinsky (Quica, la viuda de Marcos Osatinsky). Eran mujeres insignes que el jefe del grupo de tareas soñaba con someter y reformar, pero que constituían además una suerte de zoológico humano, una muestra de poder dentro de la Marina, una ofrenda a Massera y una forma del jefe del grupo de tareas de construirse como leyenda ante las demás fuerzas represivas.

En su testimonio de 1979 ante el gobierno sueco por la desaparición de su amiga, la adolescente Dagmar Hagelin, Laurita dice claramente: «Que la exponente fue dejada con vida, básicamente por ser la viuda de Carlos Caride y en función de los proyectos políticos de las FF.AA. y en particular de la Marina y de su jefe el almirante Emilio Massera, tendiente a captar para sus planes a un número de detenidos —casi todos con notoriedad pública— para su ulterior utilización política».

Laurita había perdido a su marido en un enfrentamiento en mayo de 1976. Para que los militares no se apoderaran de su cuerpo, los compañeros lo habían enterrado en un jardín. Militante de la juventud de la Resistencia, varias veces preso, fundador de las Fuerzas Armadas Peronistas, perseguido hasta el cansancio, Carlos Caride era uno de los iconos de la militancia. Devastada por su pérdida, Laurita sufrió otro golpe: la muerte de su hijita María Eva de dos años en un accidente doméstico, ese mismo año, el 29 de diciembre. Menos de un mes después, el 26 de enero de 1977, la llevaron a la ESMA.

Las viudas —las mujeres de los jefes enemigos— fueron asediadas por los represores de la ESMA. Laurita cedió a la protección de Gonzalo Sánchez, un prefecto al que apodaban Chispa, arrasada por el dolor de la pérdida de su marido, su hijita y su amiga Dagmar. Cuando a fines de 1978 y contraviniendo las órdenes del Tigre de no verse con otros secuestrados en las salidas esporádicas a visitas familiares de la ESMA, en las que eran dejados solos, Laurita se encontró en un bar de Olivos con una compañera para que ella conociera a su hija pequeña, fue Chispa el que llegó al lugar para advertirles que el Tigre se había enterado de algún modo de ese encuentro y estaba furioso. Les dijo que tenían que separarse inmediatamente y admitir la falta si eran interrogadas en los días siguientes. Nunca estuvo claro cómo la información sobre el encuentro había llegado a oídos de Acosta, pero en ese momento ninguna de las dos secuestradas sospechó de Chispa, y la primera reacción fue de agradecimiento. ¿Acaso no se arriesgaba él mismo a una sanción por protegerlas? A la distancia parece una interpretación por lo menos ingenua.

Cuando Carlos Carella, Palanca, un oficial del grupo, quiso avanzar sexualmente a Anita Dvantman, ella le apagó un cigarrillo en la palma de la mano. Y entonces entró en escena Jorge Radice, su protector, que según testigos tuvo que sufrir extorsiones del Tigre que lo amenazaba con matarla conociendo su debilidad por ella.

Otra viuda célebre era Sara Solarz de Osatinsky, una de las prisioneras de mayor edad que Acosta había unido al *staff* de La Pecera. Sara había sido mujer y compañera de Marcos Osatinsky, fundador de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Sus dos hijos, José y Mario, de 18 y 15 años, también habían sido asesinados. Quica, como la llamaban, era una mujer de cabellos castaños y largos y labios carnosos con una sonrisa resignada detrás de la que se ocultaba una angustia incommensurable.

Cuando la secuestraron en una parada de colectivos en Buenos Aires, en Bruix y Directorio, después de desmayarla golpeándola con una llave inglesa, Acosta y Pernías le dijeron, fingiendo compasión, que no querían causarle más pena.

No abrió la boca en la sala de tormentos para decir ni siquiera el número de teléfono de control que sus captores ya sabían. Respondió que le daba lo mismo cualquier centro clandestino cuando ellos quisieron jactarse de que estaba en el más temido. Quisieron entonces torturarla con picana, pero se desconcertaron cuando —desgarrada su ropa y atada a la cama— las descargas eléctricas no la hicieron gritar.

«¿Por qué no grita?!», le preguntó el Tigre fuera de sí. Quica contestó que después del dolor que había padecido, ya nada podía afectarla.

La hicieron visitar por la Gavi pero —lejos de quebrarla— la constancia de que la Arrostito estaba viva solamente la sorprendió.

De algún modo, en algún momento, se rindieron, porque la subieron a Capucha. Y como era «una presa importante» allí iban a verla Chamorro, Acosta, Gonzalo Sánchez, Radice, Febres y todos los que habían participado en el operativo de su secuestro. Ella soportaba el desfile con resignación.

El ensañamiento de los represores con el marido de Quica no había tenido límite. El Pelado Marcos Osatinsky había sido uno de los jefes guerrilleros que se había fugado a Chile desde el penal de Rawson en agosto de 1972. Después de una corta estadía del otro lado de la cordillera, había viajado a Cuba.

De nuevo en la Argentina, fue detenido en Córdoba cuando usaba otra identidad, en la sede de una empresa pantalla de la organización Montoneros, en julio de 1975. Un grupo comando atacó un móvil donde lo trasladaban y lo mató.

Hay quienes aventuran que fue un pelotón del ERP enviado por su amigo Enrique Gorriarán Merlo el que emboscó al patrullero para rescatarlo, y que su muerte fue accidental. De todos modos, cuando su cuerpo era llevado por sus familiares a su provincia natal, Tucumán, para ser enterrado, otro grupo armado se llevó el ataúd y arrojó su cuerpo en un pozo cerca de Barranca Yaco, al norte de Córdoba, donde lo dinamitaron. El lugar elegido encerraba un mensaje, ya que allí había caído asesinado en 1835 el caudillo Facundo Quiroga.

La Quica tuvo que tolerar en la ESMA, en mayo de 1977, la visita del capitán de Ejército Héctor Vergez, integrante del D2 de Córdoba, del Comando Libertadores de América y represor del campo de concentración La Perla. Vergez, que en los 80 escribió un libro reivindicando su participación en la represión ilegal titulado *Yo fui Vargas*, tuvo problemas con la justicia en la década del 2000 porque encabezaba una asociación de lucha contra la usura que engañaba a pequeños propietarios víctimas de préstamos usurarios. Vergez amenazaba a los acreedores para que redujeran las deudas, aunque no en beneficio de los damnificados por la usura sino en el suyo propio. Con varios artilugios terminaba quedándose con las viviendas. Ampuloso, fabulador y egocéntrico, embaucó a cientos de familias desesperadas.

Vergez quería llevarse a Quica de la ESMA a sus dominios de Córdoba para matarla, porque, según le dijo, «el apellido Osatinsky tenía que ser borrado de la faz de la tierra». Y para demostrarle de lo que era capaz, le contó en primera persona cómo había participado en los operativos donde habían matado a Marcos y a su hijo Mario.

La versión del asesinato de Marcos Osatinsky que le dio fue mucho más cruenta y horrorosa que la de un tiroteo en una ruta. Según Vergez, lo habían torturado en una quinta con electricidad, pero como hubo un corte de energía, lo habían atado a dos autos y corrieron carreras con su cuerpo amarrado hasta que murió.

El hijo mayor de Quica, Marito, de 18 años, estaba el 26 de marzo de 1976 en una casa de la localidad cordobesa de La Serranita con otros

compañeros de militancia. Se presentó un grupo de tareas que les avisó con megáfonos que se rindieran. Los chicos no lo hicieron, y pudieron huir por un río que pasaba por detrás de la vivienda. Llegaron a Alta Gracia, pero fueron descubiertos y acibillados. Cuando Quica escuchó el anuncio por radio, inmediatamente supo que se trataba de su hijo y se desmayó. «Caí seca al piso», dice. «Cuando me desperté, estaba llorando a los gritos».

Josecito, el menor de los hijos de Sara, de 15 años, era estudiante del segundo año de una escuela técnica cuando en julio de 1976, en una reunión con compañeros, también en Córdoba, explotó una garrafa y alertó a los represores. Intentando escapar, cayó de una terraza a un patio interno y fue rematado allí por uno de los miembros de la patota policial.

Después de tantas pérdidas, Sara se constituyó en la ESMA en una figura maternal para los otros presos. En Capucha, estuvo al lado de María Hilda Pérez de Donda, una embarazada a la que habían traído de un centro de detención ilegal de la Fuerza Aérea antes de que la trasladaran a una habitación especial. Quica se transformó entonces en la comadrona del campo, que acompañaba a las embarazadas durante el parto. Asistió a más de catorce de ellas, y con el tiempo dio información valiosa a la Justicia para la localización de los bebés nacidos en cautiverio y entregados a familias militares después del asesinato de sus madres.

Pero no sólo a embarazadas asistió Quica. A María Eva Bernst de Hansen, otra viuda joven, por ejemplo, consiguió integrarla al staff y así le garantizó una posibilidad mayor de sobrevivir.

Quica era para los secuestrados una suerte de virgen, una santa montonera.

El sufrimiento la había purificado a los ojos de los otros militantes, al punto de que su declaración ante la justicia denunciando que había sido víctima de delitos sexuales en el año 2007 provocó un verdadero terremoto emocional entre las sobrevivientes que la conocieron en los pasillos del tercer piso.

En su testimonio judicial, sin que mediara ninguna pregunta al respecto, Quica relató que había sido abusada sexualmente, probablemente por uno de los más deleznable personajes dentro del universo concentracionario, el prefecto Héctor Febres. El Gordo Selva o Daniel, obeso y sudoroso, era quien tenía a su cargo la relación con las embarazadas. Les compraba un ajuar para sus bebés y les pedía que escribieran una carta a su familia para encargarle que criaran a esas criaturas hasta que ellas pudieran unírseles. La carta —por supuesto— nunca llegaba a destino, y los niños tampoco. Dicen que era Febres el que separaba al bebé de las madres y lo entregaba a los apropiadores cuando llegaba el momento.

La actitud de Selva con las prisioneras era siempre libidinosa. María Eva Hansen cuenta que la sacó de la ESMA y la llevó a un departamento de un ambiente sin razón aparente, a solas. Después de unos minutos en que parecía inspeccionar el lugar, ella logró que la devolviera a Capucha. María Eva está segura de que su intención era abusar de ella.

Liliana Gardella, la Chaqueña, también tuvo que sufrir los embates de Febres. La retiró de la ESMA con la excusa de visitar una inmobiliaria. Estacionó el auto en la puerta de un hotel cercano. Hizo un ademán inconfundible, y el gesto de Liliana le comunicó un rechazo rotundo. Tal vez

la idea de que Mariano, el jefe de inteligencia, la tenía como protegida, hizo que el Gordo no avanzara más.

Febres fue juzgado individualmente por secuestros, torturas y homicidios. Uno de los testigos, Carlos Lorkipanidse, dijo que su mujer, Liliana Pellegrino, recibía llamados de Febres cuando estaba en libertad.

«Hoy ponete linda, que tenemos que salir. Los detalles más escabrosos me los ahorro», dijo ante los jueces.

Uno de los casos por los que fue acusado Febres es el de Josefa Prada de Olivieri. Y uno de los delitos, intento de violación.

El del Gordo Selva fue el primero de los juicios orales relacionados con la ESMA. Poco antes de la sentencia, apareció muerto en su celda, y la justicia determinó que fue por causas naturales, aunque por un tiempo, el expediente se caratuló «muerte dudosa».

¿Pero por qué Quica, después de treinta años, reveló que había sido forzada a acostarse con Febres después de haber padecido las pérdidas más horribles que una mujer puede tener?

«¿Con qué necesidad?», se preguntaban algunas sobrevivientes. ¿Por qué, al borde de los setenta años, no había decidido llevarse ese secreto a la tumba? ¿Para qué enrostrárselo a las que habiendo padecido vejámenes, todavía se refugiaban en el silencio?

La imagen de Quica teniendo sexo con un represor fue probablemente una de las más revulsivas que pasaron por la cabeza de las ex cautivas. Ella, la *mater dolorosa*, la más pura de todas las mujeres mantenidas en ese abismo de esclavitud que era el edificio del casino de oficiales, ¿también había sido vencida?

Después de su secuestro, cuando la unieron al *staff*, las semanas transcurrieron para Quica con la certeza de que cada miércoles se realizaba un traslado. Tuvo casi de inmediato la seguridad de que el eufemismo ocultaba la muerte. Y supo también que dos secuestrados, Ana María Loli Ponce y el Negro Ricardo Moyano, fueron ahorcados y no arrojados al mar, como la mayoría de los otros. ¿Sería ese también su destino?

En diciembre de 1977, el prefecto Héctor Febres la sacó en automóvil de la ESMA, y paró en Liniers. Dejó su arma apoyada en el asiento, salió, y se dirigió hacia atrás del auto, como si quisiera verificar un desperfecto. Quica se mantuvo inmóvil, porque sabía que era una puesta a prueba que seguramente habría terminado con su muerte si hubiera querido fugarse. Febres la llevó entonces a comprarse un par de zapatos porque estaba descalza, y después la condujo a una quinta.

Ese no fue el único tanteo a que la sometieron. Dos periodistas, Héctor Agulleiro y Héctor Sayago, que pertenecían al entorno de Acosta y eran colaboradores del grupo de tareas, la entrevistaron y le propusieron llevarla a Europa para que diera una conferencia de prensa afirmando que se había entregado voluntariamente y convocando a los militantes a dejar de luchar. Más allá de la intención real de los marinos de montar ese operativo de propaganda, Quica está convencida de que querían medir su reacción, lo mismo que cuando con otros prisioneros la sometieron a una batería de tests que les hizo un psiquiatra del Hospital Naval.

En octubre de 1978, le dijeron que tenía que viajar a Tucumán, su provincia de origen, para cobrar la herencia de sus padres.

La verdadera intención de sus secuestradores era apropiarse de sus bienes y ella lo sabía, pero no estaba en condiciones de oponerse. Le hicieron un documento falso con su verdadero nombre en los sótanos de la ESMA, y Febres la acompañó en el viaje.

Durante el trayecto, Quica estaba de un ánimo sombrío. Volver a Tucumán la transportaba a su infancia y a su adolescencia, pero también era la comprobación de que su marido y sus hijos estaban muertos. Cada paso, cada imagen, eran un puñal.

Febres se mostraba amable y contenedor, y le hizo saber que estaba dispuesto a todo para salvarla y sostenerla. La declaración de Quica dice que «se ve obligada a tener relaciones con él, lo que le llevó mucho tiempo entender que se trató de una situación de abuso sexual (sic)». «Hacía lo que me decían», diría después. «Era como una hoja al viento». La voluntad de Quica estaba anulada: el sufrimiento la paralizaba y además, estaba bajo una constante amenaza de muerte.

Febres cobró en Tucumán —haciéndose pasar por un capitán del Ejército, en una escribanía que el hermano de Quica designó bajo coacción— un dinero del que ella desconoce el monto. Le dio en el mismo aeropuerto, al regreso, unos 40 mil dólares, mientras él acarreaba en un maletín una cantidad enorme de billetes. Acosta guardó ese dinero en una caja fuerte y le mintió diciéndole que se lo había entregado al Delfín Chamorro en su totalidad.

A fines de 1978 y después de haberse quedado con el dinero de la herencia de sus padres, los dueños de la ESMA decidieron la libertad de Quica.

La mantuvieron unos días en una quinta de la localidad de Del Viso antes de dejarla salir al exterior junto a Ana María Martí, Chiche, otra prisionera, y sus dos hijos pequeños. Los chicos, un varón y una nena, habían sido «rescatados» por el Tigre después de haber sido tomados como rehenes del Ejército en Campo de Mayo para desesperación de su madre.

Febres visitó allí a Quica, en una ocasión, con sus propios hijos. Algunas veces la llevaron a buscar algunas cosas a la ESMA. En uno de esos viajes, de regreso a la quinta, Febres la llevó a un hotel adonde la obligó a mantener nuevamente relaciones sexuales con él.

Ana María y Quica viajaron a España a fines de 1978 y se refugiaron en un departamento de Valencia. Creyeron poder construir una vida en paz, pero Febres las controlaba y las visitaba sin previo aviso. Las mujeres se sentían presas todavía, y sospechaban que aun en ausencia de Selva, alguien estaba vigilándolas constantemente.

Quica estaba intranquila. Quiso apartar a Febres de la casa donde vivía con los hijos de Ana María para protegerlos y por eso accedió a viajar a Roma con él. Todo contacto del abusador con los chicos le parecía peligroso y desestabilizador, y consideró que el viaje era una manera de alejarlo. En Italia se cruzaron con Armando Croato, jefe montonero. En un callejón, intentó liberar a Quica, pero ella quedó paralizada.

«Soy Croato. ¡Dejala libre, dejala que se vaya!», le dijo a Selva.

Él, que había escapado a su propio secuestro por un comando de la

mismísima ESMA en España el año anterior, se le animó al torturador. Poco después, en Buenos Aires, caería asesinado en un supermercado de Munro, en el marco de la contraofensiva.

La relación de abuso de Febres con Quica continuó cuando ella tuvo que volver a Buenos Aires porque había perdido el pasaporte. La llevó a sacar uno nuevo al Departamento de Policía Juan Carlos Linares, el Gordo Juan Carlos, el mismo miembro de operaciones de la ESMA que había participado en su secuestro.

Todo el trámite duró tres días, y entonces también tuvo que dormir con Febres y someterse a él.

«No medía lo que hacía, no sabía los riesgos. Era una marioneta en manos de ellos. Todo comenzó cuando cayeron mi marido y mis hijos», explica Quica.

En agosto de 1979, ante la conferencia de prensa de un liberado que denunciaba lo que ocurría dentro de la ESMA, Febres fue a buscar a Ana María y a Quica a su casa. Un familiar de Ana María le dijo que habían viajado a Francia «porque Quica iba a casarse con un francés». Por supuesto, se trataba de un invento para desorientar a los represores y proteger a las mujeres.

Cuando finalmente Quica hizo su propia conferencia de prensa con Ana María y otra sobreviviente, María Alicia Milia de Pirlés, para denunciar lo vivido en la ESMA, en octubre de 1979, aquel familiar recibió una amenaza: «Nosotros no nos olvidamos, ya van a tener noticias nuestras».

Muchos años después, una tarde lluviosa, una combi llegó a Tucumán con Quica y los restos de su hijo mayor, Mario de 18 años, que habían sido identificados en el enterramiento del cementerio de San Vicente y le habían sido entregados en Córdoba.

Sara se quedó a solas más de una hora con los huesos de Mario. En el cementerio privado de Tucumán, descansan ahora con los de su padre Marcos. Sólo faltan los de José, que fueron juntados con palas mecánicas mezclados con otros, guardados en bolsas de residuos e incinerados.

«Pensar que éramos una familia, pensar que alguna vez fuimos felices», reflexiona Quica.

Durante su exilio europeo, que aún dura, Quica trabajó en Ginebra en un centro de recepción de refugiados. Tal vez sea esa experiencia, ese contacto con mujeres de otras culturas que padecieron el abuso sexual, lo que contribuyó a que completara el proceso que concluyó con su declaración, un testimonio que hizo explotar un debate en el colectivo de las sobrevivientes.

Algunas todavía confunden las circunstancias en las que los represores sometieron a las presas, como si hubiera habido algún resquicio de libre albedrío en ellas.

«Yo vi a la Quica en Roma con Selva, los vi pasar en un ómnibus. Ellos no me vieron a mí», dice una. «Yo me di cuenta de lo que estaba pasando, aunque en esa época nadie podía creerlo. Tal vez ella necesitaba sentirse mujer, ¿quién te dice? Después de todo lo que había pasado... No hay que descartarlo, esas cosas ocurren entre un hombre y una mujer...»

Otra sostiene que había posibilidad de una atracción legítima, e insiste: «Cuando los veías ahí adentro a la Quica y a Selva tomando mate, sentías las miradas: ahí había *onda*».

«¿Onda? Te parece que podía haber onda entre una mujer a la que le habían asesinado a su marido y a sus dos hijos chicos salvajemente y uno de esos tipos, represores, asesinos?», le contesta una compañera.

«Y sí... había. Eso era innegable, uno se daba cuenta. No podés ignorarlo».

«Y entonces, ¿por qué treinta años después, sin decírselo a nadie, sin que nadie se lo pidiera, la Quica vino y lo denunció en Tribunales, dijo que había sido abusada sexualmente?»

«Ah... eso no lo sé.»

Las definiciones de abuso sexual incluyen todos los ingredientes de la situación que estaba atravesando Sara. Aislada, débil, con el peso de pérdidas irreparables sobre los hombros, quebrada su voluntad, el abusador le hizo sentir que dependía de él, de su protección y apoyo para seguir viviendo, y avanzó sobre su cuerpo.

El último regreso de la Quica a la Argentina fue para declarar en el juicio de La Perla, en el año 2012. Sobre el banquillo de los testigos, colocó fotos de Marcos, Marito y José. «Vengo a denunciar la desaparición de mi familia y las amenazas de muerte», leyó antes de empezar. «Traigo conmigo a mi esposo y mis hijos. Fuimos una familia comprometida con las luchas sociales y políticas del país. Marcos y yo fuimos militantes desde los 15 años, a partir de la fusión, en Montoneros. Criamos a nuestros hijos según los valores de nuestra generación. Marcos y Marito eran militantes. El más chico no militaba, si bien compartía nuestros principios. Los tres fueron asesinados, ninguno murió en un enfrentamiento. De mi familia sólo quedo yo. Dijeron que debían matarme para que el nombre Osatinsky desapareciera de la faz de la tierra. Pero aquí estoy para denunciar en nombre de los míos.»

La recibió en su casa de las afueras de Córdoba Capital Liliana Callizo, sobreviviente de La Perla.

Al principio, Quica se sentía agobiada, pero después la vista de las sierras, el contacto con la naturaleza le dio un poco de paz. Acusó a Héctor Vergez, ese represor de La Perla que la había visitado en la ESMA para contarle cómo habían terminado con la vida de los suyos. A la salida de los Tribunales, al cruzar las puertas vidriadas, las cámaras captaron en su boca cierta alegría y en sus ojos una luminosidad que no tenían antes.

OCHO

Cavallo: el teniente exquisito

Ana Testa era una jovencita con una sonrisa encantadora. Bonita y simpática, había empezado su educación en un colegio de monjas de San Jorge, una ciudad provinciana a mitad de camino entre Santa Fe y Rosario. Su rebeldía y sus cuestionamientos provocaron que la expulsaran. Por eso, cuando llegó el momento de entrar a la universidad para estudiar arquitectura, su padre pensó que la mejor opción era el Chaco, la Universidad Nacional del Nordeste. Seguramente allí habría «menos problemas», es decir menos efervescencia política que Ana, de luminosos 17 años, pudiera aprovechar para distraerse del estudio.

Se equivocaba. Ana, según sus propias palabras, empezó a militar en Montoneros «porque había chicos más churros, no como los del Partido Comunista, que eran gorditos, horribles, llenos de granos».

Ella era «la» mina, hermosa y muy combativa. «Los afectos, el amor, la política, estaba todo muy mezclado. Me enamoré de un morocho, el chico más lindo que había».

Él estaba en una tribuna e inflamaba con sus consignas a los que como Ana, lo escuchaban. «Él me vio y yo lo vi. Era perfecto, era el negro atorrante que estaba con la mejor mina. ¡Era la reivindicación de todos los negros peronistas!» se divierte al acordarse.

Pero Ana no era solamente la «mejor mina». Era una mente que se sublevaba ante la injusticia, ante la desigualdad. Era una militante.

El morocho que se ganó el corazón de la más codiciada se llamaba Juan Silva. Era hijo de un ex diputado del FREJULI, y estaba en segundo año de Ingeniería. La ilusión de un Perón como líder revolucionario y el dolor de junio del 74 cuando los echó de la Plaza de Mayo llamándolos «estúpidos imberbes», optando por la derecha del movimiento, los encontró juntos. Cuando el rector de la universidad, en un pacto con algunos jueces, consiguió que se pidiera la captura de todos los integrantes de la conducción de los centros de estudiantes, tuvieron que dejar la provincia.

Ana ya estaba embarazada. Un día de octubre de 1975 Juan le dijo que tenía que irse de la casa que compartían, y que no podía decirle adónde. El destino era la compañía de Monte, con la que participó en el ataque al regimiento de Infantería de Monte 29 en Formosa.

Con el 76 les llegaron las peores corridas, como a todos, aunque el Negro y Ana estaban «fichados» desde antes. Viviendo en casas vulnerables, conocidas por muchos, ocultándose de las patotas de los grupos de tareas, preguntándose todos los días si no sería el último. Autoconvenciéndose también de que dejar la militancia era convertirse en traidor a la memoria de los caídos.

A una de esas viviendas llegó un día un operativo. Juan le indicó a Ana el camino. La única vía de salida eran los fondos. Había que trepar muros rugosos, ásperos, saltar tapias. Ana se cayó, y tenía las rodillas doloridas y

ensangrentadas. Se detuvo. Ya no quería seguir. Estaba desesperada.

«¡Déjame!», dijo. «Yo me entrego».

Juan la apuntó con su 45 desde el techo: «Si te entregás, te mato acá.»

¿Fue el final? ¿Podía una mujer seguir al lado de un hombre que la prefería muerta antes que rendida, en manos del enemigo? ¿Qué encerraban las palabras de Juan?

Para Ana, fue un gesto de amor. «Yo lo recuerdo así. Fue una de las cosas que me permitió seguir con vida.»

Ya hacía rato que la militancia había cambiado. «La joda se había acabado. Ya no quedaba nada de esa alegría revolucionaria que teníamos antes.»

Ana perdió su segundo embarazo en la calle, debajo de un puente, sin tener un lugar adónde ir. Sus medias negras, su pollera ensangrentada y la sensación de desprotección más absoluta...

Las noches eran aterradoras, amenazantes. Se escuchaba cada ruido, cada movimiento con sobresaltos. Había tiroteos, operativos y caídas masivas.

«Dormíamos abrazados, en posición fetal, como chicos. Teníamos miedo». La hija, Paulita, estaba con los padres de Ana, en la seguridad del pueblo, allá en San Jorge. En eso ella no transó, se puso firme. Si iban a arriesgarse, le dijo a Juan, lo harían solos.

Ana se presenta como una militante «por amor».

¿Existió realmente tal cosa? ¿Fueron los varones militantes por convicción ideológica y las mujeres los siguieron sólo pasivamente, seducidas? ¿Había sido Ana un objeto de deseo para Juan, la chica más sensual de la facultad, una mujercita que tenía que ser «poseída» y a la vez arrastrada a un proyecto más viril que femenino? ¿Era la hija de gringos de clase media una reivindicación del «negro peronista», como dice jocosamente Ana?

Los represores de la ESMA parecían estar convencidos de eso: salvando casos excepcionales, los hombres militaban pero las mujeres sólo se plegaban al hombre del que estaban enamoradas. Por eso, seguramente, eran incapaces de comprender que el compromiso con la militancia era igualmente intenso. Con la idea de que la mujer había sido hecha para el hogar, el cuidado de los hijos y el solaz del guerrero, es que negociaron en varias oportunidades con los varones la libertad casi inmediata de sus compañeras, cuando los apresaban juntos, a cambio de «colaboración».

A veces, la mujer ni siquiera había sido secuestrada: la promesa adquiría la forma de «si la entregás, después la dejamos ir con tus hijos y te quedás tranquilo». El marido quedaba como rehén, como garantía de que la esposa iba a dejar de militar y retomaría el rol clásico de la madre dedicada exclusivamente a la crianza.

Es verdad que Juan, el «compañerazo» que había elegido Ana, era un «profesional»: su vida era la militancia. La había organizado para eso. No tenía otro plan ni otro proyecto. «En cambio, yo podía hacer cualquier otra cosa», dice ella.

De hecho, Ana había tomado un empleo en plena clandestinidad ni bien llegada a Buenos Aires para pagar los gastos, y se había hecho cargo así de lo que les correspondía tradicionalmente a los hombres. Se había transformado en proveedora de la familia en lo cotidiano, a pesar de su rol

subalterno en la política. Juan estaba en crisis, estaban totalmente aislados. Se habían terminado los colaboradores dispuestos a tender una mano, a abrir la puerta de sus casas para pasar una noche.

«Mirá, loco, acá hay que laburar. Tenemos para pagarnos un mes de pensión, ¿y después qué?», le decía ella. Las caídas se contaban por miles, pero para Juan, la palabra derrota no existía, no estaba en el diccionario.

Las actitudes de Ana precipitaron el fin de la pareja. Ella no quería militar más, y él seguía firme, convencido. La separación no se dio porque se hubiera terminado el amor entre ellos, sino por razones de seguridad. Habían elegido dos futuros diferentes. No sabían entonces que su destino iba a ser idéntico. En noviembre de 1979, Ana vivía en un dos ambientes en el barrio de Boedo. La ciudad seguía siendo una trampa, pero Ana pensó que estando «desenganchada» no corría riesgo. Sin embargo, todavía Paulita estaba en San Jorge, con sus abuelos hasta que ella se estabilizara, y había llegado a visitarla. Una tarde, estaba esperando que volviera su madre Chela que se había ido a hacer unos trámites y decidió cruzar a una peluquería para depilarse y hacer que le cortaran el flequillo a su hijita. Chela, de regreso, se puso a cocinar como le pedía una nota dejada por Ana, cuando sonó el portero eléctrico. Usaron como salvoconducto el nombre de un amigo. La patota de la ESMA invadió el departamento y poco después secuestró a Ana, que vio al salir de la peluquería la calle sembrada de hombres con armas. Le arrancaron la nena y entre gritos, la arrojaron al piso de uno de los autos del operativo.

Cuando llegó a la ESMA, los primeros días fueron de tortura. Fueron especialmente duros con ella, porque no creían que no tuviera información. No tiene problemas en aceptar que dio datos para que secuestraran a Rolo Miño, sobre todo porque él sobrevivió y continúa siendo su amigo. «Nadie puede juzgar a quien está en esa situación, las estrategias de supervivencia que pueda tener ahí, ¿quién las puede valorar?», dice Miño muchos años después.

A los diez minutos, Ana perdió el control de esfínteres, y se cagó y se meó encima. «Los tipos se ponían de la cabeza», dice. Juan Antonio Azic, alias Fredy o Piraña, tomó las heces de Ana y se las restregó por todo el cuerpo. Recuerda bien «...el tipo tocando las heces y pasándomelas por los ojos, por la nariz, por la comisura de la boca, por los pezones...» Los torturadores se alteraban con lo que ellos mismos estaban provocando, la animalización de su víctima, el regreso a las etapas más primarias y querían humillarla aún más. «En el descanso me tomaban la tensión y el pulso. Uno tenía el rol de bueno, trataba de tranquilizarme. Tenía sed y pedía agua, pero sólo me colocaban pedazos de algodón húmedos en los labios. Pedí ir al baño. Me acompañó un tipo y me dijo “Es para que no te tomes el agua del inodoro”. Entonces no sabía que si tomaba líquido corría el riesgo de que me diera un paro cardíaco. Me querían viva».

La querían viva, sí, para decidir ellos el momento de su muerte. Todos los que entraban al campo estaban condenados *a priori*. Que se salvaran después dependía de la locura de los victimarios y de distintos tipos y grados de renunciamientos de las víctimas.

Le hicieron escribir una carta a su marido para convencerlo de que volviera al país, pero Ana se las ingenió para colocar claves para que él

interpretara que se encontraba en una situación de peligro. Eso le valió que la llevaran de nuevo a la sala de torturas.

Ana conservó durante años las marcas de los cordones que la sujetaban de las muñecas y en las rodillas durante los tormentos, y el recuerdo de una compañera a quien los marinos mandaron a hablar con ella. La menciona con desprecio.

«Vino a verme esa chica, que era algo así como una infradotada y me dijo que ella en la escolita había aprendido a ser mujer, porque en la organización, era nadie» dice. Curiosa construcción de esa otra prisionera, mimesis con el modelo femenino que imponían los secuestradores. ¿La ESMA realmente le había enseñado, según ella, a cumplir con los mandatos sociales? La aceptación por parte de la mujer de que su rol era cuidar su aspecto para agradar al varón era una señal de que el proceso de recuperación tenía éxito. Y por supuesto, la mayor parte de las detenidas desaparecidas estaban dispuestas a simular que habían recuperado su femineidad, maquillándose, peinándose y vistiéndose. Era una concesión menor a cambio de una posibilidad de seguir con vida. Desafortunadamente, eso no era todo lo que les pedían, por supuesto. En enero, el sucesor del Tigre, Abdala quiso festejar los cumpleaños de los prisioneros. Trajo para las mujeres una enorme caja llena de cosméticos de todo tipo. Antes de la celebración, todas se pintaron, menos la Negrita Josefina Villaflor que se negó rotundamente. Su destino fue un traslado.

El primer paso hacia el contacto con su familia estando dentro del campo fue para Ana, como en todos los casos, un llamado telefónico monitoreado. Una situación contradictoria, tensa, que provocaba un hondo agotamiento emocional.

Ellos discaban el número y escuchaban impávidos e insensibles por otro aparato los sollozos de los familiares que oían después de mucho tiempo, por primera vez, una voz que habían creído no volver a escuchar nunca más. Y el prisionero temía que sus familiares mencionaran a alguien, algún hecho que resultara sospechoso para sus captores y que los devolviera a la mesa de torturas.

«Yo me imagino que estaba rodeada por tres tipos que la vigilaban pero la escuchaba, sabía que estaba, me decía que estaba bien», recuerda Chela. A los diez días de ser secuestrada, Juan Antonio Azic, alias Piraña o Freddy, la llevó a su casa en auto con otro represor. El viaje hasta San Jorge duró unas seis horas tensas. Al llegar, Piraña no perdió oportunidad de pedirle a su padre que entregara el campo del que era propietario para obtener su libertad.

Fue entonces, poco después, cuando en la vida de los Testa apareció Marcelo, el teniente Ricardo Miguel Cavallo. Delgado, menudo, de ojos azules y rubio, era salvaje en la tortura y refinado en el trato cotidiano con los prisioneros. Se vestía de manera impecable. Ana recordaba su voz durante el interrogatorio, recomendándole que «no se hiciera la dura». La picana en la vagina, en las comisuras de los ojos, en la boca, en los pezones, y de fondo esa cadencia suave, distinta, que después volvería a escuchar muchas veces.

A Ana la torturaron también Carlos Carella, Palanca, y Adolfo Donda, Gerónimo, pero ellos no tenían la misma actitud. Algo en Marcelo era diferente. Lo llamaban también Sèrpico, por el policía de la película. Frank

Sérpico era un policía neoyorquino que pretendía cambiar la fuerza y estaba enfrentado con sus compañeros corruptos. En el film de Sidney Lumet, lo interpretaba Al Pacino, y en nada se parecía físicamente a Marcelo. De modo que una podía inferir que algunas características personales del marino eran similares al del hombre que quería «limpiar» el departamento policial.

La primera vez que lo vio llegar a San Jorge solo, Chela pensó lo peor. Pero por lo menos otras cuatro veces ese muchacho de unos 29 años, que había estudiado meteorología y finalmente se había decidido por la Armada, le volvió a llevar a su hija a casa.

El viaje, recuerda Ana, se hacía siempre en auto. Marcelo nunca bajaba de 140 o 150 kilómetros por hora. Cuando llegaban, el portón del garaje se cerraba detrás de ellos y no volvían a salir a la calle hasta la partida. Les habían indicado, como si hiciera falta, que no hubiera en la casa nadie que no fuera de la familia.

«Llegaron, y eran cuatro, armados hasta los dientes. Traían a Ana con los ojos tapados, con antifaz. Te daban ganas de salir corriendo». Pero la familia tenía que soportar todo, y en silencio. «¿Vos sabés lo que era? Y tener que hacerles las comidas más ricas porque los querías homenajear... ¿Y no hay salame de chacra? Sí, hay salame de chacra. ¿Y no hay un buen vino? Sí, hay un buen vino. ¡Lo que quieran, sí...!» La desesperación de una madre se revela en las palabras de Chela. Una madre que estaba convencida de que todo era poco para salvar la vida de su hija, y para agradecerles a quienes se la traían, aunque más no fuera en esas condiciones.

«Un día Marcelo quiso ir a comprarse ropa, y lo llevamos a que comprase ropa», dice Chela, como quien relata el colmo de lo absurdo. «Tener que bancártelos en la casa...» Encerrado en una casona del interior con la familia de su prisionera, el custodio se comportaba en efecto como un huésped de honor. Chela desplegaba las artes de la cocina para agasajarlo y hasta le lavaba y le planchaba las camisas. Las estadías duraban de dos a cuatro días. Marcelo dormía en la cama de Eduardo, hermano de Ana, el mismo que por las noches, cuando Chela no escuchaba, recibía de ella las confesiones de las verdaderas condiciones de su secuestro. Condiciones que parecían increíbles para quien veía a Marcelo entusiasmarse pidiéndole a Chela las recetas que lo fascinaban. «Se las voy a llevar a mi mamá» decía. La cassata brasileña con crema y chocolate era su favorita. Chela se la hacía: «Yo te la preparo si me prometés que vas a volver», le decía. «Para mí Marcelo era el único eslabón con mi hija», explica.

Nadie que lo viera zambullirse en la pileta de los Testa y asolearse como si estuviera de vacaciones podía imaginar la otra cara de Marcelo. Ana refleja el mismo horror que su madre. «¿Sabés lo que era tenerlo cuatro días durmiendo en casa, comiendo en la misma mesa, bañándose en la pileta?» La presencia del intruso modificó las relaciones familiares y hasta la personalidad de los Testa. «Generalmente hablaba poco hasta el mediodía. Era de buen comer, siempre tomaba una gaseosa, a lo sumo una copa de vino». En casa somos de origen piamontés, de discutir, gritar, pelear y después reconciliarnos. Nunca fuimos tan “ingleses”, tan moderados, como cuando Marcelo estaba en casa», rememoran madre e hija.

El día de Año Nuevo se llegó al clímax del delirio. Marcelo se acercó a Chela y le dio su pistola: «Guárdela bien», le dijo, como si juzgara que no

correspondía que celebrara las fiestas armado. Paulita, la hija de Ana, entretanto, jugaba con unos patines que el represor le había llevado de regalo.

Durante el día, había que buscarle entretenimientos. No llevaba libros. Pasaba los días sentado en una silla en el jardín.

Una vez Silvina, la hermana menor de Ana, le pidió a Marcelo que le prestara el auto para practicar manejo. «Ni se te ocurra pasar por delante de policías porque es un auto robado», le advirtió. «Y otra cosa. Este cuarto pedal no lo toques, tiene un dispositivo para reventar las gomitas». Silvina quedó paralizada.

Una noche, cuando se cruzaban con otro auto, el hermano de Ana saludó con luces al conductor, un conocido, como es costumbre en los pueblos. Sintió la pistola de Marcelo en la nuca: «Ni se te ocurra volver a hacer eso porque te vuelo la cabeza». Estaba siempre alerta, nunca dejaba de hacer su trabajo.

Ana percibía claramente que se trataba de un tipo controlado, con doble personalidad.

«Yo sabía que podía matarme de un tiro en la cabeza, pero que nunca me iba a violar. Era de los “buenos”, si había buenos en ese lugar. Era de los que se acercaban a consolar, a reconfortar, a decir: “Está todo bien, ya va a pasar. Vas a salir de acá”. Pero a lo mejor, media hora después llegaba uno de sus camaradas a torturarte», aclara.

Los mecanismos de funcionamiento internos del campo hacían que cada prisionero tuviera un oficial interrogador, una de cuyas funciones era obtener de él la mayor cantidad de información posible, pero también convertirse en una suerte de tutor del supuesto camino hacia la recuperación. Palo y zanahoria era la práctica.

El interrogador era quien determinaba cuándo y cómo se hacían los llamados a las familias, cuándo se producía el salto hacia la salida en visita, y era quien podía enviar a la temible Capuchita a quien ya se consideraba a salvo.

«Cavallo era mi tutor; mi responsable, no era el asesino bruto. Yo lo comparo con los tipos de la inteligencia nazi, fino, culto, con un desdoblamiento de personalidad que combina al asesino más macabro con un señor con clase.»

«Cuando pasabas cierto tiempo en la ESMA te asignaban a alguien. A mí me tocó él. Era la persona que me permitía hablar por teléfono, la que al cabo de un mes me llevó a casa de mis padres en Santa Fe. Tenía una relación muy cordial conmigo. Por eso me costó años poder elaborar la imagen que ahora tengo de él. Apenas hace cinco años que he podido definir quién es ese tipo. Pretendían destruirnos de tal manera que fulanos como Cavallo nos generaban situaciones controvertidas. Ese era su plan siniestro. Te obligaban a compartir tu vida con tu torturador.»

Ana es expresiva para hablar, lo hace sin detenerse. «Era un hombre sumamente casto, le gustaba y hablaba permanentemente de música clásica. Nunca tuvo una expresión que demostrara que tenía algo dentro, que tenía sentimientos. Otros represores tenían su vida personal afuera. Salían de allí, dejaban la picana y le revisaban su cuaderno al hijo», dice Ana. «Él había entrado muy joven a la Armada, no tenía pareja, no tenía chicos. Estaba

totalmente destruido, no tenía ni siquiera amigos, no tenía nada.»

Chela nunca supo la verdad del lugar desde donde Marcelo le traía a su hija. «De tanto estar ahí uno trata de que la gente se recupere, me había dicho. A mí nunca me dijeron que ahí los mataban a todos. La gente entraba, se confesaba y lograban llevarla por el buen camino». Eso le había hecho creer Marcelo a la mamá de Ana.

Ana tampoco sabía toda la verdad. Ella había caído en el 79, cuando el centro clandestino ya tenía tres años de historia y miles de víctimas. «Los secuestrados más antiguos me decían que Marcelo había sido terrorífico. Cuando yo lo conocí estaba en un proceso de decadencia, había adquirido una apariencia más humana. Y yo le creía cuando me decía que cuando todo eso se terminara no sabía a qué se iba a dedicar».

La permanencia de Marcelo en el grupo de tareas estaba jalonada efectivamente por hechos brutales. El que sufrió Cristina Muro y sus dos hijos pequeños es sólo una muestra. Cristina era madre de dos varones. Uno tenía apenas seis días. Su marido, Carlos, había salido de casa ese sábado de Carnaval por la mañana y todavía no había vuelto. Ella recién había terminado de amamantar a su hijo y lo había puesto en la cuna cuando la patota irrumpió en el departamento. «¡Quieta, arriba las manos!», escuchó. Era un muchacho muy joven, rubio. La tomó de los brazos, la tiraron al piso, le pegaban cada vez que gritaba y le preguntaban por su marido. La mantuvieron boca abajo, con brazos y piernas abiertos. «No te muevas, callate», le decían. Le abrieron los puntos del parto a puro puntapié. Tenían armas cortas y largas. Uno de ellos tomó al bebé, lo sostuvo de los pies cabeza abajo y le puso la pistola en la boca. «Te callás o disparo», le dijo. Revolvieron todo, rompieron todo, buscaban papeles, fotos, tal vez armas.

Cristina finalmente se desvaneció. Cuando despertó, encontró a su bebé desnudo en el piso. Durante años, recordó la cara inconfundible de ese chico tan rubio, tan cruel. Era Cavallo.

«Yo creo que en el fondo el vínculo entre el secuestrador y el secuestrado, entre el torturador y el torturado es un vínculo tan psicópata que se establece una situación de compensación, es decir que vos sentís que el mismo tipo que te va a matar es el tipo que te protege», sostiene Ana.

Si Ana estaba confundida por esa ambivalente conducta de su captor, más aún lo estaba Chela. «En un momento se enamoró de Ana. Él me lo dijo. Y yo pensaba: ¡Bueno, que Ana le diga que sí, con tal de que él la traiga!»

Ana no lo sabía, pero Chela había intentado comunicarse con Juan, su marido, que le había susurrado al oído su dirección postal cuando fue a despedirse de ella y de Paulita, antes de viajar al exilio, a España.

Chela tuvo la precaución de escribir a máquina una carta donde le advertía a Juan que Ana estaba «enferma», que no volviera a la Argentina. Que se cuidara, en suma. La carta nunca llegó a manos de Juan. De algún modo el sobre fue interceptado por los miembros del grupo de tareas.

Abdala, el capitán Luis D'Imperio, sucesor del Tigre Acosta al frente del grupo de tareas de la ESMA, la llamó por teléfono y le preguntó: «¿Usted le escribió una carta a su yerno a España?» Chela sintió que se le helaba la sangre, que la vida de su hija y la suya estaban pendiendo de un hilo.

Solamente atinó a decir: «Usted también tiene madre, hijos. Tiene que entenderme».

Cuando Chela dice, mucho tiempo después de aquella pesadilla, que Marcelo estaba enamorado de ella, Ana la mira. Actúa como si no lo hubiera sabido. Como si ni siquiera hubiera tenido un atisbo jamás. Como si en la convivencia dentro y fuera del campo con su secuestrador nunca hubiera sufrido avance alguno.

A pesar de eso, dice: «Tuve un sentimiento de agradecimiento hacia ese hombre, en algún momento pensé: este hombre me está salvando la vida».

Ya cuando había dejado de dormir dentro del centro clandestino de detención y vivía en casa de sus padres, cada vez que viajaba desde San Jorge a Buenos Aires, Ana tenía que verse con Marcelo. Él la citaba en bares. Quien los hubiera visto de lejos, alguna de las cuatro veces en que se encontraron, habría pensado que se trataba de una pareja cualquiera. Pero él la interrogaba. Quería saber todo de ella. Con quién se veía, cuáles eran sus movimientos, los de su familia, cuáles sus planes.

Mientras era obligada a cumplir citas una y otra vez con su torturador, su marido, a quien todavía amaba, no había querido verla. «No quiero verla porque es una traidora», le había dicho Juan a una compañera que intentó mediar para un acercamiento, por supuesto, en el más estricto secreto. La vida de Juan corría peligro. «Si Ana salió con vida de ese lugar... ¿qué puede ser Ana?» Ese rechazo le dolió más que la tortura. Ese «¿Qué puede ser Ana?», implicaba una pesada acusación por parte del padre de su hija.

En una de las reuniones con Marcelo en Buenos Aires, Ana escuchó de su boca la peor de las noticias. Juan había vuelto a la Argentina desde España, en la contraofensiva, y había sido secuestrado por el Ejército.

«¿Ves? Si me hubieras dicho dónde estaba, hoy estaría vivo», le recriminó. «Fue el colmo del cinismo», dice Ana.

Ana nunca pudo volver a armar una familia. Se casó en la década del noventa con una gran fiesta. Apostó a una suerte de ceremonia de resurrección invitando amigos y compañeros, bailando sin parar. Pero esa pareja duró poco tiempo. Inició un emprendimiento de fabricación y venta de velas decorativas que llevaban su nombre e inundaban los shoppings, pero las crisis económicas del país le jugaron en contra y tuvo que cerrar. Intentó suicidarse. Según dice, demoró quince años, gracias a una terapia, en comprender lo que le había pasado con ese hombre misterioso, con Marcelo. Tuvo problemas de salud y se vio obligada a pelear para que su servicio médico le cubriera una cirugía indispensable. Vivió en su pueblo natal pero luego se reinstaló en una provincia vecina, en una pequeña casita donde vive sola y disfruta de la proximidad del río.

«Todos los represores de la ESMA estaban locos, todos tenían conductas esquizoides. Podían estar charlando de manera relajada, mientras miraban televisión con un grupo de secuestrados, recostados en una silla, tomando mate, en el sótano. De repente, recibían un llamado desde la sala de tortura vecina, tomaban impulso, corrían, abrían la puerta de un puntapié y empuñaban la picana».

«Y yo creo que ellos jugaban con esto, se apoyaban en esa imprevisibilidad, esa polaridad. En Cavallo esos dos extremos estaban bien marcados, porque en su rol de bueno era muy bueno, tenía cara de ángel,

tenía unos ojos cálidos, hermosos, una mirada dulce, unos rasgos totalmente añiados, era increíble...» Ana está segura de que Marcelo fue uno de los mejores cuadros de la dictadura, como genocida y torturador. Y probablemente era así.

* * *

En un estrado, hacia donde apuntan las cámaras, en la capital mexicana, un hombre de cara infantil, algo regordeta, que aparenta unos cuarenta y cinco años parece estar a sus anchas. No se lo aprecia tenso, ni siquiera con la inquietud de quien no está acostumbrado a la exposición. No se percibe que tema algo, ni que intente ocultar por alguna razón su fisonomía. Se lo ve a sus anchas, parado, frente a otros dos hombres de traje. A sus espaldas, un enorme cartel reza SECOF, Secretaría de Comercio Federal. Como dos *misses* del establishment empresario, dos promotoras de *tailleur* llevan una banda amarilla con la sigla RENAVE. Es un día especial para quien fuera Marcelo. Se anuncia que la empresa que representa ha ganado la concesión del Registro Nacional Vehicular. No es la primera vez que atraviesa un trance tan satisfactorio: ya lo había logrado en Mendoza, provincia de su Argentina natal, y en El Salvador. Sin embargo, esto era distinto, más importante. Era un gran contrato, y un enorme salto adelante en su carrera.

Pero había sospechas de corrupción y una puja entre el gobierno federal mexicano y la administración de la capital. Los gobernadores también se quejaban, lo mismo que los usuarios, del alto costo del servicio de identificación. Demasiadas susceptibilidades heridas. La empresa que representaba Marcelo, casi sin antecedentes importantes, había dejado fuera de la cancha en el millonario negocio a multinacionales como la Kodak. La administración del Distrito Federal tenía la información que necesitaba para abortar la operación, pero, según palabras de Ricardo Pascoe, administrador general, «tomamos la decisión política» de que la denuncia la hiciera un medio de comunicación.

El pedido por parte de la empresa concesionaria de que se le entregara toda la base de datos del registro vehicular sumado al hecho de que en un microchip cada licencia de conducir llevaría información personal de cada ciudadano que excedía lo razonable sumó más indignación.

El corresponsal del diario *Reforma* en Buenos Aires, José Vales, recibió el encargo de obtener confirmación de que el argentino que había quedado al frente del RENAVE había sido represor en la ESMA. Vales hizo reconocer la foto de Cavallo por varios sobrevivientes del campo.

No fue fácil. El marino había engordado, sus ojos redondos se habían achicado producto de la miopía, su piel siempre bronceada se había vuelto blancuzca, había encanecido y usaba bigotes. Sin embargo, varios ex secuestrados dieron fe de que se trataba de la misma persona. Eso, a pesar de una confusión alrededor de su nombre (¿era Ricardo Miguel o Miguel Ángel?) y de su número de documento que resolvió buscando en su archivo Víctor Basterra, el preso fotógrafo que había recuperado las imágenes de la mayor parte de los integrantes del grupo de tareas sacándolas de la escuela, arriesgando su vida. Basterra y Vales no tenían dudas: el número de documento del acaudalado hombre que se codeaba con políticos y

empresarios y obtenía suculentos contratos y nombramientos en México coincidía con el del represor del campo de concentración argentino.

El 24 de agosto del 2000, *Reforma* tituló:

ACUSAN DE DELINCUENTE AL DIRECTOR DEL RENAVE
Lo señalan como falsificador, ladrón de autos y torturador

Dos fotos de Cavallo, una cuando joven y otra de ese momento, acompañan la nota. Para aventar dudas, se señalan las coincidencias en sus rasgos.

La primera reacción de Marcelo fue tomar un avión hacia la Argentina. Paradójicamente, el lugar donde había cometido los crímenes de los que se lo acusaba era el único donde podía gozar de impunidad, producto de la vigencia de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida que impedían que se lo juzgase. Antes de abordar el vuelo, fue entrevistado por teléfono por un periodista radial mexicano, Gutiérrez Vivot. Sonó convincente. Viajaba a la Argentina para buscar papeles que le permitirían demostrar que todo era una infame mentira, que nunca había estado en la Escuela de Mecánica de la Armada.

Cuando pudo sentarse en su butaca, Marcelo respiró aliviado. Lejos de México, en Buenos Aires nada podía pasarle. A lo sumo, un molesto «escrache» por parte de las agrupaciones de hijos de desaparecidos. Le sorprendió no hacer Migraciones en el DF, pero había una razón. El avión hizo una escala en Cancún, y allí fue detenido.

Cuando volvió al DF en una avioneta, con un bolso en la mano y un impermeable en la otra, caminaba con la cabeza ligeramente gacha. «Allí fue cuando lo reconocí. Lo vi por televisión. Tenía la misma forma de caminar que hacía 25 años», dice Ana.

El juez Baltasar Garzón pidió inmediatamente que fuera extraditado a España. Allí tenía pendiente una orden de captura en el marco de las causas contra represores argentinos que llevaba adelante el magistrado, basándose en el principio de la justicia universal: cualquier país puede juzgar crímenes atroces, no importa el lugar donde se hayan cometido.

¿Cómo había logrado Cavallo encumbrarse en la sociedad mexicana?

Ya en la ESMA sus jefes habían apreciado su habilidad para las relaciones públicas. En 1978, la Armada había decidido traer a la Argentina una comitiva de periodistas estadounidenses de origen hispano y posturas democráticas para mostrarles la realidad de un país «pacífico y pujante» y desmentir la existencia de centros clandestinos de detención y tortura. Entre ellos, el puertorriqueño Luis Alonso, que tenía un programa premiado en la televisión pública *Imágenes Latinas*, y Manuel de Dios Unanue, cubano, director del diario *La Prensa*, decano de la prensa hispana de Nueva York. Se organizaron para ellos varios recorridos turísticos. Sus anfitriones fueron nada menos que los integrantes del grupo de tareas de la ESMA: el Tigre Acosta, Antonio Pernías alias Trueno, Juan Rolón, el Puma Perren y Marcelo.

En un buque de la Prefectura Naval, en ese entonces a las órdenes de la

Marina, se ofreció un cóctel donde los marinos, ante los cuestionamientos de los periodistas, cuyas posturas políticas distaban mucho de coincidir con la de sus anfitriones, los increparon: «Ustedes no tienen derecho a hablar. No pueden acusarnos de violaciones a los derechos humanos después de lo que hicieron en Vietnam. No tienen cara». Si alguien hizo algo después de estos exabruptos para evitar que todo fuera un fracaso absoluto y los «caballeros del mar» terminaran a las trompadas o algo aún peor fue Marcelo, que acompañó a los invitados en los viajes y tours y se ocupó de darle una imagen «humana» a la desmesura de los represores.

«¡Asesino, asesino!», gritaban en México los familiares de desaparecidos que presenciaban un traslado de Cavallo en una camioneta, escoltado por policías de civil. Había estandartes y corridas. El pasado, que Marcelo-Sérpico creía desaparecido como la mayoría de los cuerpos de los cautivos arrojados a las aguas, se hacía presente de la peor manera. Terminaban para él veinticinco años de impunidad.

Para Ana, que seguía todo el proceso con atención, era una reivindicación personal. «Voy a estar tranquila cuando se pudra en la cárcel», aseguraba.

Desde San Jorge, Ana se lamentaba ante un diario zonal: «Tiene los mismos abogados que Pinochet, ¿de dónde saca el dinero? Tiene incontables contactos políticos. Hay mucha gente influyente que lo apoya».

El periodista, seguramente vecino de Ana, señala al pasar «Ana Testa salvó la vida gracias a que Ricardo Cavallo la sacó de la ESMA en uno de los tantos viajes que el marino hacía para llevar a las víctimas bajo su tutela a visitar familiares y amigos». «Extraña paradoja» opina, redundante, el redactor de *El Ciudadano*.

¿Ese era el consenso social? ¿Ana tenía que estar «agradecida» y guardar silencio a pesar de ser testigo y víctima de los crímenes cometidos por Marcelo? ¿En qué pacto tendría que haber entrado en nombre de ese agradecimiento?

Tres años pasó Cavallo en la cárcel en México y otros cuatro en España, a disposición de Baltasar Garzón. Pidieron en Madrid para él 17.000 años de prisión. Por los estrados desfilaron sus víctimas, que no dudaron en ratificar las acusaciones de crímenes contra la humanidad.

Finalmente en la Argentina, el proceso de justicia se reanudó con la declaración de inconstitucionalidad de la leyes de Punto Final y Obediencia Debida.

Y en España, Cavallo fue sobreseído. Lo liberaron durante unas horas por error, porque no había llegado aún el pedido de extradición desde la Argentina. Su abogado se quejaba por el sufrimiento del imputado: «Lo tuvieron 3 años en aislamiento, no ha visto a sus hijos desde hace 8 y su esposa se murió cuando estaba encerrado en México».

El trámite que permitió su traslado a la Argentina fue complicado. Las víctimas se oponían porque dudaban de que fuera efectivo el proceso de justicia en el país después de tantos años de impunidad. Pedían que los españoles reconsideraran su decisión de sobreseer a Marcelo y archivar la causa, tomada por la Sección III Penal de la Audiencia Nacional, presidida por Félix Alfonso Guevara, contra lo decidido por el mismísimo Tribunal

Supremo. El temor de los acusadores del represor se alimentaba de otras declaraciones del abogado de Cavallo: «Él quiere ser juzgado en la Argentina», decía el letrado en sus declaraciones al diario *El País*. Y ellos, los que querían justicia, sospechaban que todo era una farsa. Confiaban más en los tribunales españoles que en los argentinos.

Como Cavallo había sido detenido en México, ese tercer país tenía que aprobar la extradición. El proceso era intrincado, pero finalmente se completó. Ya en Buenos Aires y a disposición de la Justicia, Ricardo Cavallo fue alojado en el penal de Marcos Paz. Tomó como defensor al doctor Alfredo Solari, que en sus clases en la Facultad de Derecho, planteaba que no se podía juzgar a los represores porque «los militares fueron formados para matar». En un intercambio epistolar con Marcelo, le dijo que él y sus compañeros de causa ya estaban condenados de antemano porque no tenían garantías y que la única salida sería un plebiscito o consulta popular, donde la ciudadanía, según su evaluación, expresaría su voluntad de dejar los crímenes de la dictadura en el pasado y comenzar a mirar a un supuesto «futuro».

Marcelo se sumergió en el estudio. A pesar de las advertencias de su abogado, que descreía de la imparcialidad del tribunal que lo juzgaría, leyó todos los libros que consideró necesarios para contribuir a su defensa. La lista es interminable, e incluye como autores a Rodolfo Walsh, Juan Bautista Yofre, Eduardo Anguita y Martín Caparrós, Ciro Bustos, Viviana Gorbato, Miguel Bonasso, Horacio Verbitsky, Juan Gelman, y hasta el libro de la sobreviviente Susana Ramus, *Sueños sobrevivientes de una montonera a pesar de la ESMA*. De ellos escogió cuidadosamente los argumentos que incluyó en cada una de sus intervenciones en Tribunales.

Fue el único de los acusados que estuvo presente en todas las audiencias, imparable con su computadora portátil, escribiendo incesantemente, sin levantar casi la vista de la pantalla, ni para mirar a los testigos que lo mencionaban, ni a sus propios camaradas de armas en el grupo de tareas.

Cavallo presentó un minucioso documento en ocasión de su ampliación de indagatoria en el que afirma que los testigos tienen «licencia para mentir». Dedicó varias de las 125 páginas de extensión a los dichos de Ana Testa, transcribió pasajes completos de sus testimonios ante la justicia argentina y española y señaló obsesivamente contradicciones, olvidos y omisiones para descalificarla. Hizo lo mismo con el testimonio de otro prisionero, Ángel Strazzeri, pero por alguna razón con las palabras de Ana fue particularmente implacable.

El día de la lectura del veredicto de la causa ESMA en su primer tramo, Ana estaba en los tribunales de Comodoro Py. Escuchó claramente cuando «Ricardo Miguel Cavallo, argentino, nacido el 29 de septiembre de 1951 en la ciudad de Buenos Aires, hijo de Oscar Antonio y de Irene Decia, viudo, identificado con D.N.I. N° 10.225.159, de ocupación capitán de corbeta (RE) de la Armada Argentina, actualmente detenido y alojado en el Complejo Penitenciario Federal II —Marcos Paz—; actualmente defendido por la Defensora Oficial, Dra. Daniela Maza», era condenado a prisión perpetua.

Marcelo, el hombre que la torturó, que invadió su círculo familiar, que la

cargó de culpa haciéndola responsable de la muerte del padre de su hija era condenado, por fin.

Se sintió aliviada. Chela ya no estaba ahí para acompañarla, pero se apretó de todas maneras en el abrazo de sus compañeras. La guiaba la memoria de Juan, su negro peronista. Paula, ya una mujer hecha y derecha, y su nieta estaban también en su espíritu para entibiáarlo.

NUEVE

Silvia Suppo: ¿un crimen perfecto?

A Rafaela la llaman la perla del oeste santafesino. Es el centro de la cuenca lechera más importante de la Argentina y de América del Sur, sede de la industria automotriz y el núcleo de un boom económico que fue puesto como ejemplo en la campaña electoral por la presidenta Cristina Fernández de Kirchner. La prosperidad hace que haya casi pleno empleo, y que los bajos índices de criminalidad de la ciudad, a 100 kilómetros de la capital de la provincia de Santa Fe, sean la envidia de muchos. Sin embargo, en un hecho poco común, un lunes por la mañana, una comerciante del centro de Rafaela fue asaltada por dos jóvenes cuando abría su negocio *Siempre Cuero* de talabartería y artículos de plata en la calle Sargento Cabral 256. La víctima, según la información del frío parte policial, tenía 51 años y era viuda. Una clienta la encontró semiinconsciente en medio de un charco de sangre. Nadie había visto ni escuchado nada. La trasladaron de urgencia al hospital, pero, con ocho puñaladas en zonas vitales, fue imposible que sobreviviera.

En verdad, lo correcto sería decir «fue imposible que sobreviviera otra vez». Porque Silvia Suppo ya había burlado a la muerte más de treinta años antes. Era una ex desaparecida, que venía de ser una testigo fundamental en la causa en la que se condenó al ex juez Víctor Hermes Brusa por su participación en la represión ilegal, pocos meses antes del robo. Brusa, mientras era secretario de un juzgado en los setenta, les tomaba declaración a los detenidos desaparecidos al pie de la mesa de torturas. Y Silvia tenía por delante, como acusadora principal, el juicio a los secuestradores de su novio, el Alemán Reinaldo Hattemer. Se había jurado hacer justicia por él. Los hombres que se jugaban la libertad con su inminente testimonio todavía caminaban libres por Rafaela. Los conocía bien, eran policías.

Ese 25 de enero del 77 hacía calor. Silvia estaba radiante, sin embargo. Era lógico: tenía apenas 17 años cuando caminó hacia el altar de la iglesia Sagrado Corazón de Jesús, en el barrio 9 de julio de Rafaela. Iba a ser la madrina de la boda de Oscar, el hermano de su novio, y su amiga Patricia. Todo parecía un ensayo de su propio casamiento con Reinaldo, que la miraba sentado en la nave, atrás. Sobre todo porque Oscar y Reinaldo eran tan parecidos que todo el mundo pensaba que eran mellizos. A ella se le hacía que era su compañero el que estaba ahí en el altar. Silvia tenía anhelos. A pesar de la pesadilla que estaba viviendo el país, o tal vez precisamente por eso, porque sentían que no sabían cuánto tiempo tenían por delante para disfrutar de su amor, el Alemán y Silvia habían tomado la determinación de casarse pronto. Sería en días. Él, después de todo, tenía ya 23 años, se pagaba una pensión y era un verdadero cuadro metalúrgico, un militante sindical. Reinaldo y su hermano Oscar eran conocidos y queridos en toda Rafaela. Tenían cuando eran chicos una banda de música a la que los amigos le habían puesto «Los criminales del ritmo» en broma, porque «ejecutaban» la

música. Reinaldo había comenzado su militancia en el Partido Revolucionario de los Trabajadores, pero después se sumó a la Juventud Peronista porque no estaba de acuerdo con lo que consideraba un excesivo militarismo.

Silvia lo admiraba y estaba enamorada de su mirada clara y su sonrisa seductora. Había sido su primer hombre, porque aquel noviecito compañero de colegio de su hermano no contaba demasiado. Tenía planes de convertirse en enfermera y seguir militando con él, codo a codo, por «la igualdad social». No le importaban los rigores de la persecución, que hacían imposible que ella y Reinaldo se casaran con todas las de la ley. Seguramente todo sería distinto, sólo un intercambio de anillos con algunos compañeros presentes, y ningún juez ni sacerdote.

Cuando terminó la ceremonia, algo inesperado y trágico ocurrió. En la escalinata de la iglesia, Reinaldo fue apresado por un grupo de hombres de civil armados. «¡Mamá, mamá, no dejes que me lleven!», se escuchó. Silvia vio un Ford Falcon oscuro y un Torino color ladrillo. Ella y Oscar corrieron detrás de ellos, pero no pudieron evitar el secuestro. Silvia reconoció a dos hombres de la Jefatura de Policía: Hoffmann y Bravo.

No era la primera vez que capturaban a Reinaldo. Quince días atrás se lo habían llevado desconocidos en Santa Fe y lo habían devuelto con marcas por los golpes recibidos. Muy asustado, volvió a Rafaela y se recluyó en un campo para calmarse un poco y pensar. Ya había compañeros presos, pero sólo dos habían considerado la posibilidad de irse de la ciudad o del país para preservarse. En una reunión, esos dos amigos fueron lapidarios: «La cosa se va a pudrir, nosotros nos vamos». Silvia y Hugo, su hermano, tenían miedo, pero todavía una mirada ingenua sobre la dimensión del peligro que acechaba. Además, sentían que de algún modo le quitaban el pecho a la venganza de «la sangre derramada».

La situación de seguridad de Silvia empeoró a partir de la desaparición del Alemán. «Todo fue una pesadilla», recordaba. En su grupo de amigos cundió el terror. Trataba de no moverse, de no mostrarse en público, creyendo que así no llamaría la atención. Habían hecho la denuncia en la Justicia, pero como en casi todos los casos de desapariciones, no había novedades. Ella y su hermano Hugo, que también militaba, empezaron a pensar en pasar a la clandestinidad. Pero demoraron demasiado en decidirlo. Estaban solos y con pocos recursos para escaparse. ¿Adónde ir?

La ciudad era una ratonera. Todos se conocían. Era ridículo pensar que podía haber un rincón de Rafaela que alguno de los militantes no conociese como la palma de su mano, algún nombre y apellido real que pudiera mantenerse en secreto. Todos los mecanismos de ocultamiento de domicilios y de identidades reales, que funcionaban como protección en las grandes ciudades entre los activistas de las organizaciones político-militares, eran inútiles allí.

La tarde del 24 de mayo ocurrió lo que estaba escrito. La «patota» pasó por la casa de Silvia, en José Hernández al 400. Levantó a su hermano y cargó también a su padre. Entonces, en pocos minutos, llegaron al consultorio médico donde Silvia había tomado un trabajo como secretaria. La

obligaron a subir al mismo auto que Hugo. Y allí, para su desesperación, Silvia vio otra vez la cara de Hoffmann, el que se había llevado a Reinaldo de la puerta de la Iglesia. Hugo, por su parte, reconoció a Felipe Miglietto, de civil y con ametralladora. Su padre, desesperado, quedó en la vereda, preguntando por el destino de sus dos hijos. La respuesta, sorprendentemente, fue la verdad: «La Jefatura».

En el auto cada uno de los hermanos sentía la respiración y el olor del terror del otro. Hugo tenía apenas dos años más que Silvia, pero como todo hermano mayor, se sentía un poco su padre. Era él quien la había animado a empezar a militar. En la pieza que compartían la acusaba de ser individualista y consumista cuando ella tenía apenas 13 años y él 15. Empezaron a frecuentar juntos los sábados un hogar para madres solteras adolescentes en un barrio marginado, donde dictaban clases de apoyo, llevaban torta y tocaban la guitarra de la mano de Cáritas. Ninguno de los dos era creyente, pero en esos tiempos iniciáticos, lo que les quedaba en claro era que de algún modo había que ayudar a cambiar el mundo. Leían textos marxistas al mismo tiempo que los libros de estudio del Comercial.

Ese 24 de mayo de 1977, en la Jefatura, Silvia y su hermano Hugo fueron colocados en el mismo calabozo. Escuchaban gritos, voces de otros jóvenes. Pero se sentían cerca, y por lo tanto un poco menos solos. En la redada habían caído más de veinte militantes. Luego, los subieron a otro automóvil. En el baúl, llevaban a Jorge «Corcho» Destefani, un compañero de la Juventud Peronista. Lo habían secuestrado en su casa, adonde estaba con su hermana y su novia.

La comisaría cuarta fue la siguiente escala. Luego llegaron al lugar conocido como La Casita, un chalet en las afueras de Santo Tomé, cerca del río y no demasiado lejos de la ruta 19 y del cruce con la autopista que une Santa Fe con Rosario. Se escuchaban quejidos, había gente desnuda y tirada en el piso.

Allí los torturaron a los tres.

A Silvia la hicieron desvestir. Con las manos en la espalda, encapuchada, sostenida por sus torturadores, la golpearon en todo el cuerpo, especialmente en los senos. Le preguntaban por su novio, sabiendo que ya había sido secuestrado. Alguien le dijo que lo habían tirado al río.

A Jorge lo estaquearon en una cama y lo picanearon después de mojarle todo el cuerpo para aumentar el efecto de la electricidad. También lo torturaron colgado de una soga o unas cadenas preguntándole por personas que ya estaban muertas.

Los secuestrados perdieron casi la noción del tiempo y del lugar. Se tropezaban con las piernas de los otros detenidos acostados en el suelo cuando pedían que los llevaran al baño. No saben cuántas veces y por cuantos días los trasladaron de la comisaría a La Casita y viceversa. Sólo sabían que cuando sonaban las cadenas y las puertas metálicas, los venían a buscar para interrogarlos.

A Hugo lo torturaron muchísimo; aún hoy conserva las marcas de las ataduras en las piernas. Lo golpearon con puños y le aplicaron con salvajismo la picana en todo el cuerpo, pero especialmente en la cabeza. Lo mojaron, como a Jorge, y sentía el olor de su propia carne quemada. El agua conducía la electricidad por todo el cuerpo. Aumentaron la intensidad, y de

repente Hugo sintió que la lengua se le puso dura y se le fue hacia atrás. Creyó que se moría, y perdió el conocimiento. Cuando se despertó, escuchó una conversación escalofriante entre los represores: «No hay que dejarlos más con aquel, es un loco. Se le va la mano», decía uno; «Sí, es el mismo al que se le fue el cuñado. ¿Te acordás? Porque este es el cuñado del que se nos fue la otra vez, sabés?», agregaba el otro. Hugo oyó perfectamente y así se enteró de cómo habían matado a Reinaldo, el novio de Silvia. Se la imaginó allí, sola e indefensa, en el chupadero, adonde había quedado a merced de esos monstruos que habían asesinado a su amor en la mesa de tormentos y ahora estaban a punto de matarlo a él, su hermano. Recordó los tiempos felices de su propia revolución. Había visto florecer a Silvia, convertirse de una nena tímida en una mujer que celebraba su sexualidad, decidida y alegre. Todos habían vencido los prejuicios pueblerinos, él su machismo de hermano mayor y ella, su mojigatería. Querían cambiar el mundo y ya habían cambiado ellos. Juntos organizaban excursiones al único hotel de la zona, el 34. Se subían al mismo auto varias parejas y repartían los gastos y las habitaciones. Se juntaban también en las casas que quedaban sin padres por algún viaje familiar para pasar la noche juntos y por la mañana, tomaban café con leche en el desayuno. El Alemán y Silvia, él y su novia, otros amigos que se iniciaban como ellos en el sexo. Había sido un tiempo fantástico. Su hermanita menor... ¿qué sería de ella ahora?

Los tormentos de Silvia no terminaron con los golpes. Fue violada. La llevaron a una habitación y la ataron de pies y manos a una cama chica, desnuda. Le taparon la boca con una mordaza para que no gritara. Y la penetraron tres hombres, que entraron de a uno, a los que nunca les vio las caras porque estaba encapuchada. Ni siquiera escuchó sus voces, porque lo hicieron en silencio. Jorge, que estaba en una habitación vecina, sí recuerda que en ese momento suponía «lo peor». Oía los quejidos sordos de Silvia y, después, los comentarios alusivos de los violadores, que se jactaban de su virilidad.

Entretanto, Hugo estaba en el Hospital Cullen, adonde lo llevaron para recuperarlo. Los represores dijeron que lo había pateado un caballo en la cabeza. Después de algunas horas en observación, lo dejaron solo en un cuarto. Decidió fingir que seguía sintiéndose mal a pesar de que, después de examinarle las pupilas, un médico le había dado el alta. Entonces, justo antes de que volvieran para llevárselo al centro clandestino, decidió, en un gesto desesperado, hacer algo, aunque le significara la muerte.

Como borracho, corrió por un pasillo, entró a una sala de mujeres, saltó desde el segundo piso, cayó en un patio, atravesó una reja y salió a la calle. En el libro de la sala policial del hospital quedó escrito, en «*Novedades*» el día 28 de mayo de 1977 a «personal del Servicio de informaciones del Ejército dio cuenta el día 26 del corriente a las 10:00 horas fue internado en la Sala N° 5 de este Hospital el detenido Hugo Suppo, bajo la custodia de dicho servicio, internado que luego fue trasladado a la Sala 3 Terapia Intensiva como consecuencia que presentaba un cuadro de excitación sicomotriz con estado de afección mental. Detenido que aproximadamente a las 14:00 del día de la fecha se dio a la fuga. El Señor Jefe de la U.R.I. Inspector General Néstor Cirilo Silva se ocupó de hacer todas las comunicaciones pertinentes».

Hugo robó un auto. Era un Ford Falcon con el que hizo dos o tres cuadas, antes de chocar en la primera curva. Se metió en una casa adonde pudo refugiarse mientras los helicópteros que lo buscaban sobrevolaban frenéticamente la zona. Lo tenían rodeado. Estaba decidido a tirarse de la azotea y morir si lo descubrían, pero no ocurrió. Con dinero, ropa y una sopa en el estómago que le dieron los dueños de casa se tomó un colectivo. Quiso contactarse en Rosario con sus compañeros, los que tenían que ir a la cita que habían querido arrancarle en la tortura. Nadie se presentó. Era lógico: seguramente la noticia de su caída ya habría corrido de boca en boca entre todos los compañeros todavía libres. Contactó a sus parientes en Pilar, Buenos Aires, después de cambiar varias veces de micro y de caminar más de 20 kilómetros, aterrado. Un tío lo llevó de nuevo a Rafaela, y lo escondió en un bosque en las afueras. Allí se encontró con su padre, que trató de convencerlo de que se entregara. «Salí del infierno», le dijo, por toda respuesta. Sumida en ese infierno había quedado Silvia, a quien interrogaban para obtener datos sobre su posible ruta de huida. También allanaron el domicilio de un pariente. Su tío habló con el entonces obispo de Rafaela, monseñor Jorge Casaretto, y le pidió desesperadamente ayuda. El obispo se conmovió y convocó a monseñor Justo Laguna, su amigo. Hugo estuvo escondido en San Isidro, adonde llegó teniendo como recurso, por si la cosa se ponía muy pesada, un traje de sacerdote. Laguna, que lo visitaba todos los días en su escondite, le ofreció, como su padre, entregarse. Nuevamente se negó. No confiaba en las garantías que le ofrecía el religioso, gracias a los contactos que decía tener con los militares. De hecho, el nuncio papal, Pío Laghi, se negó a recibirlo para hablar de su caso. La única salida, entonces, era sacarlo del país. Le consiguieron un documento falso a nombre de un tal Ricardo Vairo, probablemente un seminarista. En el aeroparque tomó un avión a Montevideo, desde donde llamó para decir que todo estaba bien. De allí un micro lo llevó hacia Brasil. Había salvado su vida.

Los sufrimientos de su hermana continuaban, pero la fuga exitosa de Hugo precipitó su legalización. Ella pudo también ver a monseñor Casaretto, aunque en otras circunstancias. Fue en la oficina de la comisaría cuarta, adonde el obispo le llevó un atadito de ropas que le enviaron de su casa y le dijo que a partir de ese momento iba a poder ver a su familia y que de todos modos él les iba a llevar noticias. El comisario, incluso, le dijo que se quedara tranquila y que su hermano estaba bien. Ante la fuga de su hermano, Silvia iba a ser reconocida como presa, pero antes pasaría por el Grupo de Infantería Reforzada, otro centro de detención donde reinaba el comisario Juan Calixto Perizzoti.

«Éramos un grupo grande de chicas; había varias menores, Patricia, Cecilia, Graciela...», recordaba.

En ese lugar Silvia empezó a transitar un nuevo calvario, a partir de que notó la falta de menstruación. «Fueron dos meses. Al principio pensé que eran los nervios. A muchas les pasaba eso de tener un descontrol en el período». Pero después, empezó a vincularlo con el episodio de la violación en La Casita. Pidió que la viera un médico, y le contó cuál era su temor. La llevaron esposada a un hospital. Silvia le confió lo que le pasaba a su ex

compañera de escuela, Graciela Rabellino, que también había sido secuestrada en Rafaela unos días después que ella, con su novio Ricardo Díaz. Graciela no se sorprendió de la noticia de la violación de Silvia porque ya conocía los tratos brutales de los represores hacia las mujeres. Una vez, abrieron la puerta de la habitación donde la tenían para obligarla a ir al baño. «Me agarraron de los pelos», testimonia, «empujándome violentamente, choqué contra una columna o pared, de ahí me llevaron al baño, me obligaron a hacer mis necesidades enfrente del guardia, yo no tenía necesidad ya que recién había salido. Entonces me agarró nuevamente de los pelos, me volvió a arrinconar contra una pared, me sacó vellos de la pelvis, me los hizo comer, yo no podía tragar y el tipo me amenazaba y puteaba, pero yo no pude ver nada ya que estaba encapuchada. En algún momento en las declaraciones que me tomaron recuerdo que me desnudaron y se reían de mis pechos.»

Graciela vio a Silvia en una celda de la comisaría cuarta. Estaba rodeada de chocolates, fruta y leche, al contrario del resto de los detenidos que sorbían de vez en cuando una sopa aguachenta. Perizzoti las dejó solas. «Silvia tiene que contarte algo», dijo. «Estoy embarazada, Graciélita. Me llevaron a un médico que me va a hacer un aborto. Me dijeron que te pidiera consejo. Pero si me niego, estoy convencida de que me matan. Es más, creo que nos matan a las dos». Las recorrió un escalofrío.

María Eva Aebi era la mano derecha de Perizzoti. Tenía una crueldad extrema. Las había hecho salir encapuchadas al patio y disparó al aire, para aterrorizarlas. Participaba en operativos y volvía exultante, como borracha, cuando se derramaba sangre. En su presencia, el comisario le hizo una pregunta a Silvia. «¿Así que estás embarazada? Vamos a subsanar el error», escuchó ella, como una condena.

Muchos años después, Silvia se preguntaba, con sus ojos enormes llenos de asombro y de indignación «¿Qué error? No fue ningún error, ¡lo usaban como método! ¡No fue producto de algún estúpido que lo hizo!»

Tenía razón. La violencia sexual era la regla. Otras chicas también fueron violadas. Cuando llegó el momento de denunciarlo ante un Tribunal, no todas estuvieron de acuerdo en hacerlo. Era difícil hablarlo, no sólo en público sino entre ellas.

En el Grupo de Infantería Reforzada, hubo un espacio llamado «El Colectivo», donde tuvieron recluidas durante un año a diez mujeres jóvenes. Una de ellas, Anatilde Bugna, reconoció entre sus secuestradores cuando se la llevaron de su casa a un compañero de la escuela primaria, Eduardo «Curro» Ramos, y llegó a gritarlo para que lo escuchara su madre. «Si me pasa algo, preguntá por Eduardo Ramos», le dijo. El policía, tan joven como sus víctimas, era uno de los más perversos violadores. En la sala de torturas, abusó sexualmente de la estudiante secundaria Patricia Isasa, en ese entonces virgen. Los represores eyaculaban sobre ella mientras le aplicaban la picana eléctrica. Ramos le había advertido, insinuante: «Decinos si alguien te toca, porque nosotros somos los únicos que podemos hacerlo».

Stella Vallejos, una de las secuestradas violadas por Ramos, tuvo que escuchar al represor alegando ante sus jueces en el 2009 que ella tenía

«fantasías sexuales» con él. Después de forzarla, le dijo que le había hecho «un favor». Ramos se infiltró como oficial de inteligencia en la Universidad Nacional del Litoral. Militó luego en el PJ, de donde fue expulsado por la denuncia de Anátilda, su ex compañera de primaria. Pero antes, había sido candidato a concejal y a diputado nacional y asesor en la comisión de Cultura de la Cámara de Diputados de la provincia. Ramos se autotitula escritor. Publicó tres libros con relatos vinculados con la represión ilegal, uno de los cuales, *La Rosa y el fusil*, muestra en la tapa una espalda femenina desnuda con una rosa. Mientras las mujeres que padecieron violencia sexual todavía no pueden olvidar su aliento, Ramos, en su blog personal, con una apertura que exhibe una ilustración apocalíptica, cínicamente ensaya un homenaje a las escritoras que luchan por los derechos de género, entre ellas una de las autoras de este libro, y habla de la nueva sensualidad femenina. Nunca se sabrá fehacientemente si Ramos no fue también uno de los tres hombres que violaron a Silvia en la comisaría cuarta.

«La Aebi (María Eva) me llevó por orden de Perizzotti a un médico de Santa Fe a hacerme el aborto. Fuimos con dos tipos de civil. Oscar Farina (¿o Fariña?) se hacía pasar por mi marido. La Aebi decía que era mi hermana. Me llevaron tabicada, tirada en el piso del auto. El viaje fue de un cuarto de hora, dentro de la ciudad. El consultorio quedaba en una avenida con un cantero central, a mitad de cuadra».

Silvia no conocía demasiado Santa Fe, de modo que no pudo identificar la avenida. «Pero era un consultorio, no un hospital, y se supone que la gente de la ciudad sabe qué médicos practican abortos, no debe haber muchos». El hombre que la atendió tendría unos 45 o 50 años. La hizo sentarse en un sillón ginecológico, con los guantes puestos. «Me inyectó algo y me hizo el aborto. Yo estaba lúcida. Todo habrá durado unos 15 o 20 minutos. Me levanté mareada. Las indicaciones se las dio a María Eva. Ella me sostuvo y me llevó hasta el auto.»

La llevaron a La Casita, el mismo lugar donde la habían torturado y violado, a recuperarse del aborto, durante una semana. Pero esa vez, dice Silvia, «me trataron como si fuera un sanatorio. Tenía una cama limpia, comida, me medicaban con antibióticos, me controlaban la temperatura. Me cuidaban dos tipos. Uno de ellos dormía en otra cama, en la misma habitación que yo. Era gordo, grandote.»

Mientras tanto, su familia iba a la GIR a visitarla, porque en ese momento ya tenía información de dónde estaba. «La guardia le decía que no me podían ver porque estaba castigada.»

Jorge Destefani pasó cinco años preso en Coronda y luego se casó con Silvia, que había tenido que cumplir un período de libertad vigilada. El amor nació de a poco, cuando se juntaban para darse fuerzas, para pedirse consejos. Fueron amigos, compañeros y compartieron tortura y cautiverio antes de ser novios. El de ellos fue un amor fuerte e incondicional. Se conocían el uno al otro como nadie. Pensaron largamente si tenían que volver a su ciudad, Rafaela, conservadora, reaccionaria, donde seguramente iban a ser señalados. Y decidieron hacerlo a pesar de todo. Los dos tenían sus raíces allí, y terminaron por establecerse y tener hijos. A Jorge lo habían

secuestrado una noche, después de salir de la cárcel, poco antes de la llegada de la democracia. Se lo llevaron a punta de pistola afuera de la ciudad y lo tiraron del auto.

«Acá en Rafaela cuesta hacer cosas», repetían. Jorge y Silvia asumieron ese costo. «Nunca volví a la militancia, pero siempre hice cosas por los derechos humanos. Siempre asumimos quiénes éramos, aunque a mí me haya costado declarar», decía ella. Pasaron muchos años hasta que Silvia decidió hablar. La causa de su silencio no era el miedo de relatar su secuestro. «Lo que más me pesaba era la violación y el aborto». Esperó a que sus hijos crecieran. Sabía que entonces podría explicarles mejor lo que le habían hecho. «Era lo único que a mí me condicionaba. Tenés que hacer un proceso para poder contarlo».

«No me arrepiento del aborto. Peor hubiera sido el embarazo. Es una atrocidad dejar avanzar un embarazo producto de una violación, yo no hubiera podido. Por favor, ¿qué hubiera sido de mí?» se preguntaba Silvia.

Los testimonios de otras dos prisioneras pueden dar la pista de lo que habría ocurrido con Silvia de haber continuado con el embarazo.

«Al entrar yo en la Cuarta estaba embarazada, entonces pedí un médico, fue y sólo me preguntó el nombre. Sufrí un aborto en junio. Me llevan al hospital para hacerme un raspaje, con mucho personal armado», testimonio Susana Molina. «Me empiezan a golpear, les digo que estoy embarazada pensando que eso iba a mitigar la situación, pero fue peor, me decían que era el hijo de un guerrillero, y que ese bebé no debía nacer. Me golpean cada vez más fuerte, y me decían que si yo me caía al piso no me iba a levantar más», dijo María Cecilia Mazzetti, que tenía en ese momento 17 años.

Otra alternativa hubiera sido la que había presentado Silvia en su conversación con Graciela Rabellino; la eliminación de madre e hijo. O tal vez lo que era la regla, el asesinato de la madre y la disposición del bebé como botín de guerra.

Cuando declaró en el juicio a los integrantes del circuito represivo por el que pasó, se sintió liberada. «Desde la etapa de la instrucción que no veía la hora de que fuera el juicio oral...», decía. «Te remueve todo el pasado, tenés un poco de nerviosismo por el lugar en el que estás, muy expuesta, pero sentís que le das un poquito de cierre a la historia. Estoy contenta, es como la tarea cumplida».

Silvia tranquilizaba a las otras compañeras que tenían que declarar. Sintió que se sacaba un peso de adentro, y también que en cierta forma le rendía un homenaje a Jorge, su marido, que había muerto de cáncer unos meses antes. Con él habían decidido ser querellantes en el juicio por su propia desaparición y la de Reinaldo.

«Silvia creció con su declaración. Se la veía más fuerte, más luminosa. Estaba orgullosa, fue algo mágico.» En ese momento, Hugo, profesor en la Universidad de Río de Janeiro, cursaba un posdoctorado en Rosario, y después de la separación forzada por el exilio los hermanos se veían más seguido. «Estaba distinta, no sé..., incluso mejoró la relación entre nosotros, tuvimos conversaciones con una profundidad que nunca habíamos tenido antes. Tal vez, pienso ahora, presentía la muerte. Esas cosas pasan».

Ella estaba feliz con su nueva condición de abuela. Su hija Marina había sido mamá de una nena, que ya tenía un año. Ese mes de marzo del 2010

planeaba un viaje para visitar a Hugo, que estaba por ese entonces en París, en la Sorbona. Iban a aprovechar un período de vacaciones en la universidad para ir también a Alemania. En su casa, detrás del local, guardaba un fajo de euros que había reunido para ese recorrido que la entusiasmaba.

Silvia, con su testimonio, en su rol de querellante, había contribuido a la condena de la ex carcelera policial María Eva Aebi, del ex juez federal Víctor Brusa, el ex jefe de drogas peligrosas Héctor Colombini, el ex jefe de la GIR Juan Perizotti, del ex jefe de la cuarta y del comando radioeléctrico Mario Facino y del policía violador Eduardo «Curro» Ramos. Y se disponía a declarar en la causa por la desaparición de Reinaldo. De los cuatro imputados, dos vivían aún en Rafaela.

A las nueve y media de la mañana, Silvia estaba sola en el local. Dos muchachos entraron y le pidieron cambio de dos pesos. Ella abrió la caja registradora y les entregó las monedas. A los pocos minutos volvieron a entrar y la amenazaron con cuchillos de cocina. Ella logró arrebatarle a uno de los asaltantes su arma, y entonces, el otro la tomó por detrás y la apuñaló en el pecho. Recuperado su cuchillo, el primero continuó dándole puntazos en el torso. La arrastraron hacia la parte trasera del local, y entonces, vaciaron una vitrina que contenía *bijou*, tomaron algo de dinero y el celular de Silvia y antes de irse, al ver que tenía los ojos abiertos, le dieron las últimas cuchilladas en la espalda.

Los supuestos asesinos, detenidos en Santa Fe después de haber intentado una fuga en ómnibus, son dos jóvenes primos. Se llaman Rodrigo Sosa, conocido como Sosita, y Rodolfo Cóceres. Uno de ellos, Sosa, conocía a Silvia porque lavaba autos muy cerca del local. De hecho, varias veces le había pedido el coche para lavárselo, y ella le había contestado que no, porque se lo lavaba Andrés, su hijo. Sosa sabía bien que casi nunca había gente acompañándola en el negocio. Aseguran que la mataron para que no lo reconociera. Pero nadie les cree. De hecho, aunque ambos estén presos y hayan negado que fuera un crimen por encargo, se sospecha que hubo una voluntad oscura detrás del asesinato de Silvia, que conmovió al país. E incluso los familiares de Silvia dudan de que su confesión sea sincera. La intención inicial de despojar al homicidio de Silvia de contenido político y desvincularlo de la historia de la víctima se truncó cuando la causa, después de poco menos de nueve meses de tramitar en la justicia ordinaria, pasó al juzgado federal de Reinaldo Rodríguez. La conservadora Rafaela había marchado varias veces pidiendo justicia por Silvia y los medios de comunicación de todo el país siguieron durante algún tiempo con atención todas las medidas tomadas en el caso. La vicegobernadora Griselda Tessio, que fue fiscal en causas de derechos humanos, habló de la posibilidad de la existencia de sicarios. Es decir, de un crimen por encargo.

Hay muchas contradicciones en el expediente.

Todo estaba demasiado ordenado y robaron pocas cosas. La policía habló de divisas, efectivo (10 mil pesos) y joyas. Se trató en realidad de un dólar de la suerte, doscientos pesos y anillos y pulseritas, *bijou* que no superaba los 30 pesos de valor. Podrían haberse llevado platería y camperas caras, pero no lo hicieron.

La escena del crimen no fue aislada. Había curiosos que hubo que echar para tomar huellas. Se pidió una nueva autopsia y pruebas de ADN de

muestras tomadas en las armas y en la ropa de la víctima. Los cuchillos con los que los asesinos dijeron que dieron puñaladas no tienen sangre ni las huellas digitales de los asesinos. No encontraron sus huellas en el local, ni siquiera una de Silvia. Tampoco hubo un solo testigo que viera entrar o salir a los supuestos homicidas. Es más, hay gente que estuvo en el lugar a esa hora y nunca fue citada a declarar.

El video de seguridad de la terminal de ómnibus desde donde viajaron los primos con intención de fugarse se entregó a la policía, según los operadores. La policía, sin embargo, dice que no lo recibió.

El remisero que llevó a Sosa y Cóceres a la terminal en un Volkswagen blanco no aparecía, hasta que el juez ordenó un allanamiento para conseguir los libros de la empresa de remises y otra documentación. Pero el hombre, descrito como «bajo y pelado», dijo que había pasado por la jefatura de Policía antes de presentarse en el juzgado. La misma jefatura adonde Silvia había sido llevada el día de su desaparición.

El estudio de la abogada Lucila Puyol que representa a Marina y Andrés, hijos de Silvia, querellantes por su asesinato, fue robado. La pareja de Andrés recibió amenazas telefónicas advirtiéndole que «se dejaran de joder con la causa».

Un chofer que se dedica a trasladar detenidos que tienen el beneficio de salidas transitorias declaró bajo identidad reservada. Dijo que dos internos, Miguel y Emiliano Rodríguez, le habían contado que el hijo del ex juez Brusa, condenado gracias al testimonio de Silvia, les había hecho el encargo de «limpiar» a una persona que «había declarado contra los militares». Pero el juez Reinaldo Rodríguez consideró que había contradicciones en su relato porque los detenidos no habían salido de prisión en las fechas mencionadas por el testigo. Sin embargo, la cámara ordenó la falta de mérito, es decir, que se continuará investigando y reuniendo prueba.

El juez afirmó en un escrito que estaba «convencido de la inexistencia de un plan para eliminar físicamente a Suppo». Los hijos de Silvia lo recusaron, sin éxito. Marina y Andrés no pueden olvidarse de que, poco antes del asesinato, ella les comentó que dos hombres desconocidos estuvieron largo rato vigilando su local. En ese momento, nadie creyó que nada grave fuera a pasarle.

DIEZ

Reconquista: una familia descuartizada

Reconquista es una ciudad del norte santafesino, la más rica de la zona pobre de la provincia. Una ciudad chica, como tantas otras ciudades argentinas donde muchos se conocen. Donde los desaparecidos crecían y compartían patios de juegos con los que luego desaparecieron. Una ciudad donde todo se sabe, y donde los secretos, los prejuicios y los miedos corren y crecen con velocidad. La soledad duele más en una sociedad pequeña.

La vida para Luisa Pratto en el verano sofocante de Reconquista, en aquel 1977, parecía no poder volverse más dura. Con apenas 23 años, estaba embarazada y tenía dos hijos pequeños, pero estaba casi completamente sola. Su marido Rubén Maulín, su hermano Juan Carlos, su cuñada Alcira, también encinta, y su suegra habían sido secuestrados, y su única compañía era su hermanita Griselda, de dieciséis años, a quien ella misma había ido a buscar a Buenos Aires para que la ayudara con sus niños y compartieran el tiempo mientras su vientre crecía.

Los vecinos le daban la espalda. Nadie se atrevía a ayudarla. Muchos la señalaban y le rehuían la mirada. Estaban aterrorizados. Ni siquiera le querían vender comida para sus chicos en la despensa. Le pedían que no los comprometiera, que mejor mandara a otra persona. Luisa era parte de una familia maldita.

El 5 de febrero a la madrugada, un grupo de hombres llegó a su casa de la calle Lucas Funes al 100. Patearon la puerta y la rompieron. Luisa encendió la luz. «¿Qué pasa?», preguntó, levantándose de la cama donde dormía con uno de sus hijos, el mayorcito, de dos años. Le contestaron con una trompada, a pesar de su embarazo. La arrojaron sobre la cuna de su beba más chica. Dieron vuelta la casa. Robaron dinero que encontraron debajo de una cama. «¿Quién es Griselda?», gritaron.

Luisa no pudo evitar que le ataran las manos a su hermanita, que la encapucharan. Estaba en ropa interior. La obligaron a vestirse rápidamente. La arrastraron al comedor y después a la calle. Había hombres de verde, calzados con botas, apuntándola con ametralladoras. A los empujones la metieron dentro de un móvil. Griselda cree que se trataba de un Jeep, por el traqueteo. Percibió otra presencia y se dio cuenta de que era su hermano. «¿Ricardo, sos vos?» El muchacho le contestó en voz baja: «Sí, soy yo, pero callate, no hablé más».

Cuando llegaron a destino la llevaron a una celda. Le quitaron las esposas pero no la capucha. Le ordenaron que se quedara contra una pared, sin mirar. Y así, a ciegas, se mantuvo sola, inmóvil, toda la noche.

Con la salida del sol, volvieron a buscarla. Le pusieron esposas y la llevaron a otro espacio donde la desnudaron completamente.

«No veo nada, no sé dónde estoy. Me ponen picana eléctrica en los pechos, en las axilas, en la vagina y en los pies. Hay agua en el piso. Me hacen preguntas: qué venía a hacer yo a Reconquista, qué información traje.

Yo les decía que había venido a ayudar a mi hermana, a cuidar a mis sobrinos, que no sabía de qué estaban hablando. Después pararon y empezaron a golpearme, calculo que eran como cinco, me pegaron en la espalda, en el estómago, en los pechos, en la cara. Yo caía al piso y me volvían a levantar y a aplicar picana. Después me arrastraron como un perro y me tiraron en el mismo lugar de antes, sin un colchón, encapuchada». Griselda no lo sabía, pero estaba en la Tercera Brigada Aérea de Reconquista.

En el centro clandestino de detención reinaba Danilo Alberto Sambuelli, capitán y jefe de inteligencia de la Base Aérea. El mismo que había sido intendente de la ciudad durante dos meses después de haber entrado el día del golpe a la municipalidad a punta de FAL. Semicalvo, tenía una mirada cínica y una boca libidinosa. De día, en la Base, recibía a los familiares que preguntaban por los prisioneros y les negaba toda información. Cuando no le quedaba otro remedio, decía que de las detenciones ilegales y de las torturas, de «esas cosas», se encargaba la Policía. De noche, Sambuelli torturaba y violaba.

«Puedo hacer con vos lo que quiera», le dijo a Griselda el ex intendente. Sus secuaces eran los policías santafesinos Horacio «el Loco» Machuca, Carlos Nickisch, Rubén Molina y Arnaldo Neumann. Una brigada servil y salvaje.

Pero hubo otro hombre que inauguró las violaciones. Un día, alguien llegó a su celda. Le quitó la capucha y le prohibió que lo mirara. Escuchó que nombraban al cabo primero Estofaretti. «Me ordenó que me sacara la ropa. Yo no quería. Él me dijo que si no me sacaba la ropa me mataba. Me violó. Yo nunca había tenido relaciones».

Otra vez, la sacaron de la Base. Griselda cree que la llevaron a una casa. Le sacaron la capucha y las esposas, y la violaron nuevamente. Eran cuatro. La penetraron por todos los lugares posibles. La forzaron a tomar su semen. El sadismo no se detuvo. La obligaron a comer materia fecal que había en un inodoro. «No podía evitarlo, no tenía más fuerzas. Quería evitar hacer eso, pero no podía. Luego me encapucharon y me llevaron de nuevo a la Base Aérea». «Nosotros tenemos el poder», le repetían.

Las violaciones continuaron. Y también las torturas. Le hicieron creer que iban a fusilarla. Y que sus dos hermanos, Juan Carlos y Ricardo, estaban muertos. Volvieron a pedirle que diera información sobre una militancia que Griselda no había tenido nunca.

La agarraban de los pelos y le decían: «Esta nenita... Podemos jugar con esta nenita».

Griselda cumplió los 17 allí, secuestrada y convertida en esclava sexual de la patota. «Hacían conmigo lo que querían», dijo. «Jugaban con mi cuerpo». Eran Neumann, Machuca, Estofaretti y Sambuelli. Lo sabe porque se nombraban el uno al otro, incluso cuando la vejaban. «Ahora te toca a vos, Machuca. Ahora a vos, Estofaretti». «Nunca me asistieron. Una vez me vino la menstruación y me tuve que envolver con papel de diario». Era lo único que Griselda tenía a mano.

Griselda era creyente. «Yo le pedía a Dios que se apiadara de mí. Le decía

“yo soy tu hija”. Le pedía que tuviera misericordia». Ella creía que si le permitían que viera sus rostros, la iban a matar. Estaba convencida. Y después de la primera violación, los torturadores ya no se preocupaban más por ocultarse. Un conscripto que trabajaba allí le decía que no era posible que la vejaran. «No te pueden tocar, yo estoy haciendo el servicio militar aca en la Base Aérea y no te pueden tocar». Pero su visión ingenua de las normas no tenía nada que ver con la realidad de Griselda. «Mi desayuno eran la picana y los golpes. La cena, las violaciones. La última vez me bañaron con semen».

Muchos años después de su calvario, en el juicio, ante el Tribunal Oral de Santa Fe formado por José María Escobar Cello, María Ivón Vella y su colega de Rosario, Omar Paulucci, con los acusados presentes, Griselda se quebró, y no pudo seguir hablando. Esa mujer morena y de cabello largo que declara a los cincuenta y tres años cómo la sometieron cuando era poco más que una niña se desmoronó y los jueces resolvieron dar un cuarto intermedio. «Vine a contar mi verdad y a pedir justicia», dijo. Y se negó a suspender la audiencia y posponerla.

Griselda fue minuciosa en la descripción de sus victimarios. «Machuca era delgado, flaco, blanco y alto, con una foto capaz que lo pueda identificar, pasaron muchos años. Neumann tenía ojos celestes, blanco, con un metro setenta de estatura más o menos, delgado. Sambuelli, no era alto, alrededor de un metro sesenta, gordito, de tez blanca, era medio pelado».

La desaparición de Griselda duró unos treinta días.

Con el correr de los días estaba totalmente desfigurada. Un médico que se identificó como el doctor Arredondo se acercó a atenderla y le dijo que no la iban a tocar más. Le advirtió que no podría salir hasta que no tuviera más marcas en el cuerpo, le curó las heridas y le dio jabón y dentífrico. En un pasillo, sentado a una mesa «como un rey» —dice Griselda— un día Sambuelli le dio unas monedas y le dijo que se fuera. «Soy Sambuelli», le advirtió, «y no te quiero ver nunca más por acá por Reconquista». Al ex intendente le gustaba darse a conocer. Griselda salió volando. Allí pudo confirmar que había estado detenida ilegalmente en la Tercera Brigada Aérea, como era su sospecha. «Me fui corriendo a ver a mi hermana al sanatorio donde ya había tenido el hijo», recuerda. No se conocen los motivos de su liberación. Por esos días, la base cambiaba de jefe y Reconquista se preparaba para recibir la visita del mandamás, el dictador Jorge Rafael Videla, que recibiría las llaves de la ciudad después de descender del avión presidencial en la mismísima pista de la Brigada donde, en un viejo hangar, se escuchaban los quejidos de los torturados.

A lo largo de las semanas siguientes, Griselda fue permanentemente perseguida. Se trataba de un singular y morbosos sistema de libertad vigilada que regía en la ciudad. «En la calle constantemente me apuntaban con un arma, me decían “desaparecé”». El cabo Estofaretti me tenía como si yo fuera la mujer, Nickisch también. Una vez, a los doce días de salir de la base, salgo a comprar, me lo cruzo (a Nickisch), me pone contra la pared y me apunta con el arma y me dice “vos de acá te tenés que ir y ahora te venís conmigo”». Una vez el policía la violó en un descampado, otra en el mismo Círculo de Oficiales, adonde le ordenaron presentarse. «Nickisch tenía el poder de ponerme un arma y llevarme donde tenía ganas y violarme cuantas

veces tenía ganas, por eso digo que es una persona enferma». Nickisch, a pesar de que abusaba una y otra vez de ella sin que pudiera resistirse, la amenazaba para que se fuera de la ciudad. «Si no te vas de acá, matamos a tu hermana y a tus sobrinos. Nosotros manejamos esto». Griselda le dijo a su hermana que iba a irse al Chaco a trabajar y que le mandaría dinero. «Pero la verdad es que me fui a Buenos Aires y nunca más volví», dice. «Me dolió en el alma».

«Nickisch y Neumann estaban ahí en la terminal de bus cuando saqué el boleto. Querían ver si no me bajaba. Yo no me bajé y me fui. Me golpearon la ventana con los nudillos cuando arrancó el micro, como diciendo te vas, ya no volvés más».

Mientras el ómnibus se alejaba de Reconquista, Griselda no podía quitarse de la cabeza la imagen de los policías tomando de los pañales a su sobrina de ocho meses, y apuntándole con un arma a la cabeza. Y se convencía de que hubieran sido capaces de hacer cualquier cosa.

Griselda no tuvo una recuperación fácil. Estuvo deprimida varias veces y quiso suicidarse. Finalmente, encontró una pareja.

«Me casé, pero no de blanco porque me daba vergüenza...», explica. «Me destruyeron la vida». Sin embargo, cuando en la sala del juicio oral y público, un abogado le preguntó si tenía un interés especial en la condena, contestó: «No, yo los perdoné, los perdono, les deseo lo mejor, los dejo en las manos de Dios. Si los veo de frente, yo les digo que los perdono porque no sabían lo que hacían.»

Los padecimientos de Luisa no finalizaron con el secuestro de Griselda. Fueron en total ocho los secuestros que la dejaron aterrada e indefensa. Después de esa madrugada de febrero de 1977, quedó completamente sola. Sin padres, sin familia, y a cargo de su embarazo y de dos hijos. Los represores se le aparecían por su casa. La agredían, la insultaban y la violaban delante de sus pequeños. Llegaron a tirarle la leche que tanto le costaba conseguir y a orinar dentro de las mamaderas. «Yo tenía horror, miedo, venían a ultrajarme y a agredirme. Prohibido olvidar lo que yo viví» reclama Luisa.

Pocas semanas antes de la fecha de dar a luz, se le acercó una pareja. Desesperada y sin salida, Luisa confió en ellos. Una mano tendida en medio de tanta hostilidad era difícil de rechazar. Luisa parió un varón en el Sanatorio Reconquista. Fue el 23 de marzo. El parto duró 45 minutos. Mientras estaba en la habitación, entró un médico y le dijo «Señora Cecilia Góngora de Segretín, dele de mamar a su bebé». Quiso pensar que era un error, porque ese era el nombre de su protectora, de la mujer que le había ofrecido apoyo. Ahora sabe que la equivocación no era tal. Estaba en los planes de la pareja que la ayudada en sus últimas semanas de embarazo quedarse con su hijo y anotarlo como propio. A las dos horas de la visita del médico, una enfermera le dijo que tenía que llevarse al niño para hacerle un control y Luisa no pudo encontrar energía ni siquiera para aferrarse a su hijo.

Pasaron más de treinta años para que Luisa y su marido Rubén «el Mono» Maulín recuperaran a su hijo. Los Segretín siguieron viviendo en Reconquista, a salvo de toda acusación. Nunca le contaron la verdad de su oscuro origen a José, que así se llamaba el varoncito que había tenido Luisa. Nunca le dijeron que la que creía su madre era en verdad su apropiadora, que

lo inscribieron como hijo biológico después de haberlo arrancado en el sanatorio de los brazos de Luisa, que no pudo luchar por él y volvió a su casa después del parto con las manos vacías y destruida.

El apropiador trabajaba en una empresa de colectivos en la terminal.

Probablemente una tía de Rubén haya sido la entregadora, piensa ahora Luisa. Ella sabía bien que su sobrino estaba desaparecido y había sido torturado. ¿Cuál era el poder de esa familia para conseguir de ese modo un niño? «La mujer era hija de un militar ya fallecido y tenía dos hermanos que también eran militares», aventura Luisa.

Muchos desencuentros tuvieron que deshacerse para el reencuentro.

Rubén estuvo preso legalmente y al regresar a Reconquista en 1982, en las postrimerías de la dictadura y cinco años y medio después de su secuestro, se enteró por su ex pareja de que tenían un nuevo hijo. No le recriminó nada. Comprendió que Luisa tenía que cuidar de su hijo mayor, que había enmudecido como consecuencia del trauma, y de su beba, además de cargar con las ausencias de todos sus familiares.

Ese hijo perdido compartió la escuela en la ciudad con la otra hija de Rubén y Luisa, la que tenía ocho meses cuando se llevaron a su padre. La chica, que conocía la historia, lo abordó, ya en el secundario, durante un recreo. José salió corriendo, asustado y el contacto no fue posible. Los dos jovencitos se cambiaron de escuela con poco tiempo de diferencia, como escapando el uno del otro.

Rubén y Luisa, ya no como matrimonio sino como amigos y padres de José, hicieron gestiones en el Registro Civil y en la Justicia, pero les dijeron que el caso había prescripto. No se extrañaban. Ya en democracia, Luisa le señalaba a Rubén quiénes habían sido sus violadores en los actos públicos de las fiestas patrias reconquistenses.

Juntaron coraje y tocaron el timbre de la casa de la apropiadora. Los corazones les latían muy fuerte. Cuando se abrió la puerta, la mujer les dijo que dejaran de molestar, que el chico estaba muy mal. Incluso denunció falsamente a Rubén, afirmando que había intentado matarla atropellándola.

Para la reunión definitiva hizo de puente una radio, FM General Obligado.

Luisa contó su caso al aire. No dio su nombre, pero aceptó una cita con un oyente misterioso que sospechó al oírla que esa era su verdadera madre. José, en efecto, que estaba escuchando el programa, llamó a la radio y pidió el número telefónico de la denunciante anónima.

Sus apropiadores le habían mentado diciéndole que desconocían su origen.

La historia tuvo un final feliz. El ADN que confirmó en un 99,9 por ciento que José era hijo de Luisa y de Rubén no parecía necesario. Las cejas, los ojos, la sonrisa, gritaban que era hijo de Maulín. El parecido entre padre e hijo es asombroso. El encuentro familiar estuvo cargado de emoción. José y Luisa se abrazaron y lloraron largamente.

Después de 32 años robados, José recupera a su familia. Pero aún queda pendiente el juicio a su apropiadora y la ginecóloga implicada en el caso, Gladys Nashaski de Martino. Su apropiador murió hace tiempo. Sólo de esa forma eludió la acción de la Justicia.

ONCE

La Perla: el infierno cordobés

Aquella primera noche de septiembre de 1976, la pizza de cebolla despedía un olor apetitoso. Liliana Callizo se encontraba en casa de Mirta Neri con su amigo el Raúl «colorado» Levín. Por un momento, el clima de intimidad le había hecho olvidar que su marido —un trabajador de Luz y Fuerza— estaba preso y que ella ya no podía continuar viviendo con su hijito de pocos meses, porque el cerco represivo se cerraba sobre los militantes del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), la organización a la que pertenecían. En un momento, los tres comenzaron a leer informes sobre campos de concentración europeos durante la Segunda Guerra Mundial. Quién sabe por qué. ¿Acaso una premonición de la negra noche que avanzaba a pasos acelerados sobre la Argentina?

Córdoba era una de las provincias con una de las historias más combativas de la militancia política. El Cordobazo latía desde aquel 29 de mayo de 1969, cuando miles de trabajadores y estudiantes salieron a la calles a reclamar por sus derechos y enfrentaron una represión brutal. Este movimiento de protesta quedó grabado en la historia argentina porque significó el inicio de la caída de la dictadura de Juan Carlos Onganía y alentó el nacimiento de las organizaciones guerrilleras: Montoneros, Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Cuatro años más tarde, Córdoba daba señales de su ímpetu político cuando en las elecciones de 1973, el odontólogo Ricardo Obregón Cano —parte de los sectores que apoyaban a Montoneros y a la Juventud Peronista— y Atilio López, activo líder sindical de la Unión Tranviarios Automotor, se llevaron el triunfo.

Los vientos de cambio que parecían soplar con fuerza en todo el país desde el 11 de marzo de 1973, cuando la fórmula Cámpora-Solano Lima ganó por más del 50 por ciento de los votos, duraron poco.

El 27 de febrero de 1974, el jefe de policía cordobés, teniente coronel (RE) Antonio Navarro, derrocó al entonces gobernador Obregón Cano movilizándolo siete mil efectivos y aduciendo que había «infiltración marxista» en el gobierno. El presidente Juan Domingo Perón intervino la provincia el 2 de febrero y se inició una feroz andanada represiva previa al golpe militar del 76. El 16 de septiembre del 74, pocos meses después de su salida, el ex vicegobernador Atilio López y su acompañante Juan José Varas fueron asesinados de 130 balazos en Capilla del Señor, Provincia de Buenos Aires, en un atentado que se atribuyó la Alianza Anticomunista Argentina. Esta organización paraestatal de ultraderecha tuvo una expresión local en la provincia de Córdoba: el Comando Libertadores de América, que no solamente asesinó a militantes populares y a sus familias (una de sus acciones más sangrientas fue el aniquilamiento de la familia Pujadas, en 1975), sino incluso a miembros de fuerzas de seguridad que no les eran adeptos, para generar un estado de ánimo que propiciara una asonada militar.

Era la época del Terror Negro. La muerte y la violencia reinaban en las calles de Córdoba.

Liliana Callizo había crecido en el barrio Crisol, una de las zonas más castigadas por la represión. Fue testigo de desapariciones, allanamientos y arrestos de vecinos, amigos y compañeros en su entorno. Su compañera de la escuela primaria, Susana Luna, por ejemplo, apareció muerta, mutilada, sin dientes ni uñas y envuelta en una bandera del PRT. El padre de Liliana, un hombre formado en el radicalismo, decidió que era hora de dejar la casa. Cuando se mudaron, la vivienda fue arrasada por las hordas de salvajes a tal punto que nunca pudieron recuperarla.

Liliana tardó poco en recomponerse. Retomó la militancia en otro barrio, muy ligado a las fábricas automotrices, columna vertebral de la economía cordobesa. Pero, poco a poco, su militancia adquirió características diferentes de las de una activista vecinal. Las acciones del Comando Libertadores de América se fueron cobrando vidas, pero también, a veces, se concretaban como secuestros de personas con pedidos de rescate. En algunas ocasiones, Liliana participó en la entrega de dinero que se recolectaba para salvar vidas. Un ejemplo es la del militante Raúl Hor. Se sospechaba que el Comando llevaba a sus cautivos al campo de La Ribera, el primer centro clandestino de detención de la provincia, cerca del cementerio de San Vicente, o a la comisaría de Pilar, próxima a Río Segundo. Y por los bosquitos de la zona, Liliana, en una acción temeraria, merodeaba con otras compañeras esperando atisbar la llegada de un móvil con represores y la imagen de algún secuestrado.

Apasionada por la lectura, junto con su amigo el «Colorado» Levín, dirigente bancario de la Juventud Trabajadora Peronista, encaró el estudio de la indiferencia de la población francesa frente a los trenes cargados de deportados en épocas del nazismo que tan claramente narraba en sus textos el escritor Jorge Semprún. Estaba sumergida con Levín en esta lectura la noche que la secuestraron en la casa del barrio Atlántida que compartía con la maestra Mirta Nieri, a la que ayudaba cuidando a sus hijos. A las once de la noche golpearon la puerta y varios hombres vestidos de negro y disfrazados con pelucas, ponchos y crucifijos, ingresaron a los gritos. Colocaron a Liliana, Raúl y Mirta contra la pared, con las piernas separadas. Atados y con ojos vendados los subieron a los autos que aguardaban fuera de la vivienda, donde también cargaron los bolsos que contenían lo que se habían robado: desde una estatuilla de marfil africana, hasta el escaso sueldo de docente que Mirta había cobrado. A los dos niños de Mirta, los dejaron solos.

El trayecto no fue largo. La Perla —que era su destino— estaba ubicada en el transitado camino a Carlos Paz, no demasiado lejos de la ruta. El edificio había sido construido sobre una colina por pedido de los militares a comienzos de la década del 70, por la empresa a cargo de levantar el Estadio Olímpico para el Mundial de Fútbol, en la zona conocida como Malagueño. Fue entregado a mediados de 1975. Y en muy poco tiempo se convertiría en el principal centro clandestino de la provincia, donde serían asesinadas dos mil quinientas personas. Luciano Benjamín Menéndez solía visitar el lugar, donde efectivos de Ejército, policías, gendarmes y civiles, todos bajo su mando, participaban en secuestros y torturas.

«Había un pasillo lleno de gente», recuerda Liliana. «No daban abasto

para pegar e interrogar». Con los recién llegados, armaron un grupo que encerraron en una oficina. Hizo su irrupción «Texas» (sargento primero Elpidio González Tejada), un experto en artes marciales que había recibido instrucciones en la Escuela de las Américas. Con botellas con arena y gomas con cadenas y palos y con sus pies, comenzó a golpear a todos enloquecidamente, pero calculando el lugar donde podía hacer mayor daño al grito de «gente, casa, casa, casa, gente», exigiendo información. Era lo que llamaban «el ablande», relata Liliana. Las paredes se llenaban de sangre y los prisioneros caían al piso, unos sobre otros.

Liliana perdió la noción del tiempo y del espacio. Vomitó y se orinó encima. Le dieron una manta para protegerse del frío y fue interrogada por un jefe de gendarmería a quien no pudo verle la cara: «Usted subvierte el orden y eso no puede ser», le dijo. Su amigo, el Colorado, también fue torturado y Liliana podía escuchar los gritos de «Judío de mierda» con que acompañaban los golpes y las preguntas en la sala de torturas, que tenía un cartel donde se leía: «Terapia Intensiva». Querían que confesara su compromiso con la militancia pero él se mantenía firme con que era solamente un estudiante.

Al principio, Liliana no decía ni siquiera su nombre verdadero, pero luego cayó en la cuenta de que tenían los organigramas completos de las estructuras en las que los prisioneros militaban. No admitió en cambio lo que le pedían: que dijera que la casa en la que la habían secuestrado era una casa operativa del partido y que Mirta y el Colorado eran miembros del PRT. Después de varios días sin beber ni una gota de agua, exhausta y dolorida, con un diente roto por los golpes, los labios cortados y la boca hinchada, la llevaron de la zona de cuartos de tortura a «la cuadra», un espacio amplio donde los secuestrados pasaban los días tirados en colchonetas de paja, cubiertos con mantas de lana militares manchadas de sangre. A ciegas, fue pasando por encima de cuerpos alineados en el suelo, hasta que le asignaron un lugar, no lejos de una prisionera que tenía un balazo de FAL en la columna y se quejaba del dolor, abandonada sobre una camilla.

Los gritos, los motores de los autos, las frenadas, los llantos, la acompañaron en la oscuridad hasta que a los dos o tres días, alguien le indicó tocándola que tenía que incorporarse. Lo hizo y fue guiada hasta una oficina donde le colocaron una peluca negra y unos anteojos con los cristales cubiertos. En ese momento, hizo su entrada un represor, a quien después reconocería como José «Quequeque» Herrera al que llamaban así por su dificultad para hablar, y otro, de nombre Roberto Mañay, al que llamaban el «cura» Magaldi, porque siempre repetía que los prisioneros eran el diablo.

La subieron a un auto que conducía Herrera. En el asiento trasero, Magaldi vigilaba. Cuando el coche llegó a destino, Liliana escuchó ruido de agua que fluía. Cualquier movimiento fuera de la rutina le hacía temer que iba a ser eliminada. Por eso, la proximidad de un río, tal vez el Suquía, le hizo presentir que iba a ser arrojada al cauce para que se ahogara. «Bueno, acá me hundén», pensó, y reunió toda la entereza que le fue posible para enfrentar el final.

Pero al costado del río, había una casa sencilla. Los dos hombres golpearon y les abrió una mujer que los conocía. Liliana se aferró al marco para que no pudieran hacerla entrar. Lo hizo con todas sus fuerzas, como una

gata desesperada, con brazos y pies. Magaldi la golpeó para arrancarla. A los empujones la llevaron al fondo, pero Liliana quería salir, porque creyó que iban a matarla dentro de la casa. Estaba aterrorizada. La metieron en una habitación donde Herrera la violó. Se tendió sobre ella, mientras Magaldi le sostenía las piernas abiertas. No pudo resistirse. Sintió repulsión y dolor. El violador se incorporó rápidamente y ordenó: «Vámonos». El auto desanduvo el recorrido y Liliana terminó arrojada a la misma colchoneta de donde la habían levantado, con una sensación de derrota, suciedad y bronca.

La violación de Liliana fue una tortura que se extendió en el tiempo. A escondidas, compartió sus desdichas con sus compañeros de cautiverio. Pero los prejuicios eran fuertes y no pudo evitar sentirse culpable, porque no siempre encontró alguien comprensivo. «Por algo será que te llegó, vos te lo buscaste», era el mensaje que creía percibir en algunas respuestas. Y eso la entristecía infinitamente en medio del horror del campo de concentración.

Las normativas moralistas de la organización en la que había militado pesaban sobre ella y sentía que la violación había sido no sólo una forma de tortura, sino un paso más de los represores para destruirla. Querían alejarla de los principios que la habían sostenido para poder obligarla a hacer lo que ellos quisieran. Una vez vejada, todo era posible. Su violador ya tenía una trayectoria en técnicas para quebrar militantes. José Hugo Herrera era un suboficial de inteligencia de Ejército, que antes de revistar en La Perla, había sido miembro del Comando Libertadores de América.

Todos tenían miedo en La Perla. El miedo se olía, se podía tocar. Las torturas podían reanudarse en cualquier momento. No sólo para obtener información, sino por un gesto, una palabra, como castigo o simplemente porque sí. Había silencio en la cuadra, pero se interrumpía cuando se anunciaba la llegada de «los interrogadores». Entonces se escuchaban golpes, gritos y llantos. Las dos picanas eléctricas activas en el campo, la común y la más lacerante y asesina de 220 voltios, trabajaban a tiempo completo.

En la cuadra convivían todos los prisioneros, con los ojos cubiertos y tirados en colchonetas de paja. Por la mañana, antes de tomar un mate cocido, en el mejor de los casos con un pan duro, los guardias les ordenaban que enrollaran las colchonetas y se quedaran de pie, en silencio. Una vez por semana o cada quince días, se producían los «traslados» de secuestrados. Aparecían sus ropas en las duchas, que se reutilizaban sin preguntar y los que sobrevivían, por azar o suerte, corrían las colchonetas y ocupaban los sitios vacíos para siempre.

Liliana pudo hablar con el «Colo» Levín y convenir que cada uno iba a pedir ser llevado al baño cuando escuchara la voz del otro que lo hacía. Así fue, en uno de esos cruces, que el Colo le dijo que sabía que iban a matarlo. Una vez, cuando Liliana levantó la voz para decir «baño», no escuchó el eco acostumbrado. O sea, la prueba de que él todavía vivía. Mirta, por lo menos, había sido liberada a los dos días de la caída.

Con el tiempo, los prisioneros comenzaron a fingir, a sonreír en presencia de los represores. Por entonces, los dueños del campo empezaron a usarlos para trabajar en tareas de albañilería, de mecánica, mantenimiento del campo o en el archivo. Como en la ESMA, los secuestrados simulaban que eran

«reeducables», porque ese era el término que usaban los captores. No había forma de resistir, pero los prisioneros que trabajaban podían por lo menos verles las caras y escuchar sus nombres.

En un principio, Liliana fue destinada a barrer, y luego, con otros compañeros de cautiverio —Piero Di Monte, Graciela Geuna, Tina Meschiatti—, a transcribir informes en una oficina adonde los encerraban durante algunas horas.

Cada uno de los desaparecidos fue teniendo una especialidad, una responsabilidad, una rutina. Trataban de alargar los trabajos encargados para conseguir unos días más de sobrevida. Una de las tareas más duras fue la que obtuvo como extraño privilegio el grupo antiguo de prisioneros: atender en la agonía a los que morían después de la tortura. Los acompañaban hasta que exhalaban el último suspiro, movían un poco el cuerpo hacia el centro de la cuadra y llamaban al guardia de turno para que lo retirara. Los golpes con palos o gomas combinados con la picana en la tortura hacían estragos: María Luz Mujica de Ruarte, por ejemplo, se hinchó desmesuradamente y sin asistencia médica alguna a pesar de los ruegos de sus compañeros («Dios quiere que sufra» era la respuesta) murió en medio de delirios rogando que no se le acercaran los «hombres malos».

Otro «trabajo» era el «lancheo» o las salidas diarias en auto a señalar militantes. Era una táctica engañosa, porque no dependía de la voluntad de delatar del prisionero. Simplemente lo sacaban de la cuadra, a menudo debilitado por los tormentos y lo llevaban a dar vueltas en zonas donde era conocido para ser visto. Tenían en claro el poder desmoralizador que esa situación tenía, cómo se corría la voz de que la víctima había sido vista «marcando».

«Dios somos nosotros», decían los represores de la Perla. Y aunque no fuera cierto, se parecía bastante a la realidad.

Tenían el poder sobre la vida y la muerte de todos.

Las violaciones fueron masivas.

Todas las mujeres que pasaron por la Perla las sufrieron y algunos varones también. Según el testimonio de Piero Di Monte, a Alejandra Jaimovich, cuando llegaba una nueva guardia, la obligaban a cambiar las sábanas de una cama y la violaban todos. Los que la habían secuestrado y los guardias de turno. Alejandra tenía 17 años, era una niña. «Traigan a la judía», se escuchaba en la cuadra cuando la convocaban para el perverso ritual.

Tina Meschiatti tenía 33 y es una de las personas que fueron más torturadas, según recuerda Liliana. «Le dieron mucho en los riñones, tenía las piernas terriblemente hinchadas, no podía moverse». Era menuda y su cuerpo llevaría para siempre las cicatrices. Dos años, dos meses y tres días estuvo cautiva en el campo, y reconoce a la perfección a sus captores. Fue la última en salir, en diciembre de 1978, a pesar de que cuando llegó en septiembre de 1976 le dijeron de frente «Tina, vos sos pozo», que era sinónimo de muerte. Tina había militado en Montoneros, y llevaba solamente seis meses en Córdoba, en una militancia de medio tiempo, porque estaba dedicada principalmente a la crianza de su hijo de diez meses. En una época, había creído que las militantes no podían ser madres, porque los hijos quedaban en medio de la lucha. No quería restarle tiempo a su bebé, no

quería ponerlo en peligro. Su responsable en la organización le había dicho al llegar a la provincia «Te doy seis meses de vida útil» y tuvo razón. Tina disfrutó de su vida como madre en una casa antigua, de patio con plantas, con un gato y un perro, hasta que hombres del Comando Libertadores de América y del Tercer Cuerpo de Ejército la secuestraron.

«A mí me torturaron cinco hombres. Yo... nunca más volví a ser la misma... No hay palabras para poder explicar lo que es un campo de concentración. La tortura es un juego donde se establece claramente quién gana y quién pierde. Yo gané: no les di la información que querían, no revelé la dirección de mi casa. Pero ellos me ganaron en algo. Ese es un tema que estoy tratando ahora de vencer, es mi condición femenina... Hacía poco que había dejado de amamantar. Tenía los pechos pesados y medio caídos. Más que la tortura en sí, que es física, el problema es cuando a una la violentan. Me dejaron desnuda en una pieza, con la cara tapada. En el medio había unas diez o doce personas, que cuchicheaban. Fue muy denigrante no poder verles la cara. No poder evitar su mirada. Mientras me torturaban decían: “No te afeitaste los pelos...” Es cierto, no estaba depilada, y me dolió más eso, que me tocaran en mi dignidad femenina, que la tortura en sí, que fue durísima. Todavía conservo las marcas, quemaduras de tercer grado. Pero fue mucho más doloroso que me denigraran como mujer. Para mí, el campo fue una explosión en la cabeza. Todavía estoy juntando los pedazos», dice.

Susana Sastre tenía 20 años cuando la secuestraron en 1976, en la Plaza Los Burros de la ciudad de Córdoba. Militaba como Liliana en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). La golpearon y la arrastraron de la cabellera, la desnudaron y la manosearon. La ataron a una cama metálica en posición de parto. Susana Sastre denunció que fue víctima de delitos sexuales en la Megacausa La Perla. «La violación era también una forma de la represión durante la última dictadura cívico-militar. Violan todo nuestro cuerpo, desnudas frente a los ojos de esos torturadores, abusadas con elementos, como puede ser en este caso la picana eléctrica. Además tener que bañarse desnudas ante los ojos de los torturadores o de algunos que eran violadores, concretamente denunció a Herrera, el Tarta». Herrera fue también el violador de Liliana Callizo.

Graciela Geuna, otra sobreviviente, interpreta que había en La Perla una apropiación de las mujeres «porque a los hombres trataban de manipularles la mente, pero de las mujeres querían todo, apropiarse de la mente y del cuerpo».

Las violaciones sexuales no sólo ocurrían en La Perla. Antes del golpe, en el D2, una dependencia de inteligencia de la Policía de la Provincia de Córdoba, en pleno centro de la ciudad y a pasos de la Catedral, los delitos sexuales habían comenzado a perpetrarse.

Gloria Di Rienzo, secuestrada en septiembre de 1975, hace un relato escalofriante ante los jueces.

«Fui sometida a todo tipo de torturas: con electricidad, me ahogaron en agua, en un momento incluso me tiraron agua caliente en las piernas. Y allí fui violada por todos. Como yo no quería abrir las piernas, me quedaron las marcas de las uñas que me clavaron para que las abriera».

Charlie Moore, un sobreviviente del D2, dice que el baño era el principal escenario de las violaciones, aún desde antes del golpe del 76. Algunas

ocurrieron delante suyo, cuando estaba allí, pero con los ojos cubiertos. Y a pesar de eso, da nombres de algunas víctimas y responsables.

Gloria relató que, además, fue vejada por una mujer. «En este tipo de procedimientos, participaba una mujer policía, Mirta Graciela “Cuca” Antón. Ella me retorció los pezones», dice. Cuca era la segunda de Argentina Pereyra, alias «La Tía», una legendaria torturadora e instructora de la dependencia de inteligencia, luego ejecutada en un operativo por el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

«Me arrastraron del pelo a otra habitación», relata Gloria, «y uno al que le decían el Tío, introdujo su mano completa en mi vagina y me levantó en el aire». Tuvieron que llevarla de urgencia al Policlínico Policial por una infección generalizada. Le dijo al médico que la atendió que la habían violado, pero él contestó de una manera absurda: «No, no te violaron, porque vos ya no eras virgen».

¿Qué podía esperar Gloria, que ni siquiera obtuvo el apoyo de su familia, dominada por los tabúes? Cuando sus captores le dejaron ver a su madre, esta le preguntó: «¿Hija, qué te han hecho?»

—Me violaron, mamá.

—Por favor, que no se entere tu padre... —respondió la mujer.

El relato de Gloria puede parecer insuperable por lo macabro. Pero ante el tribunal que la escuchaba, que reaccionó con sorpresa, exclamó: «Aquí están presentes mi marido y mis hijos, hay cosas que me hicieron que por nada del mundo voy a contar».

¿Podía haber más horror?

Patricia Astelarra también padeció el secuestro en La Perla.

La capturaron con su marido Gustavo Conteponi, cuando estaba embarazada de cinco meses, pero eso no la salvó de ser vejada. Su violador fue el suboficial retirado Roberto Mañay, alias el «Cura» Magaldi.

«Todas las mujeres eran esclavas sexuales y eran reducidas a la servidumbre. Éramos objeto de los juegos perversos de oficiales y suboficiales. Ellos sentían placer por lo sádico y lo morboso. Ser mujer significaba un plus de vejación y violación. Muchas de las mujeres violadas están muertas, fueron asesinadas y llevadas en uno de esos camiones que los prisioneros llamaban Menéndez Benz».

¿Qué pasaba después del camión?

Graciela Geuna relató durante uno de los juicios que cuando un grupo de secuestrados estaba lavando los autos que se usaban para los operativos, uno de los represores dijo que olía a goma quemada, y que no podía soportar el olor porque le recordaba a los fusilamientos. Y entonces, los describió. Esposaban a los prisioneros, y como algunos tenían miedo, también les ataban las piernas. Los fusilaban, los rociaban con alquitrán y les prendían fuego... «Tengo el olor en la nariz y la visión de los cuerpos que cuando se queman, empiezan a moverse», dijo el torturador.

Liliana Callizo escapó a ese destino.

Dudó haberse salvado cuando el capitán Aldo Checchi llegó a su casa familiar a buscarla para volver a cautiverio por unos días, para que los militares pudieran pasar una inspección inminente de la Cruz Roja. De nuevo

con harapos, detrás de las rejas, Liliana y otros ex prisioneros de La Perla tuvieron que formar parte de una farsa en la que posaban como presos «bien tratados».

La impotencia la hizo retorcerse de rabia.

No era para menos. Checchi había sido acusado en su fuerza de hacerse pasar por ginecólogo para abusar sexualmente de mujeres de barriadas humildes y Liliana le temía. «No me dejen ir con él», les imploró a sus padres, como si ellos pudieran impedirlo después de haber estado detenidos por denunciar —a pedido de ella— que el auto de su querido amigo Colo Levín estaba siendo usado por un represor.

Pasaron los años. Liliana sobrevivió y carga con su pesada mochila de vivencias en el infierno de La Perla. Con perseverancia y fuerza, salió adelante. Crió a su hijo, tuvo una huerta, trabaja en la Secretaría de Derechos Humanos, donde todos los días se reencuentra con antiguos compañeros. Ellos la recuerdan cantando canciones en plena cuadra, usando la minifalda que llevaba cuando la secuestraron. Algunos de los varones secuestrados dicen que la visión de las piernas de ella y otras compañeras en el campo, era «un pedazo de cielo». Un conmovedor espacio para el erotismo romántico en medio de tanta perversión. No fue el único: José Kunzman y Mirta Iriondo, por ejemplo, se conocieron dentro de La Perla, se enamoraron y concibieron allí a una hija. La de Andrés Remondegui y María Victoria Rocca fue otra pareja que surgió en medio del espanto. Viven en un pueblo de la provincia de Córdoba y tienen tres hijos. Ambos dieron su testimonio. María Victoria recordó frente a los jueces la violación a la que fue sometida por sus torturadores.

Liliana Callizo viaja poco a Buenos Aires, pero cuando lo hace disfruta de alojarse en la casa de Susana Sastre. Las mujeres salen a visitar mercados y al cine, toman mate, se ríen y tienen larguísimas charlas. También mantuvo el contacto con Piero Di Monte y Graciela Geuna, que se radicaron en distintos rincones de Europa. Liliana se queja del rol que les dan a los sobrevivientes en la sociedad cordobesa.

«Queda mucho por cambiar. No tenemos espacio, parece que no quieren que opinemos, que participemos. No quieren escucharnos. No existimos para nada. Que declaramos sí quieren, pero fuera de eso siento que preferirían que no existiéramos».

Los que salieron con vida de La Perla tuvieron que superar no solamente el estigma de haber sobrevivido, sino también el de la sospecha de la «colaboración» y de la «traición».

Uno de los más señalados como «traidor» fue Eduardo Pinchevsky, un estudiante de medicina a quien los represores hacían presenciar las sesiones de torturas. De él se llegó a decir que había asesinado a un secuestrado. Pinchevsky explica luego de su primera declaración, muchos años después: «Uno se convierte en un objeto esclavo. El concepto de la colaboración es un absurdo. El que no entró, nunca puede evaluar lo que ahí pasó».

Tal vez desde esa posición de quien soportó las más tremendas torturas y no dio información, Tina Meschiatti calificó en una de sus declaraciones más antiguas a Pinchevsky como «el más temible, nefasto». Tina también relata el caso de la médica Dora Zárate de Privitera —ex militante del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT)— una prisionera con la que se

encontró después de su liberación, en 1979. Según Tina, Dora aún trabajaba con los represores y dice que ella le mostró una carta de su marido, Salvador Privitera —que había emigrado a Italia, después de haber estado preso— donde quedaba claro que él estaba aún enamorado de ella. Dora —según Tina— le comentó que lo iba a convencer de que volviera al país para que lo capturaran. Y hace una revelación sorprendente: «En ese momento, ella estaba ya casada con el “Chubi” López». El civil José López fue uno de los torturadores de La Perla y agente civil de inteligencia.

Con el tiempo, Tina fue sin embargo modificando radicalmente su postura: «Todos fuimos víctimas», sostiene ahora, y admite que la categoría de colaborador fue diseñada por los militares. Pero es este vínculo alienado, el de Dora Zárate con el Chubi López, en que se basa uno de los oficiales de La Perla, el teniente primer Ernesto «Nabo» Barreiro —represor en dictadura y carapintada en democracia— cuando desde la cárcel, habla con el periodista español Vicente Romero para aseverar que «no hubo violaciones».

Con aspecto jovial, camisa a cuadros, uñas impecables y abundante cabellera, el ex militar —que se transformó en coleccionista de arte y vivía oculto con su mujer en una localidad del estado de Virginia, no lejos de Washington cuando fue detenido en el 2007—, recibió a Romero en un pequeño locutorio del penal donde cumple condena.

«Le aseguro desde el fondo de mi alma que no hubo violaciones, al menos que yo lo supiera. Pero hay que poner las cosas en su lugar. Sí que hubo algunas relaciones sexuales, incluso una prisionera llamada Dora Zárate acabó casándose con un agente y la pareja duró 24 años. Otra, que ha declarado en el juicio como testigo, Cecilia Suzzara, convivió con un agente civil llamado Héctor Romero».

Sin embargo, Barreiro mezcla mentira con verdad.

Cecilia Suzzara, blanco de Barreiro, es una de las más tempranas y consecuentes testigos en los sucesivos juicios y precisamente denunció que fue abusada sexualmente durante su permanencia en La Perla. En su declaración durante el Juicio a las Juntas en 1985, dice que cuando le elevó a Barreiro su protesta, este le dijo con cinismo: «Esas cosas no son admitidas en el campo». Tal vez la acusación de Barreiro a Cecilia se deba a que ella fue testigo de situaciones incómodas y delirantes. Los represores habían abierto un campo de entrenamiento para militares, haciéndoles creer que estaban en un *gulag* comunista. Cecilia fue forzada, en su rol, a interrogar a un hombre joven, que estaba deshidratado y había sido muy maltratado. Le prometió agua a cambio de que respondiera a unas preguntas. Él le dijo que estaba casado y era padre de dos niños. Después, ella supo a través de sus captores que era nada menos que un hijo del general Jorge Rafael Videla.

Barreiro se emocionó, dice Vicente Romero en su entrevista, cuando le preguntó acerca de su relación con Graciela Doldán, una joven abogada prisionera con la que, dicen, se lo veía conversando, tumbado a su lado en la cuadra. Graciela tenía una gran experiencia y formación política. Los represores habían hecho lo posible para que se pensara que había muerto antes de ser secuestrada y la mostraban a los recién capturados. La «Gringa» Doldán era la viuda del fundador de Montoneros José Sabino Navarro, y durante su secuestro mantuvo una actitud digna. Recomendaba a otras mujeres que se sentaran erguidas, que no dieran el gusto de mostrarse

vencidas. «Alguien va a salir, y tiene que contar», sentenciaba.

Ernesto Barreiro le decía que la estimaba mucho y recuerdan que ella le contestaba con humor negro: «Hay amores que matan». No quería morir con los ojos tapados y él le había prometido que sería quien la fusilara. Le hicieron dos simulacros de traslado para martirizarla. En uno de ellos, antes de salir, hizo la V de la victoria en medio de la cuadra. Cuando la regresaron, le recriminó a Barreiro que la hubiera sometido a eso, que no podía soportarlo. Su sobrevida fue de diez meses. El día que la trasladaron, él no estaba en La Perla. Lo último que dijo Graciela antes de que se la llevaran fue: «Díganle a Barreiro que es un cagón». Pidió que no la ataran ni le vendaran los ojos y durante el trayecto iba mirando al cielo con la cara al sol. El hombre que la fusiló relató después que antes fumó un cigarrillo y que le tomó la mano y lo abrazó «porque usted es un ser humano y me estoy despidiendo de la humanidad». Otros sobrevivientes aseguran que el fusilador regresó llorando.

Liliana Callizo relata que Ernesto Barreiro y el capitán Héctor Vergéz, uno de los más histriónicos y célebres represores, formaban una dupla cuando se trataba de apropiarse de cosas de valor de sus víctimas. Vergéz «se caracterizó por robar permanentemente en los operativos elementos de valor: joyas, cuadros de pintores conocidos, dólares. Averiguaba de cada secuestrado la situación económica de la familia». Liliana dice que la familia de Graciela «la Gringa» Doldán, radicada en Santa Fe, fue chantajeada y le pagó un rescate. Fiel a su historia, más tarde, en el 2000, Vergéz se vería envuelto en una estafa vinculada con hipotecas.

Pervertido y manipulador, Vergéz también era un abusador sexual. Fue visto tocándole el cuerpo libidinosamente a Mercedes Santucho. Tal vez la considerara, como a Graciela Doldán, un trofeo, por ser hija de Amílcar, histórico dirigente del PRT.

«Ahora vas a conocer a Papi», le decía. Le corría un mechón de pelo de la cara empujándola contra la pared, murmurando: «Qué linda que estás, negrita, lástima que te vamos a meter 220 en la vagina».

El día que trasladaron a Mercedes, le pidieron a Liliana que fuera ella quien la condujera a las oficinas, última estación antes de la caja del camión, pero ella se negó. Tuvo que hacerlo un suboficial de apellido Vega, que en 1984 declaró ante la CONADEP. Mercedes le había rogado a Manzanelli lo mismo que Graciela Doldán a Barreiro, que la ayudara a morir dignamente, pero el represor tuvo idéntica conducta que el Nabo y estuvo ausente el día en que se la llevaron.

En julio de 1976, Vergéz fue transferido a Buenos Aires, pero regresaba siempre a La Perla, porque —según se jactaba— «es mi hija, yo la hice».

Adueñarse del cuerpo de las mujeres era para él un hábito.

Cuando en mayo de 1977 secuestró a Javier Cocoz —el teniente Pancho, responsable de inteligencia del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP)—, su mujer Cristina Zamponi se refugió con su hijo en casa de sus padres. Allí llegó Vergéz al mes siguiente a la cabeza de una patota. Cristina creyó que venían a llevársela, pero el capitán le informó que su marido la llamaría por teléfono. Javier efectivamente llamó y le dijo que había llegado al acuerdo de que ella y su hijo salieran del país. El represor siempre se vanaglorió de haber logrado después de treinta días «quebrar» a Cocoz. Incluso, en su

libro *Yo fui Vargas*, relata con fruición sus crímenes en tono de saga.

Cristina Zamponi pasó varios meses bajo el dominio de Vergéz, que la controlaba y la visitaba cada dos días, hasta que una vez la llevó a un hotel. En el juicio, frente a su hijo ya adulto, reveló un secreto que guardó por años: cómo fue violada por Vergéz.

«Es la primera vez que lo cuento. El horror, la suciedad, la muerte, todo está presente. Evidentemente eso pasa por dentro aunque yo no lo diga, eso se produce porque es una violación, ¡joder! La correlación de fuerzas es que no éramos dos iguales. Tenía en su poder la vida de todos los míos».

Cuando Liliana Callizo lo indagaba en La Perla sobre el final de algunos de sus compañeros, Vergéz no ahorra detalles.

De Alicia Cicco, asesinada en el 75, por ejemplo, le dijo:

«Sí, Alicia, aquella chica alta, de ojos grandes, muy linda, sí la recuerdo. Fue una estúpida, con ese porte y su belleza fue muy dura, me miraba con odio, no quería hablar conmigo, ni abrir la boca. Iba de dura, me miraba con odio, yo la torturé y la ahorqué con mis propias manos».

Hablar de los vejámenes sufridos no es para cualquiera. Requiere comprensión de lo sucedido, elaboración y templanza. El silencio parece, a veces, el camino más fácil.

Patricia Astelarra dice de sus propias camaradas: «Muchas mujeres que pasaron por La Perla aún no hablaron». Reconoce que se trata de «una situación delicada».

El fiscal Pablo Parenti —que estuvo a cargo de la Unidad Fiscal de Seguimiento de los juicios por crímenes de lesa humanidad de la Procuración — dice que la fiscal cordobesa Graciela López de Filoniuk que investiga una causa por abusos sexuales desprendida del expediente principal, le relata con desánimo que todas las sobrevivientes de La Perla hablan de abusos, pero que luego no están dispuestas a judicializarlos. «Por eso, como crímenes de lesa humanidad, no pueden ser más un delito de acción privada», dice Astelarra.

Liliana Callizo es morena y lleva el pelo lacio.

Sentada en una parrilla de La Cañada, mueve la cabeza y las manos de una manera muy especial cuando habla, como si quisiera acentuar sus argumentos. Se acuerda de cuando sus secuestradores la obligaron a trabajar como «azafata» para el Mundial de Fútbol, en el 78, y transmite la sensación de soledad en medio de la multitud que sintió en ese momento, con su aspecto de jovencita frívola, siendo en realidad una desaparecida.

«Vivo ahora en el barrio Argüello, una zona de chalets de familias tradicionales. La familia judicial es la misma generación tras generación», dice Liliana, que pasó un largo exilio en España. «Acá son conservadores, representantes todavía del “por algo será”. Cuando declaré por última vez en el juzgado, alguien le había avisado al defensor de mi acusado y este vino para interrogarme. La escena se transformó en un juicio... ¡yo pedí que hubiera un juez! Yo no sabía que iba a tener que pasar por esta situación.»

«No estoy dispuesta a ser querellante en una causa por abuso sexual, no tengo ánimo. Pasar por esa exposición, ese trance, es muy terrible. Acá en Córdoba hay que bancarse muchas presiones. Es muy distinto a Buenos

Aires. Las sobrevivientes de La Perla somos como leprosas. Cuando declaré en uno de los juicios orales, quise leer algo que había escrito acerca de cómo se utilizaba la figura del colaborador. Me cortó uno de los jueces y me dijo que tenía que declarar sobre hechos. ¿Cuándo y dónde explicar entonces que fueron los represores los que crearon el término con el que toda la responsabilidad pasa a nosotros, a las víctimas que fuimos llevadas de las orejas adentro de un campo de concentración?...» En una de las tantas audiencias orales y públicas adonde fue convocada en Tribunales, un abogado defensor le preguntó si había sido pareja de Ricardo Lardone, uno de los imputados y si había convivido con él en una casa del barrio Pueyrredón. Ella contestó que al contrario, Lardone era el encargado de controlarla después de su salida de La Perla: era precisamente con quien tenía que luchar para tener más espacios de libertad.

En el exilio también le sugirieron que callase lo que nadie estaba preparado para aceptar.

«En España la gente de la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU) me preguntó por qué había denunciado la violación. Nadie quería escuchar nada de esto en ese entonces. Estamos más educados ahora, se ha avanzado mucho, pero no lo suficiente», se lamenta.

«En una antiquísima matriz de interpretación sobre el martirio», dice la antropóloga Mariana Tello Weiss de la Universidad Nacional de Córdoba en una publicación sobre La Perla, «los muertos serían héroes, mientras que la supervivencia se transformaría en un equivalente de la traición. Los represores lo sabían. En la escena judicial los defensores de los represores trataron a los testigos sobrevivientes de traidores, putas o *suyos*, para desacreditar las únicas versiones que podrían inculparlos».

«En el documental *Lesas Humanidad*, sobre delitos sexuales cometidos en dictadura en la provincia, no aparecemos, sólo aparecen las presas legales... ¿has visto?», dice con dolor y desilusión Liliana. El relato de las detenidas políticas legales es más transparente, menos «sospechoso». Las rejas de la cárcel ejercían un efecto tranquilizador y sentaban una topografía más clara. En el campo de concentración todo era confuso, como describe Primo Levi en *Los hundidos y los salvados*.

«El mundo en el que uno se veía precipitado era efectivamente terrible pero, además, indescifrable: no se ajustaba a ningún modelo, el enemigo estaba alrededor pero también dentro, el «nosotros» perdía sus límites, los contendientes no eran dos, no se distinguía una frontera sino muchas y confusas, tal vez innumerables, entre cada uno y el otro».

Pero a Liliana no le parece útil discutir una y otra vez las mismas cosas. Cree que llegó el momento de pasar la posta a las nuevas generaciones, con la esperanza de que tengan un punto de vista más amplio, menos cargado de prejuicios. Habla con entusiasmo de la tesis sobre la represión cuya autora es la hija de otros sobrevivientes, de La Perla, María Victoria Rocca y Andrés Remondegui y de la vocación actoral de la hija del sobreviviente Piero Di Monte. Y sueña con reunir toda esa inteligencia nueva, todo ese talento, para reinterpretar el pasado y ponerle cimientos al futuro.

DOCE

El marco legal: transformación y ambigüedad

Un delito diferente

La foto de Horacio Américo Barcos en su juventud muestra sus grandes ojos claros con un gesto melancólico, incluso soñador, su frente franca, el cabello largo hacia atrás, el bigote poblado. Podría habérselo confundido con cualquier militante gremial o estudiantil de la época. Y precisamente esa era la idea. Barcos era, bajo el nombre de guerra de Quique, un agente de inteligencia del Ejército. Pero cuando se lo juzgó por los crímenes que cometió durante la dictadura, el condenado parecía el retrato de Dorian Gray. La cara enjuta, la mirada dura, la boca en un gesto simiesco, la mandíbula cruel, como cortada en piedra.

Barcos no quiso estar presente en la sala de audiencias del tribunal cuando Amalia Ricotti, la mujer que vejó después de secuestrarla, en mayo de 1978, en el puerto de Santa Fe y a punta de pistola, describió cómo sucedió. Prefirió hacer uso de su derecho a mirar la declaración de su víctima a través de una pantalla, desde otra habitación.

Amalia fue capturada con su marido, José Tur, dirigente gremial de los docentes. Los golpes que le dieron en el centro clandestino La Fábrica le hicieron perder todos los dientes, pero además la violaron. Amalia lo denunció en la sala, ante una pregunta del tribunal, sin titubear.

Ya había visto a su victimario en la cola de un banco, y tuvo el valor para encararlo que no había tenido en otra ocasión.

Corrían entonces los años 80. Se había separado de su esposo y una pareja amiga la invitó a salir para presentarle a alguien. Iba a ser una noche entretenida, con una posibilidad de romance.

Amalia no estaba muy convencida de aceptar la invitación pero nadie podía saber si el destino no la cruzaría con un nuevo compañero. Al subir al auto, se encontró con que el «candidato» no era otro que el mismísimo Barcos, alias Quique.

«Íbamos a una peña en Colastiné. En realidad hice todo el esfuerzo posible para que no se notara que lo había reconocido». «Cuando me subo al auto, me dicen *Él es Quique*». Era el mismo nombre que usaba en la sala de torturas. Ni siquiera se había tomado la molestia de cambiárselo. Él no supo quién era esa mujer que le presentaban. La noche fue tensa, una tortura adicional para Amalia.

El crimen sexual del que fue víctima Amalia fue castigado en abril del 2010 con once años de prisión. Fue la primera vez que, en el marco de un juzgamiento de crímenes cometidos desde el aparato del Estado durante la dictadura, se condenaba un delito sexual. Los argumentos esgrimidos desde la defensa, en el sentido de que la víctima no había denunciado con

anterioridad las agresiones, fueron desestimados por los jueces. En los fundamentos de la sentencia, el tribunal dice que «resulta comprensible que la testigo no haya mencionado en anteriores presentaciones tal padecimiento, pudiendo hacerlo recién luego de superar la vergüenza y humillación que implica haber sido sometida a semejante práctica degradante, que lamentablemente parece haber sido habitual en hechos como los que aquí se juzgan. Por ello consideramos que la violencia sexual soportada por las víctimas de estos aberrantes crímenes, también constituye una forma más de tormentos, y por ende corresponde encuadrar tales hechos en dicha figura penal, constitutiva de crímenes contra la humanidad».

Un elemento más de la tortura. La condena a Barco no considera a la violación un delito independiente del tormentos. Esta es una posición sostenida por varios jueces, a pesar de que la gravedad de la violencia sexual, igual o mayor que la de la tortura, amerita que se la considere por separado. En este sentido, es categórica la posición de la Unidad Fiscal de Coordinación y Seguimiento de las Causas por violaciones a los Derechos Humanos cometidas durante el terrorismo de Estado.

«Un delito puede estar subsumido en otro cuando es de menor gravedad», dice el fiscal Pablo Parenti en su oficina del centro porteño. «Por ejemplo, el de amenazas puede subsumirse en el de tormentos, porque es comprensible que durante la aplicación de torturas, el victimario profiera amenazas. Pero si analizamos la gravedad de una violación, ¿podemos concluir que es menos grave que la aplicación de golpes o el pasaje de corriente eléctrica?»

La respuesta es obviamente negativa, pero volveremos sobre el tema más adelante, porque este es uno de los argumentos predominantes en la Justicia, si no el obstáculo principal para que los delitos sexuales cometidos en los campos de concentración argentinos sean castigados efectivamente como tales.

Una condena premiada

Las dos mujeres salieron a festejar, concluida la larga pelea. Una de ellas alta, Marta, delgada y morena. La otra, Leda, con cabello corto pelirrojo. Las dos, abrazadas con una compañera, llorando, a la salida de la audiencia, rodeada por manifestantes que las miraban mecerse, como en un bailecito, fueron inmortalizadas por una foto en la que parecían una, hermanadas por la misma felicidad ante la Justicia.

Fue gracias a la denuncia de Marta Candeloro en Mar del Plata y a los testimonios de otras mujeres, entre ellas Leda Barreiro, que el Tribunal Oral Federal N° 1 de Mar del Plata —integrado por Juan Leopoldo Velázquez, Beatriz Torterola y Juan Carlos París— emitió el primer fallo condenatorio de violaciones como delito en el marco del terrorismo de Estado, imprescriptible y de lesa humanidad, contra el ex suboficial Gregorio Rafael Molina, represor de La Cueva, el centro clandestino de detención de la Fuerza Aérea.

Marta y Leda volvieron a celebrar cuando la condena fue ratificada por la instancia superior, la Cámara. Se declaró a Molina culpable de dos

homicidios, 36 casos de secuestros y cinco violaciones.

«Los abusos sexuales en La Cueva no constituían hechos aislados, sino que formaban parte de una práctica habitual que se exteriorizaba a través de diversas conductas que lesionaban el marco de protección a la integridad sexual previsto por el ordenamiento legal», argumentaron los camaristas Mariano Borinsky, Gustavo Hornos y Carlos Gemignani.

En el 2011, el fallo Molina fue reconocido internacionalmente por fomentar la equidad de género con el Premio Mallette, otorgado por la organización no gubernamental de derechos humanos Women's Link.

Licencia para violar

Los abusos sexuales no fueron hechos aislados, producto de la perversión de uno o varios torturadores. Se cometieron en todos los campos de concentración o centros clandestinos de detención y tortura.

Formaron parte de una acción sistemática. Si bien puede admitirse que existía un permiso tácito para practicarlos, y que las condiciones objetivas generales reinantes en los centros (aislamiento, incomunicación, desnudez, privación de derechos) las favorecían, en algunos casos, hay indicios de que los oficiales y jefes los ordenaban o por lo menos alentaban que se cometieran. En la ESMA, por ejemplo, Raúl Scheller, alias Mariano o Pingüino, declara muchos años después, ya en la cárcel, ante un universitario extranjero y reconoce que su superior, el Tigre Acosta, les decía a sus subordinados que tenían que tener relaciones con las prisioneras. «Nunca pude entender por qué», dijo el ex jefe de inteligencia del grupo de tareas.

En los campos de concentración de la Marina, el sometimiento sexual de las mujeres era síntoma de «recuperación». Dejar de desear intimidad sólo con sus compañeros, con quienes tenían afinidad ideológica, similares valores y un compromiso con la militancia política y hasta con la lucha armada, para acceder a una «relación» o un contacto físico sexual con los oficiales del grupo de tareas implicaba una «recuperación» de los valores occidentales y cristianos.

Esas combatientes habían abandonado el rol de la mujer como madre y esposa, la muñeca bien compuesta que servía para descanso y placer del guerrero y vivía en función de él.

Debían retomarlo convirtiéndose en objeto de satisfacción del deseo de los oficiales si querían demostrarles a sus captores que eran dignas de sobrevivir. Este era un «saber» dormido en el fragor del combate revolucionario, y reavivarlo era un buen síntoma para los marinos.

¿Comprendían los represores hasta qué punto estaban cometiendo un abuso, un delito sexual?

¿Consideraban que estaban en su pleno derecho, ejército de ocupación sin freno, de tomar por la fuerza los cuerpos de las mujeres de los vencidos?

¿Eran conscientes de que no había consentimiento, de que por más sutil que fuera su demostración de disgusto, por más que lo disimularan, esas prisioneras no tenían opción de negarse?

Después del submarino, la picana eléctrica, los golpes, el simulacro de

fusilamiento, la desnudez forzosa, el manoseo, los insultos, el asesinato de parejas y camaradas, ¿cómo no comprender que no existía posibilidad de una elección en libertad?

Los hombres de la Armada, en ocasiones, en el colmo de la perversión, desarrollaban un juego de seducción caballeroso con sus víctimas. Un regalo, una salida, un llamado, contacto con las familias, eran las redes que usaban para presionar y vencer la resistencia de las mujeres que elegían como objetivo.

Débiles, golpeadas, entristecidas por las pérdidas, desesperadas por la sensación de derrota, las mujeres, como bien dice la sobreviviente María Amalia Larralde en su testimonio, ante el tribunal en la causa ESMA, padecían un trato desconcertante, «caliente y frío»: de una cena en un restaurante frecuentado por la farándula a la profundidad del sótano o a las penumbras de Capucha.

Para explicar lo que sucedía allí dentro y en las extensiones del campo ESMA que, a menudo, incluían las salidas, los viajes y hasta las casas familiares durante las visitas controladas, el tribunal que participó en la primera parte de la megacausa ESMA donde se juzgó sólo una parte de los crímenes cometidos, echó mano en los fundamentos de la sentencia a la psiquiatría y a la psicología para explicar el Síndrome de Estocolmo.

La definición que dan es la de *«Un trastorno emocional que se caracteriza por la justificación moral y el sentimiento de gratitud de un sujeto hacia otro de quien forzosa o patológicamente dependen sus posibilidades reales o imaginarias de supervivencia»*.

Las condiciones para el surgimiento del síndrome, según las fuentes académicas consultadas por los redactores del fallo son: *«La presencia de una amenaza que se percibe como un riesgo contra la supervivencia física o psicológica de la persona y la creencia de que el abusador cumplirá con esa amenaza, la presencia de pequeños gestos de aparente amabilidad por parte del abusador hacia la víctima, el aislamiento de cualquier otra perspectiva de escapar a la situación»*.

El fallo asimila las condiciones sufridas por las mujeres dentro del centro clandestino de detención de los marinos argentinos a las padecidas por las víctimas de situaciones de violencia familiar, que describe como *«La incapacidad de la víctima para poner en práctica recursos propios u obtener ayuda externa para disminuir el riesgo de agresión impulsará a la mujer a adaptarse, vinculándose paradójicamente a la única fuente que percibe de acción efectiva sobre el entorno: su pareja violenta. Para ello, disociará las experiencias negativas de las positivas y se concentrará en estas últimas»*.

Con respecto a la simulación y el engaño que prisioneros y prisioneras refieren haber utilizado dentro del campo y en su relación con los represores prisioneros y prisioneras para sobrevivir y a las conductas adoptadas por los seleccionados para integrar el denominado *ministaff* de la ESMA, también los magistrados buscaron referencias y explicación en reacciones de víctimas que padecieron el Síndrome de Estocolmo.

«Mientras estaban presos pudieron tener actitudes amigables con sus secuestradores; sin embargo, una vez fuera del riesgo de morir, se refieren a ellos de un modo negativo y con rencor, lo cual señala que lo expresado en cautiverio no es una identificación con los agresores sino un anhelo de

sobrevivir».

Simular, fingir, mentir, era un requisito para hombres y mujeres si querían sobrevivir. Y para las secuestradas esto incluía aparentar que se sentían atraídas por los varones que las mantenían bajo su poder.

Pero no hay resquicio alguno para interpretar que ellas podían elegir. «El género como construcción histórica muestra que las relaciones de poder entre hombres y mujeres son asimétricas», dice la representante de la querrela contra el Tigre Acosta por violación y abogada del CELS Daiana Fusca. Y más aún dentro de un centro clandestino de detención.

«No solo en los crímenes perpetrados durante el terrorismo de estado hay un halo de sospecha sobre las mujeres víctimas», destaca la abogada. «También existe esa sospecha en los delitos de violencia sexual recientes. En los centros clandestinos de detención y tortura, esta violencia se tradujo en la estigmatización de las víctimas, subvirtiendo ese lugar de víctima y haciéndola responsable. Así, el foco era puesto en lo que la víctima hizo (seducción) o dejó de hacer (no se negó o resistió lo suficiente) acusándola de traición e invisibilizando las estructuras de dominación».

Fusca señala que, si bien técnicamente la posibilidad de juzgamiento de estos delitos siguió vigente durante el periodo de vigencia de las leyes de punto final y obediencia debida, eso no implicó su visibilidad. «Recién a partir de los Juicios de la Verdad y en la nueva etapa del proceso de justicia las declaraciones de las sobrevivientes comenzaron a dar cuenta de sus propios casos y empezaron a exponerse con mayor frecuencia las violaciones y abusos sexuales a los que fueron sometidas», dice. «Solo recientemente las mujeres pasaron de ser estigmatizadas por los funcionarios judiciales y por sus propios compañeros de cautiverio y comenzaron a ser escuchadas».

Pero estos testimonios, ahora numerosos, no son totalmente nuevos en el ámbito judicial.

Un tiempo nuevo

Ya desde sus primeras declaraciones después de la liberación, incluso a fines de los años 70, las mujeres describieron o insinuaron sus propios ataques sexuales o los sufridos por otros. Los varones detenidos desaparecidos también lo denunciaron. Pero no existía ni desde la teoría de género ni desde lo jurídico una escucha y una base legal adecuados para soportar esas declaraciones y hacer algo con ellas. Por eso, por haber intentado volcar en saco roto sus experiencias traumáticas y por sus propios tabúes, vergüenzas y hasta culpas («¿Pude haberme resistido?, ¿Pude haber dicho que no con más firmeza?») muchos ex detenidos y detenidas callaron luego durante casi cuarenta años.

De los relatos recogidos, se estima que la cantidad de mujeres que sufrieron agresiones sexuales fue muy superior a la de los varones. Aunque hay un considerable subregistro de los ataques a prisioneros por lo estigmatizantes que resultan para su virilidad.

En la CONADEP y en el Juicio a las Juntas de 1985, a pesar de las numerosas menciones por parte de los testigos sobrevivientes de distintos

centros clandestinos, la violencia sexual quedaba subsumida en la figura de tormentos.

En ese momento histórico, la metodología de la desaparición forzada fue considerada el elemento central a probar en la represión ilegal por parte del Estado. Las violaciones y los abusos sexuales, por su parte, no tenían rango de hechos demostrables. Por eso no gozaron de jerarquía para ser indagados en profundidad por jueces y por fiscales que los escucharon inmutables a veces, impacientes por pasar a testimonios que pudieran utilizar en su sentencia. En 1985, todavía la tipificación de la violación sexual en el Código Penal argentino era la de *delito contra la honestidad*.

Luego se la sustituyó por la de *delito contra la integridad sexual*. Y sólo recientemente se cambió por el concepto más adecuado de *delito contra la libertad sexual*.

Un nuevo impulso a esta cuestión fue dado por la perspectiva de género durante las investigaciones de violaciones masivas a los derechos humanos en conflictos armados o represiones internas en otros países.

Se identificó así una insistente violencia de tipo sexual contra las mujeres. Las teorizaciones a partir de la trata y del tráfico de personas con fines sexuales también ayudaron a aflorar situaciones que habían estado silenciadas o poco tipificadas durante años no sólo por los encargados de analizar estos temas, y por quienes tienen la responsabilidad de impartir justicia, sino por las mismas víctimas, que las ocultaban o naturalizaban.

La Organización Mundial de la Salud define con amplitud todo lo que considera violencia sexual.

«Todo acto sexual, la tentativa de consumar un acto sexual, los comentarios o insinuaciones sexuales no deseados, o las acciones para comercializar o utilizar de cualquier otro modo la sexualidad de una persona mediante coacción por otra persona, independientemente de la relación de ésta con la víctima, en cualquier ámbito...»

Esta definición encuadra muchos de los hechos de los que eran víctimas las mujeres en los centros clandestinos argentinos, hasta lo que ellas mismas no habían considerado más que dentro de lo esperable en ese contexto y asumían con resignación. Los insultos, las alusiones y preguntas sobre la vida y los hábitos sexuales de las mujeres, eran moneda corriente y se usaban como herramienta denigratoria en la mesa de torturas, pero también después, en la soledad de la celda, como recurso masturbatorio para los guardianes e intimidatorio para las desaparecidas.

Cuando los torturadores preguntaban a una mujer desnuda y amarrada, con su cuerpo arqueado por efecto de las descargas eléctricas, por la cantidad de abortos que se había hecho, cuando le preguntaban en cuántas orgías había participado, cuando en la soledad de un calabozo una adolescente tenía que contestar cuántas veces por semana tenía relaciones con su novio, a esa altura probablemente asesinado por su torturador, se estaba cometiendo un hecho de violencia sexual. Cuando se obligaba a las prisioneras a bañarse a la vista de los guardias, cuando no se les proveía de paños ni elementos para absorber sus fluidos menstruales, cuando un ginecólogo, el mismo que atendía los partos de los bebés de las secuestradas que iban a ser entregados a familias de militares, revisaba a las mujeres para prevenir epidemias de

enfermedades de transmisión sexual entre sus abusadores, se estaba cometiendo un crimen, probablemente, de lesa humanidad. Hasta las observaciones inapropiadas sobre las características físicas de las prisioneras, sobre sus senos, sus nalgas, sus vaginas, sus bocas, que en otro contexto podrían considerarse actitudes machistas de un grupo de varones, en boca de los torturadores tiene una connotación indudable denigratoria y constituyen violencia sexual.

Cuando Silvia Suppo fue conducida a un médico abortero por sus secuestradores en Santa Fe para interrumpir un embarazo producto de una violación dentro del campo, después de haberle dado unos minutos para decidir un consentimiento, viciado de completa nulidad, se estaba cometiendo un hecho de la más aberrante violencia sexual.

Sin embargo, el tribunal que condenó a sus captores subsumió el aborto en el delito de tormentos, considerándolo de gravedad menor. Y aun el aborto, presuntamente voluntario, en Londres, después de haber sido violada en Garaje Azopardo, de Graciela Fainstein también es, por extensión, un indiscutible hecho de violencia.

En los tribunales penales internacionales de la ex Yugoslavia (1993) y de Ruanda (1994), constituidos para juzgar a los autores y promotores de crímenes de guerra, la violencia sexual había sido tipificada como delito de lesa humanidad. Claramente el Estatuto de Roma, constitutivo de la Corte Penal Internacional en 1998, establece que la violación, la esclavitud sexual, la prostitución y el embarazo forzado u otros abusos sexuales de gravedad comparable son crímenes de lesa humanidad cuando son parte de un ataque sistemático o generalizado contra una población civil.

La Corte Interamericana de Derechos Humanos también se ocupó del tema en un caso de masacre de mujeres en el penal Miguel Castro Castro de Perú y en la violencia sexual ejercida por agentes estatales contra Inés y Valentina, indígenas del estado de Guerrero, México, torturadas y violadas en su comunidad, estableciendo que debían ser indemnizadas y que el Estado debía pedirles públicamente disculpas. En este caso, desde el Estado mexicano, se intentó utilizar a la Justicia militar, y un segundo fallo de la Corte indicó que los responsables, identificados por las mujeres y miembros de un batallón, tenían que ser juzgados por jueces civiles.

No es importante

¿Fueron los delitos sexuales algo generalizado, frecuente? ¿Tuvieron un patrón en su ejecución, hubo una orden específica, centralizada o no, de perpetrar crímenes sexuales contra las prisioneras y prisioneros de los quinientos centros clandestinos de detención que funcionaron a partir de 1975 en territorio argentino?

En verdad, eso no importa. Ninguna de estas condiciones es estimada necesaria para que sean considerados crímenes contra la humanidad según la Unidad Fiscal de Coordinación y Seguimiento de las Causas por Violaciones a los Derechos Humanos cometidas durante el terrorismo de Estado. En el documento *Consideraciones sobre el juzgamiento de los abusos sexuales*

cometidos en el marco del terrorismo de Estado, se argumenta que «un acto de abuso sexual quede capturado por la categoría de crímenes contra la humanidad no depende de la frecuencia, sistematicidad o generalidad con que hayan ocurrido actos de este tipo» sino que «haya formado parte del ataque que opera como contexto de acción en este tipo de crímenes». Es decir, de la política represiva dictatorial.

Entonces, claramente, sería innecesario probar que las prisioneras eran violadas o abusadas más de una vez o con periodicidad, en todos los centros clandestinos de detención o sólo en uno.

Amor imposible

¿Y qué hay cuando las víctimas y sus compañeras de cautiverio alegan que hubo consentimiento y atracción física, o incluso enamoramiento o amor, que la mujer prisionera accedió a mantener una o varias relaciones sexuales con su secuestrador? ¿Y qué si como en el caso de la Escuela de Mecánica de la Armada o de otros tantos campos de concentración, las mujeres eran «seducidas» y formaban una suerte de pareja duradera con los represores, intercambiaban declaraciones de amor, a veces por escrito, en ocasiones visitaban a sus familias en su compañía y recibían un trato diferencial y privilegios, a la vista de otros prisioneros? ¿Qué ocurre cuando en las conversaciones entre las mismas víctimas se calificaba a estas relaciones como de *amantazgo* o de *noviazgo*? O como cuando, como en el caso de Anita Dvantman y Jorge Ruger Radice, hubo un matrimonio e incluso hijos...

Yendo hasta el núcleo de la complejidad de la psiquis humana, el fiscal Pablo Parenti dice claramente: «Cuando se da una relación sexual en un contexto de secuestro, en un centro clandestino de detención, nunca podemos aceptar que hubo consentimiento, porque no existe la posibilidad del consentimiento en un contexto concentracionario».

No hay posibilidad de una elección libre. Ni siquiera extinguido el cautiverio físico puede presumirse que la víctima tenga la salud mental, el equilibrio o la fuerza de voluntad que permitiría el libre albedrío.

Sin testigos

Siendo de *lesa humanidad*, como los califica la legislación internacional, los crímenes sexuales son además imprescriptibles. Pero si no existe la posibilidad de comprobar, como en violaciones o delitos sexuales recientes, con la recolección de material como semen, piel, pelos, etcétera, la autoría: ¿cómo debe proceder el tribunal?

¿Es necesario que haya testigos para dar por probado un delito de este tipo?

Según la Unidad de Coordinación, no es así. No se requiere un testigo, porque como en los casos de tormentos, los relatos son compatibles con los de otras víctimas. Las prácticas, según son descriptas por los testigos, se

repite, con características coincidentes en los mismos campos y con diferencias entre centro y centro.

Y aun así, hay excepciones en cada lugar. Excepciones a la crudeza y brutalidad de la expresión de los vejámenes en La Perla y excepciones a la aparente «caballerosidad» de los integrantes del grupo de tareas de la ESMA. Conductas que se apartaban del patrón. Los comportamientos predominantes dependían de la idiosincrasia de cada fuerza y de la personalidad de los distintos jefes, de su autopercepción. Creían en sofisticación y perversidad y se hacían más difíciles de identificar como violencia sexual por parte de las víctimas cuanto más basados en justificaciones políticas, filosóficas y hasta místicas estaban los represores.

Pero, regresando a la cuestión de si es preciso que un delito sexual sea corroborado por más de un testigo, la respuesta es negativa. Sin embargo, no todos los tribunales se identifican con estos argumentos.

«Hay barreras conceptuales, barreras culturales. Muchos prejuicios», sostiene Parenti. «Hacemos los juicios con los tribunales que tenemos. Nunca los jueces se habían imaginado que se iban a tener que ocupar de esto».

Uno de los temores que la Procuración tiene al decidir avanzar con las acusaciones por crímenes sexuales, es que alguna mujer ex desaparecida que haya mantenido con un represor una relación que trascendiera las paredes del campo sintiera que se la estigmatizaba si se decía que era imposible que mediara consentimiento, más allá de lo que los fiscales u otras víctimas pensarán.

¿Serían revictimizadas las prisioneras si todos los jueces empezaran a citarlas, para indagar si fueron víctimas de un delito sexual, más allá de que ellas estén dispuestas a declarar? ¿O no?

Para muestra recordemos que una fiscal de Córdoba se lamentó ante la Procuración de que, en privado, las sobrevivientes de La Perla le hablaron de violaciones pero que al declarar sólo unas pocas se atrevieron a contarle frente al tribunal.

Sería atinado entonces avanzar en los procesos judiciales sólo con aquellas víctimas que, venciendo todas las barreras, estén dispuestas a declarar, esperando que las que todavía están enmudecidas por la culpa o la vergüenza o la falta de comprensión de los procesos de sometimiento que vivieron, se animen a hacerlo más adelante. La difusión de los testimonios contribuiría a desencadenar experiencias definitivamente liberadoras en las que todavía callan.

Con todo respeto

Ir a declarar a un juzgado está lejos de ser una experiencia no traumática para una sobreviviente, sobre todo si se trata de denunciar un delito sexual. Durante demasiado tiempo, el primer cuestionamiento era el de «por qué no lo dijo antes». Ahora, el escollo parece ser el que el delito sexual sea considerado un crimen autónomo.

La actitud de los funcionarios judiciales en ocasiones revictimiza a la

denunciante. Una guía para la toma de testimonios redactada por el Centro Ulloa de atención a las personas víctimas del terrorismo de Estado y el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) en el año 2011 con la contribución de testimoniantes, intenta persuadir a los operadores judiciales de que los sobrevivientes son primero víctimas y después testigos. Plantea dos actitudes extremas que se presentan en escenarios tribunales: o se «retraumatiza» a la mujer con falta de tacto o se elude el tema para no «faltarle el respeto». Y condenándola al silencio, no facilitándole la denuncia con una pregunta «¿Fue usted violada?», que sugiere que habrá una escucha adecuada es como se perpetúa el trauma.

Ir a declarar a un juzgado, como se refleja en un video producido con entrevistas a víctimas por el CELS, está lejos de ser una experiencia positiva. Más aún cuando se trata de denunciar un delito sexual.

Muchas veces la escucha no está capacitada, no hay un ámbito de intimidad propicio, la persona encargada de tomar el testimonio no está informada ni tiene experiencia en tratar ese tipo de crímenes o, aun peor, tiene una posición prejuiciosa disfrazada de argumento jurídico.

La Procuraduría se encargó también de elaborar un documento que tiene como fin contrarrestar algunos de esos prejuicios.

Uno de los argumentos más utilizados por los jueces es que las violaciones no formarían parte de un *plan sistemático*. En los 80, no se consideraron así ni los delitos sexuales ni las apropiaciones de niños.

La existencia de un plan sistemático ya fue demostrada, en el caso de la apropiación de niños, por el Tribunal Oral Federal 6 presidido por María del Carmen Roqueta. El robo de los hijos de las prisioneras no se hubiera llevado adelante sin el concierto de una gran cantidad de personas que ejercían cargos públicos. No sólo los que estaban en los centros de detención y las maternidades, sino los médicos que firmaban las partidas, los jueces que avalaban los procedimientos.

Una enorme cantidad de pruebas está demoliendo la idea de que no hubo un plan sistemático en el caso de las conductas de contenido sexual, porque hay una creciente cantidad de relatos sobre esa clase de delitos sufridos por personas en poder del Estado terrorista en todo el país. En cuanto a la negativa a considerar *crimen de lesa humanidad* la violencia sexual, el documento de la Procuraduría explica que lo que se requiere no es la sistematicidad sino que el conjunto de la sociedad civil haya sufrido el ataque. Este ataque es una forma de violencia en la que no es necesario individualizar cada conducta, tortura, violación, secuestro, sino demostrar que formaron parte de un embate generalizado, aunque no fuera sistemático.

En un campo de concentración es irrelevante verificar si existió una orden expresa de violar, del mismo modo que lo es si existía una orden de aplicar una forma de tortura y no otra. Lo importante era que había un sistema que autorizaba una forma de tratar, una conducta prototípica. La violencia de tipo sexual ejercida contra los prisioneros, dentro de un campo de concentración, donde no se podía recurrir a ninguna autoridad ni había ningún tipo de sanción, se inscribían dentro del conjunto de violencia que era admitida.

Las violaciones son en casi todos los procesos, con la excepción del caso

del ex suboficial Gregorio Rafael Molina, incluidas en la figura penal de tormento. Así se consideraron en los casos de Amalia Ricotti y de Silvia Suppo, entre otros.

Se trata de un error, porque la única forma de descartar una conducta delictiva a favor de otra sería la existencia de lo que se denomina *concurso aparente*. Se da cuando una conducta capta todo el contenido de ilícito de otra. Yendo a un extremo: cuando una bala mata, además rompe la camisa. Hay daño y hay homicidio. Pero el homicidio absorbe el delito de daño, puesto que es mucho más grave. En el caso de violación y tormentos la violación no es menos grave que la tortura. Y en el momento en que se cometieron, durante la dictadura, el crimen de naturaleza sexual tenía incluso un mínimo de pena mayor que el de tormentos.

Una cuestión privada

Otro de los problemas que se enfrenta al intentar judicializar los delitos sexuales —hoy delitos contra la capacidad de decidir y ya no más contra la honestidad o contra la integridad sexual— es su característica en el Código Penal de *delito de instancia privada*. Es decir, salvo que se cometa en contra de un menor, si la víctima muere o sufre lesiones gravísimas se requiere la iniciativa y autorización de la víctima para acusar.

En el caso de la violencia sexual en el marco de centros clandestinos de detención, hay dos posiciones. Una sostiene que hay que respetar la voluntad de la víctima. Otra, que dice que esta es una postura paternalista. Si se considera un *crimen contra la humanidad*, ¿por qué se requeriría la voluntad de la víctima de accionar penalmente si cuando existen lesiones gravísimas como resultado del delito no se exigen?

«¿Si nos encontramos frente a los crímenes más graves posibles, el requisito no debería caer?», se interroga la procuraduría.

El Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional no hace ninguna mención de la necesidad de la instancia privada cuando tipifica crímenes contra la humanidad. Tampoco lo establece la ley nacional 26.200, de implementación del estatuto, cuando trata el delito de violación.

El derecho penal internacional tiene válvulas de escape para este tipo de situaciones extremadamente delicadas. El fiscal puede no avanzar cuando la víctima siente que el proceso penal va a ser muy costoso para ella en términos personales. El argumento es no poner el interés de la persecución penal por encima del interés de la víctima. Podría discutirse, sí, cuál es el *legítimo interés* de la víctima.

Al hablar, al exponer el delito del que han sido objeto, aún muchos años después del hecho, en general las víctimas de abuso experimentan alivio. Hablar es sanador, terapéutico, liberador, según refieren sobrevivientes que han llevado adelante una acusación, aún después de muchos años de callar.

El fiscal Parenti, sin embargo, opina que en la Argentina hay que mantener el requisito de la instancia privada, y da sus razones. «Pensamos que hay que mantener el requisito de la acción privada, pensar en los efectos prácticos para proteger a la víctima porque somos conscientes de que hoy la

administración de justicia puede ser lesiva, no está preparada. Este es un dato de la realidad. No tienen todas las herramientas ni conceptuales ni técnicas interdisciplinarias».

«Nos dio miedo abrir esa canilla», admite Parenti. «Fue prudente entonces mantener el requisito de instancia privada, por argumentos jurídicos y por prudencia y entonces hacer un esfuerzo para que el sistema cambie y las personas puedan denunciar en condiciones adecuadas».

La única excepción que se admite desde la acusación, llevada a cabo por el ministerio público, se da cuando las víctimas no han sobrevivido sino que fallecieron. «En el caso de que la persona no haya sobrevivido, la acción penal es posible», dice el fiscal. «Es el único ajuste que hacemos en ese punto». Es decir que se considerarán válidos como prueba los relatos de violaciones y abusos cometidos contra terceras personas narrados por sobrevivientes, siempre y cuando las víctimas estén muertas o se presuma que lo están, pero no se accionará cuando relaten vejámenes presenciados, cometidos contra otros prisioneros que estén con vida si estos no manifiestan la voluntad de denunciar.

Muchos jueces están convencidos de que los delitos sexuales son «de propia mano». Pero actualmente predominan en derecho otras teorías acerca de la autoría. Un asesino no es sólo el que aprieta el gatillo, sino el o los que tienen dominio del hecho. Jorge Rafael Videla fue considerado autor, por ejemplo, de homicidios y torturas sin haber tocado un arma o una picana. Ciertos jueces no tienen problema en admitir esto, pero en el caso de los delitos sexuales, adhieren a la teoría de la mano propia. Algunos autores creen que esto se da porque se vincula a la búsqueda de una satisfacción en el acto delictivo por parte del autor. Pero un delito es delito cuando afecta un derecho de la víctima, sin importar lo que le ocurra al autor. No es tema de análisis si el autor disfruta o no del hecho. No se analiza cuando se condena por tormentos si el autor goza o no mientras tortura. Los autores entonces son los que dominan la configuración de la escena de un modo significativo, más allá de que fueran ellos los que cometieran de *manu propria* el delito. Ni siquiera es necesario probar que hubo una orden. Porque la misma estructura y mecánica del sistema concentracionario implementado lleva a consecuencias que el superior pudo haber previsto. Puso en marcha un mecanismo riesgoso, donde mujeres indefensas, desnudas, encerradas, privadas de todo derecho, estaban a merced de quienes eran dueños de su vida y de su muerte. ¿Cómo no prever que iban a darse situaciones de violencia sexual extrema?

La ignorancia de las consecuencias de la facilitación de escenarios propicios al avasallamiento de la voluntad de las mujeres resulta improbable e inverosímil.

Al calor del desarrollo de las teorías de género, del movimiento feminista, de la inclusión de los crímenes sexuales como de lesa humanidad en el derecho internacional, entre otros factores, nuevos vientos están soplando en muchos despachos judiciales.

«La posibilidad de declarar, ser escuchadas y obtener condenas por los delitos sufridos hace a la reparación de las víctimas y nos acerca a la justicia», dice Fusca, la abogada de Graciela García.

TRECE

Un mundo perverso 3

Tenés que elegir

Es mitad de semana. La Negrita está por llegar. La puerta del teatro es una casa reciclada en la calle más comercial de la zona de moda de Palermo. En la vidriera del negocio de al lado se lucen zapatos sofisticados. Esta temporada parece que está de moda la rústica capellada de borceguíes combinada con altísimos tacos aguja. Es la síntesis de lo que nosotras éramos con aquello en lo que los represores intentaban convertirnos. Combatientes y prostitutas...

La Negrita sostiene una bolsa donde guarda una memoria externa de computadora. Se ríe y la abraza, diciendo que la trajo porque tiene que cuidar a esa memoria «como a un bebé». Otra inevitable referencia a lo «nuestro», nuestro persistente compromiso con el recordar. Nos reímos.

La obra nos conmueve, y no es casual que la hayamos elegido.

Esa extraña forma de pasión, de Susana Torres Molina, es un tríptico que incluye algunas escenas que nos resultan familiares. Dos militantes, un muchacho y una chica, que no son pareja, se ven obligados en medio de la clandestinidad a pasar la noche en un hotel alojamiento.

Una prisionera de un centro clandestino es forzada a mantener una relación sexual con su secuestrador, que la incita a bailar con él. Una escritora exitosa, ex prisionera, es entrevistada por un periodista joven, hijo de un desaparecido, que le recrimina que ella haya sobrevivido y su padre no.

Durante la representación, en la oscuridad, las dos suspiramos. Es extraño ver en el escenario lo que una vivió en carne propia. A la salida, la Negrita está emocionada. Hacemos observaciones sobre el texto, sobre la estructura de la obra, sobre las actuaciones. Le comento que, de los actores que interpretan a los represores, uno me resulta muy parecido a Scheller y otro una especie de mezcla entre el Tigre y Rolón, y que creo que algunas situaciones fueron tomadas de nuestro libro *Ese Infierno*. Vamos a comer algo.

Durante la cena, Graciela saca de su cartera unos correos electrónicos impresos que intercambié con Cuqui (Mercedes Carazo) y con Silvia (Silvia Labayru).

La primera escribe desde Lima, adonde vive desde principios de los 80. La otra, desde Madrid, donde retomó su vida después de que la dejaran salir de la Argentina.

Es curioso el triángulo (¿otro tríptico?). Las tres son sobrevivientes de la ESMA que sufrieron de distintas formas el estigma de haber salido con vida del averno de Núñez. Las tres se cruzaron en circunstancias críticas.

Silvia Labayru era Mora y tenía 20 años cuando la secuestraron y la llevaron a la ESMA. Estaba embarazada de cinco meses, era bella (ojos claros, pelo rubio y pecas en la cara) e hija de un militar de la Fuerza Aérea.

«No se te ocurra decirles tu apellido a *los panqueques* cuando vengan de visita, porque te juro que *te vas para arriba*», le había advertido el Tigre Acosta, en referencia a los hombres de la Fuerza Aérea. La había amenazado con secuestrar también a su padre, que consideraba un «traidor» por tener una descendiente montonera.

En Capucha, en medio de las cuchetas y colchonetas malolientes, los marinos le instalaron una cama de bronce antigua robada en algún allanamiento ilegal. Con los ojos vendados, Mora esperó la llegada de su hija Vera. Le daban sachets de leche. La hacían bañarse muy de cuando en cuando, y la obligaba a desnudarse frente a su mirada lasciva un suboficial apodado Pedro La Bruja. En el parto la acompañó Cuqui, Mercedes Carazo. Con un documento falso a nombre de su marido que estaba en libertad, Alberto Lennie, el represor Alfredo Astiz se presentó en un registro civil para inscribir a la nena, que fue entregada a sus abuelos a los diez días de nacer.

Pero el sufrimiento de Mora no terminó allí, con la seguridad que le daba saber que su hija estaba a salvo y con su familia.

Después del alumbramiento, con kilos de más, fue convocada por el Tigre Acosta a una charla a solas en una habitación.

«Mirá, Mora, llegó el momento de que te pongas linda, que pierdas peso, que te cuides. Vos no *pusiste los dedos*. No colaboraste. Más allá de lo que vayas a hacer con tu vida después, de tu marido que está afuera, de tu hija, necesitamos que nos demuestres que estás recuperada. Que nos des una prueba de que no te caemos mal. Tenés que elegir a alguien... vos me entendés. Yo me postularía, pero soy muy grande para vos. Elegí vos a quién vas a querer...» Fue un ultimátum.

A Mora le quedó claro que el jefe del campo le estaba haciendo una propuesta obscena que no podía rechazar. Sexo a cambio de sobrevida. Negarse significaba la muerte en un traslado.

Pero eso no era todo: iban a exigirle todavía más.

A mediados de 1977, el teniente Alfredo Astiz, alias Rubio, ya había empezado a frecuentar en una operación de inteligencia reuniones de familiares de desaparecidos, haciéndose pasar por el hermano de un secuestrado. Para no despertar sospecha alguna, quería compañía. Podía ser una mujer joven, que fingiera ser su hermana menor y generara confianza.

La primera de las elegidas entre las prisioneras para cumplir ese rol fue *Laurita*, Norma Burgos, la viuda de Carlos Caride. Pero a poco andar, dijo que era peligroso, que podría ser reconocida. Entonces, la seleccionada fue Mora, que fácilmente podía pasar por hermana del Rubio por sus características físicas.

Cada salida a una reunión era una tortura para ella, porque sabía que el Tigre y el Rubio estaban obsesionados con el grupo que a veces se congregaba en la Iglesia de la Santa Cruz, en Estados Unidos y Urquiza, en el barrio de San Cristóbal. Los marinos estaban furiosos, les generaba odio que la gente se uniera para denunciar la represión ilegal. Estaban convencidos de que los Montoneros estaban detrás de eso.

Las Madres de Plaza de Mayo originarias recuerdan a Mora. Hablan de una chica muy joven y bonita, pálida, con un vestido floreado, que no se daba con nadie y hablaba muy poco.

Según Silvia, el Tigre decidió el destino del grupo cuando Astiz un día

volvió a la ESMA con un volante de *Vanguardia Comunista* que supuestamente le había dado Sor Alice, Domon. «¿Qué va a decir el mundo ahora cuando sepa que hay una monja comunista!» gritaba enardecido.

El secuestro de las dos monjas francesas fue un escándalo. Se completó al día siguiente del operativo donde se llevaron a Alice Domon y a otros familiares de la Santa Cruz con la captura de Léonie Duquet. De Ejército llamaron a la ESMA para preguntar «*quién había sido el pelotudo*» de secuestrar a dos religiosas extranjeras. El Tigre no sabía cómo salir de eso.

Por eso, le encargó a un prisionero, Ricardo Coquet, que pintara en una sábana un estandarte de Montoneros e hizo fotografiar a las religiosas frente a él, como si hubieran sido apresadas por la guerrilla.

No hay ningún testimonio que refiera que Mora haya hecho algo durante esas dolorosas salidas con Astiz en las que se la veía como un alma en pena, sigilosa y triste, que haya contribuido al secuestro y exterminio del grupo del que formaba parte también la fundadora de Madres de Plaza de Mayo Azucena Villaflor. Y sin embargo, el estigma de haber sido la «infiltrada» e incluso «la amante» de Astiz la persiguió durante mucho tiempo.

En la segunda etapa de la causa ESMA, Silvia dijo ante el tribunal declarando por exhorto desde Madrid que la violencia sexual era cotidiana en la ESMA y que el cuerpo de las mujeres constituía un botín de guerra. «La violencia tuvo diversos formatos, desde las violaciones más clásicas al “chantaje sexual”. Hubo violaciones continuas en Capucha City a secuestradas sobre las colchonetas. Desde esos casos hasta distintas modalidades de abuso, de apropiación de los cuerpos de las secuestradas, de unas más que de otras, porque (los represores) hacían su selección personal». Una radiografía nítida de lo padecido por las mujeres en el campo de concentración de Núñez.

Traidoras

Perú. El auto avanza con dificultad por el camino zigzagueante. La vegetación oculta las curvas, y el chofer, aunque parece experimentado, acusa el cansancio de las largas horas de manejo desde que la comitiva salió de Ayacucho, la ciudad más cercana al VRAE, Valle del Río Apurímac y Ene, el nuevo centro de asentamiento de la guerrilla senderista en su nueva versión, el *narco senderismo*.

Poblado de campesinos pobres, extenso y casi inaccesible, el valle se volvió refugio de los guerrilleros y sede de sus negocios, que los asemejan cada vez más a las FARC colombianas. En el auto, un secretario de estado del Ministerio de Industria y Turismo, su asistente y la directora de la Red de Centros de Innovaciones Tecnológicas van a la zona para tratar de convencer a los productores de que abandonen el cultivo ilegal de la coca en ese área selvática y hagan uso de las excelentes condiciones para generar café y cacao de primerísima calidad y máximo valor agregado para la exportación. Han estudiado bien todo, tienen los recursos y se dirigen a su objetivo, un cara a cara con los campesinos, sin interferencias. Por supuesto que la tarea no es fácil y es evidente que contarán con la oposición de los senderistas que se

asientan en el área. No es sencillo el acceso. Son ocho horas en una camioneta 4 x 4 desde Ayacucho, y once si se pretende llegar desde el Cusco. La zona es patrullada por el ejército, que ya ha perdido varios hombres a manos de la insurgencia.

El calor hace dormir. Nadie habla, y todos, menos el chofer, cabecean. En una curva, se siente un estrépito. El auto ha chocado con un móvil militar. De repente, todos se sobresaltan y despiertan. Los soldados se bajan y les apuntan, fieros, con sus fusiles. El aire, pesado, cargado de polvo, se hace irrespirable. El secretario tiembla. Los demás están congelados, esperando lo peor. En eso, del auto oficial se baja una mujer decidida y con voz firme les dice a los efectivos: ¡Bajen las armas!

Los soldados la miran y obedecen. Recién entonces los funcionarios viajeros se animan a bajar del auto sorprendidos por la valentía de su compañera. No es para menos, pero tiene su explicación. Además de experta en microemprendimientos, Mercedes Inés Carazo de Cabellos fue comandante montonera en la Argentina, miembro de la conducción.

Pasaron más de treinta años desde entonces y Mercedes, o Inés, o Cuqui, como la llamaban en su familia, o Lucy, como la conocían en la militancia y en la Escuela de Mecánica de la Armada, donde estuvo prisionera, cambió de nombre tantas veces como fue necesario para mantener una vida lo más tranquila que le fuera posible.

Radicada en Lima en los 80, rehízo su existencia.

Dejó una carrera que brillantemente había terminado en la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires, y se dedicó a los microemprendimientos, una actividad con la que mantuvo viva la preocupación por una sociedad más igualitaria, idea que la había empujado a tomar las armas cuando joven.

Hija única de José María Carazo, secretario histórico del presidente Arturo Frondizi y de una ama de casa, vivió con ellos hasta los diecinueve años en un departamento espacioso de un antiguo edificio de Medrano y Cangallo, en Almagro.

No lejos de allí, en un viejo bar de Rosario y Avenida La Plata, una tarde de octubre de 1976, Lydia Vieyra, una joven militante de la Juventud Peronista que orillaba los veinte años, estaba buscando trabajo. Las páginas de la sección Clasificados del diario *Clarín* daban vueltas sobre la mesa, y la China —como le decían— levantaba de vez en cuando la vista para mirar a la gente que pasaba por la vereda de esa zona concurrida de Caballito.

De pronto, un grito la arrancó de las líneas que repetían «Empleada, buena presencia». Era el de una mujer a la que nunca pudo verle la cara. Un grupo de hombres de civil se había abalanzado sobre ella y trataba de reducirla. En medio de la confusión, la China escuchó que la muchacha decía un número de teléfono, el de sus padres. No tenía con qué anotarlo, pero creyó que lo había memorizado. Tomó unas monedas y se paró, simulando tranquilidad, para caminar hasta un teléfono público. Discó. La atendió un hombre mayor, que escuchó desesperado cómo le advertían que su hija había sido secuestrada en la calle. Carazo, el padre de Cuqui, la muchacha que ese día descendería a los infiernos, nunca había atendido ese llamado. El teléfono que la China en su desesperación había creído recordar bien —lo supo mucho después cuando ella misma encontró a Cuqui en la ESMA— estaba

equivocado.

Lucy tenía una altura perfecta, una silueta delgada y grácil, movimientos felinos y una tonada dulce, musical, indefinida al hablar. Era morena de piel, tenía ojos que quemaban, y un cabello largo, lacio y pesado, de color cobrizo.

Cuando la secuestraron, hubo celebración entre los miembros de la patota. Había caído una alta oficial de Montoneros. Lucy era, en efecto, la mujer de más alto grado que habían capturado los marinos. De mayor nivel aun que Norma Arrostito, que había sido despromovida por la organización antes de su falsa muerte en Lomas de Zamora.

Cuqui soportó en los primeros días todas las torturas y las presiones.

A pesar de su formación marxista (venía de las Fuerzas Armadas Revolucionarias) rezaba en el camastro de tormentos a toda velocidad, un padrenuestro atrás del otro. «Padrenuestro que estás en los cielos santificado sea tu nombre». Era una suerte de mantra, que le servía para desplazar la atención de lo que le estaba pasando. Su padre era totalmente agnóstico, pero ella había compartido el cuarto con una tía que siempre antes de dormir decía siete padrenuestritos y un avemaría. Los represores estaban desconcertados, se volvían locos y pensaban que ella misma había perdido la razón.

Le dijeron que no se salvaría. Ella tampoco lo soñaba. Una oficial de su grado no podía tener la ingenuidad de alentar falsas esperanzas.

Mientras arreciaban los interrogatorios, su marido, jefe de la Columna Norte de Montoneros, Marcelo Kurlat, alias Monra, y su hija de diez años, Mariana, seguían en la clandestinidad, refugiados en casa de compañeros de militancia.

El 9 de diciembre de 1976, el Monra y Marianita estaban en una casa de Boulogne, que compartían con Federico Ibáñez, su mujer y sus hijas. Federico fue secuestrado por el grupo de tareas de la ESMA: inmediatamente, le ofrecieron negociar la vida de su mujer y la seguridad de sus hijas por la del Monra. Accedió.

«La vida de tu esposa depende de vos. Agarrá a tus hijas y andate. No digas nada porque en una hora estaremos ahí», escuchó la mujer cuando atendió el teléfono.

Al poco tiempo, llevaron a Ibáñez hasta la casa.

La rodearon con una quincena de hombres armados.

Federico vio todo desde una vivienda vecina. Escuchó cómo le ofrecieron a Kurlat salvar a Mariana y suspendieron el tiroteo para que ella pudiera salir, cómo ella lloraba y dudaba porque no quería perder a su papá cuando ya había perdido a su madre. Cómo se reanudó el enfrentamiento hasta que al Monra se le terminaron las municiones, cómo el Monra se rendía con las manos en alto, cómo le dispararon.

Federico creyó que el Monra había muerto allí, en el acto. En cambio, lo llevaron a la ESMA donde Cuqui, su esposa, llegó a verlo con vida. ¿Una segunda ofrenda de Pernías, que para ese momento ya le había garantizado que salvaría a Mariana?

«Abaten a un jefe subversivo» informó el diario *La Opinión* el 11 de diciembre.

«Fuentes allegadas a los organismos de seguridad revelaron que en un

enfrentamiento ocurrido anteanoche... pereció el responsable de la columna norte de la organización declarada ilegal en 1975, Marcelo Daniel Kurlat. (...) los efectivos rodearon una vivienda ubicada en la calle Aráoz de la localidad de Boulogne. Intimidado a entregarse, Kurlat abrió fuego siendo abatido por las fuerzas conjuntas. No hubo bajas entre los efectivos y asimismo resultó ilesa una niña de 10 años, hija del delincuente abatido.»

Detrás de una pared del sótano, encerrada, la Negrita esa noche escuchó detrás de una muro un sonido apagado. Era un quejido, una nena que llamaba como una letanía: «Papá, papá, papá...» Era Mariana que todavía no sabía que el Monra ya estaba muerto. Su madre se debatía entre la emoción por tenerla a su lado y la angustia por la muerte de su marido. Y a su lado, como paciente testigo, estaba Pernías.

Cuqui fue amada y odiada con la misma intensidad. Y su historia, atractiva por lo polémica, fue abordada por quienes se dijeron sus amigos pero la traicionaron en pos de ficciones literarias efectistas que se llevaron puesta la verdad.

Precisamente el intercambio de correos que había leído Graciela en el restaurant después de aquella noche de teatro en Palermo tiene que ver con el más reciente de los ataques a Cuqui: la publicación de un libro sobre su vida y su vínculo con Antonio Pernías, alias Rata, Martín o Trueno, el marino que fue su torturador y que asesinó al Monra. El autor de ese libro, que lleva el título *Noche de Lobos* es Abel Parentini Posse, un diplomático que Cuqui había conocido en Perú, como embajador y que firma su obra literaria con su segundo apellido, más lustroso.

En 1998, la jueza federal argentina Luisa Riva Aramayo convocó a Cuqui a declarar a la embajada argentina en Lima, por exhorto, y ella acudió, veinte años después de haber salido de la ESMA. No estaba todavía dispuesta ni segura, y de hecho, algunos sobrevivientes criticaron su actitud, ese primer esfuerzo, y la calificaron de reticente. Pero sin embargo, la publicación en la Argentina de su testimonio en el matutino *Página/12*, en una nota firmada por la periodista Adriana Meyer, tuvo como consecuencia un huracán en la apacible vida limeña de Cuqui.

Trabajaba por ese entonces ya en un ministerio, se había casado con un profesor universitario peruano que la adoraba y tenía una hija pequeña.

Al día siguiente de su visita a la embajada argentina, el diario *El Comercio* de Lima —el que leen los que toman decisiones en el país— le dedicó un recuadro en tapa y toda la contratapa a la historia de «Mercedes Carazo, la guerrillera argentina que se había enamorado de su torturador». Todo el mundo se enteró.

Era el Perú de Alberto Fujimori y Sendero Luminoso, y el pasado de izquierda de Cuqui hizo peligrar su trabajo y quién sabe si no su seguridad física.

Ella le había contado algo de su militancia política y secuestro en algunas charlas íntimas a su superior, la viceministra, pero ahora se sumaba el elemento morboso de su «pareja» con un militar que la había capturado. En Lima no había en esos días quién no hablara de ella, quién no tuviera opinión sobre su pasado. El que no había leído el artículo lo había escuchado comentar.

Cuqui tuvo que cambiar a su hija pequeña de su escuela a una con valores

más progresistas, donde no iban a perseguirla por su historia sino que tal vez —incluso— fuera tomada como algo positivo. Estuvo a punto de ser despedida. Una ex guerrillera en un ministerio de Fujimori quemaba...

Entonces, el embajador argentino, Abel Posse, salió en defensa de la perseguida. Llamó al ministro y le aseguró: «Esta señora ha ido obligada a declarar, si hubiera sido por ella, no hubiera hablado. Es una persona de mi total confianza».

Posse dejaba en claro que estaba en contra —pese a ser embajador de un gobierno democrático— de los juicios a los militares argentinos. Y que además, amparaba a Cuqui, que según él, sentía repugnancia por acusar a los represores con los que naturalmente algunos fujimoristas tenían afinidad. Ella, en ese entonces, se sintió naturalmente agradecida por su actitud. A partir de ese episodio, Posse la invitó a almorzar varias veces a su residencia. El embajador conocía a la familia del Rata Pernías, de una barriada elegante de la ciudad de Córdoba. Tal vez en esas charlas en la embajada le surgió a Posse la idea de escribir un libro sobre su antiguo vecino y su nueva amiga.

La misma Cuqui hizo inocentemente de nexa para que Posse se entrevistara con algunas mujeres que habían sido sus compañeras de cautiverio. Silvia Labayru recuerda que lo vio en España, y que cuando le dijo que iba a presentarse a declarar contra los miembros del grupo de tareas de la ESMA él se paró enfurecido y le gritó: «¡No podés hacer eso, es una tontería!» Y ella le respondió con tranquilidad y convicción profunda que «por supuesto» iba a hacerlo.

La entrevista de Posse con una de las autoras de este libro en una pizzería de la calle Corrientes en Buenos Aires duró lo que un café. No había puntos en común entre la historia real y la versión que abonaba Posse.

Cuqui lo cuestionó cuando vio en su despacho de la embajada en España una foto con Fujimori. Fue una señal. «Es un hombre que pacificó el país», le contestó Posse. Ella se sintió molesta.

Pasaron varios años, y Cuqui no supo más nada de él. Mientras tanto, Posse tuvo un fugaz paso por el Ministerio de Educación de la ciudad de Buenos Aires durante el año 2009. El diplomático renunció a la cartera después de hacer declaraciones de tono reaccionario y moralista sobre el rock, la represión policial y la educación sexual que irritaron a alumnos, profesores y padres. Las citas textuales «Hoy vemos la degradación familiar, padres que no controlan a sus hijos, jóvenes drogados y estupidizados por el rock» y «Sin prevenciones espirituales, morales y religiosas, tácitamente se invita a la banalización del sexo y también a la precocidad sexual. Se preserva el cuerpo y se sigue enfermando el alma juvenil» son una pequeña muestra de su verborragia retrógrada.

Cuando salió el libro sobre Cuqui y Pernías, Posse lo envió por correo a Lima. Ella fue a buscarlo, y tuvo que pagar a disgusto unos excesivos cien dólares para retirarlo de la aduana. Luego, cuando recibió un llamado telefónico de larga distancia de él para preguntarle qué le había parecido, la contestación fue lapidaria. «Una porquería, está lleno de mentiras», le dijo ella sin más vueltas.

Noche de Lobos —que así se llama el libro— sacudió la sensibilidad de los sobrevivientes. La discusión fue si se debía o no contestarle. Hubo más votos por el *no* que por el *sí*. Por eso, esta carta escrita todavía con la

sensación física de disgusto provocada por la lectura nunca fue publicada.

«Hace algunas semanas, llegó a las librerías la novela del escritor, diplomático y ex ministro de educación Abel Posse *Noche de Lobos*, que apoyada por una campaña de publicidad profusa aborda una problemática compleja en la que me siento involucrada. No voy a adentrarme en la apreciación de cómo la información que constituye la columna vertebral de la ficción sobre hechos de la década del 70 llegó a oídos del autor. Yo misma fui convocada por él hace algunos años, pero la evidente incompatibilidad entre nuestras concepciones de la historia hizo que el encuentro durara algunos estériles minutos. La suya no es la teoría de los dos demonios: ojalá. La novela está plagada de calificaciones a los militantes de *pusilánimes*, *de asesinos*. Buen ejercicio sería contar cuántas veces usa esta última categoría para calificar a los represores, que en cambio aparecen como seres pensantes, formados, verdaderos intelectuales capaces de elevarse a un grado de reflexión y análisis superlativos, y obligados a combatir en una guerra que no eligieron.

»La apropiación de menores, el robo de bienes, los vuelos de la muerte, la violencia y los crímenes sexuales no se mencionan en el libro de Posse. Ni una palabra sobre eso.

»El “amor de un torturador con su víctima” reza en cambio un cartel publicitario que inundó los subtes, como si tuviera vergüenza de ver la luz. La protagonista de la historia, una mujer que confió en Posse como protector y amigo para ser traicionada e involucrada incluso en hechos de sangre que nunca cometió, tuvo un tortuoso vínculo forzado con el secuestrador de su marido, el capitán Antonio Pernías, alias Trueno, Rata o Martín, hoy detenido y procesado en la causa ESMA. Un temible torturador, de reacciones imprevisibles, violento. En su declaración en el juicio, con una claridad que le costó muchos años construir, la protagonista de la novela de Posse dijo, interrogada por las defensas acerca de su ligazón con Pernías: “Es una relación que nunca se hubiera dado en libertad”.

»Afortunadamente, después de muchos años de callar e invisibilizar su sufrimiento, las mujeres que pasaron por los campos de concentración argentinos están repensando y entendiendo lo que les ocurrió. Sus cuerpos femeninos apropiados no tenían posibilidad de escapar de los abusos y tratos degradantes de los militares que las habían vencido y las mantenían sometidas y privadas de todos sus derechos.

»Fuera una violación en la oscuridad o una salida a una *boite* de moda poco después de una sesión de picana días después de la muerte de un novio, un marido, un compañero. Fuera una propuesta insistente aparentemente caballeresca hecha ante una copa de champán en un restorán de moda o el manoseo lascivo en una ducha mohosa y maloliente. Fuera el sexo en un departamento de Recoleta o Belgrano donde los marinos reservaban turnos para gozar de sus prisioneras o en una cucheta de Capucha.

»Estaban presas, más aún, estaban desaparecidas, fuera del mundo. Ellos tenían todo el poder sobre ellas, sobre nosotras. Y si alguna, en ocasiones, sintió que podía manejar al opresor a través de la fascinación del sexo alargando la vida como Scherezade lo hizo con sus relatos en *Las mil y una noches*, es un tema a discutir todavía entre nosotras. Posse llama amor al sometimiento, a la esclavitud, tal vez a la locura a la que lleva el dolor.»

Miriam Lewin

En el libro el autor desliza escenas completas de narrativa pornográfica,

donde revela más de lo que seguramente pretendía sobre la naturaleza de sus guerreros supuestamente heroicos y principistas.

Lobo (en realidad el Tigre) fantasea en el relato durante un viaje en auto con hacerse llevar a Greta (Cuqui) para hablar con ella de trotskismo. «No me animo a cambiar el rumbo», dice el personaje. «Los escoltas pensarían que soy como esos mayores y coroneles que antes de ir a casa pasan por los centros de detención para refocilarse con alguna chiquilina guerrillera esclava para su erotismo sádico».

Y en otro pasaje, refiriéndose también a Cuqui, en una confesión cruda donde el personaje se sincera, degradándose: «Si en lugar de tener el maravilloso culo y las piernas que tiene fuese desgreñada, cuadrada y huesuda... ya estaría disolviéndose en las aguas salinas del Atlántico. Van sobreviviendo las bellas, sean tontas o lúcidas, hay una especie de darwinismo erótico que merecería estudiarse. Las leyes marciales ceden frente a un trasero armonioso».

«Guay a quien se le ocurra violar a una prisionera o que permita hacerlo a algún suboficial o soldado... aquí no se viola a nadie», dice en la novela un alto oficial naval arengando a sus subordinados. Son cosas que suceden en otras armas... los miembros del grupo de tareas de la ESMA son, para Posse, caballeros navales.

Cuqui dice en uno de sus correos electrónicos limeños que no se puede vivir desconfiando. Seguramente era lo que hacíamos todo el tiempo dentro de la ESMA. Desconfiar de los marinos, desconfiar de los guardias, desconfiar entre nosotros. Revisando su historia, se entiende que aquella alta oficial de montoneros secuestrada en la ESMA no ha hecho todos estos años más que buscar en quién confiar. Y que muchas veces la han defraudado.

Ella tenía en claro que no era cualquier detenida. Había aparecido en los diarios ya en 1971 como dirigente de Montoneros. Tenía una bala de cañón atada al pie antes de ser destinada al Centro Piloto París, adonde viajó con su hija Mariana, y volvió a tenerla al regresar a la ESMA. Acosta no ponía las manos en el fuego por ella. «El Tigre era cualquier cosa menos tonto. Yo hacía un esfuerzo terrible todo el tiempo por no decir todo lo que pensaba, pero no le mentía porque si él percibía que yo le estaba mintiendo, me mataba. No podía convertirme en otra persona, y creo a veces que parte de lo que le decía me lo creía realmente. Con Chamorro era distinto, él era más bruto y, sin embargo, siempre estaba presente porque era el único oficial que tenía más grado que yo», rememora Cuqui.

Cuando se refiere a Pernías, Cuqui usa siempre el nombre de pila Antonio y con eso lo coloca fuera del campo de concentración, donde todos lo conocían como Rata o Trueno.

Explica la razón de su cercanía con el marino: «Con él yo podía decir todo lo que pensaba. Bueno, en verdad no todo, pero una buena parte, porque sabía que él no iba a contarlo, no iba a traicionarme, y eso se agradece».

Cuando en la causa ESMA le preguntaron los abogados defensores si había sido amante de Pernías, ella había contestado con una firmeza que puso final a las indagatorias sobre el tema: «Es una relación que no se hubiera dado en libertad». Fue un punto de inflexión sin dudas en la comprensión de

lo que le había ocurrido. Sin embargo, poco después dice: «Que yo haya dicho eso no quiere decir que la relación no haya sido verdadera. Que no haya existido».

La relación entre ambos existió, ¿pero cómo caratularla? ¿Fue un abuso por parte de su victimario? ¿Un momento de debilidad en el que Cuqui, después de haber visto morir a su marido, después de haber sido testigo de la traición de un compañero que puso en riesgo la vida de una niña para salvarse, rinde una parte de su subjetividad? «Yo cambié cuando sentí que mi hija estaba a salvo, en manos de mis padres. Cuando Marcelo ya estaba muerto, con Mariana segura yo me quebré. Dije ya está, ahora no importa nada», admite.

En un auto, aprovechando un semáforo rojo, en uno de los viajes ráfaga de Lima a Buenos Aires, en escala hacia algún congreso, la Negrita interpela a Cuqui. Es como si ambas estuvieran en el mismo camino, pero Graciela tuviera más clara, más trabajada la interpretación de su vínculo con uno de sus captores. ¿Fue algo que le dijo acerca de su propio proceso, lo que hizo que Cuqui quedara en silencio pensando? «Pero yo no sentía pasión por Antonio, no estaba enamorada, entonces...», cree recordar Graciela que le dijo ese día después de un largo silencio.

Cada vez que frente a la Negrita menciona a Pernías, Cuqui dice «Antonio, el Rata como tú le dices...» Y eso es un avance. Ella sabe lo que la Negrita piensa de esa relación que ella todavía no tiene elaborada.

Cuqui nunca delató a nadie en la ESMA. Nadie cayó ni perdió la vida como consecuencia de información que haya dado, ni siquiera a punta de picana. Nunca se quebró en ese sentido. La acusan de haber cooperado intelectualmente, pero es real que contribuyó a salvar la vida de muchos prisioneros con la sutil influencia que ejercía sobre los oficiales.

El libro de Miguel Bonasso *Recuerdo de la muerte* fue publicado en los primeros años de democracia y es el intento literario inicial de reflejar lo que había ocurrido dentro de la ESMA. Está basado exclusivamente en el testimonio de Jaime Dri, fugado en 1978. En casi todos los casos, Bonasso usa los nombres reales de represores y desaparecidos.

Lucy, es decir Cuqui, aparece allí como una traidora, en pareja con el asesino de su marido, presa de un delirio místico que la lleva a recorrer iglesias europeas mientras los marinos la mantienen en el Centro Piloto París.

Bonasso sugiere que se ha prostituido, que ha traicionado y se ha vuelto loca. El libro adolece de un problema, porque el contrato con el lector no es claro. Se sitúa entre el testimonio (exclusivamente el de Dri) y la ficción, pero está lleno de indicios que conducen al lector a creer que los personajes, hechos y escenas son absolutamente reales y convierten al autor en un intérprete de la historia, que recorta y recrea según su prejuicio y su placer. Bonasso incluso modifica, para protegerla, el nombre de una prisionera acosada sexualmente por el Tigre Acosta, pero maneja en cambio con liviandad las reacciones y responsabilidades de otros personajes. En una escena del libro, Lucy habla con un compañero en la ESMA:

«Vos sabés lo mío y lo de Antonio, ¿verdad? Es horrible... pero lo quiero. Él a veces me mira y me dice: “¿Cómo me podés querer si soy una mierda? Soy una

bestia asesina”. Una vez estábamos acostados, fumando, y me gritó: “¡Levántate de mi cama, puta! ¿No sabes que yo maté a tu marido?” Pero lo quiero. Aunque me diga esas cosas, lo sigo queriendo. No sé por qué. Tal vez porque me devolvió a mi hija».

El libro está plagado de observaciones machistas como «La traición se parece a la seducción. A la imagen de la mujer seducida. La que entrega un beso, luego entrega otro y termina abriéndose de gambas».

Los secuestrados, de la mano de Bonasso, abandonan su calidad de víctimas, con las excepciones que elige el autor con arbitrariedad y sin derecho a réplica. Cuando antes y después de la publicación de la novela, a inicios de los 80, algunos de los sobrevivientes quisieron acercarle sus críticas, los rechazó con el argumento de «son muertos vivos». Dominado por el preconcepto de que todos los secuestrados que lograron salir del infierno concentracionario lo hicieron a cambio de concesiones intolerables, ni siquiera reconoce que fue gracias a sus testimonios que se pudo reconstruir lo ocurrido. La imagen femenina que contrapone a la de Jaime Dri, protagonista excluyente, es la de una cuasi virginal Elena, en realidad Rosario Quiroga, por la que el protagonista tiene una devoción platónica. La Negrita Graciela, a los ojos del novelista, también adquiere la categoría de traidora y «amante» del Tigre Acosta.

Bonasso no es, sin embargo, el peor de los detractores de Cuqui.

La escritora Liliana Heker fue amiga de la adolescencia de Cuqui. Mientras ambas crecían en el barrio de Almagro, Heker daba sus primeros pasos en la escritura bajo el ala de Abelardo Castillo, y Cuqui era absorbida más y más por la militancia política. Muchos años después, luego de la tragedia, las dos mujeres se reunieron y Cuqui le confió sus sentimientos más íntimos. «En nuestros encuentros hablaba sin parar, como haciendo una catarsis, y yo quedaba como mareada», dice Heker en una entrevista. «Para ella lo que vivió es una maravillosa historia de amor donde ella se arrepentía de la militancia y él de las torturas», explica.

Cuqui creyó seguramente que podía confiar en la discreción de Liliana sobre aquello que la confundía y atormentaba. Pero la escritora, lejos de hacer honor a esa confianza, utilizó las confesiones de Cuqui para escribir una novela, *El fin de la Historia*, donde la estigmatiza y no hace ningún esfuerzo por comprenderla.

El personaje de Leonora, claramente Cuqui, muta. Se transforma de una suerte de modelo de mujer inalcanzable para la joven Heker (bella, inteligente y audaz, una musa revolucionaria) en la encarnación de todos los males en el encuentro tardío (concentra la traición, la lujuria, la especulación, la frialdad).

Un párrafo de Heker sintetiza lo que le provoca su ex amiga. Su *alter ego*, Diana Glass, relata: «“A mí no me sedujo nadie”, me dijo con orgullo (refiriéndose a Pernías), “siempre seduje yo”. Debe ser cierto. A mí también intentó seducirme. Y reconozco que a veces lo consiguió. Tiene mucha fuerza. Iba a decir pasión, pero no es más que el simulacro de la pasión: en el fondo es fría y calculadora. Una mujer peligrosa. Supongo que le va a gustar que alguien lo haya escrito.»

Si se interpreta la reacción de Glass, podría creerse que Leonora entierra con su supuesta traición las ilusiones de la autora y tal vez de la sociedad toda sobre la posibilidad de una revolución social. «No quiero volver a verla, hizo pedazos mi propia historia... mi propia primavera», dice la escritora.

Heker parece no perdonarle a Leonora que no haya respondido a sus expectativas sobre ella. Eso, o pretende demoler esa imagen femenina de perfección que la perturba porque siempre le resultó inimitable. Pero para eso, miente. En la novela, Leonora entrega a su marido. Se trata de una infamia, de una acusación desmentida incluso por quienes consideran que Cuqui colaboró en el campo, de los que piensan que protegió a los marinos en sus declaraciones judiciales.

En un debate sobre literatura y dictadura promovido en la Feria del Libro, Heker intentó defenderse diciendo que se trataba de «una ficción». Una ficción donde todos los personajes son claramente identificables, y cuya carnadura obtuvo de la atormentada y desprevenida catarsis de su mejor amiga de la adolescencia. Si Heker se siente perjudicada por una supuesta traición de Cuqui, la suya la supera con creces.

Como dice Ana Longoni en su libro *Traiciones*, donde analiza el libro de Bonasso y el de Heker, los dos proponen una impugnación moral por la que las traidoras se convierten además en putas.

Según Longoni, que es consciente de que el sometimiento sexual fue una forma histórica de humillación usada en las guerras, la doble condición superpuesta de putas y traidoras para abominar de mujeres sobrevivientes se origina en que «en sus cuerpos entregados al enemigo se inscribe de una manera irreparable la magnitud de esa derrota».

El síndrome

En la sentencia de la causa ESMA 1, el tribunal consideró que dentro del campo se habían dado relaciones motorizadas por el Síndrome de Estocolmo, una identificación de las víctimas con sus secuestradores generada de manera inconsciente por una necesidad de protección, de seguridad. Hay pruebas, sin embargo, de que se trata de una interpretación unilateral, simplista.

Cuando en su celda de un penal federal, Raúl Scheller le dijo al académico estadounidense que el Tigre Acosta les había dado a sus subordinados la orden de «tener sexo con las secuestradas» y que él «nunca había entendido por qué», al entrevistador le quedó la sensación de que la perplejidad de Scheller ante las instrucciones de su superior era sincera.

La confesión de Scheller, treinta años después de la ESMA, acerca de que existía una orden expresa y general de tener sexo con las secuestradas no es menor. Se trata del mandato de someter a las mujeres, más allá de que existiera o no una atracción. Es algo diferente y más complejo que el Síndrome de Estocolmo, y no implica una identificación de la víctima con el victimario, sino la decisión del victimario de avasallarla, de derrotarla y de humillar al varón del supuesto ejército enemigo.

Cuqui, Mercedes Inés Carazo de Cabellos, la ex jefa de Montoneros viaja, genera proyectos, conduce. Tiene jóvenes 70 años y superó dos cánceres. Una diría que es potente e inmortal. Viaja a visitar a sus nietos en México, adonde vive Mariana. Su hija menor acaba de hacerla abuela una vez más. El último cuestionamiento público a su figura se generó en Perú en el 2013 cuando el gobierno de Ollanta Humala la nombró cabeza del Instituto Tecnológico de Pesca. Sus enemigos sacaron a relucir su falta de antecedentes y experiencia en el área (en realidad, estudió oceanografía) y aquel lejano artículo de *El Comercio*. Pero, una vez más, no pudieron con ella.

Negrita

Llovía, y el laberinto de mesas de El Foro estaba poblado al anochecer por empleados de escribanías que pedían cafés y abogados satisfechos que sorbían medidas de whisky sin hielo. La *boiserie* clara, los toques dorados de algunas estanterías y las ventanas que daban a la calle Uruguay seguían siendo las mismas que siempre, igual que los cuadros, reproducciones de acuarelas de pésimo gusto.

Ella estaba ahí, y no parecía temible. Tenía el pelo algo mojado por la lluvia y un tapadito gris, infantil. Habíamos escuchado advertencias: no se reúnan con ella, es inútil. «Va a decirles que no recuerda nada». O peor, las fábulas de los marinos de las que nos hacíamos eco: «Cantó arriba de cuatrocientos compañeros». «Cuidado con ella, no sabés si todavía no sigue enganchada con los marinos».

Ella estaba sentada. Y parecía temblar. Tenía las mandíbulas tensas, y ocupaba el borde de la silla, como dispuesta a escapar en cualquier momento. Era una figura enjuta, contraída. Tenía en los ojos tanto dolor, como dice el tango.

Una podía imaginarse sus insomnios, sus fantasmas, sus aparecidos. Su cuerpo transmitía que sus noches estaban desmesuradamente cargadas de culpa, de remordimiento. Esa es la palabra: «Remordimiento».

Muchos años después, un correo electrónico suyo preguntó: «¿Te acordás de mí?» Esta vez después de un chaparrón de verano, llegó ágil, relajada, con una actitud adolescente jugando con las llaves del auto, a un café de Belgrano. Tenía ahora una luz diferente en la mirada, una tranquilidad cargada de energía.

—¿Sabés que denuncié al Tigre Acosta por violación? —dijo—. Y lo procesaron.

El padre de Graciela llegó de Galicia a los veinte años. Sus hermanas ya habían emigrado. Él vino a trabajar con Carmen, la más pobre de todas, la que había puesto un almacén. Vio pasar la vida detrás de un mostrador, primero en Pompeya y después en Avellaneda. Cerró el negocio después de que lo asaltaran varias veces. Y entonces se dedicó a caminar.

La abuela materna de la Negrita también fue una sobreviviente, como ella.

En su infancia, sus padres habían muerto en un accidente de sulky en Córdoba. Hubo una explosión, y la nena salió despedida. Cuando creció, a pesar de ser mujer, mantuvo a sus tres niños hombreado bolsas en el puerto de Buenos Aires. La mayor de sus hijas era la madre de Graciela.

Desde chica, a la Negrita le gustaban los juegos de varones. Andaba por la calle con cartucheras de cowboy y le pedía a su papá que le regalara arcos y flechas. Pero a la tarde, en su casa, a solas, se dedicaba a las muñecas. También leía mucho, muchísimo, todo lo que caía en sus manos. Les robaba los libros a sus dos hermanas y así, siendo muy chica, accedió a lecturas que no eran para su edad. La sedujo la feminista francesa Christiane Rochefort con *El reposo del guerrero* y *Los niños del siglo*. La fascinó Ernesto Sabato con *Sobre héroes y tumbas* porque reconocía en la novela lugares de Buenos Aires que después recorría con fascinación (además, ¿quién no quería ser como Alejandra, quién no quería ser amada como ella, rompiendo todos los moldes?)

Graciela fue desde el jardín de infantes hasta la escuela normal al mismo colegio de Avellaneda, el Próspero Alemandri, el más prestigioso de la zona. Era su segunda casa. Los docentes la conocían a la perfección, como antes habían conocido a sus hermanas mayores.

Su mamá casi nunca estaba en casa, siempre ocupada: dueña de una enorme avidez intelectual, leía permanentemente, hacía cursos. Llegó a aprender esperanto. Su hermana Marta, nueve años mayor, fue entonces una especie de segunda madre para Graciela. Mientras la mamá estudiaba y el padre trabajaba, ella llevaba a su hermanita al cine, al teatro Colón, a exposiciones... tuvo una enorme influencia en su formación. En el país se debatía si la educación debía ser estatal o privada, y Marta participaba en las tomas de facultades. Graciela, con sus once años, la miraba con admiración.

En la secundaria, empezó a formar parte del club colegial, del coro, de un conjunto folklórico. Sentía que vivir significaba hacer cosas, cambiar la realidad. A la salida del colegio, volvía a su casa caminando con una compañera, hablando de política. Tenía ya quince años entonces.

Se acercó a los curas del Tercer Mundo a través de Andrés Lanzón, que trabajaba espiritual y políticamente en una parroquia cercana de Wilde.

En esa época, la Negrita conoció al que iba ser uno de sus grandes amores. Había sido seminarista jesuita, se llamaba Ignacio Bertrán y lo llamaban Iñaki o Iñigo. Una compañera del ámbito lo había llevado a una reunión porque quería empezar a militar. Se conocían desde la infancia y era su pareja. Cuando lo vio entrar, Graciela supo que algo iba a pasar definitivamente entre los dos. La chica que lo trajo quedó atrás.

Empezaron a vivir intensamente su relación, tan intensamente como empezó a crecer su participación en la lucha armada. Las experiencias límite de una época vertiginosa sellaban la unión. Un día en un departamento, por ejemplo, cuando la Negrita le estaba enseñando a Ignacio cómo armar un explosivo, él le salvó la vida, señalándole una distracción que habría sido fatal.

Vivieron juntos. Habrían formado una familia, pero no era época para tener hijos.

Todo sucedía de prisa. Parecía que el mundo iba a acabarse al día siguiente y todo cambiaba. Ignacio había abandonado la Iglesia pero no sus

convicciones, y a pesar de que ella empezó siendo su responsable, el crecimiento político de él fue inmenso, arrollador. Tenía solamente veintidós años.

Las escalas de ambos fueron las Fuerzas Armadas Peronistas, FAP (con la discusión interna entre los *oscuros*, más peronistas, y los *iluminados*, más de izquierda), luego los Descamisados, y finalmente Montoneros. Hubo un breve paso por la Juventud Peronista Lealtad, que duró nada más que un mes.

«Ignacio era un tipo hermoso, tenía una cabeza amplia, impresionante », recuerda la Negrita. «Él sabía que me gustaban las mujeres, y podía vivir con eso perfectamente. Era incondicional. Pero tenía también a pesar de todo cierta inestabilidad psicológica. Me acuerdo ahora de que habíamos hablado con el cura Orlando Yorio para que nos casara, y él nos aconsejó que esperaríamos un poco...»

Finalmente, a pesar del amor y la lucha, la pareja se fue desgastando.

«Éramos como hermanos», argumenta Graciela. Se separaron. El vínculo entre ambos siguió siendo fuerte, aun cuando La Negrita conoció a Sisi. Era su primera relación importante con una mujer. Ella había tenido algo muy breve con otra compañera, Laura, pero esto era algo más firme.

«Cuando me fui, Ignacio supo que yo ya no volvía, que había cruzado una barrera. No había retrocesos», revive Graciela. «Mientras estuvimos separados siempre supimos el uno del otro y quisimos vernos». Pero por distintas razones no podían coordinar las citas. Cuando uno estaba disponible, el otro no. Lo intentaron varias veces, hasta que al final coincidieron. Ignacio le contó que estaba saliendo con una compañera. «Le pregunté si estaba enamorado y no me contestó. Me cambiaba de tema: me dijo que era una chica muy buena. Después, lo mataron».

La mujer que salía con Ignacio en ese momento también pasó por la ESMA, como Graciela. En 1978, en el Sótano, hubo durante unos días encerrada a solas en un cuartito una chica menuda y rubia que había intentado cortarse las venas y el cuello con un vidrio cuando la secuestraron. Las cicatrices eran rojas, como bocas abiertas sobre su piel translúcida. Casi no habló con nadie. Miraba con desprecio y tristeza a las prisioneras que los marinos enviaron a conversar con ella, quién sabe para qué. Venía del Banco, decían, y no podía quedarse allí. Se llamaba Edit Trajtenberg, y le decían Angelita.

A Ignacio Bertrán lo asesinaron en la calle Corro, el 28 de septiembre de 1976, en el mismo enfrentamiento en que murió Viki, la hija del periodista, escritor y militante Rodolfo Walsh. Había helicópteros, tanques. Un enfrentamiento absurdamente desigual en el que murieron cinco jefes montoneros que estaba reunidos en la casa. Ignacio era uno de ellos.

Graciela había tomado la determinación de suspender por un tiempo la militancia. Ya en esa época, de todos modos, no se podía construir nada. Sólo se trataba de sobrevivir, de escapar a la patota. No podía hacer más reuniones en las villas de San Isidro, de Boulogne, juntarse con los viejos luchadores de la resistencia peronista que tenía como ejemplos y que tanto la conmovían, ni reclutar nuevos compañeros.

No quería caer, no le quedaban fuerzas. Y en eso, cuando ya estaba pensando en irse, mataron a Ignacio. Sintió que si él había muerto por la causa, ella no podía abandonar la pelea. Y continuó, a pesar de todo, a pesar

de que los riesgos eran altos y la posibilidad de salvarse casi nula.

De Ignacio no volvió a escuchar hablar durante mucho tiempo. Como ya había muerto cuando ella cayó, allí en Córdoba y San Martín, nadie le preguntó en los interrogatorios por él. Hasta que un extraño coronel de uniforme, muy feroz en la tortura y de apellido alemán empezó a visitarla en el sótano de la ESMA, adonde le llevaba jazmines. Había desarrollado cierto inexplicable afecto por ella y por otro detenido, el Beto Ahumada. Muchos meses después, inesperadamente, ese coronel le contó que había estado en el operativo de la calle Corro adonde habían matado a Ignacio. Por supuesto, él no sabía que Ignacio había sido pareja de Graciela y ella no se lo dijo. Él le daba detalles de las armas que habían usado. «Ahí usamos por primera vez tal y tal arma», le explicaba con fruición. Graciela se quedaba inmóvil, sin poder responder, simplemente mirándolo a la cara, muriendo por dentro...

Sisi

A Sisi, Lourdes Hobbas, la había conocido en medio de la debacle. Era una mujercita blanca, dulce y callada que había llegado de Uruguay con su marido y sus cuatro hijos. Habían detenido a su compañero, Nelson, un buscavidas que mantenía la familia a los tumbos, y ella había quedado sola, transida de dolor, con los chicos, en una casa pobre cerca del río, en San Isidro. Nunca había militado, pero era una dedicada colaboradora. «De esas que daban todo, pero que corrían más riesgos porque no cumplían las reglas de seguridad como nosotros», explica la Negrita. Su hermana y su madre también estaban presas, y ella con enorme esfuerzo les llevaba comida a las cárceles de Olmos y Sierra Chica.

Se fueron a vivir juntas a un rancho realmente muy precario. No tenían prácticamente nada, pero eran felices. Con el tiempo, consiguieron una casa más sólida, con una excelente vía de escape, que por los fondos salía a Avenida del Libertador. «Era el sueño del militante», dice la Negrita, y se ríe.

Nadie imaginaba en el círculo de la organización que eran pareja. Había muchas mujeres que convivían por razones de seguridad. Las viviendas seguras escaseaban, y era más fácil cuidar a los chicos cuando una madre militante quedaba sola si alguna compañera se mudaba con ella.

Graciela callaba su amor por Sisi. No porque sufriera el peso de la culpa o porque lo viera como algo indebido. Nunca lo sintió así. Siempre había encontrado divertida su atracción por las mujeres. La sentía como una transgresión. A veces, desnuda, se miraba al espejo al lado de otro cuerpo femenino y se reía, porque siempre las transgresiones la habían hecho reír. Una vez, en una reunión de instrucción, el responsable habló de una militante de mucho rango a la que habían tenido que despromover en castigo porque habían descubierto que tenía relaciones con otra mujer. «Fue una verdadera lástima», dijo. La Negrita, por supuesto, lo escuchó sin hablar.

Ya en la ESMA, le contó a María que había caído Laura, con quien había tenido esa relación corta antes de Sisi, y les había dicho a los marinos que se había acostado con ella.

María se puso pálida: «Nos van a matar a todos», le dijo aterrorizada. Pero eso no ocurrió. Graciela está convencida de que saber su secreto estimuló al Tigre en su perversión.

Sisi había podido escapar de aquella casa la noche de la caída de la Negrita, mientras ella entretenía a los marinos con la promesa de un documento reservado con datos sobre ellos. Pero poco después, Graciela escuchó en la ESMA que la había secuestrado la patota de Campo de Mayo en una pinza policial. Sisi estaba en un auto con otra compañera, y se las llevaron a las dos.

Se acordó entonces de cuando le había propuesto dejar todo e irse del país, pero no pudieron hacerlo porque los chicos no tenían documentos. También de cuando le mandó a través de su familia, ya secuestrada, una carta diciéndole que se salvara... Esas líneas nunca habían llegado a destino.

Le pidió desesperadamente al Tigre que la rescatara, y él, a los pocos días, mandó un emisario para negociar con el Ejército. Cuando el mensajero volvió, ella escuchó demudada que informó: «Llegamos tarde». Se encerró en el baño a llorar desconsolada. Ahí la encontró Marta Álvarez. «Era mi pareja», le dijo. Fue la única que lo supo en ese momento.

«Después lo supo el Tigre, creo» reflexiona la Negrita. «Yo pienso que sabía todo el tiempo que a mí me gustaban las mujeres, y que no le importaba».

El destino de los cuatro hijos de Sisi que vivieron con la Negrita fue trágico. Los dos mayores, Beatriz de 16 años y Fernando de 15 fueron también secuestrados.

La hermanita más chica, Andrea, quedó en manos de un puntero político del barrio que se la apropió con su mujer que no podía tener hijos y la ocultó durante años, cambiando de domicilio para eludir a la Justicia. Finalmente, en 1998, la nena recuperó su identidad gracias a Abuelas de Plaza de Mayo.

Esteban, el que la seguía en edad, estuvo un tiempo en casa de un abuelo cuando se llevaron a su familia, y después se fue a vivir a Uruguay con su padre, que había sido liberado.

Hay una versión de que una noche, Sisi, ya desaparecida, llegó a la casa donde dormía Esteban acompañada por sus captores. Relatan que estaba bien físicamente y que fue ella la que dijo: «A este chico hay que mandarlo a Uruguay». Graciela no está segura de que sea verdad. No cree —conociendo a Sisi como la conocía— que ella, con su carácter, haya sido capaz de darle instrucciones a sus secuestradores. Graciela dice que esto nunca sucedió y que se trata de una mala jugada que la memoria le juega a Esteban. Sin embargo, y aunque esto sea así, el episodio habla de un vínculo conmovedor entre ellos.

En una publicación del año 1989, el diario *La República* de Montevideo reprodujo un relato de Esteban:

«En un momento en que se descuidó el hombre de bigotes llegué hasta la cocina, ahí estaba el abuelo y Ricardo contra la pared, tenían las manos en

alto. Alguien me tomó firmemente del brazo y me obligó a entrar nuevamente al cuarto. El oficial a cargo me esperaba:

—¿Dónde están los compañeros de tu madre?

—No sé.

—Sólo queremos conversar, ellos están haciendo cosas malas.

—No sé.

—Pero ¿a las casas que fuiste?

—No sé, siempre fui agachado, en auto, de noche, qué sé yo...

—Si traemos a una amiga que conocés ¿le dirías a ella en las casas que estuviste?

Yo con curiosidad por saber quién era, le contesté: “No sé”. “Traigan a la fulana”, dijo el oficial. Ella —a quien yo conocía pues habíamos vivido juntos y durante un tiempo fue como mi segunda madre— se inclinó a mis pies. Yo recordé que un día me había dicho: “Esteban, si alguna vez yo te pido que me entregues direcciones ante los ‘milicos’, no lo hagas, a pesar que yo te ruegue, no lo hagas”. Así fue. No dije nada.»

La «fulana» de esa noche no puede ser otra que la Negrita, pero ella asegura que el relato es producto de las fantasías de Esteban. Probablemente sea así, aunque no deja de ser un homenaje enternecedor a su relación con ella.

La sobrevida

La Negrita empezó a trabajar en la Cancillería, uno de los ministerios que le habían tocado en el reparto de poder a la Marina a finales de 1977. Así fue como pasó de los oscuros camarotes del campo de concentración a los mármoles y boatos del Ministerio de Relaciones Exteriores, al frente del que estaba en ese momento el vicealmirante Oscar Montes.

El mismísimo Montes la recibió el primer día en su despacho, acompañado por dos oficiales navales. El hombre la miró fijo y le espetó: «Sé muy bien quién es usted y lo que ha hecho. Espero que haya recapacitado». Graciela no tenía nada que contestar. En ese cónclave encabezado por el propio ministro se decidió que iba a llevar como segundo apellido Bonpland. Lo tomaron de una calle de Colegiales, y consideraron que le daba algo de brillo al pedestre García. Así entraría pisando más fuerte a los corredores del aristocrático Palacio San Martín.

Su rutina de prisionera cambió a partir de entonces. En lugar de trabajar dentro de la ESMA, lo hacía en una oficina a la que los verdes la llevaban en auto por la mañana y de donde la retiraban bien tarde, a las once de la noche. Era de todos modos un paso hacia el afuera, quién sabe si no en dirección a la libertad.

La Negrita no era la única detenida desaparecida que del centro clandestino en Núñez era llevada a Plaza San Martín para trabajar en el ministerio. Marta Álvarez, Elisa Tokar y Lydia Vieyra también fueron obligadas a hacerlo en períodos más o menos largos. Y entre los marinos que las acompañaban y custodiaban a la vez estaban Alejandro Spinelli, la Jirafa Damario, Juan Rolón y el temible Duque Francis Whamond.

La Negrita empezó a sentirse aquejada por una tos rebelde, y no le prestaba atención. La reticencia de las prisioneras de la ESMA a hacerse tratar por un médico era comprensible. Eran ellos los que participaban en los partos, ellos los que estaban presentes en los traslados. Pero la tos de la Negrita no cedía y de pronto empezó a complicarse con dolores en el pecho y fiebre.

—No seas tonta, no perdamos más tiempo. Esto puede derivar en una neumonía. Pidamos turno con un neumonólogo del Naval —le dijo la China Vieyra, otra de las desaparecidas que llevaban al ministerio.

El padre de la China, primo hermano de la esposa de Massera, era ginecólogo del Hospital Naval, donde además, trabajaba uno de los médicos parteros del centro clandestino, Jorge Magnacco, a la sazón su jefe.

Cuando se abrió la puerta del consultorio, la Negrita sintió que se le detenía la sangre. El especialista que iba a atenderla era nada menos que el doctor que le había aplicado una inyección el día de su fallido traslado, el día de Reyes, y que había aprovechado la situación para manosearla con lascivia. Su nombre era Carmelo Spatocco. Tuvo el impulso de dar media vuelta y correr, pero se dejó revisar y diagnosticar, aterrorizada. Todavía conserva los estudios y las órdenes con el nombre del médico que aplicaba las inyecciones a los prisioneros antes de los traslados en el campo de concentración.

La vida ministerial de la Negrita transcurría entre la rutina de su oficina de la planta baja —entrando, a la derecha— y las intrigas de la ESMA que oscilaban de los manejos maquiavélicos de la alta política a las estafas lisas y llanas, motorizadas por el Tigre. Entre estas últimas, la impresión y distribución de una costosa revista que iba a ser escrita dentro de la ESMA y que pretendía ser el órgano oficial de la Cancillería.

Con varios de los represores metidos en la oficina de prensa del ministerio, donde alternaban con los funcionarios de carrera y los periodistas acreditados de la sala, la presión de Acosta dio sus frutos. Pero el subsecretario de Relaciones Exteriores, el capitán de navío Gualter Allara, pretendió ponerle freno a la distribución de la publicación apoyado por el capitán Roberto Pérez Froio a cargo de Prensa y Difusión, que tampoco estaba de acuerdo. A pesar de la oposición, el Tigre avanzó con el proyecto editorial. ¿Quién iba a animarse a enfrentarlo en su voracidad?

«Y pensar que nosotras peleábamos sin saber todo lo que conocemos ahora. Conociendo el nivel de corrupción y de decadencia moral de estos tipos, una está agotada y sin ganas de seguir peleando. Nosotras peleamos en contra de ellos aun sin conocer esa decadencia moral», le dijo una vez en la oficina la Negrita a Elisa Tokar.

En julio de 1977, el embajador en Venezuela, Héctor Hidalgo Solá, un radical que sonaba como recambio civil para la presidencia consensuado con Videla, había sido secuestrado frente al Museo de Bellas Artes a la luz del día. Había venido al país por unos días para la boda de una hija.

El embajador fue visto en la ESMA por el prisionero Lisandro Cubas, a pesar de que era mantenido oculto del resto de los secuestrados. Cubas relata en sus testimonios haberse cruzado con un hombre encapuchado, con traje, cuya textura física coincide con la del diplomático.

Massera había eliminado con el grupo de tareas encabezado por el Tigre un posible obstáculo a sus ambiciones políticas.

La familia de Hidalgo Solá hizo uso de todas sus conexiones para lograr que apareciera. Sus hijos y su esposa se entrevistaron con Videla, con el jefe de la Fuerza Aérea Orlando Agosti, con el Nuncio Papal Pío Laghi, con el embajador de los Estados Unidos Raúl Castro y hasta con Massera, que intentó culpar al Ejército de la desaparición.

Pero la peor de las reuniones, la más reveladora, la mantuvo su mujer Delia de Hidalgo Solá con la esposa de Videla, el número uno de la Junta militar, Alicia Hartridge. Durante un té de señoras en Campo de Mayo, a solas, la primera dama le confesó que tenía miedo de lo que Massera pudiera hacerle a su esposo.

La eliminación de Hidalgo Solá fue la primera de las operaciones de GT 3. 3. 2 que afectaron a diplomáticos que los marinos consideraban enemigos, aunque no tuvieran nada que ver con lo que ellos consideraban «la subversión». La segunda, en diciembre de 1978, fue el secuestro y asesinato de Elena Holmberg.

Elena era miembro de una familia de alcurnia e influyente. Su tío era el ex dictador Alejandro Agustín Lanusse. Tenía convicciones firmes y se había abierto camino hasta llegar a su destino en París, adonde se cruzó con los oficiales de la ESMA en el Centro Piloto París.

El centro de difusión montado para «contrarrestar la campaña antiargentina en el exterior» fue mutando en base de inteligencia. La relación entre Elena y los represores se tornó cada vez más ríspida, no por cuestionamientos ideológicos o metodológicos (la mujer era aún más de derecha y autoritaria que los marinos, si eso era posible) sino por diferencias de criterio. Elena fue desplazada con la llegada de Buenos Aires de otros dos oficiales navales, Eugenio Vilardo y Enrique «Cobra» Yon.

A fines de 1978, Elena regresó a la Argentina. Después de su secuestro en el barrio de Recoleta y de la aparición de su cuerpo en el río Luján, los marinos intentaron involucrar al embajador argentino Tomás de Anchorena. Jorge «Puma» Perrén, uno de los hombres de la ESMA que habían revistado en el Centro Piloto, declaró en el expediente judicial. Dijo que en una ocasión notó a Elena «poco lúcida y confusa» y la calificó de «inestable y exagerada». Sostuvo también que Elena era temperamental y conflictiva y que le había confiado problemas de relación con el embajador Anchorena, originadas en antiguas disputas familiares.

Sin embargo, Enrique Fukman, un prisionero al que obligaban a trabajar en el campo de concentración de la Marina, leyó en 1979 una desgrabación de una conversación telefónica de un año atrás en la que alguien, desde el Centro Piloto París le decía al oficial Ricardo Cavallo, Marcelo o Sécipio, que había que hacer algo con Elena Holmberg, porque «estaba coqueteando con Anchorena y se estaba volviendo peligrosa en contra de Massera».

Además, pocos días antes de su desaparición, Elena le había confiado a su hermano: «Ando en problemas con los marinos del ministerio».

También en 1979, en la oficina de prensa de Massera, el ex teniente Jorge Radice dijo en tono divertido en una reunión «¡Pobre Elenita, le pasó lo mismo que a las monjitas voladoras!» refiriéndose a las religiosas francesas Alice Doman y Léonie Duquet, eliminadas en diciembre del 77 en un vuelo de la muerte.

Cuando mataron a Elena, Graciela estaba aterrorizada. Todos en la

Cancillería señalaban a los marinos. En la ESMA corrió el rumor de que Perrén habría tenido un *affaire* con Elena y se le había soltado la lengua. Por eso, por su torpeza, convenció al Tigre de la necesidad de eliminarla.

El asesinato de Elena Holmberg terminó con el reinado de la Marina en la Cancillería. Con el aterrizaje consecuente de la Fuerza Aérea, todos los puestos fueron ocupados por oficiales aeronáuticos y los navales tuvieron que emigrar. Y con ellos, Graciela. Pero no por eso le permitieron dejar de trabajar para ellos.

Después de pasar por un departamento que llamaban la «agencia» en la calle Libertad, la destinaron durante un tiempo al Ministerio de Bienestar Social, a cargo del contralmirante Jorge Fraga, adonde la llevó el teniente Yon. En los pasillos de ese edificio frío de arquitectura fascista a metros de la Casa Rosada, se cruzó con secuestrados que trabajaban en otra oficina, la de prensa: Marta Bazán, Miriam Lewin, Andrea Bello, Edgardo Lancelotti...

Ya faltaba poco para el «despegue».

«Yo debo haber sido la última que se fue de nuestro camarote, el que ocupábamos con María», rememora Graciela. «Tengo la imagen de estar preparando mis cosas en una valija blanca y ver los colchones enrollados sobre las camas vacías. Todo se robaba de las casas, de modo que seguramente esa era la valija de algún compañero. A mí me devolvieron mi guitarra, pero se quedaron con el tocadiscos, con la ropa de los chicos de Sisi».

En esa habitación amplia, las tardes de los traslados, ella y las otras compañeras del *ministaff* se habían apretado en un rincón como si eso pudiera resguardarlas del llamado letal a los condenados. Antes de irse, la sensación de aquellos días la invadió una y otra vez.

La última noche, Graciela aprovechó que estaba sola y se llevó varias cosas, en un impulso justiciero.

Recuperó una agenda de Rodolfo Walsh con inscripciones en griego antiguo que la fascinó. Le pareció absolutamente ingenioso que el criptógrafo usara esa forma de registrar citas y direcciones para burlar a la policía, porque ella había estudiado griego en la facultad.

Preparó para sacar del campo dos o tres carpetas, una de ellas con una historia de los Montoneros que le habían hecho escribir a la Gavi, a Norma Arrostito, en cautiverio. Le llamó la atención que estuviera relatada en tercera persona.

También había algunos cassettes, grabaciones de interrogatorios y de reuniones. Una de esas cintas fue destruida tiempo después de manera ingenua por una de sus tías, que le dijo horrorizada: «Nena, escuché el cassette para ver qué tenía, si lo podía usar para grabar música y había una chica a la que estaban torturando. ¡Fue horrible, y de miedo la borré!»

Graciela vio dos veces más al Tigre Acosta estando fuera del campo. «La segunda vez, estaba en una relación algo complicada», dice. El Tigre la pasó a buscar con el auto por una esquina, y antes de dejarla de nuevo en su casa le advirtió: «Negrita, cuidado con las mujeres, mirá que las mujeres pegan». Era la prueba evidente de que estaban todavía escuchando sus conversaciones. Y que el móvil de las visitas era atemorizarla y controlarla.

La última llamada de sus captores la contestó a los gritos, diciendo que no quería volver a ver a ninguno de ellos, nunca más, ni a saber de ellos. Quería

que se olvidaran de su existencia.

A la Negrita le costó mucho reconstruirse. «Viví alienada», dice. «Era realmente otra persona». Tuvo que revertir la parálisis, el impulso de autodestrucción para superar lo vivido. Años y años de terapia y de conversaciones con compañeros, con la familia.

Una vez, leyó una nota periodística de una de las autoras de este libro, titulada «Amores en la ESMA». En una columna, una psicóloga analizaba la situación por la que habían atravesado las prisioneras. La Negrita anotó su nombre y fue a verla. Fue su terapeuta, la que la ayudó a hacer el esfuerzo de introspección para verse como víctima y además superar la culpa que le daba su «relación» con Acosta.

«Primeramente, haber pertenecido al *ministaff* era un estigma adicional que hizo que durante mucho tiempo no haya podido hablar públicamente de lo que pasó ni denunciar. Me costó hacer un proceso para reconocer lo que había vivido y mi condición de víctima y no de victimaria. Porque debido a la estructura dentro del campo, estábamos divididos en grupos con nombres diferentes, con supuestos compromisos diferentes con ellos, con los marinos, donde los del *ministaff* éramos los *malos*, los sospechados. Recién ahora se puede reconocer el rol de sobrevivientes de todos, pero durante años no fue así. Ellos, los represores, lograron que no se reconociera al *ministaff* como parte de esa población del campo, desaparecida».

Graciela tenía una carga adicional: la forma en que era vista su situación con Acosta. La favorita, la novia, la amante, no era tal; era, en realidad, la abusada, la esclavizada, la humillada. Sumó treinta años el proceso de recomposición, fortalecimiento psicológico, ideológico y filosófico, asegura.

Por eso no testimoniaba. Se acercó a la CONADEP en 1984, pero no estaba todavía en condiciones de cumplir con el requisito de firmar su declaración. Le concedió una entrevista a la periodista Claudia Acuña, en la revista *TXT*, pero no se atrevió a dar su nombre a pesar de que ya habían transcurrido muchos años.

Recién en 1997 se acercó al Equipo Argentino de Antropología Forense, que terminó constituyendo un refugio para los integrantes del *ministaff*, mirados con desprecio y desconfianza en otros organismos de derechos humanos.

Carlos Somigliana, Maco —uno de los integrantes del grupo que trabajó en el equipo de la fiscalía encabezado por Julio César Strassera en el juicio a las juntas en 1985, un juicio al que ninguno de ellos tuvo fuerza para acercarse— sin recriminarles nada, les ofreció un espacio para reunirse. Les hizo preguntas para reconstruir con sus respuestas trayectos de militantes desaparecidos cuyos restos se buscan.

Y a la vez, los ayudó a correrse del lugar que nunca les correspondió, el de victimarios. El resentimiento y la falta de comprensión de que quien entra como víctima a un campo de concentración, sale como víctima, ha provocado casos extremos de injusticia, como el del Pollo José Baravalle, que antes de ser capturado y extraditado para ser juzgado en el 2008 con los represores de la patota santafesina de Agustín Feced se suicidó en un pueblo del norte de Italia, adonde vivía con su mujer.

Graciela aclara que el *ministaff* no era un grupo homogéneo, y que dentro de él había amistades y solidaridad pero también muchos resquemores.

«Existe la idea de que un sobreviviente es un ser, entero, cuando en realidad un sobreviviente es un jirón, un pedazo de persona que tiene que recomponerse de lo que le han hecho, de lo que vivió, inclusive de lo que hizo», dice.

Repite lo que declaró bajo juramento en el juicio oral y público en el 2010: «Yo nunca marqué a nadie en la calle. Jamás participé en ninguna sesión de torturas, nunca participé en ninguna tarea de inteligencia. Y aún así los del *ministaff* fuimos conocidos como los colaboradores de los marinos...»

CATORCE

Zárate-Campana: la nave del horror

En el puerto de Zárate, sobre el río Paraná, por donde sale buena parte de la producción de esta ciudad industrial del norte de Buenos Aires, hay un buque militar, una mole gris de aspecto amenazante. La Armada se empeña en hacerla más amable organizando visitas guiadas para familias con niños y escolares. No hay nada que indique que después de la toma del poder por los militares en 1976, el patrullero A. R. A. *Murature*, que así se llama, funcionó como campo de concentración flotante. No está marcado como otros centros clandestinos de detención, con carteles que rezan Memoria, Verdad, Justicia. El *Murature*, sin embargo, era un eslabón más de la cadena de centros clandestinos de detención por los que pasó buena parte de los doscientos detenidos desaparecidos de la zona. No era la primera vez que participaba en una acción contra movimientos populares. En 1955, diez años después de haber sido botado en los Astilleros Río Santiago, disparó sus cañones durante la Revolución Libertadora contra las fuerzas leales a Perón.

El barrio La Carbonilla de Zárate era puro barro y casitas precarias en 1976. Ahí vivía la «China» Lidia Biscarte con su marido y sus hijos. Trabajaba como empleada de maestranza en Zárate-Brazo Largo, el monumental complejo ferroviario de dos puentes que une a la provincia de Buenos Aires con la Mesopotamia y que todavía se estaba terminando de construir. Había sido elegida delegada.

A comienzos de ese año, la China pidió licencia por embarazo. Cuando tuvo a su bebé, el cuarto, los médicos descubrieron que había nacido con una malformación intestinal. La licencia se extendió durante diez meses. De manera que cuando tres días después del golpe del 24 de marzo, por la noche, desconocidos entraron a su casa, la China, que estaba durmiendo, hacía un largo tiempo que sólo se dedicaba a su familia. El operativo que desplegaron atemorizó a todo el barrio. La vivienda quedaba a pocos metros de una sede de la Prefectura Naval. La golpearon ferozmente. Dejaron atado a su hijo de 8 años y se la llevaron en un Torino, los ojos vendados con la misma sábana con la que estaba durmiendo.

Así empezó su vía crucis. La hicieron recorrer un circuito enloquecedor, en la zona de Campana, Zárate y Escobar, conocido como «área 400». Primero, la llevaron a la Comisaría de Zárate, que ella reconoció de inmediato porque era nativa de la ciudad y muchas veces había ido a hacer trámites allí. La mantuvieron ahí unas horas.

«En un sillón de cuero me retorcieron los pechos. Me llevaron a una habitación, me quitaron el camisón, me tiraron agua y me torturaron con corriente eléctrica», recuerda. No la buscaban a ella, sino a una tal China Viscart, a quien acusaban de ser jefa regional del Partido Revolucionario de los Trabajadores. Era una confusión. La China llevaba entonces todavía sólo el apellido de su mamá, Castaño, porque su padre la reconoció cuando ya estaba detenida en la cárcel de Devoto, para poder visitarla. China era el

apodo que le había puesto de chica su papá. Todo el mundo la conocía así y no era su nombre de guerra como creían los secuestradores.

Después la trasladaron a una sede de la Prefectura que quedaba a metros de su casa. La China sabía bien cómo vibraba el edificio cuando amarraba una de las balsas que todavía se usaban para cruzar el río Paraná. Allí, en el garaje, perdió la mitad de su dentadura por los golpes y la picana en la boca. Estaba vendada y atada de pies y manos. Ya para ese entonces había sufrido golpes y ultrajes. La colocaron en el baúl de un coche y la llevaron a recorrer lugares que no reconoció. Durante varios días vestiría el camisón transpirado y ensangrentado de la noche del secuestro.

Más tarde, en el Arsenal Naval de Zárate, la estaquearon. «Eran miles», cree la China, los cuerpos estaqueados en el campo, estirados de pies y manos. «Mi mano estaba atada, había un poste y estaba atada con otros, los pies lo mismo, estábamos estaqueados todos así, algunos con alambre y a mí me tocó la suerte de que me pusieron soga, pero en los pies no, en los pies me pusieron alambre».

La China estaba desnuda, con los ojos vendados.

Seguramente usaron jirones de su ropa para cegarla. La venda se había corrido, sin embargo, un poco hacia arriba. Vio que uno de los represores quiso «subirse a caballo» de su cuerpo sin ropas. Y quiso esquivarlo, defenderse. Pero no pudo.

Empezaron a pasar de a uno, para su desesperación.

«Con las compañeras fuimos violadas varias veces. Entendí que estábamos en el infierno. Tengo las huellas todavía. Después nos bañaron con agua, que de la presión, nos levantaban en el aire» dice.

«Nos dieron vuelta y nos aplicaron picana. Nos tiraron agua y nos volvieron a violar. Nos ponían reflectores, estábamos desnudas y llovía mucho. Los compañeros que estaban trataban de ayudarnos pero les pegaban», rememora, en uno de los únicos hechos de resistencia a la violencia sexual desatada en un centro clandestino por parte de los detenidos varones.

La China fue llevada a una lancha, traspordada al agua.

«De ahí me suben con una roldana a un barco anclado en medio del río. Era el *Murature*. Me atan de los pies y me hacen el submarino en el río, boca abajo. No es a mí solamente, nos hacen el submarino a muchas personas. Estábamos completamente desnudos.»

Aunque hace esfuerzos, no puede recordar los nombres de todos, y eso la entristece.

«Éramos denigrados como seres humanos. Yo quiero decir que nunca los olvidé».

Había momentos en que la China no sentía las torturas. «Tenía tal quemazón, tal ardor, todo por dentro, que todo era igual». Las violaciones se repitieron allí. «Ahí, en ese barco fue donde vivimos el horror más grande».

En sus declaraciones la China pierde la noción de la cantidad de lugares adonde fue trasladada. Y esa era, seguramente, la intención de los militares represores. Desorientar, confundir, impedir identificaciones. «Era en un camión celular, hacía mucho frío, estábamos desnudos, ese marzo fue terrible, mucho frío, mucha lluvia. Tocábamos el celular con el cuerpo, son sensaciones a fuego que una no se olvida más». Así describe la China uno de

los transportes.

Pasó por el Tiro Federal de Campana y el club de la empresa Dálmine Siderca, ahora Tenaris, la siderúrgica de la familia Rocca propietaria de la multinacional Techint, de la que desaparecería un grupo de cuatro trabajadores en una jornada. Se la recuerda como la Noche de los Tubos, porque la fábrica se especializa en la producción de caños sin costura. Muchos otros obreros fueron secuestrados. La fábrica, luego del golpe, estaba militarizada. Un ex trabajador recuerda que uno de sus compañeros le habló de un cuaderno de tapas negras con listas de empleados «revoltosos» que se guardaba en la caja fuerte de la oficina de personal. La China se acuerda más claramente de ese lugar vinculado a la siderúrgica porque los represores los ataban de una manera muy peculiar, de espaldas, con los manos y los pies juntos. Después, siguió la macabra recorrida.

En uno de esos centros los represores no alimentaban ni daban de beber a los secuestrados. Un día, dominada por la desesperación, la China recuerda haber bebido orina. «Alguien orinó en un tarrito, y nosotros bebimos. Era una sed constante, pensábamos que era agua, era la cosa más rica. No sé si por el hambre comí materia fecal, yo sé que comí algo. Había un constante olor a podredumbre».

Puma, Tigre, Turco, Yacaré eran los apodos de los represores. Los escuchaban continuamente.

Por tener las manos destrozadas por las ataduras y la tortura, la China se salvó de que esos hombres la obligaran a acariciarlos, como les ocurrió a otras prisioneras. Con sorna, los guardianes les decían a las mujeres que las que eran católicas tenían que «ir a rezar», y se las llevaban para abusar de ellas. Para eso, para que pudieran tocarlos, les liberaban una de las manos lastimadas por las ligaduras.

¿De qué manera vinculaban la oración con la violencia sexual los represores? No se trataba seguramente de una ironía.

La antropóloga feminista argentina residente en Brasil Rita Segato opina que el violador es el más moral de todos los seres. «Es un sujeto moralista al extremo, la mujer violada es una mujer que mereció ser violada, que ya no es moral, una mujer que es violable por su falta de moralidad. Es impresionante esta autojustificación de los violadores», sostiene Segato, que ha entrevistado violadores en las cárceles.

El horror no había terminado.

En un momento, después de un interrogatorio en el que le preguntaban por armas, tiraron a la China a una piletta llena de cadáveres. La presencia de esas piletas y otros testimonios de sobrevivientes que hablan de cuerpos en receptáculos indican que podría tratarse de uno de los establecimientos usados como campos de prisioneros en el área 400, la Fábrica Militar de Tolueno.

La China no tenía capacidad de gritar ni de hablar, estaba desvanecida. Luego de unas horas de semiinconsciencia intentó pararse sobre ese mar de cuerpos exánimes. Y en ese momento, escuchó una voz que decía: «Acá hay una viva».

La sacaron de allí y le amarraron las manos nuevamente. La trasladaron. Le colgaron un número en un cartelito y la arrojaron en un calabozo. Supo mucho después que estaba en el Pozo de Banfield.

Las torturas continuaron, asistidas por un médico que garantizaba que la China era fuerte. Le arrancaron trozos de los pezones. «Dale que aguanta», escuchaba que decían.

La próxima parada sería una comisaría. Allí, recuerda la China, en una angustiante parodia de los primeros métodos de exterminio de los nazis, les hacían respirar el gas de los escapes de los camiones. Y ahí fue también donde recuerda haber sido interrogada por última vez.

El destino siguiente fue el Hospital Militar. Allí le permitieron bañarse y la alimentaron. Pero continuó teniendo los ojos vendados, aunque le permitieron quitarse la venda para lavarse con jabón en polvo. El ardor era insoportable.

La China intentó a pesar de todo de abrir los ojos, pegados, infectados...

Recibió la visita de monjas, que le regalaron un rosario y le recomendaron que rezara. Creyó que venían a salvarla.

«Yo soy católica, por favor sáquenme las vendas», les suplicó, atada a una cama como estaba. «Mire cómo estoy enferma, cómo estoy lastimada». «No puedo, hija, no puedo desatarte, no puedo hacer nada», le contestó una de las religiosas.

Había una mujer, una compañera, que lloraba constantemente. Había dado a luz y preguntaba por su hijo, quería saber adónde se lo habían llevado. Solamente recibió amenazas como respuesta. La China no sabe qué hicieron con ese bebé.

Un militar se acercó a la cuadra donde se extendían las camas de las prisioneras.

«Tienen que comer, es obligación que se recuperen porque se van a ir todas en libertad», dijo con dureza. Cumplir esa orden no fue fácil. La China, después de no comer durante tanto tiempo, tenía mucha dificultad en digerir.

«Ahora, después de cenar, van a tener una recreación», dijo ese hombre una noche. «Van a poder saludarse porque muchos se conocen, son del mismo pueblo». Efectivamente, del brazo y después de la cena fueron llevadas a la habitación de los varones, otra cuadra similar a la que ocupaban las mujeres.

«Acá están las chicas, pueden hablar», resonó el mandato del milico.

La China recuerda cómo se entremezclaron los cuerpos dolientes y desnutridos de los torturados, cómo se encontraron las miradas, se reconocieron los rostros demacrados.

«¿Quién sos? ¿Fulano? ¡Mengano!» relata la China la emoción del reencuentro con sus copoblanos.

«Había un poeta de Zárate, Marcelino López. También un chico de 16 años que estaba muy lastimado me tendió la mano y le acaricié la cabeza. Estaban los Parra, chilenos que eran cantantes y cantaron... ¡Llegaron a cantar cada uno una canción!»

«¿Por qué nos despedimos?, dijo un compañero cuando llegó el momento de separarse, ¿si nos vamos a ver afuera?»

La China estaba convencida de que no era así, que los iban a matar.

No estaba completamente equivocada. A Juan Carlos Deghi, abogado de cooperativas, lo legalizaron, lo llevaron a la Unidad 9 de La Plata y le comunicaron que sería liberado. Cuando lo fue a buscar su mujer, tuvo que insistir. En un momento, alguien le preguntó «¿Usted es la viuda de Deghi?»

Cuando finalmente lo dejaron salir, un guardia los hizo tomar un camino específico, que no era el más directo. A pocos metros de la cárcel, los estaban esperando en autos. Un grupo de desconocidos los secuestró a ambos. El cuerpo del abogado apareció en un campo, baleado, al día siguiente. La mujer no pudo hablar del tema ni denunciarlo durante un largo tiempo. No encontraba explicación a tanto ensañamiento.

La China estuvo después en los penales de Olmos y en Devoto, donde compartió el cautiverio, ahora legalizada como presa política, «blanqueada», con otras mujeres.

«Asesinas, putas, guerrilleras» les gritaban los guardianes a las detenidas. Los insultos eran la comida de todos los días. Pero al menos, no estaba sola.

Estaba en silla de ruedas, la tortura le había carcomido parte de los talones y no podía mantenerse en pie.

Una vez, uno de los responsables del penal le ofreció una mejoría en su situación a cambio de convertirse en buchona. «Quiero que me digas quiénes son las cabecillas ahí adentro. Si cooperás, vas a tener recreos, vas a recibir diarios como tienen en los demás pisos...» Un poco de sol, más aire, contacto con la realidad del mundo exterior. Le estaban ofreciendo denigrarse, traicionar a cambio de conseguir algo que era su derecho. Contestó que no estaba dispuesta.

La China amaba a sus compañeras. «Apenas sabía escribir, ellas me enseñaron todo. Hablábamos de política, leíamos, me explicaban. Me ayudaron tanto... Gracias a ellas, a su ayuda, puedo caminar», explica. Y habla bien de todas por igual: «Las del PRT, las montos... todas eras solidarias.»

La respuesta a su negativa de delación fue la celda de castigo. De nuevo la soledad, la oscuridad.

Un delegado de la Cruz Roja la visitó porque su familia había denunciado que las autoridades del penal no reconocían que estaba alojada allí. A pesar de las advertencias del propio inspector, que le decía que no estaba en condiciones de garantizar su vida, denunció todo lo que le había pasado. Estuvo treinta y cinco días en aislamiento como represalia.

Sin embargo, su acto de valentía tuvo una compensación: los médicos de la Cruz Roja la operaron para reparar su vagina, dañada por las violaciones y torturas.

En la cárcel distribuyeron formularios donde existía la opción de solicitar permiso para dejar el país. Las mujeres lo tomaron como una burla, pero la China lo llenó de todos modos. A raíz de eso, un día la sacaron encapuchada y en silla de ruedas hasta la salida del penal, donde le pusieron una manta en las manos. Desde allí la llevaron a protagonizar una extraña reunión con el general Guillermo Suárez Mason en la sede del Primer Cuerpo de Ejército. Como si fuera sumamente peligrosa, la hicieron entrar custodiada por celadoras y por dos tanquetas. Suárez Mason estaba rodeado por otros militares. La observó detenidamente, y le convidó un cigarrillo y un café.

Su voz sonó como trueno.

—Dígame, señora, ¿por qué quiere irse del país?

—Yo no me quiero ir, pero antes de estar presa...

—Así que la Organización la espera...

—No, no es así.

—¿Cómo que no? ¿Quién la banca, quién le paga el pasaje?

—No, nadie. Fue solamente una solicitud que me dieron en el penal.

El general se enfureció todavía más con esa mujercita consumida por el sufrimiento.

—Bueno —continuó—, usted tiene que saber que acá le metemos una estampilla. Usted se va a ir a Francia, adonde va a trabajar un año y seis meses para que aprenda a hablar el idioma, un año más para pagar el pasaje... y allá la van a estar esperando los periodistas. Porque usted, usted acá ¡no pisa nunca más! Usted no se va a ir como presa política, usted es echada por su patria. Su Patria no la quiere ver nunca más.

La China apenas entendía lo que le decía ese hombre temible de gesto adusto. Estaba aterrorizada. Ni siquiera cuando la torturaron había sentido tanto miedo. Un miedo helado, que la ataba a la silla.

El sermón seguía. El hombre gritaba, golpeaba el puño sobre un escritorio.

—Allá la van a estar esperando los periodistas. Y usted, ¿qué les va a decir, que por qué está en una silla de ruedas?»

—Porque me torturaron —dijo la China con un hilo de voz.

La catarata de insultos fue todavía más violenta.

—Usted no quiere a su Patria, ¿va a ir a hablar mal de su Patria con la guerrilla?

La China seguía paralizada.

El energúmeno se hizo traer unos papeles.

—¿Ud. quiere ver a sus hijos? Porque si se va del país, no los va a ver nunca más —amenazó.

China recordó cómo en el pozo de Banfield había escuchado voces de niños que lloraban. Le decían que eran los suyos, que los estaban torturando para que ella hablara. Se estremeció.

—¿Se quiere ir del país o quiere quedarse en su Patria?

—En mi patria —atinó a decir con el hilo de voz que le quedaba.

Por lo menos cree haber dicho eso...

Paradójicamente, el militar que le recriminaba querer dejar la Argentina se fue del país cuando se ordenó su captura ya en democracia y fue arrestado en California, en los Estados Unidos, adonde vivía prófugo.

«Bueno, firme aquí», le ordenó mostrándole un papel que la China no pudo leer. «En seis meses, cuando camine mejor, se va en libertad».

Y efectivamente, en ese caso el general cumplió con su palabra. En seis meses, Lidia Biscarte se fue a su casa...

Del penal de Villa Devoto salió finalmente, nuevamente encapuchada, lo que le despertó las peores sospechas. En enero de 1979, sin embargo, la dejaron en libertad desde Coordinación Federal, una dependencia policial donde funcionaba otro centro clandestino. Y donde también la interrogaron y la mantuvieron sin comer dos días. La obligaron a caminar dos cuadras sin mirar hacia atrás. Lo hizo como podía, titubeante. A causa de las heridas, había estado un año y cuatro meses en silla de ruedas, sin caminar. Pidió dinero en una mueblería, donde dijo que era una presa política. En la estación de Retiro se tomó un colectivo que la devolvió a Zárate.

Ahí su hijo mayor, Gabriel, apenas si la reconoció. La China tenía 25 años. «Parecía una viejita, estaba flaquita, le faltaban todos los dientes. Pero yo la reconocí porque la amo, es mi mamá...», dijo cuando declaró en el juicio de Campo de Mayo. Con su abuelo Biscarte, enfermo, hacía todos los trámites posibles para encontrarla. Cuando la hallaron, sólo pudieron verla dos veces, en Devoto.

La China vive en un chalecito modesto en Zárate, no muy lejos de donde suele estar anclado el *Murature*. La sombra del buque donde la torturaron la persigue. La indigna que la Armada abra el barco para que lo visiten los niños, como si se tratara de un parque de diversiones.

En el 2004, el juez federal de Zárate-Campana Federico Faggionato Márquez hizo un recorrido de reconocimiento con seis sobrevivientes, entre ellos las mujeres que aseguran que fueron violadas a bordo. Un recorrido para determinar quién fue responsable de los crímenes. Los ex prisioneros reconocieron un habitáculo, el de la sentina, que era llenado de agua con ellos adentro casi hasta ahogarlos. «Así nos dijeron que íbamos a morir todos», dijo uno. Una de las ex desaparecidas pidió que le vendaran los ojos para poder orientarse dentro de la nave. La justicia tuvo que esperar que trajeran el patrullero desde la base naval de Puerto Belgrano.

«En el barco sufrí el horror más grande. Son degenerados y tienen que pagarlo», sostiene la China, mientras pasa un mate y ofrece galletitas en la cocina de su casa, amplia y hospitalaria. Es querellante en la causa. «Yo no era Marilyn Monroe pero era joven», explica, como si hicieran falta aclaraciones.

El ex juez federal de San Martín Juan Manuel Yajl consideró en su momento que las violaciones eran eventuales. Y dictó la falta de mérito para el jefe militar de la zona, Santiago Riveros (Suárez Mason murió a los 81 años de una hemorragia gastrointestinal en la cárcel, en el año 2005).

Ante la apelación de los abogados, la Cámara Federal de San Martín tampoco creyó que los delitos sexuales formaran parte de un plan sistemático.

«Nunca ningún juez me preguntó si me habían violado», se lamenta.

«No es lo mismo que hablar sobre otras torturas», dice la China. «Tengo las marcas en mi cuerpo, en la vagina, en los pechos. ¿Sabés qué? Es difícil hablar, sobre todo si no sirve para que los que cometieron los delitos sean castigados».

En su rol de querellante sólo la acompaña otra militante, Eva.

La China recién se animó a contar todo en el último juicio, el de Zárate-Campana, parte de la megacausa Campo de Mayo. Sus siete hijos oyeron de su boca por primera vez completamente el relato de los crímenes sexuales de los que fue víctima.

«Te sentís sucia», explica. «Nunca fui a un psicólogo. No me considero enferma... pero estoy llena de impotencia».

La China apoyada por dos organizaciones, Cladem e Insgenar, sigue adelante en la causa, con empuje, como si fuera en la motito azul en la que recorre Zárate.

Su fuerza no decae. Es movediza y verborrágica. Estuvo a cargo del área Derechos Humanos del municipio y sigue militando. «Estos se deben estar lamentado el haberme dejado viva».

En el último festejo de una fecha patria, alrededor del *Murature*, amarrado ahora en el puerto de Buenos Aires, se armaron peloteros, actuaron magos y hubo descenso en tirolesa y carreras con obstáculos. A los chicos se les pintaron los colores patrios en las caritas y se les sirvió comida. Fue un festejo organizado por la Armada Argentina.

La China y los demás sobrevivientes, entretanto, siguen declarando y recordando los crímenes cometidos a bordo del barco. Señalan el guinche desde el cual, colgados de los pies, los sumergían en el río, los hierros sobre los que amarrados, les arrojaban baldazos de agua y les aplicaban corriente eléctrica. «Es una aberración que un buque que fue un centro de torturas siga surcando los mares», se indigna la China. «No tengo que llorar. Tengo que llevar la voz de los compañeros y compañeras que hoy no están más acá».

QUINCE

Bahía Blanca: un nombre de guerra

Bahía Blanca es probablemente una de las ciudades más conservadoras de la Argentina. Fue fundada como un fuerte contra los indios que codiciaban el ganado de los blancos, por un coronel de apellido Estomba justo en el límite sur de lo que se consideraba «civilización» y no barbarie. A 500 km de Buenos Aires, Bahía lleva la impronta de la presencia de la Armada, que tiene en la zona su base más importante, Puerto Belgrano. Pero también hay asentamientos del Ejército y de la Fuerza Aérea. Tiene una proporción muy alta de población militar en relación a la civil y eso se nota en sus costumbres, sus tradiciones y sus prejuicios.

Durante largos años, la única usina informativa de la ciudad fue *La Nueva Provincia*, mucho más que un órgano de prensa afín a la dictadura. El diario, propiedad de la familia Julio, fundado en 1898, estuvo históricamente asociado a los intereses de los grandes productores agropecuarios y fue clausurado durante el gobierno de Juan Domingo Perón. En 1955, fue devuelto a sus anteriores dueños y comenzó a ser dirigido por la nieta de su fundador, Diana Julio de Massot. La influencia del diario creció con la adquisición de una radio, LU9, y luego —muchos años después— con el acceso al mercado de la televisión y el cable. Uno de los hijos de la directora, Vicente, se convirtió en secretario de redacción de la ultraderechista revista *Cabildo*, que se imprimía en la planta gráfica del diario. A través de sus editoriales y de la publicación de noticias de falsos enfrentamientos, *La Nueva Provincia* se constituyó en un verdadero bastión del Proceso de Reorganización Nacional y la derecha más recalcitrante. No opinaba sobre el accionar de la Junta Militar, le daba órdenes. No criticaba, daba instrucciones.

«Es hora de abandonar esta absurda y forzada mentalidad “legalista” —decía el diario— para intervenir en la más sucia de las guerras, artera, asesina y no convencional. Que sólo se cortará de raíz cuando se resuelva combatirla en sus causas de manera frontal, tajante y sin concesiones, en todos los niveles, andariveles, estamentos y reductos».

Para la Universidad, *La Nueva Provincia* clamaba por «Claustros Limpios por Dentro y por Fuera». «Si hay factores nocivos en la Universidad Nacional del Sur que la adulteran o perturban, deben ser eliminados sin miramientos ni flaquezas», demandaba.

En los claustros, como pedía el diario de los Massot, la represión desembarcó antes del golpe, con el nombramiento como interventor de Dionisio Remus Tetu, un fascista de origen rumano. Responsable de cesantías, mentor de secuestros y hasta de muertes, Tetu, un anticomunista furibundo, se desplazaba custodiado por un aparato de seguridad compuesto por al menos veinte hombres armados. Entre ellos, el asesino del estudiante comunista de ingeniería David «Watu» Cilleruelo por Ramón «Moncho» Argibay, un matón sindical. Watu fue el único estudiante argentino asesinado

dentro de una facultad. Le dispararon por la espalda, durante una volanteada. Según los testigos, los culpables se fugaron en un auto del rectorado.

En Bahía Blanca hubo 240 desaparecidos. Después de dejar Tucumán en manos de Antonio Bussi, su sucesor al mando del Operativo Independencia, Acdel Vilas se trasladó al sur. Como en la provincia norteña, el campo de concentración que regenteó se llamó La Escuelita. A la vera del camino La Carrindanga, en un predio del Ejército, La Escuelita funcionaría hasta 1979, cuando para borrar toda huella, la demolieron con topadoras.

Era una vieja casona, con dos habitaciones conectadas donde los secuestrados se amontonaban en camas superpuestas. Había un aljibe donde se colgaba a los interrogados hasta dislocarles los hombros, una sala de torturas, una de guardia y una casilla rodante que servía de extensión de las instalaciones.

Acdel Vilas se hizo cargo de la segunda jefatura del V cuerpo de Ejército durante 1976, con su particular estilo de «manos en la masa». Un sobreviviente del centro clandestino de detención lo recuerda gritándoles a sus subordinados «Quiero cadáveres» cuando sospechaba que no estaban actuando al máximo de sus fuerzas. Al dejar su cargo, *La Nueva Provincia* lo despidió con un «Hasta siempre, soldado», al final de un editorial emocionado y cargado de alabanzas. Un párrafo de agosto de 1976 lo ensalzaba de esta manera: «A esta altura existe sólo una dialéctica: la del amigo-enemigo. Y al enemigo, el vencedor de Tucumán (Vilas), lo comprende mejor que nadie, debe tratárselo como tal. ¿O es que todavía vamos a creer que, mientras se conspira para destruir a la Patria, los delincuentes subversivos merecen acogerse al Tratado de Ginebra? Créanlo los cobardes, los cómplices... No lo cree así, afortunadamente, quien venció en Tucumán y hoy se empeña en limpiar a Bahía Blanca de elementos subversivos».

El diario había hecho también lo suyo, más allá de las arengas en sus páginas, para llenar las sórdidas cuchetas de La Escuelita. Por dar sólo un ejemplo, periódicamente convocaba a la población a denunciar movimientos extraños, llamando a un número telefónico que publicaba. El mismo Vilas admitió que tuvo que articular un comité de evaluación de la información recibida porque hubo una avalancha de delaciones, movidas muchas veces por venganzas personales o incluso despechos amorosos.

Vilas murió en el 2010, sin que la justicia pudiera condenarlo. Diana Massot y su hijo Federico también fallecieron antes de que se pidiera su detención por su complicidad con delitos de lesa humanidad. En 1975, los medios de los Massot no salieron durante tres semanas por un conflicto gremial en reclamo de mejoras en el descanso semanal. Dos trabajadores gráficos del diario, ambos delegados, Enrique Heinrich y Miguel Ángel Loyola, fueron desaparecidos, y hay serias sospechas de la colaboración de la familia propietaria del diario con el hecho.

Con la partida de Vilas, en 1976, el mando del campo de concentración bahiense fue tomado por el general Abel Catuzzi, que le dijo sin sonrojarse al obispo Miguel Hesayne: «Torturar es una necesidad cristiana». Su segundo era Osvaldo Aspirtarte y juntos contaban con un implacable grupo de

interrogadores y operativos que usaban nombres de guerra como Laucha, Chamamé, Vaca y Tío.

El Tío Santiago Cruciani, uno de los más feroces torturadores, tenía ojos intensos y un mentón firme, pero lo que causaba una impresión más duradera era su tono al hablar.

En el año 2000, el Tío se negó a declarar en el Juicio por la Verdad, uno de los procesos que se abrieron durante la vigencia de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida para la reconstrucción de la verdad histórica. Varios represores reconocieron en sus declaraciones crímenes aberrantes, pero luego pudieron retirarse en libertad, salvo que se hubieran involucrado en delitos contra menores o contra la propiedad. A pesar de este paraguas de impunidad, Cruciani hizo gala de su soberbia y su desconocimiento de la autoridad de la justicia civil para convocarlo mientras vivía en Mendoza.

Cuando el tribunal ordenó su arresto, su esposa, Yolanda Pozzi, una mujer de mirada clara y rostro melancólico, pidió juicio político para los jueces de la Cámara Federal.

La fidelidad de Yolanda, tal vez, fue la que hizo que muriera poco después de que Cruciani dejara este mundo devorado por un cáncer en julio del 2007 y así eludiera definitivamente al tribunal. Estaba detenido desde hacía un año en el penal de Marcos Paz y Yolanda denunciaba incansablemente una persecución injusta para un «pobre sargento primero». Lamentándose de su edad avanzada, Yolanda decía de Cruciani poco antes de seguirlo: «Ya mi lucha no es la misma, sólo me queda el recuerdo del hombre de ley que fue. Estoy segura que desde el cielo nos estará bendiciendo siempre...» Cruciani estuvo acusado de 65 casos de torturas, 26 homicidios y dos lesiones graves. Pero además, los relatos de los sobrevivientes que lo padecieron contribuyen a obtener la dimensión real de su perversidad.

En Bahía Blanca, una muchacha bellísima, de cabellos largos y rubios, profesional y docente universitaria, lleva desde su nacimiento el apellido de un hombre que jamás existió. Mario Mancini, que la inscribió como su padre, era el alias que un miembro de la inteligencia militar utilizaba para infiltrarse en parroquias de barrios populares, para detectar posibles «subversivos». El nombre falso detrás del que se escondía, precisamente, el interrogador Santiago Cruciani. El Tío es recordado por todas sus víctimas por su voz. Una voz grave, que algunos describen como radial. Cruciani había sido convocado en los últimos dos meses del Operativo Independencia a Tucumán, y después de foguearse allí, llegó a Bahía Blanca para trabajar con Acdel Vilas.

María de las Mercedes Orlando era en 1976 asistente social en el municipio, aunque estaba de licencia y trabajaba como docente en la escuela Nuestra Señora de la Paz, administrada por la Compañía de María. En la madrugada del 21 de marzo, tres días antes del golpe, estaba sola, en camión y chinelas en su casa, con su madre. Un grupo de hombres uniformados y de civil, todos armados, rodeó la vivienda y se la llevó en un vehículo a los gritos. Al poco tiempo, los desconocidos volvieron para secuestrar todos sus libros. «Su hija no es ninguna santa», le decían a su mamá, que era presa de una crisis nerviosa mientras los represores revisaban los textos de educación y trabajo social de la biblioteca.

A Mercedes la habían llevado vendada a La Escuelita, donde la ataron al elástico de una cama y la interrogaron acerca de alguien que no conocía. Repetía una y otra vez su nombre, que era lo único que podía dar, a pesar de que las amenazas de picanearla arreciaban. Los insultos de los torturadores se mezclaban con el sonido de una radio a todo volumen. Había uno de ellos que le creía. Parecía estar convencido de que ella no tenía información para dar, a pesar de que era feroz con otros. «Dale, Laucha, dale de nuevo», azuzaba con su vozarrón Cruciani al lado de la parrilla, mientras los cuerpos de sus víctimas se arqueaban amarrados.

Mercedes estaba aterrorizada. Con el correr de las horas —que se hacían eternas— ese cruel desconocido de voz profunda empezó a hacerle sentir que era su protector, que tenía poder sobre los otros. Que cuando él estaba cerca, ella estaba a salvo del dolor y de las amenazas. Incluso llegó a pedirles a los demás que llamaran al arzobispo Jorge Mayer para corroborar que ella no era culpable de aquello de lo que la acusaban en la mesa de torturas. «Era el único que me creía, que cuando yo decía algo no insistía. Con él me relajaba», declaró Mercedes.

Por fin, a la madrugada, el «benefactor» de Mercedes dio orden de que la desataran. En un vehículo, la llevaron a dar una vuelta para desorientarla y la dejaron cerca de la casa de su hermana. Mercedes regresó a su hogar, pero estaba paralizada. No se sentía libre. Tenía miedo de que la volvieran a buscar, de salir a la calle. No quería ir a trabajar por temor a exponerse a un nuevo secuestro. Curiosamente, cuando el interrogador de la voz gruesa llamó por teléfono a su casa y se identificó como Mario Mancini, se consideró más amparada. Él le prometió que iba a devolverle todos los libros que le habían quitado, y así fue. También le recomendó e insistió en que volviera a su rutina, a trabajar en la escuela, y le ofreció acompañarla a ver a monseñor Mayer. Mancini le reveló que estaba en el servicio de Inteligencia. Mercedes no le hizo más preguntas, tal vez porque no quería conocer detalles.

«Me sentía protegida con él. Al no saber por qué me habían ido a buscar, con mi familia teníamos miedo de que me detuvieran de nuevo. A su lado, me sentía segura. Empezamos una relación».

Mercedes califica de «relación» su vínculo con Mancini, un hombre que no existía. Él había participado en su secuestro y su interrogatorio, pero en medio de su situación de vulnerabilidad extrema, ella había percibido que su seguridad —es más— su supervivencia, dependían de él. La dispar «pareja» entre el jefe de los torturadores y su víctima continuó durante más de un año. Y Mercedes llevó adelante un embarazo de él.

Mancini había aprovechado los meses de cercanía con ella para infiltrarse en la comunidad de la Parroquia del Carmen, en la barriada de Sánchez Elía. El párroco, Néstor Hugo Navarro, se había acostumbrado a verlo después de la detención ilegal de Mercedes, que, según dice el sacerdote, no lo alarmó porque «apareció enseguida».

La indicación de Mancini a su prisionera de que se reintegrara inmediatamente a su trabajo en la escuela católica pudo haber tenido como objetivo facilitar ser él mismo aceptado allí. Mercedes iba a ser así el instrumento involuntario de un operativo de infiltración en la militancia católica bahiense.

Cruciani tenía una oficina en la calle Chiclana al 400, y Mercedes lo visitaba en ese lugar. Su influencia y dominación fuera del campo no sólo involucraban a la mujer. Claudio Collazos, otro empleado municipal secuestrado a quien le había propuesto ser «buchón», también lo frecuentó en esa dirección. Curiosamente, exactamente igual que Mercedes, Collazos dijo tener miedo pero sentirse resguardado cuando estaba cerca de su secuestrador.

El padre Navarro siempre tuvo la seguridad de que ese hombre alto, de gamulán, era de los servicios. Le parecía natural que estuviera allí, ya que el cura tenía en su historia reciente experiencias que lo hacían blanco de la represión. Navarro había creado Cáritas en la parroquia y se había encargado de recibir a los refugiados que venían de Chile, huyendo de la dictadura de Pinochet.

Los tempranos ataques a la militancia en Bahía Blanca, aún antes de la caída del gobierno de Isabel, estuvieron dirigidos contra otros miembros de la comunidad religiosa. Primero mataron al padre salesiano Carlos Dorniak. Fue sin dudas la Triple A. El sacerdote Santecchia, que trabajaba con él, tuvo que abandonar el país de inmediato. La monja Norma Gorriarán, de la Compañía de María, se vio también obligada a irse de la ciudad porque desconocidos armados fueron a buscarla dos veces. Pusieron un explosivo en la parroquia del padre Zamorano, y otro estalló en la casa de la madre del sacerdote Segovia. No satisfechos con eso, poco después ametrallaron la vivienda. Entonces, en medio de la locura represiva, el obispo Mayer le había pedido al padre Navarro que siguiera los pasos de sus compañeros y dejara Bahía Blanca, pero él quiso quedarse.

En esos meses de 1976 y 1977, además de Mercedes, que regresó a los tres días, fueron secuestrados y asesinados en falsos enfrentamientos otros militantes católicos, docentes, scouts y trabajadoras sociales: Patricia Gastaldi y Horacio Russin, Diana Diez, Carlos Rivera y Elizabeth Frers. También María Clara Ciocchini, que pudo escapar de Bahía Blanca pero cayó en La Plata en La Noche de los Lápices.

Por eso no le extrañó al padre Navarro que un hombre que no era habitué, presenciara desde la última fila la misa que oficiaba. Cuando salió, el sospechoso estaba en la vereda de enfrente, mirándolo con insistencia. Navarro sintió las pisadas del desconocido cerca, durante varias cuerdas, hasta el colegio La Inmaculada, donde tenía que dar clases de catequesis. Le avisaron, mientras estaba en el curso, que alguien estaba esperándolo para hablar con él. Los minutos se alargaban mientras el sacerdote sentía que una amenaza letal se corporizaba y no había escape posible.

A la salida, Cruciani, que de él se trataba, le dio la mano. Se presentó como el suboficial de ejército Mario Mancini, el mismo nombre que le había dado a Mercedes, y le ofreció conversar sobre cuestiones religiosas. Le manifestó con cinismo extremo que «lamentaba que el padre Segovia, después del explosivo y el ametrallamiento se hubiera tenido que ir» y le aseguró que estaba a favor de «cambios» en la Iglesia. «Tratábamos temas de índole pastoral y espiritual», dijo Navarro muchos años más tarde, cuando declaró como testigo ante un tribunal.

Mancini empezó a frecuentar la parroquia hasta que se convirtió en una presencia común. Incluso se integró a un grupo de reflexión de fieles.

Navarro no consideró que tuviera que advertir del peligro al resto de los feligreses. A nadie le reveló de quién se trataba. «¿A quién iba a alertar si yo era el investigado?» dice. Según Navarro, ahora de 78 años y obispo del Alto Valle, sólo se lo dijo a una mujer, de nombre Perla, que se acercó a Mancini y tenía al marido preso. Esa Perla, sin embargo, en realidad Perla Barnes, lo desmiente. «Navarro nunca me advirtió de nada», dice, con cierto resentimiento. Es más, asegura que el Tío Cruciani la visitó en su casa dos días después del secuestro de su marido, Julio Ruiz. Fue a decirle lo que sabía de sus amistades y actividades para atemorizarla. Y lo que es peor, a admitir sin que ella lo preguntara que a su marido lo tenía secuestrado él, que no intentara buscarlo o presentar un hábeas corpus. Julio Ruiz, efectivamente, estuvo en La Escuelita a merced de Cruciani. Perla, su esposa, nunca más regresó a la Iglesia. Sabía perfectamente quién era Mancini, ese hombre que había compartido las misas con ella cada semana, al que había visto arrodillado, persignarse, orar y comulgar. Y también lo sabía el padre Navarro, que según ella «confesaba y absolvía de sus pecados a este personaje».

El Tío Cruciani, evidentemente, tenía como costumbre presentarse en las casas de sus víctimas para atormentarlas. Lo hizo con Perla, y también con Nélide Deluchi, una mujer a la que le tocó el timbre con la excusa de devolverle los documentos después de dejarla ir de La Escuelita. Después, el encargado de proseguir con el martirio fue su delegado, Chamamé, a veces acompañado por otro integrante de la patota del Tío, Zorzal. Nélide tuvo que soportar durante dos años las visitas periódicas del hombre que estacionaba el auto frente a su casa, cenaba allí como si fuera normal y hasta llegó, una noche, a olvidarse su arma y su identificación. Chamamé le hacía chistes, le mostraba fotos, hacía comentarios acerca de un represor que se había quedado con un bebé nacido en cautiverio y se jactaba de haberle salvado la vida. Nélide sufría serias secuelas de las torturas sufridas en los interrogatorios del Tío. Chamamé puso además los ojos en Claudia, la hija de 14 años de Nélide. La adolescente se tuvo que ir a vivir con unos familiares para protegerse, ya que más de una docena de estudiantes de una escuela industrial bahiense habían desaparecido. Nélide dejó Bahía Blanca. Cuando fue convocada a declarar ante la justicia contra sus torturadores, treinta años después, viajó a la ciudad, pero antes de la audiencia, tuvo un infarto. Por eso, su hija Claudia fue su voz ante el tribunal, y dio cuenta de las consecuencias físicas y psicológicas permanentes que padeció su madre. «Vive con pánico, necesita la asistencia de otras personas. Es difícil hablar de estos temas con mi mamá... Se marea, se agita, se cae. El ruido del subte le trae memorias de la tortura. No pudo volver a trabajar porque tuvo infecciones renales todo el tiempo. Nunca contó toda la historia. Todos los agostos, en el aniversario de su caída, se enferma. No puede encontrar un lugar dentro de ella misma donde sentirse segura», dice Claudia, que llegó desde Canadá para declarar. «Tuve que buscar a mi mamá a los 14 años, y cuando volví, tuve que convertirme en madre de ella, que nunca volvió a ser la misma». Nélide, arrasada por su historia, sufrió dos operaciones para reparar las consecuencias de la tortura. Por eso, y por su frágil equilibrio psíquico, la fiscalía decidió acusar a los represores por lesiones gravísimas.

Mario Mancini no se preocupaba por disimular sus fines en la parroquia

del barrio Sánchez Elía. Le comentó al padre Navarro que se creía que en el mimeógrafo de Cáritas se imprimían volantes para los Montoneros. En agosto del 76, un miembro de la parroquia recibió un anónimo con letras recortadas. Comunicaba que si alguien no le decía a Navarro que se fuera de la iglesia, ellos «se encargarían de él».

El ahora obispo Navarro asegura que aprovechó su cercanía con el hombre de inteligencia para preguntarle por desaparecidos de la comunidad. Por Diana Diez, por ejemplo, de quien Mancini le dijo que sería liberada en unos días, y así pasó. Sobre Horacio Russin, sin embargo, Mancini le mintió: le aseguró que lo tenía la Marina y no el Ejército, como en verdad sucedía. Elizabeth Frers, secuestrada, militante de la Juventud Universitaria Católica y guía del grupo de scouts La Pequeña Obra, ejercía sobre el Tío una fascinación especial, según el religioso. El Tío, admitiendo que la mantenían cautiva, le dijo a Navarro que tratarían de «recuperarla» porque era «una síntesis maravillosa entre cristianismo y marxismo». A pesar del interés del represor, Elizabeth apareció muerta en un combate fraguado, en realidad una ejecución. Cruciani se entusiasmaba con esas prácticas. Decía que el Ejército no era partidario de mostrar «grandes carnicerías» sino pequeños enfrentamientos que se difundían mediante lo que llamaba, en su jerga, «noticias falopa».

El Tío también manifestó debilidad por otra detenida en La Escuelita. Ahí estuvo secuestrada una titiritera y asistente social, Mónica Morán. Según la sobreviviente Dora Seguel, el Tío la saludaba y ella le contestaba en mapuche, porque hablaba y cantaba en esa lengua. «¿Te acordás, Mónica, cuando te fuimos a buscar?» La habían secuestrado en su clase de teatro, delante de un grupo de compañeros. «Estabas tan nerviosa que tartamudeabas cuando decías que eras titirititiri tera», le recordada Cruciani. Y explotaba en risas. Luego, se embarcaba con ella en largas charlas sobre política, porque parecía estar muy interesado en aprender marxismo. Pocos días después, la misma Dora escuchó en la radio que Mónica había muerto en otro falso enfrentamiento. Ni Elizabeth ni Mónica escaparon a la muerte pese a la supuesta admiración del represor.

Mancini dejó de asistir a las actividades de la parroquia no por pedido del cura Navarro, sino porque fue trasladado a Lima, a la agregaduría militar de la embajada argentina en Perú. Navarro incluso bautizó a su hija con Mercedes. Después de su partida, ella perdió todo contacto con Mancini. Le mandaba cartas que le eran devueltas diciendo que no había nadie de ese nombre en el destino. Entonces, con la ayuda de un pariente militar miembro de la Armada, averiguó quién era realmente Mario Mancini. Y así supo que el hombre que decía llamarse así y que durante más de un año la mantuvo sometida se llamaba en realidad Santiago Cruciani y tenía otra mujer e hijas en Mar del Plata.

Cuando Mercedes, con enorme entereza, habló ante el tribunal que juzgaba los crímenes cometidos en La Escuelita en Bahía Blanca, todos enmudecieron.

«Se enamoró de su captor, tuvo una hija y luego se enteró de que se trataba de “El Tío” Cruciani». «Mujer detenida en dictadura tuvo un hijo con represor argentino», titularon en una síntesis imposible diarios de la Argentina y del mundo.

La hija de Mercedes, que vive en Bahía Blanca y conoce la historia de su origen, sigue llevando el nombre falso del represor y hay datos de que estuvo en contacto con Yolanda, la esposa engañada que idolatró a Cruciani hasta la muerte. Sólo ellas saben qué se dijeron sobre el hombre que engendró a una y marcó a fuego la vida de la otra.

La Escuelita

Acusados de pertenecer al ERP, diecisiete jóvenes de entre 15 a 30 años fueron detenidos ilegalmente en junio de 1976 durante el operativo Cutral C6. El primer objetivo de la comarca petrolera neuquina, ubicada a poco más de 100 kilómetros de la capital provincial fue la casa de los Seguel.

Cuando otras chicas pensaban en el vestido largo de su cumpleaños, a los quince, Dora Seguel había decidido militar en el Partido Revolucionario de los Trabajadores-ERP con sus hermanas mayores, Argentina, de 19 y Arlene, de 21. Arlene estudiaba servicio social en la capital y sus recorridas por los barrios necesitados la habían convencido de la necesidad de una revolución.

Los miembros de la familia habían comenzado a percibir que un auto extraño los seguía. Pero ese sábado, a la hora de la siesta, no se sentían amenazados. Arlene había salido a la despensa a comprar ingredientes para preparar una torta. Creían que los esperaba una tranquila tarde juntos. En ese momento, sin embargo, cinco hombres disfrazados con pelucas, boinas, bufandas y anteojos irrumpieron en la casa. Buscaban a la mayor de las Seguel. Estaban discutiendo si iban a llevarse a Dora, que era muy parecida físicamente a su hermana, cuando vieron entrar a Arlene. La acorralaron en el dormitorio. «Tiene un compañero que anda en drogas, la llevamos a la comisaría para hacerle unas preguntas», explicaron. El padre quiso acompañarla pero cuando iba a ponerse un abrigo, los desconocidos arrojaron a Arlene a un auto y escaparon a toda velocidad. Un hermano los siguió en moto, pero les perdió el rastro. Ingenuamente, fue a la Policía Caminera para advertirles que le bloquearan el paso a cualquier móvil desconocido. La familia hizo la denuncia por «presunto secuestro» en la comisaría.

Argentina y su madre viajaron los cien kilómetros que las separaban de la ciudad Neuquén para hacer averiguaciones.

Dora, en cambio, se quedó en Cutral C6 y asistió como siempre a la escuela nocturna, donde cursaba el comercial. Serían las nueve de la noche cuando el director entró al aula. «Tenés que entregarte», le dijo, «te vinieron a buscar». El edificio estaba rodeado por uniformados de la gendarmería y la policía provincial.

«No pueden llevarme, soy menor», protestó Dora. «Tu padre autoriza: lo tienen en un camión celular», fue la contestación, tajante.

Dora y su papá fueron llevados en el camión a la comisaría cuarta de Cutral C6, con los ojos vendados. Era la primera estación de un circuito represivo que incluía la dependencia policial, la Escuelita de Neuquén, la Unidad Penal 9 y la Escuelita de Bahía Blanca.

La recibieron con insultos. Un oficial le gritaba fuera de sí. «Estaba muy

enojado» dice Dora, usando por primera vez este calificativo singular para describir la actitud de los represores. ¿Qué los «enojaba» tanto? «Me decía que no podía ser que yo, siendo mujer y teniendo sólo 16 años estuviera vinculada con la guerrilla», explica Dora. Otra vez la reconvención por apartarse del camino tradicional diseñado para la mujer. ¿Por qué es que tanto Dora como algunas de las mujeres que fueron vejadas en La Escuelita de Bahía Blanca parecen sufrir una regresión, se convierten en niñas, se infantilizan, en un pasaje de sus declaraciones judiciales? Volveremos sobre este punto al final.

Una mujer policía hizo una requisita concienzuda en el cuerpo de Dora y la llevó a un calabozo. Allí, por la ventana, pudo ver cómo el Ejército hacía «rancho», es decir campamento, en el patio de la comisaría. Un soldadito se acercó para ofrecerle llevar noticias a su familia. Dora se asustó, por él y por ella, y el olor a peligro hizo que se alejara de las rejas. Vinieron a vendarle nuevamente los ojos y a atarle las manos, aunque con cierta distancia entre las muñecas. Una voz dura le dio la orden de agacharse y gatear, como si estuviera atravesando un túnel, y no pudiera ponerse de pie sin golpearse contra el techo, para desorientarla. Cuando llegó al fin de esa extraña recorrida, a la oficina del comisario, la recibieron nuevamente con insultos y gritos. La interrogaban acerca de la guerrilla, y le pedían datos sobre armas que ella no conocía. La golpeaban constantemente. Caía al suelo y la levantaban de los cabellos, zamarreándola.

«Sentate como en el monte», le ordenaron. Dora obedeció, aunque no sabía a qué se referían. Querían que aceptara haber combatido en el monte tucumano, pero ella solamente había militado en Cutral Có.

Le pusieron en las manos pistolas, revólveres y municiones y le dijeron que tenía que armarlas y desarmarlas. Dora no tenía idea de cómo hacerlo porque no había tenido ningún tipo de entrenamiento militar, y eso enfurecía más a sus captores. Le preguntaron sobre el calibre de las balas. «Yo trataba de deducir algunas cosas para no recibir más golpes —recuerda Dora— pero todas mis respuestas les molestaban».

«¡Vos te estás haciendo la estúpida conmigo, y yo sé cómo hacerte cantar! ¡Sólo tengo que cortar los cables de la lámpara!», la amenazó el militar que la atormentaba. «Eso no, porque yo no quiero cargar con una muerta. Y menos menor de edad», escuchó que decía el comisario. La siguieron golpeando, pidiéndole nombres vinculados a su hermana Arlene. «Llévensela, esta es una tarada», fue la orden que terminó con esa sesión de torturas.

Alguien la subió a un camión de traslados. Había compartimientos diminutos separados por un pasillo central. El hombre que la llevaba «estaba muy enojado», dice nuevamente Dora. «Yo no puedo saber quién fue. Estaba vendada. En ese momento, entre insultos y golpes, en el pasillo, esa persona me violó. Y constantemente me decía en el oído que era una *erpiana* hija de puta, que cómo me podía quejar en ese momento, si nosotras éramos las putitas de los guerrilleros en el monte», solloza.

«Yo sinceramente no atiné ni a defenderme, ni a gritar, ni a insultar, a nada, estaba paralizada. No podía creer lo que me estaba pasando. Yo estaba preparada para mi detención como militante, pero jamás, jamás pensé que dentro de las tareas que tenían los militares estaba el violar a una persona de

16 años», recuerda Dora ahogada en lágrimas.

Estaba convencida de que el violador iba a matarla, de que le iba a pegar un tiro en la cabeza y que así terminaría todo. Pero, en cambio, el hombre le acomodó la ropa y la introdujo en una de las celdas. «Terminá de acomodarte. Y de esto no le hablás a nadie, porque vos sabés cómo terminan estas cosas», le advirtió.

Cuando el desconocido cerró la puerta, hubo un gran silencio. «Hacía mucho frío ahí adentro», recuerda Dora. Pasó la noche escuchando cómo se quejaban otros detenidos en los otros cubículos. Eran compañeros que conocía de la militancia, aunque eran mayores que ella. Pedían por sus hijos...

A las seis de la mañana, con el camión en movimiento, espío el trayecto por una mirilla. Reconoció el lugar cuando llegaron a la Unidad 9. Allí se reencontró con su hermana Argentina, que había sido también secuestrada. Se daban ánimo a los gritos, porque las mantenían en calabozos individuales. A los dos días, llegó la esperanza. «Prepárense, que se van en libertad», les dijeron. Pero Dora no les creyó. Llevaron al grupo al aeropuerto y los subieron a un avión. Se aseguraron de que estuvieran bien atados y vendados. Argentina se descompuso, estaba mareada y sentía náuseas. Uno de los guardias les dio un chocolate. «Disfrútenlo, porque quizás sea el último que coman», les dijo. A la llegada, tiraron los cuerpos como si fueran bolsas, unos sobre otros, en la caja de un vehículo. «Era desesperante. Sentíamos cómo maltrataban a un compañero al lado nuestro. Mi hermana tuvo el gesto de correrse la venda para ayudarlo y la golpearon», dice Dora. La camioneta dio muchas vueltas y se detuvo en un camino de tierra. A Argentina y a Dora las hicieron esperar turno para su interrogatorio sentadas en un banco. No las llevaron a la vez, de modo que la tortura era doble, porque cada una de las hermanas era testigo impotente de los vejámenes a la otra. A Argentina la golpearon mientras pedía clemencia. El límite llegó cuando le acercaron un carbón encendido al cuerpo: «Déjenla, déjenla que yo voy a hablar», pidió Dora cuando creyó que iban a quemarla.

La sentaron en una silla y varios hombres la interrogaron a la vez. «A esta negrita me la separan para mí», dijo uno. «A vos te voy a hacer conocer el otro Tucumán, te voy a llevar por la avenida Mate de Luna», prometió, libidinoso. Dora creyó que le había llegado el momento de una nueva violación. «Por favor, otra vez no», pensó. Ya no escuchaba las preguntas. Estaba obsesionada con la idea de que ese hombre podía violarla de nuevo, y se imaginaba formas de escapar si él se atrevía a llevársela. Llegó a pensar en decirle que tenía sífilis. Esto, mientras sufría una catarata de golpes y de insultos. En eso, entró en escena el Tío Cruciani, a todas luces el jefe.

«Pero estas son unas perejilas. Y nosotros que pensamos que habíamos atrapado peces gordos. Son unas taradas». Y refiriéndose a Dora le dijo al que la había pedido para sí: «Antes de llevártela dejá que le tengo que preguntar algo. Decime, ¿vos tenés novio?» Aterrorizada, Dora contestó con la voz que le quedaba: «No, nunca tuve». Las carcajadas de los torturadores resonaron fuerte. «¡Nunca tuvo novio, como la del tango! ¿Viste? Acá ya te conseguimos uno!» Y siguieron las risas.

Volvió el turno de Argentina. Dora escuchó con claridad cada sonido. Le pegaron mientras ella gritaba y gritaba. «En ese momento, ella nunca

pronunció la palabra violación, pero yo sé que esos hombres la estaban violando», se atormenta Dora en el recuerdo.

La próxima estación de las hermanas fue La Escuelita. Con los ojos cubiertos, tuvieron que caminar sobre los cuerpos doloridos de prisioneros que yacían en el suelo. «Yo no sabía cómo hacer, recuerda Dora conmovida. Les pedía perdón, a los compañeros que se quejaban de dolor, porque estaban mal por las torturas y los milicos decían: “Qué vamos a hacer..., el hotel está lleno”.»

Las acomodaron en el piso primero, y luego en camas-cucheta. Las hermanas escucharon allí por última vez el sonido de la voz de Arlene, cuando la llamaron y ella respondió, antes de que se la llevaran. Tuvieron la confirmación de que se había tratado de ella cuando Argentina, que tenía una voz muy parecida a la de su hermana mayor, pidió agua y otra detenida más antigua dijo: «Arlene, ¿estás bien?» Nunca más volvieron a saber de ella.

Las violaciones siguieron. Una empleada de un Banco de Neuquén a la que le taparon la boca para sofocar sus gritos mientras la violaban recibió una «disculpa» al día siguiente. «Perdoná, pensamos que eras una de estas erpianas de mierda». La muchacha lloraba e insultaba a sus compañeras de cautiverio. Cuando le anunciaron que iban a liberarla, les pidió a los secuestradores sus anillos y cadenas de oro. «Si las querés, quedate a buscarlas», le dijeron con sorna.

Al regresar a su provincia, a Neuquén, cuando Dora y Argentina fueron liberadas en un operativo que las dejó en una ruta, llovieron las amenazas a la familia. Todo movimiento que hacían para averiguar por Arlene tenía como contrapartida la advertencia de que terminarían como ella si no se callaban. «Den gracias que tienen a dos con vida», les decían.

Las Seguel tomaron la decisión de quedarse en su ciudad, pese a todo.

Muchos años después, en el juicio oral, el fiscal Abel Córdoba le preguntó a Dora morosa, extensa y textualmente como si quisiera que no se le escapara el peso de la respuesta: «¿Es su voluntad instar la acción penal por el delito de violación que ha relatado?» Para eso, le explicó que un delito como la violación no puede ser investigado ni juzgado si no es con la voluntad de la víctima de que esto se haga. «¿Es su intención que esto ocurra de ese modo? ¿Que el delito de violación sea primero instruido y luego juzgado?»

«Por supuesto, sí», dijo breve pero segura Dora.

La causa fue remitida al juzgado federal de Neuquén, porque sólo se iniciaría un proceso con respecto a la violación que Dora sufriera en el camión de traslados.

«Tengo instalada en mi memoria, en mi piel, en mi cuerpo, todo lo que me hicieron y me decían mientras me violaban», explica Dora.

Reconoce que el silencio es la regla para la mayoría de las víctimas: «Hay muchas compañeras que me han dicho que han sido violadas, pero no se animan a declarar. Yo no sé de dónde saco fuerzas, pero se lo he contado a mi familia desde siempre. Ellas en cambio lo ocultaron siempre y es muy difícil después de toda una vida decirlo».

Dora considera que es su responsabilidad testimoniar. Argentina, que ya murió, no será de la partida. «Sé que va a servir como antecedente para otros casos porque esos delitos no se sacan. Todos los crímenes son terribles, pero

la violación te afecta mucho psicológicamente, de una manera profunda». La voluntad férrea de conseguir justicia sirvió para neutralizar la culpa y la vergüenza.

«Siempre sentí la culpa: ¿por qué a los otros no y a mí sí? ¿Tenía un cartel: TARADA VIOLEN?... Yo sé lo que querían. Pretendían que yo no pudiese mirar a nadie a los ojos. No lo van a lograr, no lo lograron.»

Dora es docente y tiene una familia. Un marido, dos hijos y alumnos a los que les transmite la importancia de la memoria. Una memoria que le tendió sin embargo algunas trampas. Cuando declaró en 1985 denunció la violación pero luego la borró de su mente. En el 2011, sin embargo, «se me empieza a caer el castillito que había armado para protegerme, a decir lo último que tenía guardado».

En el juicio oral y público que se desarrolló en Bahía Blanca, en el auditorio de la Universidad Nacional del Sur, otras mujeres denunciaron la violencia sexual ejercida contra ellas en La Escuelita. Todas, Alicia Partnoy, Élide Sifuentes, Patricia Chabat, Mirna Aberasturi, sufrieron una transformación. En algún momento de su testimonio, transmitieron la indefensión que habían vivido en el momento del vejamen. Una indefensión que se reflejaba en sus caras, en su tono de voz que adquirirían en ese momento una apariencia aniñada. Por eso el «estaba muy enojado» de Dora Seguel, referido a un represor, ese adjetivo tan inadecuado por un lado, refleja tan ajustadamente por el otro el sentimiento de vulnerabilidad, la regresión de esas mujeres a la infancia, etapa de la vida en la que se depende total y absolutamente de los mayores. En este caso, se trata de mayores que imponen reglas feroces y castigan con violencia incontenible la transgresión.

Alicia Partnoy, ahora residente en los Estados Unidos y autora de *La Escuelita*, un libro de relatos sobre su secuestro, es protagonista de uno de los testimonios más completos sobre el centro clandestino. «Los abusos sexuales eran permanentes —dice— estábamos ahí a disposición de los guardias y de quien fuera para todo tipo de abusos sexuales». Alicia recuerda que los guardias querían juntar a una pareja joven secuestrada para que tuviera relaciones sexuales delante de ellos. No era el único entretenimiento perverso con contenido vejatorio y sexual de los guardias, que tendrían entre 18 y 20 años. También los varones prisioneros fueron bañados con una manguera aunque hacía frío. Luego, les dijeron que no tenían ropas de hombre para darles, y los obligaron a vestirse con camisones y vestidos de mujer robados en los allanamientos ilegales para burlarse de ellos. Como si las violaciones de sus mujeres fueran poca humillación.

José Partnoy dijo que una secuestrada, Zulema Matzkin, era violada y que su victimario comentaba con los otros integrantes del grupo en voz bien alta: «Esta guacha se resiste a acabar».

Mirna Aberasturi asegura que escuchó a un represor decirle a una prisionera: «Che, nena, ¿a vos te vino? Porque este sí que va a ser hijo de padre desconocido, ni la jeta me viste». Todo era acompañado por un revólver en la boca, un cuchillo en el cuello para besar a un guardia, la desnudez forzada, los manoseos...

Patricia Chabat admitió que la habían violado durante su cautiverio. Sin embargo, no quiso entrar en detalles. «No creo que aporte nada», dijo. La fiscalía y la querrela no insistieron.

DIECISÉIS

Tucumán: el Tuerto y la Esclava

Mirta caminaba todos los días desde su casa a la escuela que quedaba frente al centenario Ingenio San Juan. Estaba acostumbrada a ver las chimeneas, el techo del galpón más grande, tan característico, con sus curvas y contracurvas y a hacerse amiga de las chicas que llegaban con sus familias a la zafra todos los años y tenían su vacante reservada allí.

Las cosas se habían ido poniendo cada vez más difíciles desde que ella había empezado el primero superior, y los hombres comenzaron a irse a otros pagos por falta de trabajo. Estaba acostumbrada desde chica a que le dijeran que era muy bonita, y a las miradas de los varones. Apenas había empezado a soñar con un amor cuando su mamá le dijo que le había conseguido empleo en lo de una familia vecina, que los iba a ayudar. A ella no le gustó. Pero los ojos de Lita, esa muchacha mayor que ella, elegante y morena, que iba a ser su «patrona» la convencieron de que todo iba a estar bien. Le dieron confianza, tranquilidad. Iba a ayudar a su madre con dinero, y de paso, iba a estar muy cerca de ella, para verla cuando quisiera. Mirta era la única mujer de tres hermanos, y como tal, la más compañera. Lita iba a necesitar ayuda en una casa, no muy lejos del Ingenio, en la misma Banda del río Salí.

Tucumán, la provincia que vio nacer a Mirta, es pequeña y verde, y está enclavada en el corazón del país. Su principal riqueza, la caña de azúcar, durante mucho tiempo un monocultivo, fue también su desgracia. El abismo social que separaba a los ricos amos de los ingenios, dueños de ostentosas mansiones, de los campesinos zafreiros y los trabajadores de los ingenios llevaba ya varias décadas cuando la caída de los precios internacionales del azúcar en 1965 desencadenó una crisis que los de arriba paliaron con el juego y la especulación y para los de abajo significó hambre. La industria tenía una capacidad de producción récord, pero era incapaz de colocar los excedentes. Y estaba desgarrada por enfrentamientos internos entre pequeños y medianos productores y latifundistas, entre ingenios ligados a los intereses de los Estados Unidos y los de capital local.

En 1966, días después de su asunción, el dictador Juan Carlos Onganía celebró el Día de la Independencia, el 9 de julio, en la casa de Tucumán, pero poco después, decretó el cierre de siete ingenios, y eliminó los subsidios y las cuotas de abastecimiento prometiendo la creación en la provincia de un «moderno polo de desarrollo industrial» con incentivos fiscales.

En corto tiempo, bajaría sus persianas la mitad de los establecimientos azucareros tucumanos. La desocupación trepó, y más del 20 por ciento de la población de la provincia emigró buscando empleo a otras ciudades.

Un año después, una mujer fue la primera mártir de las luchas de la Federación de Obreros y Empleados Trabajadores de la Industria Azucarera, FOTIA. Hilda Guerrero de Molina fue asesinada en una manifestación cuando la guardia de infantería cargó contra la multitud. Tenía cuatro hijos, y participaba en la organización de una olla popular. Era militante peronista, y

había llegado caminando desde el ingenio Santa Lucía, de donde habían echado a su marido, hasta Bella Vista. Un policía la apuntó. Dicen que la venía siguiendo. El grito de «¡La han muerto a la Hilda!» corrió entre los hombres y mujeres que convocados por el líder Atilio Santillán se habían concentrado para protestar por el cierre de las fuentes de trabajo. Muchos de los gremialistas más combativos pertenecían a los ingenios cerrados. El cortejo fúnebre de Hilda fue el más grande de que se tuviera memoria en la región. Llevaron el féretro de la mujer, marchando, siete kilómetros hasta el cementerio de Acheral.

La clase trabajadora estaba pugnando por acceder a la universidad. Pero la dictadura la intervino y el cierre del comedor estudiantil desencadenó protestas en la capital provincial, San Miguel, apoyadas por los desocupados azucareros. La ciudad se paralizó. El 10 de noviembre de 1970 los estudiantes se reunieron para almorzar en una olla popular y fueron reprimidos. Tucumán ardía.

Fue en Tucumán donde se había dado en 1959 la primera experiencia de guerrilla peronista: los Uturuncos. En 1968, las Fuerzas Armadas Peronistas hicieron otro intento, en Taco Ralo. Parte de la FOTIA, de extracción justicialista, empezó a radicalizarse. Algunos miembros de FOTIA comenzaron a relacionarse con elementos marxistas y antiimperialistas. Y en 1970, nació el Ejército Revolucionario del Pueblo, a partir del Partido Revolucionario de los Trabajadores, creado cinco años antes. Varios de sus integrantes se habían fogueado en el Plan Nacional de Lucha Azucarera, contra las medidas de Onganía. La experiencia de lucha tucumana sumada a la exuberante geografía de la provincia, los montes selváticos con ríos caudalosos y anchos y a la vez cercanos a los cañaverales, las aldeas y las zonas urbanas que permitían el aprovisionamiento determinaron la creación allí de la compañía de monte Ramón Rosa Giménez, nombre de un hachero y dirigente del PRT asesinado por la policía en 1972 en Santa Lucía. Algunos dicen que fue él y no otro quien hizo el relevamiento del lugar radicándose en las afueras como un simple campesino para la instalación de la compañía que, por esas vueltas trágicas del destino, terminó llevando su nombre como tributo.

La aparición pública de la compañía de monte fue la toma del pueblo de Acheral en 1974. Debajo de la bandera argentina, en el patio de la comisaría, un grupo de combatientes hizo flamear la bandera del ERP, celeste y blanca al estilo de la bandera del Ejército de los Andes pero con una estrella roja de tres puntas. Los guerrilleros arengaron a un grupo de pobladores y se retiraron sin bajas.

La compañía se convirtió pronto en una amenaza para el gobierno que tenía puestos sus ojos en toda la sociedad tucumana, protagonista de repetidas puebladas.

En febrero de 1975, un primer decreto presidencial de carácter secreto, el 261, dio inicio a lo que se llamó Operativo Independencia. Era la cobertura legal para el exterminio de los insurgentes y el antecedente directo del terrorismo de Estado. «Neutralizar y/o aniquilar el *accionar* de los elementos subversivos que actúan en la provincia de Tucumán», decía el texto. Actuaron 5.000 hombres principalmente del ejército, al mando del general Acdel Edgardo Vilas para combatir a 100 guerrilleros. Pero Vilas tenía en

claro que la guerra no era sólo contra ellos, sino contra todas las expresiones de rebeldía.

La Corte Suprema rebatiría los intentos de los miembros de las juntas militares durante el juicio de 1985 de ampararse en que habían cumplido hasta las últimas consecuencias una orden del poder político.

«Contrariando las órdenes emanadas desde Buenos Aires, se elaboró un modelo de acción tomado de las experiencias proporcionadas por oficiales de la OAS y las luchas de Vietnam y Argelia, de organización celular, con grupos de oficiales vestidos de civil y en coches de uso particular, con impunidad asegurada y aptos para dotar de mayor celeridad a las tareas de inteligencia y de contrainsurgencia que permitieron prescindir de la justicia, clasificar los prisioneros del ERP según importancia de modo que sólo llegaran al juez los inofensivos», rebate.

Al cabo de menos de un año, con buena parte de la tarea cumplida, Vilas fue reemplazado por el general Antonio Bussi, que sería a los pocos meses nombrado gobernador militar de la provincia. «No me ha dejado nada por hacer», le dijo Bussi a Vilas como halago al tomar su puesto, Vilas mismo había dicho que sólo quedaba pendiente la «batalla político-ideológica». Sin embargo, la represión, lejos de amainar, se intensificó y se hizo cada vez más áspera, cruel e indiscriminada.

Mientras la sangre corría en el monte y en los cañaverales, Mirta vivía una situación muy similar a la esclavitud. Su trabajo empezaba temprano, con el alba. A las siete de la mañana se levantaba y comenzaba su larga jornada de lavado, fregado y limpieza. Sus tareas incluían la cocina y el planchado en una casa con cuatro habitantes. Lita, sus dos hijos varones y su marido, el policía Roberto Heriberto Alborno. Mirta no tenía permitido visitar a su familia. No la dejaban salir y no disponía de dinero. Su mamá venía a verla de lejos, desde la puerta de la casa, entre lágrimas. Las necesidades y el miedo hacían que soportara el sufrimiento.

Dormía sobre una alfombra en el piso, y fue allí adonde empezó a recibir las visitas nocturnas de su «patrón». «Primero me violaba el hijo», recuerda. «Después empezó a violarme él, cuando llegaba borracho todas las noches.»

«Él era muy poderoso» dice. «Todo el mundo le tenía miedo en la Banda del río Salí. Era intocable. Se movía con tres autos».

Mirta no se equivoca. Roberto Heriberto Alborno era ya conocido como actor principal en la feroz represión a trabajadores y estudiantes tucumanos desde inicios de la década del 70. En el 73, al llegar la democracia, fue puesto en disponibilidad, pero en el 74 volvió convocado por Luciano Benjamín Menéndez, comandante de la Quinta Brigada, que formó un grupo clandestino de inteligencia con sede en el ala sur del edificio de la Jefatura de Policía, el Servicio de Información Confidencial.

Ni bien se lanzó el Operativo Independencia, al año siguiente, Roberto Alborno (a) El Tuerto, se consolidó como pieza fundamental en la represión de los tucumanos.

En 1976, la Jefatura de Policía, al mando de Alborno, formó un circuito represivo en coordinación con el que se considera el mayor centro

clandestino de detención del noroeste argentino, el Arsenal Miguel de Azcuénaga. Allí se ejecutaban y se enterraban prisioneros provenientes de otros centros de Tucumán, e incluso de otras provincias. Desde el ex ingenio Nueva Baviera se remitían secuestrados en el sur de la provincia. Algunos de los detenidos terminaban en el penal de Villa Urquiza, donde también funcionaba un área como campo de concentración y se había habilitado un pabellón para mujeres. Después de comandar secuestros y torturas, el Tuerto Albornoz, como le decían porque usaba un ojo de vidrio, no iba a descansar al lecho matrimonial sino a «visitar» a Mirta. Ella tenía entonces 18 años, y al estilo de las familias del interior, tanto el Tuerto como su hijo consideraban que tenían derecho a usarla para todo servicio. Ella no podía negarse. Si se resistía, le pegaban.

Mirta lloraba de impotencia, y era testigo muda por un lado de las amenazas del padre al hijo para apartarlo de ella y por el otro de los reclamos de Lita, que llegó a gritarle a su marido, indignada: «¿Quién es tu mujer, ella o yo?»

Lita era blanco de los golpes del Tuerto, a quien llamaba «el comisario». Varias veces terminó en el hospital Padilla, con el cuerpo y la cara llenos de moretones. Una vez, llegó a quebrarle un brazo. Lita sufría sumisa, y percibiendo que las dos eran víctimas, lejos de tratarla como rival en la atención de su esposo, hacía una suerte de alianza con Mirta.

A pesar de eso, cuando Mirta quedó embarazada, sin saber si el niño era del Tuerto o de su hijo —«tantas y tantas violaciones, era imposible saber si era de uno o de otro» dice —, Lita no la protegió.

«Cuando fue llegando la fecha del parto yo me escapé a lo de mi mamá, pero tenía temor de que él apareciera. Cuando llegó el momento me fui a la Maternidad, y ahí vinieron ellos, y me sacaron a la bebé. Y me llevaron de nuevo. Me hicieron amamantarla, pero se la quedaron ellos. Decían que Lita la quería, porque no tenía una hija mujer. Yo la vi a la nena hasta los cuatro años, pero no me dejaban decirle que yo era la madre», explica Mirta.

«Yo he perdido la cuenta de las violaciones que me han hecho. Y he contado dieciocho abortos. Los abortos me los ha hecho una señora en una casa grande, vieja, que no sé dónde queda.»

Hubo un segundo embarazo que dejaron que creciera en el vientre de Mirta. La visitaba una mujer rubia, adinerada que le hacía regalos costosos para la beba. Le decía que estaba dispuesta a llevársela.

Cuando nació la nena, Mirta recuerda que era muy bella. Le pidió a la partera que la dejara tenerla, y pudo hacerlo a escondidas, solamente quince minutos. La besó en la cabecita cuando la apartaron de ella. «La partera hacía lo que el Tuerto le decía, tenía miedo.»

Todos le temían al Tuerto. «Él se reía de la gente que mataba». Lita, su mujer, a escondidas, le mostraba a Mirta armas que guardaba en la casa debajo de la cama, dinero en un maletín negro, latas con joyas, anillos, pulseras, relojes que les quitaban a los desaparecidos. Y cajas llenas de dólares. «Lita me dijo lo que eran, yo nunca había visto un dólar». «Me contó también que les cortaban los dedos a los “extremistas”, como los llamábamos». «Yo también les decía así, era chica, no entendía nada».

Mirta sí entendía el lenguaje de los golpes. «Me ha torcido un ojo, tengo rota la nariz, me ha sacado los dientes», enumera. Un día, a pesar del terror, Lita ayudó a Mirta a dejar para siempre la casa. Habían pasado más de diez años de suplicio, de servidumbre, de diarios vejámenes.

«Hay gente que dirá por qué no me había escapado antes. Me hacía traer, él me hacía traer con la policía», repite, como si fuera necesario dar explicaciones.

El Tuerto tenía una amante, María Elena Torres, una mujer policía con la que convivía en una casa en la calle Frías Silva, arrebatada a la pareja de militantes montoneros llegados de Buenos Aires, Diana Oesterheld y Raúl Araldi. Diana estaba embarazada de seis meses y ambos tenían un hijo de un año cuando llegaron a Tucumán. El 26 de julio de 1976, Mirta también estaba encinta, aunque llevaba un par de meses menos de gestación.

Albornoz secuestró a Diana junto a su hijo y se la llevó a la Jefatura, donde era amo y señor. Diana fue vista después en Campo de Mayo, donde dio a luz un bebé que aún se busca. Su hijo Fernandito apareció luego en la Casa Cuna y fue entregado a su familia, una de las más castigadas por la persecución. Raúl Araldi fue asesinado después que Diana. Las cuatro hijas de la familia Oesterheld están desaparecidas, así como su padre, el guionista Héctor, visto en el centro clandestino El Vesubio. Su viuda, Elsa, busca a dos nietos nacidos en cautiverio.

María Elena Torres, la querida de Albornoz, se quedó con la casa de la pareja. Como si le correspondiera por derecho propio vivió veinte años en ella hasta que se le ocurrió presentarse para hacer valer sus derechos de usucapión, ocupante pacífica y contribuyente. El tiro le salió por la culata. Aquel niño secuestrado y huérfano, Fernando Araldi Oesterheld ya adulto, quiso recuperar la casa, no por su valor económico sino por su significado afectivo. Y se presentó ante la Justicia.

Mirta sabe, por boca de Lita, que Albornoz empezó a salir con Torres cuando ella tenía 15 años y que la hizo entrar a la policía. Según Mirta, le regaló también una casa en Mar del Plata. Los dos hijos varones de Albornoz estaban enterados de esta relación extramarital.

En 1984, Lita le consiguió a Mirta un trabajo en la Policía, al principio con la venia de Albornoz. Pero con el tiempo, el Tuerto no toleró su presencia. «Me sacaron, tanto es el poder que tiene él», explica Mirta.

«Tal vez tendría que odiarla», dice Mirta de Lita, «porque ella me sacó a mi hija, pero ella sufrió mucho también. Y si no fuera porque me ayudó, no me hubiera escapado. Cuando estuvo por morirse, me mandó llamar desde el hospital, dijo que quería verme y ahí, en la cama, le dijo a mi hija Valeria la verdad, que era mía. Albornoz siempre le había dicho que la madre la había dejado». Mirta intentó muchas veces a lo largo de los años acercarse a la casa de los Albornoz para hablar con Valeria, pero el Tuerto la corría a amenazas. «Si volvés, te voy a pegar un tiro en el culo», le decía.

Sara Alicia Navarro, como Mirta, padeció un cautiverio que le marcó a

fuego la vida cuando tenía 19 años. Fue detenida por los hombres de Albornoz en julio de 1975. La llevaron a la comisaría del Parque 9 de Julio donde la interrogaron brutalmente sobre su participación en algún grupo guerrillero. La siguiente escala fue la Jefatura, donde la torturaron. Uno de sus captores, hombre del Tuerto, se reía mientras le decía: «No sabés lo que te espera, Ñata...» Su llegada al penal de Villa Urquiza fue otra pesadilla. Perros que ladraban, gente que lloraba, golpes, disparos de armas de fuego, gritos de mujeres, llantos de niños. El segundo día, la llevaron a un lugar donde la desnudaron y la empezaron a manosear mientras le tiraban agua. Uno de los hombres se sacó la camisa y le ordenó que le tocara los genitales. Él hacía lo mismo con ella mientras la violaba por el ano, al mismo tiempo que la hacía morder con perros que tenía a su lado cuando se negaba a besarlo y se reía de ella. Todas las noches volvía a ser sometida a las mismas violaciones y vejámenes. La penetraban sobre una mesa. Uno de los hombres, el cabo Carrizo, se ponía una peluca. Otra de las prisioneras en el penal también denunció a Carrizo como violador. «Me pedía que lo besara y que le metiera los dedos en el ano», dice. Otros violadores eran el Rengo Montenegro, Cogote Quemado, Pericena. El más brutal, coinciden, era el jefe del penal, Marco Hidalgo.

Hildago tenía la suma del poder en el lugar, y según testimonios, daba un mejor trato a las mujeres que accedían a tener relaciones sexuales con él. «Estaban alojadas en otro sector, con mejores condiciones respecto al contacto, las visitas, la correspondencia. Con este grupo de mujeres hacían fiestas, risotadas y las que accedían eran beneficiadas en el trato y luego fueron las que salieron en libertad.» Una vez, la prisionera que relata esto pidió que la dejaran tener a sus hijas menores con ella. Hidalgo accedió, y le dieron una cama y un colchón. Apenas le dejaron las cosas, Hildago pasó y le propuso que tuviera relaciones con él en compensación de los favores recibidos. También le dijo que si accedía él podía darle la libertad. Pero ella se negó y entonces el trato empeoró.

Periódicamente, dos o tres internas eran buscadas en el pabellón por guardias que las llevaban al despacho de Hidalgo para ser violadas.

Después de un tiempo, Sara supo que estaba embarazada. Lo dijo, pero continuaron violándola hasta que tuvo por lo menos cinco o seis meses de gestación. Nunca recibió atención médica. Cuando comenzaron las contracciones la llevaron a un salón. Las personas que la atendían estaban con capucha. El parto se hizo en un colchón en el piso. Le gritaban que pujara. Le quitaron el bebé del que nunca supo el sexo. Ella lo escuchó llorar. Se lo llevó el médico o el enfermero envuelto en una colcha. A ella le aplicaron una medicación para que no tuviera leche en las mamas.

Un tiempo después la liberaron bajo amenazas en un cañaveral. Estaba pelada, sucia y desorientada. Llegó al Hospicio del Carmen. La había recogido una ambulancia en el Parque 9 de Julio. Sara nunca supo el destino de su hijo. Tiene problemas en los intestinos, marcas de las mordeduras de los perros, tumores y coágulos en la zona del abdomen y una fisura en la pelvis. Vive en su casa, encerrada y le cuesta comunicarse con la gente.

Cuando le tocó sentarse en el banquillo de los acusados y declarar ante la

justicia en la causa Jefatura, en el año 2010, Roberto Alborno negó haberse desempeñado en la Jefatura, en el Servicio de Información Confidencial o en el área de inteligencia D2. Acusó a sus jefes militares de esquivar responsabilidades, y a un secuestrado sobreviviente de ser un infiltrado y haber entregado a sus compañeros. Su blanco fue Juan Carlos Clemente, sobreviviente del centro clandestino la Jefatura, y un testigo clave en el juicio. Clemente, ex militante de Montoneros, aportó planillas que había recuperado durante su cautiverio, y que sacaba por partes ocultándolas en sus piernas, alrededor de las pantorrillas. La prueba fue tan inesperada como contundente. Las pericias revelaban que la firma de Alborno se leía en varias de las listas. Los datos además sirvieron para determinar el destino de 293 desaparecidos, 195 de los cuales estarían muertos, según la sigla escrita en el margen derecho del renglón: «DF», es decir disposición final. Clemente las colocó dentro de una cama de mampostería, luego bajo un contrapiso y las preservó durante años, sin leerlas siquiera, producto del miedo. Fue obligado a trabajar en la policía hasta 1984. La Justicia autorizó un careo con Alborno, que el testigo soportó con estoicismo. Con el cabello cano y bien recortado, la campera de poplín sin una arruga, la mirada torva del Tuerto se fijaba en él, debajo de sus cejas negras.

«Yo hablo con sinceridad, señor», le dijo el Tuerto al presidente del Tribunal. «Yo no manejaba nada. Yo era un perejil, y de cuarta. Fui usado por los militares». Y redobló la apuesta. «Quien era el verdadero amo y señor de ese lugar, la Jefatura, era Clemente». En el colmo del delirio, intentó culpabilizar del manejo del centro clandestino a quien fue en realidad un secuestrado. Alborno dijo que la prueba de que Clemente era uno de los cerebros de la represión en la provincia eran precisamente los documentos provistos, guardados en bolsas de nylon y conservados con bolillas de naftalina. «Se le comunicaba todo acerca de los secuestrados». Y fue por más, hablándole directamente: «Entregador, mentiroso, nunca estuviste detenido. Venías desde Salta con el carnet de policía en el bolsillo. Entrabas y salías cuando te daba la gana. Hasta un vehículo te dieron. Sos un lobo con manto de cordero, ¡mentís!» El represor llegó a acusar a Clemente de ser responsable de la muerte de su propia mujer, militante, para agradar a los jefes. Cuando terminó el careo, el Tuerto intentó un último golpe de efecto, clamando ante el Tribunal: «Esta persona no puede irse así nomás, es un cobarde».

Clemente declaró bajo el régimen de testigo protegido y denunció amenazas. Mirta también fue el blanco de las crueles difamaciones del Tuerto. «Ella integró como miembro la familia. Se relacionó con un hijo. Me duele emplear algunos términos pero esta mujer es una atorranta, debieran hacerle un ambiental a esa mujer, por qué la llaman la zorra, por qué la llaman Pepita la pistolera. Es muy conocida. Cuando era policía tenía estos motes. De una tremenda inconducta, por los antecedentes se van a dar cuenta. Mi hijo menor tuvo un affaire con ella y de ahí nació una criatura, a raíz de la inconducta de esta mujer y de común acuerdo la criaron a la niña. Son infamias lo que dijo, que la violaba. Ella tiene historia, me veo en la obligación de decir quién es esta mujer. No cometí abuso, mi nieta es como mi hija», sostuvo.

Las denuncias contra Alborno por violaciones a los derechos humanos lo

situían en detenciones, torturas y delitos sexuales ya en diciembre de 1974, durante todo el Operativo Independencia y la dictadura.

Sólo por las pruebas recogidas en la causa Operativo Independencia, Roberto Heriberto Alborno es acusado, como comisario principal de la Policía de Tucumán, prestando funciones como jefe de zona Capital, Jefatura de Policía, de siete casos de violación sexual y nueve de abuso deshonesto en perjuicio de mujeres prisioneras.

* * *

Aun cuando tienen que vencer la barrera de la vergüenza y el estigma en una sociedad patriarcal, los testimonios de mujeres violadas en los centros clandestinos de detención tucumanos (Margarita Fátima Cruz, Rosa del Carmen Córdoba, por mencionar sólo algunas) se repiten, una y otra vez, en los diferentes juicios. Pero además, el territorio de la provincia ocupado militarmente durante un tiempo prolongado era escenario de otros abusos a pobladoras. En el monte, y a veces en sus propias casas, delante de sus familias. En los controles, las mujeres eran abusadas, manoseadas e insultadas, según los testimonios recogidos, por gendarmes y miembros del ejército. En ocasiones fueron forzadas a ser «parejas» de los militares que se asentaban en esas poblaciones y muchas sufrieron embarazos no queridos. No podían escapar, vivían cautivas, algunas de ellas en aldeas que llevaban nombres de supuestas víctimas de la guerrilla, creadas por los militares al estilo de Vietnam para el agrupamiento y el control de los moradores, sospechados siempre de suministrar apoyo a los «subversivos». Los suyos son los testimonios más dispersos y más difíciles de conseguir según la experiencia del GIGET (Archivo testimonial sobre el Operativo Independencia y la dictadura militar en Famailá, Tucumán 1975-1983).

Si los abusos sexuales eran moneda corriente y sistemáticos en el escenario represivo donde el Tuerto Alborno era uno de los mandamases, el violador convertía también el ámbito privado de su casa familiar en otro campo de concentración. Mirta era sometida sexualmente desde que era casi una niña por el policía y por uno de sus hijos y obligada a desempeñar un trabajo sin paga. Se le prohibía dejar la casa y era víctima de golpes, que le dejaron marcas permanentes en el cuerpo. Como consecuencia de las violaciones, tuvo dos embarazos e innumerables abortos. Le robaron a sus dos hijas y cuando denunció públicamente su martirio fue calumniada por su victimario.

El caso de Mirta no es considerado sin embargo crimen de lesa humanidad, y no integra el cuerpo de las distintas causas por las que Alborno fue juzgado y condenado tres veces a prisión perpetua.

Ella está dispuesta a volver a declarar cuantas veces sea necesario, dice. Ajena a las fórmulas y mecanismos judiciales, contestó sin dudar a una pregunta del tribunal que se declaraba enemiga de Alborno, y basándose en que la comprendían las «generales de la ley» los defensores de Alborno intentaron impugnar su testimonio.

La voz queda de Mirta contrasta con su imagen de mujer madura todavía

atractiva, con anteojos negros que ocultan ojos sonrientes, pelo corto teñido de rubio y cutis moreno.

Tiene otros dos hijos de alrededor de veinte años y a pesar de que ambos trabajan, pasan necesidades. Sueña con tener una casa propia, y con reencontrarse con la beba que le quitaron. «Yo le besé la cabecita, repite, la vi sólo quince minutos», repite.

Sufrió una larga serie de amenazas.

«Mientras estaba en el Programa de Protección a Testigos como secuestrada», se queja, «yo lo vi a él libre, violando la prisión domiciliaria. Y lo denuncié».

La denuncia de Mirta hizo que el Tuerto cumpliera prisión efectiva en el penal de Villa Urquiza.

En el año 2011, el juez federal de Tucumán Daniel Bejas, procesó a Luciano Benjamín Menéndez, comandante del Tercer Cuerpo de Ejército, y a Antonio Domingo Bussi, comandante de la Quinta Brigada de Infantería del Ejército con jurisdicción en Tucumán, Salta y Jujuy, gobernador nombrado por la dictadura (luego extrañamente, gobernador electo en democracia en 1995) por violación sexual reiterada y agravada.

El principal objetivo, de Mirta, su obsesión, es recuperar a su hija menor. «Me han dicho que ha muerto, pero yo no les creo». La mayor, Valeria, ya es madre, lleva su apellido y está tratando de asimilar la información que se hizo pública en los juicios. «A ella le habían dicho que yo la había abandonado. Y hasta la muerte de Lita, ella le dijo Abue», dice Mirta, verdadera abuela orgullosa de un varón.

Mirta intentó tener una pareja. «Yo pensé que iba a formar un hogar. Pero como mujer no funcionó. Será de tantas cosas que me hicieron», dice. «Como madre sí, pero como mujer no pude funcionar nunca más».

DIECISIETE

Escribir lo atroz

«En la primera sesión de tortura me salvé de la violación porque me había venido la menstruación. En la segunda, me dijeron que me masturbara delante de ellos introduciéndome un palo de goma en la vagina.»

LILIANA PONTORIERO, sobreviviente de la ESMA

«Las violaciones fueron por todos lados. Jugaban con mi cuerpo. Tenía que tomar el semen de cada uno de ellos. Después, me llevaron al baño, donde había materia fecal en el inodoro, me metieron la cabeza dentro del inodoro y me hicieron comer la materia fecal.»

GRISELDA PRATTO, sobreviviente de la Brigada Aérea de Reconquista

A menudo, la crudeza de los testimonios de crímenes sexuales sacude. Aun cuando se tiene conciencia de la brutalidad o la perversión ejercidas hay cierto pudor que hace que se renuncie a usar las mismas palabras que las víctimas cuando se las reproduce para el conocimiento público.

¿Se trata de una cuestión de «buen gusto», de un intento de no herir sensibilidades?

¿Si se es demasiado descriptivo, se revictimiza o se expone demasiado a quien ya sufrió demasiado?

¿Detallando una relación perversa, ejercida por la fuerza, se corre peligro de caer en el exhibicionismo, en la provocación?

K-Tzetnik es un escritor israelí, sobreviviente de Auschwitz.

Su verdadero nombre es Yehiel Dinur, pero eligió cambiárselo porque considera que ya no es más quien había sido antes del campo, según dijo ante una pregunta del tribunal en el juicio a Adolf Eichmann, donde se desmayó poco después de empezar a declarar. K-Tzetnik quiere decir «del campo de concentración». Como él, un sobreviviente de un campo de concentración argentino dijo alguna vez: «Al campo se entra pero no se sale nunca». ¿Cuál había sido la razón del desvanecimiento del testigo? ¿El miedo, los recuerdos insoportables de sus días en las barracas? Lo que le produjo un shock a Dinur fue el ver que Eichmann no era un dios, sino sólo un hombre común. «Tuve miedo de mí mismo», le explicó Dinur a Mike Wallace, un periodista que lo entrevistó para la televisión de los Estados Unidos.

«Yo soy capaz de hacer lo mismo que él; Eichmann está en cada uno de nosotros.»

K-Tzetnik (¿preso o liberado de su horror?) devino novelista. Dos de sus obras se basan en las experiencias de su hermana Daniella, llevada en su temprana adolescencia de un *ghetto* para ser prostituida en la llamada División de la Alegría de un campo, y de su hermano menor Moni, de once años, utilizado como juguete sexual por los kapós. *Casa de Muñecas* y *Lo llaman Piepel*, sus novelas, fueron en principio ampliamente aceptadas. Popular en Israel, el realismo de Dinur, su descripción de las atrocidades, se entendió como un acto testimonial importante. El hombre había logrado narrar lo inenarrable.

Pero luego, y principalmente entre los judíos de la Diáspora, los libros desataron una andanada de feroces críticas contra el autor. Llegaron a acusarlo de fabulador, a publicar trabajos académicos de investigación sobre su vida donde se lo desacreditaba pese a que sus libros formaron parte durante años de la bibliografía escolar y que generaciones de israelíes crecieron leyéndolos. Sus detractores aseguraban que el escritor desvariaba producto de lo sufrido durante su cautiverio y que sus relatos eran pura ficción y delirio.

Otro de los argumentos en su contra hablaba de su baja calidad literaria. Si se considera que su hermana y su hermano no sobrevivieron a la violencia sexual como tantas otras víctimas, y que las sobrevivientes se rehúsan a menudo a hablar producto de la vergüenza, la culpa o las presiones sociales, ¿se puede juzgar a K-Tzetnik, sobreviviente a su vez, que les da voz, demandándole excelencia en las letras?

Sus enemigos más apasionados llegaron a acusarlo de pornógrafo.

La Real Academia Española define la pornografía como *una presentación abierta y cruda del sexo que busca producir excitación*. La recreación de una situación represiva, humillante, atroz, por más gráfica que resulte, busca en cambio en la literatura testimonial provocar indignación, rechazo, repugnancia incluso, y voluntad de conseguir justicia.

La desconfianza hacia K-Tzetnik pudo haber sido alentada por el halo de misterio con el que gustaba de rodearse. Pero el odio, las acusaciones de amarillismo, el «apedrear al mensajero» tenían otro origen. El escritor arremetía contra cierta versión de la historia de la barbarie nazi.

El primer burdel del que se tiene registro en un campo de concentración, como el descrito en *Casa de Muñecas*, la novela de K-Tzetnik, fue instalado en Mathausen con prisioneras provenientes de Ravensbrück. La historia admite la existencia de burdeles como recompensa «para prisioneros». Los kapós, los trabajadores más productivos, los delatores, obtenían de los SS una recompensa en «especies».

El relato de historia oficial sostiene que existían leyes de «higiene racial» que evitaban que hubiera contacto sexual entre judíos y alemanes de cualquier sexo. Leyes que prevenían castigos que llegaban hasta la pena capital. Por eso, y a pesar de los numerosos testimonios en contrario, párrafos como el siguiente, publicado en el diario israelí *Haaretz* se encuentran en artículos periodísticos y trabajos académicos.

«Los nazis instalaron burdeles en los campos para miembros de su personal, pero *aún debe ser establecido con certeza* que las mujeres judías estaban entre aquellas obligadas a servir como “prostitutas del campo”».

Las prostitutas, dicen algunos historiadores, eran en un 60%

«voluntarias». El resto, prisioneras en su totalidad no judías, obtenían mejores condiciones de detención y en su mayor parte sobrevivían.

K-Tzetnik da por tierra con su relato, en efecto, con los resguardos de la moralista historia oficial. Según el escritor sobreviviente, las chicas judías más bonitas del *ghetto* eran llevadas a un campo, esterilizadas convenientemente, evaluadas médicamente y utilizadas como descarga de los bravos soldados germánicos. Algunas de ellas llevaban incluso un tatuaje de identificación en el pecho. Cuando morían, eran reemplazadas por otras. Entretanto, comían y vestían mejor que el resto de las prisioneras y gozaban de la posibilidad de interactuar con sus captores, negociando aquí y allá algún que otro privilegio para ellas o para sus familias.

Pero la historiografía del Holocausto desacredita la literatura testimonial de K-Tzetnik porque «apedreando al mensajero» se obtura la difusión del mensaje: un mensaje que acredita que los cuerpos de las mujeres judías eran violentados por los alemanes en los campos, desobedeciendo las leyes raciales establecidas por el régimen. Incluso hay ejemplos de prisioneras atrapadas en «relaciones» que duraron más allá de los alambrados.

El sobrino de un judío lituano asesinado en un campo se cruzó en París después de la guerra con la bella mujer de su tío. Él no sabía que ella había sobrevivido. Cuando ella lo invitó a su casa, se horrorizó al comprobar que la viuda se había casado con un alemán, a todas luces un nazi que la había salvado. Ella misma se lo confesó entre lágrimas.

Esto es, obviamente, de difícil admisión. Las mujeres judías no eran violadas, sus cuerpos no eran poseídos por los asesinos de otros judíos. Esto no era posible.

Los efectos intimidantes que generan la violación y la esclavitud sexual provocan la negación, o en el mejor de los casos, el uso de eufemismos. Refiriéndose a los lectores, la historiadora israelí del Yad Vashem y la Universidad de Tel Aviv Dina Porat explica: «Necesitan protección, escribir la atrocidad es un tipo de amenaza que debe ser censurada».

La negación por vergüenza, el silencio por culpa, afectaron también a familias de sobrevivientes del nazismo incluso en la Argentina. En la década del 80, una psicoanalista que prefiere no dar su nombre asistió el caso de una adolescente judía de clase media alta que mantenía relaciones sexuales de manera compulsiva con sus compañeros de colegio secundario en el baño de la escuela privada en la que estudiaba. Era nieta de una sobreviviente. Trabajando con el grupo familiar, la profesional descubrió que la abuela había conseguido mantenerse con vida gracias a ceder a los avances sexuales de los guardias en el campo de concentración. Era un secreto bien guardado, pero evidentemente había tenido peso en una tercera generación.

Salvando las distancias, prisioneras argentinas callan y mantienen el silencio varias décadas después de los hechos de violencia sexual de los que fueron víctimas. Fingir que nada les pasó les resultó tranquilizador durante mucho tiempo porque la estigmatización de la víctima de una violación, frecuente en un mundo machista, es todavía más fuerte en el caso de una militante secuestrada. Y si el victimario no usó la fuerza bruta sino la coacción psicológica, si como contrapartida del acceso carnal la mujer recibió a cambio protección o esperanza de sobrevivida, el estigma no será sólo el de *puta* sino el de *traidora*.

En ciertas circunstancias, en algunos campos y de manera inconsistente, existían reglas que prohibían el contacto sexual entre militares y desaparecidas más allá del contexto de los interrogatorios con picana, simulacros de fusilamiento, golpes o intentos de asfixia. Es decir, se podía «manosear», hacer observaciones obscenas, insultar, amenazar con contenido sexual durante las sesiones de torturas. Pero las reglas no toleraban violaciones. Esto sucedía, por ejemplo, en el centro clandestino de Virrey Cevallos, dependiente del servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea.

En la Mansión Seré, otro centro clandestino que dependía de la misma fuerza, en la zona de Morón, sin embargo, las reglas eran otras, de acuerdo al libro *Pase Libre, la fuga de la Mansión Seré*, escrito por el sobreviviente Claudio Tamburrini, entonces estudiante de filosofía y arquero del equipo de fútbol del club Almagro.

En un pasaje de la narración, el autor relata cómo en un determinado momento, él y sus compañeros de cautiverio comienzan a escuchar una voz femenina en otro piso. El hecho «revolucionaria Atila», como llamaban al lugar. «Las guardias se hacen más abiertas y dicharacheras», dice Tamburrini «y nos dirigen a menudo bromas con claras alusiones sexuales».

La prisionera estaba en la planta baja, y uno de los represores, de apodo Lucas, se encargó de despertar fantasías en los muchachos haciendo una descripción pormenorizada de sus características físicas. «Y llegó a contarnos detalles escabrosos de los encuentros entre la muchacha y los guardias mientras los prisioneros dormían», continúa Tamburrini.

Los muchachos cayeron en el juego propuesto por el guardia. Hablaban de la mujer de abajo y tenían fantasías con ella. «En la aridez emocional de Atila la cercanía de una mujer nos devolvía a un mundo de afectos y pasiones que sentíamos perdido».

Esa presencia difusa, percibida sólo a través de las charlas con el represor y de la voz «seductora» de la chica —«naturalmente se notaba que hacía todo lo posible por transmitir una sensación de exagerada fragilidad»— se corporizó cuando dos de los secuestrados fueron llevados a hacer la limpieza al cuarto donde estaba, con los ojos vendados, la mujer misteriosa.

«No te imaginás lo fuerte que está», dijo uno de ellos a la vuelta. «¡Está casi desnuda! Tiene sólo la ropa interior puesta!» Las fantasías eróticas empezaron a correr, hasta que una orden del guardia las materializó de la peor manera. «A ver, maricones, prepárense que se van a sacar la leche», resonó la voz de Lucas.

De los prisioneros, dos fueron seleccionados para bajar.

«Se van a echar un polvo con la puta de abajo», adelantó el represor. Al regreso, se produjo una discusión entre los secuestrados. Uno había accedido a «cogerse» a la muchacha. A la misma que habían escuchado gritar cuando la torturaban con picana. Otro primero se había negado pero finalmente, cuando el guardia le puso una pistola en la cabeza, se tiró sobre ella y le dijo al oído que no la iba a penetrar. Ella gemía como si gozara, y él simplemente se frotó sobre el cuerpo.

«El hijo de mil putas me metió el caño de la pistola en el culo mientras estaba encima de la mina. Y dos guardias se cagaban de risa a mis espaldas»,

explicó.

Los compañeros de celda discutieron, se acusaron de debilidad, de falta de dignidad, de traición a los ideales revolucionarios. Tamburrini reflexiona y concluye sobre el hecho errando el tiro: «La tormenta que no había podido desatar la patota fue desencadenada por la presencia de una mujer.» La *presencia de una mujer*, tomada como un elemento impersonal. No acusa a la muchacha de haber quebrado el frente interno voluntariamente, pero no culpabiliza a los represores, si bien resulta clara la intención de estos de montar un espectáculo perverso que incluía no sólo la violación de la mujer sino la sodomización de un prisionero con un arma de fuego.

Cuando la chica fue presuntamente liberada, la noticia y la aclaración de su origen les llega por el mismo Lucas:

«La mina esa era una prostituta. La patota la recogió de la calle una noche para hacer una fiesta con ella. Cuando se negó a aguantarse a tres tipos juntos, la trajeron a Atila... ¡Putade mierda, se quiso hacer la fina!»

Volviendo al trabajo de K-Tzetnik, y a otros relatos de violencia sexual, existe el peligro de que las descripciones desencadenen una fascinación malsana en el público. De hecho, el género conocido como *stalags*, novelitas pornográficas ambientadas en campos de concentración nazis, se convirtió en un éxito editorial en Israel. Sus protagonistas no eran necesariamente judíos, sino pilotos ingleses capturados y violados por guardianas de las SS. El final feliz consistía en la venganza. Las mujeres terminaban asesinadas después de ser, a su vez, violadas por sus víctimas.

Pero no es el caso de K-Tzetnik. No es su intención hacer el genocidio atractivo de manera malsana. De hecho, cuando describe escenas de sexo no se regodea en proveer detalles del asalto, sino que apela a *flashbacks* de las víctimas, que se protegen recurriendo a recuerdos de infancia o de situaciones más gratas.

Elizabeth Heineman, historiadora especializada en temas de género y en Alemania Moderna dice «los que juzgan el trabajo de K-Tzetnik voyeurístico o que se excitan sexualmente y no sienten rechazo moral, o se sienten ellos mismos violados, trivializando el dolor de la víctima, lo hacen por elección y no a causa de cualquier contenido inherente al texto o a su calidad».

Aceptémoslo, la proximidad con el terrorismo sexual es enloquecedora, provoca temor. Genera la negación o en el mejor de los casos, el uso de eufemismos. El impacto emocional que produce puede ser demasiado fuerte. Pero el derecho de las víctimas de hablar, de plasmar su testimonio, tiene que prevalecer necesariamente sobre la mojigatería, los prejuicios y la consideración de la sensibilidad del lector.

DIECIOCHO

Un mundo perverso 4

El otro banquillo

La Negrita denunció judicialmente al ex capitán de navío Jorge Eduardo Acosta por los crímenes sexuales de los que la hizo víctima. Lo hizo en el año 2007, cuando presentó la primera querrela por violación sexual reiterada, acompañada por el CELS (primero por Carolina Varsky, luego por Daiana Fusca) en el marco del trabajo de la organización en materia de violencia sexual durante el terrorismo de estado. Desde que tomó la decisión, nunca tuvo dudas, nunca tuvo miedo. Nunca se echó atrás, aun cuando tuvo motivos para dudar de la posición de los funcionarios judiciales.

En una de las citaciones a declarar, durante la instrucción de la causa, cuando Graciela relató las circunstancias en las que había visto al Tigre Acosta por última vez, un funcionario del juzgado la miró con sorna: «Ah, ¿y ahí también *se la llevó?*» le preguntó con un esbozo de sonrisa. La Negrita lo cortó en seco. De algún modo la molestia que eso le produjo llegó a oídos del juez, porque *motu proprio* o impulsado por su superior, el empleado se contactó con ella días después para pedirle disculpas.

El juez federal Sergio Torres acompañó la denuncia de Graciela con un procesamiento en primera instancia:

«En lo que atañe a la imputación dirigida por Graciela Beatriz García Romero vinculada con los ataques sexuales de los que fue víctima mientras se la mantenía cautiva o bajo el control del Grupo de Tareas 3. 3., expresó: “...En 1977 hay dos episodios que fueron muy importantes: Una vez llevaron a todo al grupo de detenidos al que hacían trabajar, hicieron sacar el tabique y un cura dio misa por el día de epifanía, esto fue el 6 de enero de 1977 o de 1978”. Refiere que ese día también trasladaron a «la conejo Inés» que era una compañera de ellos. Que «Inés» decía que había sido abusada sexualmente. Recuerda que «Pilar» era abusada sexualmente por Whamond. En este aspecto relata que durante ese 1977 fue llevada en varias oportunidades a un departamento al que luego concurría Acosta y este la obligaba a mantener relaciones de carácter sexual. Refiere que nunca se pudo oponer a que Acosta la accediera carnalmente ya que sabía que si se negaba a mantener la relación íntima a la que Acosta la obligaba en forma inmediata era «trasladada». Refiere que la servidumbre sexual que padeció de parte de Acosta “la humilló y desintegró moralmente...” Respecto de este hecho que la damnificó, Graciela Beatriz García específicamente instó la acción penal. Teniendo en cuenta las características del hecho investigado y la colección entiendo que existen elementos de convicción suficientes para estimar que nos encontramos frente a un hecho delictivo en el que Jorge Eduardo Acosta específicamente aparece como autor penalmente responsable de él.»

«Graciela Beatriz García no es la única víctima que ha manifestado haber sido víctima de abuso sexual. En el mismo sentido se ha pronunciado Sara Solarz de Osatinsky. Y otras mujeres más relataron casos similares respecto de otras

víctimas que permanecen desaparecidas o que sobrevivieron, que durante su cautiverio fueron violadas o intentaron serlo. ...Debido a la reiteración con que estos hechos han sido expuestos a la instrucción, entiendo que no encuentro motivo alguno para dudar de la veracidad del relato de Graciela García, como así tampoco de la situación de intimidación bajo la que permanecía desde el momento mismo en que fue privada de su libertad.»

«La particularidad que reviste a este hecho, como tantos otros de violación en los que el acceso carnal no se agota con un solo acto sino que el sometimiento de la víctima se prolonga en el tiempo, es la indeterminación cierta y precisa de todas las veces en que se concretaron los accesos carnales, las fechas o el lugar exacto en que ello ocurrió. Por ello, cada uno de los hechos no puede ser individualizado aunque se conoce que sucedieron durante el año 1977 en un departamento al que se la trasladaba desde la E.S.M.A. al que luego concurría Acosta. De acuerdo al relato de la víctima, no existía posibilidad alguna de manifestación de voluntad en contrario y ni siquiera de intentar defenderse. En ese entonces se encontraba clandestinamente detenida en la Escuela de Mecánica de la Armada, a merced de la voluntad de sus captores quienes tenían el señorío de su destino. Ni siquiera tenía la posibilidad de rechazar el ataque porque cualquier actitud de afrenta contra el imputado podía perjudicarla, y así lo expresó indicando que para el caso de negarse, podía implicar su “traslado”.

Resulta interesante traer a colación la apreciación que hizo el más alto Tribunal, al afirmar que (...) la prueba en los delitos contra la honestidad resulta de difícil recolección, no sólo por los desarreglos psicológicos que provocan en la víctima después de ocurrido el evento, sino también por el transcurso del tiempo hasta que llega la noticia “crimínis” al Tribunal. (CSJN. c. V. 120-XXX., VERA ROJAS, R. 15/07/97). En el caso sometido a estudio, la víctima pudo relatar lo que le ocurrió, una vez transcurridos casi treinta años.

Por lo dicho anteriormente, entiendo que Jorge Eduardo Acosta deberá responder también por este hecho.»

El procesamiento de Torres es el primer hito en sede judicial de Graciela en el camino a su reivindicación, después de haberse sentido, como bien reproduce en el escrito el juez y repite ella cada vez que puede: «humillada y desintegrada moralmente».

La sala II de la Cámara Federal, la instancia superior, decidió sin embargo subsumir los delitos sexuales cometidos por Acosta en el de tormentos, sin considerar que se trata de hechos de igual o mayor gravedad, pero los abogados mantienen la firme intención de cuestionar esta decisión. «En octubre de 2012», dice Fusca, «este tramo de la causa fue unificado con otros de la causa madre y está siendo juzgado en el debate oral en curso “ESMA Unificada”. En esta causa el CELS está litigando la acusación por violación sexual reiterada como delito diferenciado del de aplicación de tormentos y como crimen de lesa humanidad.» Nadie le prometió a Graciela un jardín de rosas cuando con las abogadas del Centro de Estudios Legales y Sociales decidió iniciar la pelea. Sabía que la exposición podía tornarse dolorosa y difícil. Pero aun así reparadora.

La lucha interna, la trabajosa reconstrucción, incluyó otros pasos. Por ejemplo, el ejercicio que hizo en una sesión de terapia psicológica, cuando el

coordinador le indicó que se imaginara en la peor parte de la ESMA, en el momento en que llegaba el Tigre Acosta. Ella lo miraba con temor, hasta que el terapeuta le dijo que imaginara que estaban allí con ella, sosteniéndola, sus padres y sus abuelos. Después de mucho esfuerzo, respaldada por sus ancestros, la Negrita pudo mirar de igual a igual a su violador. Y eso constituyó un pequeño triunfo.

A pesar de todo, cuando le vio la nuca a Acosta en el juicio oral, detrás del vidrio, en la sala de audiencias de Comodoro Py, sintió al principio una trompada en el pecho, un impacto energético. Como si le hubieran disparado. «El segundo efecto es el del odio. Me paré, como para ir a pegarle: la fiscal me saludó justo en ese momento y me detuve. El tercero es querer protegerse». Cuando se dio vuelta Trueno, el Rata Pernías, instintivamente se corrió de su campo visual para que él no pudiera verla.

El día en que declaró, estaba Ricardo Cavallo, Séricico o Marcelo, en la sala, como siempre, tecleando en su computadora portátil. Al principio, no lo miraba. «Una tiene que tener firmeza para enfrentarlos, porque ellos son los tipos que te sojuzgaron», dice.

Este tramo del juicio es conocido como ESMA 3 porque se computa el juicio al prefecto Héctor Febres que terminó con su dudosa muerte antes de la sentencia. En esta etapa, los testigos —sin volver sobre lo ya declarado— mencionan a todos aquellos prisioneros vistos en el centro clandestino de los que no se habló en las dos primeras partes del proceso. Es un ejercicio arduo e hiriente recordar, pero irrefutablemente necesario.

Graciela se reúne en la misma pizzería de Barrio Norte conmigo y con el gordo Alfredo, el «marido» de Marta, otro de los miembros del *ministaff*. El ritual de juntarse antes de las declaraciones que tienen los sobrevivientes tiene mucho de necesidad afectiva.

Se precisa la legitimación, el apoyo de alguien que haya atravesado lo mismo que uno antes de enfrentarse al interrogatorio de los abogados defensores.

Graciela tuvo bronquitis hace unos días, y salió de su casa a pesar de que el día estaba furiosamente lluvioso. Estaba abrigada con un sweater colorido. No es la primera vez que un sobreviviente se enferma antes o después del impacto emocional que causa declarar.

Lee un par de párrafos que escribió sobre el abuso sexual. Empieza a componer una lista de abusadores sexuales dentro de la ESMA. Son más de catorce, sólo oficiales, sin contar Pedros ni guardias o verdes. La mayor parte de ellos abusó de más de una mujer. La Negrita reflexiona sobre la progresividad, cierto paralelismo entre la apropiación de las tierras mendocinas Chacras de Coria con su esclavización sexual, la apropiación de su cuerpo.

Acosta merodea el camarote de Graciela, la hace bajar al área los Jorges y le convida torta. La saca de la ESMA dos veces para ver a su familia. Comienza llevándola a Guadalcanal, suben las escaleras con sábanas limpias y la penetra aun cuando tiene su período menstrual. Luego va solo a la casa de Avellaneda y encara a su hermana recién recibida de abogada. Empieza a llevar periódicamente a Graciela a los departamentos destinados a las «trampas» de los marinos. Envía a trabajar a Marta a lo del escribano Sosa Moliné. Éste le da la indicación de que se siente en cierto lugar específico y

no hable con nadie. Encierra a Graciela en los departamentos y pasa cuando quiere a forzarla sexualmente. Ella está resignada, sometida, espera que llegue durante días enteros. El Tigre le ordena a la escribanía obligar a la hermana a firmar junto con cuatro hombres, Radice, Whamond, Mazzola y Mario Cédola. Al tiempo le dicen que Cédola tiene ganado y que tiene que comprar un campo con un préstamo pero que necesita un socio minoritario. Poco a poco el Tigre se adueña de todo. Después de firmar varias actas, Martase anima a decirle al escribano que tiene que hacer su vida. Graciela deja de ver al Tigre, pero él la controla visitándola e incluso interviene sus teléfonos.

Para la Negrita esta declaración no será la primera, pero sí aquella en la que está decidida a renovar sus acusaciones contra Acosta por abuso sexual. Ya sabe que hasta el momento es la única de las sobrevivientes que estuvo dispuesta a presentarse como querellante por un crimen de esa naturaleza. Otros casos podrán utilizarse como indicio, pero es necesario que alguna mujer víctima de abuso tenga la decisión, la entereza moral de iniciar un camino que puede ser duro. Ser la única querellante que estará sola en un futuro juicio. «Me acompañás ¿no?», pregunta con sorna, dando por descontado que será así.

Las esposas

Los juicios son instancias reparatorias, pero también peligrosas situaciones límite. En un ancho pasillo de Tribunales, se mezclan una mañana en la misma fila, frente a la secretaría del Tribunal Oral que va a juzgar a los represores de la ESMA por primera vez las víctimas y las mujeres de los torturadores. Allí, dicen, está la hermana de Alfredo Astiz, que no falta nunca, la esposa de Raúl Scheller, la militante derechista Cecilia Pando, algo disonante en remera, jeans y zapatillas frente a las perlas y los trajecitos Chanel de las demás. Se escuchan las conversaciones, es inevitable.

«¿La viste a *la de* Scheller?»

«Sí, debe estar por ahí, llegó temprano. La que estaba también era *la de* Astiz, que no falta jamás».

«*La de*». Qué forma peculiar de autoidentificarse, de autoproclamarse propiedad de alguien. ¿Cómo son esas mujeres, cómo han sido en el momento en que sus hermanos, sus esposos, sus novios, hundían la picana en las vaginas de otras mujeres y las llamaban putas?

Los relatos de las bases navales, y aun de las ciudades donde anidan, hablan de bailes de promoción, de cadetes blancos y dorados pretendidos por chicas que idolatran el uniforme y que ven el matrimonio con un guardiamarina la garantía de una vida inestable por los traslados, pero protegida a la vez. Dentro de los límites de una familia extendida, la naval, que asegura todo, desde la escolaridad, el sustento y el esparcimiento, hasta una muerte tranquila. No hay incertidumbre, todo está resuelto mientras ellas permanezcan cerca de su hombre. Son mínimas las decisiones que hay que tomar, sólo cosas domésticas y de relaciones, que se circunscriben al mundillo en que viven. Los máximos contratiempos son las mudanzas, pero

las transferencias están organizadas. Algunas se transforman en eternas mujeres-niñas, sumisas, sombras del guerrero al que se unieron casi adolescentes, y asisten a las sucesivas infidelidades de sus maridos como a algo natural.

Otras se sublevan, y pagan caras las consecuencias. En su libro *Dar testimonio*, María Inés Ranni describe el derrotero de una integrante de la *familia naval* que va de la seguridad de la base al manicomio.

«Ocho de la mañana. Se iza la bandera nacional. Comienza el día.

Todo es impecable, fresco, sano. Adelante.

La gran familia naval, una clase social distinta con sus enseñanzas y sus principios intocables. Creaba una confianza intangible, aceptando jerarquías, asumiendo compromisos, pautas de convivencia.

Las bases navales tenían una geografía diseñada prolijamente, semejante a los barrios cerrados de hoy, siempre lejos de las ciudades y a orillas del mar. Casas confortables, rodeadas de árboles o montes, en cuyo frente se leía el nombre y grado del marino que la ocupaba.

Un número de familias convivía permanentemente en ellas. Se formaban lazos de amistad inquebrantables ya que compartían todas las instalaciones. Concurrían al mismo cine, se atendían en el único hospital, hacían las compras en la misma proveeduría y los hijos cursaban su escolaridad en la ciudad vecina. Como en todo lugar y grupo humano había situaciones oscuras. Hombres alejados de sus mujeres, el permanente contacto entre personas de distintos sexos y edades, las agotadoras y estipuladas conductas entre las familias donde se tenían en cuenta las jerarquías.

En tiempo de amenazas y revoluciones nos juntaban en una sola casa, dormíamos en cuquetas, se tapaban las ventanas y las hendijas, las casas de las bases no debían ser descubiertas.

Las mujeres de los marinos, muy femeninas, formales y coquetas, eran tratadas con el mayor de los respetos y gentilezas. Para estos hombres el amor, la compañía de las mujeres tenía un gran valor. Los oficiales jóvenes solían enamorarse de las hijas adolescentes de sus superiores y no sé por qué motivo las nombraban *las malditas*.»

María Inés, la autora de estas líneas, no quería ser una de esas *malditas*. Con una acentuada rebeldía adolescente, se convirtió en cambio en una chica *problema*. Empezó a frecuentar el ambiente del rock, y sin entender que en ese medio la rebelión se pagaba cara, terminó en 1976 internada en una institución psiquiátrica, junto con el hijo de un general al que su padre había encerrado ahí porque era homosexual.

Curiosamente, María Inés describe esa situación como su «Holocausto» y recuerda su reclusión en un cuarto que bien podría haber sido un camarote de la ESMA.

«Nunca supe el motivo pero una mañana desperté en un sótano, en una pieza con una cama, una palangana para orinar y una ventana muy chiquita en lo alto de una pared. Pasé situaciones terribles dentro de ese cuarto que prefiero olvidar».

María Inés recuerda su fascinación a los quince años por un joven marplatense mayor que ella que por alguna razón merecía el respeto de su padre. Lo llama su *ángel rubio* y no es otro que Astiz. La relación empezó cuando ella era una chica precoz y él un seductor cadete, con auto propio y

ciertas inquietudes intelectuales. Un hotel de Avenida Luro y la playa, un boliche bailable de la avenida Constitución en Mar del Plata, el Centro Naval de Olivos, fueron los lugares donde pasaron momentos juntos.

El padre de María Inés fue luego destinado a Sudáfrica y allí ella se volvió a cruzar con el joven oficial y con un recién llegado Chamorro, directamente de la ESMA a la agregaduría naval de la embajada argentina. Pretoria, en 1979, estaba en pleno *apartheid*. María Inés y Astiz, cada uno por su lado, gozaban en medio de la segregación de una residencia lujosa, servidumbre negra, choferes, cocineros, jardineros. Él siempre había creído en la superioridad de los blancos. Seguramente alentado por la distancia y por su interés en seducirla, le hablaba de su pasado reciente, de su trabajo de infiltración en grupos «subversivos y exiliados», de su vida siempre bajo órdenes, en tareas peligrosas, de su asombro por seguir vivo. Para la jovencita era entonces una especie de James Bond, misterioso, admirado e inalcanzable.

Con el paso de los años, las cosas cambiaron, y mucho. «Mi ángel rubio ha pasado a ser el ángel de la muerte. Lleva más de un cuarto de siglo detenido. Me pregunto, ¿merece ese castigo?», dice María Inés décadas después.

En la contratapa de su libro, escrito con cierta ingenuidad y —tal vez— espíritu de revancha hacia quienes la desilusionaron y la hicieron sufrir, advierte que contará la historia de los «hombres de su vida».

«Que no tengan miedo, solamente ellos y yo sabremos de quién hablo. Si me animo a nombrar a quienes voy a nombrar, a contar lo que voy a contar, pueden imaginar lo que por prudencia callo». En plena democracia, cuando ya no detentan el poder, María Inés todavía considera que tiene que protegerse de los hombres de la familia naval tranquilizándolos sobre los límites de sus revelaciones.

Fue sin duda una de las que se atrevió a romper el molde de la mujer perfecta, y por eso fue expulsada definitivamente del edén naval.

Cayó en la adicción a las drogas, volvió a ser internada, tuvo novios y amantes, se casó, se separó y hasta dejó de vivir con sus hijos, en el colmo de las transgresiones. Así no eran las mujeres de la Armada.

Tal vez el paradigma del macho naval fuera el Cero, el Negro, el propio almirante Emilio Eduardo Massera. Se había casado con Delia Vieyra, la bonita hija de un escribano de La Plata, pero retozaba en las camas de mujeres de las más diversas extracciones. Modelos, vedettes, escritoras, mujeres de empresarios que hacían la vista gorda a cambio de beneficios económicos. Como Marta Mc Cormack, cuyo marido Fernando Branca fue asesinado por tratar de «pasar» al Negro. No se le conoce, eso sí, ningún avance sexual sobre las prisioneras desaparecidas, pero es imposible que desconociera los múltiples vejámenes que cometieron Acosta y sus hombres en la ESMA y los demás centros clandestinos de detención de la Marina.

El Tigre, por cierto, siguió el ejemplo de su superior en cuanto a la promiscuidad y señaló el camino a sus subordinados e incluso a su superior, Chamorro.

Según Rosario Quiroga, secuestrada con sus tres hijas en Uruguay —cuyo segundo marido Oscar Sordo Degregorio había sido asesinado en el sótano de la ESMA—, el hermano del Tigre, el Chavi Acosta, la visitaba en La

Pecera y le manifestaba que se quería acostar con ella. Ella le contestaba que iban a tener que obligarla con los guardias, porque de otro modo, si no era por la fuerza, no lo iba a conseguir.

Al regreso de una absurda salida a la discoteca Mau Mau, propiedad de su amigo el empresario de la noche José Lata Liste, adonde llevó a un grupo de prisioneras (la Negrita también fue integrante de una de esas expediciones forzadas a la noche porteña), el Tigre condujo a solas en su auto a Cristina Aldini. Empezó a hablarle de su relación con su esposa y le sugirió que quería tener relaciones sexuales con ella diciéndole que necesitaba «savia nueva». Cristina le preguntó, reaccionando visceralmente, qué pasaba con la savia de su mujer. La contestación del Tigre resonó en la cabina, iracunda.

«Sos una insolente. ¡Yo te voy a mandar para arriba! ¡Y además, me voy a acordar de tu hermana!»

«Eso no concuerda con lo que ustedes dicen, que son caballeros del mar», contestó Cristina. La hermana menor de Cristina tenía 15 años, y el Tigre sabía que militaba.

Acosta se dirigió a toda velocidad a la ESMA y justo antes de entrar, pegó un volantazo, fuera de sí. Luego la llevó a casa de su madre, adonde Cristina llegó casi sin aire y aterrorizada. Las últimas palabras del Tigre habían sido: «A pesar de todo, te admiro, porque fuiste frontal».

María Eva Bernst de Hansen, rubia y de ojos verdes, trabajaba en el archivo de La Pecera. Había sido secuestrada cuando la menor de sus dos hijas tenía días. Su marido ya había desaparecido durante un allanamiento ilegal, del que ella había escapado milagrosamente. Ella insistía en que no militaba y que sólo era «la mujer de». Su oficial interrogador dentro de la ESMA era Scheller. «Sos muy linda. Me gustaría acostarme con vos», le dijo un día que estaban a solas en Capucha. «Yo soy una señora», le contestó indignada María Eva. «A mí me llevaron de mi casa, no me levantaron de la ruta». Esa respuesta descolocó a Scheller, que no volvió a intentar nada con ella. Seguramente la respuesta tocó la cuerda de los valores familiares y tradicionales que los marinos estaban convencidos de que las mujeres militantes transgredían. «No soy una prostituta, soy una madre, y se me debe respeto», le respondió la prisionera al marino amparándose en su misma idiosincrasia.

«Vos tenés ovarios, nena», le dijo cuando se enteró otro miembro del grupo de tareas, el veterano policía Ernesto Weber, que le decía que le recordaba a su hija y le llevaba poleras y chocolates. «Porque por mucho menos hay gente que no la cuenta», le aseguró.

Cuando Carlos Carella, Palanca, intentó abusarla sexualmente, Anita Dvantman, la que después se casaría y tendría dos hijos con otro oficial del grupo de tareas, Jorge Ruger Radice, lo quemó con una colilla.

¿Tenían conciencia estas resistentes del riesgo de muerte que corrían negándose? Varias de ellas pudieron eludir el abuso de un represor pero sucumbieron ante otro. Caminaron en el primer caso, acaso desprevénidamente, por una estrechísima cornisa entre la vida y el traslado en un vuelo de la muerte.

Ana María Soffiantini, por ejemplo, pudo resistir el avance sexual por parte de Febres recostándose, paradójicamente, en su relación prohibida con Ricardo Coquet, otro secuestrado. Así lo hizo también Liliana Gardella, que

había iniciado una pareja con Máximo Cargnelutti y contaba con la «protección» de Scheller, que también amparaba a Munú Actis del avance de algún «Pedro».

Algunas de las ex desaparecidas acusan abiertamente a unos de sus verdugos y guardan silencio sobre otros. La culpa, la confusión, el agradecimiento por un abrigo, una salida, un llamado telefónico a la familia o incluso el rescate de sus hijos, en suma la sensación de protección, hacen que buena parte de los abusadores se vean amparados casi cuarenta años después por aquellas mujeres de cuya situación de vulnerabilidad extrema indiscutiblemente se aprovecharon.

Y para mayor dificultad y contradicción, el mismo represor podía mostrarse brutalmente acosador de alguna, seductor con otra y paternal con una tercera.

En una de las salidas nocturnas en que los marinos hacían vestirse y acicalarse intempestivamente a las secuestradas para llevarlas a cenar, Munú Actis cuestionó al Tigre: «Yo realmente no entiendo por qué ustedes teniendo la posibilidad de irse casi todas las noches a sus casas, se quedan en la ESMA». Munú creía que su planteo entraba en lo que ellos esperaban de una mujer que ponía la familia por encima de todo. Pero no fue así.

«¿No te das cuenta de que ustedes son las culpables de que nosotros no queramos ir a nuestras casas?», bramó encolerizado Acosta, mirando a Scheller, que lo secundaba asintiendo. «Con ustedes se puede hablar de cine, de teatro, de política. ¡Sabes criar hijos, tocar la guitarra, agarrar un arma! Ustedes son las mujeres que nosotros sólo creíamos que existían en las novelas o en las películas y esto ha destruido a nuestras familias. Porque ahora, ¿qué hacemos con las mujeres que tenemos en nuestras casas? Con mi esposa —siguió vociferando— sólo puedo hablar de si el domingo vamos a ir o no al club y si llevamos o no la canasta... Otra cosa no puedo compartir con mi mujer».

Para algunas de las mujeres de los marinos, el paraíso se quiebra cuando sobreviene una crisis, una separación. Y si ellas son las que se atreven a querer salir de los límites del universo naval, son castigadas brutalmente. La esposa de un integrante del grupo de tareas de Mar del Plata, una rubia distinguida de doble apellido, osó enamorarse de un veterano especialista en petróleo para el que trabajaba como asistente. Cuando se separó e intentó llevar a sus dos hijos a vivir con ella, las persecuciones y amenazas de su ex marido y la patota de la Marina le hicieron temer por su vida.

Pero las que asisten a los tribunales, las que acompañan a «sus hombres» en las gradas superiores de la sala de audiencias donde se desarrolla el juicio de la ESMA, no son así. Cuando se escucha la sentencia, cuando los sobrevivientes, los fiscales y los abogados y los familiares de las víctimas se entrelazan en abrazos emocionados, un grupo de ellas se asoma al balcón y señala a una sobreviviente: «¡A vos, a vos, ya te la vamos a dar!»

«¡Asesinos, torturadores, ladrones... violadores!», se escucha la reacción de la testigo, con particular acento en la última palabra, mientras uno de los abogados de la querrela la arrastra fuera de la sala, tranquilizándola.

La acusación no fue producto de la ira, sino elegida cuidadosamente para

despertar legítimas dudas. Porque en la mentalidad de estas mujeres de militares, la mayoría de las cuales tal vez no participaba —ni siquiera a través del relato— de los crímenes secretos de sus maridos, padres o hermanos, ellos son todavía los cruzados heroicos en una guerra contra un enemigo cruel y ateo que atentaba contra sus valores más sagrados. Y el secuestro y la tortura para obtener información, el asesinato para evitar que reiniciaran la lucha, la apropiación de bienes para sumar a la financiación de la cruzada y hasta el robo de bebés para criarlos en hogares bien constituidos son para ellas comprensibles y hasta loables.

¿Y la violación? El sexo, arrancado por la coacción o por la fuerza, ¿qué justificación encuentra en las mentes de estas mujeres, en el marco de una guerra supuestamente santa?

El último round

El día de su declaración, la Negrita estaba descansada. Había procurado mantener la mente clara desde hacía diez días. La acompañaron sus familiares y sus inseparables «hermanas de campo», Marta y María. El día amaneció cálido y soleado, pero con el correr de las horas el cielo se encapotó sobre los tribunales de Comodoro Py. Empezó a hacer un frío intenso, que se sentía aún más en las escalinatas que enfrentan el edificio Libertad, sede del Comando en Jefe de la Armada.

Declaró al mediodía, porque otro testigo faltó a la audiencia. Mientras esperaba que se iniciara, sentada en el banco dispuesto para ellas, se sintió algo molesta y sorprendida por la interacción entre los empleados de la fiscalía y los defensores de los militares. Hablaban entre ellos, se reían. Es lógico, natural, pensó después. Finalmente, trabajan juntos, se ven todos los días. Pero lo que definitivamente más la asombró fue ver reír a Ricardo Cavallo, Sérpico.

La primera parte de su testimonio se dirigió a los delitos de índole sexual. La Negrita presentó como antecedente aquella reunión en una quinta en la que el Tigre «armó parejas» entre marinos y secuestradas. Después, habló de los departamentos a los que fue llevada para concretar el abuso, los Guadalcanal I y II.

Notó en ese momento movimientos incómodos en el área de los defensores. Una de ellos, una mujer corpulenta de la que en ese momento ni siquiera sabía el nombre, decía por lo bajo: «Hay que pararla». De repente, agitada, la letrada pidió la palabra. Dijo: «Los están trasladando». La Negrita no entendía de dónde y a quiénes, pero la causa real del reclamo, se aclaró después de un rato, era que los acusados que habían elegido no presenciar las sesiones estaban en un recinto donde las podían ver en directo en una pantalla en el penal de Marcos Paz. Y el *traslado* a otro lugar de los detenidos había interrumpido su acceso a la transmisión.

El presidente del tribunal no admitió que se suspendiera la audiencia, pero le pidió a Graciela que esperara. La llevaron entonces a una oficina de un piso superior adonde los empleados del tribunal le acercaban agua y café y le preguntaban constantemente si se encontraba bien. A pesar de eso, Graciela

se dejó ganar por una lógica indignación por la demora. Se dirigió a un hombre que pasó a su lado y le dijo, casi increpándolo: «¿Pero ustedes piensan que es fácil ser testigo?» El interpelado sonrió... era uno de los jueces del tribunal, y ella no lo había reconocido. Lo ridículo de la situación calmó su fastidio hasta que volvieron a bajarla.

De regreso a la sala, para su frustración, ya no volvieron a interrogarla sobre el abuso. El cuestionario se dirigió a la apropiación de bienes y después a la lista de prisioneros que había visto dentro de la ESMA. Pudo describir cómo Gonzalo Sánchez, Chispa, le habló de los vuelos de la muerte: «Se suben a aviones y los arrojan», le había dicho a solas un domingo de lluvia.

Todo duró unas extenuantes cinco horas.

Los abrazos de sus familiares, de amigos, de la fiscal, valieron el esfuerzo titánico de recordar. Silvia y Cuqui que no pudieron viajar para estar con ella, estuvieron pendientes a la distancia, desde Madrid y Lima.

Graciela había llamado durante muchos años. Pero cuando decidió denunciar, les preguntó a sus hermanas si ellas habían percibido que Acosta abusaba sexualmente de ella. Marta, la mayor, le dijo que sí, que se había dado cuenta inmediatamente. Susana, al contrario, que jamás lo habría imaginado.

Cada tanto, Graciela se reúne con un grupo de compañeros de la vieja militancia. Reviven tonadas del cancionero militante, hablan de política, y reconstruyen escenas de aquellos años que vivieron peligrosamente. Sólo uno de esos amigos que considera casi hermanos fue a escucharla declarar. Ninguno le hizo ningún comentario sobre su denuncia de abuso ni le habló de su testimonio en los días y semanas siguientes. «Es que no pueden aceptar la derrota», ensayó una explicación el único de ellos que había estado presente cuando ella le preguntó por qué. Muchos años después, ellos todavía eran los receptores de ese mensaje que el Tigre dirigía a los varones militantes cuando la poseía, y no podían soportarlo.

Al día siguiente, *Página/12* tituló: «Una sobreviviente de la ESMA acusó al Tigre Acosta por violación».

«En estos días que me preparaba para venir y a pesar de los años, lo que experimento al volver es que no se atenúa en nada, cada vez es más atroz lo que se vivió ahí y más imperdonable», continuaba, con palabras de la Negrita, la nota de la periodista Alejandra Dandan.

Jorge Eduardo Acosta ya fue condenado por delitos de todo tipo: secuestro, tormentos, apropiación de niños y bienes... y sigue la lista. Sin embargo, la acusación de la Negrita podría además llevarlo a cumplir una pena por crímenes sexuales. «Él siempre me decía que tenía un mundo interior que le bastaba. Que por eso él podría sobrevivir a una situación como la nuestra, de total aislamiento —dice Graciela—. Me pregunto cómo estará viviendo ahora, que está preso, en el penal de Marcos Paz. Si ese mundo le será suficiente. Yo no podría enfrentarme a él cara a cara. Si pudiera, le diría hijo de puta, asesino. Por todo lo que les hizo a miles, por lo que sufrí yo y por lo que le hizo a mi familia, a mi papá, a mi hermana. Es una familia que está sufriendo desde hace treinta años...»

La valentía de la Negrita es más que singular si se considera la actitud de varias mujeres que atravesaron como ella el campo de concentración.

Muchas coinciden ahora en que el abuso sexual era la regla dentro de la ESMA, pero pocas admiten haber sido víctimas directas. Los niños que han sido presa de un abusador sexual frecuentemente describen las situaciones que sufrieron compañeros y amigos, y de las que ellos, en su relato, han sido testigos pero no víctimas. Con eso, escapan a la estigmatización y creen evitar el trauma: «Yo vi cómo se lo hacía a él, pero a mí no llegó a hacérmelo, pude zafar». Y en ocasiones, después de denunciar el abuso, se retractan cuando perciben que su mundo de relaciones y su supuesta estabilidad se sacude como consecuencia de la acusación.

En el cierre de la Megacausa ESMA 2, cuando hizo uso de sus palabras finales, el Tigre Acosta se extendió durante casi cuatro horas. No ahorró recursos. Llevó consigo carpetas y libros y utilizó proyecciones de organigramas y, descripciones de operatividad preparados en su celda prolija donde hay algunos libros acomodados en estantes y una foto de un felino al acecho. En la ESMA, le gustaba hacer alarde de una supuesta erudición mezclando a Jean Lartéguy, John Le Carré y Santo Tomás de Aquino. Esa costumbre le valía la calificación de «lector de solapas» por parte de sus prisioneros, más formados intelectualmente.

El día de su alegato, Acosta citó a Shakespeare en *El rey Lear* y a Ortega y Gasset, entre muchos otros. Sin embargo, a pesar de la extensión de su descargo, nunca se refirió a los delitos sexuales de los que se lo acusaba ni se refirió a la Negrita Graciela.

«Cada uno de los operativos en que participé se realizó de acuerdo a las normas. Sería interminable decir y nombrar todas las inexactitudes brindadas por los testigos», dijo. «Es probable que un bife o un simulacro de fusilamiento no hubiera sido cuestionado por mí o las autoridades superiores», admitió. Pero aclaró: «La tortura no era sinónimo de la ESMA ni la ESMA sinónimo de tortura».

Y ya, casi en el final: «Si la diferencia entre mi verdad con minúscula y mi verdad con mayúscula demuestra que he cometido alguna falta o delito vaya en estas líneas mi más sincero pedido de disculpa, y por consiguiente deberé formular mi propósito de enmienda según el rito de la Iglesia Católica Apostólica Romana...» Acosta pretende que no tiene que rendir cuentas ante la justicia de los hombres, sino sólo ante la de Dios.

En cambio, dos de los subordinados del Tigre en el grupo de tareas 3. 3. 2. señalados por prisioneras como abusadores sexuales, consideraron que sí había mérito para intentar una defensa y una desmentida.

Raúl Scheller, alias Pingüino o Mariano, consideró que tenía que dedicar una buena parte del tiempo del que disponía para defenderse de las acusaciones. Vestido de impecable saco azul, corbata sobre camisa celeste y pantalón blanco, mantenía su compostura de «caballero naval» mientras desgranaba su discurso, más dirigido a su familia que al tribunal. Empezó hablando de Josefa Prada de Olivieri, que denunció haber sido violada en la ESMA, adonde había llegado secuestrada con su marido mientras estaba embarazada. Scheller negó de plano la acusación de la prisionera. Y después, arremetió contra María Eva, acusándola de fabuladora.

«¿Qué prueba puedo ofrecer para demostrar que no es cierto lo que Eva Bernst relata?», alegó. «Ninguna. Sólo puedo quedar conforme con mi conciencia sabiendo que esta mujer Bernst está teatralizando y mintiendo y

saber que mi familia, mis amigos y mis camaradas que me conocen de toda la vida saben que yo no soy así, porque nunca fui así», se victimizó.

Con una camisa blanca rayada, una remera y un saco azul, abundante cabellera plateada y una barbita a lo D'Artagnan, seguro de sí mismo y prepotente, Juan Rolón hizo, cuando llegó su turno, un pedido insólito y efectista. Pidió poder mirar «a la cara» a la fiscalía, a la querella y al tribunal y consiguió que reacomodaran el escritorio en el que estaba sentado dentro de la sala. Llevaba unos papeles escritos de puño y letra y un cuaderno. Se exaltaba, reclamaba, levantaba un dedo acusador y admonitorio, alzaba la voz, lloraba al agradecer a la familia y a los abogados que lo habían asistido. Pidió que le quitaran el micrófono del pie donde estaba instalado porque «le resultaba incómodo», consciente de que las cámaras que registraban el juicio eternizarían esa imagen suya.

«De algo estoy seguro —clamó—: mi esposa, mis hijos y mis nietos pueden y podrán caminar libremente por la calle con la frente alta y la mirada clara y transparente con el convencimiento de que su esposo, su padre y su abuelo no se excedió y que en la guerra sólo cumplió con su deber de soldado».

Rolón habló para la posteridad.

«Voy a hablar para la historia», ratificó. «Nadie ni nada podrán modificar mi verdad histórica».

Y entonces le llegó el turno a Jorgelina, a la que llamó «Señora Ramus».

«Ahora voy a lo que más me preocupa», siguió, grandilocuente. «La señora Ramus, en una declaración en la Cámara Nacional y Criminal en el año 98, declaró: “Aparte de la violación de la que fui víctima por parte de un suboficial, fui violada nuevamente por Rolón, quien me dijo que iba a hacer un operativo y me llevó a un hotel en Plaza Francia. Esto ocurrió en 1978 más o menos”». Rolón pretendió desacreditar a Jorgelina porque ella no había precisado el año del crimen. Señaló además la contradicción en otro testimonio, donde Jorgelina no recordaba ya el año y confundía el lugar. El tiempo transcurrido entre declaraciones y entre estas y el hecho (más de treinta años) además del efecto del trauma, hace superfluo explicar las causas de la confusión.

Pero Rolón opina otra cosa.

«Yo le pregunto a cualquier mujer si el acto peor que se le puede cometer a una mujer debe ser la violación (SIC)», continuó. «Y si una mujer es violada, se acuerda pelos y señales del violador, del momento, etcétera, etcétera. No puede la señora Ramus decir que la violé y no se acuerda el año...» El marino sobreactuaba, imitando el supuesto titubeo de Jorgelina. Y remató, triunfal: «Lo que pasa es que aprendió mal el libreto».

Entonces, en el clímax de su intervención, giró el torso y la vista hacia las gradas superiores de la parte trasera de la sala de audiencias donde supuestamente estaba su esposa y dijo, jurando:

«Señor Presidente, Cristina, mi mujer, es una vil mentira lo que ha declarado Jorgelina Ramus. Una mentira infame. Siempre en la ESMA hemos tratado de humanizar la guerra».

Retomó entonces un alegato de tono político haciendo aseveraciones curiosas proviniendo de él.

«Me he definido en mi declaración indagatoria como un demócrata y un

republicano.

»Yo siempre he hablado bien de los Montoneros, de sus cualidades intelectuales y su alto compromiso con sus ideales equivocados».

Y finalmente, en un acceso de megalomanía, parafraseando a Fidel Castro en su alegato de autodefensa por el ataque al Cuartel Moncada en 1953, terminó su discurso con la frase: «La historia me absolverá».

Juan Carlos Rolón fue uno de los dos integrantes del grupo de tareas, junto con Pablo García Velazco, que resultó absuelto en ese tramo del juicio por el tribunal formado por los jueces Daniel Obligado, Germán Castelli y Ricardo Farías. Según la sentencia, Rolón no participó en los hechos que se le imputaban, a grandes rasgos el secuestro y asesinato del grupo de familiares de la Santa Cruz, entre los que se encontraban las monjas francesas Domon y Duquet y de Rodolfo Walsh. A pesar de eso, continuó detenido porque estaba procesado en otras cinco causas.

Jorge Eduardo Acosta y Raúl Scheller fueron condenados en cambio a prisión perpetua, igual que Alfredo Astiz, Antonio Pernías, Jorge Radice y Ernesto Weber.

El tribunal hizo lugar al pedido de una de las querellas encabezada por Carolina Varsky, del Centro de Estudios Legales y Sociales, apoyado por la fiscalía, que solicitó que se extrajeran testimonios sobre violaciones y abusos. Los jueces solicitaron que se enviaran al Juzgado Federal 12 para que se investigaran los delitos mencionados en ellos.

La violencia sexual dentro de los centros clandestinos de detención argentinos fue un plan sistemático. Se registró en todos los puntos geográficos del país como terrorismo sexual, ejercido por hombres de todos los grados y fuerzas sobre víctimas de distintas extracciones sociales y políticas. Fue una forma de marcar territorio de los vencedores de una supuesta guerra, hacia las prisioneras, hacia sus compañeros cautivos, hacia la sociedad toda y por qué no, de reforzar la propia virilidad y satisfacer un goce perverso.

Tuvo distintos grados y tipologías. Como señala la abogada israelí especializada en trata de personas Nomi Levenkron, que analiza el Holocausto, el maltrato comienza con la desnudez, las observaciones soeces, la degradación de la ducha pública. La violación lisa y llana, con el uso de la fuerza física, en privado o en público, o la obligación de mantener relaciones sexuales con un compañero de cautiverio ante los ojos de los guardias o de los demás secuestrados. La esclavitud sexual, muchas veces precedida de una seducción en la que el represor ofrece protección, seguridad, privilegios. (A veces confundidas con amor por las mismas prisioneras, algunas de estas relaciones de sujeción se mantuvieron durante años o se ocultaron, mientras las sobrevivientes pugnaban por superar la lógica concentracionaria). Y por último, la negociación lisa y llana de algún beneficio de más o menos valor a cambio de sexo.

El epílogo de este extenso y trabajoso proceso está aún por escribirse. Al cierre de esta edición, se está desarrollando otro juicio oral al que se sumaron nuevos acusados. Como las delgadas capas de una cebolla, con el correr de los años, las mujeres que atravesaron las barreras de la ESMA despellejan sus vivencias traumáticas, lentamente, hasta llegar al núcleo. Avanzan y retroceden, se afirman y dudan, pensando a veces que es mejor que todo

quede sepultado, evaluando los costos afectivos y familiares, pagando a veces un precio alto en salud mental y física. Seguramente, a algunas no les alcanzará la vida para terminar la tarea. Y quién sabe si las que se atrevieron a denunciar los vejámenes a los que fueron sometidas y a los responsables con nombre completo conseguirán alguna vez Justicia.

La mirada de los otros

Delgada, y con una cara casi infantil, Graciela vive como si no tuviera edad. «¿Cuántos años tengo? Te juro que no sé, el otro día el médico me lo preguntó y tuve que pensar, hacer el cálculo por el año de nacimiento. Sesenta y cuatro, creo». Mantiene una mirada límpida desde sus ojos negros con pestañas larguísimas y tupidas y se entusiasma con cada proyecto, cada viaje por trabajo o por placer.

Vive en una casa luminosa e invadida por el verde de un enorme jardín. De las fotos de su biblioteca sobresale la suya con Ignacio. Es cazadora de imágenes de profesión. Tiene un archivo de donde provee a escritores, periodistas y cineastas para fascículos, libros y documentales. Ha tenido varias parejas. Todas le han durado por lo menos diez años. La actual, dice, tiene la costumbre de dormir con antifaz a veces. «¿Qué le voy a decir?», pregunta Graciela en una de las tantas reuniones de sobrevivientes donde aparece el humor negro para exorcizar el horror. «¿Qué querés que haga? ¿Que le lleve las esposas y los grilletes? ¿O el balde para ir al baño?»

De todos los dolores padecidos por Graciela, el más intenso, el que le resulta una mueca cruel del destino es que su hermana mayor, Marta Emilia, esté enfrentando un juicio junto a un grupo de represores de la ESMA en la causa por la apropiación de Chacras de Coria, en la provincia de Mendoza.

La publicación reiterada de las acusaciones contra Marta, la asimilación de su imagen a la de los torturadores, le provocó mucho sufrimiento a toda su familia. Para Graciela fue parte del mismo abuso, de la manipulación. El Tigre utilizó a su familia como continuación de su cuerpo. Así lo interpreta.

Acosta determinando, arrasando la voluntad de todos, la suya, la de Marta, la de su otra hermana Susana y la de sus padres. Aterrorizándolos, amenazando, haciéndoles sentir que disponía de sus vidas, que podía llevarse no sólo a una hija, sino a las tres.

DIECINUEVE

Jujuy: reuniones para no llorar

El viaje desde Calilegua a San Salvador de Jujuy no era fácil para esa mujer que cargaba con dos hijas que habían sido atacadas por la poliomielitis.

Las llevaba para su tratamiento a la Asociación de Lucha contra la Parálisis Infantil (ALPI) en el hospital Pablo Soria, dos veces por semana y cuando volvía, llena de esperanzas por las promesas de los médicos pero agotada, tenía que reponer de 4 a 12 las horas que había estado ausente de su empleo en el hospital del Ingenio Ledesma. En ese entonces todavía no imaginaba que el ingenio y su dueño le iban a causar mucho más dolor que cansancio.

Hilda del Valle, una de las niñas que esa madre luchaba por hacer caminar como todas, se sometió a quince operaciones para poder vencer los efectos de la polio. La enfermedad la alcanzó a los once meses y pasó más de dos años y medio internada en Buenos Aires, en un lugar en Ciudad Evita donde los padres sólo podían entrar con escafandra para evitar el contagio. Por eso a los cuatro años aún no hablaba: no tuvo cómo aprender, porque nadie le había hablado a ella. Su padre no tardó en abandonar la casa. «No soportaba tener dos hijas que se arrastraban», dice Hilda. Y a su madre todo se le hizo más difícil, puesto que, en esa sociedad conservadora nortea, una mujer a la que su marido había dejado alguna culpa debía de tener.

Su infancia y su primera adolescencia no la llevaron mucho más allá de los viajes entre la escuela y su casa y las tareas en la parroquia. Era muy buena alumna y por eso, después de la primaria, terminó sin esfuerzos la secundaria en la Escuela Normal de Libertador General San Martín.

Con un grupo de compañeros, se mudó a Tucumán para estudiar abogacía. Se reunía con los otros muchachos y chicas de su pueblo, y juntos iban a una peña, el Alto de la Lechuza, adonde Hilda demostraba gusto por el canto. Llegó a cantar por pago, vaya paradoja, en el Círculo Militar. Eso le ayudaba a reforzar lo que su mamá le enviaba para la pensión. Además, en sus ratos libres, se ganaba unos pesos extra tejiendo prendas al crochet.

Pero el 24 de marzo de 1976, con el golpe, su madre la hizo regresar a Calilegua. Presentía el riesgo y no se equivocaba. Empezaron a llegar malas noticias. A medida que pasaban los días, Hilda se iba enterando de que sus compañeros que habían quedado en Tucumán estudiando habían sido secuestrados. «A ellos sus padres no los habían hecho volver, como a mí», dice aún hoy, pensando que se encontraba segura lejos de la ciudad.

Pero Hilda y los suyos vivían en los dominios del poderoso ingenio Ledesma, un emporio agroindustrial azucarero para el que trabajaban quince mil explotados, que sufrían en sus cuerpos las consecuencias de largas jornadas de zafra. Su madre había visto a la bagazosis, una enfermedad respiratoria que a veces deriva en cáncer, cobrarse vidas en el hospital. La había reconocido en la tos, el sudor y el color azulino de la piel de los

cañeros.

La rebeldía ante la injusticia no estaba permitida en el ingenio propiedad de la familia Blaquier. Cuentan que antes de que Herminio Arrieta le pasara la administración a su yerno Carlos Pedro, el estilo de mando era más paternalista, y que las condiciones empeoraron con el cambio de patrón. Puede que no sea así, porque el «si no fuera por nosotros, se estarían muriendo de hambre», el desprecio, eran ya desde antes la moneda corriente con que pagaban cualquier tipo de reclamo de los trabajadores. Carlos Pedro Blaquier era ambicioso y su novia, Nélide, que había sido criada como la princesa del azúcar, tuvo que recordarle durante el noviazgo que era ella su prometida y no su padre Herminio. Eran tan largas las charlas que Blaquier mantenía con su suegro, fascinado con el muchacho que le prometía hacer de Ledesma un verdadero imperio, que la muchacha estaba verdaderamente celosa.

Las promesas del joven Blaquier a su suegro fueron cumplidas en relación al desarrollo de la empresa, pero la felicidad para su heredera no llegó. Si bien la pareja tuvo cinco hijos, una mujer y cuatro varones, él se enamoró de una secretaria y mantuvo una vida paralela que hizo sufrir a Nelly y provocó que regresara muy poco a Jujuy. Esa niña a la que su padre le proyectaba en el parque de la mansión películas de Carlitos Chaplin —que dejaban ver de lejos a los hijos de los empleados del ingenio— quiso ser pintora pero cuando se topó con sus limitaciones decidió volverse coleccionista. Llegó a ser una de las más importantes del país y unirse a la Asociación Amigos del Museo de Bellas Artes.

A pesar de las traiciones de Carlos Pedro, Nelly confió la administración de Ledesma a su marido, que manejó la empresa con mano de hierro y combatió toda organización gremial. Y para neutralizarla definitivamente, para aplastar la organización de los trabajadores y los reclamos, el patrón Blaquier se alió con los militares. Ya en los 60, el dictador Juan Carlos Onganía había favorecido a la empresa. Con la excusa de terminar con los subsidios y combatir los focos subversivos intervino once ingenios tucumanos que luego cerraron. La producción azucarera se trasladó a Salta y a Jujuy. No era cuestión de permitir en Jujuy lo que se había tratado sin éxito de desarraigar en el Jardín de la República. Allí había sido demasiado tarde. Tal vez en Jujuy se estuviera a tiempo.

Una de las primeras víctimas de la alianza entre Blaquier y los militares sería el médico Luis Aredez, despedido del ingenio por darles demasiados remedios a los enfermos y luego perseguido por enfrentarse al poder azucarero desde la intendencia de Libertador General San Martín. A Aredez lo desaparecieron dos veces. Después de una larga lucha solitaria por conseguir justicia, su mujer Olga murió víctima del cáncer de los cañeros.

La noche del 21 al 22 de julio de 1976, cuando Hilda y su hermana volvían en una renoleta de la terminal adonde habían dejado a su madre, vieron cómo la luz, que se había cortado en todo el pueblo, regresaba cuando se acercaban a su casa. En el camino, aterrorizadas, habían visto las siluetas de hombres de uniforme y armados cada tres metros. De cada puerta, con el torso desnudo, con los ojos vendados, sacaban a vecinos a los golpes a la vereda. El lugar estaba inundado de patrullas, camionetas del ingenio y sonidos de comunicaciones por radio. Las chicas sintieron miedo. Iban a la

casa de su abuela, pero al pasar por su vivienda, vieron la puerta semiabierta y pensaron que les estaban robando. Le indicaron al chofer, Don Vargas, un vecino, que parara, y allí mismo fueron rodeadas. La casa había sido tiroteada, probablemente porque los uniformados pensaron que estaban adentro y se resistían a salir. Levantaron a Hilda, le arrancaron el bastón que usaba para apoyarse y la arrojaron atada a la caja de una camioneta, donde ya había otros detenidos. A Don Vargas lo atacaron a culatazos, y para callar a su hermana, que gritaba, le metieron un arma en la boca. Al subir a la camioneta, el chofer le tocó la pierna y le dijo «tranquila», como si la conociera. «A esa no», sonó una orden. Y su hermana fue bajada del vehículo.

Cuando llegó a la comisaría de Calilegua, Hilda reconoció el lugar de inmediato, porque era amiga de la hija del comisario. Compartían la devoción por las revistas de novelas. Al principio no estaba asustada, a pesar de que le pusieron una capucha, la identificaron con el número 85 y la arrojaron sobre un montón de cuerpos de los que sintió las rodillas, los codos. En Tucumán, en pleno Operativo Independencia, se había acostumbrado a que la Policía parara a los estudiantes, los pusiera contra la pared, los revisara, y los dejara ir después de un rato. Pero esta vez en lugar de dejarla ir la trasladaron al destacamento de Gendarmería de Ledesma. Los otros prisioneros se quejaban y los golpeaban para que se callaran. A Hilda empezó a dolerle la pierna. Hacía muy poco que le habían sacado el yeso de la última operación.

Hilda supone hoy que se la llevaron porque tenía militancia dentro de la universidad. Existía en ese entonces un proyecto del Ministerio de Educación, denominado tríptico, que planeaba imponer un año de ingreso a la Facultad de Derecho. Ella se oponía. Se reunía en el centro de estudiantes, se enfrentaba con el decano y con la secretaría académica. En Calilegua, en cambio, toda su familia trabajaba en el ingenio y eran considerados fuerza propia por Blaquier. Su tío era nada menos que jefe de relaciones laborales del ingenio. Sus parientes la consideraban una oveja negra. «Era todos *ledesmist* —dice—, miembros del staff».

La casa había sido vigilada por la policía, que había confundido un grabador que usaba para las clases con una radio clandestina. La siguiente parada, a eso de las cuatro de la mañana, fue la Hostería de Guerrero. Hilda, a pesar de tener los ojos cubiertos, se ubicó por el sonido del río cercano. Era la hostería del obispado. Cuatro años atrás, cuando tenía apenas quince, Hilda había aceptado una invitación para pasar unos días de retiro espiritual allí, convocada por las monjas que conocía de la parroquia.

«Donde antes había un altar, ahora torturaban», reflexiona.

Algunos testimonios denunciaron incluso la presencia del obispo Medina en los cuartos de tortura. «Nos hacían arrodillar y nos daban de comer con las manos atadas y los ojos vendados. Sostenían los pedazos de carne hervida en la mano y teníamos que comer de su mano, como si fuéramos perros. A veces, sostenían pedazos de papa. Querían convertirnos en animales». Las mujeres eran mantenidas aparte, en un rincón. Tenían un tratamiento especial. «Nos trataban de putas y guerrilleras, nos insultaban». Hilda recuerda que la interrogaron en un lugar muy frío. «Tan chiquita y te metés en esto», le decían. Pero el objetivo no era obtener información, sino el

ultraje. «Ahí me violaron, me abrieron la camisa, me retorcieron los pezones mientras estaba sentada en una tabla como una camilla y me preguntaban dónde estaban los guerrilleros», solloza. «Esa fue mi primera noche en Guerrero. Me hicieron otras cosas: también me metieron un objeto, me sentía como si me hubieran profanado».

Por allí pasaron unas doscientas personas. «Reconocía las voces porque pedían ir al baño “llevame al baño, llevame al baño”, decían. Algunos deliraban. El día de la Gendarmería, el 28 de julio, la llevaron a preparar empanadas, porque iba a haber una fiesta. La sentaron frente a una mesa. Ella no era ducha en la tarea, y tenía que hacerla sin mirar a otro lado. Por esa vez, le quitaron la venda de los ojos. Estaba resfriada y se sentía mal. Hacía su trabajo mientras escuchaba a hombres jóvenes uniformados que con acento correntino y misionero hablaban, burlándose de ella y denigrándola. «Qué va a ser guerrillera, decían. Esta es puta nomás, no guerrillera». En un momento, la vendaron nuevamente. Pensó que la devolverían a su lugar, pero la llevaron a una habitación donde había una cama cucheta. La violaron todos. Hilda se escindía, no sentía dolor, era como si estuviera partida en dos. De repente, como si alguien importante hubiera llegado de improviso y no debiera ver lo que pasaba, medio desnuda, la alzaron y la devolvieron adonde estaban los demás prisioneros, arrojándola desde un alto de tres o cuatro escalones.

En Guerrero, Hilda escuchó las voces de sus amigos y compañeros de estudios. Juan Jarma, hijo de unos comerciantes, el «Gallo» José Cabrera, alumno de la escuela normal como ella, Hugo Narváez, Rubén Molina. También oyó a Rubén Canseco, un militante montonero que había sido su novio. Fue testigo de su tortura y su muerte. «Éramos jóvenes, analizábamos todo. Él no tenía fe, se burlaba de la religión y de los ídolos de barro, yo en cambio sí tenía mucha fe». Hilda lo escuchó con claridad pedir auxilio. «Él decía “Dios ayudame”». Hilda lo oyó morir. «Se nos fue», dijeron sus torturadores. «Este tiene los testículos como paltas».

No más de dos o tres días después de haber sido violada, se la llevaron de Guerrero. Hubo una parada en el departamento central de Policía. Un comisario ordenó que se higienizara porque tenía «mal olor». La trasladaron al penal de Gorriti, en San Salvador. En la cárcel habían habilitado un pabellón para mujeres. Hilda llegó delgada y lastimada, en muy mal estado, sin conocimiento. «Las compañeras me contaron», recuerda. Pero aún así la sacaron varias veces para volver a llevarla a la jefatura de Policía. En la ruta, en uno de los viajes, Hilda vio un cartel que decía «Buenos Aires» y preguntó si ese era el destino final. «Puede ser —le contestó uno de los represores— y después el cielo». La bajaron en un camino de cornisa y le hicieron un simulacro de fusilamiento. Hilda se desmayó. Sólo recuerda un Ford amarillo, gente con uniforme de la Policía Federal, un interrogatorio a golpes durante varios días donde la mantuvieron sentada en una silla, la sed, los cachetazos y una nueva violación. Tiene la imagen de un hombre gordo rubio. Y poco más.

Fue interrogada otra vez. La acusaban de vender prensa del PRT y de estar en contacto con guerrilleros venezolanos de los que les mostraron fotos. Hilda no sabía de qué le hablaban. Estaba a disposición del Poder Ejecutivo Nacional y, como tal, podía recibir ropa, revistas, comida. Sin embargo, las

requisas eran brutales y frecuentes, y les robaban lo poco que les llevaban los familiares. Varias de las presas dejaron el penal en un transporte y están desaparecidas. Marina Viltés, por ejemplo, docente y sindicalista, fue liberada y luego secuestrada, para no aparecer nunca más.

A Hilda su madre pudo visitarla en el penal sólo tres veces, aguantando todo tipo de malos tratos. «Ahí viene la madre de la renga», le decían. La mujer llegó a hacerles regalos a los guardianes, con tal de conseguir mejores condiciones para su hija. El día de su liberación, Hilda fue convocada a una oficina. «Tenés que estudiar, de esto tenés que olvidarte, que perdonar. Sos muy buena chica, tenés que aprender a poner la otra mejilla», le dijo el capitán Juan Carlos Jones, jefe de inteligencia.

Hilda dejó el penal de Gorriti el 11 de enero de 1977. Durante tres días no salió de su casa en Calilegua. Su familia y sus amigas le decían que había sido todo una pesadilla, le daban ánimos. Buscó sobreponerse. Creyó que lo había logrado, y en marzo estaba nuevamente estudiando en Tucumán, rindiendo libre Derecho Penal. La vida parecía haber vuelto a su cauce normal.

En el pueblo, sin embargo, los vecinos no se acercaban a la casa de las Figueroa. No era por temor, sino por prejuicio. Era como si tuvieran lepra. Sobreponerse al trauma así era difícil. «Nadie se juntaba con vos, te trataban de guerrillera, de subversiva. Otros pensaban que estabas libre porque habías entregado a sus hijos, a sus amigos, a sus maridos. Eras rechazada, no tenías un lugar en la sociedad».

De todos modos, Hilda continuaba convencida de que todo estaba nuevamente bien, a pesar de las ausencias. A pesar del peso de esa pierna que podría haber curado pero que las fracturas provocadas con los golpes estropearon para siempre. A pesar de que cuando se cruzaba con la familia de Rubén Canseco no sabía qué decirles sobre su destino. «Yo sabía que estaba muerto», dice. Pero no soportaba decirles que lo había oído morir.

Un día, al cumplirse el segundo aniversario de su desaparición, Hilda se despertó en la pensión donde vivía y se sumió en un pozo oscuro. «Todo se me dio vuelta», rememora. Durante diez días nadie supo de ella. Sus compañeras de la facultad empezaron a buscarla. Al principio solas, luego con la ayuda de la policía. La encontraron en un barrio humilde, pero Hilda ya no era Hilda. Estaba sentada sobre una piedra, frente a una casa cuyos habitantes intentaron hacerla entrar, darle de beber y de comer, abrigo. Ella rechazaba todo sin hablar, y no podía dejar de llorar. La cubrieron con unas frazadas para protegerla del frío. La hallaron desnutrida, vestida con brillos. «Se ve que me levanté, me vestí de fiesta y salí sin darme cuenta de nada», dice. Los médicos dijeron que se trataba de un brote psicótico. Que, lamentablemente, su estado no tenía vuelta atrás. Pero su madre no se resignó. Sólo un profesional le dio esperanzas, porque dudaba del diagnóstico.

Estuvo cuatro meses internada. El trabajo fue arduo. Hilda era un vegetal. No tenía voluntad de vivir ni de morir. No hablaba, no abría los ojos, no controlaba esfínteres. Costó que aprendiera a decir que sí y que no, ir al baño de nuevo. A la internación le siguió un tratamiento ambulatorio. Finalmente, después de años, quiso volver a estudiar, pero ya no abogaba, sino magisterio. Le negaron esa posibilidad por sus antecedentes psiquiátricos y la

parálisis. El argumento falaz usado fue el Estatuto del Docente.

«Entonces sentí como un fuego adentro, una indignación», explica. Y volvió a la facultad. Allí conoció a quien fue su marido y padre de sus hijos. «Los tuve muy seguidos, y ellos fueron la mejor terapia para conectarme con la vida». Con el tiempo, Hilda se divorció de su esposo y logró hacerse cargo de la crianza «a pesar de que no podía correr detrás de ellos». Entonces, creó una escuela infantil con un programa de integración para chicos con discapacidad.

Pasaron más de 30 años de la noche en que se llevaron a Hilda. Y con ella a cientos de personas (de las que más de treinta jamás regresaron). En sus esporádicas apariciones en los medios, Carlos Pedro Blaquier, ya con más de 80 años, desafía a la suerte. Nunca quiso vender su empresa, ni siquiera durante la década menemista, en la que los mayores conglomerados industriales nacionales quedaron en manos extranjeras. Niega las acusaciones de haber colaborado con el secuestro de cientos de personas en las localidades vinculadas con Ledesma en esas noches de julio de 1976. Niega haber cortado el suministro de energía, niega haber suministrado los móviles a las fuerzas participantes en los secuestros. Niega y niega. «Si fuera así, alguien me habría hecho juicio», dice.

Blaquier se siente poderoso. Citado finalmente por la justicia, busca excusas para no presentarse. Enfermedades, viajes, amenazas de muerte. Contrata como defensor a Carlos Valerga Aráoz, integrante de la Cámara Federal que juzgó a los comandantes en jefe en 1985, en el histórico juicio a las juntas. Y a Richard Goldstone, un sudafricano que fue miembro de la Corte Constitucional de Nelson Mandela. Blaquier está convencido de que todo se puede comprar. Filósofo e historiador, escritor y abogado, propietario de mansiones, estancias y yates, viajero y *bon vivant*, es dueño de una lengua aguda. «Dicen que ahora los homosexuales quieren casarse. Que lo hagan. Que se jodan». «Me acusan de homosexual porque tengo marineros varones en mis barcos. ¡Qué diría mi mujer si tuviera señoritas vestidas de marinero!» «El que a los 18 años no fue izquierdista, es que le faltó fuerza, sangre, pero el que a los 50 sigue siendo izquierdista quiere decir que es un boludo». «En este país al que tiene guita lo ataca la zurda». «El problema de los países en vías de desarrollo es que sus habitantes son subdesarrollados».

Poco a poco, la justicia avanza, y crece el descrédito del que fuera el hombre más poderoso de la región, uno de los más poderosos del país.

Hilda impresiona por su firmeza cuando va a declarar, apoyada en su bastón y con su pierna ortopédica. Resplandece su belleza de mujer madura. «Torturaron a una discapacitada. Y no me victimizo, no hablo por mí, hablo por todos». También habla en nombre de todas...

En Calilegua se hacen reuniones de mujeres. Algunas no pueden ni siquiera recordar. Otras, de a poco, van contando lo que sufrieron. Las llaman «reuniones para no llorar».

Mercedes Susana Salazar es una de ellas. Cuando fue a buscar a su novio secuestrado a la comisaría, el comisario le pegó, la amenazó con un arma. «Tenía el arma sobre el escritorio; se levantó y me la puso en la cabeza y me dijo que hablara o si no la iba a pasar mal. Estaba violento, yo tenía mucho miedo y estaba paralizada, sin saber qué hacer. Después me pegó una cachetada que me tiró al piso y allí me daba patadas. Luego me llevó a un

cuarto donde había sólo un catre y había varios gendarmes armados. Y allí pasaron muchas cosas que nunca imaginé que me iban a pasar; que nunca lo había hecho con nadie. La vez pasada hablamos con Hilda Figueroa de lo que había pasado, cosas que nunca las habíamos contado porque era una vergüenza contar una violación.»

Hilda ha hecho una lista de al menos veinte mujeres violadas y abusadas como ella y Mercedes. Ella que pudo hablar, ayuda a las demás. «Antes siempre hablaba de mí. Ahora puedo decir nos desaparecieron, nos torturaron, nos violaron. Muchas no pueden hablar, es como si el recuerdo se les hubiera ido a otra parte. Yo no me acuerdo, dicen. Un psicólogo me explicó que se trata de recuerdos encubridores. Hablan de manoseos, de malos tratos solamente. Quisieron reducirnos a la nada, exterminarnos. Y no pudieron», sostiene Hilda.

VEINTE

Represión y diversidad sexual

Al lado del hotel donde vive Valeria, en Constitución, hay un albergue por horas para parejas. A metros de la puerta, dos chicas se ofrecen a los transeúntes. Cruzando la calle, unos muchachos toman cerveza y parecen vigilarlas. El edificio del hotel fue alguna vez una casona estilo francés. Ahora hay una reja en la entrada, antes majestuosa. Una mujer pulposa y morena, tal vez dominicana, la abre y mira con desconfianza.

«¿Buscabas...?», pregunta. «Vengo a ver a Valeria». La frase operó como un *ábrete sésamo*.

La desconfianza se disuelve y se convierte en una llamada que denota respeto. «¡¡Valeria!!», grita hacia arriba. Al tope de la escalinata de mármol, apenas saliendo de la enorme puerta cancel, se asoma una rubia, con un llavero en la mano, enfundada en un vestido escotado de jersey, en tonos de marrón y naranja, que deja casi al descubierto sus pechos.

«Vení, pasá», dice. Abre la puerta de un cuartito que da al hall central donde corre un par de chicos bajo la mirada de su madre que mira televisión. Adentro, hay una mesa contra la pared con una ventana que da a un espacio de ventilación oscuro y un par de sillas. Valeria explica que tiene dos habitaciones en el lugar. Ambas diminutas. La segunda está cruzando el hall, y tiene dos únicos lujos: da a la calle y un pequeño baño individual.

Mientras habla, Valeria acaricia un documento de identidad, en el que hace poco se leía Oscar Ramírez, el nombre con el que había nacido y ahora se ve claramente el nombre que eligió, gracias a la ley de Identidad de Género.

«Me puse Valeria porque tenía rulos rubios, como la cantante Valeria Lynch y todos me llamaron así. Y también del Mar, por el balneario. No sé... me gusta».

Hablamos de cómo la sociedad no ha cambiado a pesar de lo que dictan las leyes. Cómo tiene que controlar que los derechos de las travestis por los que milita se respeten. Cada vez que manda a alguna al puesto de salud frente a la plaza de San Telmo para hacerse un tratamiento hormonal, va ella primero para franquear cualquier barrera, cualquier maltrato. Hasta hace poco, cuando no tenía el documento a su nombre, a ella misma le hacían problemas. Una vez tuvo que llamar a la ginecóloga para que la empleada administrativa de la recepción le abriera paso a la consulta sin cuestionamientos. Sintió ganas de golpearla.

Cuando viajaba en avión, la separaban del resto de los pasajeros, la interrogaban, la miraban como si fuera un fenómeno. Venía un empleado de la aerolínea cuando ya habían abordado todos y escudriñaba su figura y la foto del pasaporte. Ahora no. La tratan como una reina, sube enseguida, como cualquiera. «Señora de acá, señora de allá, pase señora», cuenta satisfecha.

Valeria del Mar nació en Flores, como Oscar, en el Hospital Álvarez. Su

mamá era mucama de una bodega que funcionaba en un amplio edificio en Villa del Parque, la bodega La Cosecha. Ocupaban una de las dos viviendas que había sobre la planta. No conoció a su padre hasta mucho después, cuando su madre le confesó que era el hijo del dueño. A partir de su nacimiento, ella no cobró más sueldo. Le bastaba que la «dejaran» vivir allí para criarlo.

Valeria empezó a vestirse de nena con la ropa de su mamá, a escondidas, en su cuartito sobre la bodega. Usaba sus faldas y sus tacos. Estaba en tercer grado en la escuela del barrio, la Quintino Bocayuva. La historia conocida: no le gustaba que le regalaran autitos, prefería las carteritas y las muñecas. No se sentía a gusto jugando al fútbol ni practicando deportes con los varones. Había en la escuela otros dos chicos como Oscar. Les decían *las mariquitas*. Con ellos se juntaba en los recreos y elegían entre los alumnos más grandes, los de séptimo grado, un «novio» que probablemente nunca se enterara de su amor. Lo comentaban entre ellos, imaginaban historias románticas.

Una vez, en una telenovela, Oscar vio cómo alguien aromatizaba un cuaderno con gotitas de perfume e hizo lo mismo. La maestra llamó a su mamá para advertirle que había algo raro en la conducta de su hijo. «Mamá me preguntó por qué lo había hecho y me dio una flor de paliza. Ella resolvía todo a los golpes. Me quería enderezar... pero el árbol había nacido torcido», apunta riéndose. Era una campesina entrerriana dura, de Urdinarrain, que no entendía lo que pasaba con su vástago.

Después de un tiempo, su madre decidió dejar la casa de la bodega y consiguió trabajo de limpieza también, pero en la panadería del barrio. Allí conoció a un español dueño de un supermercadito, con el que formó pareja. «Mi padrastro fue el padre que no tuve», asegura Valeria.

En la secundaria, que cursó en el instituto religioso Santa Rita, la disciplina era aún más dura que en su casa. Todavía siente el dolor intenso de los golpes del puntero del padre Bruno. El problema no era el estudio. «Yo era buena alumna, leía y me quedaba. El problema era que me querían corregir, y no había caso.» «A mí me gustaba el profesor de Matemáticas. Yo lo miraba, lo miraba fijo... Yo creo que él se daba cuenta, pero nunca dijo nada.»

Asistir varias veces a la semana a la clase de deportes al Club Imperio Junior, donde todos sus compañeros iban porque el colegio no tenía campo de deportes, era casi un suplicio. Oscar lo odiaba, y había encontrado una forma placentera de pasar esas horas. En lugar de ir al club a jugar al básquet o al fútbol como los varones, se tomaba un colectivo e iba a caminar, entre los árboles y barrancos de la Plaza San Martín.

«Mi padrastro era el único que me entendía. Cuando mi mamá me gritaba, desesperada “¡Maricón, te voy a sacar bueno!”, él decía, con ese acento que tenía: “Mujer, tienes que entenderlo, él es tu hijo”». «¡Antes de que me salga maricón lo mato!», aullaba ella. «En cambio, él me aceptaba, era el único que me aceptaba».

«Mi padrastro me mandó a estudiar taquigrafía y mecanografía a las Academias Pitman, en Canning y Corrientes. Y a mí me gustaba, me resultaba fácil». El primer trabajo de Oscar al salir del secundario fue el de vendedor en el local de una fábrica de vaqueros. Pero no estaba cómodo. Lo

suyo era estar detrás de un escritorio, y el curso que le había pagado su padrastro era una herramienta. Se presentó en una compañía de informes comerciales y entró. «Ahí avancé... Estuve como cadete, después en contaduría, aprendí a liquidar sueldos y jornales, manejaba cuentas corrientes, fui cajero. Podría haber progresado mucho, porque mi jefe, un japonés, me apreciaba mucho...» «Pero empecé a salir con un hombre mayor. Yo tendría unos dieciocho años... y me hizo entrar al Banco Ciudad, en la recepción. Esa fue mi primera relación». «Durante un tiempo mantuve los dos trabajos, pero al final tuve que renunciar». «Con él, con ese hombre, conocí muchos lugares. Me llevaba a recreos en el Tigre adonde se hacían fiestas gays. Él tenía muchos conocidos». En una de esas reuniones, que le parecían fascinantes, Oscar conoció por primera vez travestis. «Mirá vos, pensaba yo. No sabía que eso existía». «Yo había seguido vistiéndome de mujer, pero siempre en privado, en secreto. Me ponía minifalda y frente al espejo bailaba con los programas de música de la tele, *Música en Libertad* o *Alta Tensión*».

«A las chicas travestis enseguida les llamé la atención. Me invitaban a sus casas. Me tocaban la cara, me decían que era preciosa, que tenía que ponerme a trabajar porque podía hacer mucha plata. Que no perdiera el tiempo. Imaginate, yo era blanca... muy bonita». «Y al final les hice caso. Yo no me hice prostituta por necesidad, en mi casa no me faltaba nada. Yo lo hice porque me salía de acá adentro», dice Valeria, y se señala el pecho a la altura del corazón.

Era en la oscuridad de la noche donde las imperfecciones del cuerpo no se veían, donde Valeria y sus compañeras podían asumir plenamente su rol de mujeres en la cama, ser «reinas» entre las sábanas de un hotel, en el asiento de un auto o la cabina de un camión. Valeria nunca participó en política. Y si lo hubiera intentado, no le habría sido fácil. El acercamiento del Frente de Liberación Homosexual al peronismo de izquierda fue espantado por los cánticos «No somos putos, no somos faloperos, somos soldados de FAR y Montoneros», pero también por la práctica.

La izquierda no veía con buenos ojos la cuestión de la homosexualidad. El amor entre los hombres, los feminizaba, los imbuía de las características más negativas atribuidas a las mujeres: debilidad, inconstancia, frivolidad.

La Revolución Cubana estigmatizó y persiguió a los homosexuales hasta la llegada de Mariela Castro, sexóloga, hija de Raúl Castro y sobrina de Fidel, con sus políticas de avanzada e inclusión no sólo de homosexuales sino de travestis y transexuales ejecutadas desde su Centro Nacional de Educación Sexual (CENESEX) de La Habana, a contrapelo de la pacatería y conservadurismo de los antiguos cuadros políticos.

Las organizaciones armadas argentinas no habían dejado atrás los prejuicios de principios del siglo XX, cuando a los varones que se sentían atraídos por varones los llamaban invertidos. Las conducciones creían, en épocas de persecuciones, que los hábitos y gustos sexuales de los homosexuales, sus relaciones efímeras, el hecho de que sus encuentros se realizaran en domicilios que convenía preservar, y la posibilidad de que su apariencia los hiciera blanco de las fuerzas de seguridad dedicadas a imponer

moralidad en la calle, los hacía más «apretables». En la *Historia de los homosexuales en Buenos Aires*, de Juan José Sebrelli, la periodista y ex militante y ahora crítica implacable de la organización Sylvina Walger afirma que Montoneros fusiló a dos de sus integrantes por su inclinación sexual.

El peronismo, en su expresión partidaria fiel a su tradición machista, toleró pero invisibilizó a los homosexuales. Sin embargo, las organizaciones de homosexuales se las arreglaron para generar documentos políticos de gran lucidez, como *Sexo y revolución*, escrito en 1973.

«Los homosexuales somos un sector del pueblo que padece una forma de represión discriminada y específica originada en los intereses mismos del sistema, e internalizado por la mayoría de la población, incluso por algunos sectores pretendidamente revolucionarios. En ese sentido, permanecen intactas muchas de las formas del prejuicio antihomosexual, disfrazadas a veces de críticas políticas. Por ejemplo, se plantea a título de objeción que la homosexualidad es un producto del capitalismo decadente. Sin embargo, sociedades ni capitalistas ni decadentes, como la incaica, la practicaron y alabaron. Hemos visto ya, además, que la libido humana original no desdeña ninguna de sus posibilidades. Detrás de ese planteo se oculta la incapacidad para formular un orden nuevo, una cotidianeidad verdaderamente revolucionaria. Otra objeción es que el F.L.H. es un movimiento sectario, en tanto que no se integra a los movimientos de liberación política. La razón es muy simple: a nosotros, como a todos los marginados, no nos va a defender nadie, salvo nosotros mismos. En realidad, el argumento es falaz: en los hechos quienes nos marginan son ellos. Algunos planteos tienden a considerar como contradictorio el hecho de que mientras postulamos la liberación sexual, nos organicemos como un grupo de homosexuales. Hacerlo de otro modo significaba disolver nuestra opresión específica, olvidando que sobre nosotros pesa una condena explícita. Los oprimidos específicamente por el sexismo en el seno de esta sociedad capitalista somos los homosexuales y las mujeres; y los varones heterosexuales adquieran objetivamente, socialmente hablando, el carácter de grupo opresor».

Uno de sus autores, el poeta y escritor Néstor Perlongher, ex militante trotskista, decidió dejar el país para vivir en Brasil libremente su sexualidad.

Valeria recuerda muy bien la primera vez que salió a trabajar. «Tenía un enterito corto negro con botoncitos, con chatitas chinas, que en ese entonces se usaban mucho, con una carterita colgada. Salí por el Camino de Cintura. Por donde estaban todas las chicas». Tuvo que aprender los códigos del trabajo. Tenía que pagarle a la travesti que manejaba la zona y también al jefe de calle, con el que también tenía que acostarse de cuando en cuando para que la dejara moverse casi sin problemas.

«Yo ya sabía, trabajaba tranquila quince días y después armaba el bolsito y me llevaban dos o tres días a la comisaría, generalmente la de Lavallol, para cubrir las apariencias». De a poco, con sus ahorros, Valeria fue armando su cuerpo femenino. Lo primero que se hizo fueron los pechos. «Me los hizo una travesti que de día era enfermero en el hospital de Solano. Una vez que di ese paso, que tomé esa decisión, ya no había vuelta atrás».

Al principio, la madre de Valeria no sabía nada de su vida verdadera, que ella mantenía en secreto, sobre todo para no preocuparla. Los fines de

semana le decía que se iba a la casa de la mamá de su ahijada. ¿Había peligro realmente en la calle? Valeria sostiene que nunca la maltrató ningún cliente.

«Fijate que había drogones entre ellos, pero yo nunca me enganché ni con el porro ni con la cocaína. A veces te pedían que pasaras un día o dos con ellos. Pero yo hacía lo que tenía que hacer, cobraba y después llamaba a alguna compañera para que siguiera y me iba. Muchas de las chicas consumían. Yo no, nunca me drogué. Sí me enganchó la bebida, chupaba mucho y a veces me detenían porque estaba borracha a la madrugada».

Valeria y sus compañeras ya estaban acostumbradas a ir presas. Conocían las reglas y no sospechaban que todo estaba por cambiar para peor. No era un contratiempo para ellas, sólo un gaje del oficio. Lo peor que podía pasarles era tener que pagar con sexo algún favor policial.

«Había un canita joven que se había obsesionado conmigo. Se había casado hacía dos o tres meses, pero yo lo escuché muy bien cuando hablaba con los compañeros de mí». «Mirá ese culito, mirá esas piernas, decía, ¡yo me caso de nuevo!» «A veces nos llevaban porque tenían que hacer estadística, estaba dentro de las reglas. Después seguía todo igual».

Valeria y sus compañeras no sabían nada de «política». «Éramos como murciélagos, trabajábamos de noche y dormíamos de día», explica. «No sabíamos que estaba desapareciendo gente en el 76. Por eso nunca nos imaginamos lo que nos podía pasar a nosotras.»

«Y ojo, que éramos bravas. Ellos nos fajaban, pero nosotras también les dábamos lo suyo. Si un cana me agarraba del hombro, yo le pegaba un rodillazo en los huevos, lo arañaba. Llegamos a dar vuelta un patrullero, nosotras. Les hacíamos frente, seríamos chicas pero teníamos fuerza.»

Entre ellas se cuidaban. Ahora, Valeria recapacita y se da cuenta de que, en cierta forma, eran militantes. «Nos cuidábamos unas a otras cuando caíamos. Todas tenían el deber de salir a avisar a las familias. Éramos clandestinas, nos reuníamos en casas para no ser vistas. No podíamos ser quienes éramos en realidad». «Algunos se ponían la remera del Che, nosotras nos poníamos tetas».

Cuando había que ir a avisar a alguna familia que una de ellas había sido detenida, tenían que disfrazarse de señora de barrio. «Agarrábamos una bolsa de las compras, nos poníamos un pañuelo en la cabeza y salíamos así. Tomábamos siempre por calles de tierra, nunca por las asfaltadas o por avenidas. Porque si nos divisaba de lejos algún patrullero, nos levantaba... ¡En ese entonces todas éramos rubias!», explica Valeria mientras se acomoda el flequillo color champagne.

Una noche de trabajo como cualquier otra en Camino de Cintura entre Seguí y la rotonda de Lavallol el jefe de calle de la comisaría, que siempre la obligaba a tener relaciones con él para dejarla en paz, se acercó a hacerles una advertencia. Era junio de 1976.

«Váyanse, porque va a haber operativos, nos dijo. Nosotras, la verdad, no le dimos pelota y seguimos como si nada. Pasaron los jefes en un móvil y lo levantaron en peso. Entonces vimos llegar al rato, policías en autos Ford Falcon y Chevrolet. Nos llevaron a todas. A mí me sacaron de una estación de servicio, porque yo me escapé y me escondí ahí». Entre los captores estaba el mismo jefe de calle que les había avisado del peligro... El destino fue el Pozo de Banfield.

Valeria suponía que las habían derivado ahí, porque la comisaría de Lavallol, adonde les habían tomado las huellas dactilares, estaba llena. También creía que las iban a liberar, como era costumbre, desde los tribunales de Lomas de Zamora.

«Nosotras no teníamos conciencia de que estábamos en un campo de concentración, pensamos que era igual que las otras veces que nos habían detenido. Para mí, el Pozo era como otra dependencia policial.»

Pero no era así. El Pozo de Banfield formaba parte de un circuito represivo ilegal, junto con otros centros clandestinos de detención como el Pozo de Arana, la comisaría quinta de La Plata, la Cacha, El Vesubio... Por allí pasaron miles de detenidos desaparecidos.

Valeria y sus compañeras fueron mantenidas en calabozos diminutos, de dos metros por uno, con un banco de cemento, una lamparita y una puerta metálica. La única ventilación era el buzón de la puerta. Para comer o ir al baño, Valeria tenía que mantener relaciones sexuales con el guardia.

Esa fue sólo la primera vez. La segunda, en septiembre de 1977, la secuestraron en la calle, en Lavallol. Se llevaron únicamente a Romina y a Valeria, que eran las más jóvenes. Les vendaron los ojos, pero sólo hasta la entrada del Pozo, de modo que pudieron darse cuenta que era el mismo lugar al que ya las habían llevado meses antes. «Nos recibió un policía gordo, con remera azul, al que ya conocíamos del primer secuestro». Escuchó: «Me trajiste las cachorras que te había pedido». «Todo el tiempo fue chupar pijas, coger. Todas las veces que ellos querían y con todos los que se les antojaba. Me violaban cuatro veces por día o más. Porque no es lo mismo acostarte con un tipo porque vos querés que hacerlo obligada. Me pasaban el miembro por el orificio de la puerta y les tenía que hacer sexo oral. Una vez trajeron algo que no alcancé a ver bien si era un pepino enorme o una calabaza. «Pará, la vas a matar, y entonces ¿qué hacemos?», escuchó que dijo uno. «Se ve que era para metérmelo en el ano». «Ese día volví a mi buzón sin ventiluz, sin nada y me pregunté: ¿Iré a salir viva de acá?»

Una vez que quiso resistirse a los vejámenes la tuvieron tres días sin tomar agua. Una compañera, la Mona, le avisó de su detención a la mamá de Valeria, que por ese entonces ya sabía que su hijo tenía en realidad otra identidad. «Cuando me venían a buscar a casa y preguntaban por Valeria ella decía: «Es mi hijo, un minuto» y gritaba para el fondo «¡Oscar, te buscan!»

La madre se presentó en la comisaría de Lavallol, donde pensaba que estaba arrestada como siempre, para llevarle ropa y comida. Cuando le dijeron durante varios días que su hija estaba «incomunicada», la Mona concluyó que en realidad no la tenían en ese lugar, y juntas decidieron darle participación a un abogado que presentó un hábeas corpus. «Cuando salí lo fui a ver y me recomendó que dejara de salir por ahí porque si no, iba a aparecer muerta en algún lado».

Un día, cuando le permitieron ir al baño a higienizarse y lavarse la ropa, Valeria escuchó gritos de mujer y un llanto de bebé. Se encontró con una chica de cabellos marrones ensangrentada que apenas podía mantenerse parada y vestía un solero. Estaba pálida, amarilla, débil. «Limpiá esa mugre que es tuya, traé un balde con agua», le dijo una policía. «Dejá que lo hago yo», dije, y empecé a llenar un balde... Justo en ese momento una policía mujer dijo: «¿Qué hacés acá, puto de mierda?» «Estaba esperando que me

vinieran a buscar para volver a la celda después de bañarme», le dije. La sacaron arrastrándola de los pelos. Valeria pedía que pararan. «¿Qué pará ni pará? Vos no tenías que estar acá», le reprocharon. En ese momento vio un policía joven con un bebé en brazos.

Valeria aún no sabe quién es ese bebé ni el nombre de su madre. Eso la entristece, la llena de impotencia. Pasó catorce días en el Pozo de Banfield pero tardó treinta y cinco años en denunciarlo. «Sólo hace poco lo conté... una vez en un taller de HIV, en la Fundación Buenos Aires SIDA, dije que había estado en el Pozo de Banfield. Me escuchó Alejandro Freyre y me preguntó. Yo hasta ese momento no podía hablar, sentía mucha vergüenza por eso, porque me habían violado. No es lindo admitir que te violaron. Una cosa es que vos decidas, otra que te lo hagan por la fuerza.»

Cuando salió en libertad, después de violaciones, torturas psíquicas y físicas, Valeria estaba tan aterrorizada que volvió a vivir con su madre en el barrio de Belgrano, y a vestirse de varón para ser Oscar. «Podían matarme por querer ser lo que sentía que era».

Valeria declaró ante la Justicia y es querellante en la causa del Pozo de Banfield.

Para ella es importante declarar con su documento, como Valeria, y no como Oscar. «Porque fue Valeria y no Oscar la que estuvo ahí. A mí me llevaron por ser puto y por querer ser Valeria. Por rebelarme y tener los huevos bien puestos. A la Mona y a mi mamá les dijeron que me habían llevado por ser cabecilla. Yo era brava. No sabría lo que era la dictadura pero sentía la discriminación, la violencia». La madre de Valeria finalmente la admitió tal cual era y los últimos años de su vida, los pasaron juntas.

Cuando atravesaron épocas de necesidad, y vivían de prestado en lo de una parienta, Valeria rezaba para que no se les terminara la garrafa de gas. Y a pesar de todo, tal vez como reflejo de otras épocas, la mamá, que murió a los noventa y cuatro años, le pedía, cuando Valeria salía a trabajar: «No salgas, no lo hagas, nos vamos a arreglar con lo que tenemos. Mirá si justo ahora te pasa algo...» Valeria solloza cuando se acuerda de su madre. «Ahora no me falta nada, pero no está ella conmigo. Prefiero aquellos tiempos, a pesar de que éramos pobres. La extraño mucho».

Valeria no quiere dejar el derruido palacete para mudarse a un departamento. «Aquí tengo seguridad las 24 horas, no quiero ni pensar que alguien pueda hacerme algo para sacarme el equipo de audio, el televisor, no sé... Acá todos me conocen, todos me respetan.»

Valeria no tiene una pareja estable, pero no lo lamenta. «Nunca estoy sola...» «Siempre fui *pendejera*. Nunca me siguieron los tipos de mi edad, siempre más jóvenes.» «Mirá», dice, y señala un florero con un ramo. «Esto me lo trajo un chico de veinticuatro años. ¡Si cuando vienen muchachos acá, preguntan por mí! “No puedo creer que sea un *trava*”, dicen», cuenta. Y se ríe.

Valeria hizo un curso de peluquería ofrecido por el gobierno de la ciudad. «Nos dieron un subsidio para que nos capacitáramos, para poder salir de la prostitución. Tengo el diploma colgado ahí, pero nunca corté ni un flequillo».

Las heridas dejadas por la tortura y el secuestro todavía se mantienen. Si las mujeres militantes eran castigadas en los campos de concentración

por alejarse del modelo de mujer tradicional, Valeria fue doblemente castigada por rebelarse. Había nacido varón y se rebeló contra el mandato de ser macho queriendo ser mujer. Y como mujer, era prostituta y no se dejaba avasallar. «Tomo una pastillita para la angustia. Ahora estoy mejor, antes lloraba por cualquier cosa. Estoy en tratamiento psicológico».

Valeria fue durante dos años operadora de salud. Salía a la calle de noche para hablar con las chicas todavía en situación de prostitución, ofreciendo folletos de educación para protegerse del SIDA, profilácticos, dando asesoramiento a las que tenían problemas.

También le presentó al Ministerio de Trabajo un plan de empleo. «¿Por qué no podemos ser vendedoras, cajeras, secretarias?»

Ahora encara un proyecto que tiene que ver con su historia. Coordina el Archivo de la Memoria de la Diversidad Sexual. Ya tienen más de ochenta testimonios de sobrevivientes de las persecuciones de homosexuales y travestis durante la dictadura. «La Ley de Identidad de Género para nosotras fue como volver a nacer. Yo creo que las chicas de mi edad con el tiempo se van a ir animando a denunciar lo que les pasó en aquella época... Yo sé que las cosas no se modifican por ley, todavía hay mucho miedo, mucho prejuicio. Pero las cosas van a cambiar».

VEINTIUNO

Mendoza: una victoria contra el dolor

La mesa chica del bar tiene una buena vista del mar. El hombre que la ocupa, todavía joven, lleva una chaqueta de cordero que le da un aire despreocupado, contemporáneo. Uno podría decir de lejos que se trata de una persona refinada. Se acomoda el pelo ondulado mirándose al espejo del reflejo de la vidriera. El cristal de la mesa sirve de apoyo para un par de botellas de buen vino nativo y algunos vasos. Está acostumbrado a la buena vida y por eso ha elegido el barrio turístico y residencial de Reñaca, en Viña del Mar, Chile, para este retiro que, seguramente, será temporario. Una molestia, evidentemente, que bien mirada no deja de tener su costado positivo. Porque a todo hay que verle su lado bueno, las complicaciones se resuelven cuando se han construido en el camino las relaciones adecuadas. De eso se ha tratado su existencia, su carrera en la Justicia. Tiene amigos de los dos lados de los Andes. Gente dispuesta a ayudarlo a salir adelante en este mal trago. Lo acusan de crímenes de lesa humanidad. Ciento tres, un disparate. Él no hizo más que cumplir con su trabajo. No podía sino nadar a favor de la corriente en aquellos años. Esas señoronas resentidas que lo acusan han callado durante años. ¿Por qué no hablaron en su momento? ¿Quién les paga? ¿Por qué no se olvidan de lo que pasó cuando eran apenas unas chiquilinas y se dedican a criar nietos? Inventan, quieren protagonismo. Cargan las tintas sobre lo que ocurrió cuando era imposible hacer otra cosa. ¿Qué poder tenía él cómo fiscal por encima del juez? Acusar. Acusar era su función. ¿Torturas? Un golpe más, un golpe menos... ya se sabe como es la policía. Siempre fue igual. Tal vez un poco más en ese tiempo. ¿Qué pretendían que hiciera con los hábeas corpus? Por suerte y por sus propios méritos hay periodistas y diarios que se ponen de su lado. Favor con favor se paga. La suspensión de la Ley de Medios en la provincia que le deben como camarista hizo de paraguas mediático. Aunque hay que reconocer que lo puso de punta con los organismos de derechos humanos y con el gobierno. Creyeron que podían amedrentarlo con manifestaciones de zurdos. Le mandaron un fotógrafo para que lo hostigara, ahí en su refugio marítimo. Se tuvo que escapar en bus, pero le sacó una foto, el insolente. Dijeron que estaba prófugo, pero la verdad es que quería organizar sus contactos para resolver su caso. Tener la mente fría y en calma para planificar.

Mientras era juez de cámara en Mendoza era intocable. Pensó que nadie tendría coraje suficiente para pedir su captura. Todos en Tribunales lo conocían, todos le debían algo. Si le suspendieron el pago del sueldo fue porque no les quedó más remedio. Muchos habían hecho lo mismo que él, lo que había que hacer en aquellos años. Después de todo nadie puede decir que él tuviera las manos manchadas de sangre. Eso era otra cosa, matar era un asunto del que se encargaban los militares, o los policías. Cuando su abogado le avisó que ya nada podía hacerse tomó un bolso y se fue a Chile a esperar que las cosas se aclararan. No se trataba de un trámite demasiado molesto, en

realidad era prácticamente como estar en casa. Un lugar familiar, cercano, un escenario amistoso, con tanta gente decente, sensata. Pidió asilo político. Se lo negaron. Le dieron explicaciones atendibles, ya se sabe que los chilenos tienen excelente voluntad y son unos verdaderos caballeros. Estaba acusado de crímenes graves y la cobertura no podía llegar tan lejos. Le fastidió un poco que tan luego la justicia chilena, tan remisa a dejarse seducir por los cantos de sirena de la izquierda, le soltara la mano. De todos modos, daba por descontado que ese disparate de la extradición a la Argentina seguramente no prosperaría. Por más declaraciones en su contra que hicieran sus enemigos en la embajada. Hay formalidades que tienen que cumplirse. Sabía que nadie se atrevería a ponerlo preso a él, a su señoría, hasta hace poco camarista, por más que hubiera presiones desde Mendoza. Era algo molesta, sí, esa restricción de salir de noche. Pero claro, era lo mejor que su abogado había podido negociar. «Arresto domiciliario nocturno». De hecho, ya estaba cayendo el sol sobre el horizonte. Nadie iba a molestarlo, pero convenía no tirar de la cuerda, por lo menos los primeros días. Llamó al camarero, pagó, saludó a unos parroquianos de la mesa vecina y se fue caminando por la Costanera en refacciones. Soplaba una ventisca con olor a sal. Se abrochó el abrigo.

No demasiado lejos, Silvia Ontivero escucha música y lee en su departamento. Viaja a menudo a Mendoza, pero su patria adoptiva ahora es Chile. Se mudó siguiendo a un amor, un catedrático del que finalmente se separó, pero de quien sigue siendo amiga, a pesar de que él ahora está con una «cabra» mucho más joven, dice. Y se ríe con una risa adolescente, cómplice. «Me engañó, me dijo que viviendo en Mendoza estaba atrasándose, que tenía que venir a hacer cursos, a actualizarse, pero era una excusa para traerme», explica con cierta ternura en el tono.

Silvia tiene ojos redondos, oscuros, y cara de muñeca. El acento chileno, cantarino, se le ha pegado con los años, y la hace todavía más joven y chispeante. Silvia no se esconde y se prepara para declarar como tesigo contra el ex juez, el de la mesa con vista al mar. Sonrió cuando vio su foto en el diario. Le dio un poco de escalofríos saberlo tan cerca, pero la reconfortó verle esa mirada de animal acorralado, aunque más no fuera por un momento, Otilio Romano había dejado de sentirse invulnerable, como era cuando lo conoció allá por 1975.

Para ese año, Silvia se había casado, separado y tenía un hijo de tres años. Trabajaba en el Ministerio de Economía, en la dirección de Comercio y había sido elegida representante de los trabajadores. La relación con su marido se había ido deteriorando a medida que crecía su compromiso con la militancia sindical. Para Silvia resultaba incomprensible que él la pusiera en la encrucijada de elegir entre ser esposa y mamá, o delegada. «Teníamos una gran distancia a nivel de sueños», se lamenta. Él no podía tolerar ni siquiera su participación en el gremio. Se separaron cuando todavía estaba embarazada. Entonces sintió una gran liberación y se contactó con Montoneros para empezar a militar mucho más activamente. El 9 de febrero al mediodía, Silvia estaba almorzando en la casa donde vivía con su hijo Alejo y con Fernando Rule. Rule, militante como ella de la Asociación de Trabajadores del Estado, ya era su pareja. «Mi compañero de la vida y uno de mis grandes amores», dice. Escucharon ruidos en el garaje. Un grupo de 8

a 10 hombres armados con escopeta y ametralladoras, de civil, irrumpió rompiendo el portón y los vidrios. Tenían la cara cubierta con pañuelos, anteojos y capuchas, pelucas y barbas postizas. «No tiren, no tiren que estamos desarmados y hay un niño», gritaron Silvia y Fernando. Los pusieron boca abajo y los golpearon. «¿Son de la Policía o del Ejército?», preguntó Fernando. «De Policía».

«¿Y por qué andan de civil y no llevan uniforme?» La pregunta, ingenua, fue respondida con burlas y carcajadas.

Alejo gritaba y lloraba. «No le peguen a mi mamá», pedía. A Silvia le ataron las manos con la camperita de nylon de su hijo después de arrancárselo. Ella alcanzó a gritar el teléfono de su ex esposo. En dos autos, dando vueltas para desorientarlos, los llevaron al D2. A Fernando, en el piso trasero de un Fiat 125. A Silvia, tal vez en un Fiat 1600. Ella se dio cuenta de dónde estaba, porque cuando los entraron por una puerta trasera se le cayó la venda de los ojos: era el Departamento de Policía. Fernando, que en el 73 había estado trabajando en la construcción del lugar durante meses, lo reconoció de inmediato. Había sido proyectista del gobierno provincial y su misión era inspeccionar dos veces por semana cuestiones relacionadas con electrónica, luz de emergencia y comunicaciones en el futuro palacio policial. Los calabozos diminutos de 1 metro por 1, 70 ubicados en un entresuelo seguían estando. Recordaba muy bien que ya en aquella época, antes de la inauguración, sus dimensiones inhumanas habían sido blanco de críticas de inspecciones internacionales.

La casa de Silvia fue saqueada, y los muebles vendidos. «Había un militar al que le decían el mueblero, que se encargaba de reducir todo lo robado». El D2 fue el más importante de los centros clandestinos de detención de la provincia de Mendoza. Estaba enclavado en pleno Centro Cívico de la capital, en Virgen del Carmen de Cuyo y Belgrano, a dos cuadras de la Casa de Gobierno. Funcionaba ya desde 1975, en la moderna jefatura.

Mendoza tenía como jefe de policía al vicecomodoro Julio César Santuccione, célebre por su crueldad. De origen nacionalista, ultracatólico y moralista, era sabido que estaba vinculado con la versión mendocina de la Triple A, el Comando Moralista Pío XII, que se dedicaba a asesinar mujeres, y con el Comando Anticomunista Mendoza, responsable de atentados con bombas y muertes de militantes políticos y sindicales. Por supuesto, Santuccione nunca admitió públicamente a pesar de las acusaciones su vínculo con estas organizaciones terroristas y prometió reiteradamente investigar sus acciones.

Las mujeres en situación de prostitución en la Mendoza del Comando Moralizador sufrían idéntico destino que las militantes políticas. Eran perseguidas y asesinadas con la misma crueldad. Las torturaban, abusaban de ellas, las mataban y sus cuerpos aparecían en zonas montañosas.

Uno de los primeros testimonios de la existencia del Comando Pío XII habla de la aparición de un auto amarillo en una calle en la que solían trabajar mujeres.

«Era la una de la mañana y yo estaba parada en una esquina, la de Urquiza y Salta. Era un Citroën AMI 8, y venía tocando bocina. Cuando pasa por al lado mío, se abre la ventanilla y tira papelitos. Yo levanto uno y decía “Emigren prostitutas, Comando Pío XII”». Después le mostré el volante a

una compañera y me dijo «“Debe ser un loco”».

El 1 de mayo de 1975 dos cuerpos femeninos aparecieron baleados desnudos. Eran meretrices. La Policía habló de «una pelea entre hampones», pero en el diario *Los Andes* se publicó: «Algunos hablan de un comando moralista». Un testigo del secuestro previo a la ejecución recordó la participación de un uniformado. Las compañeras de las víctimas fueron al velorio, en el Barrio San Martín. «Nada fue investigado», dicen. Ocho casos similares, de asesinatos de mujeres y narcotraficantes, ocurridos el año anterior son vinculados entonces con el mismo grupo.

El Comando Pío XII publicó un comunicado en el diario *El Andino* el 26 de julio. «Seremos inmisericordiosos en el castigo a las prostitutas, que con su desenfadada presencia en la vía pública atormentan y ofenden de raíz las prácticas de buena costumbre y pública moral mínima de toda sociedad decente... con látigos de tiento, cadenas, garrotes de goma y cartuchos cargados con sal ahuyentamos la presencia indecorosa de las mujeres públicas, como así también, con un perro doberman, especialmente adiestrado para desnudar personas, que responde al nombre de Savonarola».

Las palizas con cadenas a mujeres que ejercían la prostitución se hicieron costumbre en la ciudad. También hubo disparos contra whiskerías y clubes nocturnos.

El Comando empezó a moverse en Falcon verdes. A una muchacha, apodada la Monito, la golpearon de tal manera que le fracturaron las costillas, las piernas. Otra práctica era, cuando las mujeres eran detenidas por la policía, llevarlas a un lugar descampado y lejano y dejarlas allí, para que volvieran caminando a la ciudad. Las chicas recuerdan también en la jefatura un calabozo llamado «cero», de 40 por 40 centímetros, donde pasaban largas horas.

Una meretriz fue secuestrada, desnudada, apaleada y rapada. Le pintaron con brea en la espalda la sigla del comando. La necesidad hacía que unas pocas continuaran trabajando, pero las calles mendocinas empezaron a despoblarse.

En el D2, las prostitutas detenidas se cruzaban con los desaparecidos. «Veíamos a la gente que estaba desaparecida que la llevaban ahí [...] la veíamos pasar. Una vuelta vimos morir a un muchachito de 18 años, lo habían picaneado tanto y lo metieron a las duchas —que estaban cerca de donde estábamos nosotras— y después lo sacaron en una frazada muerto, de la electricidad que le dieron. Y así los vimos pasar, no sabíamos los nombres ni nos los iban a decir a nosotras [...] pero nos dábamos cuenta por la manera en que los tenían en otros calabozos lejos de nosotros».

Las mujeres perseguidas por el Comando Pío XII eran doblemente víctimas. Prostituidas por necesidad, estuvieron expuestas a la discriminación, a la violencia y a la muerte, pero sus testimonios están ausentes de la memoria colectiva de la represión. En realidad, muchas de ellas consideran más grave lo que les pasaba a los detenidos desaparecidos por razones políticas.

El estigma de vender sus cuerpos para subsistir pesa sobre ellas, y no se consideran sujetos sociales con derechos. La culpa, la vergüenza y el miedo las silenciaron durante décadas. Y como lo sufrido por las mujeres militantes en cuanto a violencia de género y sexual permaneció oculto, los martirios de

las prostitutas mendocinas se callaron también, entre otras razones, porque se consideraban menos graves que otros crímenes. El grupo de las meretrices mendocinas ocultó lo padecido. Y todavía posterga su denuncia.

Silvia leía en los diarios horrorizada las acciones del comando. Presentía que esos cazadores de mujeres se estaban entrenando en las sombras para ir por más.

La organización Montoneros, con la intención de desarrollar más su aparato militar, organizó un operativo de propaganda armada frente a la comisaría primera a principios de 1976. La idea era, según explica su jefe Daniel Rabanal muchos años después, tirar volantes de propaganda y efectuar algunos disparos sobre el frente de la dependencia. Pero en la acción murió un agente de policía, Rubén Cuello, que estaba en la guardia. Montoneros se atribuyó la operación con un comunicado dejado en el baño de una confitería, firmado por el comando Héctor Manuel Pringles, un militante popular de Godoy Cruz asesinado el año anterior.

En el entierro de Cuello, ante sus hombres, el jefe de policía brigadier Santucciono amenazó con hacer tronar el escarmiento. «Los Judas que merodean la Patria terminarán colgados en el bosque de la infamia», espetó. Y cumplió: un grupo de militantes peronistas vinculados a Montoneros fue secuestrado y torturado en el D2. «Detienen a célula extremista autora de atentados y muerte de un policía», tituló el diario. Debajo, nueve fotos de jóvenes, entre ellas la de un Fernando con el pelo alborotado y una Silvia casi irreconocible, desfigurada, con ojos hinchados, ilustraban la página que incluía un recuadro: «Uno de los subversivos murió en la penitenciaría». En realidad, fue asesinado. Paradójicamente, dieciocho días después de su secuestro y desaparición, esas fotografías salvaron la vida de varios de esos militantes. El muerto del que hablaba el diario se llamaba Miguel Ángel Gil y era delegado de la Comisión Nacional de Energía Atómica. El periodista que publicó las fotos fue, más tarde, a su vez, desaparecido.

El interventor en la provincia en ese momento era un militar justicialista, nombrado en el cargo por Isabel Perón. Pedro León Lucero era un convencido de que «a la subversión había que liquidarla, no había nada que hacer». Ofreció dinero para que se esclareciera la muerte del agente Cuello, pero nada hizo para averiguar cómo había muerto realmente Gil. Y Santucciono, su jefe de policía —que le devolvería las gentilezas cuando le advirtió que el día del golpe por la madrugada irían a buscarlo para detenerlo — tenía durante su administración luz verde para la represión ilegal.

Aunque Silvia llevaba sólo unos meses de militancia en Montoneros, ya era muy reconocida por su actividad gremial previa. Por eso, los represores pensaban que su nivel de compromiso en la estructura de la organización guerrillera era muy alto.

«Teníamos sueños», dice ella. «Yo trabajaba y militaba. Nunca consideré la posibilidad deirme. Yo nunca pensé que por hacer lo que hacíamos iban a violarme. Eso no quiere decir que si hubiera conocido los riesgos, no los hubiera tomado».

Silvia se había enfrentado en las elecciones internas del sindicato a un grupo de la derecha peronista. «Ellos sí usaban armas, y arreglaban todo a tiros; nosotros nunca tuvimos armas en la casa», explica. «Ahí no encontraron nada, por eso yo estuve detenida sin causa penal».

Apenas ingresó al D2 a Silvia la inundó un olor nauseabundo. «Era un lugar sucio, muy sucio», repite. La insultaron y golpearon. Le dijeron que si colaboraba con ellos volvería a su casa. Como se negó, la separaron de su hijito Alejo y le dijeron que lo habían matado, que nunca más volvería a verlo. La arrojaron dentro de un calabozo desde donde, durante el día, escuchaba movimiento de gente. La comida consistía en una cucharada de arroz y un pan duro. A los secuestrados los llevaban al baño cada tres días, de manera que tenían que hacer sus necesidades en el suelo. El piso era una inmundicia. La picana la aplicaban en un piso inferior. Tanto ella como Fernando recuerdan que para los interrogatorios los bajaban por una escalera, y que la mesa de torturas era un banco de madera. Él pudo reconocer el lugar como la sala de los acumuladores, desde donde se proveía de energía si se cortaba la luz, gracias a su aroma característico.

Fernando relata que no los dejaban dormir, y que los golpeaban permanentemente. Que no les dieron de beber agua durante cuatro o cinco días, y que eso les provocaba delirios. Los represores habían reunido a un grupo, mujeres y varones, en una celda grande, y los obligaron a hacer una montaña con sus cuerpos. «Vamos a celebrar la Fiesta de la Vendimia, hagamos un carro», dijeron. Miguel Ángel Gil quedó abajo. Silvia fue forzada a sentarse en la cima de la pila humana y a saludar como la Reina, mientras los torturadores se reían. Esta broma macabra fue la que le provocó la muerte a Gil. «Creo que murió aplastado por nuestro peso. Después deliraba y se desmayó cuando lo llevaban a tomar agua. Llamaba a la mamá». Él recuerda haber creído en su ensoñación que su celda se inundaba de mate cocido frío y dulce, y que le daban pan con manteca y dulce de leche. A Miguel Ángel Gil le ocurría algo parecido: creía que hablaba por teléfono con su madre, y le pedía que le dejara la comida preparada en el horno. Fernando lo vio desfallecer y caer cuando con otro prisionero lo llevaron al baño a tomar agua. «Este se nos quedó», escuchó decir. El parte del hospital de la Penitenciaría refiere que Gil murió a las 0.10 del 22 de febrero de 1976.

Silvia pasó 18 días desaparecida, la mayoría en ese lugar, mientras su padre presentaba hábeas corpus y hacía innumerables gestiones. Eran las últimas semanas de democracia, una democracia vacía donde había muertos y desaparecidos. En el D2, las violaciones eran sistemáticas y diarias. Casi nunca se daban en la sala de torturas, sino en las celdas. La picana se aplicaba en los senos, en las encías. En el caso de Silvia, que estaba embarazada de pocas semanas, se ensañaron con sus genitales. Abortó, pero no fue atendida. Por el contrario, las torturas y las violaciones continuaron. Un hombre, al que le llamaban el Porteño, le decía mientras la picaneaba: «Señora, usted sabe, en una revolución se gana o se muere». A Silvia la violaba delante de Fernando. A Fernando lo humillaba tomando mate y fumando. Le tiraba la ceniza sobre el pecho y se la limpiaba con una pava con agua casi hirviendo. Pero la peor de las humillaciones que sufrió la pareja fue que colgaron de una puerta a Silvia desnuda y con los ojos vendados, mientras obligaban a Fernando a tocarla mientras se burlaban de ellos. También le hacían obscenidades y lo relataban con detalles. Llegaron a abrirle el ano con una pistola. Le golpeaban los pechos con un bastón, con el que también penetraban a otras prisioneras.

Durante el día, se escuchaban desde los calabozos ruidos de oficina. Por la noche, quedaba una guardia, y llegaban risas, rumores de fiestas con mujeres. Una vez, Silvia escuchó que una policía mujer le contestaba a un represor que la había abordado: «Si estás caliente, agarrate una presa».

«Era así. Estábamos ahí para que nos tomara cualquiera que tuviera ganas», sostiene Silvia. No había forma de resistirse.

Cuando la violaban, se defendía a los puntapiés. Generalmente, tenía las manos atadas y era lo único que podía hacer. Le tapaban la boca con un pañuelo y cuando no era así, ella trataba de no gritar para evitarle sufrimiento a Fernando y sus otros compañeros, que a metros, eran testigos impotentes de todo.

«Me violaban todos los días. Eran varios. Diez, quince veces. Perdía la cuenta. Terminaba desmayada. Eran siempre distintos. Distintas voces, distintos olores, distintos insultos.»

«Nunca me dejaron bañarme después de una violación. He visto en las películas que las mujeres quieren limpiarse, es como quitarse el mal de encima. Ni eso me permitieron. Creo que en el baño también me violaron.»

Las sesiones de picana fueron menos que las violaciones. «Se divertían conmigo. Cada vez que iba a la picana había risas, insultos, jarana. Ay, me parece que ese corazoncito no resiste, decían. Me la aplicaban en los pezones, en la vagina, en la panza (que me quedó quemada durante mucho tiempo). También me quebraron la nariz. Me operaron sólo cuando me trasladaron a la cárcel de Devoto».

Silvia perdió dos embarazos cuando recuperó la libertad.

«La picana me dejó sin hijos para siempre. Una doctora me dijo que tenía el útero de una mujer de 80 años, endurecido por la electricidad». No alcanza a comprender cómo las mujeres no pueden vencer los obstáculos que enfrentan para hablar de lo que les pasó.

«Nos violaban públicamente, todos escuchaban y sin embargo, las compañeras no quieren denunciar», se sorprende.

No puede olvidarse de una mujer muy bonita que era virgen. Tendría unos 45 años y quería ser monja. Militaba en el Sindicato de los Telefónicos. Ella lloraba y repetía: «¡Yo era virgen, yo era virgen!», con muchísimo dolor.

«Nunca pudimos lograr que hablara. Ella vive ahora en otra ciudad. Investigamos, buscamos, y llegamos sólo hasta las hermanas, nunca a ella. No pudimos hablar ni siquiera por teléfono».

Silvia no comprende el porqué del silencio. «Yo al hablar sentí que me sacaba una mochila que me liberaba. Yo no entiendo por qué las compañeras no hablan», lamenta.

A los hombres también los vejaban. A David Blanco, un actor y militante, lo violaron. Lo contó en Tribunales, en un juicio oral y público, frente a sus hijas. Un mes después, murió de un infarto, a los 57 años.

«Tal vez no lo pudo soportar», reflexiona Silvia. «Era un compañerazo».

David tenía 23 años cuando se lo llevaron. En el juicio, describió la tortura con valentía absoluta, venciendo una larga batalla contra el pudor y el machismo.

«A muchos de nosotros, sobre todo a los varones, nos cuesta reconocer las vejaciones a las que fuimos sometidos. Nadie puede saber lo que es esto exactamente si no lo ha vivido. En el caso mío quedé con los genitales

destrozados. La electricidad en el pene me hizo un absceso del tamaño de un durazno. También me introdujeron cosas en el ano, eran elementos conductores de electricidad».

A David le resultó difícil lograr que alguien quisiera conocer lo que había soportado. Admirado y respetado, actor y director, dirigente de la Asociación Argentina de Actores, no consiguió sin embargo hacerse oír.

«Las personas, por un mecanismo de defensa, no quieren escuchar. A mí me ha costado mucho hablar de esto. Creo que mis hijas que están allí sentadas se están enterando en este momento». Como a los sobrevivientes de campos de concentración nazis, el silencio guardado durante años los acompañaba no por decisión propia, sino porque, en muchos casos, nadie quería saber. La sociedad podía procesar sólo parte del horror. Algunos testigos salidos de los campos relatan que sus familiares se sorprendían al escuchar cosas que ya habían oído de sus bocas, como si las oyeran por primera vez. Ni siquiera la justicia ofrecía un escape, en cuanto a la violencia de género y sexual. La calificación de crímenes de lesa humanidad es reciente. Aún hay jueces que consideran a la violación o el abuso parte de la tortura y no la juzgan por separado.

Y si embargo, la crueldad de los violadores en campos como el D2 mendocino no tenía límite.

Vicenta Olga Zárate fue secuestrada en el hospital después de una histerectomía. Los médicos se resistían a dejar que se la llevaran, pero los represores lo hicieron de todos modos. Le quitaron los puntos y un carcelero la violó brutalmente por el ano, mientras ella pedía desfalleciendo del dolor por favor que no lo hicieran,

«...me empujan y me encierran en una celda muy chica... esa misma noche se abre la puerta y aparece un hombre que comienza a hacer preguntas y manoseos, lo que le digo es si no puede preguntar sin estar tocando, a lo que me dice “¿te molesta?”, me abre la blusa y me dice “¿todavía no tenés marcas? pronto las vas a tener” le indiqué a esta persona que yo estaba recién operada del útero, es decir, todos los órganos femeninos, a lo que me contesta “que el que voy a gozar soy yo, no vos”, y luego me hizo parar y entonces se realiza el acto sexual, soy penetrada por el ano...»

«...después del día lunes por la noche me despertó un ruido como de puertas y ventanas que se cerraban y después siento el ruido de la puerta de mi celda, entra alguien y nuevamente el manoseo y me violan. Después se va y me dice que va a entrar otro, eso no ocurre».

«El violador de Olga Zárate iba relatando cada movimiento del crimen que estaba cometiendo, mientras la golpeaba con algo, que no sé qué era, se escuchaba el ruido, durante muchos minutos y al final relató que la violó también por el ano. Olga [Zárate] habló poco con nosotros el resto del día y estuvo sollozando todo el día hasta que llegaron otros a violarla y luego fue todo grito, llantos, insultos y golpes...», cuenta un sobreviviente. «La violación de Olga nos impresionó mucho porque era como una hermana mayor», dice Fernando Rule. «La violaron con mucho ruido».

Los hombres eran testigos de todo.

«La violación sexual la usaron para humillarnos. Hacerme saber que estaban violando a mi mujer a un metro y medio de la puerta de mi celda era para

humillarme, era para que yo escuchara, al punto que uno de esos días me hacen tocarla para ver que estaba colgada o atada, desnuda absolutamente, y juegan y hacen obscenidades y relatan...»

describe así Fernando el episodio que más marcó a Silvia.

«Las violaban a todas. Lo hacían en los pasillos, en las mismas celdas, en la celda con la puerta abierta. Recuerdo a una chica cordobesa. Yo había hablado con ella a través de la mirilla de los calabozos de su hijito, de su novio, y de la esperanza de que él se hubiera salvado. Ella fue muy torturada y particularmente violada, con mucho escándalo.»

Con mucho ruido... con mucho escándalo. Los hombres del D2 querían que los militantes presos supieran que estaban violando a sus mujeres. Que no tuvieran duda alguna de que habían sido vencidos y que el botín de guerra incluía la apropiación del cuerpo femenino, en este caso también el de activas combatientes. Y tal vez por eso merecedoras y destinatarias de un castigo más duro.

«A Stella Maris Ferron, que estaba embarazada, los violadores le iban rompiendo la ropa de a poco con el paso de las horas, como en un juego perverso», dice un testigo sobreviviente. «Stella estaba embarazada y a pesar de eso la torturaron con picana eléctrica y golpes, además de vejlarla. Después del ataque sexual, perdió su embarazo.»

Rosa Gómez no era militante. Había conocido a su pareja, el gremialista Ricardo Sánchez, mientras trabajaba en un bar. Los dos estaban casados, pero, enamorados, decidieron unirse contra todos los obstáculos. De la relación nació un bebé, que tenía cuatro meses cuando se llevaron a Rosa al D2. Las violaciones fueron tan brutales como la tortura. La amenazaban con matar a su hijo y con secuestrar a su hermana. La vejaban continuamente, hasta dejarla extenuada: «Mi alma ya no estaba en mí. Era un cuerpo.»

«Una vez me atendió un médico y creo que cuando se llevan a toda la gente y me quedo sola, desinfectan los calabozos con gamexane. Yo me intoxicqué, se me hincharon las manos, durante todos esos meses yo no menstruaba, yo pensé que estaba embarazada de las violaciones. Me trajeron un decadrón... Le dije que no sabía si estaba embarazada, me hizo acostar en el suelo, me revisó y hablaba con un sonido raro en la garganta y me dijo “quedate tranquila que no estás embarazada”. Esa tarde menstrué.»

El proceso de denuncia de Rosa, que había identificado a sus violadores, se transformó en una verdadera tortura psicológica, que revela que la Justicia mendocina era aun en democracia un reducto de funcionarios filodictatoriales, de los cuales probablemente Otilio Romano fuera sólo una expresión. «Yo he venido tres veces a declarar. Cada vez que he venido a declarar vine sola y quedé muy mal... Cada vez que venía a declarar sentía que yo era la culpable, no podía decir lo que estoy diciendo ahora, tenía que decir cómo habían sido las violaciones, no me creían. Yo nunca dije cómo me violó González porque no podía decirlo. González no sólo me violó sino que me hizo tener sexo oral. Era muy fuerte... Me amenazaban y me violaban, todo esto no lo podía declarar porque sentía en la instrucción que no podía declarar. Muchas veces salí de acá asustada, a las personas que estaban en el D2 yo las vi y las vi después en la calle pero no sé cómo se

llaman. Rubén González, Manuel Bustos y Héctor La Paz fueron las personas que más me violaron y me dañaron. Para mí llegar a la cárcel fue la libertad», explica Rosa.

Silvia Ontivero habla amorosamente de Rosa. Carga con la culpa de no haberla apoyado lo suficiente, de haberla discriminado por no pertenecer a la organización.

«El caso de Rosa fue duro. Nosotras, las compañeras, éramos muy esquemáticas, muy cuadradas, ahora lo vemos. Ella no militaba, era la mujer de un compañero, Ricardo, y por eso la trajeron. Por eso, la teníamos a un costado. Fue duro superarlo, ella la pasó muy mal, había resquemores, pero luego nos sentimos muy unidas, nos apoyamos. Rosa fue visitada luego de su liberación por un represor, que abusó de ella y luego tuvo una relación con la hermana, la hizo su amante. La hermana no militaba...»

El de Rosa es uno más de los casos en los que el dominio de los represores trascendió las paredes de los campos y se extendió inclusive al círculo familiar.

Los torturadores hacían uso de su poder fomentando la creencia de que eran ellos los que habían salvado la vida de las prisioneras, y las familias quedaban a la vez inmovilizadas y engañadas, porque el silencio de las víctimas directas sobre los detalles más horribles de su cautiverio contribuía a que experimentaran una oscura sensación de agradecimiento. La presencia de esos hombres generaba un contradictorio sentimiento, mezcla de falsa seguridad y protección y de coerción provocada por el terror.

«Cuando me llevaron del D2 a la cárcel, después de dieciocho días, no podía caminar —recuerda Silvia—. Estaba toda lastimada ahí... por las violaciones. Nos pasaron por “derecha” porque habíamos caído durante el gobierno de la compañera Isabelita», dice con sorna refiriéndose a uno de los períodos de más salvaje represión durante un gobierno constitucional.

«Entre dos policías, porque no era capaz de sostenerme por mí sola, me llevaron ante el juez Rolando Carrizo». «Quise denunciar mis torturas, se veían mis moretones, quise mostrar mis quemaduras». «Doctor, mire cómo estoy», le dije. «¿No te habrás caído, chiquita?», me contestó.

Silvia estuvo en la Penitenciaría, donde pudo visitarla su padre, quien le nombraba jueces que eran sus correligionarios del Partido Demócrata. Mientras estuvo desaparecida, ellos le decían que probablemente se hubiera ido con un novio.

A la cárcel de Devoto la trasladaron en un avión, con los ojos vendados y maniatada, con otras mujeres. Las golpearon durante todo el viaje.

La prisión legal, para Silvia, después del centro clandestino de detención, fue también un oasis, como para Rosa, a pesar del asedio. Querían quebrarlas, privarlas de los afectos. Por eso les aplicaban lo que llamaban la calesita, cambiándolas permanentemente de lugar.

A pesar de todo, la relación que Yupi, como la recuerdan todas las mujeres presas políticas, tuvo con las demás internas fue de una confianza tan profunda que la eligieron delegada, para que las representase ante las autoridades del penal de Devoto. «La cárcel fue una gran escuela. Las conversaciones con las compañeras. Protegernos, ayudarnos», rememora.

Los primeros tiempos, sin embargo, fueron de una gran angustia ante una duda macabra. «En ese momento, todas pensábamos que habíamos quedado

embarazadas, porque no nos venía el período. Pero fueron pasando los meses y descubrimos que no, que no habíamos quedado embarazadas producto de las violaciones. Mi obsesión era esa. Pero ¡reteníamos la menstruación! No ovulábamos. Lo hablamos en la cárcel con una persona de la Cruz Roja y nos explicó que era común, que se llama ¡amenorrea de guerra!»

Se entusiasma, incontenible, vital. Le produce fascinación pensar el fenómeno como una victoria colectiva de género. «¿No está bueno? ¿Te das cuenta qué maravilla? A los represores, a los milicos, no les entregamos nuestros ¡¡óvulos!! Por algún mecanismo, nosotras, las mujeres, nos protegemos, cuando no podemos resistir las violaciones, no les damos la posibilidad de fecundarnos. Ponemos una barrera. Este es un tema que tiene que ser tocado, yo creo que fue maravilloso que no nos quedáramos embarazadas».

La cuestión de la ausencia de menstruación en mujeres en edad fértil ha sido estudiada científicamente. Durante períodos de hambruna, privaciones extremas, en *ghetto* o entre prisioneras de campos de concentración, se estudia un mecanismo por el que la fertilidad se sacrifica por la supervivencia. Silvia aventura razones adicionales, aunque de menor peso. La posibilidad de un sangrado sin acceso a una higiene mínima era otra fuente de humillación. Y la amenorrea era una forma de evitarla.

«Una compañera tucumana, de un pueblo orginario, bellísima y con toda la sabiduría de su pueblo ancestral, nos enseñaba a retener el chorrito de menstruación cuando no teníamos con qué higienizarnos. ¡Un milagro! Era un saber de generaciones y generaciones, pero yo nunca pude aprender».

Silvia pasó seis años en la cárcel. Abrieron tres causas que luego fueron anuladas. El defensor oficial era Luis Miret, camarista y profesor de filosofía jurídica, denunciado por ella y otros secuestrados, lo mismo que Otilio Romano, el ex fiscal fugado a Chile.

Otra detenida desaparecida en el D2 mendocino, Luz Amanda Faingold, sufrió el acoso de Miret cuando tenía 17 años. Luz cursaba el quinto año de la secundaria y fue llevada con otros estudiantes al Palacio Policial en agosto de 1975, varios meses antes que Silvia.

«Me metieron por unas escaleras, yo no paraba de gritar, llegamos como a una sala, ahí me tiraron al piso, me pusieron un arma en la cabeza diciéndome que hablara. Si no, iba a aparecer a la mañana en Papagayos. Después de eso, me violaron. Mientras lo hacían, se hizo un silencio total, no escuchaba nada».

Luz fue violada en un pasillo, antes de ser arrojada a una celda. El novio de Luz, Eduardo Glogowsky, fue testigo del ataque. Escuchó cómo ella pedía que no la ultrajaran. Y tuvo la valentía, o la temeridad de denunciarlo ante el juez. Eso y haber dicho que le faltaba el dinero que tenía encima cuando lo secuestraron le valió que lo molieran a golpes.

«Miret me gritaba en su despacho, me decía subversiva. Caminaba sobre una tarima. Lo recuerdo como un nazi», dice Luz. «Me preguntó por mis apuntes, yo tenía matemáticas y astronomía, nos habían pedido que todo lo que viéramos en la prensa que tuviera que ver con astronomía lo pegáramos en la carpeta y yo lo último que tenía era la copia del Apolo y del Soyuz. Miret me preguntó qué es este artículo del diario porque la Soyuz era soviética y fue lo único que pudo encontrar que tuviera que ver con la

izquierda». Advertida por una conocida de que su hija estaba allí, la madre de Luz irrumpió en la audiencia y la encontró «aterrorizada, apabullada, desesperada».

«Es menor y la ley dice que debe ser interrogada con presencia de un abogado, los padres o un tutor», increpó al juez. Las cosas aún no estaban tan claras meses antes del golpe, y había quienes aún pretendían hacer valer derechos constitucionales. Los Faingold pidieron la restitución de su hija.

Sin embargo, Miret envió a Luz a un instituto de menores, a pesar de un informe psiquiátrico que advertía sobre un estado de angustia y depresión. Se basó, según se enteró después la familia, en que sus padres estaban separados. Luz estuvo una semana en el D2, después de la violación, sin comer ni bañarse. Un día, se abrió la puerta de su celda y entró un hombre de traje. Ella se le abalanzó pensando que venía a liberarla. Treinta y cinco años después, gracias a una foto publicada en un diario, reconoció al entonces fiscal Otilio Romano.

«No sé por qué me acusan ahora. Esta señora nunca dijo que la habían violado hasta muchos años después», argumentó Otilio Romano para defenderse. Como si le costara entender el porqué del largo silencio de las mujeres vejadas con su complicidad.

Silvia Ontivero salió de la cárcel en 1982. «Me fue a buscar mi papá. Las calles se me venían encima. Nunca pude ver a mi hijo en la cárcel, no me lo traían. Había quedado con su padre, que con la complicidad de un abogado y de un psiquiatra me denunció por abandono de hogar, y me quitaron la tutela. Allí tomé conciencia de que me iba a ser muy difícil recuperarlo».

»Alejo estuvo muchos meses sin hablar. Le dijeron a Alejo muchas cosas de mí. Que yo era terrorista, que lo había abandonado, que me habían matado. Llegaron a la conclusión de que le hacía mal verme. Me notificaban a un domicilio que no era el mío, y como yo no contestaba...

»Yo lo busqué al salir de la cárcel, pero Alejo, que aún era chico, no quería verme. Me escupía. Una jueza determinó que debía encontrarlo sólo una hora con dos funcionarios judiciales presentes y traído por un patrullero. Llegué a la conclusión, muy dolorosa, de que era mejor no verlo así, obligado, que era malo para él. Pensé que ya llegaría la hora en que él me buscara».

Y efectivamente fue así. En la adolescencia, Alejo buscó a su madre. Sus compañeras de secundaria le habían dado un libro, *Las Locas de la Plaza*, uno de los primeros sobre las Madres de Plaza de Mayo. «Quiero saber», me dijo. «Allí recomendamos una relación maravillosa, pudimos reconstruir algunas cosas».

Alejo Hunau Ontivero era un joven brillante. Su padre quiso enviarlo al Liceo Militar pero él se negó. Estudió Comunicación Social en la Universidad de Cuyo, y se convirtió en asesor de dos gobernadores de la provincia. Fue nombrado director de la Casa de Mendoza en Buenos Aires.

En noviembre del año 2004, Alejo fue asesinado. Vivía solo en un departamento. Allí lo mató un hombre que lo estaba presionando para que le diera dinero. Tenía 33 años. Al principio se especuló con que el homicidio tenía que ver con su actividad política al lado de los dirigentes radicales

Roberto Iglesias y Julio Cobos. Los títulos de todos los medios hablaban de su muerte. Lo habían encontrado bañado en sangre, con una soga en el cuello y un orificio de bala en el abdomen.

Diego Arduino, el homicida, tenía 30 años. Había conocido a Alejo en Lavalle y Costanera, en Mendoza. Iniciaron una relación. Algunas versiones indican que una de las ocupaciones pasadas de Arduino era la de *taxi boy*. En el departamento donde vivía la víctima, le había pedido dinero prestado para saldar deudas. Frente a la negativa de Alejo, tomó una botella, la llevó al dormitorio y le pegó repetidamente por la espalda, sin que pudiera defenderse. Arduino fue condenado por homicidio simple a dieciséis años de prisión: rechazaron la calificación de homicidio agravado con alevosía solicitada por la querrela basándose en que Alejo conocía a su matador y le tenía confianza.

Un amigo de Alejo, que había conocido a Arduino dos meses antes, lo describió como un individuo agresivo, que estaba tenso con su presencia, y que agredía a Alejo por su condición sexual, llamándolo «gorda».

Durante la investigación, Silvia tuvo que tomar una decisión difícil que reafirmó su postura ética. El jefe de Homicidios de la Policía Provincial, comisario Carlos Chávez, les pidió a ella y a su ex marido en dos reuniones dinero para agilizar el proceso. La excusa era pagar a algunos «dateros» que estaban ayudando. Silvia se negó rotundamente. «Tengo entendido que hay una partida especial para ese tipo de trámites», les dijo. Una vez más tuvo que enfrentarse al padre de Alejo, que era partidario de pagar, haciéndose partícipe de un hecho de corrupción.

El día de la lectura en Tribunales de la sentencia, Silvia estaba estremecida. Estalló en llanto mientras una sucesión interminable de abrazos la cobijaba. «Fue una lucha muy grande y con muchos contratiempos», le dijo a los periodistas. «Tuvimos que soportar que la Segunda Cámara del Crimen maltratara a mi hijo y la recusamos. Hoy llegamos a este presente de justicia».

Silvia, efectivamente, tuvo que presentar un pedido de recusación de la segunda Sala de la Cámara del Crimen que fue aceptado. La decisión de esa sala de rechazar el procesamiento contra Arduino durante el proceso mencionaba la «desviada sexualidad» de Alejo y su presunta promiscuidad, que abría la posibilidad de que hubiera otros sospechosos que podrían haber pasado por su departamento.

Silvia, maltratada por la justicia en los 70 cuando aún había un gobierno constitucional, tuvo que volver a pelear en democracia para que no estigmatizaran a su hijo. En esa lucha por la depuración del aparato judicial de los cómplices de torturas y violaciones, se reunió en Chile con sus ex compañeros de cautiverio en el D2 para declarar en el proceso de extradición del ex camarista, ex fiscal en época de represión ilegal Otilio Romano.

En la reunión trasandina hubo vino y esperanza. Esperanza que se vio recompensada porque finalmente Otilio Romano fue extraditado en septiembre del 2013 desde Chile, y alojado en una cárcel común. Junto a Luis Miret y otros dos ex jueces (Guillermo Petra y Rolando Carrizo) enfrenta en Mendoza un juicio oral por crímenes de lesa humanidad.

Silvia administra pequeñas empresas de tecnología y es activista en cuestiones de género. Mantiene el departamento de Alejo como una especie

de santuario laico donde se reúnen sus amigos a celebrar haberlo conocido. Cruza la cordillera cada vez que puede, y sueña con volver a vivir en Mendoza dentro de uno o dos años. Como una síntesis de su capacidad inagotable de reinventarse, habla de cómo salió de una operación de caderas: «A los dos meses, ya estaba yéndome a bailar, con un novio que ha aparecido. Ya he hecho el amor... ¡todo!» La risa de Silvia en su cara de nena le pone sello a su victoria irrefrenable y cotidiana contra el dolor.

VEINTIDÓS

El amor entre nosotros

Dicen los sobrevivientes que en los campos de concentración nazis surgían entre los cautivos relaciones intensas de hermandad. Son los «hermanos de campo», hombres o mujeres que compartían sus miedos, sus privaciones, en un medio de hostilidad extrema. Hubo entre ellos ligazones fuertes, que les permitieron soportar mejor todo lo adverso.

En los oscuros pasillos de la ESMA también había espacio para el amor. Para el amor verdadero, entre pares, algo maltrecho por las pérdidas, por la angustia, pero sin la coerción que implicaban los avances sexuales de los marinos sobre las prisioneras. El amor entre los desaparecidos iba más allá de la amistad de los «hermanos de campo». Permitía encontrar en el cautiverio un otro en el que se podía confiar totalmente, en un entorno en el que la práctica cotidiana implicaba fingir, simular, guardar silencio. A ese otro, a ese único ser elegido, además objeto de deseo, se le podía confiar todo, los miedos, los ocultamientos a los represores. Era el único momento en que la víctima se podía relajar, hablar sin filtros, ser ella misma. Podía contar lo que pensaba sin temor a ser traicionada y sufrir represalias. Las prohibiciones para este tipo de relaciones eran estrictas: más que prohibiciones eran amenazas.

Los oficiales de la Marina, miembros del grupo de tareas, tenían derecho a abusar de las mujeres, e incluso eran alentados a hacerlo. Los suboficiales podían intentarlo y si las prisioneras no oponían resistencia, el abuso era tolerado por sus superiores.

Por último, los guardias tenían terminantemente prohibido cualquier contacto físico con las secuestradas so pena de castigo, como lo prueba el caso de la violación de Jorgelina Ramus por un *verde* que fue separado y transferido.

La del avasallamiento de los cuerpos de las mujeres era una orden expresa del Tigre Acosta, jefe del grupo de tareas. Y el no obedecerla generaba sus consecuencias en el concepto que el Tigre tenía de sus subordinados. Cuando el apego de los marinos por las mujeres cautivas se hacía peligroso, desmedido a sus ojos, o inmanejable, el Tigre usaba el vínculo para extorsionarlos, como sucedió en el caso de Jorge Radice con Anita Dvantman, Barbarella, la única relación de este tipo que terminó en matrimonio.

El terror y la soledad empujaron a la formación de varias parejas entre prisioneros dentro del campo, a pesar de la posibilidad de la muerte como castigo.

Ana María Soffiantini, Rosita, había sido secuestrada en una verdulería con sus dos pequeños hijos, Luis y María. La nena sólo recuerda de esa escena unas zanahorias gigantes, aterradoras. A los chicos se los llevaron en un auto y a Ana María en otro. Por la radio con la que se comunicaban los represores, la madre, encapuchada, en unos minutos dejó de escuchar el

llanto y el llamado «¡Mamá, mamá! Y empezó a preocuparse por su destino. Su compañero, el Loro Hugo Luis Onofir, ya estaba desaparecido. Sin saber el destino de su marido y con sus hijos arrancados de su lado, Ana María era un alma en pena en las sombras de Capucha. No se sentaba ni se acostaba, como los otros prisioneros. De rodillas sobre la colchoneta, ciega y esposada, no dejaba de clamar un «Mis hijos, mis hijos, mis hijos...» que inundaba el silencio. Así fue que la vio Serafín, Ricardo Coquet, que hacía meses — después de su secuestro frente a la Confitería Las Violetas en Medrano y Rivadavia— diagramaba publicaciones en un cuartucho del sótano del Casino de Oficiales, junto a la entrada. Ahí tenía un tablero y una lámpara. Lo visitaban de vez en cuando los marinos para pedirle algunos trabajos, entre otros el cartel de Montoneros que colocaron detrás de las monjas francesas Alice Domon y Léonie Duquet en diciembre de 1976 para fotografiarlas y simular ante el mundo que las tenía la guerrilla.

Serafín no podía quitarse de la mente la voz de Ana María, su cabeza rubia y su pollería a cuadros. No tenía hijos en ese entonces, pero para él esa mujer era la imagen del dolor y quiso ayudarla. Por eso inventó la necesidad de una asistente en el cuartito del sótano, y convenció a los marinos de que Ana María era la indicada para la labor.

El amor entre Serafín y Rosita fue celebrado por todos los prisioneros. El lavarropas del baño rojo ultramoderno que habían construido los represores en el sótano con materiales robados de quién sabe qué allanamiento se encendía para apagar los gemidos detrás de la mampara de la ducha cuando la pareja hacía el amor. Y siempre había un compañero que avisaba si se acercaba algún guardia, o peor, un oficial.

Un día la puerta del cuarto de diagramación donde anidaba la pareja durante el día se abrió y entró el voluminoso Selva, el prefecto Héctor Febres. La vista de un abrazo furtivo le disparó una frase: «Tengan cuidado porque los van a matar». El amor entre iguales estaba vedado en la ESMA. Solamente estaba permitida la sumisión, el abuso, el vejamen.

El Tigre Acosta no tardó en enterarse de la relación clandestina. Se enfrentó a Serafín y le dijo: «Ustedes no pueden hacer eso. Te vamos a mandar para arriba».

Serafín no se calló. «Entonces, Tigre, nos van a tener que matar a todos, porque esto es algo que no se puede parar».

El lazo de Serafín y Rosita, que tuvieron una hija, abrió las puertas a otros amores entre compañeros. Pero esos vínculos siempre se mantuvieron secretos.

Los cuerpos del Tano Máximo Cargnelutti y la Chaqueña Liliana Gardella se unieron por primera vez en un camarote del fondo de Capucha. En una de las camas-cuchetas del vértice, frente a la mesa de los verdes que vigilaban que todo estuviera en orden, con unas revistas de chismes que les provocaban unas risas deliberadamente ruidosas, un grupo de mujeres estaba alerta. Una tos, y la pareja estaría advertida de que había «moros en la costa». El Tano, caminando de la mano con la Chaqueña, se dio vuelta y tomó una de las revistas: «¡Me la llevo por si me aburro!» dijo, provocando una jarana general en el equipo de apoyo del debut amoroso.

La unión del Tano y la Chaqueña sobrevivió fuera del campo. Tuvieron una niña y vivieron juntos en Italia y Nicaragua, hasta que ella decidió volver

a la Argentina, ya en democracia.

Pero lo que la pareja ignoraba era que se había formado arriesgándose a las represalias del prefecto Febres. Liliana estaba destinada a trabajar probablemente en uno de los lugares más ingratos de la ESMA: el Dorado, adonde se concentraba el área de inteligencia y desde donde partían los operativos de secuestros. A pesar de que las tareas eran siempre administrativas, las fichas y papeles que manejaba estaban relacionados con interrogatorios, búsquedas y ejecuciones. Por tratarse de un material sensible, la vigilancia era permanente. Y el aislamiento de los otros prisioneros, mayor que en otros puestos de trabajo. La Chaqueña pasaba allí largas horas sola. Sólo a veces la llevaban al sótano, para pasar un rato con los demás presos. «Yo nunca confié en nadie ahí adentro», dice, muchos años después. En esa soledad, el capitán Raúl Scheller, jefe de inteligencia, alias Pingüino o Mariano la tomó como protegida. Y en esa misma soledad, Febres la eligió para acompañarlo a buscar casas o propiedades que tenía que alquilar para sus operaciones. En una de esas salidas, estacionó su auto frente a un hotel para parejas que había cerca del campo de concentración. Liliana recuerda que no hubo palabras por su parte, sólo un gesto de asco y de disgusto, y que Selva arrancó.

Tiempo después, cuando ya había empezado su historia de amor con el Tano, Selva la hizo subir del Dorado a La Pecera para hablar. «Mirá, yo pensé que iba a ganar esta batalla», le dijo. La Chaqueña miró desconcertada, aunque sabía bien de qué le hablaba. «Pensé que iba a ganarla porque corría con el caballo del comisario. Porque yo soy un oficial y el Tano es un simple preso. Pero me equivoqué», continuó. Selva esperó alguna respuesta. Pero como no la hubo, siguió su monólogo, que a Liliana le parecía delirante. ¿Percibió en ese momento, algún peligro? ¿Temió que el oficial, que según le decía se sentía un superior, se vengara de la peor forma? «De todos modos, admito la derrota», terminó Selva, y siguió aguardando una contestación. Así como no había abierto la boca cuando quiso llevarla a un hotel, Liliana tampoco dijo nada en esa ocasión. El silencio era un arma dentro del campo. A veces lo mejor era no hablar. Muchos años después, Liliana cree que se animó a resistir los embates de Selva porque sentía que contaba con la protección de Mariano.

El entramado de las relaciones de fuerza allí adentro era complejo. Protegerse y aprovechar las contradicciones entre los captores y sus debilidades era un arte. Un arte para el cual había que entrenarse. No había que ser frontal, había que evaluar cada paso y sus consecuencias.

Los Pedros, jefes de los verdes, como suboficiales que eran, según las normas no escritas del campo, tenían vedado tener relaciones sexuales con las desaparecidas. Sin embargo, una noche, ya tarde, Nilda Actis, Munú, pidió ser llevada al tercer piso, adonde dormía, después de una larguísima jornada de trabajo completando las falsificaciones de documentación que con su habilidad de dibujante afinaba en el sótano. El encargado de conducirla por las escaleras, con los ojos cubiertos, era Pedro Bolita, un hombre regordete y moreno al que le gustaba la bebida. «Cuando tomaba se ponía terrible», recuerda ella. Munú, mientras subía peldaño a peldaño, podía oler a alcohol y a deseo. De repente, sintió una mano pegajosa manoseándola y empujándola hacia la pared. Munú le pegó un tirón.

—¡Déjame! ¡No me toques! —dijo, sin saber cuál era el margen que tenía para hacerlo.

—Ya me la voy a cobrar... —dijo, en voz baja Pedro Bolita. Y se fue mascando rabia.

Podría haber pasado cualquier cosa, ¿quién sabe? Bolita podría haber dicho que Munú había intentado escaparse, que se había suicidado arrojándose por una ventana o tirándose por la escalera. Munú no pensó. O más bien creyó que tenía un espacio para su reacción de autodefensa, que no corría peligro de muerte al hacerlo. Sin embargo, intuyó que tenía que protegerse.

Munú acudió a su «protector», que como el de la Chaqueña, era Scheller. «Tuve un problema con Pedro Bolita y sé que va a intentar perjudicarme», dijo. Ni por un momento se le ocurrió decir lo que había pasado realmente, relatar la escena con las manos lascivas de Bolita tratando de recorrerle el cuerpo, y ella con el antifaz, indefensa, en la escalera. ¿Un problema? Podría haberse tratado solamente de un reto, de una cuestión disciplinaria. Mariano no indagó más.

No pasó demasiado tiempo y Scheller la convocó a su oficina. Ya no recuerda cuál había sido la acusación de Bolita en su contra. Pero sí que el suboficial se quedó del otro lado de la puerta mientras Mariano le advertía a Munú, enérgicamente «que fuera la última vez, que transgresiones a las reglas de ese tipo no podían ser toleradas». Salió de la oficina mirando hacia abajo, simulando haber acusado recibo de un reto, cuando en realidad lo que más la sacudía era haber podido entrar en una perversa complicidad con el oficial para burlar a un subalterno. Pasó al lado de Pedro Bolita, que había escuchado todo y se consideraba vengado.

La protección de Mariano, en el caso de Munú, tenía un costo. Todos los integrantes del grupo de tareas y una buena parte de los secuestrados estaban convencidos de que el oficial jefe de inteligencia tenía relaciones sexuales con la prisionera. Munú tenía entonces treinta y tres años. Era alta, fibrosa, llevaba el pelo largo y rubio. Tenía ojos verdes y un canturrear que resultaba muy agradable. Al hablar, revoleaba los ojos y las manos de una manera muy característica. Los marinos la habían seleccionado para integrar el proceso de «recuperación» por su habilidad en el dibujo, necesaria para la falsificación de documentos en los sótanos del casino de oficiales. Munú había estudiado Bellas Artes en La Plata y había militado allí junto a su marido, Enrique De Simone, Peter, secuestrado en 1976.

Mariano la eligió inmediatamente como «protegida». Cuando llegó el turno de llevarla a visitas familiares, el jefe de inteligencia se tomaba varios días para custodiarla, porque la familia de Munú vivía en Guaminí, a 500 kilómetros de la ESMA.

Las otras secuestradas veíamos cómo, cuando en medio de la noche nos obligaban a salir con los represores a cenar, Munú era frecuentemente una de las convocadas y siempre compartía el auto con Mariano, generalmente a solas. Además, la llamaba con frecuencia a hablar con él a su oficina. Nunca, ninguna de nosotras le preguntó al regreso si se había visto forzada a mantener relaciones sexuales con él. Como en todos los otros casos, pensábamos que eso pertenecía al universo más íntimo de Munú, al núcleo más doloroso de su calvario.

Munú hablaba con frecuencia de Peter, de quien seguía muy enamorada. Resultaba conmovedor escucharla, porque conservaba en sus relatos, llenos de detalles, la admiración por su hombre. Pero, de cuando en cuando, también mencionaba a Mariano, como al pasar. Y eso podía ser una muestra de que «algo» estaba ocurriendo entre ellos. Si alguna duda quedaba, esa noche en que contó que el oficial había entrado a la ESMA con sus dos hijas pequeñas para que la conocieran y que se las había presentado como la «señora del taller», todo quedó confirmado. Mariano la había doblegado.

Muchos años después, por primera vez, Munú habla del tema: «No sé por qué pensaban que yo me acostaba con Mariano. Aunque yo en cierta forma, me encargaba de que todos lo creyeran». Según Munú, si ella hubiera puesto en evidencia que se había resistido a los embates del oficial, se hubiera asegurado una sentencia de muerte.

Es decir que Munú, conscientemente, alentaba en los demás, sobre todo en los oficiales, la creencia de que tenía sexo con Mariano. Le bastó, entonces, según dice, dejar a salvo la reputación del «macho», la «hombría» de su captor, dejando caer alguna pista aquí y allá, en el momento justo, para mantenerlo a raya en la intimidad. Señales equívocas que según Munú no engañaban al Tigre Acosta, que más de una vez le había helado la sangre diciéndole: «¡Ay Munú, Munú, qué zorra sos!»

Para otros, el amor en el campo era un imposible. Incluso el verdadero, entre prisioneros. La sexualidad estaba absolutamente bloqueada, reprimida, y afloraba a veces, cuando una se encontraba en sueños teniendo sexo con un esposo o un novio desaparecido y despertando con un orgasmo amargo, triste.

Una noche, yo, Miriam Lewin estaba en mi camastro en Capucha y el Negro Roque, Carlos García, un compañero de Zona Norte que había sido secuestrado en Carapachay, se detuvo de camino hacia el suyo en el extremo de Capucha. Se sentó a mis pies para conversar. En medio de la charla, me quiso dar un beso. Me protegí con la frazada, como si hubiera visto un monstruo. Los verdes estaban merodeando no demasiado lejos y, además, habían instalado sobre la entrada una cámara de seguridad. Ese beso me parecía inapropiado, incluso obsceno en ese contexto de muerte. No podía pensar en el amor, ni siquiera en el sexo. Una vez en el exterior del campo, curiosamente, fue el Negro a quien elegí casi inmediatamente como mi esposo y padre de mis hijos. Pero no pude soportar que me besara adentro del campo. Cada prisionero vivió su propio proceso: hubo tantos campos como personas pasaron por él. Y esto se refleja en las particulares visiones que cada uno tuvo del centro clandestino. La percepción era limitada hasta en cuanto al espacio físico, porque vivían restringidos en sus movimientos, en la cucheta, encerrados con sus tabiques, o dentro de los camarotes, deambulando algunos con mínima libertad en el espacio de trabajo esclavo y el espacio dormitorio, Capucha, pero sin potestad para subir a Capuchita, donde las condiciones de detención eran más duras aún que en el tercer piso.

Lo que de verdad sucedía en el campo era algo que los represores estaban decididos a no dejarles ver. Por el contrario, armaban una realidad a medida de lo que estaban interesados que creyeran. Por eso cerraban las puertas cuando entraba algún secuestrado reciente en el sótano, por el corredor que llevaba a las salas de tortura. Por lo mismo, el sótano les estaba totalmente

vedado los días de traslado, eufemismo para la solución final, cuando los seleccionados eran inyectados con pentotal para sumirlos en la inconsciencia antes del vuelo fatal. A ellos, en cambio, les decían que eran trasladados a granjas, al sur.

La información, en ese contexto de encierro, era escasa y su flujo entre los prisioneros o entre los represores y ellos era sancionado. Ellos formateaban la realidad, y los desaparecidos tenían muy pocos recursos para conocer lo que de verdad pasaba.

¿Sabían entonces realmente las mujeres que durante años se confesaron «enamoradas» de sus captores lo que en realidad estos eran capaces de hacer? Graciela Daleo se pregunta esto en el documental «Montoneros, una Historia» de Andrés Di Tella, cuando habla de Lucy, Mercedes Carazo. Dice que durante largo tiempo prefirió creer que Lucy no sabía que el Rata, el marino a quien decía que amaba, había matado a Marcelo Kurlat, su marido. Era creíble que no lo supiera, porque era lógico que nadie se lo hubiera dicho. Hoy hay más elementos para analizar el contexto en el que se dio el vínculo de dominio de Pernías sobre Lucy, pero incluso en estudios académicos, por ejemplo el libro *Traiciones* de Ana Longoni del año 2007, la relación se cataloga como de «amor».

Operaba a favor de esta desinformación dentro del campo la desconfianza entre los detenidos. Entrar al campo implicaba desconfiar de todos, había que fingir incluso con los compañeros. La revinculación con aquellos en los que afuera se habría confiado ciegamente era lenta, trabajosa. El «para un militante no hay nada mejor que otro militante» no funcionaba en el chupadero, al punto de que por momentos, resultaba más tranquilizador hablar con un represor porque estaba claro hasta dónde se podía revelar. La sombra de la delación estaba siempre rondando.

Cuando la confianza renacía, como en los casos de las parejas surgidas dentro del campo, lo hacía con fuerza. Cada una de las partes llegaba a arriesgarse contándole a la otra lo que incluso podía costarle la vida si llegaba a oídos de los marinos.

Así fue como Horacio Domingo Maggio, el Nariz, le dijo a Lydia Vieyra, la Chinita, que pensaba escaparse de la ESMA. La primera vez que habló de la posibilidad, le propuso que se fuese con él. Ella no tenía el coraje para hacerlo, pero lo apoyó. Lo hizo aun sabiendo que si alguien se fugaba, todos los prisioneros podían ser ejecutados, porque sería la demostración de que el proyecto de «recuperación» del que formaban parte era inviable. El Tigre iba a hacer tronar el escarmiento más feroz, más irreversible. Pero a la Chinita no le importaba. Se sentía atraída por Nariz, y aún hoy, está convencida de que él también. Nunca se besaron siquiera, pero cada vez que ella salía en visita familiar volvía con dinero que le pedía a su madre a escondidas y se lo daba. Pasaban cada vez más tiempo juntos, y el vínculo se fue fortaleciendo a medida que se acercaba el momento de la separación. Nariz tenía a su mujer en libertad, y quería unírsele. Pero la compañía de esa muchacha morena, con negros ojos vivaces se le había hecho costumbre. Todos eran testigos de sus risitas y los cuchicheos.

Cada intento fallido de fuga de Nariz cuando salía a hacer algún mandado custodiado por un guardia, terminaba a su regreso en el sótano con un cruce de miradas con la Chinita. En ella había dos sensaciones: una moderada

alegría por volverlo a ver, y desazón por el fracaso de la fuga.

Finalmente, un día, Nariz se escapó. Aprovechó un local que tenía doble entrada, convenció al guardia de que lo dejara ir solo, y no regresó. La ESMA se preparó para la cacería. El Tigre bramó, amenazó. Lydia guardó silencio, aunque sabía que todas las sospechas la comprometían en la organización y logística de la huida.

Durante una visita familiar, en casa de sus padres, Lydia recibió una llamada de Nariz. No podía disimular la alegría de saber que estaba a salvo, mientras fingía recriminarle, sabiendo que podían estarla escuchando «¿¿Qué hiciste, qué hiciste?!» Entretanto, Maggio llevaba adelante una profusa tarea de denuncia de lo que sucedía en la ESMA, hasta ese momento prácticamente un secreto. Fue un duro golpe para los marinos. «¡Esa hija de puta sabía!», supo que dijo alguien del ministaff. Un día, estaba en la oficina de inteligencia, adonde la habían destinado, escribiendo a máquina, cuando entró fuera de sí Pernías, el Rata, al grito de «¡Turra, vos sabías que se iba a escapar! ¡Te voy a matar!» La llevó arrastrándola por la cabellera hasta el playón de estacionamiento, y le disparó su nueve milímetros a la cabeza. Después del simulacro de fusilamiento, de rodillas, en el piso, en medio de un ataque de nervios y llanto, Lydia decía «¡No podés, no podés hacer esto!»

Nariz fue asesinado en octubre de 1978: su cuerpo acribillado fue exhibido en la caja de una camioneta en el mismo playón del simulacro de fusilamiento a los prisioneros que lo habían conocido. Pero por suerte, la Chinita no estaba allí para ver su frente aplastada.

VEINTITRÉS

Virrey Cevallos: la casa de la CIA (Z)

La búsqueda

No podía encontrarla.

Todas las casas se parecían, todas podían ser.

Debería tener postigos viejos de madera o metálicos con las tablillas torcidas o quebradas. Tenía que tener molduras en el frente con forma de flores o ramas, estilo *art nouveau* a lo mejor, como tantas casas antiguas de Buenos Aires.

Recuerdo que antes de salir con Eduardo Lázara —hijo del legendario dirigente socialista Simón Lázara— del edificio que ocupaba la CONADEP en Sarmiento y Paraná, pensé que la iba a ubicar enseguida con los datos que tenía. Datos que no se borraron de mi mente, a pesar de que en aquel momento (1985) habían pasado siete años desde mi secuestro.

Yo creía que los pies me llevarían solos, que habría algo dentro de mí que me diría: «Es esta. Acá pasé encerrada, sola, diez meses y medio, a mis diecinueve años».

Pensé que el aura maldita de la angustia que sentía me iba a llamar a los gritos desde adentro. Que la casa me iba a atraer como un imán maléfico e irresistible. Imaginé que había crecido como un cáncer dentro de la manzana, que había tendido su masa zigzagueante asfixiando a todos los departamentos, los quioscos, los almacenes. Pero no. Todos los edificios estaban mudos, inertes. Lucían inocentes, no irradiaban nada. Únicamente cotidianeidad.

Buscaba una casa de principios de siglo con escaleras de mármol blanco y con un garaje de portón metálico al frente. Eran varias viviendas unidas. Una en planta baja, con un patio y un garaje que daba a la calle. Sobre ella otra, con una puerta que ventilaba por un lado al frente, donde probablemente había en primer piso un balcón con rejas de hierro pintado de negro, y por otro, a una galería semiabierta que daba al patio de abajo, con vidrios rugosos y coloreados. La tercera unidad tenía una escalera que llevaba al segundo piso y una terraza.

Una terraza en la que vi el sol, o más precisamente lo sentí sobre mi piel por única vez en los diez meses y medio de mi secuestro.

Recuerdo que la calle de la casa era angosta y que estaba cerca de la 9 de julio, cerca del Departamento Central de Policía, no lejos de Chile y Santiago del Estero. La información la fui recuperando —en ese momento no sabía para qué— en frases sueltas oídas por equivocación en momentos en que

ellos se olvidaban de mi presencia. Era fácil que se olvidaran de esa celda del patio trasero, arriba, sin ventilación, donde yo estaba tirada.

Se olvidaban de mí como uno puede olvidarse de algo que no tiene vida. Que no se mueve o no escucha. O lo que es peor, no importa si puede hacerlo, porque no tiene la capacidad de reaccionar le diga uno lo que le diga. Lo humille como lo humille: «Zurda, guacha, mierda, puta». Nada.

Mientras recorríamos el área con Eduardo, me sentí estúpida, inútil.

Había entrado a la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) mirando el suelo. Les hablé como ausente. Repetí lo que ya había declarado en el consulado de Nueva York, frente al rabino Marshall Meyer y a una bandera argentina. El rabino grabó todo en un cassette que guardó en un maletín, que luego le robaron en el aeropuerto de Ezeiza. Le conté que había estado secuestrada en una casa que nadie conocía y que quedaba en pleno centro, donde los secuestrados pasaban sólo unas horas, a veces unos días, y después eran derivados quién sabe adónde.

Mientras caminábamos, de repente, me paré frente a un edificio demolido de la calle Solís. Sobre las medianeras quedaban las cicatrices rugosas de las paredes que ya no existían. Había restos de azulejos, de baños y cocinas fantasmales suspendidos en el vacío. En el terreno, había escombros. Miré cada detalle, pero no reconocía ninguno.

De pronto, algo me iluminó la memoria. A fines de 1977, en la celda, uno de ellos me dijo que la casa iba a ser destruida porque estaba en el trazado de la autopista, y que por eso, iban a trasladarme a otro lado. La autopista no pasaba por allí, pero la casa había desaparecido.

Estaba aquí. Estoy segura ahora. En realidad, no quiero buscarla más.

«¿Estás segura de que es acá?», me pregunta Eduardo. «Si no, seguimos buscando.»

«Casi», le contesto. Y me quedo callada.

Antes del Infierno

La pensión quedaba en Ciudadela, justo donde el ruido de Rivadavia y la General Paz se acaba para dar paso a un barrio chato, casi sin árboles, con algunos galpones fabriqueros, que entonces apenas resistían la crisis. La casa tenía una puerta, un pasillo, un patio con pocas macetas y varias habitaciones pintadas de rosa, verde y celeste, algo húmedas y descascaradas. El baño era compartido, y en el centro, estaba la cocina-comedor de la dueña; una señora gorda, con rodete y edad indefinida, y un eterno delantal algo sucio de amasar puesto sobre un batón.

Ahí, sobre el hule de una mesa rectangular donde se servía el desayuno, fue donde la Petisa y yo escuchamos de boca de la mujer que aunque quisiéramos, no podíamos negar que éramos «parientas». Nos reímos. Para ella éramos primas, una mentira que justificaba que viviéramos juntas. La «Petisa» —Nora Goldstein, muerta tiempo después— tenía 27 años, y yo, menos de 20.

Había llegado hasta la pensión escapándome del huracán que en la Semana Santa de 1977 arrasó el departamento de mis padres, la casa de mi

abuela, la de varios amigos, la de mi novio Juan, la de sus abuelos y la de otros compañeros del Nacional Buenos Aires.

El motivo de mi huida a este barrio perdido del conurbano bonaerense, tenía una razón. Mi mejor amiga Patricia (Palazuelos) había puesto una bomba en el edificio Cóndor, el comando en jefe de la Fuerza Aérea. Su padre era brigadier y ella tenía libre acceso a su oficina. Yo nunca supe que iba a hacerlo, hasta que lo vi publicado en el diario. Un par de meses antes, ella me había dicho que un día alguien iba a llamarme para avisarme que tenía que pasar a la clandestinidad. Que iba a ser por teléfono, que no cuestionara y que obedeciera. No pregunté. En esa época no se preguntaba. Me llamó el Tano, su compañero. Yo era una de las pocas personas que sabía que Patricia estaba embarazada. El Tano era el mejor amigo de mi novio Juan y yo los había presentado. Se enamoraron la misma noche en que se conocieron.

Después de la bomba, la vi una sola vez. Me citó en la estación de tren de Libertad, en Merlo. Me las arreglé para llegar, sorteando «pinzas». Vino con el Tano y no tenían dónde dormir. Ella se veía tranquila como siempre, aun en medio de la tempestad. Él seguía teniendo ese aire de pibe atropellado, esos ojos de asombro; un chico educado de Caballito que hablaba comiéndose las eses como muchos militantes. Yo no podía creer que después de haber abandonado todo por la organización, de haber hecho lo que hizo, Patricia anduviera embarazada y tan desprotegida, expuesta a la muerte por las calles de Buenos Aires.

Todo era un caos en esos días. Los jefes de la organización (Montoneros) estaban afuera, por lo menos la mayor parte. En París, en Roma, en Cuba. Y nosotros estábamos solos, deambulando y esperando en el fondo que se terminara esa pesadilla de escapar todo el tiempo, aunque al final nos secuestraran o nos mataran.

A mí, me esperaron en mi casa de Villa del Parque, pocas horas después del atentado que la Fuerza Aérea comunicó como «una falla estructural» del edificio. Convencieron a mi mamá de que sólo querían interrogarme. En ese momento, no sabía quiénes eran. Únicamente sabía que buscaban a mi amiga Patricia y que ya habían asesinado a mi amiga Norma, también embarazada. Cuando pasé a la clandestinidad, después del llamado del Tano, pensé que tenía que avisarle a Norma (Matsuyama) que era mejor que se fuera de su departamento en Villa Pueyrredón. Ella nunca había sido amiga de Patricia, pero las dos habían ido al Nacional Buenos Aires y podían vincularlas a través de mí. Alguien muy extraño me había atendido en la casa de sus padres en Floresta cuando llamé para que le pasaran el mensaje de alerta. Alguien que se hizo pasar por su papá, un japonés de poquísimas palabras y voz inconfundible, que de repente se había vuelto verborágico e inquisidor.

—¿Adónde estás? ¿No sabés nada de Norma? ¿De dónde me llamas, querida? ¿Por qué no venís que hace tanto que no te vemos?

Ahí supe que algo había pasado y que el que me hablaba era de la patota. Había operativos por toda la ciudad y con Juan —mi compañero— fuimos a dormir a un hotel alojamiento. Al amanecer, nos acercamos a la zona de la casa de Norma, a la que sólo había ido una vez, de noche y mirando hacia abajo, para tratar de avisarle. Una locura nuestra. Había un cordón de seguridad, varios autos y mucho movimiento de gente de civil. Un

helicóptero sobrevolaba el lugar. Una vecina nos contó lo que pasó y después lo leímos en el diario. A Norma y a su marido Tito (Eduardo Testa) se los llevaron muertos. Adriana Gatti, una uruguayita de dieciséis años, también embarazada, cayó herida y nunca más apareció.

Llamé a mi mamá desde un teléfono público en Federico Lacroze y Álvarez Thomas. Cuando me dijo que fuera a mi casa, que unos «señores estaban esperándome para hablar conmigo», le grité llorando que esos señores eran unos asesinos que habían matado a mi amiga Norma, con su bebé en la panza. Mi mamá no podía parar de gritar. Me decía que Norma la había llamado el día anterior a las cinco, que era mentira, y que justo ese día había cortado la tela cuadrillé celeste para bordarle una sabanita al bebé.

Juan me tomó la mano y cortó la comunicación. Me calmó como pudo. Un temblor incontrolable me había ganado. Consiguió una servilleta de papel y me sequé los ojos. No se podía llorar en la calle, era peligroso que nos vieran. Tragué las lágrimas y caminamos, jadeando, mirando alrededor. Norma y Tito muertos. Patricia y el Tano clandestinos. Y nosotros, rodeados.

No teníamos nada y no podíamos volver a ninguna parte.

Decidimos alquilar un departamentito en Villa Madero. Estaba al fondo de un chalecito de los años cuarenta, en una calle tranquila que cortaba la General Paz y corría paralela a Crovara. Adelante vivía la dueña, una viuda con dos hijos jóvenes. El lugar tenía una cocina comedor, un dormitorio y un baño con calefón eléctrico. El techo era de chapa, revestido por debajo con placas de yeso, que dejaban pasar el ruido de la lluvia cuando caía. Era barato, no exigían contrato de alquiler y quedaba en un barrio que Juan conocía bien. Allí había empezado su militancia, en la fábrica de Jabón Federal, en la Juventud Trabajadora Peronista (JTP).

El último año y medio (76 y parte del 77) había sido fatal.

Uno a uno fueron cayendo simpatizantes, militantes y responsables. Y la patota, como un enjambre de moscas letales, recorría día y noche las calles de Buenos Aires. Nos habíamos salvado milagrosamente, pero el cerco se estaba cerrando. La militancia, que antes nos había hecho sentir que tocábamos el cielo con la punta de los dedos, ahora tenía sabor y olor a muerte. Los relatos de las torturas eran escalofriantes. Mejor morir que caer en sus manos. Mejor tragarse una pastilla de cianuro, pensábamos. Mejor matarse que cargar después con la culpa de la caída y la muerte de otros.

Por un tiempo me fui a vivir con la Petisa en la pensión de Ciudadela. Mientras tanto y hasta volver habitable el departamento que habíamos alquilado, nos dedicamos con Juan a comprar muebles usados baratos, sillas de paja, un hule para la mesa, algo de vajilla. Íbamos un rato todos los días al departamentito, a prepararlo para la mudanza, y de paso a conocer a la dueña para no despertar sospechas. Sabíamos que nuestra piecita iba a ser escenario de reuniones, que guardaríamos bultos, e incluso compañeros que no tuvieran adónde ir, y era necesario que nos tuviera confianza.

De la pensión, la Petisa y yo nos íbamos temprano por la mañana. Por la tarde, teníamos reuniones en bares y volvíamos juntas por la noche. Nos dedicamos a organizar acciones para el primero de mayo en la zona. Quedábamos tan pocos, cada día menos. La Petisa tenía que poner una caja volantera en un baño de damas del cine de Ramos Mejía. Otro compañero y yo, una en el de hombres de un bar de moda, en la zona de los boliches

bailables sobre Rivadavia, frente a las vías del ferrocarril Sarmiento. Era una acción de propaganda bastante limitada, porque al explotar las cajas, la gente iba a huir y los volantes sólo iban a leerlos los canas que entraran a ver qué había pasado o los de la brigada antiexplosivos. Pero la situación en pleno 77 no daba para más. Planificábamos operaciones inofensivas y escapábamos.

Antes, la Petisa y yo tuvimos otra misión: averiguar cómo fabricar pastillas de cianuro caseras para estrenar aquel primero de mayo. Los jefes tenían pastillas sofisticadas: ampollas de vidrio fino que cortaban la lengua y hacían que el veneno entrara directamente al torrente sanguíneo.

Averiguamos que los joyeros usaban el cianuro para identificar metales. Por ser hija de un médico, la Petisa conocía varios laboratorios. Ubicó el que vendía la sustancia y se encargó de comprar la cantidad mínima para el número de pastillas que necesitábamos: seis o siete, con pocos gramos cada una.

El problema fue resolver cómo hacerlas. Nos acordamos de las capsulitas de plástico de colores que simulan lápices labiales que vendían en las casas de cotillón infantil. Compramos un par de docenas. Nos habían dicho que había que proteger el cianuro de la luz. Lo colocamos adentro y las envolvimos con una vuelta de cinta aisladora negra. Cada uno de nosotros atesoró en el bolsillo ese salvoconducto a una muerte sin tortura. La orden era no entregarse vivos y estábamos dispuestos a cumplirla.

El atardecer del primero de mayo de 1977 fue frío y ventoso.

Los milicos sabían que habría actos y atentados. Después de las nueve me encontraría con Joaquín, mi responsable. Íbamos a tomar unos tragos a un bar de la zona de boliches de moda. A la misma hora, comenzaba la película en el cine de Ramos Mejía. La Petisa tenía que entrar elegante y mezclada entre el público. Luego, abandonaría la sala para ir al baño a colocar la volanterita y salir inmediatamente. Nadie iba a sospechar de ella, tan rubia y tan bien vestida.

Todo salió bien para nosotros. Joaquín subió al entresuelo con la bolsa en la que llevaba la caja volanterita. Entró al baño mientras yo llamaba al mozo. Pagamos y nos fuimos, y yo regresé a la pensión. El acuerdo que habíamos hecho con la Petisa era esperar hasta las doce. Si alguna de las dos no llegaba, la otra debía irse inmediatamente.

Recuerdo que llegué y me tiré vestida sobre la cama. Cada tanto miraba el reloj despertador. Cada tic tac era una espina. A las doce y cinco empecé a ponerme nerviosa. Me agitaba y el corazón me dolía. Golpeé la puerta de la dueña de la pensión y le pregunté si mi prima había dejado un mensaje. Le dije que estaba preocupada. «Estará con el novio», me dijo con picardía. «No seas zonzita, andá a acostarte y mañana vas a ver cómo aparece».

A las doce y media salí a la calle. Angustiada y sin rumbo. Otra vez escapando por las calles, sin protección y sin poder comunicarme con nadie. Estaba sola en una noche llena de pinzas y operativos militares. Avenida Rivadavia era una cueva oscura y húmeda. Empezó a llover muy fuerte y decidí ir al departamentito de Villa Madero, el que habíamos alquilado con Juan. Todavía no había una cama, pero nadie me iba buscar allí. Las calles estaban más desiertas que en Ciudadela y la lluvia imparable calaba mis

huesos.

Al día siguiente me junté con los compañeros.

La Petisa había caído. Cuando entró al baño del cine, una mujer la vio colocando la caja, pensó que era una bomba, y salió gritando espantada. La Petisa intentó escapar hacia la estación, pero la siguieron. Alguien vio cómo unos tipos de civil la arrastraban de los pelos por las vías. «Pudo tomarse la pastilla», me dijeron.

No tuve fuerzas para llorar. Ni siquiera sabía su nombre verdadero para avisarle a la familia.

Mi vida con Juan

En el dormitorio había una mesita de luz y un ropero antiguo con un póster de Los Beatles. En la cama, un acolchado celeste. La cocina había quedado bien, con las sillas de paja y el hule colorido. Siempre conseguía flores, aunque más no fuera malvones, para alegrar el ambiente. Con Juan salíamos temprano, después de algunos mates. En quince minutos yo llegaba a la fábrica de muebles en Lomas del Mirador, donde trabajaba en negro, como necesitaba. La oficina estaba arriba del taller, y casi nadie me veía, salvo el patrón. Juan tenía un tirón hasta la empresa de camiones de Parque Patricios, pero estaba cómodo y seguro. Hacía meses que trabajaba allí, lo que en esa época era una eternidad. Algunos meses antes de mudarnos a Villa Madero, habíamos tenido una crisis.

Se había reencontrado con una compañera de la secundaria. Se llamaba Margarita. Era una chica sencilla, abnegada. Su hermana mayor había muerto en el parto y ella se había hecho cargo de su sobrinita. Juan estaba enternecido y me planteó que quería «probar» cómo era salir con alguien que no estuviera militando, que tenía dudas sobre nuestra relación. Quería que lo esperara. ¿Esperar qué, cuando caíamos como moscas? Yo estaba destrozada. Lo amaba, me había conmovido desde que lo había visto por primera vez en el Instituto Grafotécnico, donde estudiamos periodismo y nos hicimos amigos. Nuestro oficial responsable, Matías, nos citó en un viejo bar en Álvarez Jonte y Lope de Vega. Le dio un sermón y fue muy duro con él. Le dijo que romper con nuestra relación equivalía a romper con la militancia, que la sangre de los compañeros muertos nos comprometía a seguir adelante. Le explicó que entablar un noviazgo con una chica que no estuviera identificada con «el proyecto» era «hacerle el juego al enemigo». Que la militancia en esa situación no era compatible con una pareja que le fuera ajena.

Juan bajó la vista. Le dijo que tenía razón, que estaba mal, que los allanamientos a su casa y a la de sus abuelos lo habían destrozado, y que tenía miedo por sus hermanas menores. Ni siquiera yo me había dado cuenta de lo mal que se sentía. Todavía no había cumplido veinte años y estaba solo, angustiado y perseguido. La crisis pasó. Pasó tan rápido como todo lo que ocurría en ese tiempo.

En el café del primer piso de una estación de servicio de Juan B. Justo y General Paz, detrás de unas cortinas que filtraban la luz y el polvo, Matías,

nuestro oficial, nos casó. No podíamos ir a ningún registro civil, éramos un blanco móvil. Llevamos los anillos plateados con la fecha grabada. Juan los compró en alguna joyería de Liniers. Matías habló de lo que significaba la pareja revolucionaria, el amor y el respeto al otro, de lo importante que era estar unidos y sentir que en la calle éramos «mucho más que dos», como decía la poesía de Mario Benedetti que tuve en un afiche en la cabecera de mi cama toda mi adolescencia.

La convivencia calmó un poco el dolor.

Dormíamos abrazados, arropados con el acolchado celeste. De vez en cuando uno de los dos se sobresaltaba con el ruido del motor de un auto, con una frenada, y el otro lo tranquilizaba. De vez en cuando me despertaba llorando, imaginándome a Norma y su panza acribillada a balazos o a la Petisa arrastrada de los cabellos por las vías. En el viejo ropero guardábamos el cianuro, volantes y ropa, muy poca ropa, la que nos había quedado después de tantas corridas y casas abandonadas. El primero que llegaba por la noche cocinaba. Ganábamos poco, pero con uno solo de los sueldos alcanzaba para el alquiler y los gastos. El restante lo entregábamos entero a la organización. Había muchos compañeros que no podían trabajar, ni siquiera salir a la calle. Teníamos que bancarlos.

Todos los días, cuando salía de mi jornada de ocho horas llevando libros contables, haciendo odiosas conciliaciones bancarias y liquidando sueldos en la fábrica de muebles, con el sonido de la sierra y la lijadora en mis oídos, buscaba un teléfono público para llamar a mi familia. No era fácil encontrar uno. Entel, la compañía de teléfonos, había instalado muy pocos aparatos en la zona. Y las normas de seguridad exigían que no hablara dos días seguidos desde el mismo. Muchas veces tuve que viajar hasta Liniers para encontrar uno que funcionara. Pero la mayor parte de los días usaba alguno más cercano. La comunicación era muy corta. Preguntaba cómo seguía mi abuela, mi *bobe* Jane, que se estaba apagando cuidada por mi mamá en su casona de Boedo, a sus noventa y tantos años. Ya en las tinieblas, nunca se enteró que la patota se había instalado a esperarme no sólo allí, en la calle Senillosa, sino en el diminuto departamento de Villa del Parque, donde había crecido.

Lo que pasó ahí adentro parecía una comedia de enredos. Cuando la patota llegó, impidieron que mi mamá, mi hermano de trece años y mi viejo salieran a la calle. Mi papá iba a trabajar todos los días a su taller textil de Villa Lynch, al lado de la casa de su madre. Ese día no fue. Mi otra *bobe*, Menujke, se inquietó, y le pidió a su hijo Mauricio, mi tío, que fuera hasta mi casa. Mi tío llegó y no lo dejaron salir. Detrás de él, mi abuela envió a mi tía Ester, la mujer de Mauricio, que se convirtió en otra retenida. Preocupada por la desaparición de sus padres, mi prima mayor, Susana, embarazada, también llegó hasta Villa del Parque con su marido. Susana es muy parecida a mí y la patota estuvo a punto de reducirla violentamente hasta que se aclaró el malentendido.

En ese momento, se apiñaban en un departamento de no más de cuarenta y pico de metros cuadrados, la patota, mis padres, mi hermano, mis tíos y mis primos. Con el paso de las horas, y al ver que mi prima y su marido no regresaban a Villa Lynch, tocaron el timbre sus suegros, Felipe y Ana. Hasta ahí llegó el delirio: se convencieron de la falta de espacio y liberaron a todos. Y dejaron que mi mamá viajara acompañada a Boedo a ver a su madre

agonizante.

A esa casona de Boedo con dos patios llenos de plantas y una terraza donde pasé todos los fines de semana de mi infancia, llamaba en esos días. Lo hacía a pesar de que sabía que la patota estaba ahí y para saber cómo estaba mi abuela. Fue una inconsciencia de mi parte. Los subestimé. Pensaba que después de todo, yo era nada más que una «perejila». Había otro llamado que nunca dejaba de hacer cada día; el llamado al pie telefónico. Todos los compañeros de un mismo ámbito llamábamos a un número de teléfono que alquilábamos como mensajería. Allí recibíamos los mensajes para las citas en clave. De antemano habíamos acordado palabras que significaban lugares de encuentro. Por ejemplo, si nos decían «han dejado un encargo de cinco camperas para el señor Paz», sabíamos que teníamos que reunirnos a las cinco, en un bar acordado previamente sobre la General Paz, en Liniers. Nuestro responsable era el último en llamar. Que alguien no llamara un día era una señal de desastre.

Las normas de seguridad indicaban que tenía que buscar todas las tardes, en la inmensidad de La Matanza, dos teléfonos públicos: uno para llamar al pie telefónico y otro diferente para llamar a mi familia. Casi nunca los encontraba y terminaba llamando desde el mismo a los dos lugares. Gravísimo error.

En el fondo, estaba entregada.

La caída

Una noche, cuando volvía al departamentito de Villa Madero caminando desde la General Paz, vi un auto que se me cruzaba en cada esquina, como barriendo la zona, por las calles transversales, acercándose y alejándose de la avenida Crovara. Las luces de mercurio se reflejaban en las miles de gotitas de humedad del techo y hacían que el coche tuviera un aspecto fantasmagórico. Los vidrios de las ventanillas estaban empañados. No podía ver las caras de los ocupantes, sólo que eran por lo menos tres.

Se lo conté a Juan cuando llegué, después de cerrar rápido la puerta. Le dije que convenía que nos fuéramos, que la patota nos estaba rastreando. Sonrió. ¿A dónde íbamos a ir a esa hora? Era más peligroso salir que quedarnos abrazados al lado del resplandor de la estufita de cuarzo. Nos reímos, no sabíamos de qué. Cenamos, hicimos el amor y dormimos un sueño liviano. Cada tanto, el ruido de un motor nos sobresaltaba.

Salí de la fábrica en Lomas del Mirador a las cinco en punto.

No había demasiado que hacer. La sierra y la lijadora cada vez sonaban menos, las sillas de madera clara y las mesas de cantos redondeados que me encantaba ver fabricar, cada vez tenían menos compradores. Había sol. Caminé hasta la estación de servicio de Provincias Unidas a buscar el teléfono público que me tocaba ese día. Iba a llamar desde ahí al pie telefónico, antes de que se hiciera más tarde. En el lugar había más gente que de costumbre. Vi una persona hablando, otra delante de mí, y detrás, un muchacho de jopo, con campera de jean. Por suerte, la fila avanzaba rápido.

Me llegó el turno. Puse la moneda en la ranura de la caja anaranjada y

llamé lo más rápido que pude.

Crucé la avenida hasta la parada de colectivo, pero noté algo raro. El muchacho de la campera de jean no había hecho ningún llamado. De reojo, vi que me seguía con un balanceo nervioso y esperaba el ómnibus en la misma esquina. Cuando llegó, esperé a que todos subieran para ver qué hacía y se quedó aguardando, sin interrumpir el balanceo. Me tranquilicé y subí. Cuando llegué al fondo del coche y miré hacia adelante, lo vi entre los otros pasajeros parado, espíandome con disimulo. Tenía labios gruesos, piel blanca, ojos marrones, tal vez un par de lunares en la mejilla.

No sabía qué hacer. Tenía que zafar. No le sacaba los ojos de encima, pero él ya no me miraba. Cuando llegamos a Crovara, no me paré. No lo hice hasta que el colectivo arrancó para seguir y salté rápido sobre el asfalto. La puerta mecánica se cerró justo detrás de mí. Miré triunfante cómo se iba y empecé a caminar rápido hacia la General Paz.

No iba a volver a mi casa. Estaba claro que me estaban siguiendo. No había hecho ni siquiera diez metros, cuando un Ford Falcon bordó con las ventanillas abiertas y el del jopo y campera de jean en la parte de atrás, apareció por el medio de la avenida. Estaba asomado mirándome, sentado al lado de un tipo que llevaba un arma larga. En el bolsillo de la campera yo llevaba la cápsula de cianuro. No dudé y me la puse en la boca.

El auto avanzó y yo entré a un almacén. Creí que podría refugiarme ahí y escaparme por los techos de las casas bajas. No había clientes, sólo la almacenera detrás de la cortadora de fiambre. Pedí unas salchichas. Antes de que pudiera pagarlas, dos personas entraron corriendo y frenaron cuando me vieron. Uno era el del jopo. Salí caminando rápido hacia el puente de la General Paz. No entendía qué pasaba, por qué no me habían secuestrado todavía. Seguramente querían saber adónde iba, con quiénes me iba encontrar, cuál era mi casa. Pensé en el departamentito con techo de chapa, en esos tipos pateando la puerta, en las ametralladoras perforando las paredes pintadas a la cal y haciendo trizas las ventanas. Pensé en Juan tomándose la pastilla.

Tenía que escapar. El auto me seguía, pero no iba a poder subir al puente. Había solamente una escalera para peatones. Ahí arriba, estaba la parada del 28, que iba hacia Liniers. Si conseguía subir al colectivo, podían perderme. Corrí por la escalera angosta. La parada estaba llena de gente que salía de su trabajo. Del otro lado de la General Paz, ahí abajo, se extendía la planta de Jabón Federal, con sus enormes galpones y su frente estilo colonial, donde había militado Juan. Vi venir el 28 y me adelanté para alcanzarlo.

«Policía», escuché. Dos brazos fuertes me trabaron desde atrás. Giré la cabeza. Por la barranca de césped, imposible de trepar incluso a pie, habían subido rechinando el Falcon bordó y otro auto. Bajaron varios, todos con armas cortas y largas. Me sacudía furiosa como una leona, pero la fuerza con que me sujetaban aumentaba.

Ya no iba a poder zafar. A los gritos hicieron avanzar al 28. Alcancé a ver los ojos del chofer aterrorizado. Los coches empezaron a detenerse para mirar. Los espantaban a los gritos. Un tipo se bajó de un auto para ayudarme. Lo apuntaron con un fusil. Yo gritaba: «¡Soy montonera, ayúdenme, me llamo Miriam Lewin, me están secuestrando! Avisen al 92 9703, por favor, ayúdenme».

Me sacudía tanto que no podían doblegarme. Pegaba patadas y cabezazos. Empecé a morder la pastilla. Miré al cielo. Estaba azul, muy azul. No había nubes. Pensé en que iba a morir por mis amigos, como había escuchado que lo había hecho Jesús y me inundó una sensación extraña de triunfo, de felicidad. Y pensé en Juan.

—¡Hija de remilputas, tiene la pastilla! —gritó uno.

Me apretaron el cuello y me metieron los dedos en la garganta hasta provocarme arcadas. No era necesario tanto: fue imposible perforar la cinta aisladora y abrir la cápsula en esa situación. Era improbable acceder a los dos gramos de polvillo blanco que me iban a liberar de lo que vendría después.

Me arrastraron hasta uno de los autos. Me tiraron en el suelo atrás, boca abajo, y me inmovilizaron con los pies. Me esposaron y me pusieron una bolsa oscura de tela en la cabeza.

—Vamos hacia Alfa con la Coneja, vamos hacia Alfa, ¿me copia? — Festejaban, se reían agitados y excitados.

—¡Por fin, guachita, por fin te tenemos!

Era el final.

Caer viva nunca había estado en mis cálculos. Dar combate o caer muerta era una orden, y yo estaba dispuesta a cumplirla convencida hasta las tripas. Sabía que no podía entregarme, que la tortura iba a ser insoportable. Me sentía débil. Tenía miedo. Mucho miedo al dolor, pero mucho más miedo a traicionar.

—Tranquila, tranquila. Ya está, ya pasó —me dijo uno de ellos en voz baja.

«Ahora vas a ver lo que es bueno», dijo otro.

¿Por qué no me habré muerto? pensé, mientras el auto iba a toda velocidad entre chirridos de gomas y aceleradas.

El Infierno

Me bajaron entre dos en lo que parecía un garaje. Me arrastraron hasta un primer piso por una escalera de cemento, sin baranda. Me hicieron sentar sobre una mesa de madera, grande, en el centro de una habitación amplia. Sentí movimientos, había mucha gente alrededor. Por lo menos diez personas. Me quitaron la capucha y me vendaron los ojos. Me sacaron la ropa. Me ataron de pies y manos. Uno de ellos pidió silencio. «Vas a escuchar bien cuando te hable», me dijo. «Te voy a descubrir los ojos y me vas a ver la cara. Y no te vas a olvidar de lo que te voy a decir».

Tenía razón.

Nunca me olvidé de esa voz, de ese acento.

Me descubrió. Vi el techo, vi que tomaba con una de sus manos un plafón que colgaba sobre la mesa y lo apuntaba a mi cara. Y vi su cara. Tenía ojos verdes que brillaban, era casi calvo y delgado. Estaba inclinado sobre mí.

—Oíme bien. Yo soy el jefe aquí, ¿me entendés? Yo soy el responsable, el dueño de tu vida y de tu muerte. De mí depende que sigas viviendo, ¿sabés? Si colaborás, te vas a tu casa. No nos importás vos. Sos una perejila,

no sos nadie. Nos importa Patricia. ¿Adónde está Patricia?

No sé cómo dije no sé. Pero recuerdo la reacción que eso provocó. Me taparon de nuevo los ojos con un trozo de caucho.

—¿Cómo que no sabés? ¿No nos querés decir adónde está, no?

—No sé, hace mucho que no la veo.

Sentí una bofetada.

—Si no hablás, la vas a pasar mal, muy mal. ¿Adónde está Patricia? ¿Me escuchaste? ¡Si no hablás, te vamos a pasar uno por uno, hija de puta! —decían.

Todos se rieron a carcajadas.

Me levantaron la cabeza. Me corrieron el caucho de los ojos para que viera lo que pasaba. Uno de ellos se había bajado los pantalones y acercaba su pene flácido a mi vagina en medio de mis piernas, abiertas en V, atadas a las puntas de la mesa.

No me asusté. Pensé que una violación o varias violaciones eran mejor que la picana. Que el sexo, aunque brutal, aunque a la fuerza, por lo menos era algo que se acercaba más a lo humano que la tortura. Que el conseguir placer aunque fuera contra mi voluntad, era más comprensible que provocar dolor.

—Puta de mierda, putita. ¿Cuántos abortos te hiciste? ¿Con cuántos tipos te acostaste?

—Está mejor en las fotos que personalmente —decía uno y se reía.

—Sí, en la foto parecía que estaba buena. —Más risas. —Y yo que me había hecho ilusiones.

Me retorcían a pellizcones los pechos, el pubis.

Me sentía humillada frente a desconocidos. Mi sexo examinado, evaluado, interpelado.

—¿Cuántos tipos te garchaste? Mirá qué putita que debés ser... mirá...

Estaba desnuda, sola. Vencida. Se sentían golpes, pasos, patadas, gritos, conversaciones cruzadas entre ellos. Olor a alcohol. Eran muchos...

¿Cuántos eran?

Parecía un rito diabólico, y yo, la víctima a sacrificar.

—¿Donde está Patricia? Contestás y te vas a tu casa, turruta. Contestá de una vez. ¿Conocés la máquina? ¿Sabés quién es Margarita?

—No, no sé dónde está Patricia, no sé, no sé. No sé quién es Marga...

Se rieron otra vez, salvajes.

Margarita era la máquina, la picana, la parrilla.

Me sacudí con un dolor que nunca antes había sentido. Penetrante, insoportable. Me arqueé sobre la mesa y grité. Me taparon la boca. Mordí. Alguno de ellos me empezó a acariciar el pelo y a hablarme al oído. Me tomaba una mano.

—Tranquila, tranquila, no pasa nada —me decía.

Me pasaron la picana por los pechos, especialmente en los pezones. Me destaparon la boca para ponérmela en las encías. La humedad conducía mejor la electricidad. Me iba a explotar la cabeza. Miles de alfileres me perforaban la carne. Provocaban ardor, me contraía. Levantaron el antifaz de goma, tiraron de mi mejilla hacia abajo para separar el párpado inferior y probaron en los ojos. Ya casi no sentía más nada. Por momentos, creí que podía salir de mi cuerpo y mirar todo desde arriba. Lo intenté, lo hice, y me

alivió. ¿Me habría muerto?

Gritos, insultos, gritos, insultos, gritos, insultos, golpes.

Obscenidades y puteadas.

Todo tenía algo de teatral. Macabro, pero teatral. Era una misa negra. Cada uno tenía su papel bien aprendido en el rito, que cumplía al pie de la letra y yo era la ofrenda.

El que estaba en la cabecera me seguía hablando bajito mientras los otros aullaban.

—¿Dónde está Patricia? ¡Decinos dónde está! ¡Si colaborás, no te pasa nada, piba!

De repente, se cortó la luz. Hubo silencio.

—¿Qué carajo pasó? —se preguntaron.

Sonreí. Juro que sonreí. Los trabajadores de Luz y Fuerza estaban haciendo cortes sorpresivos para reclamar la aparición del secretario general del gremio, Oscar Smith. Pensé: «¡Los laburantes! ¡Los cagaron los laburantes, la puta que los parió!»

Alguien seguía peleándola ahí afuera. No estaba tan sola...

Pasaron unos minutos. Hubo un silencio lleno de movimientos.

—¿Te llamás Peny? ¿Vos sos Peny?

—No.

—Sí, sos Peny. Peny o la Polaca, ¡ese es tu nombre de guerra!

—No, no soy Peny, me dicen Lili —contesté.

—Sos Peny, sos Peny. ¿Dónde está Patricia? Decinos dónde está Patricia. Eso es lo único que queremos de vos.

El corte de luz se prolongaba y trajeron la picana portátil que funcionaba con una batería. Tenía la boca destapada cuando empezaron a usarla.

Grité, grité lo más fuerte que pude.

—Dale, boluda, ¡si esta es mucho menos fuerte que la otra! Esta es una cosquillita piba, una joda. Tuviste suerte.

Pasaron los minutos, las horas. El rito seguía. Los pechos, las encías, la vagina, los ojos, los pechos, las encías, la vagina. Gritos y golpes. Y de nuevo, el chirrido áspero y agudo de la picana.

«¡Silencio!», gritó el del acento, el Mendocino.

De nuevo se acercó a mi cara, o más precisamente a mi oído. «Seguro que te habrán dicho que somos unos asesinos. No es así, si colaborás, vas a tener un juicio justo, vas a cumplir tu condena, y vas a volver a ver a tu familia. Tu amiga Patricia, que seguramente te preocupa, va a cumplir una condena más dura, porque quiso matar al padre».

—No... —susurré.

—No ¿qué?

—No quiso matar al padre.

—Le puso una bomba en el Cóndor, ¿qué decís?

—No lo quiso matar, no fue así.

—¡No lo quiso matar! —gritaba burlón el coro griego de torturadores.

—¿Adónde estáaaa...? —me dijo imitando mi tono de voz, el Mendocino.

—No sé, no sé donde está, no la veo hace mucho, no nos vimos más...

—¡Bueno, basta, se me acabó la paciencia! —gritó. ¡Te vamos a matar!

Fue un alivio. Dejaron de picanearme y trajeron un revólver.

Lo supe porque me levantaron el caucho y vi las piernas de algunos

enfundadas en vaqueros alrededor mío. Pusieron una bala en el cargador delante de mis ojos. Me apoyaron el arma en la sien, la martillaron y apretaron el gatillo.

Aullaban. «¿Dónde está Patricia?!»

—No sé.

Me hicieron girar la cabeza hasta que pude ver el brillo del metal. No sentía miedo. Nunca le tuve miedo a las armas.

—¿Dónde está Patricia? Vos no nos interesás, nos interesa tu amiga.

No contesté. Respiré hondo. Estaba segura de que no iban a matarme tan pronto: querían información. Y prefería que siguieran con ese juego y no con la picana. Al lado de ese dolor insoportable, de esa sensación de que miles de hojas de afeitar me cortaban simultáneamente, lo demás era un recreo.

Empezaron a aplicarme el submarino seco. Usaron una bolsa de plástico para asfixiarme. Trataba de aspirar hondo, como cuando jugaba de chica con mi viejo en la pileta a aguantar debajo del agua. Contaba, uno, dos, tres, cuatro... No me van a matar ahora, no me van a matar así. Tranquila, pensaba.

Cuando ya no toleraba más o a veces un poco antes, despegaban la bolsa tensa de la nariz y la boca y podía dar unas bocanadas rápidas de aire. A veces lo acompañaban con un golpe en la cabeza que me dejaba mareada, pero no me impedía aspirar, aspirar todo lo que podía para soportar. El corazón bombeaba fuerte. Pero cualquier cosa era mejor que la máquina. Lo hicieron hasta que pensé que no iba a poder aguantarlo más.

No me voy a morir ahora.

¿Por qué carajo no me pude tomar la pastilla así me moría cuando yo quería?

De repente se hizo silencio. No estaba sola, pero algunos se habían ido escaleras abajo. Temblaba, de agotamiento y de frío. Pasaron unos minutos. Alguien me tiró algo encima del cuerpo, una sábana o una manta. No sé cuánto tiempo pasó. Creo que me adormecí. Se escuchaban movimientos abajo. Motores, órdenes, portones que se abrían. De repente, empecé a sentir un cosquilleo que tardé en reconocer como ganas de orinar. Crecieron hasta hacerse insoportables. No me imaginaba cómo, estaqueada en esa mesa, con una luz colgándome sobre los ojos encintados con caucho iba a poder decir que quería ir al baño. Pero lo dije.

Hubo silencio. Pensé que tal vez me habían dejado sola.

«Hacete encima», escuché.

Una orden así, seca, despreocupada.

No les iba a dar el gusto de verme tan humillada. Me desataron y me hicieron sentar. Me pusieron la camisa y me alcanzaron la bombacha. Tambaleé cuando me pararon entre dos. Me ayudaron a bajar la escalera de cemento y llegué a lo que parecía un patio.

Sentí el aire fresco. Estaba mareada y débil. Me hicieron entrar en un cubículo donde había una letrina. Me separaron las piernas. «Hacé», me decían. Quise cerrar la puerta de madera extendiendo las manos en la oscuridad. Apenas llegué a tocarla. «No», dijo uno. Entendí que tenía que orinar delante de ellos. Me puse en cuclillas. Por debajo de la cinta de caucho les veía las piernas. Hablaban en voz baja. Uno tiró un cigarrillo al piso. Oriné. El ruido los hizo callar. Sentí que me miraban. Volvieron a subirme a

la mesa de madera. Ya era de noche. No sabía cuántas horas habían pasado. De repente, alguien entró corriendo.

—¿Quién vive en Charlone? —me preguntó.

Tuve que pensar lo más rápido posible. Charlone era la calle de mi casa, la del departamentito de Madero, donde estaría Juan. «Sí, Charlone 1067 acá dice». ¡Tenían la boleta de la tintorería! Habíamos llevado la ropa heredada de la Petisa para repartirla.

—No sé.

—No mientas, ¿quién vive en Charlone?

—No sé, siempre doy cualquier dirección.

¿Por qué carajo había dado la dirección real en la tintorería cuando ni siquiera la había dado en el trabajo?

¡Por qué me había equivocado así!

Ya no me preguntaban por Patricia, ahora iban por la información que yo tenía. Vinieron a buscarme y me subieron a un auto de nuevo, me acostaron en el piso, atrás. Pero ahora ya no gritaban. Uno de ellos, que viajaba adelante me dijo: «Por fin te encontramos, turra. ¡Hace cuarenta días que no tenía un franco por vos! ¡Cómo nos hiciste laburar!»

Alguien me acariciaba la cabeza de nuevo. Llegamos rápido y subimos una escalera. Me arrancaron la ropa y me acostaron en una cama turca. El elástico se me incrustaba en el cuerpo. Me ataron manos y pies otra vez con tiras de caucho y restos de neumáticos.

Entraron precipitadamente. De nuevo escuché el acento mendocino. Apoyaron algo en la cabecera de la cama. Me arrancaron la ropa. Los alfileres me perforaron toda. Me tiraron del pelo para levantarme la cabeza, me hablaron con bronca cerca de la cara. Me insultaban, olían a alcohol y a transpiración. De nuevo el rito, y yo ahí.

—Tenés que saber dónde está Patricia. Tenés que saber. Pensá, acordate —decían.

Me tiraban agua sobre el pecho. Creo que lo hacían con una toalla mojada que hundían en un balde y después retorcían sobre mí. La electricidad me quemaba. Me dolía todo el cuerpo. Me dolía tanto que ya casi no podía sentir. Alguien me tomó el pulso. «Todo bien», dijo.

—Mirá, guacha, tenemos todo el tiempo del mundo —amenazó el Mendocino—. Nadie te va a venir a rescatar. Nadie sabe dónde estás, ni tus compañeros, ni tu familia que querés tanto, porque sabemos que la querés. Te vamos a torturar hasta que te quiebres, porque te vas a quebrar. ¿De qué te sirve aguantar? Te defendiste como una leona, la peleaste como una fiera cuando te agarramos. Ya está, perdiste. Per-dis-te. Tenés que saber dónde puede estar guardada Patricia.

Respiré hondo. Tenía razón. Si seguían picaneándome, me iba a quebrar. Nadie podía aguantar para siempre.

¿Cuántas horas habían pasado desde las cinco de la tarde, desde la parada del 28 enfrente de Jabón Federal? ¿Tres, cinco, doce? No tenía noción del tiempo. Sólo sabía que era de noche. Tenía que inventar algo que me permitiera descansar, que hiciera que pararan de darme máquina.

Me imaginé que podía mentirles y decirles que conocía una casa donde

Patricia podía estar oculta. ¡Si supieran que la había visto, embarazada, tan desprotegida, en la estación Libertad de Merlo!

Tenía que ser una casa real, para describirla una y otra vez sin equivocarme. Tenía que ser una calle que conociera un poco. Tenía que tener algunos datos, pero no todos. Tenía que ser impecable la mentira. No podía darme el lujo de subestimarlos de nuevo.

Elegí la casa de un compañero amigo de Juan y del Tano. Era un PH, cerca de la avenida Nazca, en Villa del Parque. No sabía de qué lado de Nazca quedaba. Ni siquiera sabía si la casa quedaba en una calle transversal o en una paralela. Nunca iba a encontrarla, aunque hubiera querido. Resultaba creíble que Patricia y el Tano estuvieran escondidos allí, aunque la realidad es que era imposible. El hermano mayor del dueño de casa ya había sido secuestrado, y no era una casa segura.

El rito continuó un tiempo más.

Hubo más gritos, aullidos, golpes, risas.

Hubo más alfileres, más agua sobre el cuerpo, más descargas. Más puta de mierda, más promesas de salvación si colaboraba.

—Patricia puede estar en una casa adonde fui una vez —dije.

Se hizo silencio. Todo paró. La ceremonia macabra se fue desarticulando. Sentí la respiración del Mendocino muy cerca.

—¿Dónde? ¿Por qué pensás que puede estar ahí?

—No sé, es la casa de un amigo del Tano, que no milita. Hicimos una reunión una vez ahí...

—¿Dónde queda? —dijo. Lo pronunció de una manera especial, obscena.

—No sé la dirección, sé la zona. Es cerca de donde yo viví, en Villa del Parque. Fui de noche y tabicada, pero creo que la puedo encontrar.

El engaño surtió efecto. Me dejaron sola. La picana dejó de chirriar. Yo descansé. Tiritaba. Parecía que preparaban algo. Me desataron y me hicieron sentar en la cama. Me ayudaron a ponerme la ropa, con los ojos todavía vendados. Me encogía con cada contacto. No era una reacción consciente, era un reflejo.

«Tranquila. Ya pasó», escuché decir al Mendocino. «¿Querés destaparte los ojos?» Se acercó uno de ellos, que lo interpretó como una orden. Y me arrancaron el caucho. La luz me lastimó. Me cubrí con la mano y parpadeé durante algunos segundos. Tenía los párpados pegados por humores viscosos y los ojos me ardían.

«No tengas miedo. Seguramente escuchaste que si alguien nos veía las caras eso significaba la muerte, pero te mintieron. Te mintieron en eso, como en otras tantas cosas».

Hablaba el Mendocino. No era su apodo, se lo había inventado yo. Los demás nunca lo llamaron de otra manera que «Señor». Tenía una voz melosa, falsamente cálida.

Ni bien pude despegar los párpados, me aterrorizó lo que vi.

Vi en semicírculo, sentados en sillas destartadas, bajo los tubos fluorescentes de la habitación, a lo que parecía un grupo de compañeros. Tenían entre veinte y veinticinco años, como la mayor parte de nosotros. Se vestían con camisas a cuadros, jeans o pantalones de corderoy, botitas de gamuza o borcegos, como nosotros. Salvo por mi presencia y la de la picana, que estaba a un costado de la cama, no parecía una sesión de tortura, sino una

reunión de ámbito de estudiantes de la JUP.

—¿Qué te pasa? ¿No nos imaginabas así? ¿Tan feos somos?

—No —dije—, lo que pasa es que parecen compañeros.

—Si queremos combatirlos, tenemos que mimetizarnos con ustedes.

Tuve un escalofrío.

—Estás nerviosa, ¿quieres un cigarrillo? ¿Qué fumás, Particulares o Parisiennes?

Varios de ellos sacaron atados.

—¿Ves? Hasta fumamos las mismas marcas que ustedes. . .

La mayoría de ellos hubiera podido pasar por un militante en los pasillos de la facultad. ¡Qué estúpidos éramos! ¡Qué vulnerables! ¡Buscábamos el arquetipo del milico en la patota! Nos cuidábamos de los que se parecían al estereotipo que teníamos del enemigo: nuca rapada, pelo corto y engominado, bigote morsa y piel oscura.

¿Cuál de ellos sería el que manejaba la picana? Nada lo delataba. Ninguno de ellos parecía capaz de provocar ese dolor. En realidad, nadie que tuviera apariencia humana me parecía hasta esa noche capaz de torturar.

Fumé. Aspiré hondo. Pensé que podía ser la última vez. Ellos también fumaban. Los tubos fluorescentes seguían irritándome los ojos, ahora junto con el humo acre del tabaco negro.

—Hasta ahora preguntamos nosotros. Ahora podés preguntar vos. ¿Qué querés saber? —dijo el Mendocino—. Lo que quieras, no tengas miedo. . .

Sabía que no me iban a decir de qué fuerza eran. Por algo me habían gritado «Policía», cuando me tacklearon en la parada del 28. Tampoco iba a preguntarles cuál iba a ser mi destino, porque lo conocía: era la muerte.

Pregunté lo único que quería saber en ese momento. Las tres palabras sonaron como un latigazo en sus caras.

—¿Por qué torturan? —dije.

Contestaron varios a la vez:

—Porque es la única forma de sacar información.

—Para salvar vidas.

—Porque si no, no sueltan. . .

—Silencio —ordenó el Mendocino.

Descubrí que tenía una sonrisa blanca y cínica.

—Decime, si yo te traigo acá y te sirvo una Coca-Cola y te pido que me des información, ¿vos me la vas a dar?

Me encogí de hombros.

—¿No, no es cierto? ¿Entonces, cómo querés que hagamos nuestro trabajo? Nuestro trabajo es evitar que se derrame más sangre en este país, evitar nuevos atentados como el de Coordinación Federal. Hay mucha gente que trabaja para la violencia, para el caos. Si no usamos estos métodos no conseguimos información y no podemos detenerlos. Entendés, ¿no? Seguro que entendés, porque sabemos que sos inteligente.

—No es verdad que no haya otros métodos —protesté—. La tortura no se puede aceptar. Si ustedes detectan un militante y quieren detener a todo un grupo, pueden hacer inteligencia. Hay muchas cosas que pueden hacer: seguimientos, intervenciones de teléfonos, pero la tortura. . . Y a lo mejor, hasta tendrían más éxito, detendrían a todo el mundo vivo, no como ahora que muchos se toman la pastilla o se resisten. . .

Explotó:

—¡Qué locura eso de la pastilla! Decime (se inclinó hacia delante para estar más cerca), ¿querías matarte a esta edad? ¿Qué edad tenés?

—Diecinueve —susurré.

—¿Cómo? ¡Más fuerte!

—Diecinueve. Qué importa la pastilla si igual nos matan a todos.

—No es así. Si colaborás, te dije que vas a ser juzgada y vas a cumplir una condena.

Sonreí.

—Todo eso que vos decís, los seguimientos, los teléfonos pinchados, también lo hacemos. Pero lleva mucho tiempo. Necesitamos información rápido. La información puede salvar vidas. Porque si ustedes tuvieran secuestrado a uno de nosotros y le quisieran sacar información, ¿no lo torturarían?

—Nosotros no torturamos. Nunca.

—Puede ser... Sos una buena piba. Te importa la familia, llamabas todos los días para ver cómo estaba tu abuela. No creas que no tenemos en cuenta eso. Vení, te vamos a preparar para salir.

Dos de ellos me tomaron de los brazos. Apenas podía moverme. Cuando me paré, los pantalones cayeron hasta mis rodillas. «Es por la máquina, no pasa nada». «Mañana te va a ver el médico», dijo uno.

Me taparon los ojos. Sentí la bofetada del aire limpio de la noche. Me metieron en un auto de nuevo y uno sacó de una bolsa algo que me pusieron a los tirones. Era una peluca de pelo sintético, que brillaba en la oscuridad. Me pusieron anteojos con los vidrios tapados con cinta adhesiva. A las pocas cuadras me los sacaron, me hicieron levantar y viajé como una pasajera más entre dos de ellos en el asiento trasero.

Estábamos en avenida Rivadavia, a la altura de la calle Rincón. A través de las ventanillas se veían las veredas, casi sin gente. De vez en cuando, pasaba alguien con paso rápido, con las solapas levantadas. Parecía de madrugada. Los vidrios se empañaban. ¿Cuánto tiempo habría pasado? ¿Se habría ido Juan del departamentito de Villa Madero cuando vio que yo no llegaba hasta las siete, como habíamos convenido?

Desde avenida San Martín doblamos por Nazca. Les había dicho que la casa donde podía estar Patricia quedaba cerca de Álvarez Jonte y Nazca, pero que no me acordaba dónde. Era verdad. Había ido de noche, una sola vez y tabicada. Me creyeron, sobre todo porque la describí con detalles.

Empezamos a rastrillar la zona.

—Fijate bien, prestá atención. La tenés que encontrar.

—No sé. ¿Pueden pasar de nuevo por la calle anterior? ¿Por la calle del otro lado de la avenida, una cuadra más adentro?

—¿Pero cuánto caminaste desde la avenida la noche que viniste? ¿Cuánto anduviste? ¿Una, dos, tres cuadras?

—No sé, me trajeron tabicada, estaba muy oscuro.

—Pero viniste, tenés que ubicarla. Vos nos dijiste que la ibas a poder ubicar.

—No me acuerdo, fue hace mucho. Sé que quedaba del lado derecho de la calle.

—¿Del lado derecho, viniendo en auto?

—No, no sé. Caminando...

—¿Caminando desde Nazca? ¿La calle cortaba Nazca?

—Sí, creo que sí. No estoy segura. No sé. A lo mejor si venimos de día me ubico mejor...

«Basta», resopló el Mendocino. «Estamos perdiendo el tiempo».

Se dieron cuenta. Se dieron cuenta de que les estuve mintiendo y me van a hacer mierda. Ojalá que lo hagan pronto, ojalá que decidan que no les voy a ser útil y me maten de una vez. No voy a soportar otra vez la máquina, no la voy a soportar.

—Te vamos a matar —escuché.

Sentí un raro alivio. Basta de correr, basta de tortura. Por fin llegaba el final. Me iban a matar. Iba a estar a salvo de traicionar. Ya no iba a ser responsable de ninguna muerte. Seguro que iba a ser en un baldío. Un fusilamiento. ¿Sería de frente? Les iba a pedir que no me vendaran los ojos. Quería morir de pie, mirando el cielo. Si me hacían arrodillar y me tiraban a la sien les iba a gritar: «¡Viva la Patria!»

—Agachate.

Me bajaron la cabeza y me la taparon con algo, tal vez un pulóver. Escuché el ruido de un portón metálico. El auto paró en un lugar oscuro. Habíamos llegado a la casa. Tenía miedo, más miedo que antes. No me iban a matar ahora. La idea de lo que podían seguir haciendo conmigo me paralizaba.

El Sota

La escalera era áspera. Cuando terminaron los escalones, me hicieron doblar dos veces hacia la derecha y me tiraron sobre una cama. Cuando caí sobre el colchón sentí por primera vez el dolor intenso en los músculos. Me taparon con una frazada hasta la cabeza. Me pusieron el antifaz.

—No se te va a ocurrir hacer ninguna locura. Portate bien —escuché decir al Mendocino.

¿De qué hablaba? ¿De suicidio? ¿Cómo podía matarme? Y sobre todo, ¿con qué ovarios, con qué valentía? Ya estaba entregada. No me quedaba nada de la energía con la que había peleado al principio, en la General Paz. Nada de nada.

Sentí cómo se cerraba una puerta. Me quedé sola. El dolor en los brazos y en las piernas crecía. El único sonido ahí adentro era el de mi respiración bajo el módico calor de la frazada.

Alguien más respiraba ahí, alguien casi inmóvil. Podía imaginarlo mirándome, mirando a una chica con un antifaz, tapada con una frazada. Lo imaginaba sentado en un banquito a los pies de la cama, con las piernas abiertas y un arma larga, a lo mejor un FAL. Me lo imaginaba de uniforme, de pelo corto, no como los demás...

—¿Te duele? —preguntó en voz baja.

—¿Cómo?

—Si te duele.

—Me duelen los brazos y las piernas, antes no me dolían así.

—Es como si hubieras hecho gimnasia, con la electricidad los músculos se contraen y se extienden. Y el dolor no empieza inmediatamente después del ejercicio, empieza después de un tiempo. A lo mejor mañana te dan un unguento o algo así. Lo que no podés es tomar agua. ¿Tenés sed?

—No. Pero usted cómo sabe, ¿es médico?

—No, no soy médico.

—¿Me van a seguir torturando?

—No sé, no te puedo decir.

—Usted tiene que saber: trabaja acá.

—No sé. Me podés tutear. ¿Qué edad tenés?

—Diecinueve.

—¡Qué chiquita sos! ¿Ves? Yo tengo veintiuno.

—¡¿Veintiuno?!
—Sí, ¿de qué te asombrás?

—No sé, no pensaba que fueran tan jóvenes.

—¿Y cómo nos imaginabas?

—Qué sé yo, distintos. De otra forma... ¿Me van a volver a torturar?

—No sé. No depende de mí. Tratá de dormir.

—No puedo. Estoy nerviosa. No tengo sueño.

—¿Te duele?

—Sí, me duelen los brazos y las piernas, te dije. ¿Dónde estoy?

—No te puedo decir.

—Ya sé, pero ¿qué es esto, una comisaría, un cuartel, una casa?

—Una comisaría.

—...

—¿Qué, no me creés?

—No sé, si fuera una comisaría no me lo dirías. Vos trabajás acá, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué trabajás acá?

—Porque estoy convencido de lo que hago. Porque de alguna manera hay que parar tanta violencia. Mataron a mucha gente ustedes.

—Yo no maté a nadie. ¿Vos mataste?

—No, yo no, pero entiendo que a veces es necesario.

—...

—¿Qué te pasa?

—¿Me van a matar?

—...

—¿Me van a matar?

—Yo no te puedo contestar, pero la verdad es que si los mandan a la cárcel a ustedes, después vuelven a lo mismo.

Me iban a matar. Estaba claro. Me iban a matar a los diecinueve años. Pensé que si lloraba no se iba a notar del lado de afuera. No les iba a dar el gusto de ver ni una sola de mis lágrimas. Sollocé debajo de la frazada.

—No llores... ¿Por qué llorás? Las cosas son así. Pero a lo mejor a vos no te pasa...

—No me mientas. No hace falta. ¿Por qué torturan?

—Porque es necesario para obtener información.

—No me digas eso. Hay otras formas...

—¿Qué te pasa con la tortura?

—¿Cómo qué me pasa?

—Sí, por qué preguntás tanto...

—Porque no puedo entenderla. ¿Vos torturás?

—No, yo no.

—No te creo.

—Te digo la verdad. Nunca torturé.

—Puedo entender que maten a alguien. Pero no puedo entender que un ser humano haga sentir dolor a otro así, a propósito...

—Y yo no puedo entender lo que vos hacés. Usar la violencia para imponer tus ideas...

—Primero, yo nunca usé la violencia. Pero entiendo que se use para lograr un mundo más justo. ¿Cómo se puede conseguir que los ricos les den parte de lo mucho que tienen a los pobres? ¿Lo van a hacer voluntariamente? ¿Porque les pidan por favor? Yo no puedo aceptar que haya gente que no tiene casa, que no gane lo suficiente para comer. Yo no puedo ser feliz en un mundo donde miro alrededor y veo gente que pasa necesidades, aunque yo tenga una buena casa y la panza llena.

—Yo también los quiero a los pobres. Los ayudo, desde chico. Estuve en los scouts, nos enseñaron a estar ahí donde alguien necesita algo. Hago caridad desde siempre, soy cristiano. Sigo las enseñanzas de Jesús. Él amaba a los pobres.

—Perdoname, pero me suena muy raro lo que decís.

—¿Por qué? Yo soy muy creyente. Eso está en los Evangelios. Dicen: «Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre al reino de los cielos».

—¿Eso dice la Biblia?

—Qué, ¿no sabías? Lo dijo Jesús. ¿No leíste el Evangelio?

—No, la verdad que no. Mi papá siempre me insistió en que leyera la Biblia. Leí parte del Viejo Testamento.

—¿Tu papá es religioso?

—No, pero me decía que era la mejor obra de literatura que jamás se hubiera escrito. Que no podía dejar de leerla.

—¿Querés que te traiga una Biblia para leer?

—¿Vas a poder traerla?

—Sí, seguro. Tengo que preguntar, pero seguro que puedo.

—Y Jesús, ¿acepta la tortura?

—¿De nuevo con la tortura?

—Sí. Jesús, ¿acepta la tortura?

—Hay cosas que Jesús no acepta pero que hacemos todos. Todos pecamos.

—¿La tortura es un pecado?

—Dormí.

—Te dije que no puedo.

—Entonces cambiemos de tema. Hablemos de otra cosa. ¿Qué hacés los sábados a la noche, salís a bailar?

—Nooo. No me gusta ir a bailar. Los que van son todos bananas.

—Ah, a mí tampoco me gusta ir a bailar. ¿Y qué hacés, vas al cine?

—No, nos juntamos en la casa de algún amigo, pedimos unas pizzas con fainá, unas cocas y algunas cervezas. Llevamos una guitarra, y cantamos,

charlamos hasta tarde. A mí siempre me cargan porque me quedo dormida en algún sofá retembrano. Soy remarmota. A veces vamos a alguna peña, pero muy de vez en cuando...

—Mirá vos. Hacés más o menos lo mismo que yo. Me junto con amigos, pedimos pizza... ¿Y qué música te gusta?

—El rock nacional. Sui Generis, Pescado Rabioso, Almendra, Arco Iris. Y de los de afuera, no sé, Emerson Lake and Palmer, Jethro Tull, Deep Purple.

—Los Beatles, ¿te gustan?

—Sí, me gustaban.

—¿No te gustan más?

—No, digo que me gustaban porque se separaron.

—¿Y qué disco te parecía mejor?

—Abbey Road.

—Viste que dicen que John estaba muerto y que por eso en la foto de la tapa...

—Sí, que por eso estaba vestido de blanco. Pero creo que es mentira. Pura publicidad.

—¿Cómo, publicidad?

—Claro, una maniobra digo. ¿Te gustan los Rolling?

—Algunas cosas. Honky Tonk Woman. Otras no.

—Y leer, ¿te gusta?

—Sí, mucho. Ahora leo casi únicamente política, pero me gustan Chejov, Baldomero Fernández Moreno, Shakespeare y Poe, Edgar Allan Poe. Poe escribe historias de terror. ¿Vos leés?

—Sí, no todo lo que tendría que leer, pero leo. Me recibí hace poco, leía muchos libros de estudio.

—Es lindo leer, es como entrar en otros mundos, ¿no?

—Sí. Y el cine, ¿no te gusta?

—Sí...

—¿Qué película viste últimamente?

—No sé... *Taxi Driver*.

—Yo también... Es violenta, ¿no? ¿No te dio impresión?

—Sí, cuando el tipo entra y los revienta a todos por defender a la chica, a Jody Foster. No lo podía creer. Y los domingos, ¿qué hacés?

—Voy a misa a la mañana. Estaba pensando... qué loco ¿no?

—¿Qué? ¿La película o ir a misa?

—No, que somos bastante parecidos. Yo tengo veintiún años, vos diecinueve. Que hacíamos las mismas cosas, escuchábamos la misma música, usábamos ropa parecida. Y por ahí si nos encontrábamos en un enfrentamiento, nos matábamos... Y nunca íbamos a llegar a conocernos.

—Sí. Puede ser...

—¿Me hubieras matado vos?

—No sé, quién sabe...

—Dormí, haceme caso.

Me desperté varias veces. Cada vez que trataba de darme vuelta en la cama me paralizaba el dolor. Aguzaba el oído para saber si mi guardián

estaba todavía ahí. No sentía curiosidad por saber lo que había del otro lado de la frazada. Es más, hubiera preferido no tener que salir nunca de ahí abajo. Todo lo inseguro, lo aterrador, lo peligroso, estaba del otro lado de la lana que me cubría.

Amaneció.

Me di cuenta porque empecé a escuchar ruidos. Puertas que se abrían y se cerraban, pasos, agua corriendo, ruido de vajilla, una radio. Al principio tímida, bajito. Después, estridente, poderosa. Y conversaciones. De repente, el tableteo de unas máquinas de escribir.

¿Adonde estaba, en un ministerio? ¿Sería posible que me tuvieran en un ministerio en pleno centro de la ciudad?

De pronto, la puerta se abrió, y entró el aire frío de la mañana.

—A ver querida, levántate —me dijo una voz profesional.

Me incorporé en la cama a pesar del dolor y sentí cómo me sacaba el antifaz.

—¿Cómo te sentís? Yo soy el doctor. No tomaste agua, ¿no?

—No, me dijeron que no se puede. Estoy mareada.

Me tomó el pulso. Parecía fastidiado. Tenía alrededor de cuarenta años. Era delgado, con bigotes ralos, entradas y una piel amarillenta y delicada. Usaba anteojos debajo de unas cejas largas y alborotadas. Me miró dentro de los ojos y la boca. Me levantó la camisa y me bajó el pantalón, que seguía quedándome enorme, sin siquiera desabrocharlo.

—¿Ves estas marcas? —me dijo, señalando un zarpullido que me había salido en todo el vientre, como puntitos color bordó con pequeñas cascarillas.

—Este zarpullido puntiforme es de la picana, no tiene ninguna importancia. Con un ungüento se pasa, ¿sí? ¿Tenés alguna enfermedad?

—No.

—¿Estás embarazada?

—No. Bah, creo que no.

—¿Cuándo fue tu última regla?

—No sé, la semana pasada.

—Entonces es probable que no estés. Sos jovencita. ¿Cuántos años tenés?

—Diecinueve.

Sacudió la cabeza como lamentando algo.

Se levantó y habló hacia fuera.

—Tráiganle algo para comer.

Salió y alguien cerró la puerta. Tenía dos hojas de madera pintada de gris. Había algunos orificios para que pasara el aire y dos un poco más grandes para que la atravesara la cadena. El resto de la celda era marrón, estaba revestida en hárbor, un material parecido al cartón prensado pero algo más duro, con agujeritos a cada centímetro. Debajo del hárbor había telgopor. El piso era de cemento. No había ahí más que la cama. Nada en las paredes, excepto una cruz svástica chiquita, dibujada con birome al lado de mi cabeza.

Empecé a escuchar los sonidos del lugar. No llegaban los de la calle. Sólo ruidos de un piso de madera viejo, que crujía. Parecían venir de abajo. Y la radio, que parecía venir de arriba. Era Rivadavia. Rrrapidísimo, con Héctorrrr Larrrrrea, Rrrina Morán en Rrrrivadavia. Me fastidiaba.

Ojalá que nadie suba —pensaba—, y que se olviden de mí. Que no me

den más máquina, por favor. Era lo único que pedía. Cada vez que alguien se acercaba me aterrorizaba. Era una reacción física, animal. Cada vez que se acercaron, me picanearon, una y otra vez. Por eso temblaba cuando sentía que se aproximaban, por eso empezaba a encogerme involuntariamente, como en la parrilla. Los adivinaba y el corazón me daba un vuelco. Me ardía. Era una ratita asustada. ¿Dónde estaba la leona dispuesta a quitarse la vida por los demás?

Me daba vergüenza mi miedo. Era miedo al dolor, sí, pero más aún a entregar a algún compañero.

¿Dónde estará Juan? ¿Cómo habrá sido su primera noche sin mí? ¿Habrá llorado cuando se dio cuenta de que ya no volvía, de que había caído? ¿Se habrá ido enseguida del departamentito de Madero? Ojalá se haya dado cuenta de que no canté. No canté, Juan, mi amor, no les di información a estos hijos de puta. Me iba a matar en la parada de colectivo por vos. Perdoname si no lo hice, si me hicieron escupir la pastilla. Me muero si te pasa algo, sos lo que más quiero en la vida. Hubiera sido capaz de cualquier cosa para cuidarte. Ojalá seas feliz sin mí...

Otra vez el ruido de la cadena.

Se abrió la puerta y me saludó un pibe de bigotes mostrándome una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, soy yo. Soy el Sota.

Era mi guardián. Traía una taza de mate cocido y un pan y se sentó en el borde de la cama.

—Está dulce, pero si querés más azúcar te traigo.

—¿Sota te llamás?

—Sota es el nombre que me pusieron acá. Bah, yo lo elegí.

—¿Y qué quiere decir?

—Que soy el más nuevo, el último en llegar.

—Ah, ¿el de menos grado?

—Claro, recién me recibí. Tomá el mate cocido antes de que se enfríe.

¿Te gusta?

—Sí. ¿Y por qué trabajás acá, te asignaron?

—No. Lo hago porque quiero. Creo que es mejor que esté yo, no algún otro...

—¿Algún otro qué?

—...hijo de puta. Perdón, no se deben decir malas palabras delante de las chicas.

—¿Quién te dijo eso?

—Yo digo, a veces.

—Sí, ¡cuando pensás en nosotros! ¿Y por qué elegiste esta carrera?

—Bueno, en realidad yo quería ser ingeniero, pero mi viejo ya era oficial y mi hermano mayor también.

—¿Tu viejo está acá?!

—No, mi viejo no.

—¿Y tu hermano?...

—Mi hermano sí, ya lo vas a ver, es muy parecido a mí. Bueno, ¿terminaste?

—Sí. No tengo más ganas.

—Quedate el pan, por si te da hambre después. Yo me voy ahora, terminó mi turno.

—¿Y quién viene?

—Otros muchachos.

—...

—No tengas miedo, no te van a hacer nada, son buenos tipos.

—¿Vos no vas a volver más?

—Sí, yo vuelvo en dos días. —Inclinó la cabeza hasta acercarse a mi oído. Y si te llegan a hacer algo me contás. Yo me encargo. Chau, piba...

Me guiñó un ojo antes de cerrar la puerta de la celda con la cadena y el candado...

Me quedé sola con los ruidos de la casa. Trataba de adivinar si el lugar era grande o no. Si estaba sola o si había otros secuestrados. Me llamaba la atención no escuchar las voces de otros presos.

Seguramente ese no sería el destino definitivo para mí. Sonreí. Definitivo iba a ser un zanjón, como decían en la época de López Rega. Qué ingenuidad pensar que no iba a haber nada peor que la Triple A... Creíamos que los milicos nos iban a venir a buscar con listas, que nos iban a llevar a cuarteles y nos iban a juzgar. Lo peor que imaginábamos era que nos iban a mandar al sur, a la Patagonia, a campos de trabajos forzados. ¡Ojalá hubiera sido así! Todavía estaba mareada y débil. Sonaba la radio. ¿Todo el día iba a sonar?

El contacto

¿Qué estarán haciendo mis compañeros? ¿Se habrá comunicado Juan con ellos para contarles que yo no había vuelto a Villa Madero? De ellos, ¿quién habrá lagrimeado pensando en mi final? ¿Les dará más fuerzas para seguir adelante saber que no los había delatado? ¿Pensarán en mí cuando se sientan flaquear, cuando quieran largar todo a la mierda? ¿Me habrá visto gente del barrio cuando me subieron al auto, cuando grité y pedí ayuda en la General Paz?

Otra vez la cadena se mueve. Cuando la sacan, entran rayitos de luz por los agujeros que deja libres. Otra vez el terror. Vuelven para llevarme a la máquina. Otra vez la sensación de tener miles de alfileres en el cuerpo, de nuevo el chirrido de la picana.

—¿Tenés los ojos tapados? —dice una voz antes de abrir.

—No.

—Tapate entonces.

—¿Con el antifaz me tapo?

—Sí.

Obedecí. El antifaz estaba en el suelo, al lado de la cama. Lo alcé y me cubrí.

—Te traigo una bandeja con comida. Agarrala y date vuelta hacia la pared. Yo me quedo acá hasta que termines.

En la bandeja había un vaso de plástico con agua y un plato de fideos. ¿Cuánto hacía que no comía? ¿Tenía hambre? Esa sensación de vacío que

sentía entre el estómago y la garganta no era hambre, era angustia. Era raro comer con el antifaz a modo de babero colgando sobre el pecho, tratando de que no se manchara. Pero más raro era mirar a la pared mientras detrás, alguien me respiraba en la nuca, y me vigilaba, seguramente nervioso, en guardia, previendo que hiciera alguna «locura». ¿Qué locura podía hacer? ¿Armarme con el tenedor, darme vuelta de repente y clavárselo, aprovechar el momento en que se doblara de dolor y salir corriendo como en las películas?

«Terminé», dije en voz baja, tímida, para no asustarlo.

—Ponete el antifaz.

Lo hice.

—¿Así que vos sos la montonerita?

—...

—Mirá vos. ¿Sabés cuánto tiempo nos tuviste locos buscándote?

—...

—¿Te comieron la lengua los ratones?

—No. Ya sé, ya me dijeron que me buscaron mucho.

—¿Sabés dónde estás?

—No.

—Mejor así. A algunos no les importa que les veas la cara. A mí todavía no me compraste, yo no te tengo confianza. Pasame despacio la bandeja. Des-pa-cio, sin ninguna avivada, ¿eh?

Le pasé la bandeja lo más lentamente que pude. Sentí que me tenía miedo, no sabía por qué.

—Te vas a tener que portar bien acá. Nadie te va a salvar. Los compañeros no te van a venir a buscar. Así que ojito.

Guardó silencio unos minutos.

—Mirá cómo te arruinaste la vida. Y cómo se la arruinaste a tu familia. Fuiste una boluda, ni veinte años tenés. Todo un futuro tirado a la basura.

Se calló otra vez.

—Bue, ¿necesitás algo?

—Sí, ¿puedo ir al baño?

—¿Al baño? No sé, dejame ver. ¿Hace mucho que no vas?

—Sí, desde ayer a la noche, creo.

Salió. Escuché el tintineo de la bandeja cuando la apoyaba antes de enhebrar la cadena y sus pasos, alejándose. Volvió con una escupidera y un pedazo de papel de diario. «Tapate», me dijo antes de entrar.

Estaba dormida cuando la puerta volvió a abrirse.

Me incorporé y vi al Mendocino con un teléfono en la mano.

—¿Qué tal? ¿Cómo andamos? ¿Te dieron de comer?

Miró la escupidera a medio llenar y se sentó en la cama.

Estaba impecable, como siempre. Con un blazer azul, de botones dorados, camisa celeste, corbata discreta, rayada. Usaba gemelos.

—Ahora vas a llamar por teléfono. A tu casa y al pie telefónico.

—¿Para qué al pie? Ya saben que caí.

—No importa. Vas a hacer lo que yo digo, ¿me oís?

Me miró fijo.

—Sí, pero no tiene sentido llamar. Ellos ya saben lo que pasó...

—Vos llamá. Y cuidado con lo que decís porque te estamos escuchando.

Había otro teléfono conectado en paralelo.

—¿Podés darles una cita?

—No, son ellos los que me la tienen que tirar.

—¿Te acordás el número? Porque si no, te lo damos nosotros...

Sonrió cínicamente. Marqué.

—¿Hola?

Me alivió ver que a la señora de la mensajería no le había pasado nada.

Sonaba normal, auténticamente normal.

—Hola, habla la señora Liliana, ¿algún mensaje para mí?

—Sí, que se encuentran hoy a las cuatro frente a los panaderos en Avenida Luro.

—Bueno, gracias.

El Mendocino había escuchado cada palabra. Consultó su reloj con fastidio.

—¡Son las seis, la puta madre! La hora, ¿estaba en clave?

—No, las cuatro son las cuatro. Pero además el lugar no existe. Mandaron cualquier cosa. Saben que caí, seguro.

—Decime, ¿de qué hora a qué hora tenías que llamar?

—Yo llamaba a la salida del trabajo, de cinco a seis. Ustedes saben.

Me tranquilicé. Estaba todo en orden. Sabían que había caído y por eso me dieron una cita que no podía cumplir. Era una pequeña victoria. Me los imaginaba a los compañeros reunidos, tratando de descular lo que me había pasado, tratando de acordarse qué datos tenía, organizándose, consiguiendo un alojamiento para Juan en algún lugar que yo no conociera. ¡Qué pocos quedaban ya! Matías, Joaquín, Juan, Mariana, la compañera de Matías, que estaba embarazada y casi no militaba...

Desde que yo había llegado a la zona habíamos caído Tortuga, la Petisa, yo. La compañera de Joaquín, que militaba en otro frente, había caído justo cuando tuve la crisis con Juan.

Me imaginé con él, si Juan me dejaba. Estábamos todos tan solos... Los plazos no existían, todo podía terminarse en cualquier momento.

Necesitábamos querernos, abrazarnos, protegernos como pudiéramos los unos a los otros. ¿Qué iba a pensar ahora Joaquín, que había llamado al pie telefónico estando chupada?

—Ahora vas a llamar a tu casa. Pero escuchame bien: ni una palabra de más. Únicamente podés decir que estás bien. Ni se te ocurra mencionar que te tenemos. Ni se te ocurra.

—Pero si ni siquiera sé quiénes son ni dónde estoy...

—No me entendés. No se tienen que enterar que estás detenida.

Marqué el número de la casa de mi *bobe* temblando. Sonó apenas dos veces. Atendió mi mamá. Me la imaginé corriendo a atender a la mesita hexagonal que estaba enfrente del piano, en el comedor.

—Hola, Ma. ¿Cómo están?

—¡Miriam! ¿Donde estás, querida?

El Mendocino, sentado al lado mío y agitando el auricular del otro teléfono, me apretó el brazo.

—No te puedo decir. ¿Mamá?

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien, y ustedes, como están, ¿cómo sigue la *bobe*?

—Ahí, Miriam. Dice el médico que se va a apagar como una velita. ¿Pero por qué no venís?

—No puedo má, no puedo ir.

—Dijo el hombre que estuvo acá que si te presentás, te van a hacer unas preguntas nada más.

El Mendocino hizo volar unas tijeras con sus dedos delante de mis ojos, que no podían despegarse del teléfono que tenía sobre mi regazo.

—No sé mamá. Te tengo que cortar.

—¿Cuándo vas a llamar de nuevo, mi amor?

Miré al Mendocino. Sacudió la cabeza.

—No sé, mamá. No sé. Los quiero mucho. Adiós.

Enrollaron los cables, desconectaron los teléfonos, enhebraron la cadena y cerraron la puerta con un candado pesado, que esa vez pude ver de refilón. Lloré de nuevo, no sé durante cuánto tiempo. ¿Habría sido la última vez que iba a escuchar la voz de mi mamá? Me imaginaba la casa de mi *bobe*, enorme, sombría, silenciosa. El dormitorio de ella con su cama antigua, de respaldo cromado y colchón de lana. Y el de mi tío Jaime, con la cama de nogal, moderna y más cómoda para la enferma, y para mi mamá, que estaba ahí día tras día, cuidando a su madre que se extinguía, como había dicho el médico.

Nunca me llevé bien con ellas.

Ni con mamá, que quería para mí un marido judío profesional o empresario y un título universitario por si me quedaba solterona. Ni con mi abuela, que sonreía poco y arrastraba un halo de sufrimiento que hacía que en su casa se respirara un aire de bóveda, con las persianas cerradas y las toallas y las sábanas de hilo prolijamente remendadas como si no hubiera plata para comprar nuevas.

Y sin embargo, recordaba todo eso desde mi encierro y me decía a mí misma qué no daría por estar ahí, por bañarme en la pileta de lona en la terraza en verano, por poner a hervir el agua para el café después del almuerzo de los domingos, por juntar los higos de la higuera del vecino subida al techo y esconder volantes en los muebles viejos del cuartito de la azotea, por correr de nuevo a atender el teléfono desde la cocina, en el fondo, hasta la mesita del comedor, al lado del piano, en diagonal a la puerta de acceso al consultorio odontológico de mi tío.

—Hola, ¿Norma? Hola, ¿Patricia?

—¡Má, cortá ahí atrás, que es Juaaan!

No era cómodo el lugar para hablar. Había una silla antigua, un velador con pantalla de tela plisada y una mesita de mármol, estilo francés, con festones de bronce. Una repisita llena de miniaturas que había traído mi tío de sus viajes o que le habían llevado de regalo sus pacientes. Pobre mi tío. Nunca lo quise como se merecía. Era el mayor de los tres hijos. Se recibió de dentista a los treinta y pico. Se casó con una paciente *goishe* de Villa Lugano, a los cuarenta y tantos, para escándalo de la familia. Iban a tener un hijo, pero ella se murió de leucemia. Mi tía Elba... Tan rubia, tan elegante, tan delgada, tan enamorada de la zarzuela. Fue la primera muerte que viví tan de cerca. Tenía trece años y la vi dentro del ataúd el día del velorio. Nunca

había visto un cadáver. Nunca volví a ver ninguno... ¿Cómo seré yo muerta? ¿Moriré el mismo día que mi *bobe*? Ella noventa y dos, yo diecinueve...

Una señal

Dormité. Me despertaron un calambre en una pierna y el sonido de la puerta.

—¿Me tapo? —pregunté, levantando el antifaz.

—No, dejá, no hay problema. Puff, ¡qué olor! ¿Quién te dejó esto?

—No sé, pedí ir al baño y me lo trajeron.

—Me lo voy a llevar. No sé a quién se le ocurre, en un lugar cerrado y sin ventilación traerte algo así...

—¿Cómo estás?

—Bien.

Lo miré, tendría unos veintiocho años. Era flaco, larguirucho, ojeroso. Tenía pelo renegrido, lacio, con raya al medio. Los labios eran gruesos y los dientes grandes. Se paraba encorvado con las manos en los bolsillos del vaquero. Usaba un pulóver crema, tejido a máquina, con escote en V. Lo llamaban Chirola.

—¡Mirá qué cagada, venir a caer acá! Pero tuviste suerte, por lo menos con esta guardia, no te vamos a verduguear. ¿Querés comer?

—No, quiero ir al baño.

—Bueno, vamos a hacer una cosa. Ponete el antifaz y te llevo al baño. De paso bajamos esa inmundicia, ¿eh?

Me puse el antifaz. Me tomó de los hombros y me puso frente al comienzo de la escalera, que quedaba a un paso de la puerta.

—Ojo, que no hay baranda.

—Ya sé.

Se paró adelante.

—Agarrate de mi hombro con una mano y con la otra de la pared.

Bajé despacio, con una mano deslizándose sobre el muro y la otra tocando un hombro frío a pesar del pulóver. Cuando terminó la escalera me dio vuelta y me hizo caminar dos pasos.

—Ahora estás frente a la puerta del baño. No es de lujo, pero por lo menos es un baño. Sacate esto.

Me levantó el antifaz. Estaba en un patio viejo, chico y oscuro. Lo atravesaban varias sogas para colgar la ropa. Y allí, en una de ellas, vi el acolchado de nylon con flores celestes, azules y verdes que teníamos con Juan en el departamentito de Villa Madero...

Creí que no iba a poder disimular el dolor.

Avancé y entré al baño. Quise cerrar la puerta metálica para poder quebrarme en paz.

—No, no cierres. Dejá así.

Me senté en el inodoro con la puerta entornada. Estaba mareada otra vez. Me tapé los ojos. Tardé.

—Qué te pasa, ¿te sentís mal?

—No, estoy mareada.

—Es la primera vez que salís. Te debe haber bajado la presión. ¿Ya está? La voz de afuera me apuraba a subir. Respiré el aire más fresco de fuera de la celda. Un aire con algo de olor a sótano, a humedad.

—Sí. Ya está.

—Cubrite los ojos.

Le hice caso y esperé que la puerta se abriera y me tomara de los hombros y me girara. Avancé despacio. Cuando pasé al lado del acolchado celeste sentí que emanaba un aura cálida. Vencí la tentación de envolverme en él y esperar que todo terminara ahí.

Encerrada, lloré y lloré susurrando el nombre de Juan muy bajito hasta que me dolieron los ojos. Esa manta colgando ahí era un ultraje, éramos nosotros dos colgando, expuestos, doblegados.

¿Cómo pudo ser, dónde estaría? ¿Lo estarían torturando ahora, en otro lugar? ¿Por qué no lo trajeron acá, para que yo lo viera? ¿Por qué, si lo tenían, no nos dieron máquina a los dos juntos, para ver si nos contradecíamos o si el dolor de uno quebraba al otro? ¿Qué habrían hecho con él?

Es acolchado... Verlo ahí, en ese patio inmundo. Me sentía violada. ¿Por qué lo habrían lavado? ¿Tendría sangre?

No tenía ninguna respuesta.

Me acordé de la boleta de la tintorería. «Mátenme, mátenme ahora. Me quiero morir». Grité otra vez. Había silencio afuera. Nadie me escuchaba.

La Patria

Me quedé dormida llorando.

Me desperté en medio de la noche con ruidos de portones metálicos que se corrían y de motores de autos. No tenía la menor idea de qué hora podía ser. Soñé que torturaban a alguien en el patio de abajo. Seguramente fue un sueño y no otra cosa, porque cuando me levanté no escuché más que los ruidos normales de la casa. Lozas que se entrecocan, puertas que se abren y se cierran, voces, crujir de pisos de madera. máquinas de escribir, agua de canilla, Radio Rivadavia. Siempre Radio Rivadavia. Desde arriba, Rapidísimo, La Oral Deportiva, Soldán Esquina Tango.

Leyeron la dirección de la boleta. Calles Charlone hay varias, pero una sola en la zona en la que me encontraron. No tuvieron ni siquiera que preguntarme. No querían perder tiempo. Llegaron a la casa algunas horas después de mi caída. Juan no podía estar, Juan tenía que irse a las siete, no podía esperarme más de dos horas. Yo caí a las cinco y algo. No había razón alguna para que Juan se quedara esperando en el departamentito. ¡Habíamos hablado tantas veces de las desviaciones pequeñoburguesas de los compañeros que hacían que se expusieran quedándose en una casa que podía ser cantada!

Me lo imaginaba mirando el reloj y juntando en el dormitorio, sobre el acolchado celeste, las pocas cosas que teníamos, a medida que el minuterero corría. Cada 60 segundos, una puñalada. ¡Mi amor, mi pobre amor!

Lo quise desde el primer momento, cuando lo vi entrar al aula en el

Grafotécnico. Yo tenía diecisiete años, él casi dieciocho. Tenía la mirada y la voz más dulces que yo había sentido. Manos grandes. Una con una mancha roja en un costado: «Un besito de la cigüeña», decía.

Nos hicimos amigos. Estudiábamos juntos. Nos juntábamos a preparar los trabajos, tomábamos mate y café endulzado con dulce de leche y hablábamos de todo. De mi militancia en la facultad, de su militancia en Jabón Federal, de periodismo, de música, de libros, de cine.

Hablábamos del Negro Suárez, de nuestro profesor de Técnica Periodística, que resumía en una sola persona todos nuestros ideales: era periodista y montonero. El Negro abrió la primera clase diciendo «La objetividad periodística no existe y en este país no hay libertad de prensa sino libertad de empresa». Juan y yo lo adorábamos. Muchas veces el Negro decía en clase lo mismo que nosotros habíamos escuchado en nuestras reuniones de agrupación el fin de semana. No lo podíamos creer.

Al Negro se lo llevaron en el 76, trabajaba en *El Cronista Comercial*. En esos días Juan se lo había cruzado en un banco del centro. Había arreglado una cita para vernos los tres en un bar. No nos cantó.

A mediados del 75, yo salía con Juan Carlos, un compañero de la secundaria que estudiaba Ciencias Exactas y militaba en el PRT, pero le contaba todos mis sueños a Juan. Una noche me obligó a ratearme de Historia y me llevó al café de Yrigoyen y Combate de los Pozos. Me dijo que iba a dejar de venir a clases, que iba a abandonar, porque no podía tolerar más verme y saber que estaba con otro. Que ya lo había hablado con sus viejos, que la vida se le hacía insoportable así, que sufría mucho. Que me quería. Enmudecí. Pensé en la vida sin él y sentí un nudo en el pecho.

Le pedí tiempo para pensar. A los dos días estábamos juntos. Me regaló un anillo de plata con una rayita azul.

Ese mediodía no hubo almuerzo. En el fondo, lo agradecí. Dormité algún tiempo, hasta que la escalera se cargó de pasos enérgicos y voces y me sobresalté.

La puerta se abrió de golpe, de par en par.

Entró el Mendocino con un hombre algo mayor. El recién llegado se sentó a los pies de la cama.

—¿Sabés quién soy? —dijo, con una voz algo aguardentosa.

—No.

—Es el Jefe acá —dijo el Mendocino, con un tono en el que percibí una obediencia servil, a la que no estaba acostumbrada.

Lo miré. Tenía pelo castaño engominado al costado, cara cuadrada, anteojos, bigote bien recortado. Llevaba un blazer con botones dorados y corbata, como el Mendocino.

El Jefe empezó a hablarme. Me dijo que tenía un buen concepto de mí, que había sido valiente, y que al contrario de muchos de mis compañeros, tenía sentido de familia.

—Eso me gusta de vos. Llamabas todos los días para ver cómo estaban. No se puede decir lo mismo de algunos de tus camaradas, que se desentienden incluso de sus mujeres y de sus hijos. Lo que no entiendo es cómo te pudiste meter en esa violencia loca. Ustedes son un grupo de

asesinos. Mirá tu amiga Patricia. Quiso matar al padre.

—No, no es así. No es verdad.

El Jefe se impacientó y levantó la voz.

—Es así, es como te digo. Esa chica perdió la razón. No le hizo honor a la educación que recibió. Es la hija de un hombre de alto grado. Traicionó, y de la peor manera. Ella tiene una deuda con la sociedad y tiene que pagarla. Te habrá dicho acá nuestra gente que queremos que vos nos ayudes a encontrarla.

—Pero yo no sé dónde está. Dejamos de vernos. ¿Qué le van a hacer?

—Bueno, eso está por verse. Decime, ¿creés en Dios?

—No sé, tengo dudas.

—¿Por qué?

—Si Dios existiera, no habría tantas injusticias.

—Dios no es tan poderoso, parece. ¿Practicás la religión judía?

—No, nada más festejamos Peisaj, Año Nuevo, escuhamos algo de música, comemos la comida tradicional. Guefilte fish, pletzalaj. Mis abuelas cocinan...

—Tenés una bella familia. Son muy unidos ustedes. Es característico de los de tu raza. Eso es muy importante.

—Conocemos a tu familia, estuvimos en tu casa —dijo el Mendocino.

Temblé. Fueron ellos los que le dijeron a mi mamá en mi casa que sólo querían interrogarme. Ellos los que después esperaron llamados en la casa de Norma. Ellos los que la mataron.

—No podemos creer que te hayas ido de ese lugar tan hermoso para vivir en una choza en La Matanza. No los podemos entender a ustedes.

—No era una choza.

—Vamos, ¡antes vivías en un palacio! Tenías una araña en el comedor llena de cristales. ¡Cuando la prendías encandilaba! Y dejaste eso para irte a un sucucho con techo de chapa. ¡Vamos!

El Jefe sonrió, condescendiente.

—Decime, ¿por qué desprecian la comodidad?

—No es que la despreciemos, es que creemos que hay cosas que son superfluas, que mientras no las puedan tener todos, nosotros no tenemos por qué disfrutarlas, no tenemos derecho. Pensamos que lo poco que hay tenemos que repartirlo entre los que menos tienen.

—Parece que tus jefes no piensan así. Ellos viven mejor, en hoteles de lujo, en Europa. Los dejaron acá viviendo en la miseria y ellos se fueron lejos. Los dejaron en banda.

—No es así, ellos tuvieron que preservarse y nosotros elegimos quedarnos.

—Ah, ¿sí? ¿Ellos te ofrecieron irte del país, a París por ejemplo, a Roma?

—No, ellos no, pero mis padres y los de mi novio nos ofrecieron irnos a Brasil y a Israel y nosotros dijimos que no, que no podíamos irnos.

—No, eso ya lo sabemos. Los padres siempre quieren lo mejor para sus hijos. Los jefes, la conducción, te pregunto.

—No, la conducción no.

Se rieron con ganas y me miraron con algo de lástima.

—Y decime, ¿de qué vivían, quién les pasaba la plata para el alquiler, para comer, para moverse?

—Nosotros trabajábamos, nos quedábamos con la plata para los gastos, un poco menos de la mitad de lo que ganábamos y el resto se lo pasábamos a la organización.

—Ah, ¡encima de que la conducción se da la gran vida en Europa, ustedes de la miseria que ganaban pasaban plata para arriba! ¡Así sí que vale la pena, yo me hago montonero! La pasan mejor que nosotros, ¡qué hijos de remil... putas!

El Mendocino estalló en carcajadas.

Yo miraba hacia abajo. Sentía que la bronca me ganaba.

Hubo una pausa.

—Miriam, ¿por qué se cagan en todo lo que aprendieron en la escuela, en la Patria, en el himno, en la bandera, en todo lo que los argentinos queremos y respetamos? ¿Por qué quieren destruir la Nación? ¿Por qué no creen en Dios?

Me sorprendió. No entendía qué querían decir. Parecía que nunca habían leído ningún documento de Montoneros. No sabía si correspondía que aclarase o si en realidad eso formaba parte de alguna técnica de interrogatorio que apuntara a confundirme.

—Disculpe, no entiendo.

—¿Qué es lo que no entendés?

—Nosotros respetamos a la Patria. La amamos profundamente y estamos dispuestos a dar la vida para defenderla. ¿No vio que nuestras consignas dicen «Perón o Muerte, viva la Patria»? Eso lo llevamos muy adentro. Muchos de nosotros creemos en Dios. Usted sabe que algunos compañeros vienen del nacionalismo católico, de Tacuara, sobre todos los de la conducción...

—Sí —dijo con una sonrisita el Mendocino—, son los que se rajaron a Europa.

—Bueno, ahora en serio. No me vas a decir que ustedes quieren a su Patria, a la familia, que respetan lo que todos respetamos, ¡que creen en Dios! Los bolches no creen en nada de eso.

—Nosotros no somos bolches, señor, usted está confundido. Somos nacionalistas, queremos el socialismo nacional.

—No me vengas con eso, si son todos marxistas infiltrados. ¡Ninguno es peronista! ¿O vos me vas a hacer creer que sos peronista?

—Sí, yo soy peronista.

—A ver, seamos sinceros. Nosotros vimos lo que leés, Miriam... ¿o preferís que te llame Peni?

—No soy Peni. Ustedes están confundidos. Mi nombre de guerra era Gringa.

Me miró irónico, e hizo una mueca, dirigida al Mendocino.

—Ta bien, dejémoslo ahí. Decía que nosotros sabemos bien lo que leías. ¿Cómo se llamaba ese libro que encontramos? —le preguntó a alguien que estaba afuera de la celda.

—*Poesía, de la Colonia a la Revolución.*

—Eso, *Poesía, de la Colonia a la Revolución.* Eso leías.

—Es una antología de poemas que van desde la época de la colonia

española a la Revolución de Mayo. ¡No es un libro de política, ese!

—¿Y Hitler? ¿Qué hacías con un libro de Adolf Hitler en la biblioteca vos? ¿Por qué leías *Mi Lucha*, de Hitler?

—Porque es bueno saber en qué se basaron todas las corrientes políticas, incluso las totalitarias.

—Nosotros le dijimos a tu pobre madre: Señora, ¡mire lo que lee su hija!

—¿Y qué les dijo?

—No puede ser, nos dijo. No puede ser. Pobre mujer. Capaz que pensó que nosotros habíamos llevado el libro y lo habíamos puesto en la biblioteca para mortificarla.

—Decime, Miriam, contestame con sinceridad ahora, ¿creés en Dios?

Sentí que habían venido a observarme como a un animal de zoológico.

¿Nunca habían hablado con una militante? ¿Por qué les interesaba tanto saber cómo pensaba, en qué creía? ¿Era la primera que secuestraban?

¿Quiénes eran esos tipos?

—Pienso como le dije que si Dios realmente existiera no permitiría la pobreza. Ni la tortura.

El mendocino mandó traer los teléfonos de nuevo. El Jefe se despidió y se fue. Me dijo: «Espero que esta experiencia te sirva para reflexionar». Me sonó cruelmente ridículo. ¿Reflexionar para enfrentar arrepentida una bala en la cabeza?

Conectaron los aparatos y llamaron al pie telefónico.

Esta vez el mensaje fue totalmente incomprensible.

—Dice el doctor que la espera a la vuelta de los benjamines, a las cinco.

—Corté.

Les dije que no tenía la menor idea de quiénes eran los benjamines. Que estaba claro que todos los mensajes que dejaran iban a ser inútiles. Que nadie iba a ir a ninguna cita conmigo. Para los compañeros yo tenía la peste, era la parca. Así funcionaban las cosas siempre que caía alguien. Por más que quisiera, no podía cantarlos, ni a ellos ni a ninguna casa. Ya tenían que estar todos a salvo. Todos, menos Juan...

El Mendocino se paró y desconectó los teléfonos, ayudado por Chirola. «Hoy no vas a llamar a tu casa. Tenés que hacer méritos.»

Antes de irse me hizo una última pregunta. Se acomodó en un banquito que habían traído para apoyar uno de los aparatos.

—Decime, vos que leés tanto, ¿en qué época de la historia te hubiera gustado vivir?

—No sé.

—Tomate tu tiempo... contestame.

—¿Por qué?

—Por que quiero saber qué pensás.

—Me hubiera gustado vivir en Francia, en la época de la ocupación nazi, durante la Segunda Guerra Mundial.

—Pero la hubieras pasado muy mal. Sos judía...

—No, porque hubiera peleado en la resistencia antinazi, con los maquis.

El Mendocino ensayó una vez más su mirada irónica y sacudió la cabeza.

—Es indudable que en cualquier época de la historia habríamos estado en

bandos diferentes.

La radio sonaba distinta esa mañana. Y la casa también. En la cocina había preparativos que percibía como especiales.

Era el 25 de mayo y en una ceremonia que se me ocurría un poco infantil, esas bestias se preparaban para tomar un chocolate, quién sabe si con churros. De a poco, fueron llegando. No con el paso furioso y apresurado previo a los operativos. Las pisadas eran ceremoniosas, lentas. Las escuchaba en el piso superior. De repente, creció un murmullo que fue acallado.

«Señores, silencio», escuché la voz inconfundible del jefe. «En el día de la Patria, quiero agradecerles la dedicación, el valor, el compromiso con la causa. Una causa que nos encomendó Dios. Tenemos una misión, y nada es más importante que eso».

No volaba una mosca. Podía escucharlo con claridad.

«Por eso, estoy convencido de que cumpliremos con nuestro deber y alcanzaremos la victoria sobre el enemigo. Levantemos las tazas para regocijarnos por tener el honor de defender nuestros valores y evitar que flamee un trapo rojo en lugar de nuestra celeste y blanca. Por Dios y por la Patria», terminó la arenga. Y todos repitieron, fuerte, al unísono: «Por Dios y por la Patria»

Tesorito

Soñé con mi papá.

Cuando caí, hacía seis meses que no me hablaba. Los días de semana no se notaba, porque se iba temprano a la fábrica, y yo estaba trabajando o estudiando fuera de casa. Pero los fines de semana, cuando nos íbamos a dormir a Senillosa, a la casa de la *bobe* Jane, nos cruzábamos más. No me contestaba ni siquiera el *buenos días*. Yo no entendía por qué se enojaba tanto con mi militancia, si había sido él el que me había inculcado el interés por la política. La primera vez que me vio con un libro anarquista, a los catorce años, volvió un par de días después con una bolsa llena de novedades para mí: Bakunin, Kropotkin, Proudhon. La anarquía era la utopía perfecta. Los únicos anarquistas que yo había conocido hasta entonces eran los de la FORA, unos viejitos adorables que todavía publicaban *La Protesta*, el periódico histórico y que mantenían un local con goteras en Coronel Salvadores 1200, en La Boca.

Papá sabía de memoria la historia de la FORA y me contaba que cuando la Guerra Civil Española, él salía por Avenida de Mayo, bar por bar, mesa por mesa, a pedir dinero para los republicanos. «¿Cuántos años tenías, pa?» «Catorce, quince, tenía...»

Me entusiasmaban sus historias de peleas entre anarcos y socialistas. Peleas que se diluían cuando el peligro era la policía, la tenebrosa sección especial. Era lógico que yo, después de todo, me jugara por mis ideas con un padre así. Mi viejo, un tipo inteligente y callado que leía a Shakespeare y Anatole France en sus idiomas originales, sonreía y me apretaba la nariz (esa

marca de familia) entre el índice y el mayor. *Tesoguito* —decía—, o *násajl* (naricita), cuando me veía absorta frente a un libro, y yo me derretía por dentro.

Pero papá empezó a cambiar su postura cuando se desató la represión lopezrreguista de la Triple A y yo empecé a acercarme al peronismo de izquierda.

«Cuidate, una cosa es ser anarquista y otra cosa para esos tipos es que les disputen el poder dentro del peronismo», me decía. «Son salvajes, no tienen límites.»

Los asesinatos de la Triple A lo conmovieron, especialmente el de Silvio Frondizi. «Una gran mente, un intelectual valioso», repetía mi papá.

Mi viejo había nacido en Polonia y nunca se había naturalizado argentino. Discutíamos por eso, porque chocaba con mi nuevo y apasionado nacionalismo, tan opuesto al universalismo anarquista que me había encendido meses antes, el de: «¡Ni Dios, ni Estado ni patrón!» y le resultaba simpático por lo utópico, seguramente.

«¿Para qué me voy a hacer argentino, para votar?», me contestaba. «¡Si después a nadie le importa tu voto!» Al viejo no le gustaba que yo fuera peronista, y menos todavía que me alineara con los Montoneros. «Son autoritarios, algunos son antisemitas. Tené en cuenta esta frase: “No estoy en absoluto de acuerdo con lo que usted piensa, pero estoy dispuesto a dar mi vida por su derecho a expresarlo.” ¿Qué es eso de Perón o muerte? Ustedes creen que todo el que no piense como los Montoneros no merece vivir? ¿Qué país quieren, adónde vamos a parar? ¿A cuánta gente van a fusilar?»

Un día, ya después del golpe, me pidió que dejara de militar.

«Viejo, no puedo, fuiste vos el que me inculciste que peleara por mis convicciones. Vos me trajiste esos libros anarquistas, vos sos el que se sentía orgulloso de mí.»

—Pero te van a matar.

—Me matarán por mis ideas: yo no puedo vivir traicionándolas por miedo. ¡Tengo que ser consecuente, no cobarde!

Bajó la cabeza. «Los hombres militan en política, pero las mujeres se emborrachan con ella», dijo.

—¡Sos un machista!

—¡Y vos estás loca! Vas a aparecer en una zanja. ¡Pensá en mí y en tu madre! ¡Entendé que tenés que parar, que es momento de protegerse! ¡Tenés que dejar de militar! Nosotros podemos mandarte a Israel con Juan o a Estados Unidos, a lo de la tía Eva.

—No lo voy a hacer por nada del mundo. Ni irme del país ni dejar de militar ¡Olvidate! No puedo vivir diferente a como pienso.

—¡Entonces, olvidate vos de mí!

Lo miré furiosa. No podía entender que el mismo que me había contado anécdotas de la militancia en el Partido Comunista, que me había confesado en voz baja que en su casa materna, en Villa Lynch, había funcionado un comité clandestino cuando el partido estaba prohibido, ahora se aterraba por su hija.

Pero no era tan inexplicable. A una de mis primas le habían secuestrado a

su novio delante de sus ojos. El pibe nunca más apareció, y a ella la dejaron ir de casualidad. Otra de mis primas, militante de la JUP de Filosofía y Letras, había sido secuestrada, pero por su padre, y embarcada en un avión hacia Israel.

Todos nuestros parientes se enteraron del enojo de mi viejo conmigo. No por él, sino porque la cara de mi mamá no podía disimularlo. Una tarde estábamos de visita en la casa de su madre, mi *bobe* Menujke, en Villa Lynch. Me quedé sola con ella.

«*Mirele*, ¿qué pasa con tu papá, que está mal con vos?», me preguntó.

—Qué sé yo, *bobe*, no me habla.

—¿Por qué no te habla?

—Por que dice que no quiere que me meta más en política.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

La *bobe* se acercó y me pidió que me sentara.

—No llores, *méidele*. ¿Vos sabés la historia del *zeide* y por qué vinimos in Argentina?

—No.

—Yo te voy a contar.

Se acomodó en una vieja silla de cuero que chillaba.

—El *zeide* tenía una peluquería enfrente de la plaza del pueblo donde vivíamos. Todo el mundo venía a cortarse el pelo, pero también a hablar de política. Se armaban discusiones ahí, era muy interesante. Pero los soldados conocían el lugar. Un domingo, el negocio estaba cerrado, pero en la plaza hubo un acto y colgaron una bandera roja en la persiana. Cuando los corrieron, se fueron todos, pero la bandera quedó, y vinieron a buscar al *zeide*, porque pensaron que la había puesto él. Estuvo desaparecido. Yo no sabía adónde lo tenían. Estaba desesperada, *maginesei*, yo sola con el tío Meishl y tu papá que eran chiquitos. Una tarde fui al cuartel, y de lejos, vi cómo le pegaban. Después de varios días me llamaron y me dijeron que se tenía que ir de Polonia, porque la próxima vez me lo iban a devolver muerto. Unos amigos que ya estaban en Buenos Aires nos mandaron el pasaje y vino para acá.

—¿Con ustedes?

—No, yo vine después, en otro barco. Y a un hermano del *zeide* después lo fusilaron allá. Era periodista, tenía un diario comunista en *idish*. Le decían el Roite, el colorado...

Me quedé mirándola. No nos dijimos nada más...

Una Biblia (y el calefón)

Me desperté con los ruidos de la casa.

En el garaje retumbaban los motores de los autos, como calentándose. La radio ya estaba encendida, siempre en Rrrrivadavia. Los sonidos de la mañana eran distintos a los de la noche. El agua que corría en la pileta, el chocar de las tazas, el silbido de una pava. Había olor a tostadas. No había cenado, pero no sentía hambre. Detrás del hárbor agujereado marrón, corría un caño de agua, lo podía escuchar. Alguien estaba en el baño de abajo.

¿Habría dejado de lloviznar? ¿Se habrían acordado de descolgar mi acolchado celeste del patio? ¿Quién estaría usándolo? Ojalá que un compañero. Cuando alguien caía, sus cosas las repartíamos entre todos. Era la herencia que uno dejaba para la lucha. Una remera, una pollerita tableada escocesa como la de la Petisa, una polera. A veces esas «herencias» se daban en vida. Cuando los viejos de Patricia le compraron una campera nueva, matelaseada, ella me cedió la que usaba cuando caí, acolchada, negra, con cuello redondo. Es la que tengo en la foto del DNI, con esa cara de recién salida de Auschwitz. Tenía fiebre ese día, ya era el 76. Me habían advertido que si veía que había movimientos raros en el registro civil, me borrara. No los hubo, me lo dieron enseguida, pero la cara de susto de la foto me acompañaba en la billetera desde entonces. El pelo corto, demasiado corto, los ojos abiertos y sin pintura. «Nena, pintate un poco, me decía mi vieja antes de salir. Pintate un poco, por favor. No salgas así. ¿Te pusiste odorono?» Me reía. «Ma, ¿vas a porcentaje con la fábrica de desodorante?»

¿Cuántos días habrían pasado desde mi caída? ¿Dos, cuatro? Tenía que prestar atención a la radio, ese podía ser mi calendario. Aunque después de todo, ¿para qué me servía saber la fecha? ¿Para descontar lo que me quedaba de vida?

Estaba condenada sin remedio.

La cadena corrió de nuevo. De atrás de la puerta asomó su bigote amigable el Sota. Buscó algo afuera: un plato con una nueva taza de mate cocido con pan.

—Hola, ¿comiste ayer?

—No.

—Me imaginé. Los muchachos son unos despelotados, se cocinaron unos bifés y no te trajeron nada.

—No importa, no me gusta la carne. No la hubiera comido.

—¿Cómo que no te gusta?!

—No, no como nunca, desde chiquita me da un poco de asco.

Me miró como todos me miraban los que escuchaban eso afuera: como si fuera una extraterrestre.

—¿Y no comés asado?

—No, no como. Cuando hay asado como ensalada, y un chorizo bien cocido, casi quemado.

—¡Pero el chorizo es carne!

—Sí... pero disfrazada. Me dan impresión los cortes donde se reconoce al animal vivo...

Hice una pausa.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Sí, decime.

—Ayer vi abajo un acolchado de mi casa.

—¿Dónde?

—Abajo, colgado en una soga en el patio.

—¿Y cómo fuiste al patio?

—Me llevó Chirola al baño, y cuando me destapé los ojos lo vi.

—Ajá... ¿Estás segura de que es de tu casa? Mirá que puede haber muchos iguales.

—No, es de mi casa seguro. Pero no me importa el acolchado. Quiero

saber qué pasó con Juan.

—¿Con Juan?

—Sí, con mi novio, que vivía conmigo.

—¿Vos qué pensás que pasó?

—No sé. Por eso te pregunto.

Sacudió la cabeza, como negando.

—No sé, tengo que averiguar.

—¿Lo agarraron?

—¿Vos creés que lo agarramos? ¿Qué pensás?

—Yo pienso que si lo hubieran agarrado estaría acá, escucharía su voz.

Pero no sé...

—Bueno. Entonces, no lo agarramos. Quedate tranquila y tomá el mate cocido. ¿Qué querés almorzar? Te voy a traer el almuerzo dentro de un rato. Ya es tarde. ¿Estuviste pensando?

—¿En qué? ¿Cómo no voy a pensar, si es lo único que puedo hacer acá adentro?

—No seas tonta. Vos sabés en qué. En lo que hablamos el otro día. En Dios, en la fe. ¿Todavía querés que te traiga el Nuevo Testamento?

—Sí, claro.

Sonrió. Salió de la celda y entró con un libro encuadernado en cuero negro.

—Te lo traje. Tomá.

Lo miré. Puse el libro sobre mis rodillas y una mano sobre la tapa.

—¿Vas a jurar sobre los Santos Evangelios?

—¿Qué querés que jure? No voy a jurar nada.

—Era un chiste, quiero que lo leas. Te lo traje porque creo que te va a servir. Que es una forma de que sientas que Jesús, bah, que Dios, está con vos...

—Me siento bastante sola acá adentro.

—Te entiendo. Ojalá pudiera ayudarte más.

—¿Es tuya esta Biblia? ¿La trajiste de tu casa?

—Sí, de ¿quién va a ser?

—No sé. ¿Qué hicieron con mis libros? Los que se llevaron de la casa de mis viejos. Me dijeron que estuvieron revisando lo que leía. Seguro que algunos libros se llevaron.

—¿Y qué leías?

—Hitler, dicen que leía a Hitler.

—¿Y es verdad?

—Sí, leía a Hitler, a Machiavello, a Marx, a Lenin, a Bakunin, a Baldomero Fernández Moreno, a Borges, a Chejov, a...

—Ahora vas a leer a Jesús, ¿dale?

—Sí. No me queda otra.

Nos reímos juntos.

A la noche los sonidos de la casa cambiaban. El edificio, o lo que fuera, quedaba semivacío. Casi todos se iban a eso de las siete. Empezaba a dominar el silencio y se escuchaba el ruido doméstico de un bife resoplando sobre una plancha, una puerta cerrándose, alguna voz lejana y cada dos

horas, el rechinar de un piso de madera abajo, y pasos frotando el cemento sin alisar de los escalones que se detenían frente a la puerta de mi celda. A veces podía oír solamente la respiración del otro lado y una mano sobre la cadena y el candado. Otras veces, si no era demasiado tarde, escuchaba un «¿todo bien?» dirigido a mí, que contestaba con monosílabos. Me imaginaba qué habría pasado si alguna vez no respondía. ¿Habrían pensado que me había fugado? ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿Seguirían teniéndome miedo?

¿Dónde me tenían? ¿Dónde tenían a los demás compañeros que secuestraban?

Empecé a notar que a veces llegaban a mi celda como si yo fuera una atracción circense, o tal vez alguien que tenían a mano para aprender cómo pensaba y actuaba el enemigo. Me escuchaban con curiosidad, y me hacían sentir incómoda con algunas de sus preguntas, sobre todo cuando percibía, como aquella tarde, que estaban cargadas de lascivia. El Mendocino había tomado de más. Los ojos estaban vidriosos y enrojecidos, arrastraba las palabras, y se había desplomado sobre mi camastro haciendo esfuerzos por mantenerse erguido.

—Decime —me preguntó después de hablar incoherencias con algunos de sus hombres, que había dejado en el pasillo—. ¿Cada cuánto hacen ustedes el amor?

No entendía por qué, para qué me lo preguntaba. No sabía qué contestarle. Tenía 19 años y no tenía idea de cuál juzgarían ellos que era la frecuencia promedio o normal con la que una pareja debía tener relaciones sexuales. Juan y yo, en medio del desamparo y de la desesperación de cruzarnos con una emboscada todos los días, con la incertidumbre de no saber cuál sería la última vez, hacíamos el amor más de una vez cuando nos encontrábamos por la noche, y antes de separarnos, al despertar, siempre. Pero intuí que decir «cuatro veces al día», era demasiado, así que ensayé un «tres veces por semana, más o menos», que desató una carcajada obscena en mi interrogador. No me animé a alzar la mirada.

—¡Con razón están todos tan flacos, ustedes, eh!

Unos zapatones repiquetearon sobre los escalones a la carrera. Sentí un aliento de toro furioso.

—¡Perra, hija de puta! —golpeaba sobre mi puerta—. ¡Asesina, trola, zurda, montonerita de mierda! —Jadeaba.

Empecé a temblar. ¿Alguien lo escuchaba? Pegaba con la palma de la mano abierta sobre la madera y la pateaba con un borceguí. La placa gris tronaba. Creí que iba a romperla.

—¡No te creo un carajo, te hacés la buenita pero no te creo nada, te voy a hacer cagar, turra!

Hablaba en voz baja. De pronto, sentí que se alejaba caminando hacia el otro lado del patio, abría otra puerta y gritaba hacia arriba.

—Está todo bien, la dejo abierta así se ventila. ¡Tiene un olor a mierda esto!

¿Qué había abierto del otro lado del patio? ¿Había un pasillo? ¿Tenían otra celda? ¿Iban a traer a alguien más esta noche? ¿Sería Juan, mi Juan?

Me arrojé con la frazada y lloré un rato. Intenté dormir. No pude. Estaba

segura de que iban a regresar a torturarme. Volví a tiritar asustada como una ratita de laboratorio. Por alguna razón subían y bajaban frenéticamente por la escalera. Se escuchó cómo entraba un auto y frenaba. Las puertas se cerraron. Hubo forcejeos abajo. La madera crujía de manera más sonora. De repente, hubo golpes, el ruido de un cuerpo arrastrado.

—Hablá, reventado. ¡Hablá!

—No sé nada. ¡Papá, papá, ayudame!

—No está tu viejo para ayudarte, desgraciado, hablá. Cantá todo lo que sabés o te hacemos mierda. Estás solo, nadie va a venir a salvarte.

—¡Déjenme, déjenme, por favor, yo no hice nada!

Un tango fuerte, fortísimo emanó de la radio.

«*Volver, con la frente marchita las nieves del tiempo platearon mi sieeen.*»

La melodía inundó el patio de abajo y subió por la escalera, pero no pudo tapar los alaridos de dolor. Estaban picanando a alguien. Era un hombre y era joven. No conocía su voz.

—No, por favor, déjenme, déjenme, ¡me muero, me muero!

—No te vas a morir, mantequita, ¡qué decís! ¡Cagón de mierda!

Otra vez un grito que me aterrorizaba. Reviví el dolor cortante, los espasmos, la humillación. Traté, como antes, de salir de mi cuerpo, pero no pude. Era peor que la tortura propia. Mucho peor. Me acurruqué y tiré todo lo que pude de mi pelo, no sé si para acompañar al torturado en el dolor, para flagelarme. Le dolía, y cada nervio vivo suyo me laceraba. En la *parrilla* una perdía la conciencia por momentos.

Ahora la conciencia ardía. Interminable, irremediablemente.

«No te vas a morir hasta que cantes todo lo que sabés, hijo de remilputas»

¿Quién era el que torturaba? ¿Estaba el Sota ahí abajo? ¿El Mendocino?

Me dolían los oídos. No podía soportar los gritos de dolor, no podía aguantar la imposibilidad de salvarlo.

—Papá, papá, por favor ayudame, no sé nada, ¡no sé nada!

—¡Pero mirá qué chiquita que la tenés, maricón! ¡Mirá qué porquería!

—¿Dónde está la imprenta? ¿Dónde está? ¿Cantá, cantá de una vez que te quedás seco acá mismo!»

«¡Basta, baaasta por favor!», grité yo misma.

No me importaba nada. Si me mataban ahí, mejor. Lo único que no quería era seguir aguantando ese suplicio. No podía contener las lágrimas. El tango de Radio Rivadavia tapaba todo: mis gritos, los de él, los del torturador, mi llanto.

Y se abrió la cadena. Entró uno de los tipos que recordaba de la primera noche, flaco, alto, anguloso, con la cara marcada y los ojos de un azul helado. Traía una bandeja con comida, como si nada. Yo estaba acurrucada en la cama, con los dedos metidos dentro de mis oídos y los ojos mojados.

Cerró la puerta enseguida y bajó.

—Che, boludo, la piba está llorando —dijo.

Pensé que iban a reírse, o a llevarme para seguirme dando. Nadie me lo había dicho, pero intuía que estaba prohibido sufrir por los demás. Sin embargo, no fue así. Primero cerraron una puerta y todo se convirtió en un murmullo. Después los alaridos cesaron. Volvió el silencio. En la bandeja había un churrasco, una flautita y un vaso de agua. Comí el pan y me quedé

dormida.

Cuando desperté, sentí que tenía compañía en la otra celda.

No sabía bien dónde estaba, pero varias veces esa mañana los pasos se dirigieron allí. El médico repitió su breve visita con él, su diagnóstico y sus indicaciones que nunca se cumplían. «Esto es por la picana, no es nada, se va con una cremita». «¿Estás mareado? Es natural, pasa... No tenés nada serio».

Pensé que se iba a quedar, que iba a tener un compañero. Pero se lo llevaron esa misma tarde. Solamente escuché su «sí» vacilante cuando le indicaron que tuviera cuidado al bajar la escalera con los ojos tapados. Todo se reiteraba. ¿Cuántas veces iba a repetirse?

Paseé por enésima vez la mirada por los miles de agujeritos del hárbor marrón. Y por las perforaciones que dejaban entrar algo de aire a la celda. Me imaginé encerrada en una caja suspendida en el medio de una manzana, en algún barrio de la ciudad.

Pensé en gritar. ¿Iba a escucharme alguien?

¿Quiénes eran mis vecinos? ¿Quiénes dormían del otro lado de la pared? Había cientos de camas suspendidas cerca de mi camastro en la celda. Camas abrigadas donde dormían tranquilos ciudadanos que no sabían, que preferían no saber, que creían que era más cómodo no mirar. ¿Se imaginarían que tan cerca suyo sufríamos mi compañero y yo?

A media tarde (me guiaba por la programación de la radio), seguía viniendo el Mendocino para hacerme llamar al pie telefónico. Siempre ansioso. Siempre con sus movimientos ondulantes, su acento silbante y su mirada verde.

Se sentó a mi lado y trajo un banquito de madera minúsculo que revoleó diestramente delante de mi cara con el teléfono, que parecía adherido al asiento. Suspiré, resignada pero tranquila.

Ya había perdido la cuenta de los días pasados desde mi caída y de los disparates que me hacían llegar a través de la mensajería. «En la esquina del pan flauta», «en la plaza del coronel Leiva», «en la casa del doctor Guevara», «a las siete», «a las tres», «a las cinco». Nada que yo pudiera identificar, nada que para ellos tuviera sentido.

Me imaginé con ternura a los compañeros tomándose el trabajo de dejar un mensaje en un pie que seguramente ya no usaban más, sólo para molestar, para hacerles *pitocatalán*, y comunicarles simplemente que esta vuelta se les estaban escapando. Incluso, una vez, llegaron a dejarme dos citas para el mismo día, algo que nunca se hacía.

Después de las llamadas, venía un interrogatorio que iba creciendo en desgano con el correr de los días. Yo contestaba siempre igual. «No sé dónde queda el lugar que me dicen, imagínense que a esta altura ellos ya piensan que yo estoy muerta, ¿no ve que mandan decir cualquier cosa? ¿A cuántas citas falté? Sólo una cita no respetada basta para dejar a un compañero desenganchado ¡y yo no aparecí ya más o menos diez veces! No tiene ningún sentido seguir llamando».

El Mendocino no contestaba. Y cuando yo pensaba que lo había convencido volvía a aparecer, al día siguiente, a la misma hora.

—Y además, seguro que los compañeros están en contacto con Juan, ¿no? Él les debe haber dicho...

Lo miré fijo y me sostuvo la mirada.

—Por favor, ¿qué pasó con Juan? Dígame...

Se paró. Se apoyó sobre el marco de la puerta y miró hacia afuera, dándome casi la espalda.

—Podimos averiguar que los padres lo sacaron del país. Está inhallable. Se fue a Brasil, a lo mejor.

Marcó el número, mientras yo sentía que mi corazón se ensanchaba. ¡Juan estaba bien, estaba libre! ¡Vamos todavía, cumpa! Había llegado a Brasil, como era el plan de sus viejos. Me lo imaginé en São Paulo o en Río, caminando a salvo, con el sol sobre la cara. Mi alegría era tan grande que me impidió oír un mensaje ilógico, que sí escuchó el Mendocino conectado en paralelo. «El doctor Lorenzo la espera a las cuatro, en la estación de servicio, justo en el puente del general».

—El puente del general Justo —se entusiasmó el Mendocino—. General Paz y Juan B. Justo, ¿dónde más podía ser?

Entraron a la celda el alto con cara de alemán y otro, con piel aceitunada, bajo, también de ojos verdes. Deliberaron.

—Juan B. Justo y General Paz, ¿hay una estación de servicio ahí?

—Sí, hay una, de la mano derecha.

—¿Cuántas horas tenemos para prepararnos?

—Suficientes. Manos a la obra.

Me miraron. Me acordé de la escena en el primer piso del barcito de la estación de servicio, con cortinas azules oscuras. Juan y yo, y Matías *casándonos*, diciéndonos cómo formar una pareja revolucionaria, una familia.

—¿Qué van a hacer? No va a ir nadie. Además no es costumbre dejar mensajes tan obvios. Ningún compañero con dos dedos de frente va a ir a ninguna cita después de una caída como la mía.

—Vos quedate tranquila que tenemos mucho tiempo para perder. El tiempo es nuestro, es nuestro trabajo.

La cita inesperada

Alguien entró. Era el Alemán, el de los ojos azul hielo.

—Preparate que salimos.

—¿A dónde? ¿Para qué?

—Venís con nosotros a Juan B. Justo y General Paz.

Me encogí de hombros. Me daba igual.

Bajé la escalera a ciegas una vez más. Me acostaron como siempre en el piso, atrás.

—¿Quién es el doctor Lorenzo?

—No sé, el doctor Lorenzo no existe.

Mentí. «Doctor Lorenzo», era un nombre que usaba Joaquín.

¿Sería un mensaje de Juan, para que supiera que me seguía queriendo?

¿Por eso me mandaba una cita imposible en el lugar donde Matías nos había casado? Estaba loca, fantaseaba demasiado. Seguro que no era así. Pero ¿qué otra cosa se podía hacer tirada en el piso de atrás de un auto sino pensar o temblar?

Antes de llegar me hicieron sentar y me arrancaron el antifaz. Estábamos en la estación de servicio. El Mendocino se acercó y me tomó de un brazo.

—Te vas a quedar parada acá donde te dejo. Ni bien veas acercarse a alguien que reconocés, te rascás la cabeza, ¿me entendés? Te rascás la cabeza del lado derecho, para que nosotros sepamos qué hacer. No se te ocurra nada raro, que te estamos apuntando.

Miré alrededor. Era una tarde soleada y cálida de mayo.

Estaba parada en medio de la estación, cerca de los surtidores, como si estuviera esperando a alguien que me iba a pasar a buscar. ¿No les llamaba la atención a los empleados? Miré a un costado. Al lado del surtidor más próximo, el Alemán estaba acomodando la manguera, vestido con un overol gris. A unos tres metros, sobre el cordón de la vereda, Chirola empujaba un carrito de barrendero. Sobre el césped de la barranca de la General Paz, recostados como si estuvieran tomando el sol, en vaqueros y con camisas a cuadros, otros dos, el del jopo que me había seguido la tarde de mi caída y el de ojos verdes y piel aceitunada.

Y detrás, allá en lo alto de la loma, alguien que agitaba un brazo...

Bajé la vista, no quise ver más que los adoquines. Sentí un empujón y un brazo que me arrastraba.

—¡Turra, hija de puta! ¡Vení, vení!

—Corré te digo. ¡Corré!

Corrí mirando hacia abajo. De repente, en medio de un mar de piernas, vi a Joaquín, tirado boca arriba en el medio de la calle. Vi sus ojos húmedos y sus pestañas negras. Vi su pelo rubio. Y exploté en llanto. Algo le habían hecho. Alguien le había disparado y se sostenía el vientre, donde crecía una mancha oscura sobre la campera marrón.

—¿Quién es? —gritaba el Mendocino.

—¡No sé, no lo conozco!

—¡Quién carajo es! ¡Decinos, total ya lo tenemos! ¿No te das cuenta?

—No lo conozco.

—¿Cómo te llamás? ¿Sos Joaquín?

No podía dejar de llorar. No entendía. Nada podía explicar que Joaquín estuviera ahí esa tarde. ¿Por qué, para qué había ido? Creí que me iba a ahogar en lágrimas en el piso del auto, que volaba sobre el pavimento. Cuando se abrió la puerta, el Mendocino me recibió con una trompada que me partió el labio. Su cara estaba roja de rabia, casi morada.

—Pendeja remilhija de putas, nos cagaste. ¿Por qué mierda no te tocaste la cabeza como habíamos quedado, eh? ¿Por qué?

—¡No lo vi! ¡Estaba mirando para otro lado en ese momento!

—¡Mentirosa de mierda! ¡Te voy a matar! ¡Te juro como que Dios existe, que te voy a matar con mis propias manos! ¡Te voy a dar máquina hasta que te mueras!

El Mendocino me arrastró por la escalera agarrándome del pelo hasta tirarme en la celda. La casa hervía. Pasos, patadas en mi puerta, portazos, gritos, frenadas.

«Guacha hija de puta, ¿así que te hacés la zorra con nosotros, eh? ¿Así que nos mentís? Ya vas a ver lo que es bueno. ¿Te creés que somos boludos? Vas a desear no haber nacido, ¡te lo juro!»

Deseaba no haber nacido, seguramente. Ojalá me mataran pronto esta vez.

Ojalá. Era una traidora. ¿Por qué carajo fue Joaquín a esa cita? ¿Quién lo mandó? ¿Cómo no sabía que yo estaba secuestrada después de tantos días de mi desaparición? Las citas ridículas, los nombres imposibles a través de la mensajería. Todo era ilógico, contradecía todas las reglas de seguridad. No quería vivir. Todos iban a pensar que yo había cantado, que había traicionado. El tormento de pensar que Joaquín estaba sufriendo con su balazo en el vientre y que lo iban a picanear, me destruía.

Hubo un alboroto al pie de la escalera.

El piso de madera crujió premonitorio. Y recomenzó el rito.

—Cantá, pibe, cantá que si cantás no te pasa nada.

—Mirame la cara, mirame bien. ¿Me ves? Yo soy el dueño de tu vida y de tu muerte, y si cantás te vas a un lugar donde te van a atender y te vas a salvar. Si no, te morís acá. Estoy hablando en serio.

—Decí todo lo que sabés, que si no te matamos acá. Si cantás te vas al hospital, te ponemos la ambulancia en la puerta.

—¿No aguantás más? Doc, fijese, fijese...

—El doctor dice que está todo bien, pibe, así que cantá.

—Te vas a morir acá si no nos das lo que te pedimos.

—¿Dónde están las armas, dónde la imprenta, quién es tu responsable?

Joaquín gritaba bajito. Me lo imaginaba casi desmayado, desangrándose, y esos animales pasándole la máquina a pesar de la herida. Me figuraba el bailete agonizante de su cuerpo sobre la *parrilla*. Joaquín no hablaba, no les contestaba, sus «no sé» eran casi un murmullo. No les dio nada, ni un dato.

No sé cuánto duró, ni cuándo se lo llevaron en silencio.

Me dormí llorando hasta que alguien dijo cerca de la puerta de la celda: «Juan está muerto».

Las tres palabras tuvieron el efecto de una bomba en el pecho.

Me doblé en dos, como si me hubieran acuchillado. Perdí el sentido de dónde estaba durante un tiempo. ¿Quién había sido el mensajero? No había reconocido la voz, su dueño la había deformado a propósito. ¿A quién iba a preguntarle? Nadie iba a decirme la verdad. ¿Y si la verdad era esa, después de todo?

Traté de serenarme. Intenté un ejercicio imposible: ponerme en su lugar, pensar como ellos, absorber su lógica.

Ellos sabían que la muerte de Juan era lo que yo más temía, lo que más poder destructivo iba a tener sobre mí. Ese día yo los había «traicionado», ellos habían creído por algún motivo que yo iba a marcar a quien viniera a la cita. Me habían dado una consigna y yo no la había cumplido: me habían prometido vengarse, destruirme, hacerme sufrir, y esas tres palabras pronunciadas detrás de la puerta tenían el poder de lograrlo.

¿Era así? ¿Y si Juan en realidad había muerto, si ellos lo habían matado? En ese caso ¿por qué me lo decía una voz anónima, en secreto, detrás de la puerta de la celda? ¿Por qué me lo habían negado antes el Sota, el Mendocino?

Me sostuve de la pared hasta llegar al otro lado de la celda a menos de dos metros. Me di cuenta de que nunca había estado parada ahí. Miré hacia la cabecera de la cama, la frazada a cuadros marrón, gris y negra. La puerta doble gris, esos orificios por donde se suponía que debía entrar aire, la cadena, el revestimiento de cartón prensado. En el piso de cemento, un

diario. No tenía ganas de leerlo. No sentía ganas de nada, sólo de saber si Juan latía o estaba frío. Mi vida transcurría ahí adentro y no tenía poder para detener el tormento, y para irme con él si lo habían asesinado.

Apoyé la mejilla contra el hárbor de la pared, hasta que sentí dolor en la mejilla. Seguramente se habrían marcado los agujeros en mi carne. ¿Sangraba? Me pasé los dedos por la mejilla. No tenía a mano ningún espejo. Hacía muchos días que no podía mirarme. Mejor así. Hice lo mismo con mi frente, pero ya no me dolió.

No tenía reloj. Se habían llevado el Orient de malla metálica que me habían regalado mis viejos a los trece años. De todos modos, no me hubiera servido de nada. Todas las horas eran iguales, salvo por los sonidos de la casa. Salvo por la radio desde ahí arriba, siempre Rivadavia, Soldán Esquina Tango. Una milonguita repiqueteaba a dos voces, dulce y burlona y bajaba hasta mí.

«La quiero así, con su cara de muñeca, / la quiero así, con su cabecita hueca. / La quiero así, con sus sueños de papel, /y aunque siempre está en la luna no la cambio por ninguna/ yo la llevo como el sol en la piel...»

A Juan le hubiera gustado. Se hubiera reído con sus dientes separados y su cara de Manolito, como le decían los chicos del Dámaso Centeno.

Me decía «Ángel» y me hacía bromas porque según él, siempre estaba distraída. «Hola, hola, aquí Juan Estévez, Juancho, aquí en la Tierra ¿me escucha?»

Tenía algo de razón. Siempre tuve tendencia a estar un poco ausente, aunque en realidad, nada se me escapaba. Juan me hubiera cantado esta milonguita, hubiera sido nuestra canción.

«Soy feliz a mi manera y me gusta que me quiera así como es».

La música era pegadiza. Empecé a tamborilear con mis dedos entumecidos, la letra era extraña. Tenía palabras que no se usaban en voz alta, que parecían claves. Rebelde, mundo al revés. A la piba destinataria de la canción le gustaban las cosas «raras». El café, el cigarrillo, caminar sin plata. ¿Para quién habría sido escrita?

¿Por qué me parecía que era para una compañera? Para una militante, para una piba como yo.

«La quiero porque ella es así, con su corazón de grillo/ le gusta lo mismo que a mí el café y el cigarrillo. Sentarse a la mesa de un bar o sin plata caminar.» «Así como es, rebelde y angelical, así como es, ¡azúcar, pimienta y sal!

«La quiero difícil como es, con su mundo diferente, qué importa su mundo al revés sin que cambie fácilmente. Tampoco lo que hablen de mí porque yo la quiero así, así como es...»

Volver a nacer

Cuando empecé a habituarme, a resignarme a mi situación, traté de encontrar alguna rutina que me aliviara y me diera la sensación de que estaba haciendo algo positivo. Decidí entonces empezar a ocuparme de mi cuerpo, cosa que nunca había hecho antes en libertad. Pasaba horas haciendo

gimnasia dentro de la celda. Flexiones, abdominales, movimientos con los brazos para no sentirlos tan entumecidos. También movía los dedos de las manos, como si tocara castañuelas, abría y cerraba los puños, giraba los tobillos estando sentada, trataba de recordar algunas de las clases de gimnasia de la secundaria. Movía el torso con las manos en la cintura hacia un lado y el otro. No sé cómo, empecé a notar que se marcaban mis bíceps. Era extraño, porque mientras le prestaba esa atención a mi físico, hacía ya meses que no veía mi cara, porque no había en toda la casa, ni siquiera en los baños, ningún espejo.

Después de la primera visita del médico, justo al día siguiente de la tortura, nunca más había aparecido ese personaje enjuto, con el cutis como de cera, amarillento, pelo ralo y anteojos anticuados. Hasta que un día, se abrió la puerta, y volví a verlo.

Era el doctor. Me tomó la cara del mentón y me pidió que mirara hacia la luz. «Esta criatura necesita sol. Llévela al sol, aunque sea media hora por semana», recomendó.

La orden se cumplió una sola vez, y parcialmente.

Era un fin de semana, seguramente porque la casa estaba vacía. Me bajaron por la escalera cuando alguien tocó el timbre mientras estaba atravesando el patio con el antifaz semilevantado.

Me dejaron parada ahí y abrieron la puerta. Los ruidos y las imágenes de la calle me atrajeron como un imán, pero me quedé paralizada. No sé cómo logré ver que pasaba un colectivo rojo y negro, y del otro lado de la calle angosta, de la vereda de enfrente claramente, una puerta antigua, alta con una chapa de numeración de sólo tres cifras. Cuando volvieron a llevarme, estaba mirando hacia abajo, como si nada.

Subimos una escalera tras otra, hasta llegar a una terraza. La claridad y el calor del sol a las que me había desacostumbrado, me dieron una sensación de bienestar. Me sentaron en una silla, contra una pared, mientras ellos fumaban y charlaban. En eso, me dijeron que me parara y me acercara a donde ellos estaban, más cerca de la línea de edificación. Vi entonces un edificio de departamentos al lado, con toldos enrollables de lona, a rayas verde oscuro y blanco.

Esa era la imagen que buscaría en las fachadas, cuando intentaba localizar la casa el día de mi visita a la CONADEP, en 1984.

En total, no habré estado allí más de diez o quince minutos, y la indicación médica no volvió a cumplirse. Pero la imagen del toldo rayado me acompañó durante años, hasta que una foto del frente del edificio tomada por el hermano de un desaparecido, Fernando Gurbanov, me fue exhibida en el Centro de Estudios Legales y Sociales. Gurbanov había encontrado en un colectivo a uno de los secuestradores de su hermano, días después de su desaparición. Lo había seguido temerariamente y pudo verlo entrar a la casa. Tomó la foto, que sirvió como prueba de que los dos, su hermano Carlos y yo, habíamos estado secuestrados en el mismo lugar, un centro clandestino de detención en pleno centro de la ciudad.

El sonido de la cadena corriendo a través de los agujeros de la puerta me despertó.

—¡Vamos, vamos! —La voz parecía imperativa. Me incorporé y quedé sentada justo frente a la abertura. Un brazo delgado y largo me alcanzó una bandeja.

—A ver, a ver, hay que comer —me dijo. Tomé la bandeja sin entusiasmo. —Decime, ¿qué día es hoy?

Contesté que no sabía. «¿Agosto? ¿3 de agosto?» La única información que me permitía situarme en el tiempo era la de la radio. En el espacio no estaba situada. Sabía que no debía estar lejos del Departamento Central de Policía, que estaba cerca de la calle Santiago del Estero, antes de llegar a Chile, porque ahí había una ferretería que abría los fines de semana y a la que uno de los guardias mandaba a otro a comprar, en voz alta. Sabía que estaba suspendida en alguna nebulosa y que los míos pensarían que ya estaba muerta.

—¿3 de agosto? ¡Entonces acordate de esta fecha, porque naciste de nuevo, piba!

La cadena corrió de nuevo para cerrar la puerta.

Hice un gesto de súplica con la mano, involuntario.

Pregunté la razón.

El proceso del cierre de la puerta se detuvo y la luz le dio sobre los ojos a mi interlocutor. En la rendija, alineando alternativamente un ojo y otro, me dijo:

—Parece que a los jefes les cayó muy bien eso que escribiste. Eso te salvó la vida.

Ya no recordaba cuándo el jefe del Mendocino me había pedido que escribiera un texto donde explicara qué significaban para mí la familia, la Patria, Dios. No tenía mucho espacio para negarme y no tenía que esforzarme en mentir, de todos modos, porque paradójicamente la raíz nacionalista católica de mis secuestradores era transparente, y no era diferente de los discursos que escuchaba sobre la Patria y el sacrificio total por una causa. Mi amor por la familia era auténtico. Ellos lo sabían y me habían repetido que era positivo que yo hubiera caído mientras llamaba por teléfono para saber cómo seguía mi *bobe*. En cuanto a Dios, repetí los argumentos de algunas de mis charlas con el Sota y mis propias sensaciones de que algo sobrenatural me protegía y rescataba de la desesperanza.

Un anochecer, vinieron a buscarme.

Eran varios, algunos cuyas voces no había escuchado nunca antes. Me pusieron una peluca rubia, corta, enrulada. Me maquillaron pesadamente, oscureciéndome el tono de la piel. Pensé que tenían la intención de volverme a llevar a la calle. Pero no: me subieron a una habitación grande, del primer piso, con el antifaz puesto. Me sentaron detrás de un escritorio y me pusieron frente a una cámara de video, al lado de un reflector que apenas me permitía divisar que se trataba de un salón grande, probablemente por encima exactamente del que usaban para torturar, con las mismas tabillas crujientes en el piso y las paredes descascaradas.

Me pusieron anteojos sin aumento, quizás para desfigurarme, y me entregaron el texto que había escrito. Tuve miedo de que usaran el video para mostrarme como una guerrillera «arrepentida», de esas que hacían aparecer

en la televisión para desmoralizarnos.

Me hicieron leer el papel frente a la cámara encendida.

Ellos eran tres o cuatro, pero sus caras estaban ocultas por el resplandor. Me corregían, me hacían repetir algunos párrafos. Al final, me pidieron que le hablara a Patricia, diciéndole lo que sentía, dándole algún consejo. Me di cuenta de que esperaban que dijera que habíamos estado equivocadas en usar la violencia para intentar cambiar la sociedad.

¿Eso significaba que esperaban encontrarla? ¿O que ya la habían encontrado y la tenían oculta en algún lugar que no era esa casa?

Con la bandeja de la comida esa noche llegaron una serie de papeles finos. Más finos y livianos que las servilletas de los bares. Estaban escritos a máquina, casi sin interlineado, como tratando de aprovechar al máximo el espacio. No me dejaron leerlos, pero me comunicaron que se trataba de un acta de una reunión de ámbito de la conducción de la zona oeste provincia, la región donde yo militaba antes de caer.

«Esto lo encontramos en un allanamiento», dijo el Alemán.

«Se dispone una sanción a los compañeros Luis y Lili por haber tomado la decisión de irse a vivir juntos en contra de lo aconsejado por esta conducción en el sentido de esperar por lo menos ocho meses y medio después de su última crisis». Luis y Lili éramos Juan y yo. Nunca llegué a enterarme de esa sanción en libertad. Entre las firmas estaba la de Matías, nuestro oficial, el que nos había casado. En cierta forma me enternecía que en medio del desbande, de la matanza, de la huida, un grupo de compañeros de la conducción se ocupara de «retarnos» por nuestra decisión apresurada de irnos a vivir juntos a Villa Madero. Ocho meses y medio nos recomendaban esperar antes de decidir una convivencia.

Era el equivalente a ochenta años en una vida normal. Nadie sabía si no iba a morir al día siguiente. Ocho meses y medio era un absoluto exceso de optimismo. Un delirio, una negación de la debacle, y por lo mismo, tan conmovedor.

La promesa

La voz venía de atrás de la puerta.

Una de las hojas de madera le servía de armadura. Blandía la cadena manteniéndola tirante, y me miraba sin que yo pudiera verlo, a través de las perforaciones que servían de respiradero. Me pareció que forzaba su tono para que no pudiera reconocerlo.

—Escuchame bien. ¿Vos dijiste que te habíamos violado?

Me tomó desprevenida la pregunta. Fue un baldazo de agua fría.

—No, no. ¿Cómo voy a decir eso?

—Nosotros sabemos que fuiste con ese cuento.

—No, no. En serio. Yo no dije nada. No pasó nada, además.

—Mirá, más te vale que no lo hagas. Que no mientas para perjudicarnos. Te vas a arrepentir, te lo prometo.

¿De qué se trataba todo esto? Me puse a recordar, a repasar situaciones. Hacía pocos días, el cocinero me había traído la comida en una bandeja,

como era habitual. Mientras esperaba que terminara, se sentó a los pies del camastro y me daba charla, me hacía chistes tontos. En ese momento, alguien pasó por la puerta. «¿Qué hacés vos ahí?», le dijo. Percibí que el muchacho se sentía incómodo. Se fue como había venido, aunque mucho más tenso.

Algunas horas después de la amenaza, llegó el jefe. Sentado en el mismo lugar que el cocinero, y con un tono paternal, me preguntó si alguien se había «propasado» conmigo. Me dijo que no tenía que tener miedo de contárselo si había ocurrido, porque ellos eran «hombres honestos, derechos y creyentes», que tenían «mujeres e hijas.» Insistió en que nadie tenía derecho a «faltarme el respeto», y que si así era iba a ser castigado con toda severidad.

Me sentí desconcertada. Le dije que nadie me había tocado. Insistió en que no tenía que dudar en contárselo si ocurría. Me hizo prometérselo y se fue.

Hubo cambios en los días siguientes. Me contó el Sota que habían establecido que nadie tendría contacto conmigo, salvo los integrantes de las guardias designadas y los jefes.

Y sin embargo, pocas noches después, el Alemán me llevó a bañarme. Di vuelta la cabeza en la ducha y vi cómo me miraba desde el pasillo. Me alcanzó un camisón de tela celeste casi transparente, con bordados de florcitas pequeñas y puntillas en el canesú, que me recordó los que guardaba mi mamá en su ropero, envueltos en celofán y atados con cintas de raso.

Me lo puse y llevé en la mano mi ropa interior, la bombacha y el corpiño, como hacía siempre, para colgarlos en el patio de abajo, después de lavarlos en la pileta. Después, me ajusté el antifaz de rigor y me dejé conducir a la celda, bajando y subiendo escaleras a ciegas. Cuando llegamos, me senté en la cama, y mientras me miraba, de pie, el Alemán alargó una mano sudorosa para tocarme un pecho sobre el camisón.

Me estremecí de asco.

Detrás del material con perforaciones que parecían ojitos que me miraban, ojos que me registraban aunque estaba desaparecida, ojos que me entretenían en contar hasta que me dormía o me distraía con algún sonido y me perdía, había una familia.

Una familia que vivía en un departamento. Seguramente ellos no sabían que yo estaba encerrada ahí. Yo los escuchaba. Escuchaba cuando la mamá llamaba a los chicos a comer, cuando el televisor estaba encendido con el volumen alto. Escuchaba cuando alguno de los hijos y sus amigos cantaban esas canciones dedicadas a los «borregos» de cuarto año. Seguramente estaban en quinto, a punto de terminar el secundario que yo había terminado hacía poco más de dos años, a los dieciséis. Escuchaba cuando cantaban el feliz cumpleaños, otro día. No necesitaba pegar la oreja a la pared. A pesar del hárbor marrón y del telgopor, cuando recostaba mi cabeza en el camastro los oía a la perfección, y me adormecía con los sonidos de esa casa, para escaparme de los de esta. Pero cuando sonaban los gritos de la tortura en el cuarto de abajo, la familia de al lado enmudecía.

La ronda había pasado a dejar la comida. Vi la caja de cartón con la leyenda «La pipa de mi papá». Me acordaba de haber ido una vez a comer a ese lugar. Recordaba bien los manteles rojos y blancos y el restaurant, pequeño, en una esquina, que quedaba cerca de la casa de mi novio de aquel entonces, en Estados Unidos al 1600. La casa no podía estar lejos de allí. Otros días, cuando traían pizza o empanadas, el envase decía «Cachavacha». Era en México y Solís, tenía presente el local, estaba en pleno centro de Buenos Aires. Estaba encerrada, aislada, desaparecida, rodeada de edificios y lugares conocidos, por donde había pasado, por donde seguramente seguiría pasando la gente sin darse cuenta de nada.

Los días eran largos, larguísimos.

Los sonidos eran la única compañía, y a veces, el cerco sensorial era enloquecedor. Por eso, cualquier contacto con el exterior tenía sabor a salvación, a vida.

Algunas veces, muy pocas, tal vez solamente dos, cuando bajaban las sombras y el silencio sobre la casa y no había ninguna cacería planeada, los guardias de turno me llevaban, tensos, a un piso superior. Para eso, tenía que bajar con el antifaz puesto, caminar por el patio esquivando algún auto que estaba estacionado —siempre guiada por ellos que me tomaban de un brazo o del hombro— y subir otra escalera. El recorrido se me antojaba laberíntico.

A veces, parábamos en el puesto de guardia, desde donde, a través de ventanas con vidrios color caramelo, dominaban la calle. Desde allí seguramente, habilitaban la entrada de coches por el portón metálico que estaba directamente debajo, en el garaje que daba al patio. Había un par de silloncitos precarios, el techo era muy bajo, como si estuviéramos en un entepiso, y el único mobiliario era una mesita de televisión, con un aparato encendido. Me sentaban y me descubrían los ojos, para que mirara por lo general algún programa de Alberto Olmedo o de Jorge Porcel.

Una vez me devolvieron de emergencia a la celda, porque les notificaron que llegarían los jefes. Me advertían con firmeza que no tenía que contarle a nadie que me habían llevado a ese lugar. Que era un secreto, que no estaba permitido que me sacaran. El otro destino era una cocina, donde había unos pocos platos que lavar. Los azulejos eran antiguos y la iluminación tan débil como la de la celda, pero la oportunidad de estirar las piernas y de hacer algún trabajo, la sensación del agua corriendo por las manos, el jabón, la esponja, las distintas texturas, las diferentes temperaturas tenían después de la privación de toda sensación, un valor inusitado.

Había un secaplatos donde descansaban algunas piezas de vajilla, todas desiguales. Unas eran de plástico, de colores vibrantes. Otras, de loza con un escudo pequeño en el borde. Un escudo con alas. ¡Era la insignia de la Fuerza Aérea! Fingí que no lo había visto, y me dediqué a lavar amorosamente los tres platos, cubiertos y vasos que habíamos usado para comer. Estaban parados allí y seguramente se habían dado cuenta del «error» de haber dejado a la vista ese escudito. Empezaron a hacerme preguntas, con tono de sorna. «¿Sabés quiénes somos nosotros?»

—No..., ¿cómo voy a saberlo?

Hubo unas risas nerviosas, y algunos empujones entre ellos dos, como bromeando.

—Dale, animate, adiviná.

Sacudí la cabeza, muda.

—No sé, ni idea...

—Te vamos a dar alguna pista. ¡Somos de la CIA!

—¿Cómo de la CIA?!

—Sí, claro, ¡somos de la CIA, de la SIA! ¡¡¡Somos reinteligentes nosotros!!! ¿No te das cuenta? Daaaleee...»

Sacudí la cabeza desorientada, mientras ellos festejaban el «chiste». Pero entendí el mensaje cifrado.

Eran del Servicio de Inteligencia de la Aeronáutica.

Los días pasaban, todos iguales.

Dormía mucho, a veces quince horas. Salvo por la actividad de la casa, no había diferencia alguna entre el día y la noche. Tampoco entre los días fríos del invierno y los calurosos del verano. Vestía igual que el día en que había caído: mis pantalones de hilo negros con botamanga ancha y mi camisa a cuadros, gris, blanco, celeste y marrón. La lavaba cada vez que podía. Después de una ducha, para reemplazarla, me trajeron una polera negra, de jersey, seguramente de hombre.

Cuando me venía la menstruación, me alcanzaban un paquete de algodón. No llevaba la cuenta de los días, pero muy probablemente no me haya indispuerto durante varios meses. No me inquietaba en absoluto. Me había pasado antes, afuera, generalmente cuando estaba nerviosa por algún examen o cuando viajaba. Si cualquier alteración menor me afectaba, ¿cómo no iba a afectarme el encierro en la casa? Para que el algodón no se pegara, lo envolvía en papel higiénico. Por suerte, el primer día la menstruación se me manifestaba sólo con una manchita en la bombacha y me daba tiempo para evitar derrames en la ropa o en la sábana. Una sola vez la manché y pedí una esponja para limpiarla.

Nunca creí estar embarazada: mi única actividad sexual ocurría cuando dormía y soñaba estar con Juan.

Para ejercitar la mente, me imaginaba cosas. Diseñaba mentalmente un departamento para que viviéramos juntos en un espacio del techo de la casa de mi abuela de la calle Senillosa. ¿Habría muerto ya? Hacía mucho que no sabía nada. Fueron no más de dos llamadas las que me dejaron hacer. Me imaginaba la entrada, en el descanso de la escalera, justo en la curva. Desde ahí, a la hora de la siesta, cuando era chica, llamaba a mi amiga María del Pilar, que vivía a la vuelta: «Mari Piliiii, ¿venís a jugar?» Ella salía a una azotea con balcón que se divisaba bien y generalmente me contestaba: «Noooo... no me dejaaaaan. Vení vooos».

El departamento ideado tenía un problema. No daba a la calle, sino a las casas vecinas. La de mi amiga Dorita por un lado, y la de nuestra vecina Beti, por el otro. Al fondo, había otra casa con una higuera enorme sobre un gallinero. Mi papá se subía al techo donde yo iba a construir el departamento, en verano, para recoger los higos maduros con un palo y una latita. La heladera, la vieja Siam 90, rebozaba de higos dulcísimos en fuentes de hojalata enlozada color crema. ¿Adónde pondría las ventanas? Una hacia la higuera, para poder extender el brazo y comer los higos. Otra hacia lo de Beti, la del baño tal vez mirando a la azotea de Mari Pili. Podía tomarme

horas recreando detalles, horas en las que salía de la celda y volvía a una zona feliz de mi vida, una vida con aire, con sol, con futuro. Con Juan.

Las preguntas

Los dolores comenzaron por la noche, de a poco creciendo en escala hasta que se hicieron muy intensos, insoportables. Golpeé la puerta hasta que vinieron los guardias. Al día siguiente, llegó nuevamente el médico. Me palpó el vientre, me hizo algunas preguntas, distante como siempre, e indicó un laxante fuerte.

Me lo trajeron a las pocas horas. Al principio no noté ningún cambio, pero cuando hizo efecto, empecé a llamar insistentemente, una y otra vez a los guardias para que me llevaran al baño. Nadie respondía. Grité: «¡Guardia, guardia», como jamás había hecho. No había respuesta. Era un fin de semana. Empecé a sentir que no podía esperar mucho más. Abrí sobre el piso de cemento una hoja de diario que había quedado en la celda y me puse en cuclillas, con los pantalones bajos. El resultado fue un montículo repugnante, como nunca había visto. La humillación se mezclaba con el alivio. Pero... ¿qué iba a hacer ahora?

Con el resto del papel, me limpié, como pude.

Cuando abrieron la puerta, el hedor, insportable, los golpeó. «¿Qué pasó? ¿Qué hiciste? ¿Por qué no llamaste?»

Me hicieron salir y trajeron baldes con agua y detergente para que limpiara la celda. Ellos me ayudaron. Abajo, en el patio, en un tambor metálico encendieron un fuego que dio cuenta de lo que con una pala habían recogido. No puedo ni siquiera decir que tuve vergüenza. Tal vez había perdido la capacidad de experimentar ese sentimiento. Tal vez ese fuera el último escalón.

El primer paso fue quizá la desnudez, los chistes obscenos, los insultos, las observaciones sobre mi cuerpo. Las amenazas de violación, el pene flácido. El baño en la ducha con la puerta abierta, y la encrucijada de tener que elegir exhibir el frente o la espalda ante unos ojos vigilantes y obscenos.

Otro, los interrogatorios acerca de mis hábitos sexuales, la frecuencia con la que mantenía relaciones, las risas quebradas por el aliento a alcohol. La contradictoria advertencia de los jefes de que tenía que «denunciar» cualquier intento de abuso.

¿Había tocado fondo?

Una vez me trajeron un trabajo.

Era un manual de un curso de entrenamiento de tiro para traducir. Era uno de esos que se ven en las películas, en los que hay una casa montada, como un laberinto de paneles, y los que van a entrenarse avanzan, hacia un lado u otro mientras sorpresivamente, hay siluetas que se les aparecen y ellos deben decidir bajo presión si tienen o no que disparar. Los textos que tenía que traducir del inglés indicaban si era correcto o no reaccionar disparando y por qué, cuáles serían las consecuencias. En general, disparar cuando no se debía implicaba herir o matar a un inocente. Y no disparar, la muerte para el aprendiz. Había que juzgar, bien, rápidamente. Ellos tenían que juzgar. ¿Las

siluetas que aparecían desprevénidamente éramos nosotros? ¿Patricia y el Tano, Tito y Norma, Juan y yo?

Cuando la puerta se abrió pensé que venían a grabarme, porque enarbolaban un aparato con forma de ladrillo y teclas. Los conocía. Alguien de mi familia había traído uno de los Estados Unidos y los usaba para escuchar cassettes, de vez en cuando. Las teclas eran duras y saltaban haciendo un ruido que sobresaltaba cuando se apagaban. Creí que querían obtener de mí alguna confesión. Pero la pregunta que me hicieron me tomó desprevénida. Es probablemente de todas las que me hicieron, la más inesperada.

—¿Sabés *idish*?

—¿Cómo?

—Si sabés *idish*. Sos de familia *moishe*, ¿no?

—Sí,... pero yo nunca hablé en *idish*. Escuchaba hablar a mis abuelas, a mis viejos... Igual, ellos casi siempre contestaban en castellano cuando mis *bobes* les hablaban.

—Igual más que nosotros vas a entender.

Se sentaron y encendieron el grabador. Era claramente una intervención de una conversación telefónica entre dos hombres mayores que hablaban en *idish*. Me dio escalofrío. Tenían seguramente la edad de mis padres, o incluso mis abuelos. La voz cascada, el uso del idioma indicaban que tenían por lo menos sesenta o setenta años. Era desconcertante. Hablaban de dinero, de *guelt*, de un viaje a Nueva York. Yo no entendía más que eso, pero sospechaba que para mis interrogadores era suficiente, de manera que no se los dije.

—No entiendo nada...

—Escuchalo de nuevo.

Las teclas saltaban. La grabación era clara.

—No sé, no sé... Yo entiendo cosas de todos los días, como «comé», «cerrá la puerta», «andá a dormir». No sé de qué hablan estos hombres...

Me creyeron. Empezaron a prepararse para dejar la celda.

—¿Les puedo hacer una pregunta?

—Sí, dale.

—¿Qué tiene que ver esta gente con nosotros?

—¿Con quiénes?

—No sé... con los montoneros, con la guerrilla...

«Es que nosotros también luchamos contra la subversión económica», me contestaron. Y cerraron la puerta.

¿Qué sería la subversión económica? ¿Cuánta gente de esa edad estaban persiguiendo? ¿Sería por eso que no pasaban por aquí tantos militantes, porque se especializaban en espiar a empresarios?

Entonces recordé los gritos de un hombre mayor que habían torturado. Le recriminaban que su hijo se hubiera llevado dinero a Panamá. «¿Por qué el hijo de puta de tu hijo se llevó la plata a Panamá? ¡Contestá, contestá, que vos sabés». El hombre lloraba. Cuando lo llevaron a la celda del otro lado del patio, y lo dejaron solo, oí con claridad, pero muy bajito, al Sota hablando con él.

Le decía que tenía que tener confianza en Dios, que pronto iba a terminar todo y que seguramente su hijo iba a volver a la buena senda. Que Jesús le iba a tender una mano. Le preguntó si quería orar con él. «Padre Nuestro que estás en los cielos...»

La casa estaba silenciosa y despoblada ese día.

No sé por qué me había puesto a pensar en mi muerte. Insistentemente. Seguramente fue porque se había vaciado la celda de enfrente, y el paso fugaz de los torturados, la certeza de que se los llevaban para asesinarlos me había hecho pensar que no faltaba demasiado para mi final. Tenía ya una relación de confianza suficiente con el Sota como para pedirle un favor. Después de todo, era él quien me había dicho que nos mataban a todos.

Vino hasta la celda, como siempre que estaba de guardia, y nos pusimos a charlar. Me dijo que saliéramos al pasillo, que no había problema ese día porque no había nadie.

—Tengo que pedirte un favor —empecé—. Un favor muy importante.

—Sí, decime.

—Vos me dijiste que me iban a matar. Que eso era así porque si no, si nos dejaban libres o nos mandaban a una prisión, después volvíamos a militar, ¿no?

—Sí, bueno, pero no pensés en eso ahora, que te va a hacer mal. Rezá y pensá en otra cosa.

Me quebré. No podía contener las lágrimas.

—No puedo. No puedo no pensar en eso, ¿entendés? Tengo 19 años. 19 años solamente. Nunca me voy a casar, nunca voy a tener hijos, no voy a poder ser periodista como quería, no voy a hacer nada de lo que las chicas de mi edad van a hacer, ¿te das cuenta? Mi vida se va a terminar ahora, nada de lo que soñé se va a cumplir.

Me miraba desconcertado. No sabía cómo consolarme. Había un dejo de desesperanza en sus ojos.

—Quiero pedirte que seas vos el que me mate. De frente, de un tiro. Con los ojos destapados. ¿Me lo prometés?

Se quedó sin palabras, y me dio un pañuelo.

Leer era una manera de evadirme. Y paradójicamente, la única vía por la que me llegaba material de lectura era de la mano del Sota. Casi siempre la revista católica *Esquiú*, algún diario viejo del que leía hasta los avisos fúnebres, revistas de historietas, como *Nippur de Lagash* o el *Corto Maltés*. O la *Biblia*.

Era inocultable su intención de convertirme al catolicismo. Cuando me trajo los Evangelios me preguntaba siempre si había leído algo y lo comentábamos. Yo sabía que no había posibilidad alguna de que me salvara, así que no tenía problemas en echarle en cara cómo él, que continuamente hablaba de Jesús, contrariaba sus enseñanzas. Las charlas eran largas, generalmente al atardecer, porque por la noche, casi siempre había algún operativo.

Yo recordaba que mi papá siempre me había recomendado leer la Biblia. De manera que para mí fue una bendición poder tener tiempo para hacerlo aunque fuera en esas circunstancias tan desgraciadas. ¿O tal vez fuera una señal?

El Evangelio según San Pablo me resultó reaccionario, y algunos conceptos de Cristo, al contrario, revolucionarios. Pero solamente algunos. Y así se lo decía al Sota.

—Jesús era un poco como Perón, le dije un día.

—¿Cómo como Perón?

—Y sí... lo podés interpretar como quieras. «*Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios*». «*Bienaventurados los pobres porque de ellos será el reino de los cielos*». Un guiño a la derecha, un guiño a la izquierda.

—Los pobres de espíritu, dice...

—No, dice que es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico entre al reino de los cielos... ¿te acordás? Vos me lo dijiste. Eso sí que es revolucionario.

—Bueno, pero sin violencia. No hay violencia en el Evangelio.

—¿Y cuando echa a los mercaderes del templo?

Hizo silencio.

—Y si no hay violencia, insistí, ¿por qué ustedes torturan y matan?

Las conversaciones se repetían una y otra noche, en casi todas las guardias.

«¿Viste que Jesús dice que sus seguidores les darán la espalda a sus padres, a sus hijos? ¿Por qué ustedes nos recriminan porque nosotros abandonamos a nuestras familias para militar, entonces? Por eso nos dicen que somos malos hijos, malos padres. Jesús pedía que uno se entregara de la misma manera. Pedía que uno diera la vida por los amigos, como yo quise hacer, tomándome la pastilla de cianuro...»

—Lo de ustedes no era el Evangelio.

El próximo paso del Sota fue explicarme aquello del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, los misterios. Difícil de entender para alguien de formación materialista como yo.

—Mirá, es una cuestión de fe, creés o no creés.

—Es que es difícil creer si no entiendo. Me resulta incomprendible.

Se reía. «Ya vas a creer».

Y tal vez tuviera razón. Cuando más desesperada por el encierro y la soledad me sentía, cuando ya no encontraba forma de calmar mi angustia, aparecía una señal. Una esperanza. Una medialuna. Una revista. Un poco de música agradable en la radio.

Una tarde el Sota apareció con un libro escrito por Thomas Merton, un monje trapense. Era atrapante. Estaba escrito con optimismo y sentido del humor. Y una profunda espiritualidad. Puede decirse que Merton, abrumado por las sombras del mundo, encontró la luz en el encierro y el aislamiento. Seguramente el Sota no sabía que Merton se había opuesto a la guerra de Vietnam y que tenía convicciones políticas firmes. Era antirracista y había sido el padre espiritual del poeta y sacerdote sandinista Ernesto Cardenal.

El libro me trajo cierto consuelo, y hablé de ese sentimiento una y otra

vez con el Sota, de cómo se podía encontrar la fuerza sin tener nada, sin aspirar a nada.

La puerta se abrió un día y el Sota, como siempre, se sentó a mis pies, en el extremo de la cama. Me miró fijamente, de una manera nueva. Estuvo en silencio un rato.

«Quería decirte que creo que sos una santa. Estoy convencido. Que alcanzaste un nivel de santidad, que esto que estás viviendo es realmente la santidad».

Lo miré como interrogándolo, sin entender.

«¿No entendés? Otras chicas se preocupan por la ropa, por las salidas de los sábados, viven llenas de envidias, de preocupaciones superficiales. Están rodeadas de cosas materiales. Tienen todo pero no son felices. Están vacías por dentro. Mi novia, por ejemplo.

»Vos estas acá, despojada de todo. Y sin embargo sos fuerte, tenés un halo de luz, sonreís...»

Lo decía en serio, convencido. Era un espejo en el que yo no me reconocía.

Pero él estaba llorando.

Y entonces lloramos juntos, abrazados.

El prófugo

Era la última ronda de guardia del día. «Te apago la luz», me dijeron desde afuera. La lamparita que emitía una luz débil y yo trataba de dormirme, aunque hubiera estado sumida en un sopor casi todo el día. Esa noche empecé a sentir sonidos que venían de la celda de enfrente, en el otro extremo del patio. Ruidos de maderas quebradas, el inconfundible chasquido de un fósforo que se encendía. Comencé a ponerme nerviosa. Era evidente que alguien estaba tratando de escapar. Sabía que había otro prisionero. Había escuchado su voz queda, hablando con los guardias desde hacía unos días. Sentía impotencia. Me habría gustado ayudarlo de algún modo. Tuve la percepción de que lo mejor que podía hacer era rogar que no viniera la ronda nocturna, que no lo descubrieran. No podíamos hablar. Cualquier palabra se hubiera escuchado en toda la casa. Me tapé con la frazada y me esforcé en quedarme dormida lo más profundo que pudiera, pero fue imposible.

Pronto llegó el sonido definitivo.

Me agité a tal punto que tuve miedo de que me escucharan desde el puesto de guardia. Me incorporé en la cama y agucé el oído. Y escuché sus pasos acercándose a la puerta de mi celda, tomando el candado y la cadena. Segundos después, un salto, y el silencio nuevamente. Imposible dormir realmente, pero era mandatorio fingir que estaba hundida en el más hondo de los sueños cuando volviera la guardia.

—Se fue, el hijo de puta se fue.

Una tormenta de pasos, de gritos, de llamados telefónicos, de motores, de armas sacudió la casa. Abrieron la celda y volvieron a cerrarla. «¿Escuchaste

algo?» «Estaba durmiendo, no escuché nada, no hubo ningún ruido, ¿que pasó?»

Rogaba que no lo encontraran. Y así ocurrió. Me interrogaron una y otra vez, y siempre repetí lo mismo. «Vos sabés que de acá no te podés escapar. Que sos boleta, ¿no?», me aclaraban, amenazando.

A la mañana siguiente, desde el piso superior, escuché las voces de dos hombres. A uno no lo pude identificar, era probablemente uno de los oficiales. El otro era indudablemente el Sota.

—Fue esta hija de puta —decía.

—¿Vos decís?

—Sí, fue esta guacha. Nadie me convence de otra cosa. El tipo no podía saber cada cuánto pasaba la ronda. Estaba desde hacía una semana. Ella le batió todo, todos los movimientos, para que se pudiera rajar.

Para mí, lo que decía el Sota significaba una sentencia de muerte. Me puse a llorar inconsolablemente. No lloraba porque iban a matarme. Lloraba porque me había traicionado. El único en quien confiaba me había acusado. Ahora sí que estaba definitivamente sola.

Cuando abrió la puerta para traerme la comida me vio.

—¿Qué te pasa? —me preguntó cuando levanté los ojos enrojecidos, hinchados.

—Te escuché. Te escuché cuando dijiste que había sido yo, que era una hija de puta.

—¿Cuándo habías sido vos, qué?

—La que le había dado los datos para escaparse al muchacho de la celda de enfrente.

—No, no puede ser. Estás equivocada. Imposible. No era yo, sería mi hermano. Tenemos la misma voz.

Era mentira.

El Sota había estado dispuesto a firmar mi condena.

La inmoliación

Vino el Alemán. Estaba sentado a mi lado al borde de la cama, inclinada la cabeza y las manos colgando sobre los muslos flacos jugueteando con las llaves del candado. Su voz sonaba más profunda que de costumbre.

«¿Sabés que encontramos a Patricia?», me preguntó. Me sacudió la noticia.

«Bah, nosotros no. La Policía Bonaerense estaba buscando a un chorro común, por ahí en zona sur, en un inquilinato. Entraron con el allanamiento por el pasillo y el Tano los vio por la ventana y pensó que venían por ellos. Tenía un arma larga, y se puso a tirar.»

Hizo un silencio largo.

«Entonces, se armó un quilombo bárbaro porque empezaron a volar granadas. Los botones llamaron a las fuerzas conjuntas, se dieron cuenta de que chorros no eran. Ahí llegamos nosotros... Cuando se quedaron sin municiones, se encerraron los dos, el Tano y Patricia en el baño, y se volaron con un explosivo.»

Yo temblaba.

«El cuerpo de ella se lo entregaron a la familia...»

No tuve el valor de preguntar por el bebé.

«¡Mirá vos, tanto que la buscamos y cómo viene a caer!» «Si la hubiéramos encontrado nosotros...» Sacudía la cabeza y suspiraba.

Si hubiera caído viva en sus manos, se habría prologando el sufrimiento, pensé. ¿Cuál habría sido el destino de una «traidora a su padre y a la Fuerza», como ellos decían?

Cuando se fue el Alemán, pude llorar una vez más. ¿Qué hacía Patricia todavía en el país, cómo nadie la había cuidado, esperando un bebé, después de haberle dado todo a la Organización? Tendrían que haberla mandado a Cuba, a Europa. No era justo. No. Después de todo... Patricia había militado solamente un año y no había puesto límites en su entrega. Tenía 21 años y un hijo a punto de nacer.

La mudanza a la ESMA

Me habían dicho que iba a irme de allí. Que iban a sacarme el pasaporte. Trajeron el formulario y me hicieron llenarlo, apoyando la birome sobre un tablero de cartón. Me preguntaron si tenía algún problema en irme a lo de mi tía en los Estados Unidos, si ella estaría dispuesta a recibirme. Me hicieron llamar a mi familia para pedirle dinero para el pasaje y un bolso con ropa que ellos pasarían a buscar con una carta de mi parte. Pobres... Todavía pensaban que estaba en la clandestinidad.

Pero pasó todo el verano y salvo las guardias, nadie venía a hablarme, a darme noticias. Una vez me animé a preguntar, pero no hubo información acerca de mi supuesto viaje. Sólo silencio.

Como en casi todas las actividades, en ese chupadero había menos movimiento en el verano. Todo era más monótono, y parecía que los torturadores se habían turnado en grupos para tomarse vacaciones.

Sólo venía a visitarme el Sota, que me había enseñado a rezar, a persignarme. Le dije que cuando saliera, probablemente me convirtiera al catolicismo. Era la pura verdad.

Había encontrado en la Biblia pasajes sobre el comunismo primitivo, que me habían conmovido. Después de haber entrado en crisis con mi ideología, me sentía huérfana, sin norte, en peligro, como un elefante en un bazar. Y no sentía seguridad, como siempre había sentido antes, acerca de qué estaba bien y qué mal. Nadie decidía ya por mí. Los Evangelios me habían devuelto la ilusión de que había una guía. Me resultaba, eso sí, un poco difícil, con mi instintiva formación marxista, creer en los misterios. Pero el Sota me tranquilizó diciéndome que a mucha gente le pasaba lo mismo. Que no era fácil comprender, me repetía que se trataba de un acto de fe. No habíamos vuelto nunca a hablar de la fuga, ni de su traición. Creo que en cierta forma yo necesitaba creer en sus sentimientos por mí. Me resultaba imprescindible pensar que el Sota podía redimirse. Le pedí que me prometiera que se iba a ir de ese lugar, que iba a volver a estudiar ingeniería en la universidad, como me había dicho. Porque había entrado allí porque le gustaban los aviones y

no la picana...

El Mendocino se sentó como siempre, mirándome fijo, enfundado en su blazer impecable.

—Mirá, hemos llegado a una decisión en tu caso. Un poco forzados porque van a demoler este lugar. No va a funcionar más. Te vamos a mandar a un lugar más grande, con mayores comodidades, donde vas a trabajar, vas a estar en contacto con otra gente como vos que está en proceso de recuperación.

—¿Una granja?¿Como las que se ven a veces en la televisión?

—Algo así. Vas a poder tener contacto con tu familia, y después de varios años, vas a ir a juicio y vas a cumplir una pena por los delitos que has cometido. Preparate, mañana por la mañana te vamos a llevar.

Atravesé la noche con mucha ansiedad.

Ni por un momento creí que iban a matarme, lo que era una perfecta posibilidad. Por eso, al día siguiente no me resistí a que me colocaran dentro del baúl de un auto, me ataran los pies, las manos, me pusieran un antifaz y encima una capucha.

El auto arrancó. No hubo despedidas. No supe calcular cuánto tiempo duró el viaje. Pero sí que cuando se bajaron, estuve por lo menos tres horas dentro del baúl, bajo el sol.

Me faltaba el aire. El calor era insoportable. El sopor se interrumpió cuando abrieron la tapa. «No encontrábamos la llave», dijeron. Mientras me tambaleaba, me desataron y sin descubrirme los ojos me hicieron caminar y bajar por una escalera hasta llegar por un pasillo largo a una habitación donde me dejaron a oscuras.

Escuché cosas que no había escuchado en los diez meses y medio que había pasado en la casa. Como por ejemplo, voces de mujeres. Había chicas, seguramente agentes femeninas de ese lugar, pensé entonces, que charlaban, reían, caminaban del otro lado de la puerta. Nunca me imaginé que eran compañeras.

Entró un hombre gordo, sudoroso, a tomar mis datos. Lo llamaban Gordo Selva. Encendió la luz y me pidió que me sacara la capucha. Me ordenó inmediatamente que me desnudara y me dio vuelta para mirarme bien. Me explicó que no podía quedarme, porque al día siguiente habría una inspección especial, pero que volvería cuando terminara. Que las mismas personas que me habían dejado vendrían a buscarme temprano.

Más de noche llegaron otros secuestrados, que me develaron algunos de los códigos complejos, contradictorios de ese lugar.

Era la Escuela de Mecánica de la Armada.

Se rieron de mi antifaz de gomaespuma forrado de tela de jean. Lo llamaron el antifaz aeronáutico. Empezaron a llamarme la chica de la Fuerza Aérea. Conocían a quienes me habían traído, porque eran habitués de la ESMA. Me contaron que podría trabajar, que podría llamar por teléfono a mi familia, como me había adelantado el Mendocino. Se admiraron de lo

delgada que estaba (después supe que había perdido doce kilos) y prometieron darme de comer —de hecho me trajeron un poco de helado— y me consiguieron ropa para que me vistiera mejor.

Una de las chicas, que vestía una túnica bordada y tenía pulseras con mostacillas, me explicó que a los marinos les gustaba que las mujeres nos arregláramos, que estuviéramos bien peinadas y maquilladas y que usáramos *bijouterie*. Que ella iba a conseguirme lo necesario para que nuestros secuestradores pensarán que había empezado un proceso de «recuperación» femenina.

Pasé la noche a oscuras, bajo el antifaz y la capucha, pensando en esta extraña nueva etapa. A la mañana siguiente, ellos, los que me habían traído, volvieron a atarme de pies y de manos. De nuevo me acomodaron en el baúl del auto. Cuando llegamos otra vez a la casa y se abrió la tapa del baúl, no me moví, esperando que me desataran. Escuché entonces una voz familiar preguntar con naturalidad: «¿Está muerta?»

Volverlo a ver

Vivía en un departamento frente a la facultad de Agronomía y Veterinaria. Era extraño, porque en plena ciudad, frente al edificio se extendía un terreno verde donde pastaban vacas.

Todos los días miraba ese paisaje mientras esperaba el 78 que iba hacia Chacarita. Ahí, tomaba el subte B y hacía combinación en la 9 de Julio con el D, que me dejaba en Catedral. Caminaba atravesando la Plaza de Mayo hasta el Ministerio de Bienestar Social, manejado por la Marina. Ahí me habían destinado a trabajar los marinos, en la oficina de prensa, en una suerte de libertad vigilada que tenía desde enero del 79.

Una mañana, mientras iba apurada de un subte al otro, vi parado en el andén a uno de los hombres de la casa de la Fuerza Aérea, la casa de la SIA. Corpulento, con pelo rubión y ojos claros, había estado presente en la ronda posterior a mi tortura, y lo había visto varias veces durante mi secuestro. Nos reconocimos inmediatamente, aunque los dos fingimos no vernos. Al día siguiente, a la misma hora, estaba parado en el mismo lugar. Ya no se trataba de una casualidad, como había pensado al principio. ¿Estaría condenada a verlo todos los días? ¿Estaría vigilándome?

El tercer día, en el mismo lugar, justo en el medio del andén, en lugar de él, estaba el Sota.

—Hola —me dijo.

Estaba igual que la última vez que lo había visto. Las cejas con esa forma tan especial, los bigotes, los ojos castaños. Y sin embargo, había algo radicalmente diferente entre nosotros en el afuera de la casa. Me provocaba cierta inquietud que me vieran con él, diría que hasta vergüenza.

Me sentía alterada por esa presencia, que en mi encierro me había generado tanta seguridad. Me preguntó si tenía tiempo para tomar un café. No pude negarme. Caminamos hasta un bar de esos donde suelen almorzar los oficinistas. Estaba casi vacío y era amplio. Tenía una luz desangelada de tubo fluorescente y estaba pintado de un verde claro, que recordaba a los

hospitales. Nos sentamos en una mesa en medio del salón.

—¿Qué hacés?

—Trabajo en prensa del ministerio de Bienestar Social. Y estoy embarazada.

—Qué bien.

—Vos, ¿seguís de novio o te casaste?

—No, todavía de novio.

—Me pienso ir del país, a vivir a Nueva York. Mi tía me tiene preparado un trabajo...

—No te vas a mandar ninguna cagada, ¿no?

—No... ¿qué cagada?

—No sé, volver a militar...

—No. Además, ¿en dónde? Están todos muertos.

—No te cagués la vida, mirá que la próxima vez no vas a tener tanta suerte.

—¿Seguís trabajando ahí?

—Sí, ¿por qué?

—Porque una vez me habías dicho que te ibas a ir, que ibas a ponerte a estudiar ingeniería...

Se rió.

—Sí, pero por ahora no.

—¿Por qué no? Está mal lo que hacés, es mejor que te vayas.

—Sí. Cuando se termine todo esto.

—¿Todo qué?

—Vos sabés. Y vos, ¿no vas a volver a estudiar?

—Sí, a lo mejor sí. Pero ahora no.

—Sí, ya sé. Pero si volvieras a estudiar, ¿qué estudiarías?

—No sé... periodismo, que es lo que siempre quise. O sociología, a lo mejor.

—¿Sociología? ¡Siempre metiéndote en cosas que te pueden traer problemas, vos!

Libres

No hay ningún represor de la casona de Virrey Cevallos detenido. Así es como se la conoce ahora, después de haber sido identificada por mí y por otros. Por Osvaldo López, el cabo de la Fuerza Aérea, militante del ERP, acusado de sabotaje a aviones que se escapó de la celda del otro lado del patio y no pudo salvarme. Por Osuna, el hombre que secuestraron porque lo confundieron con otro del mismo apellido y era un militante peronista de barrio. Por Vilma Aoad, una amiga de Osvaldo, que trajeron tres veces a la casa sin que yo tuviera, ni siquiera una vez, registro de su presencia en la sala de torturas. Y por el hermano de Carlos Gurbanov, el fotógrafo aficionado que registró el frente de la casa, después de seguir a uno de los miembros de la patota que se cruzó en un ómnibus.

Ninguno de los hombres que operaban desde esta casa había sido identificado.

Hacía años que con un abogado, Pablo Llonto, insistíamos en la necesidad de que se consiguieran las fotos de los miembros de inteligencia de la aeronáutica, para que los sobrevivientes de ese lugar pudiéramos identificarlos. Nos reunimos con hijos de desaparecidos por esa fuerza, desanimados porque los culpables del asesinato de sus padres caminaban libres por la calle.

Existía y todavía existe el mito de que la Fuerza Aérea no había participado en la misma medida que las demás fuerzas armadas en la represión ilegal. Esa creencia, sumada a que había tenido un rol relevante en la guerra de Malvinas, había contribuido a crear la sensación de que los «panqueques», como les decían con desprecio los marinos, por su supuesta tendencia a cambiar de bando en situaciones de golpe de Estado, se habían mantenido al margen.

Nosotros sabíamos bien que no era así. Lo sabía Mariana Pérez, la hija de Matías, José Manuel Pérez Rojo, ese oficial que nos casó en la estación de servicio, porque él y su mamá Patricia Roisinblit, embarazada, fueron secuestrados por la Fuerza Aérea. Mariana había encontrado a su hermano, nacido en la maternidad de la ESMA, pero apropiado por un agente civil de inteligencia aeronáutico de apellido Gómez.

En una foto familiar que me mostró Mariana en un bar, su hermanito, inclinado sobre una torta para soplar las velitas de su segundo cumpleaños, ¡era sostenido por uno de los guardias de la casa! Los mismos rulos escasos, la misma boca. Era inconfundible. Mariana me miró excitada y me dijo: «¡Se llama Cóceres!» Se lo había dicho su hermano. Había sido para él algo así como un tío postizo, un compañero de trabajo de su *padre*.

Teníamos entonces posibilidades de cruzar información, de reconocer a los que nos habían torturado y habían asesinado a los nuestros. A Matías y a su mujer Patricia, a Patricia y Norma con sus bebés en el vientre, al Tano y a Tito, sus maridos, a Joaquín, quién sabe si no a Juan...

Cuando uno llegaba a las oficinas del juzgado de Daniel Rafecas, juez federal que investigaba la causa con ritmo moroso, se internaba en un cubículo donde casi no había espacio entre escritorio y escritorio. Los papeles desbordaban de las estanterías y los armarios metálicos cubrían las paredes. Mientras uno declaraba, presenciaba involuntariamente los testimonios por lo menos de otras dos personas en la misma habitación. Así escuché al hermano de Tito, a quien no conocía, relatar la historia del tiroteo de la calle Nueva York, desde el punto de vista de la familia Testa. Los detalles eran desgarradores. La búsqueda del cuerpo, los llamados telefónicos entre los hermanos, la desazón.

En una de esas visitas al juzgado, por fin, me mostraron varias carpetas. Las primeras fueron las de Mansión Seré, el otro centro clandestino de detención dependiente de la Fuerza Aérea en el partido de Morón. Había cientos de fotos de hombres de la Policía Bonaerense, la fuerza que operaba conjuntamente en la mansión que yo nunca había visto en la casa de Virrey Cevallos. Rostros oscuros y claros, miradas torvas o francas. Altos, bajos, gordos, delgados, maduros, jóvenes pero todos desconocidos para mí.

Otro día, muchos meses después, me convocaron nuevamente. Se habían recibido carpetas nuevas, con las fotografías del personal de inteligencia de la Fuerza.

Era lo que hacía tanto que estábamos esperando.

En cada página había una foto, y un número oculto con un pequeño papel. Después, una lista de nombres con las cifras correspondientes al lado. La mecánica era la de la observación pausada y en detalle de cada imagen. Si se reconocía alguno, había que precisar cómo, por qué, cuáles eran las características que coincidían con las del represor que uno creía que era, enunciar el nombre o sobrenombre y con qué porcentaje de seguridad una lo reconocía.

Pasaron decenas de hojas sin que pudiera recordar a nadie. Algunos tenían uniforme, incluso la gorra militar con visera coronada por el par de alas de la insignia de la fuerza que hacía más difícil identificarlos. El gesto duro, el cuerpo en posición de firmes.

Pregunté si eran fotos de aquella época o más recientes.

Los rostros eran distintos. Algunos con nariz aguileña, otros cejijuntos, unos con papada, barba o lampiños. «Este podría ser el Mendocino, por el corte de cara, la mirada y la boca. Esos son los rasgos que veo y me lo recuerdan. Tiene un gesto muy parecido. En la foto aparenta tener la misma edad que cuando lo conocí, treinta y siete años, según me dijo», declaró. Emilio se llama. Un nombre que se ajusta a la perfección a sus labios finos, su calvicie.

Y de repente, esos ojos, ese labio inferior carnosos.

Los rulos, si no era ya calvo, seguramente los ocultaba la gorra. Era Cóceres, o el Socialista, como yo lo había bautizado adentro, porque me había dicho un día que su padre era simpatizante de ese partido. Después apareció el muchacho que me había seguido desde el teléfono público del pie telefónico. La misma piel blanca, el mismo cabello lacio, los ojos redondos. Se llamaba Leston de apellido. También pude reconocer a dos de ellos que había visto el día que regresé de mi exilio en Nueva York, en el extremo de la manga por la que caminaba con mis dos hijos pequeños y mi marido, a la salida del avión.

Era agosto de 1984. Seguramente, me dijeron, eran de la policía aeronáutica. Era de rigor que estuvieran presentes cuando llegaba algún Jumbo. Estaban ahí, entre las fotos, idénticos a la imagen que de ellos tenía en la memoria.

Luego apareció el Alemán, con su cara —ahora veía bien— marcada de viruela, su delgadez, y el hermano del Sota, al que llamaban Quique. Estaba de traje, el bigote menos recortado que antes.

Y finalmente, él.

Había varias fotos tuyas a distintas edades. Una, a los 14 años, otra a los 16. Una tercera seguramente tomada cuando fue reclutado, y otra actual. Podía ver cómo había crecido ese adolescente, cómo se había convertido en el muchacho que conocí y cómo había empezado a envejecer, su cabello a ralearse, la carne de su cara a hacerse más flácida, a perder el gesto de la juventud.

No tenía dudas de quién era. La fotografía era la 103 bis. Ahí figuraba su nombre completo, y su apellido coincidía con el de su hermano. Era un agente civil de inteligencia, reclutado por vocación. Nunca se había recibido de alférez. Me resultó insólito que me hubiera dado un nombre supuesto, un alias, tan parecido al real. Una vez, es verdad, me había dicho que se llamaba

Jorge Montes. Así, en medio de una conversación cualquiera, como al pasar. No le creí.

Frente a la carpeta, en el escritorio del juzgado, estaba agitada, nerviosa. No sé por qué cuando me preguntaron con qué grado de certeza lo reconocía, dije que con un 70%. Y así quedó asentado en el expediente...

Sentí culpa.

¿Creí que le debía algún tipo de gratitud? Tuve una pulsión de protegerlo, pensé que se habría redimido en todos estos años. Sabía que mi reconocimiento podía conducirlo a la cárcel. Como a su hermano, como a todos los otros. No pude y no quise salvarlo. En última instancia, iba a tener un juicio justo. Quién sabe, cuando esté preso, vaya a visitarlo y le lleve una Biblia. Seguramente, si acepta verme, le preguntaré las mismas cosas que le preguntaba en la celda de Virrey Cevallos 628-632.

Me gustaría saber si pudo dormir todos estos años, si tuvo miedo. Y que me dijera, eso sí, qué sintió por mí.

¿Dejó la Fuerza Aérea? Probablemente sí. Me pareció insólito que se convirtiera en una autoridad en plantas acuáticas y escribiera en publicaciones especializadas, donde se fotografía con expedicionarios que atraviesan el mundo para localizar y fotografiar un irupé. A propósito, nunca me convertí al catolicismo.

El padre Pablo, de Vicente López, que me pidió en el 78 que no siguiera yendo a su parroquia después de escuchar mi historia de recién *aparecida*, fue probablemente el culpable.

En un hombre de Dios podía perdonar todo, incluso la falta de santidad. Todo, menos la cobardía. Ojalá el Sota demuestre su valentía cuando llegue el momento. Él sabe, seguramente, que merece un castigo. ¿Qué sacerdote lo habrá confesado? ¿Quién le habrá dado una penitencia antes de decirle *Ego te absolvo*?

Z. Miriam Lewin estuvo secuestrada en el Centro Clandestino de Detención Virrey Cevallos de la Fuerza Aérea desde el 17 de mayo de 1977 hasta el 27 de marzo de 1978, cuando fue transferida a la ESMA. Este es el relato de su cautiverio .

Bibliografía

- Actis, Nilda; Aldini, Cristina; Gardella, Liliana; Lewin, Miriam, y Tokar, Elisa. *Ese Infierno, conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
- Anguita, Eduardo; Caparrós, Martín. *La Voluntad*, Buenos Aires, Norma, 2006.
- Arendt, Hannah. *Eichmann en Jerusalem*. Barcelona, Lumen, 1999.
- Armengou, Montse, y Beliz, Richard. *Ravensbrück, el infierno de las mujeres*. Buenos Aires, Norma, 2010.
- Aucia, Analí; Barrera, Florencia, y Chiarotti, Susana. *Grietas en el silencio, una investigación sobre la violencia sexual en el marco del terrorismo de Estado*. Comité de América Latina y el Caribe para la Defensa de los Derechos de la Mujer-Instituto de Género y Desarrollo Rosario (Insgerar), 2011.
- Autores varios. *Historias de vida. Homenaje a mártires santafesinos*, tomos 1 y 2, Gobierno de Santa Fe, 2007-2008.
- *Sin Tregua. Política de reparación para mujeres víctimas de violencia sexual durante dictaduras y conflictos armados*. Humanas, Centro Regional de Derechos Humanos y Justicia de Género, 2008.
- *Y nadie quería saber, relatos sobre violencia contra las mujeres en el terrorismo de Estado en la Argentina*. Buenos Aires, Memoria Abierta, 2012.
- Balardini, Lorena; Oberlin, Ana, y Sobredo, Laura. *Hacer Justicia, nuevos debates sobre el juzgamiento de crímenes de lesa humanidad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- Basconi, Andrea. *Elena Holmberg, la mujer que sabía demasiado*. Buenos Aires, Sudamericana, 2012.
- Blaustein, Eduardo, y Zubieta, Martín. *Decíamos ayer, la prensa argentina bajo el Proceso*, Buenos Aires, Colihue, 1998.
- Bonasso, Miguel. *Recuerdos de la muerte*, Buenos Aires, Planeta, 2010.
- Bozzi, Carlos. *Luna Roja*, Mar del Plata, Suárez, 2013.
- Brett, Roddy. *Una guerra sin batallas: del odio, la violencia y el miedo en el Ixcán y el Ixil, de 1972 a 1983*, Guatemala, F&G, 2008.
- Bydlowski, R.; Guiton, M., y Mithaud-Bydlowski, M.: «La tortura y el torturador», *Psicología del torturador*, Rodolfo Alonso, Buenos Aires, 1973.
- Calveiro, Pilar. *Poder y desaparición, los campos de concentración en la Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 2004.
- Cecchini, Daniel, y Elizalde Leal, Alberto. *La CNU, el terrorismo de estado antes del golpe*, Buenos Aires, Miradas al Sur, 2013.
- Centro de Estudios Legales y Sociales. *Derechos Humanos en la Argentina – Informe 2013*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.
- Consortio Autoras de Cambio. *Rompiendo el silencio en Guatemala*, Ecap-UNAMG, 2006.
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. *Nunca Más*, Buenos Aires, Eudeba, 1985.
- Diana, Marta. *Mujeres guerrilleras*, Buenos Aires, Planeta, 1997.
- Fainstein, Graciela. *Detrás de los ojos*, Madrid, Icaria, 2006.
- Garzón, Baltasar, y Romero, Vicente. *El alma de los verdugos*, Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2008.
- González Rodríguez, Sergio. *Huesos en el desierto*, México, Anagrama, 2006.
- Goñi, Uki. *Judas. La verdadera historia de Alfredo Astiz, el infiltrado*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.
- Gómez, María Rosa. *Memoria de mujer, Cuadernos de Memoria 5*, Instituto Espacio para la Memoria.
- Guatemala Nunca Más.*
<http://www.derechoshumanos.net/lesahumanidad/informes/guatemala/informeREMHI.htm>
- Hedgepeth, Sonia, y Saidel, Rochelle. *Sexual violence against Jewish women during the Holocaust*, Lebanon, New Hampshire, EE.UU., University Press of New England, 2010.

- Hercovich, Inés. *El enigma sexual de la violación*, Buenos Aires, Biblos, 1997.
- Intebi, Irene. *Abuso sexual infantil, en las mejores familias*, Buenos Aires, Granica, 1998.
- Ka-tzetnik 135633. *The House of Dolls*, Nueva York, Simon and Schuster, 1955.
- Levenson, Gregorio, y Jauretche, Ernesto. *Héroes. Historias de la argentina revolucionaria*, Buenos Aires, Colihue, 1998.
- Levi, Primo. *Los hundidos y los salvados*, Buenos Aires, El Aleph, 2000.
- Longoni, Ana. *Traiciones, la figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*, Buenos Aires, Norma, 2007.
- Mariani, Ana, y Gómez Jacobo, Alejo. *La Perla. Historia y testimonios de un campo de concentración*. Buenos Aires, Aguilar, 2012.
- Partnoy, Alicia. *La escuelita*, Caribe Sur, volumen 5, Buenos Aires, La Bohemia, 2006.
- Posse, Abel. *Noche de lobos*, Buenos Aires, Planeta, 2011.
- Ramus, Susana. *Sueños sobrevivientes de una montonera a pesar de la ESMA*, Buenos Aires, Colihue, 2000.
- Ranni, María Inés. *Dar testimonio*, Buenos Aires, Tips, 2012.
- Ratti, Camilo. *Cachorro. Vida y muertes de Luciano Benjamín Menéndez*, Córdoba, Raíz de Dos, 2011.
- Reato, Ceferino. *¡Viva la Sangre!*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.
- Robles, Miguel. *La Búsqueda. Una entrevista con Charlie Moore*, Córdoba, Del Pasaje, 2010.
- Roth, John, y Ritter, Carol. *Different Voices, Women and the Holocaust*, EE.UU., Paragon, 1993.
- Rozanski, Carlos. *Abuso sexual infantil. ¿Denunciar o silenciar?*, Buenos Aires, Editorial B, 2003.
- Saidón, Gabriela. *La montonera. Biografía de Norma Arrostito*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.
- Segato, Rita Laura. *Las estructuras elementales de la violencia*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2003.
- Seoane, María. *El enigma Perrotta*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.
- Sillatto, María del Carmen. *Huellas. Memorias de resistencia (Argentina 1974-1983)*, San Luis, Editorial Universitaria, 2008.
- Sondereguer, María, y Correa, Violeta. *Análisis de la relación entre violencia sexual, tortura y violaciones a los derechos humanos*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2009.
- Soriano Hernández, Silvia. *Mujeres y guerra en Guatemala y Chiapas*, México DF, CYDEL-UNAM, 2006.
- Tamburrini, Claudio. *Pase libre, la fuga de la Mansión Seré*, Buenos Aires, Continente, 2002.
- Vales, José. *Ricardo Cavallo. Genocidio y corrupción en América Latina*, Buenos Aires, Norma, 2003.
- Villani, Mario, y Reati, Fernando. *Desaparecido. Memoria de un cautiverio*, Buenos Aires, Biblos, 2011.

Films

Ficción

- Bechis, Marco. *Garage Olimpo*, 1999.
- Caetano, Adrián. *Crónica de una fuga*, 2006.
- Cavani, Liliana. *Portero de noche*, 1974.
- Coixet, Isabel. *Grbavica: El secreto de Esma*, 2006.
- Jolie, Angelina. *Tierra de sangre y miel*, 2011.
- Polanski, Roman. *La muerte y la doncella*, 1994.
- Villeneuve, Denis. *Incendies*, 2010.
- Wertmüller, Lina. *Pascalino Siete Bellezas*, 1975.

Documentales

- Anguita, Eduardo. *El azúcar y la sangre*, Buenos Aires, 2007.
- Álvarez, Fernando. *Cuerpo de mujer, campo de batalla*, Buenos Aires, 2013.
- Di Tella, Andrés. *Montoneros, una historia*, Buenos Aires, 1995.
- Erenberg, Shula; Imperiale, Laura, y Roqué, María Inés. *Cavallo entre rejas*, México, 2006.
- Garzón, Baltasar, y Romero, Vicente. *El alma de los verdugos*, Buenos Aires, 2007.
- Izquierdo, Eugenia. *Fotos de familia, la historia de los Pujadas*, Córdoba, 2011.
- Merino, Marcia. *La flaca Alejandra*, Santiago de Chile, 1994.
- Milstein, Pablo, y Ludin, Norberto. *Sol de Noche*, Buenos Aires, 2003.
- Ponce, Luis. *Lesá Humanidad*, Córdoba, 2008.
- Sepúlveda, Rodrigo, y Santo, Fernanda. *D2*, Mendoza, 2001.
- Yedlin, Eduardo. *La Escuela*, Buenos Aires, 2006.

Teatro

- Cossa, Roberto. *Daños colaterales*, 2013.
- Dorfman, Ariel. *La muerte y la doncella*, 1990.
- Pavlovsky, Eduardo. *El señor Galíndez*, 1973
— *Paso de Dos*, 1990.
- Torres Molina, Susana. *Esa extraña forma de pasión*, 2012.

Sitios web

- www.cij.gov.ar (Centro de Información Judicial).
- www.Nizkor.org.
- www.womenundersiege.org (Women under siege).

Agradecemos

A Nacho Iraola, por la oportunidad y por creer en nosotras. A Rodolfo González Arzac, por su infinita paciencia en la edición de estos textos, que primero le llegaron desordenados y escritos como en catarata, como si estuviéramos exorcizando con él nuestras pesadillas. Sus aportes y su mirada fueron muy valiosos, y sin él quizás este libro no hubiera sido posible.

A Willie Schávelzon, quien, desde lejos, nunca dejó de tener sus ojos y su corazón puesto en nosotras.

A Graciela García, la «Negrita», por su coraje y su dignidad.

A Jaime Dri, Miguel Lauletta, Manolo Pedreira y Juan Salinas, por animarse a dar su testimonio y reflexionar con nosotras sobre un tema tan complejo como necesario.

A Carola Lujvidin, Gustavo Gordonas, Abel Córdoba, Pablo Parenti, Carolina Varsky, María Sonderegger, Adriana Guerrero, Lizel Tornay, Fernanda y Victoria Álvarez, Silvia Ontivero, Marta y Juan Marco Candeloro, Hugo Suppo, Lorena Balardini, Laura Sobredo, Laura Klein, Daniel Iglesias, Marta Diana.

A nuestros hijos, por aguantarnos en estos extenuantes y absurdos años de trabajo.

A las mujeres que protagonizan este libro. A todas.

A las que se animaron a dar su nombre y desgranar sus infiernos privados con nosotras, y a las que no.